

# España en el corazón

La historia de los brigadistas  
americanos en la Guerra Civil Española

Adam Hochschild

«Un libro con ojos de lince para la anécdota significativa. Un examen siempre fascinante de la guerra librada en defensa de la democracia española. Imposible detener la lectura.»

Paul Preston

Traducción de  
Mariano López



ADAM HOCHSCHILD

# ESPAÑA EN EL CORAZÓN

LA HISTORIA DE LOS BRIGADISTAS  
AMERICANOS EN LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

TRADUCCIÓN DE MARIANO LÓPEZ

**MALPASO**

BARCELONA MÉXICO BUENOS AIRES NUEVA YORK

*Para Rosa y Sonia*

© Adam Hochschild, 2016

Publicado con el acuerdo de Georges Borchardt, Inc. e International Editors Co.

© Traducción: Mariano López

© Mapas: Mapping Specialists, Ltd., Fitchburg, Wisconsin

© Malpaso Ediciones, S. L. U.

Gran Via de les Corts Catalanes, 657, entresuelo

08010 Barcelona

[www.malpassoed.com](http://www.malpassoed.com)

Título original: *Spain in Our Hearts*

ISBN: 978-84-17081-79-9

Primera edición: abril de 2018

Imagen de cubierta: © Malpaso Ediciones, S. L. U.

El autor agradece la autorización para citar los siguientes textos: *The Complete Works of George Orwell*, editado por Peter Davison, Herederos de Sonia Brownell Orwell, reproducido con permiso de The Random House Group, Ltd.; *Crusade in Spain*, de Jason Gurney, Judith Gurney, 1974, todos los derechos reservados, reproducido con permiso de Faber and Faber Limited; *Looking for Trouble*, de Virginia Cowles, reproducido con permiso de Harriet Crawley; *War Is Beautiful*, de James Neugass, cortesía de American Lincoln Brigade Archives (ALBA).

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro (incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet), y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo, salvo en las excepciones que determine la ley.

## PRÓLOGO

### LEJOS DE CASA

Al alba del 4 de abril de 1938, temblando, exhaustos y desnudos, dos nadadores empapados salen del agua helada y trepan por la ribera del Ebro, que viene crecido por la nieve derretida de los Pirineos. Ambos son estadounidenses.

El país está en llamas. Durante casi dos años, el turbulento, aunque democráticamente elegido, gobierno de la República Española ha estado defendiéndose de un levantamiento militar liderado por Francisco Franco y respaldado por la Alemania nazi y la Italia fascista. Franco, que ha adoptado el título de generalísimo, tiene una foto enmarcada de Hitler en su despacho y ha dicho que Alemania «siempre será un modelo para nosotros».<sup>1</sup> Ese día, el cielo amanece oscurecido por aviones de combate, cazas y bombarderos de última generación que el Führer le ha enviado al Generalísimo; los pilotan aviadores alemanes. Sobre el terreno, tanques y soldados italianos (parte del efectivo de 80.000 hombres que el dictador Benito Mussolini le ha prestado a Franco) han ayudado a lanzar la mayor ofensiva de la guerra, un poderoso ataque desde el sector occidental del país controlado por Franco cuyo objetivo es alcanzar el Mediterráneo y dividir en dos el territorio que todavía conserva la República.

El prolongado combate de Franco para tomar el poder es el conflicto más feroz que tiene lugar en Europa desde la Primera Guerra Mundial, una contienda marcada por un vengativo salvajismo no visto ni siquiera entonces. Sus fuerzas han bombardeado ciudades hasta reducirlas a escombros, han torturado a oponentes políticos y asesinado a personas solo por pertenecer a un sindicato, han ametrallado salas de hospital atestadas de heridos, marcado el pecho de mujeres republicanas con el emblema de su movimiento y ejecutado sentencias de muerte a garrote vil, un collar de hierro medieval utilizado para estrangular a las víctimas.

Arrollados por la nueva ofensiva, los soldados republicanos se retiran

caóticamente hacia el este ante el avance de las tropas, los tanques y los bombarderos de Franco. En algunos sitios, el avance ha sido tan rápido que las unidades franquistas los han sobrepasado. Las fuerzas republicanas incluyen a miles de voluntarios de otros países, muchos de ellos estadounidenses, algunos de los cuales ya han sido ejecutados. Franco ha declarado que todo voluntario extranjero hecho prisionero será fusilado.

A través del accidentado y montañoso paisaje del nordeste español, el caudaloso Ebro, el río más largo del país, marca la frontera entre la muerte y la salvación, pues la ribera oriental todavía se encuentra en manos republicanas. Pequeñas bolsas de voluntarios estadounidenses, atrapados tras las líneas enemigas, han conseguido por la noche deslizarse entre las tropas franquistas orientándose con la estrella polar. Después de tres días prácticamente sin dormir, perseguidos por soldados, tanques y caballería dirigidos por aviones de reconocimiento que vuelan en círculo sobre sus cabezas, consiguen llegar al Ebro antes del amanecer, cerca de un lugar donde, según el mapa, hay un puente. Pero descubren que el puente ha sido volado y que no hay botes para cruzarlo. Unos cuantos desesperados que no saben nadar arrancan la puerta de una masía abandonada para usarla de balsa; otros, que tampoco nadan, se meten en el río agarrados a un tronco. Arrastrados por la corriente, al menos seis, cuatro de ellos heridos, mueren ahogados.

Tres de los estadounidenses restantes, que sí saben nadar, se quitan las botas y la ropa, y se sumergen en el agua helada. Uno de ellos toca tierra aguas abajo, pero dos jóvenes neoyorquinos, John Gates y George Watt, este último con un esguince en un tobillo y una herida de metralla en una mano, consiguen llegar a la otra orilla. Mientras rompe el día se dirigen hacia el este con la esperanza de encontrar a alguien que les pueda indicar dónde se hallan los restos de su unidad. «Caminamos totalmente desnudos y descalzos por una extensión aparentemente interminable de piedras afiladas y cardos que nos cortaban los pies —recordaría Watt—.<sup>2</sup> Cuando alcanzamos la carretera tiritábamos de frío y teníamos los pies en carne viva. [...] Un camión se acercó y yo me pregunté qué le debería de estar pasando por la cabeza al conductor al ver a dos hombres desnudos parados en medio de la carretera. Nos dio un par de mantas y siguió su camino.»

Gates recuerda de este modo lo que pasa después: «Hambriento y exhausto, sentía que no podría dar ni un paso más. [...] Nos tumbamos al lado de la



carretera, sin tener ni idea de quién podría venir, demasiado agotados para preocuparnos. [...] De pronto apareció un coche, se detuvo y se bajaron dos hombres. Nunca me había alegrado tanto de ver a alguien en mi vida. [...] Nos abrazamos».

En el Matford negro biplaza van Herbert L. Matthews, corresponsal del *New York Times*, y Ernest Hemingway, que cubría la guerra para la North America Newspaper Alliance. «Los escritores nos dieron la buena noticia de los muchos amigos que estaban a salvo —escribió Gates—,<sup>3</sup> y nosotros les dimos las malas de algunos que no.» Hemingway y Matthews han venido informando sobre los voluntarios estadounidenses en España y conocen bien a algunos de ellos. Muchos están en ese momento desaparecidos, entre ellos, el comandante californiano Robert Merriman, jefe del Estado Mayor de la XV Brigada Internacional, visto por última vez a unos quince kilómetros, al mando de un grupo de soldados, a punto de ser cercado por las tropas franquistas. Ninguno de los cuatro hombres sabe cuál ha sido su suerte.

«Todavía hay cientos de hombres al otro lado del Ebro —escribió Watt—.<sup>4</sup> Muchos están muertos, algunos ahogados. ¿Cuántos capturados? No lo sabemos. Matthews se dedica a tomar notas, Hemingway a insultar a los fascistas.» La conocida arrogancia y fanfarronería del escritor perfectamente desplegada aunque su público se reduzca a dos hombres empapados y tiritando cubiertos únicamente con unas mantas. «De cara a la otra orilla —tal como lo recordaba Gates—, Hemingway sacudió el robusto puño. “Fascistas hijos de puta, todavía no habéis ganado —gritó—. ¡Os vais a enterar!”.»

La guerra en la que coincidieron aquellos cuatro americanos junto a la orilla de un río tan lejano de su tierra natal fue un acontecimiento crucial en la historia de España, y en su época fue considerado también como una piedra de toque moral y política, una guerra mundial embrionaria, en una Europa ensombrecida por el vertiginoso ascenso del fascismo.

En la Guerra Civil Española lucharon alrededor de 2.800 estadounidenses,<sup>5</sup> de los cuales murieron unos 750 (una tasa de mortalidad mucho más alta que la sufrida por el ejército estadounidense en cualquiera de sus guerras durante el siglo xx). Para muchos veteranos representó la experiencia decisiva de sus vidas, como lo fue para algunos corresponsales. «Dondequiera que me cruce con un hombre o una mujer que ha luchado por la libertad en España —escribió Matthews años más tarde

—,6 encuentro un alma afín.» A pesar del código periodístico estadounidense, los reporteros se sentían tan involucrados como cualquiera. En esa guerra se esfumó cualquier pretensión de neutralidad: mientras las tropas huían ante la mortífera ofensiva franquista aquella primavera, Matthews y su homólogo del *New York Herald Tribune* enviaron sendos telegramas personales al presidente Franklin D. Roosevelt 7 en los que le rogaban que enviara armas a los republicanos.

La Segunda Guerra Mundial ha eclipsado en nuestra memoria colectiva ese conflicto anterior, pero decenas de millones de estadounidenses siguieron con gran interés sus noticias. Mientras duró la contienda, desde mediados de 1936 hasta principios de 1939, el *New York Times* le dedicó más de 1.000 titulares de primera página,8 sobrepasando en número los dedicados a cualquier otro tema, incluido el presidente Roosevelt, el ascenso de la Alemania nazi o los calamitosos efectos de la Gran Depresión. Mientras sus gobernantes se negaban rotundamente a intervenir en España, muchos estadounidenses, partidarios de ambos bandos, se sentían profundamente implicados. Por ejemplo, el combustible para que los aviones nazis bombardearan y ametrallaran a los voluntarios estadounidenses provenía de Texas y fue vendido a Franco por un magnate del petróleo estadounidense con debilidad por las bravatas y los dictadores derechistas.

Mi propio acercamiento a la guerra se produjo a mediados de los años sesenta, cuando empezaba a ejercer de periodista en el *San Francisco Chronicle*. Dos periodistas del periódico mayores que yo eran veteranos de la Brigada Abraham Lincoln, como se conocían informalmente las distintas unidades de voluntarios estadounidenses. Recuerdo que le pregunté a uno de ellos,9 que había sido conductor de ambulancias en España, cómo veía la guerra en retrospectiva. Por encima del estrépito de las máquinas de escribir y los teletipos y el zumbido de los tubos neumáticos que transportaban las crónicas a los tipógrafos, me contestó emocionado, en un tono muy distinto al jactancioso que solía emplear en la sala de redacción: «Ojalá hubiéramos ganado».

Como es sabido, la República Española perdió la guerra, y desde entonces dicha derrota ha ido arrojando sombras sobre el conflicto. La sensación de que todo acabaría descalabrándose impregna la conocida novela de Hemingway *Por quién doblan las campanas*, publicada un año después de la victoria de Franco. Más que cualquier otro acontecimiento de nuestra época,



la Guerra Civil Española invita a preguntas del tipo «¿Qué habría pasado si [...]?». ¿Qué habría pasado si las democracias occidentales hubieran vendido las armas que la República Española trató repetida y desesperadamente de comprar? ¿Habría sido suficiente para derrotar a los aviones, los submarinos y las tropas enviadas por Hitler y Mussolini? Y en tal caso, ¿habría mandado Hitler, a pesar de todo, tropas a Austria, Checoslovaquia y a otros países? ¿Se podría haber evitado la Segunda Guerra Mundial con sus decenas de millones de muertos y su indecible sufrimiento? ¿O quizá se habría desarrollado de una forma diferente y más limitada?

Pocos voluntarios estadounidenses dudaron, no sin razón, de que se estaba librando la primera batalla de una guerra mundial en ciernes, pues al fin y al cabo ¿en qué otro lugar los estadounidenses estaban siendo bombardeados por pilotos nazis más de cuatro años antes de que Estados Unidos declarara la guerra a Alemania y Japón? En otros países también, muchos sintieron la guerra española como el banco de pruebas de una época. «Los hombres de mi generación —escribió el escritor francés Albert Camus— llevamos España en el corazón. [...] Fue en España donde mi generación aprendió que uno puede tener razón y salir derrotado, que la fuerza puede destruir el alma y que a veces el coraje no obtiene recompensa.»<sup>10</sup>

La crisis española se veía con una absoluta claridad moral. El fascismo en rápido ascenso exigía un desafío. Si no aquí, ¿dónde? Es por eso por lo que tantos hombres de todo el mundo se presentaron voluntarios para luchar y por lo que, décadas más tarde, vi a veteranos de la Brigada Lincoln entusiásticamente vitoreados cuando en los años sesenta aparecían en manifestaciones a favor de los derechos civiles o contra la guerra del Vietnam o, en los ochenta, contra la intervención estadounidense en Centroamérica. En el curso de los años, conocí a media docena de antiguos voluntarios y durante mucho tiempo fui amigo de dos de ellos (al escribir este libro caí en la cuenta de que otro de esos voluntarios, el doctor Jacques Grunblatt, que aparece citado brevemente en estas páginas, fue el cirujano que me hizo una sutura tras un accidente en mi infancia). Ponerme en el lugar de todos ellos me resultó más fácil cuando descubrí que la pareja que le presentaré al lector en el primer capítulo vivía, cuando el marido era estudiante de posgrado en Berkeley en los años treinta, a escasas manzanas de donde yo vivo actualmente, en un edificio por delante del cual he pasado cientos de veces. Todos a los que nos preocupa la justicia social sentimos la necesidad de tener

predecesores políticos y, a mi parecer, eso es lo que fueron estos hombres y mujeres (alrededor de 75 mujeres, la mayoría de ellas enfermeras, estuvieron de voluntarias en España).

Eso lo sentí tan intensamente como otros miembros de la generación de los sesenta. El interés por un tiempo o un lugar surge de hacerse preguntas como «¿Qué habría hecho yo entonces?». A menudo me gustaba pensar que, si hubiera vivido en aquella época, yo también me habría ido a España. Aunque también sabía que la historia tenía un lado más oscuro y menos romántico. El único de los grandes países que vendió armas a la República Española fue la Unión Soviética, pero a cambio de un alto precio. Algunos españoles fueron víctimas de la crueldad de Iósif Stalin hacia sus enemigos reales o imaginarios; una crueldad que sin duda distinguió a su dictadura.

Una vez, y en el lugar más inesperado, encontré un vívido recuerdo del precio que les supuso la paranoia de Stalin. En 1991 estaba recabando información para un libro sobre cómo los rusos se estaban reconciliando con el legado del dictador. Justo aquel año, mientras la Unión Soviética se desmoronaba, las autoridades suprimieron por fin décadas de restricciones a los periodistas extranjeros, de modo que pude visitar un lugar que pocos occidentales habían visto previamente; se trataba de Karaganda, en Kazajistán. Esta remota y decrepita ciudad de cemento gris fue antaño el centro de una enorme red de campos de trabajo del gulag para prisioneros utilizados en unas minas de carbón. En un desolado cementerio rural, a algunos kilómetros de la ciudad, años de heladas y deshielos habían dejado las toscas cruces caseras de metal torcidas o caídas por el suelo. Un tendido eléctrico lo cruzaba por encima y el incesante viento de las estepas de Asia central hacía revolotear jirones de bolsas de plástico y de basura entre las tumbas. Y para mi sorpresa, muchas de aquellas lápidas tenían nombres españoles.

Supe entonces que la URSS había acogido a varios miles de refugiados republicanos, muchos de ellos niños. Asimismo, cuando acabó la guerra, los marineros españoles en puertos soviéticos y varios cientos de pilotos en período de instrucción se encontraron con que no podían volver a su país. Como millones de soviéticos, una parte de esos españoles fueron víctimas de las sospechas de Stalin. Se estima que unos 270 republicanos españoles<sup>11</sup> fueron enviados al gulag, muchos de los cuales murieron de hambre, agotamiento o congelación. Al menos 60 estaban presos, cerca del

cementerio que visité, en un abarrotado campo de trabajo rodeado por tres altas vallas de alambre de espino.

¿Cómo reconciliar estas dos imágenes de la Guerra Civil Española? Seguramente los españoles estaban en lo cierto a la hora de resistirse al golpe de Estado respaldado por Hitler y Mussolini. Pero ¿sentenció su condena de muerte la República al aliarse con la Unión Soviética, cuyo gobierno era al menos tanto o más sanguinario que el régimen de Franco? En otras palabras, los defensores de la República estaban luchando por una de las más nobles causas junto con uno de los peores aliados. ¿Cómo lo vivieron? ¿Hasta qué punto eran conscientes de ello? Claro que, si uno está luchando desesperadamente por sobrevivir, ¿acaso puede permitirse el lujo de preocuparse por quiénes son sus aliados? Estas eran algunas de las preguntas que me llevaron a querer estudiar este período de la historia.

La mayoría de los estadounidenses que fueron a España se consideraban a sí mismos comunistas. No podemos entenderlos si no comprendemos antes por qué el comunismo entonces provocaba tal grado de adhesión y por qué la Unión Soviética representaba un faro de esperanza para tanta gente. Fue en el funeral de uno de mis amigos de la Brigada Lincoln, 65 años después de que saliera de España y 45 después de que abandonara el Partido Comunista de Estados Unidos, cuando escuché por primera vez «La internacional». Lo que había sido el himno del movimiento comunista internacional era ahora una canción cantada por unos pocos viejos con dificultades para recordar la letra y, quizá, los sueños juveniles que años atrás les evocara.

Hoy en día, comunismo, trotskismo y anarquismo han perdido prácticamente toda su influencia y las viejas polémicas entre sus seguidores pueden resultar tan distantes como las disputas religiosas medievales. También se ha diluido la extendida convicción de que el sistema capitalista estaba en crisis, que no duraría mucho y que había un modelo alternativo para el futuro, a pesar de las discusiones existentes sobre cuál era ese modelo correcto. Si buena parte de esas discusiones se perciben hoy como algo lejano, otros aspectos de la España de los años treinta todavía resultan demasiado similares a los de algunos países en la actualidad: la enorme brecha entre ricos y pobres o el combate entre dictaduras autoritarias y millones de personas indefensas a las que se les niega desde tiempos remotos un justo disfrute de la tierra, la educación, etcétera. Esos problemas convirtieron la España de los años treinta en un campo de batalla crucial que

sigue resonando entre nosotros.

También me preguntaba sobre otra cuestión. Aunque, desde hace más de medio siglo, muchos miembros de mi generación política se han opuesto enérgicamente a la guerra (especialmente a las intervenciones estadounidenses en las guerras civiles o en los asuntos internos de países como Vietnam, Nicaragua, El Salvador, Irak y tantos otros), la mayoría de nosotros pensamos desde hace mucho que el mundo habría sido mejor si nuestro gobierno no se hubiera mantenido al margen de la Guerra Civil Española y continuamos considerando como heroica a la generación de estadounidenses que fue allí a luchar. Todo lo cual hace aflorar otra pregunta: ¿hay épocas en las que la intervención militar en un conflicto lejano está justificada?

Desde luego, esa fue la única ocasión en la que un gran número de estadounidenses se implicaron en una guerra civil ajena, y lo hicieron a pesar de los denodados esfuerzos de su propio gobierno por impedirlo. Llegaron desde prácticamente todos los estados de la Unión, y los había ricos y pobres, licenciados en universidades prestigiosas y hombres que se habían subido a trenes de mercancías en busca de trabajo. ¿Qué los llevó a ir allí? ¿Qué aprendieron, tanto de sí mismos, como de la guerra, del país que se habían comprometido a defender o del país que habían dejado? ¿Algunos llegaron a arrepentirse más tarde?

También hubo estadounidenses, como descubrí cuando empecé a estudiar esa época, que se sintieron atraídos por España no por el combate que libró la Brigada Lincoln, sino por la mucho menos publicitada revolución social que se produjo detrás del frente. Una de esas personas, que llegó a España meses antes que cualquiera de los voluntarios, fue una apasionada joven de Kentucky en su luna de miel.

También sentía curiosidad por otro grupo de personas. Como periodista que a menudo ha informado desde el extranjero, a veces desde zonas de conflicto, quería contemplar más de cerca a los tan mitificados periodistas estadounidenses que cubrieron la guerra. Matthews, Hemingway y otros corresponsales, ¿contaron la historia correctamente? ¿Sus apasionados sentimientos (resulta inaudito que periodistas sobre el terreno envíen telegramas a la Casa Blanca) sesgaron sus informaciones? ¿Se dejaron algo en el tintero?

Y así fue como decidí investigar las vidas de esos estadounidenses

participantes en la Guerra Civil Española. He ampliado el círculo ligeramente para incluir a tres ingleses: uno que luchó con los estadounidenses, otro que peleó contra ellos y un tercero conocido por cualquier lector norteamericano. Lo que a continuación sigue no es una historia exhaustiva de la guerra, ni siquiera de la participación estadounidense en ella. Más bien, es la historia de una serie de personas cuyos caminos los llevaron, con un océano de por medio, lejos de casa en una época convulsa. La historia tiene muchas aristas y algunos de estos hombres y mujeres, aunque valientes, tenían creencias que hoy nos parecen ilusorias; al fin y al cabo, idealismo y valentía no son sinónimos de sabiduría. Sin embargo, me resultó muy emocionante llegar a conocerlos y preguntarme de nuevo qué habría hecho o qué no habría hecho yo en su lugar y en su momento. Investigar sus vidas me llevó a conocer a sus descendientes, a visitar bibliotecas y archivos, a sacar a la luz algunos documentos guardados desde hacía mucho en armarios o cajones, y finalmente a orillas del Ebro.

# PRIMERA PARTE



## LA EXPULSIÓN DE LOS MERCADERES DEL TEMPLO

En un estado que es prácticamente un desierto pardusco, los amplios prados de la Universidad de Nevada destacan como un oasis. Sobre un acantilado que domina Reno, sus sombreados edificios de ladrillo rojo están cubiertos de enredaderas tras las cuales asoman cúpulas y ventanas de marcos blancos. Construida alrededor de un pequeño lago, la universidad tiene un aire de Ivy League\* que la convierte en una localización ideal para las películas de ambiente universitario.

Robert Merriman, de metro noventa, pelo rubio, delgaducho y guapo, trabajaba para pagarse los estudios en la universidad. Estaba pluriempleado en una funeraria local, como gerente de una hermandad y como vendedor de J. C. Penney, donde utilizaba el descuento de empleado para comprarse la ropa. Se había criado en California y se había dedicado entre los años de bachillerato y la universidad a trabajar en una papelera y como leñador (el negocio de su padre); también en ese tiempo había estado en una cementera y en un rancho ganadero. Una vez inscrito en la Universidad de Nevada, descubrió que podía ganar 8,5 dólares extras al mes apuntándose al Cuerpo de Entrenamiento de Oficiales de la Reserva (RTOC), cuyos cadetes vestían anticuados uniformes de gala con botas altas y pantalones de montar. También encontraba tiempo para jugar de defensa en el equipo de fútbol americano de la universidad y, más tarde, cuando una lesión le impidió seguir jugando, convertirse en animador. De hecho, durante el resto de su vida le quedarían trazas del animador que fue en aquel tiempo.

Bob Merriman conoció a Marion Stone en un baile justo antes de su primer año de universidad. El primer día de clase se fijó en ella mientras iba conduciendo un pequeño Dodge descapotable, frenó y la llamó: «Súbete, que tenemos cosas que hacer juntos». Esbelta, atractiva y un palmo más baja que él, Marion era la hija de un cocinero alcohólico. Ella también estuvo dos años trabajando después de acabar el bachillerato y, como millones de personas,

había perdido sus ahorros en la quiebra bancaria. Se ganaba la vida trabajando de secretaria y encargándose de la cocina y la limpieza en casa del dueño de la funeraria donde trabajaba Bob.

Marion vivió la mayor parte de sus años universitarios en la residencia de una hermandad femenina. Según su relato, el noviazgo fue un casto romance: bailes, besos y ocasionalmente alguna atrevida visita a un bar clandestino. Fue elegida «comandante honoraria» del baile militar universitario organizado por Bob y sus amigos del RTOC y este se gastó parte del dinero que tanto le costaba ganar en comprarle unas sandalias y un vestido de tafetán. La mañana del día de su graduación en mayo de 1932, Bob también recibió el nombramiento como alférez en la reserva. Se casaron esa misma tarde; después atravesaron la Sierra Nevada hasta una cabaña que les habían prestado a orillas del lago Tahoe y por fin se acostaron juntos. Fue, dijo ella, la primera vez para los dos.

Ese otoño, a instancias de un profesor de Nevada que había advertido su talento, Bob Merriman se inscribió como estudiante de posgrado en Economía en la Universidad de California, en Berkeley. En un país sumido en la peor depresión de su historia, con una cuarta parte de su población en paro, la crisis era la mayor de las preocupaciones. Berkeley se inclinaba hacia la izquierda, pero con millones de estadounidenses sin hogar viviendo en «hoovervilles», barrios de chabolas construidas con chapa ondulada, impermeabilizante, bloques de hormigón o viejas cajas de embalaje (en Nueva York, había surgido uno cerca de Wall Street y otro en Central Park), no hacía falta ser izquierdista para preguntarse «¿No hay una opción mejor?».

Franklin D. Roosevelt ocupó el Despacho Oval durante el primer año de Merriman en Berkeley. En su discurso inaugural expresó un radicalismo casi bíblico rara vez escuchado antes o después en un presidente estadounidense: «Las prácticas sin escrúpulos de los mercaderes quedan condenadas. [...] <sup>1</sup> Los mercaderes han abandonado sus altos estrados en el templo de nuestra civilización y ahora lo podemos restaurar en sus antiguas verdades. El alcance de esa restauración radicarán en el grado en que apliquemos valores sociales más nobles que el mero beneficio pecuniario». Algunos de esos mercaderes parecían sentirse incómodos. El financiero J. P. Morgan Jr., heredero de una enorme fortuna bancaria, guardó su yate y le escribió a un amigo: «Hay tanto sufrimiento por la falta de trabajo e incluso por el hambre que es mucho más prudente y más considerado no hacer ostentación de un

entretenimiento tan lujoso».2

Los recursos económicos de los recién casados eran escasos. Durante varios meses, Marion no pudo permitirse dejar el nuevo trabajo que tenía en Nevada. En un aluvión de cartas y algún que otro poema amoroso de Bob para su «queridísima chica»,3 este le expresaba lo mucho que la echaba de menos: «Te quiero, ven pronto. Estoy harto de vivir solo y te necesito solo a ti», al tiempo que se ocupaba prudentemente de las finanzas en común: «Estoy de acuerdo con que vengas por vacaciones siempre que puedas permitírtelo. Pero si eso supone gastar mucho dinero, mejor no lo hagas».

Compartía con ella su entusiasmo por estar en un campus tan sofisticado: «La sala de la biblioteca es como la de un club, con sus cómodos sillones y todo lo demás». Estaba encantado de ser profesor de primer ciclo y de conocer a otros licenciados venidos desde muy lejos para estudiar en su departamento (entre ellos, un joven canadiense llamado John Kenneth Galbraith). «El más popular entre los estudiantes de posgrado de mi generación en Berkeley —así es como recordaba Galbraith a Merriman—. Más tarde demostraría que también era el más valiente.»4

Bob alquiló una habitación en una pensión mientras buscaba un lugar asequible para vivir con su esposa. «Desde mi llegada —le escribió a Marion —, he visto al menos cincuenta apartamentos. [...] Anoche salí pronto de la biblioteca [...] para visitar más y he encontrado uno que no podíamos rechazar. [...] Así que he dejado un depósito de 5 dólares y me mudaré mañana por la tarde. [...] Cuesta 20 dólares al mes y, sin ser un palacio, tampoco es una choza. [...] He sido un poco espartano con las raciones, pero ahora que todos los libros están pagados estoy comiendo más. Me siento estupendamente y muriéndome de ganas de que mi amorcito se reúna pronto conmigo.»

Poco tiempo después, Marion llegó al estudio de dos habitaciones, a cinco minutos caminando al norte del campus, equipado con una cama empotrada en la pared. A pesar de la Gran Depresión, Marion sabía ingeniárselas y enseguida encontró empleo. Primero trabajó en un banco y luego como dependienta en una tienda de artículos para el hogar de San Francisco, a la que iba cogiendo un tranvía y un ferri. Pese a las estrecheces económicas, la vida matrimonial era una delicia. «Bob se las ingeniaba para colarnos en hoteles de lujo, como el Nob Hill o el Mark Hopkins, diciendo que alguien nos estaba esperando en el bar. Una vez dentro, nos pasábamos horas

bailando sin pagar más que el precio de la primera consumición. Nos lo pasábamos tan bien que a veces ni tan siquiera pedíamos una copa.»<sup>5</sup> Entre sus canciones favoritas estaban «Stardust» y «Tea for Two».

Al poco tiempo, otras tres personas se alojaban en el diminuto apartamento: en una cama plegable en la cocina dormía un estudiante de posgrado sin sitio para vivir, de quien Bob se había apiadado, y en el cuarto de estar, en otra cama plegable, las dos hermanas de Marion, de ocho y once años. Su madre había muerto y su padre, un bebedor empedernido, era incapaz de cuidarlas. «Entrabas por la puerta y para llegar a cualquier parte tenías que pasar por encima de una cama —recordaba Marion—. <sup>6</sup> Bob se mostraba impasible. Simplemente pensaba que, si mis hermanas, el estudiante y Dios sabe quién más en el futuro no tenían dónde vivir y él tenía sitio, debíamos compartirlo.» Su contagioso optimismo hacía que ella se sintiera «como una niña que corre y ríe jugando alocadamente a Seguid al Líder».

Mientras tanto, a su alrededor el país se hundía en la miseria. Treinta y cuatro millones de estadounidenses vivían en hogares sin ingresos. En todas las ciudades, los parados con gorra o sombrero formaban largas colas ante los comedores de beneficencia, pero a veces las iglesias o las organizaciones de caridad que los mantenían se quedaban sin fondos y no podían servirles comida. Se veía a familias hurgando en los cubos de basura y en los vertederos en busca de algo que comer y tratando de calentarse en pleno invierno encima de las rejillas de aire caliente de las calles. En Pensilvania, los trabajadores siderúrgicos en paro y sin hogar vivían con sus mujeres e hijos dentro de los hornos de carbón apagados. El abismo económico se agravó con una sequía de proporciones históricas que expulsó a millones de personas hacia el oeste desde las Grandes Llanuras bajo enormes nubes de tierra convertida en polvo. Los agricultores del Medio Oeste que lograban recoger su cosecha a veces no encontraban silos donde venderla. Detroit sacrificó a todos los animales del zoológico para proveer de carne a los hambrientos. Cuando se inauguró a bombo y platillo el Empire State, no se pudo alquilar más de un 20 por ciento de sus oficinas. Para los parados, el teléfono se convirtió en un lujo fuera de su alcance; entre 1930 y 1933, el número de hogares con teléfono disminuyó en más de tres millones.

El estado de desesperanza nacional se veía salpicado por episodios de violencia cuando los más desesperados trataban de tomar por su propia mano lo que necesitaban para sobrevivir. Alrededor de trescientos hombres y

mujeres ocuparon la calle principal de la población de England, en Arkansas, y se negaron a moverse hasta que los dueños de las tiendas distribuyeran pan y otros alimentos. En Oklahoma City, la gente forzó las puertas de un supermercado y saqueó la comida que había en las estanterías, mientras que en Mineápolis fue necesaria la intervención de cien policías para disolver a otra multitud que trataba de hacer lo mismo.

Los trabajadores se volvieron combativos. Más de 300.000 obreros textiles suspendieron el trabajo en 1934 en la mayor huelga jamás vista en Estados Unidos. Desde Maine a Georgia, los trabajadores del textil se enfrentaron a la policía, los esquirols y la Guardia Nacional, enfrentamientos que dejaron tras de sí una docena de muertos. El gobernador de Georgia decretó la ley marcial en todo el estado. Por doquier, cientos de miles de pequeños agricultores y propietarios de casas perdieron sus propiedades por embargos hipotecarios; si bien hubo agrupaciones de vecinos, armados con escopetas, que se negaron a abandonar sus pertenencias.

El verano después de su primer año en Berkeley, Merriman trabajó en una cadena de montaje de la Ford en la cercana ciudad industrial de Richmond, y quedó horrorizado al descubrir que el ácido de las baterías salpicaba habitualmente a los obreros, a quienes no se les permitía ni tan siquiera ir al baño. El verano siguiente, en 1934, se vería arrastrado a un mundo mucho más político del que había conocido en Nevada. Unos 15.000 estibadores de la Costa Oeste habían formado un sindicato y, cuando las compañías navieras se negaron a reconocerlo, se declararon en huelga. Se les unieron los marineros, los prácticos de puerto y los camioneros que transportaban las mercancías a los muelles. En un gesto de solidaridad raro en aquellos tiempos, los huelguistas y sus aliados (blancos, negros, chinos y filipino-americanos) se manifestaron en formación de a ocho en fondo por la Market Street de San Francisco bajo una bandera del sindicato.

Las empresas navieras contrataron gente para reemplazarlos, y a veces tenían que alojarlos en los propios barcos para mantenerlos a salvo de los puñetazos y las patadas de los enfurecidos estibadores. En Berkeley, cientos de profesores y alumnos, como Merriman, apoyaban fervientemente a los huelguistas; no así el entrenador de fútbol americano, William Ingram, un licenciado por Annapolis, conocido como Navy Bill, que organizaba a sus jugadores para actuar de esquirols.

Aunque todos los grandes puertos del Pacífico estaban cerrados, el centro de la batalla se encontraba en San Francisco, por entonces una dura ciudad obrera, baluarte de los sindicatos más combativos del país. En turnos de 12 horas, un millar de hombres bloqueaban los accesos al puerto. La tensión iba en aumento, y cualquier camión que tratara de traspasar las barricadas de los piquetes era recibido con una lluvia de piedras y ladrillos. Desde las colinas que dominan los muelles, miles de residentes contemplaban los disturbios callejeros y oían los disparos de la policía. Con la hierba seca de la ladera ardiendo a causa de las granadas de gases lacrimógenos, la ciudad se parecía cada vez más a una zona de guerra. Tras varios días de enfrentamientos, dos obreros resultaron muertos y más de un centenar de personas heridas tuvieron que ser atendidas en los hospitales. Una imponente y silenciosa multitud de 15.000 personas escoltó los féretros de los fallecidos por Market Street. El Consejo Sindical de San Francisco votó, por segunda vez en la historia de Estados Unidos, un llamamiento a la huelga general. Solo en el Área de la Bahía dejaron de trabajar más de 130.000 personas.

Se nombraron más de 500 policías especiales que, junto con grupos de vigilantes, destruyeron la sede del sindicato y una cocina que alimentaba a los huelguistas. Los atacantes destrozaron el mobiliario, lanzaron las máquinas de escribir por las ventanas y apalearon a algunos sindicalistas y a otros radicales. «A los rojos les salen morados», titulaba triunfante la portada del *San Francisco Chronicle*. Un número que superaba los 250 entre sindicalistas y simpatizantes fueron arrestados, y el gobernador movilizó a 4.500 guardias nacionales. En los muelles había barricadas de sacos terreros y un nido de ametralladoras con soldados armados y con casco.

Si bien el conflicto no trajo la revolución que muchos soñaban, los huelguistas consiguieron algunas de sus reivindicaciones. El sindicato arraigó firmemente entre los estibadores (hasta las grúas de contenedores marítimos terminaron sustituyendo décadas más tarde los ganchos de los estibadores), convirtiéndose en uno de los más fuertes del país. Trabajando de voluntario en la oficina de prensa de la huelga, Bob Merriman fue testigo de excepción de una de las victorias históricas de los trabajadores.

Del mismo modo que la huelga influyó en el acercamiento de Merriman a la lucha política de su tiempo, también lo hizo su entorno en Berkeley. En su departamento, por ejemplo, estaba el economista Paul Taylor, marido de la



fotógrafa Dorothea Lange. La pareja se había trasladado a los soleados campos para estudiar y dar a conocer las terribles condiciones de los jornaleros inmigrantes en California, los más pobres del país. Berkeley era un mosaico de las tendencias de la izquierda de la época: los demócratas, que querían que el New Deal de Roosevelt fuera más ambicioso; los socialistas, que abogaban por una transición pacífica hacia la propiedad pública de la industria; los comunistas, y también miembros de una gran disparidad de sectas minoritarias.

Así pues, no es de extrañar que los Merriman comenzaran a interesarse por la Unión Soviética. No eran los únicos estadounidenses que creían que la URSS merecía tenerse en consideración. Para muchos, representaba claramente una posible alternativa para un Estados Unidos donde los trabajadores que trataban de organizarse se arriesgaban a sangrientas represalias y donde un sistema económico arrojaba a un gran número de gente a la más profunda desesperación. Cada día salían nuevos titulares que ponían de manifiesto la magnitud de la crisis nacional. Diez presos en libertad condicional pidieron su readmisión en una penitenciaría de Pensilvania porque no podían encontrar trabajo. Chicago se quedó sin fondos para pagar a sus maestros. En la región de los Apalaches, hombres, mujeres y niños sobrevivían alimentándose de hierbas, raíces y dientes de león. El capitalismo parecía hallarse, como había predicho Marx, en su fase terminal. ¿No podría una economía planificada, en su lugar, dar trabajo a los desempleados construyendo edificios tan necesarios como viviendas, escuelas u hospitales? ¿Y no era justamente eso lo que estaban haciendo en Rusia?

Hoy en día recordamos al Partido Comunista estadounidense como un lacayo de la despiadada y en última instancia fracasada dictadura soviética. Pero, como ha escrito la historiadora Ellen Schrecker, también fue «la más dinámica entre las organizaciones de la izquierda durante las décadas de 1930 y 1940». <sup>7</sup> Gracias a su influyente papel en las grandes luchas, como la huelga de los estibadores de San Francisco, y sus esfuerzos pioneros para organizar a los jornaleros, el Partido se ganó un respeto mucho más allá del reducido número de sus afiliados. En una época profundamente segregada y sexista, hizo campaña a favor de la presencia de negros en los jurados y en las listas de votantes, así como una defensa acérrima por los derechos de las mujeres. En Nueva York, un sindicalista que más tarde se cruzaría con

Merriman en España se unió al Partido después de ver a desafiantes miembros de las ligas juveniles volver a subir los enseres y el mobiliario a los apartamentos de los residentes recién desahuciados. «Era una organización que no solo hablaba, sino que actuaba, que hacía algo.»

La sensación nacional de crisis era tan profunda que, en las elecciones presidenciales de 1932, 52 prominentes escritores estadounidenses, entre ellos, Sherwood Anderson, Theodore Dreiser, John Dos Passos, Langston Hughes y Edmund Wilson, apoyaron públicamente al candidato del Partido Comunista a la presidencia. Incluso alguien tan poco comunista como el cronista de la alta sociedad F. Scott Fitzgerald instaba a su hija a que leyera a Marx: «Lee el terrible capítulo “La jornada laboral” de *El capital* y ya me dirás si sigues siendo la misma». [8](#)

A medida que avanzaba la década, iba quedando más patente que el New Deal era insuficiente para sacar al país de la Depresión. Y no más halagüeña era la perspectiva en otros lugares del mundo. Aupándose sobre la sangrienta ola de violencia callejera provocada por los camisas pardas, Adolf Hitler se había hecho con el poder en Alemania, quemado libros, despedido a profesores judíos, sacado a su país de la Liga de las Naciones y metido en cárceles y campos de concentración a más de 50.000 alemanes en «detención preventiva». En 1934, durante la «Noche de los cuchillos largos», dirigió personalmente al contingente de las SS que acribilló a más de un centenar de enemigos políticos, entre ellos un excanciller alemán. Uno de aquellos hombres fue asesinado a golpes de piqueta. Al año siguiente, Alemania aumentó drásticamente el gasto militar y despojó de su nacionalidad y derechos civiles a los judíos del país, a los que el ministro de Propaganda Joseph Goebbels tildaba de «la sífilis» que infecta a los pueblos de Europa. En Italia, los camisas negras de Benito Mussolini aterrorizaban a todo el que se opusiera a la dictadura fascista. Y en el otro extremo del mundo, un militarizado imperio japonés había ocupado brutalmente la región china de Manchuria.

En muchos países azotados por la Depresión, la derecha y la izquierda se enfrentaban violentamente, inclinándose la balanza a favor de la derecha. Cuando en el otoño de 1934 los radicalizados mineros armados con dinamita ocuparon minas, fábricas, bancos y otras empresas en Asturias, al menos un millar fue masacrado por las tropas y la artillería gubernamentales. Entre los soldados se hallaba la temida Legión Española, cuyos hombres se adornaban

con las orejas cortadas de sus víctimas ensartadas en collares de alambre y a veces amputaban a los mineros las manos, las lenguas o los genitales. Los mineros sublevados fueron testigos de cómo violaban a sus mujeres, y miles de ellos fueron encarcelados. Las tropas victoriosas estaban comandadas por uno de los generales más jóvenes de Europa, el despiadado Francisco Franco, a quien la Associated Press se refirió como «el español del momento».<sup>9</sup>

En comparación, los acontecimientos en la Unión Soviética resultaban prometedores. En aquellos tiempos convulsos, se convirtió en un lugar en el que millones de personas proyectaron sus esperanzas. No había huelgas, al menos ninguna de la que se tuviera noticia en Estados Unidos, y, entre los problemas que la nueva sociedad pudiera tener, no figuraba el desempleo. La economía soviética parecía estar en pleno auge, tanto es así que Iósif Stalin encargó 75.000 berlinas Ford A a Henry Ford.

Además, los rusos estaban contratando a gente de otros países. Cuando el gobierno hizo una oferta pública de trabajo abierta a ingenieros y técnicos estadounidenses, en ocho meses se presentaron más de 100.000 solicitudes. Muchos otros se dirigieron al país con visados de turista con la esperanza de encontrar trabajo cuando estuvieran allí (había los suficientes estadounidenses y británicos recién llegados como para que el semanario en lengua inglesa *Moscow News* se transformara en diario). Entre las decenas de miles de extranjeros que encontraron trabajo en Rusia, estaban, en una fábrica de automóviles en la ciudad de Gorky, los hermanos Walter y Victor Reuther, que más tarde llegarían a convertirse en importantes líderes obreros. Un libro, originalmente escrito para los escolares soviéticos, *New Russia's Primer: The Story of the Five-Year Plan*, estuvo siete meses en la lista de los libros más vendidos en Estados Unidos. «En medio de la gran tormenta financiera que nos azota, vuestra nave se está hundiendo —les dijo el escritor irlandés George Bernard Shaw a los radioyentes estadounidenses de regreso de un viaje a la URSS—,<sup>10</sup> y la de Rusia es la única entre las grandes naciones que no se está yendo a pique emitiendo llamadas de socorro.»

A pesar de haberse convertido en el coordinador de los profesores becarios del Departamento de Economía de Berkeley, en el fondo Bob Merriman era un activista. Aquella sociedad que se estaba reinventando a sí misma le interesaba más que los textos sobre curvas de oferta y demanda de escasa

relevancia en un mundo sumido en la Depresión. Aunque no era miembro del Partido Comunista, empezó a moverse en sus círculos. El catedrático del Departamento de Economía le dijo a Bob que consideraba importante entender el nuevo sistema soviético, a pesar de su inclinación política conservadora. ¿Por qué no hacer, pensaba Merriman, una tesis doctoral sobre ese tema? Hacia finales de 1934, al finalizar el curso académico, como escribió Galbraith, «la universidad le concedió una de las escasas becas en el extranjero».<sup>11</sup> A pesar de lo dolorosa que debió de resultarle la decisión, Marion envió a sus dos hermanas, entonces de diez y trece años, al orfanato más progresista que pudo encontrar (un profesor de Bob pertenecía a su junta directiva). La beca le proporcionaba 900 dólares para estudiar en el extranjero, que, junto con los ahorros de la pareja, fueron suficientes para que los Merriman pudieran establecerse en Moscú.

## TIERRA PROMETIDA, ALAS NEGRAS

Para los ambiciosos jóvenes estadounidenses de entreguerras, una de las profesiones más fascinantes era la de corresponsal en el extranjero. En sus crónicas enviadas a través del cable submarino, un selecto grupo de periodistas interpretaba el vasto mundo para los lectores de su país. A Louis Fischer, originario de los barrios bajos de Filadelfia, pertenecer a esa élite le parecía un salto milagroso.

«Mi padre trabajó como obrero en una fábrica y luego se dedicó a vender pescado y fruta con un carrito —escribió más tarde—.<sup>1</sup> Todavía puedo escuchar sus reclamos: “Melocotones frescos, melocotones”. A veces, yo llevaba el carro vacío hasta el establo. Mi madre era lavandera. Cuando no podían pagar el alquiler, lo que sucedía con frecuencia, la familia entera se trasladaba. Hasta que cumplí los dieciséis nunca viví en una casa con electricidad, agua corriente, retrete propio o calefacción, aparte de la estufa de carbón de la cocina-cuarto de estar.» Y a menudo escaseaba la comida.

Deseoso de escapar de aquel mundo, Fischer vio en el periodismo la salida hacia una vida más sofisticada. Acabada la Primera Guerra Mundial convenció al *New York Evening Post* para que le pagara por artículos sueltos que iría enviando desde Berlín, donde, a causa de la ruinoso inflación, el dólar cundía muchísimo. Su habilidad para tratar con los directores de periódicos y su facilidad para aprender idiomas pronto lo llevarían a Moscú, donde comenzó a producir libros, así como cientos de artículos como corresponsal independiente para el venerable semanario progresista *The Nation* periódicos como el *New York Times* o el *Baltimore Sun*. A finales de la década de 1920, cada año cogía un transatlántico de vuelta a Estados Unidos para aprovechar la avidez con la que los americanos escuchaban a conferenciantes supuestamente versados en temas relacionados con los asuntos internacionales. Sus libros y conferencias lo convirtieron en una pequeña celebridad, lo suficientemente importante como para que, estando de

gira por el país, otros periodistas solicitaran entrevistarlo.

En 1922, Fischer se casó con una mujer rusa y en poco tiempo tuvo dos hijos que se criaron en Moscú. Su afición por las mujeres era tan grande como la que sentía por los viajes, y tuvo numerosas aventuras en diversos continentes que lo convirtieron en padre de al menos un hijo más. Pero permaneció junto con su mujer, y años más tarde, incluso mucho después de haberse separado, se seguían intercambiando con asiduidad cartas cariñosas. A mediados de los años treinta, Fischer había comenzado a realizar en verano, como actividad secundaria, giras de varias semanas por Rusia con grupos de estadounidenses. Aunque a menudo vestía con el blusón y las sandalias de los campesinos para mostrar su solidaridad con las clases trabajadoras, disfrutaba del dinero extra que le proporcionaban aquellos viajes. Un año se sintió especialmente orgulloso de que su «alumno estrella» fuera Maurice Wertheim, «un millonario agente financiero» con un dúplex en Nueva York, una finca en Connecticut, un río salmonero privado en Canadá y una colección de picassos (la renombrada historiadora Barbara Tuchman era hija de Wertheim).

Como muchos otros en aquellos años, horrorizado por la guerra y la depresión, Fischer buscaba un credo que le diera sentido al mundo y pudiera sustentar la promesa de un futuro mejor. «No puedo imaginarme la vida sin algo superior a mí en lo que pueda tener fe», escribió. Tras un temprano flirteo con el sionismo, halló dicha fe en la Unión Soviética. «Yo también me vi arrebatado por aquella nación que marchaba en busca de una visión. [...] Me pasaba las desagradables horas de insomnio en la ventanilla del tren contemplando la llanura rusa. Ni una luz. Cientos de kilómetros de oscuridad. La gente pasaba toda su vida así. Yo había asistido a clases de bachillerato con lámparas de queroseno y, aunque eso no mata a nadie, la luz resplandeciente es mejor. Desde entonces aborrezco apagar la luz. [...] Ahora las bombillas están invadiendo las tristes aldeas oscuras. [...] Rusia está tratando de salir de un antiguo cenagal.»<sup>2</sup>

El comunismo parecía conducir mágicamente un país atrasado hacia la era industrial. Como muchos credos, este también tenía su profeta. Acompañando a una delegación estadounidense en 1927, Fischer pasó casi toda una jornada en compañía de Iósif Stalin, cuyo tono suave y modales sencillos de soldado seducían a muchos visitantes extranjeros. «Mientras charlaba con nosotros durante horas iba creciendo en mí el respeto por su



energía, decisión y fe. [...] Su voz calmada reflejaba una enorme fuerza interior.»<sup>3</sup>

En las fotografías, Fischer nunca aparece sonriendo. Apasionado, ancho de espaldas, con un llamativo pelo negro y unas imponentes cejas oscuras, no era del agrado de todo el mundo. Al escritor británico Malcolm Muggeridge, por entonces un joven corresponsal en Moscú, le parecía un «tipo cetrino, dogmático y excesivamente serio [...] que, en el curso de los años, virtuosamente no se apartó ni una sola vez de la línea del Partido».<sup>4</sup> Cuando en una ocasión, mientras los dos hombres hablaban con un ingeniero en el lugar en que se estaba construyendo una presa, este dejó caer la imprudente insinuación de que los obreros de la presa eran en realidad presos políticos, Fischer cambió inmediatamente de tema.

Lo que llevó a Fischer a representar ese papel en Moscú no fue solo un idealismo ingenuo, sino también el afán de reconocimiento y de acercamiento a los poderosos propios de alguien hecho a sí mismo. En muchas de las fotos que acumuló, a menudo aparecía junto a un personaje destacado, un general o un ministro. La mayoría de los periodistas solicitan una entrevista para conocer las opiniones de la otra persona, pero Fischer no. Al regresar a Moscú tras un viaje por Europa occidental, le escribió a Stalin para pedirle una reunión y poder «contar mis impresiones del viaje [...] y hablar con usted de la situación internacional».<sup>5</sup> No existe constancia de si el dictador le respondió, pero las autoridades soviéticas sabían perfectamente cómo satisfacer su ego. En 1932, fue uno de los tres corresponsales extranjeros homenajeados, por la «rectitud e imparcialidad de sus informaciones», con un banquete ofrecido por el Comisariado de Asuntos Exteriores. Esas adulaciones daban sus frutos. «Sol sobre el Kremlin: el señor Fischer considera Rusia una nación atareada y feliz», así se titulaba unos años más tarde la reseña en el *Washington Post* de uno de sus libros.<sup>6</sup>

En la Unión Soviética y en los reportajes de viaje por otros países, Fischer, gracias a su ruso, francés y alemán fluidos, se trabajaba hábilmente a los políticos. El intercambio de noticias y rumores le permitía llenar su libreta encuadernada en piel negra de notas con los comentarios de estos, que luego daban a sus artículos ese aire de estar al corriente del gran juego de la política. Anhelaba ser una figura influyente dentro de aquel ambiente y siempre estaba dando consejos a los que realmente lo eran. «El primer ministro [...] se quedó mirándome, sopesando mis palabras —escribió en uno

de los muchos pasajes similares de sus memorias—.7 “Le agradezco que me haya hablado con franqueza. [...] Si tiene más críticas, escríbame de nuevo o venga a verme.”» Y contaba orgulloso cómo en una ocasión un prominente general soviético llamó a una taquígrafa para que tomara nota de sus sugerencias. Es evidente que los entrevistados se daban cuenta de que el mejor modo para lograr una cobertura favorable en las crónicas de Fischer era escuchándole con entusiasmo.

Los extranjeros buscaban en la Unión Soviética un futuro viable, según la famosa expresión del periodista Lincoln Steffen, y normalmente lo encontraban. Fischer no fue una excepción. La policía secreta soviética, escribió en un libro de 1935, «no es propiamente un servicio de inteligencia y una milicia, sino una vasta organización industrial y una institución educativa de gran magnitud» que gestionaba, entre otras cosas, el club deportivo Dinamo de Moscú, en el que generosamente se permitía el acceso de los extranjeros. Los campos que mantenía por todo el país representaban un esfuerzo de reinserción de criminales mediante el saludable trabajo al aire libre. En el mismo libro, dedicó un entusiasta capítulo a Bolshevo, una colonia penitenciaria cercana a Moscú con aspecto de bucólico pueblo Potemkin\* donde cientos de visitantes extranjeros podían ver cómo los criminales soviéticos estaban generosamente dotados de instalaciones deportivas, un cine, un taller de arte y programas de estudios. A los internos los trataban tan bien, escribió, que «muchos de ellos me contaron que les gustaba demasiado aquel lugar para dejarlo».

En el extranjero, las amistades entre compatriotas se establecen rápido. En las pistas de tenis situadas unas manzanas al norte del Kremlin, Fischer fue asiduo compañero de Bob Merriman, el atlético y joven economista recién llegado de Berkeley. Aquel «tipo alto, sonriente y tímido —escribiría Fischer —,8 tras ganarme en la pista, siempre se mostraba preocupado por convencerme de que en realidad yo era mejor jugador».

Cuando en enero de 1935 Bob y Marion abandonaron California, era la primera vez en sus vidas que iban más al este de Nevada. Atravesaron Estados Unidos en un decrepito minibús y, para reducir el precio de los pasajes, Bob colaboró en la conducción. Todo el viaje fue un constante recordatorio de los millones de estadounidenses hambrientos, sin hogar y desempleados (fábricas cerradas, largas colas de gente en las aceras

esperando su turno para pedir trabajo o recoger un plato de sopa). En Filadelfia y en Nueva York vieron a gente tratando de entrar en calor junto a fogatas en medio de barrios de chabolas. Luego cruzaron el océano en un transatlántico con música de baile todas las noches, hicieron escala en Londres y en Copenhague, fueron a bordo de un rompehielos hasta Helsinki y finalmente en tren hasta Moscú, la capital de la tierra prometida.

Un amigo de Berkeley les había dado una carta de recomendación para una mujer rusa que dirigía un periódico gubernamental para los campesinos soviéticos. Cuando esta se enteró de que Bob tenía intención de escribir su tesis doctoral sobre la agricultura soviética, le pidió que le mandara artículos de sus viajes a las granjas colectivizadas del país. Bob también estudió ruso y asistió a clases en el Instituto de Economía de Moscú, mientras Marion trabajaba de secretaria para hombres de negocios británicos y estadounidenses.

Los atractivos y agradables jóvenes se convirtieron pronto en figuras conocidas en la comunidad de estadounidenses expatriados. Bob era apreciado por sus habilidades como jugador de bridge y póquer, y los conocidos de la embajada estadounidense le sonsacaban información de sus viajes a lugares más allá de los límites diplomáticos. Como informó un funcionario consular a Washington, el entusiasmo de Merriman por la Unión Soviética era tan grande que «entablaba conversaciones con los visitantes estadounidenses para tratar de convencerlos de que hicieran campaña para cambiar las políticas estadounidenses en relación con la Unión Soviética. Incluso llegó a dar conferencias a diversos grupos de turistas»<sup>9</sup> (probablemente los turistas dirigidos por Fischer).

En su serie de artículos entusiastas<sup>10</sup> para *Pacific Weekly*, una pequeña publicación izquierdista de California, Bob informaba de que en Moscú se habían construido 72 nuevas escuelas y una red de metro, de que el liderazgo soviético tenía «un respaldo de la gente mayor que el de cualquier otro gobierno del mundo», de que los asilos para obreros eran espaciosos y limpios, o de que 99.000 nuevos tractores y 25.000 cosechadoras habían «abierto a los campesinos un horizonte de mejoras y oportunidades que no habrían podido ni imaginar».

En realidad, lo que realmente los campesinos soviéticos nunca habrían podido imaginar fue una de las más catastróficas hambrunas de la historia provocadas por el hombre. Se produjo en el invierno de 1932-1933, dos años

antes de la llegada de los Merriman, como resultado de la colectivización forzosa de la agricultura. Los campesinos acomodados vieron cómo se les confiscaban sus tierras y, bajo la vigilancia de tropas con ametralladoras, fueron deportados en vagones de carga a lugares remotos del inmenso país. Otros campesinos fueron trasladados desde sus pequeñas parcelas a grandes latifundios colectivizados, en los que las autoridades soviéticas esperaban que aumentara rápidamente la producción de alimentos para abastecer las ciudades del país en pleno crecimiento. Pero no fue así. Los campesinos sacrificaron y se comieron más de 70 millones de cabezas de ganado bovino y ovino antes de que fueran a parar a las nuevas colectivizaciones.

Aquel invierno y la primavera siguiente, el hambre se cobró la vida de al menos cinco millones de personas. La nieve se acumulaba sobre los cadáveres de quienes morían de inanición en plena calle o en los caminos. Como suele ocurrir en las hambrunas, la tasa de natalidad también se desplomó. Más tarde, al hacer el censo, se descubrió que la población de la Unión Soviética era 15 millones inferior a lo esperado. Stalin ordenó el fusilamiento de algunos funcionarios del censo y la siguiente remesa de datos estadísticos resultó mucho más alentadora.

Si Bob Merriman tuvo noticia de lo sucedido, no dejó constancia de ello en sus escritos. Su única referencia fue una denuncia de las «deliberadas mentiras»<sup>11</sup> sobre la hambruna soviética aparecidas en la patriótica cadena de periódicos Hearst. Los supervivientes del hambre, como cualquier otro soviético con historias oscuras que contar, ya sabían que resultaba peligroso hacer cualquier crítica ante un extranjero. Si Merriman le hubiera preguntado a su amigo Louis Fischer sobre los rumores de la hambruna, el corresponsal, a juzgar por lo que escribió sobre el tema, le habría asegurado al joven economista que eran totalmente exagerados y que la colectivización era el mayor paso adelante desde la emancipación de los siervos en la Rusia de 1861. El hecho de que un brillante licenciado de Berkeley hubiera podido ignorar un desastre humano de semejantes dimensiones precisamente en su campo de investigación puede parecer extraño hoy, pero entonces mucha gente entendía el mundo de forma maniquea: si uno se sentía escandalizado por el hambre, el paro y la desigualdad en Occidente, entonces Rusia tenía que ser el glorioso camino hacia un mundo mejor.

Los Merriman obtuvieron una visión más pesimista de otra nueva amiga de Moscú, destinada también a compartir la siguiente etapa de sus vidas. Milly

Bennett, de treinta y siete años, había nacido en San Francisco y a los diecinueve entró a trabajar como reportera, algo inusual para una mujer en aquellos tiempos. Pronto llamó la atención por una serie de artículos<sup>12</sup> sobre el trabajo de criada: «Milly en su nuevo trabajo vuelca un plato de sopa», «Milly se niega a ponerse la cofia en una casa de Berkeley», «Milly se despide». En otra serie de artículos describió otros tipos de trabajos: «Milly Bennett conoce a las chicas obreras de una fábrica». Luego vinieron cinco años en un periódico de Honolulu, un matrimonio y un divorcio, y varios años ejerciendo de periodista en China, sumida por aquel entonces en el caos revolucionario. En 1931 comenzó a trabajar en Rusia como reportera del periódico gubernamental en lengua inglesa *Moscow Daily News* y poco después se casó con un bailarín ruso de ballet. Atrevida e irreverente, perdió su puesto de trabajo durante un tiempo cuando los funcionarios soviéticos consideraron que un artículo suyo para un semanario estadounidense ridiculizaba en exceso la ingenuidad de los peregrinos estadounidenses a Moscú, pero consiguió que la readmitieran.

«Nos llevamos bien desde el principio»,<sup>13</sup> recordaba Marion Merriman, quien, por mediación de Bennett encontró trabajo de correctora en el periódico. Milly, escribió Marion, «era una mujer feúcha, aunque [...] sus generosas curvas atraían las miradas de los hombres en busca de plan. [...] Sus viajes se reflejaban en la cara, en sus rasgos cuarteados y toscos. En la redacción del periódico y en los bares donde se reunían los periodistas —un grupo en el que había muy pocas mujeres—, Milly era considerada como “uno más”».

A pesar de su aventurera carrera, las cartas de Bennett de aquella época (en gran medida sin mayúsculas y normalmente escritas en el papel que utilizaban los reporteros para escribir a máquina) muestran a menudo un anhelo por algo que parecía fuera de su alcance. A veces era la vida doméstica, como cuando, al escribirle a una amiga que acababa de dar a luz, le preguntó tímidamente: «¿Duele?». A veces, echaba en falta la base de teoría marxista que parecía que requerían los tiempos: «Estoy asistiendo a clases de leninismo y de materialismo histórico. [...] Anoche, sentada con un grupo de alumnos, trataba de desentrañar un capítulo de Engels [...] y tengo que decir que solo una pequeña parte, muy pequeña, parecía tener algún significado para mí». <sup>14</sup> O a veces deseaba simplemente una posición periodística más segura, porque, aunque colocaba de vez en cuando un

artículo en alguna revista, lo más frecuente eran las cartas de rechazo, y los periódicos estadounidenses solo la llamaban cuando un corresponsal habitual necesitaba ayuda o estaba de vacaciones.

Pero, por precaria que fuera su posición, Bennett siempre causaba una profunda impresión. «Con su pelo de un hotentote, gafas de culo de vaso y rasgos duros», escribió un reportero, Bennett podía «cubrir cualquier tema, pelearse con cualquiera que no compartiera sus ideas radicales, aguantar sin pestañear y mandarte a la mierda en el desayuno o cautivarte con su tosca generosidad. Tenía una manera muy suya de incomodar a un tío mirándolo fijamente a través de los gruesos cristales de sus gafas y decirle “odio a los hombres guapos” sin que uno supiera si se trataba de un cumplido o de un insulto».<sup>15</sup>

El mayor disgusto de su vida en Moscú se produjo cuando su marido ruso, Evgeni «Zhenya» Konstantinov, fue arrestado en su presencia y enviado a un campo de trabajo en Siberia acusado del delito de homosexualidad. No está claro si la condición sexual de su marido la pilló por sorpresa o si el matrimonio era solo una tapadera para cubrirla. En cualquier caso, parece que le tenía mucho cariño. En una carta de 1934 escribió: «Cogería un barco mañana mismo y me volvería a casa si no fuera por Zhenya y su madre. Estoy enamorada de mi joven marido, así que ¿qué puedo hacer? [...] Acabo de regresar de visitarlo en el campo de concentración y casi me derrumbo».<sup>16</sup> A pesar de que el matrimonio se rompió, durante años Milly siguió mandándole dinero a la familia.

Tales experiencias le dejaron una visión más sombría del país que la que tenía Bob Merriman. Según Marion, «sus discusiones en el bar de la embajada estadounidense eran legendarias». Años más tarde, Marion reconstruyó una de ellas:

—¡Por Dios, Bob! —le decía Milly con su tono mordaz y descarado—, ¿qué merito le ves a lo que están haciendo con esos campesinos? Si no están mejor ahora con los soviéticos de lo que lo estaban con los zares.

—Milly —respondía Bob exasperado—, este país se encuentra ahora mismo en medio de una transformación gigantesca, como ningún otro país en la Tierra. Y, déjame que te diga, que he visto a los campesinos rusos labrándose lo que es, sin ninguna duda, una vida nueva y mejor.

—¡No me vengas con chorradas! —le contestaba Milly dándole un trago a su whisky—. [...] Yo también he estado por ahí y los he visto. Se han



deshecho de algunos arados de madera y los han sustituido por otros de hierro, ¿y qué?

Aunque Bennett había llegado a la Unión Soviética más como viajera que como peregrina, todavía perduraba en ella esta última sensación. Incluso después de la visita al campo de concentración (una experiencia casi inaudita para un periodista extranjero), parecía no haberla perdido del todo. La vida bajo el comunismo, le escribió a una amiga, «puede ser amarga [...] y siniestra, más allá de la comprensión, pero lo que hay que hacer con Rusia es lo que se hace con cualquier otra “fe”. Empeñarte en que tienen la razón [...] y luego, cuando ves cosas que te estremecen, cierras los ojos y te dices [...] “los hechos no son importantes”». [17](#)

Para aquellos que tenían fe, cualquier insinuación sobre los problemas que aquejaban a la Unión Soviética era fácil de rechazar echando una ojeada a las otras naciones de Europa. Cuando, en las vacaciones veraniegas de 1936, los Merriman viajaron a varios países europeos, vieron por doquier a hombres y mujeres sin trabajo y pasando hambre. En Viena, encontraron a gente temerosa de que Austria pudiera caer pronto bajo el control de Hitler. Rastrearon las huellas que las balas y las granadas habían dejado en las paredes de un famoso complejo de viviendas socialista, el Karl Marx Hof, tras los ataques dos años antes de derechistas, policías y fuerzas paramilitares. Era evidente que se trataba del escenario de un enfrentamiento de clases mucho más violento y encarnizado que la huelga en los muelles de San Francisco.

Bob y Marion regresaron a Moscú impresionados, con un sentimiento parecido al que poco después expresaría el escritor francés André Malraux: «El fascismo ha desplegado sus grandes alas negras sobre Europa». [18](#) Tras la Primera Guerra Mundial, el Tratado de Versalles había prohibido la presencia militar alemana en Renania, una parte de la Alemania occidental a ambos lados del Rin; pero en 1936, Hitler violó descaradamente el acuerdo enviando tropas al otro lado del río y construyendo allí instalaciones militares. En respuesta, las democracias solo se limitaron a emitir débiles protestas. Hitler tenía poderosos admiradores tanto entre las élites británicas como entre las norteamericanas. Por ejemplo, un claramente fascinado primer ministro canadiense, W. L. Mackenzie King, fue de visita oficial a Berlín al año siguiente y escribió que el Führer «algún día se equipararía con Juana de

Arco entre los liberadores de sus pueblos». <sup>19</sup> Cualesquiera que pudieran ser los defectos de la Unión Soviética, para los Merriman, Louis Fischer, Milly Bennett y millones de personas más parecía la única gran nación que había adoptado una postura clara contra uno de los más peligrosos acontecimientos que se estaban produciendo en el mundo: el fascismo.

Incluso en Estados Unidos aparecieron movimientos profascistas. Veinte mil estadounidenses de origen alemán se habían sumado a la German American Bund e iban a campamentos de verano para recibir instrucción militar vestidos con uniformes como los de las camisetas pardas. El grupo organizaba manifestaciones multitudinarias en el Madison Square Garden y otros lugares siguiendo el modelo de las concentraciones nazis. La gran mayoría de los periódicos y asociaciones italoamericanas eran entusiastas partidarios de Mussolini y varios centenares de jóvenes italoamericanos se embarcaron con destino a la madre patria para alistarse como voluntarios en su ejército. Solo en Atlanta, 20.000 blancos se unieron a la Order of the Black Shirts, también conocida como la American Fascisti, que se dedicaba a aterrorizar a la gente de color. Y mientras tanto, 16 millones de estadounidenses, la mayoría no católicos, escuchaban al «predicador radiofónico», el reverendo Charles E. Coughlin, un iracundo orador antisemita con una voz de oro. «Podía arrastrar al público, hacer aflorar sus emociones más primarias y manipularlas a voluntad —escribió un reportero, que lo vio dirigiéndose a una gran multitud rodeada por jóvenes seguidores con uniformes y polainas—. <sup>20</sup> Tenía la voz nítida de un tenor con un tono operístico y en cada una de sus frases había una virulencia contenida que subrayaba con el brazo como quien apuñala con un estilete.» Aunque provenía de la izquierda, Coughlin se había vuelto en los años treinta un ferviente admirador de Hitler y Mussolini, y atacaba al presidente Roosevelt, al que acusaba de ser rehén tanto de los judíos comunistas como de los banqueros judíos.

En una época en la que fuerzas amenazadoras avanzaban a ambos lados del Atlántico, la gente se vio inesperadamente reconfortada por una buena noticia. Una noticia procedente de España.

En febrero de 1936, el Frente Popular, una coalición formada por los republicanos de izquierda, los socialistas y los comunistas, derrotó por escaso margen a sus oponentes de derechas generosamente financiados, logrando así

la mayoría en el parlamento del país. Sorprendentemente, el escenario de ese inesperado triunfo era la nación europea más cercana al feudalismo, pues, por su economía y por la distribución de la riqueza, España se encontraba muy a la zaga de la mayoría de las naciones del continente. Por fin grandes cambios parecían posibles en un país en el que el poder lo ostentaban adinerados industriales, grandes terratenientes, con posesiones que a veces superaban las 30.000 hectáreas, y la Iglesia católica, cuyos obispos habían advertido a sus fieles para que votaran a la derecha. «Han pasado muchos meses — publicó exultante *The Nation* en Nueva York— desde que Europa no aportaba noticias tan alentadoras para la democracia como los resultados de las elecciones españolas.»[21](#)

Las enconadas tensiones que llevaban fraguándose por toda Europa en los años veinte y treinta en ninguna parte habían estallado con más virulencia que en España, con huelgas generales y levantamientos campesinos, cientos de asesinatos políticos tanto por parte de la derecha como de la izquierda, asaltos a bancos realizados por revolucionarios y torturas ejercidas por las autoridades, arrestos masivos, fugas de cárceles y combates callejeros. Fuerzas paramilitares y policías a caballo con sus capas oscuras maltrataban a los hambrientos trabajadores agrícolas a los que encontraban con bellotas robadas de los pesebres de los cerdos y se enfrentaban a los rebeldes obreros urbanos. En los meses posteriores a las elecciones, las huelgas y desórdenes continuaron, con varios cientos de víctimas mortales como consecuencia de la violencia política.

Tras su victoria, el gobierno del Frente Popular, embarcándose en un desafío titánico, prometió cambios radicales, mientras que los oficiales del ejército echaban humo con los planes del nuevo gobierno de dedicar una parte del presupuesto militar a programas para los pobres. La Bolsa se hundió cuando los envalentonados izquierdistas ocuparon las fábricas izando banderas rojas o negras. Demasiado impacientes para esperar la aprobación de las leyes, los campesinos sin tierras empezaron a ocupar algunos de los grandes latifundios y comenzaron a cultivarlos, mientras multitudes exultantes quemaban iglesias (una práctica de anteriores motines populares) y destrozaban las redacciones de los periódicos derechistas. Sin esperar la promulgación oficial de un decreto de amnistía, los activistas se dirigieron a las cárceles y liberaron a miles de presos políticos de la revolución minera de 1934.

Louis Fischer realizó una gira informativa por España poco después de las elecciones. «Los reaccionarios —le comentó un dirigente sindical— solo podrían volver al gobierno mediante un golpe de Estado.»<sup>22</sup> Para prevenir dicha posibilidad, observó Fischer, los generales más destacados por sus ideas políticas de extrema derecha habían sido destinados a puestos remotos en provincias o colonias. El general Francisco Franco, por ejemplo, el hombre que reprimió la revuelta minera de 1934, fue relevado como jefe del Estado Mayor del Ejército y trasladado a las islas Canarias, frente a la costa africana, a más de 1.300 kilómetros de la península.

Una gran proporción de los 24 millones de españoles vivía de la tierra. Muchos no poseían más que diminutas parcelas; y la gran mayoría, absolutamente nada. Hasta la modesta reforma agraria iniciada unos años antes, solo un 2 por ciento de la población poseía el 65 por ciento de toda la tierra. Con el deseo de ver las zonas rurales, Fischer y otros corresponsales estadounidenses realizaron un viaje de 2.000 kilómetros por España en coche. Lo que observaron fue un estado próximo a la guerra entre campesinos, que vivían en chozas con techos de paja, y terratenientes, decididos a permanecer en sus tierras por temor a que el gobierno del Frente Popular se las expropiara. Mujeres de rostro ajado y curtido, vestidas con pañuelos en la cabeza y largas y andrajosas sayas, cultivaban los campos con las manos como se había hecho durante siglos, y hombres encorvados cargaban sobre sus espaldas enormes haces de leña para el fuego. Las divisiones políticas eran extremas. «A medida que avanzábamos por la carretera y atravesábamos los pueblos, algunas personas nos saludaban con el brazo en alto, como los fascistas. [...] Mientras que en otros lugares, adultos y niños nos vitoreaban con el puño cerrado»<sup>23</sup> (el saludo del Frente Popular). Al llegar a un mitin en el que el orador programado no se presentó, Fischer, con su descaro de militante, se hizo cargo de la reunión y comenzó a hacerle preguntas al público campesino. Cuando preguntó si alguno de ellos comía carne al menos una vez por semana, no se levantó ni una sola mano. Entonces preguntó qué pasaría si las fuerzas de la derecha trataran de recuperar sus parcelas de tierra recién obtenidas. «¡Nos tendrían que matar primero!», contestaron.

Sin embargo, fuera de España, el fascismo seguía en ascenso. En 1935, Benito Mussolini, ávido de territorios para realizar su sueño de un nuevo Imperio romano, se embarcó en la invasión de Etiopía. Al ser una de las escasas partes de África que permanecían sin colonizar, el país se presentaba

maduro para la conquista. Apoyados por tanques, bombarderos y gas venenoso, casi medio millón de soldados italianos fueron ganándole progresivamente terreno a un ejército etíope mal equipado. Como las víctimas eran africanas, las reacciones en Europa y Norteamérica fueron tibias, limitándose a unos pocos editoriales desaprobatorios en los periódicos. Los negros estadounidenses, sin embargo, se lo tomaron muy a pecho; alrededor de 3.000 personas abarrotaron una iglesia de Harlem en una concentración de protesta y las comunidades negras recogieron fondos y enviaron vendajes y equipamientos para un hospital de campaña de 75 camas. Varios miles de hombres se alistaron en una «legión negra» de voluntarios y comenzaron a entrenarse para luchar por la asediada Etiopía, aunque la logística y la oposición del gobierno estadounidense lo hicieron imposible. En algunas ciudades estadounidenses se produjeron enfrentamientos entre negros e italoamericanos, y furiosas multitudes destruyeron o boicotearon comercios y bares con nombres italianos.

Hacia mediados de 1936, la guerra había concluido y los camisas negras del dictador italiano controlaban todo el territorio. El número de etíopes civiles y militares muertos, unos 275.000,<sup>24</sup> fue tan alto que se llegó a decir que Mussolini quería Etiopía con o sin etíopes. A pesar de la elocuente petición de súplica del barbado y diminuto emperador Haile Selassie, las grandes potencias no hicieron nada. «Hoy nos ha tocado a nosotros —dijo el emperador en la Asamblea de la Liga de las Naciones—. Pero mañana os tocará a vosotros.»

## «TODO EL QUE NO PIENSE COMO NOSOTROS»

Pero el mañana llegó antes de lo que nadie esperaba con una violencia inusitada.

El 17 de julio de 1936, la oficina de la United Press en Londres recibió un telegrama de su delegación en Madrid que decía: «Madres continuamente persistentes enfermedades como probablemente laringitis tía flora debería regresar incluso si fuera al norte más tarde igualmente bueno si solo una noche. [...]». El extraño enunciado daba pistas de que el corresponsal estaba tratando de esquivar la censura repentinamente impuesta. Cuando sus colegas de Londres unieron las iniciales de cada palabra, el mensaje decía: «Melilla Legión Extranjera sublevada declarada ley marcial». \*

Melilla era una ciudad de la colonia norteafricana del Marruecos Español. En un levantamiento coordinado cuidadosamente, cientos de oficiales del ejército al mando de miles de soldados trataban de hacerse con el poder tanto en dicho territorio como en la propia España. El país estaba acostumbrado a los golpes de Estado encabezados por un ejército con una presencia excesiva de generales, pero este era diferente, planeado con inusitada minuciosidad, con órdenes discretamente despachadas por todo el país mediante una red de mensajeros vestidos de civil. El intento de toma del poder se llevaría a cabo con una ferocidad de tierra quemada que los europeos habían utilizado a menudo en las guerras coloniales, pero que en Europa rara vez se había visto desde la Edad Media. La palabra clave para que los oficiales iniciaran el alzamiento era *Covadonga*, el nombre de una batalla del siglo VIII considerada como el inicio de la Reconquista de España contra los musulmanes. Los conspiradores sentían que tenían una misión histórica similar de reconquistar el país en manos de los nuevos gobernantes igualmente extranjeros: el gobierno de izquierdas del Frente Popular.

Además de la Alemania nazi y la Italia fascista, muchos otros países europeos, entre ellos Portugal, Polonia, Grecia, Lituania, Rumanía y Hungría,

estaban bajo el dominio de dictadores, gobiernos militares o regímenes de extrema derecha, la mayoría de ellos con una flagrante vena antisemita. España, sin embargo, era una democracia, por imperfecta y precaria que fuese, nacida cinco años antes con grandes esperanzas, tanto dentro como fuera de sus fronteras, de que por fin el país pudiera incorporarse a la edad moderna. Un intento de gobierno republicano a finales del siglo XIX había tenido una corta vida. Solo en 1931, entre manifestaciones callejeras y estatuas derribadas, el rey tuvo que abandonar el país. Siglos de monarquía y caudillos fueron reemplazados por una República con un gobierno elegido, una nueva Constitución y la promesa de reformas profundas.

Para la camarilla de generales que dirigían la nueva sublevación, la democracia representaba una profunda amenaza y la victoria de la coalición del Frente Popular en las últimas elecciones era vista como algo execrable. Estaban convencidos de que conduciría a una versión española de la Revolución Rusa. Los militares insurgentes se autodenominaron *nacionales*, un término «más rotundo», explica el historiador Paul Preston, «por su connotación de “los únicos auténticos españoles”, que la usual interpretación inglesa de “nacionalistas”». [1](#)

Uno de los principales generales del complot era Francisco Franco, que todavía no se había erigido como el jefe de la sublevación. Hombre cauteloso, había esperado a unirse al intento de golpe de Estado hasta que su éxito pareció asegurado. Para compensar su corta estatura (metro sesenta y dos), una barriga poco marcial, su doble papada y una voz aguda, muy pronto se ganó la reputación de frialdad y disciplina de hierro, incluso cuando se trataba de ordenar el fusilamiento de soldados insubordinados.

Franco era ampliamente considerado el general más competente del ejército. Como primer director de la Academia General Militar, que, para exasperación del ejército, había sido clausurada por el gobierno republicano, era bien conocido por cientos de jóvenes oficiales. Ambicioso y puritano, artífice de la elitista Legión Española, se sentía inspirado por la férrea convicción de estar predestinado a salvar España de la letal conspiración de bolcheviques, masones y judíos (poco importaba que los reyes Fernando e Isabel hubieran expulsado a estos últimos del reino en 1492, durante la Inquisición, y que solo una minoría hubiera regresado). La decisión del gobierno del Frente Popular de destinarlo a las Canarias y a otros generales derechistas a otros destinos lejanos había resultado un craso error, ya que esa



decisión les había permitido ocultar mejor sus planes para el levantamiento.

La mayoría de los organizadores del golpe habían pasado la mayor parte de su carrera militar en las colonias; eran los *africanistas*, veteranos de la sangrienta guerra de los años veinte contra los rebeldes bereberes en la montañosa región del Rif en el Marruecos Español. Algunos habían nacido en colonias en el seno de familias de militares. Se consideraban a sí mismos duros y aguerridos guardianes de los valores tradicionales españoles frente a los rebeldes coloniales y la corrupción del mundo moderno. «Sin África — declararían Franco—, apenas puedo explicarme a mí mismo.»<sup>2</sup>

Estos oficiales trajeron de vuelta a España su mentalidad colonialista. Un prominente general se refirió desdeñosamente a los empobrecidos campesinos españoles como *rifeños*.<sup>3</sup> Durante los más de diez años que pasó en Marruecos, en una ocasión el propio Franco había vuelto de una expedición contra los cabileños con 12 cabezas cortadas. Otros africanistas combatieron a los rebeldes marroquíes mediante el uso de bombas y proyectiles rellenos de mortífero gas mostaza comprado a los alemanes tras el final de la Primera Guerra Mundial. Cuando Franco y sus compañeros de conspiración se embarcaron en una brutal campaña para hacerse con el control de España, las fuerzas más profesionales bajo su mando eran las que formaban el Ejército de África, que incluía la tristemente célebre Legión Extranjera. A pesar de su nombre, estaba formada mayoritariamente por españoles, muchos de ellos criminales a los que se les había conmutado la pena a cambio de su alistamiento.

La mayor parte del Ejército de África estaba formado por árabes o bereberes reclutados (*moros*, como los llamaban los españoles). A estos musulmanes, comandados por oficiales españoles, les habían prometido que lucharían contra infieles y judíos que querían eliminar a Alá. Irónicamente entrarían en batalla junto con milicianos monárquicos españoles con boinas rojas que combatían al grito de «¡Viva Cristo Rey!».

Con la ayuda de simpatizantes en Londres, los líderes del golpe contrataron un avión británico para trasladar en secreto a Franco desde las Canarias al Marruecos Español, donde tomó el mando del Ejército de África. Estas tropas, formadas por más de 40.000 hombres experimentados, constituían el grueso de las fuerzas de los conspiradores, pero se hallaban atascadas en Marruecos. Los planes para transportarlas rápidamente a España, donde su presencia podría ser decisiva para que los nacionales se hicieran con el poder,



se vieron desbaratados cuando los marineros de la mayor parte de los barcos de la armada se negaron a unirse a los insurgentes, mataron a algunos oficiales y permanecieron leales a la República. Los conspiradores estaban consternados, porque, mientras en España su intento de toma del poder se había topado con una inesperada resistencia, sus mejores tropas se hallaban aisladas al otro lado del Mediterráneo. Había pocos aviones disponibles para trasladarlas a España, porque la mayor parte de la fuerza aérea republicana se había negado a participar en el golpe. ¿Qué podían hacer?

Rápidamente, Franco mandó emisarios a los dos líderes europeos que estaba seguro que lo ayudarían: Benito Mussolini y Adolf Hitler. Los emisarios enviados a Alemania fueron recibidos justo después de que Hitler hubiera asistido a la representación del *Sigfrido* de Wagner en el Festival de Ópera de Bayreuth. El Führer iba vestido con el uniforme pardo de las SA, mientras que el resto de su séquito, en traje de etiqueta, se quedó esperando para la cena mientras él se reunía con los enviados de Franco. Estos le entregaron una carta y un mapa de puño y letra del general. Tras una negociación de varias horas (la mayor parte de la cual fue un monólogo de Hitler, que seguía herido en su orgullo porque España se había mantenido neutral durante la Primera Guerra Mundial), el dictador accedió a facilitar a Franco todo lo que necesitara y llamó al mariscal del Aire Hermann Göring, y le ordenó que mandara a Franco todos los aviones que le pidiera.

Al cabo de unos días, los primeros aviones se dirigieron hacia el Marruecos Español, y enseguida empezaron a transportar hacia España a las tropas y, más tarde, al propio general a través del estrecho de Gibraltar. En consideración con la ópera que los jefes nazis acababan de ver, en la que el intrépido Sigfrido atraviesa heroicamente las llamas para despertar a Brunilda de un profundo sueño, el envío de aviones de transporte alemanes recibió el nombre de Operación Fuego Mágico. Para Hitler, resentido por haber sido desdeñado por las democracias occidentales desde que había tomado el poder hacía tres años y medio, era un desquite que los militares de otro país pidieran su ayuda.

Asimismo, Mussolini accedió a enviar ayuda, ansioso por ser considerado por los nacionales españoles como su principal benefactor, en lugar de Hitler. Ello le daría la oportunidad de extender la influencia italiana por el Mediterráneo, al que, emulando a los romanos, a veces se refería como «nuestro mar». Envió un escuadrón compuesto por una docena de

bombarderos trimotores Savoia-Marchetti. En la torreta del cañón de cola de uno de ellos regresó uno de los enviados nacionales.

Sin embargo, Hitler envió más aviones: 20 Junkers Ju-52, aviones de carga trimotores, llamados «las Tres Marías» por los españoles, que servían indistintamente como bombarderos y aviones de transporte, acompañados por pilotos y mecánicos alemanes. Aunque la capacidad nominal de cada aparato era de 17 pasajeros, una vez retirados los asientos, podían llenarse hasta con 40 tatuados legionarios o moros con sus túnicas flotantes y turbantes o feces rojos, en cuclillas con las rodillas a la altura del pecho. Muchos moros nunca habían visto antes un avión y muchos menos habían viajado en uno. En cuestión de días, fueron transportados por vía aérea 15.000 hombres a Sevilla, el punto de partida para la ofensiva nacional hacia el norte. Fue la primera gran operación militar aerotransportada de la historia. Sin ella, el golpe podría haber sido fácilmente sofocado.

Altos jefes nazis ya se habían reunido con generales españoles antes del levantamiento de julio. Wilhelm Canaris, el jefe hispanohablante de los servicios de inteligencia militar de Hitler, conocía y sentía simpatía por Franco, quien había visitado algunas instalaciones militares en Alemania unos años antes. El general José Sanjurjo, una figura clave de la conspiración, había visitado Berlín con una pequeña comitiva a principios de 1936, donde se alojó en el elegante hotel Kaiserhof, pero sigue sin saberse qué hizo y con quién se entrevistó. Aunque aparentemente Hitler no tenía conocimiento previo del golpe, resultó ser una maravillosa oportunidad para él.

Portugal, una dictadura de derechas convenientemente situada al lado de España, también ofreció su ayuda y proporcionó la base de partida para otra ofensiva nacional. Unos 8.000 portugueses se alistaron voluntarios en la Legión de Franco y su gobierno permitió a los nacionales enviar convoyes de tropas y suministros desde el puerto de Lisboa a la frontera española, proveyó de sistemas de radio, municiones y bases para los aviones nacionales, e incluso entregó a los refugiados republicanos para que fueran fusilados.

Un escalofrío de terror recorrió España, pues toda la campaña nacional estaba diseñada para maximizar el derramamiento de sangre. En un anticipo de lo que Europa experimentaría unos años más tarde, los jefes militares utilizaban el término de *limpieza* al ordenar a las lúgubres columnas de prisioneros vestidos de civil avanzar con las manos en alto. Algunos pelotones de fusilamiento actuaban de noche, alineando a sus víctimas a la

luz de los faros de los coches. Dirigentes sindicales y políticos republicanos, entre ellos 40 parlamentarios de la coalición de gobierno, fueron asesinados a bayonetazos o a tiros, lo mismo que los oficiales del ejército que se negaron a unirse a la conspiración. Para los militares disidentes, el rango no era una protección: siete generales y un almirante reacios a unirse al golpe fueron ejecutados. Incluso los lazos familiares desaparecieron: cuando un oficial se resistió a que los nacionales se apoderaran de un aeródromo militar, la orden de que lo ejecutaran provino de su primo carnal y compañero de juegos de la infancia, el general Franco.

Si la elección de los ejecutados carecía de sentido, como en Huesca, por ejemplo, donde fueron fusilados un centenar de presuntos masones cuando en la ciudad la organización afirmaba contar con menos de una docena de miembros, apenas importaba, pues el pánico resultante producía aún más miedo (los masones españoles figuraban como objetivos de la conspiración por ser anticlericales). Este tipo de masacres se producían por doquier, hubiera o no resistencia al avance de las tropas nacionales.

«Es necesario crear una atmósfera de terror —declaró el general africanista Emilio Mola, jefe inicial del golpe—, hay que dejar sensación de dominio eliminando sin escrúpulos ni vacilación a todo el que no piense como nosotros. Tenemos que causar una gran impresión, todo aquel que sea abierta o secretamente defensor del Frente Popular debe ser fusilado.»<sup>4</sup> Aunque la propaganda de derechas presentaba a los comunistas españoles como un gran peligro, en realidad eran relativamente escasos; sin embargo, millones de personas habían apoyado al Frente Popular. Las directrices de Mola se pusieron en práctica con escalofriante meticulosidad. En el norte de la provincia de Navarra, uno de cada diez votantes del Frente Popular fue ejecutado sumariamente. A un anciano sacerdote navarro que denunció las matanzas le cortaron la cabeza. Fueron clausurados todos los periódicos progresistas o de izquierdas. Los trabajadores que se declararan en huelga se enfrentaban a la pena de muerte. A veces la naturaleza del terror variaba sádicamente en función de la víctima. En Córdoba, donde estaba preso un parlamentario socialista diabético, los carceleros nacionales lo forzaron a comer azúcar hasta que murió.

Uno de los más conocidos entre quienes no pensaban como ellos era el poeta y dramaturgo Federico García Lorca, que había declarado: «Siempre estaré del lado de los que nada tienen», y llevó su compañía de teatro

ambulante a las aldeas más pobres. Lo mataron en su Granada natal, donde, solo en la ciudad, fueron ejecutadas unas 5.000 personas. Abrumado por la cantidad de cadáveres, el encargado del cementerio local sufrió una crisis nerviosa y tuvo que ser internado en un psiquiátrico.

Cualquiera que hubiese pertenecido a un movimiento no estrictamente español (vegetarianos, esperantistas, maestros de las escuelas Montessori o miembros del Rotary Club) era inmediatamente sospechoso. Simplemente llevar una corbata roja podía ser considerado una señal de inclinaciones comunistas y causa de detención. En León, un hombre fue fusilado, tras la denuncia de un delator,<sup>5</sup> por haber asistido a una conferencia sobre la teoría de la evolución de Darwin y haber hecho preguntas que ponían de manifiesto su conocimiento sobre el tema. En Mérida, un militar identificaba a los sospechosos paseando por la calle con un médico republicano preso<sup>6</sup> y tomando nota de quienes se acercaban a saludarlo. Más tarde fusiló al doctor.

Pocas semanas después del golpe, los nacionales, con la generosa ayuda en armas y municiones de alemanes e italianos, se habían hecho con el control de una tercera parte del territorio español, fundamentalmente en las zonas rurales del sur y el oeste. Sus matanzas sumaban decenas de miles de personas, muy por encima de las llevadas a cabo por Hitler y Mussolini cuando tomaron el poder. Como macabras advertencias, los cuerpos de los republicanos asesinados se abandonaban en calles, plazas y cruces de caminos. Sin embargo, como pronto se vería, no todas las matanzas fueron cometidas por los nacionales sublevados. Siglos de tensiones sociales reprimidas habían estallado con una furia homicida.

Como millones de personas en todo el mundo, Bob y Marion Merriman estaban horrorizados con las noticias sobre el golpe de Estado militar en España y de cómo iba cayendo en manos de los nacionales una ciudad tras otra. En el *Moscow Daily News*, donde ella era correctora de pruebas, los empleados organizaron un fondo de ayuda alimentaria para civiles de la República Española. Bob se sentía frustrado al ver que poco más se podía hacer. Su amigo Louis Fischer, sin embargo, al poco tiempo se fue a la España republicana. Para un periodista como él, la guerra se había convertido rápidamente en la noticia más importante del continente y, dos meses después de que comenzara la sublevación, estaba informando de lleno del conflicto más «intenso, emocionante e interesante»<sup>7</sup> que jamás había conocido en

Rusia o en cualquier otro lugar. Cuando aterrizó en Barcelona, vio obreros con fusiles colgados al hombro patrullando el aeropuerto; en su siguiente etapa, Valencia, la gente rio cuando trató de pagar en el bar del aeropuerto: para los camaradas extranjeros la comida era gratis. Viajó después en tren a Madrid, y en el trayecto pudo ver un gran depósito de combustible todavía humeante tras un ataque de aviones alemanes.

A pesar de tanta destrucción, Fischer, que informaba para el *Nation* y una serie de periódicos europeos y estadounidenses, se sintió alentado por lo que veía. A pesar de que los cazas eran anticuados biplanos, la fuerza aérea republicana lanzaba incursiones contra las defensas insurgentes y el novelista francés André Malraux organizó un escuadrón de pilotos voluntarios de otros países. El plan de los golpistas de hacerse inmediatamente con el poder en toda España se había visto frustrado, y una larga guerra plantearía problemas de suministros que no se habían parado a considerar. ¿De dónde, por ejemplo, sacarían los nacionales el combustible para mover su ejército? Sus aliados, Hitler y Mussolini, eran importadores de combustible, no exportadores.

Fischer se salió incluso más de lo habitual de su papel de reportero a la hora de bombardear a los políticos con sus consejos. Le escribió una extensa carta al primer ministro de la República: ¿por qué no detenía la construcción de todas las obras civiles y construía una impenetrable línea defensiva de 30 kilómetros en las afueras de Madrid?, ¿por qué no formaba unidades guerrilleras para luchar tras las líneas enemigas? Cuando vio al ministro de Asuntos Exteriores, le sugirió que, dado que los nacionales tenían en su poder el Marruecos Español, la República «podría concederle la independencia, lo que le acarrearía problemas a Franco con los moros». <sup>8</sup> Le soltó tal retahíla de sugerencias al embajador soviético que este, probablemente para quitárselo de encima, finalmente le contestó: «Escríbame un memorando y lo enviaré a Moscú».

A pesar de tales encuentros, el diario de Fischer revela a un hombre muy diferente del arrogante corresponsal que había sido en la Unión Soviética. En España se sintió conmovido por la manifestación de un idealismo generoso, por un fervor que no era producto de la propaganda y por una gente que arriesgaba su vida para salvar la incipiente democracia de su país. También saboreó por primera vez la experiencia del combate cuando cubrió un suceso cuyos titulares coparon las portadas de todo el mundo: el sitio del Alcázar de Toledo. En esta fortaleza del siglo XIV, los insurgentes nacionales estuvieron

resistiendo durante dos meses el asedio de las fuerzas republicanas.



Aunque la batalla acabaría con la tan anunciada victoria de Franco cuando una columna de sus tropas se abrió camino hasta la fortaleza y acabó con 68 días de asedio, para Fischer fue un apasionante bautismo de fuego. Montado en la trasera de un tanque, calzado con zapatillas de tenis, acompañó a las fuerzas republicanas que trataban de capturar el alcázar. «Entonces comprendí por qué los soldados se lanzan al ataque con entusiasmo y pasión animal. Hay algo embriagador en la combinación de peligro y esfuerzo físico.» En medio de un tiroteo, con el aire cargado de humo y disparos, ayudó a dos soldados a llevar a un compañero herido hasta una camilla y luego a subirlo a la mesa de operaciones en un puesto de primeros auxilios. «Una húmeda mancha roja se iba haciendo cada vez más grande sobre su corazón. [...] Gemía pidiendo agua, pero no había. Un balazo le había arrancado parte de la rodilla y llevaba un trozo de metralla incrustado en las costillas.»<sup>9</sup> Con la ropa manchada de sangre, Fischer se convirtió en uno de los primeros, aunque no el último, de los corresponsales extranjeros en España en cruzar la línea que separa al observador del participante.

Muchos otros corresponsales estadounidenses se apresuraron a cubrir la guerra. El del *New York Herald Tribune*, John T. Whitaker, alquiló durante dos meses una habitación, como base para sus viajes al frente, en Talavera de la Reina, en territorio controlado por los nacionales, desde donde podía oír lo que pasaba en un cuartel cercano. «No pasé allí ni una sola noche en la que no me despertaran al amanecer las salvas de los pelotones de fusilamiento en el patio del cuartel.» Se producía «un promedio de treinta ejecuciones al día. Veía a los hombres a los que metían en el cuartel. Eran simples campesinos y trabajadores». Por todas partes, era visible el rastro de ejecuciones. «Podías encontrarte con cuatro viejas campesinas arrojadas a una cuneta; treinta o cuarenta milicianos juntos con las manos atadas a la espalda fusilados en un cruce de carreteras. Recuerdo en la plaza de un pueblo los restos de dos jóvenes miembros de la guardia de asalto republicana a los que habían atado espalda contra espalda con alambre, los habían rociado de gasolina y los habían quemado vivos.»<sup>10</sup>

Jay Allen, del *Chicago Daily Tribune*, informó de que un soldado moro había tratado de venderle una oreja humana por una peseta.<sup>11</sup> Pero la historia de Allen que suscitó más interés fue la de lo sucedido en Badajoz, junto a la frontera con Portugal, en una provincia donde decenas de miles de jornaleros habían ocupado grandes latifundios en tiempos de la República. Con la región ahora bajo control nacional, republicanos de diversos partidos políticos, tanto militantes como civiles, fueron conducidos a la plaza de toros. «Filas de hombres con las manos en alto. Eran jóvenes, mayoritariamente campesinos con sus blusas azules, mecánicos con el mono de trabajo. [...] A las 4 de la mañana, fueron metiéndolos en el ruedo por la puerta utilizada para el paseíllo de los toreros. Allí los esperaban las ametralladoras. [...] Mil ochocientos hombres (aunque también había mujeres) fueron acribillados en 12 horas. En 1.800 cuerpos hay mucha más sangre de la que se pudiera pensar.»<sup>12</sup> Tres días más tarde, Allen todavía descubrió la arena cubierta por una capa de sangre ennegrecida y coagulada de varios centímetros de grosor. La guerra española ponía al descubierto las divisiones políticas por doquier; la crónica de Allen sobre las atrocidades de Badajoz enfureció tanto al dueño ultraconservador del *Tribune*, el coronel Robert McCormick, que lo despidió.

En sus encuentros con periodistas extranjeros, los nacionales no se andaban con sutilezas diplomáticas. «Claro que los hemos matado —le dijo el comandante en jefe de Badajoz a John T. Whitaker—.<sup>13</sup> ¿Qué esperaba, que



iba a llevarme conmigo a 4.000 rojos mientras mi columna avanza contrarreloj?» Con su gran mostacho, el capitán Gonzalo de Aguilera y Munro, conde de Alba de Yeltes, oficial de prensa, le vino a decir lo mismo: «¿Sabe de dónde vienen todos los males de España? —le dijo al reportero—. ¡De las modernas alcantarillas! En tiempos mejores, mejores en el sentido espiritual me refiero, estaban las plagas y las pestes para diezmar a las masas españolas. [...] Hoy en día, con los modernos sistemas de alcantarillado y todo lo demás proliferan demasiado rápido. Las masas no son mejores que los animales, ¿sabe usted?, y no se puede pretender que se libren del virus del bolchevismo. Al fin y al cabo, son las ratas y los piojos los portadores de la peste». El conde, jinete y apasionado jugador de polo, contaba que, cuando se produjo el golpe, alineó a los trabajadores de su finca y mató a media docena simplemente para demostrar quién mandaba.

No había lugar a dudas sobre cuáles eran las clases sociales que respaldaban la rebelión militar. Cuando los soldados nacionales juraban fidelidad a su causa besando una bandera española, eran bendecidos por los obispos y vitoreados por elegantes señoras que vestían mantillas de encaje negras. En otra ejecución en masa cerca de Badajoz, delante de un gran número de espectadores, tocó una banda de música y un cura celebró misa antes de que sonaran los disparos. «Algunos [...] hijos de terratenientes —escribe el historiador Antony Beevor— organizaron cacerías de campesinos a caballo, a las que se referían jocosamente como *la reforma agraria*, en la que los braceros iban a conseguir por fin un pedazo de tierra para cada uno.»<sup>14</sup>

Diez semanas después del golpe, con varios rivales potenciales fuera de juego (un conocido político derechista asesinado por izquierdistas antes del levantamiento, otro en una cárcel republicana y el general Sanjurjo, el elegido para avanzar hacia Madrid, muerto en un accidente de aviación), Franco, a sus cuarenta y tres años, se convirtió en el líder supremo de la rebelión. Su diminuta y poco agraciada figura ocultaba una ambición sin límites y una silenciosa y burocrática habilidad para superar a sus competidores. Vistiendo uniforme adornado con borlas doradas, tomó el título de generalísimo de los ejércitos nacionales y luego, en una pomposa ceremonia, entre cuyos invitados se encontraban diplomáticos alemanes, italianos y portugueses, el de jefe de Estado, lo cual sorprendió a varios de sus compañeros en el generalato, que creían haberlo elegido únicamente como jefe de gobierno (en muchos países europeos ambos cargos están separados). Su aparato de



propaganda, fuertemente controlado, comenzó a referirse a él como «caudillo por la gracia de Dios». Más tarde, también se autonombraría capitán general, un rango hasta entonces privativo de los reyes. A lo largo de la jerarquía nacional, todos hacían alarde de símbolos de rango y estatus; el propio Franco lucía en ocasiones especiales una ancha banda escarlata y dorada; los oficiales del Estado Mayor, una azul y dorada, e incluso un general africanista de puño de hierro, José Varela, llevaba sus medallas en la bata que se ponía sobre el pijama.

Complacido por el reconocimiento de su régimen por parte de los poderes fascistas, Franco declaró exageradamente: «Este momento marca la cumbre de la vida del mundo». Con tales aliados, el Generalísimo disfrutaba de una ventajosa posición. Hitler solo trataba con él, lo que le permitió controlar el flujo de armas y municiones procedentes del exterior y distribuirlas entre los otros generales a voluntad. Esto, unido al mando del Ejército de África, le permitió apartar de un plumazo a todos los demás competidores. El único posible rival que quedaba, el general Mola, el líder original del levantamiento, acabaría, afortunadamente para Franco, pereciendo en otro accidente aéreo al año siguiente.

Como muchos otros movimientos fundamentalistas, los nacionales estaban ferozmente decididos a poner a las mujeres en su sitio. Les prohibieron llevar pantalones, y las faldas y las mangas tenían que ser largas. La escolaridad, transformada en laica durante la República, volvió a estar en manos de la Iglesia y, en cuanto a la educación de las chicas, se hizo hincapié en la costura y la religión. Se prohibió la coeducación, que, en palabras de un prominente líder nacional, era un complot de los judíos. Respecto a las mujeres que apoyaban a la República, la crueldad de los nacionales no conocía límites. El general Gonzalo Queipo de Llano, jefe militar del sur, otro veterano de África con debilidad por los uniformes, las medallas y los escoltas a caballo, en las emisiones de radio les prometió repetidamente a sus tropas musulmanas las mujeres de Madrid: «No se van a librar por mucho que forcejeen y pataleen».<sup>15</sup> Veinte mujeres embarazadas que se hallaban en una casa de maternidad de Toledo, consideradas simpatizantes de los republicanos, fueron trasladadas al cementerio local y fusiladas. Cerca de Sevilla, soldados nacionales violaron y mataron a un camión entero de prisioneras, después lanzaron los cuerpos a un pozo y pasaron desfilando por un pueblo cercano con sus fusiles enarbolando la ropa interior de las mujeres

asesinadas.

Whitaker, del *Herald Tribune*, estaba con las tropas nacionales en un cruce de la carretera de Madrid cuando llevaron a presencia de un comandante a dos chicas adolescentes. Su único crimen era que una, trabajadora de una fábrica textil, llevaba un carnet sindical. Después de interrogarlas, el comandante «las llevó a una pequeña escuela donde descansaban unos cuarenta soldados moros. Al verlas entrar se elevó un grito ululante de quienes estaban dentro. Quedé horrorizado, con un sentimiento de ira impotente». Cuando Whitaker protestó, el comandante le contestó: «¡Oh! No se preocupe, no vivirán más de cuatro horas». [16](#)

Violaciones como estas eran el procedimiento habitual y, aprovechándose de siglos de prejuicios raciales compartidos por todo el espectro político, los oficiales nacionales exacerbaban deliberadamente el terror al elegir a las tropas moras para perpetrar las violaciones. Según Noel Monks, del británico *Daily Express*, los soldados nacionales se jactaban de lo que les hacían a las mujeres capturadas. «Pero no eran “atrocidades”. Ah, no, señor. Ni siquiera el hecho de que encerraran a una muchacha miliciana en una habitación con veinte moros. No, señor. Eso era simple diversión.» [17](#)

«Al menos en media docena de veces que comí con ellos, los oficiales españoles trataron sobre la idoneidad de la medida —escribió Whitaker—. Ningún oficial ocultaba que la decisión procedía de Franco. Pero algunos argumentaban que, aunque una mujer fuera roja, seguía siendo española y mujer.» [18](#) No obstante, ese razonamiento no se impuso. En su avance, las tropas nacionales garabateaban en las paredes: «Vuestras mujeres parirán fascistas». Además de las violaciones, pueblo tras pueblo, a las mujeres, cuyo único crimen era ser partidarias de los partidos del Frente Popular, les afeitaban la cabeza y, utilizando una práctica tomada de los fascistas italianos, las forzaban a tomar aceite de ricino (un poderoso laxante), para luego pasearlas por las calles, a veces desnudas o medio desnudas, burlándose de ellas mientras se hacían sus necesidades encima.

El gobierno español, profundamente coartado por las tensiones existentes en el seno de la coalición del Frente Popular, reaccionó con exasperante lentitud a la hora de movilizarse para resistir la rebelión. Una mayoría de la oficialidad había ligado su suerte a los nacionales, lo que dejó a los republicanos con una mezcla de soldados leales y milicias mal entrenadas que

en los años precedentes habían empezado a formar los partidos políticos de izquierdas y los sindicatos. La mayoría de los milicianos carecían de uniforme, casi ninguno tenía botas y su heterogénea variedad de gorros (gorras cuarteleras, boinas, gorras con visera o con borla, excedentes de cascos de la Primera Guerra Mundial) simbolizaba perfectamente tanto el coraje como la desorganización de los republicanos.

Además, dada la larga historia de agitación obrera del país, muchos funcionarios del gobierno al principio se mostraron reacios a armar a las milicias. Cuando finalmente se decidieron a hacerlo, 60.000 de los 65.000 fusiles del Ministerio de la Guerra que se repartieron entre los sindicalistas de Madrid no se podían disparar porque carecían de cerrojo. El viejo temor de las autoridades a que los obreros asaltaran los arsenales los había llevado a almacenar los cerrojos en otra parte, en los cuarteles ahora ocupados por los nacionales. Y cuando los milicianos consiguieron localizar tres piezas de artillería con las que atacar los cuarteles, tuvieron que arrastrarlas hasta su posición con un camión de cerveza.

Las noticias desde España, sin embargo, no eran totalmente desalentadoras. A pesar de las esperanzas de los nacionales de un golpe rápido, la feroz resistencia popular en los primeros meses de la guerra permitió que la República lograra retener bajo su control un territorio de forma irregular que comprendía poco más de la mitad de la superficie del país, pero que incluía las tres mayores ciudades, Madrid, Barcelona y Bilbao. Cuando Louis Fischer se trasladó a Madrid, comprobó que las defensas de la capital estaban en manos de milicias improvisadas. Un día se topó con un batallón formado por atletas: toreros, boxeadores (el nombre deportivo de uno de ellos era Tarzán), un esquiador, el campeón nacional de los 5.000 metros en pista y un equipo de fútbol al completo. Y a 1.300 barberos que se habían unido para formar una unidad que tomó su nombre, el Batallón de los Fígaros, del personaje principal de la ópera *El barbero de Sevilla*.

El Partido Comunista español era pequeño, pero su rígida disciplina centralizada pronto hizo que su regimiento de milicianos se ganara la reputación de ser el más efectivo entre esas fuerzas. Las milicias anarquistas crecieron hasta alcanzar una cifra estimada de 100.000 hombres y algunas mujeres, al reforzar sus filas con varios millares de simpatizantes extranjeros, incluidos algunos estadounidenses que fueron a España para unirse a ellos. Pero los trabajadores colaboraban también en la defensa de la República de

otras maneras. Cuando los combates interrumpieron la red telefónica del país, los ferroviarios socialistas, por ejemplo, utilizaron la red telefónica ferroviaria para recabar información sobre los movimientos de las tropas de Franco. El grueso del ejército que resistió a los nacionales en los primeros meses de la guerra no estaba formado por militares profesionales, sino por ciudadanos que habían conseguido armarse.

E hicieron más que eso. Por toda la España republicana, los obreros ocuparon cientos de fábricas, reconvirtiendo inmediatamente algunas para producir las municiones que se necesitaban con urgencia. Una fábrica de lápices de labios pasó a producir cartuchos. Aparecieron carteles del tipo: TRABAJADORES, LA TIERRA ES VUESTRA, y los campesinos se repartieron las grandes fincas que habían cultivado como peones. La noticia de tales hechos entusiasmó a los progresistas de fuera del país. ¿No era eso lo que llevaban tanto tiempo soñando, que la gente al fin se hiciera con los medios de producción? A excepción de la efímera Comuna de París, no se había producido nada parecido en la Europa occidental. Tampoco se trataba de una revolución orquestada por un único partido que monopolizara todo el poder, como en Rusia, sino una surgida desde las bases. El conflicto de España, increíblemente, era al mismo tiempo un golpe militar de extrema derecha y una revolución social izquierdista.

Entre los millones de personas fascinadas por noticias como esas estaba una joven pareja de estadounidenses que, en sorprendente paralelismo con Bob y Marion Merriman, se componía también de un profesor universitario de economía y su mujer. Lois y Charles Orr estaban en Europa de luna de miel. De metro sesenta y cinco de altura, Lois tenía el pelo castaño claro y acento de Kentucky. Estaba cursando segundo año en la Universidad de Louisville cuando conoció en un mitin político a Charles, diez años mayor que ella, y menos de un año después se casó con él.

El padre de Lois era constructor. Ella le atribuía a su madre, una suscriptora del progresista *New Republic*, el haberle inculcado un ideal de justicia social. Tanto Lois como Charles eran simpatizantes del Partido Socialista. Como tantos otros en los años de la Depresión, los socialistas estadounidenses estaban convencidos de que el sistema económico existente había fracasado. Sin embargo, creían que la nueva sociedad debería construirse democráticamente y no mediante una dictadura, como en la Unión Soviética. Fue con esa mirada que los recién casados se embarcaron para ver mundo.

Después de una estancia en Europa para conocer de primera mano la amenaza nazi, tenían la intención de viajar a la India para estudiar los efectos del colonialismo. En la foto de su pasaporte conjunto, Lois viste una blusa floreada y Charles, chaqueta y corbata. Ambos miran a la cámara con gran solemnidad, como dando a entender que su viaje de bodas era un asunto muy serio.

Mientras visitaban Alemania y Francia, los Orr iban siguiendo las noticias de España con creciente fascinación. En el centro de la revolución social española estaban los anarquistas, fieles de un credo que prosperó en España como en ningún otro lugar en el mundo. Los anarquistas creían en el comunismo libertario. La policía, los tribunales, el dinero, los impuestos, los partidos políticos, la Iglesia católica y la propiedad privada debían eliminarse. Las comunidades y los lugares de trabajo debía dirigirlos directamente la gente, libre al fin para desarrollar el instinto humano natural de mutua ayuda que, los anarquistas creían fervientemente, habitaba en cada uno de nosotros. Esta no era exactamente la utopía socialista que los Orr habían imaginado, pero en su espíritu resultaba emocionantemente cercana.

En realidad, el anarquismo era una ideología preindustrial. Cómo podía materializarse exactamente su visión en una compleja economía moderna resultaba, en el mejor de los casos, confuso. Sin embargo, se trataba de un sueño que inspiraba a millones de españoles y los anarquistas se pusieron rápidamente manos a la obra. Sentían, por ejemplo, un odio profundo hacia las cárceles, en las que muchos de ellos habían estado encerrados, hasta el punto de que en algunas ciudades que estaban bajo su control abrieron las puertas de las prisiones, liberando tanto a los presos políticos como a los comunes. Como una reminiscencia del asalto de los revolucionarios franceses a la Bastilla, una cárcel especialmente famosa de Barcelona fue triunfalmente demolida. Varios cientos de antiguos reclusos de una penitenciaría incluso se enrolaron en una milicia anarquista conocida como la Columna de Hierro como prueba fehaciente, al parecer, de que una revolución completa permitiría la transformación de los seres humanos.

Las informaciones más prometedoras que llegaron a oídos de Charles y Lois Orr provenían de Cataluña, en el nordeste de España, y en especial de Barcelona. El Liceo, el gran teatro de la ópera (uno de los mayores de Europa), había sido transformado en teatro popular; murales políticos de varios pisos de altura cubrían las fachadas de los edificios, y se había

obligado a las casas de empeño a devolver sus pertenencias a los clientes más pobres. Las mansiones confiscadas a los ricos habían sido transformadas en albergues para indigentes; las fábricas habían comenzado a impartir clases de alfabetización, y los cocineros y camareros sindicados del restaurante del hotel Ritz (con sus ostentosas arañas de techo, manteles de lino y vajillas con las iniciales del hotel) habían juntado las mesas en largas filas y lo habían convertido en comedor social para familias obreras y pobres de la ciudad.

Limitarse a oír hablar de tales hechos no era suficiente, y en septiembre de 1936 los Orr, por entonces en Francia, suspendieron la luna de miel y se dirigieron en autostop a Barcelona, el epicentro de lo que gente como ellos jubilosamente llamaba la *revolución española*. Fue Lois, la más aventurera de los dos, quien insistió en hacer el viaje. Tenía entonces diecinueve años.

Al tiempo que las noticias sobre la Guerra Civil daban la vuelta al mundo, el gobierno republicano pidió ayuda. El desfile de miembros de los sindicatos o de las milicias de los partidos hacia el frente con fusiles, mantas enrolladas, pobremente calzados y remangados a causa del calor del verano, podía provocar entusiastas despedidas multitudinarias con el puño en alto, pero se trataba de hombres prácticamente sin entrenamiento, ni armamento pesado, ni la menor idea de cómo maniobrar en campo abierto ante un ejército experimentado. Una columna, que salió de Barcelona hacia el frente, pocas horas después tuvo que mandar un mensaje en el que decía que se había olvidado de llevarse víveres.

Pero lo que el gobierno pedía con tanta urgencia no era ayuda, sino poder comprar armas. Y podía permitirse pagarlas, ya que el Tesoro español poseía la cuarta mayor reserva de oro del mundo y este seguía en manos republicanas. Mientras las otras grandes naciones europeas habían tenido que sufrir un profundo endeudamiento y grandes privaciones para poder librar la Primera Guerra Mundial, la neutral España había gozado de un auge exportador. Vendió alimentos, ropa, equipamiento militar y demás artículos a ambos bandos, comerciando con provecho con el resto del mundo y triplicando así sus reservas de oro. En 1936, la República Española poseía 635 toneladas de oro respaldando su moneda nacional, con un valor actual de compra de unos 12.000 millones de dólares.

Seguramente, los líderes republicanos creían que democracias como Estados Unidos, Gran Bretaña o Francia estarían dispuestas a vender armas a un

gobierno democráticamente elegido que trataba de defenderse de una sublevación militar sostenida con armas nazis. Francia, además, con un gobierno de Frente Popular progresista de izquierdas y con fronteras con Alemania e Italia, no querría tener otro Estado de ese tipo como vecino. El primer ministro republicano, José Giral, se apresuró a enviarle un telegrama a su homólogo francés en el que decía: «Sorprendidos por peligroso golpe militar stop ruego su ayuda inmediata con armas y aviones stop fraternalmente suyo Giral». Miles de izquierdistas cantaban en los mítines de París: «Des avions pour l'Espagne!».

Sin embargo, la derecha francesa era poderosa y algunos de los altos mandos militares del país estaban calladamente a favor de Franco. Incluso sin la guerra de España complicando las cosas, Francia se hallaba profundamente dividida, azotada por las huelgas, con las pasiones políticas tan encendidas que las peleas estallaban dentro de la propia Asamblea Legislativa mientras las masas luchaban en las calles. Un disturbio callejero en París se había saldado con un ministerio en llamas, unas 2.000 personas heridas y 15 muertos. Atacado ferozmente por la prensa de derechas y temiendo una guerra civil en su propio país, el gabinete francés se mostraba reacio a intervenir en la de otros. Permitió a la República Española comprar una pequeña cantidad de municiones, incluidas varias decenas de aviones militares desarmados u obsoletos, algunos escandalosamente por encima de su precio, pero poco más.

Gran Bretaña tenía incluso menos interés en colaborar. Las compañías británicas que extraían la mayor parte del cobre, el azufre y el hierro españoles habían tenido serios encontronazos con los sindicalistas republicanos y se sentían mucho más cómodos con la perspectiva de Franco en el poder. Los militares británicos derechistas hicieron todo lo posible para ayudar a las fuerzas nacionales. Por ejemplo, el jefe militar de la fortaleza británica de Gibraltar permitió a los nacionales utilizar sus sistemas de comunicaciones para mantenerse en contacto con sus aliados en Roma, Lisboa y Berlín y, al parecer, en un momento dado les abasteció de municiones.<sup>19</sup> La mayor parte de la élite británica consideraba la República Española solo un poco mejor que la URSS: «Si hay un lugar en el que fascistas y bolcheviques se puedan matar mutuamente —dijo el primer ministro Stanley Baldwin—, mucho mejor».<sup>20</sup>

El único país en ofrecer inmediatamente ayuda a España fue el lejano y

empobrecido México, cuyo régimen de izquierdas envió como regalo 20.000 fusiles, munición y alimentos (la República insistió en pagar, pero el presidente mexicano, Lázaro Cárdenas, solo aceptó una suma simbólica, considerablemente inferior al verdadero valor de las armas). La llegada de fusiles seis semanas más tarde resultó crucial, pues la República no disponía de más de un arma de fuego por cada tres soldados.

El gran poderío económico y la moderna industria aeronáutica de Estados Unidos convertían al país en la fuente más prometedora para la desesperada necesidad de armas. Pero algunos estadounidenses estaban horrorizados por el hecho de que la República hubiera repartido armas entre los sindicalistas. ¡Menudo precedente! El secretario de Estado Cordell Hull advirtió al presidente Roosevelt de que esa decisión conduciría al «dominio de las masas y a la anarquía».<sup>21</sup> Los lazos de Washington con España eran débiles, y Roosevelt estaba más por la labor de tratar de paliar los estragos de la Gran Depresión en su país. Consciente de que sus votantes sentían lo mismo que él, dos semanas después de iniciada la guerra en España dio un discurso en el que prometió mantener a Estados Unidos al margen de las carnicerías que había presenciado recorriendo el frente como secretario adjunto de la marina durante la Primera Guerra Mundial: «He visto la guerra en la tierra y en el mar. He visto correr la sangre de los heridos. [...] He visto la muerte en el barro. [...] Dedicaré todas las horas necesarias a pensar y planificar cómo mantener a esta nación alejada de la guerra».<sup>22</sup>

En su lugar, hizo un llamamiento para un «embargo moral» internacional de venta de armas a ambos bandos. El embajador de Franklin D. Roosevelt en España, un viejo amigo suyo, era el locuaz periodista de Indiana y conocido escritor de historia Claude Bowers, un excéntrico que, como lo describió Louis Fischer, «primero masticaba la mitad del puro y luego encendía y se fumaba el resto». Cuando Bowers comenzó a asediar a Roosevelt con largas misivas tecleadas con dos dedos en una máquina de escribir y llenas de faltas de ortografía («propoganda», «facista», «sociolista») en las que lo instaba a ayudar a la República, el presidente le contestó evasivamente: «Escríbeme más cartas maravillosas como la anterior». Roosevelt se hallaba inmerso en su primera campaña de reelección para noviembre de 1936. Los partidarios de la República esperaban que, tras esta, quizá se sintiera más libre para actuar en consonancia con el profundo rechazo que claramente le provocaba el fascismo.



Sin embargo, y a pesar de su liquidez en oro, la República se encontró con las puertas cerradas de Estados Unidos, Francia y Gran Bretaña, así como las de los países más pequeños de su esfera de influencia. Y así, en el otoño de 1936, mientras progresivamente parte de su territorio iba cayendo bajo el control de Franco (en los mapas de los periódicos parecía como si una mancha de aceite nacional se fuera cerrando por varios sitios sobre Madrid), el acosado gobierno republicano se enfrentó a la sorprendente paradoja de que la única de las grandes potencias dispuesta a venderle armas y municiones no fuera otra democracia, sino la Unión Soviética de Iósif Stalin.

Aunque la prensa soviética apenas hacía mención a la revolución liderada por los anarquistas en Cataluña que tanto ilusionaba a personas como Lois y Charles Orr, esta le dedicaba mucho espacio a la guerra. En el diario *Pravda*, órgano oficial del Partido Comunista, las noticias sobre los combates a veces ocupaban una página entera de las seis que componían el periódico. A los Merriman les llegaron rumores de que había voluntarios dirigiéndose a España para luchar al lado de la República y Bob comenzó a hablar de unirse a ellos. Marion estaba consternada, no solo por la perspectiva de peligro y separación, sino también porque, en una ciudad como Moscú, con serios problemas de alojamiento, ellos por fin tenían un lugar decente donde vivir; un hombre de negocios estadounidense amigo les había alquilado su espacioso ático mientras él y su familia pasaban unas largas vacaciones en su país.

Mientras Bob y Marion discutían sobre la conveniencia o no de que él fuera a España, el Kremlin debatía qué hacer respecto a la demanda cada vez más acuciante de armas por parte de la República. Stalin se enfrentaba a un dilema. Una España bajo el dominio de Franco se convertiría en un aliado de Hitler, quien había comenzado a rearmarse y no ocultaba sus deseos de extender su dominio hacia el este, amenazando claramente a la URSS. Además, si la Unión Soviética no lograba ayudar a la República Española, su aspiración de ser el líder de las fuerzas progresistas del mundo sería vista con mofa; y ello justamente en un momento en el que el propio Stalin se hallaba enzarzado en una lucha encarnizada con su archienemigo León Trotski, el gran hereje comunista exiliado de Rusia, por arrogarse dicho papel. Por otra parte, si el dictador soviético aparecía como el valedor de la gran revolución social surgida en Cataluña y en otras partes de la República, esa ayuda podría

escandalizar a Gran Bretaña y Francia, aliados a los que podría necesitar en caso de guerra contra Alemania. Era obviamente una cuestión de interés para los soviéticos ayudar a la supervivencia de la República, pero, tal como Stalin le escribió en una carta al primer ministro español, convenía «evitar que los enemigos de España vean en ella una república comunista».<sup>23</sup> Todo lo cual exigía un delicado ejercicio de equilibrio.

Manteniéndose en esa cuerda floja, Stalin orquestó minuciosamente un acto público de apoyo a la República, reuniendo a más de 100.000 personas en la Plaza Roja de Moscú en una manifestación de solidaridad, mientras posponía la venta de armas. Para contentar a británicos y franceses, la Unión Soviética, junto con una veintena de países más, firmó un acuerdo formal de no vender material militar a ninguno de los dos bandos de España. A pesar de la larga y solemne reunión en Londres del Comité de No Intervención, a la que asistieron los diplomáticos con sus bombines y sombreros de fieltro, el acuerdo, que incluía a Alemania e Italia entre los firmantes, fue una farsa. El cínico ministro de Asuntos Exteriores alemán, Joachim von Ribbentrop, bromeó diciendo que el organismo debería rebautizarse como el Comité de Intervención. Pero su participación permitió a varios gobiernos alegar que estaban trabajando para prevenir otra guerra continental. El Comité de No Intervención era un limbo diplomático, como demuestra que uno de sus miembros tuviera otros asuntos en mente. El barón Erik Palmstierna, el representante sueco, estaba concentrado en la redacción de un libro, *Horizontes de la inmortalidad*, que recogía conversaciones con «mensajeros del más allá».

El primer ministro británico Baldwin también tenía la cabeza en otra parte. «Espero —le dijo al ministro de Asuntos Exteriores Anthony Eden justo después de que comenzara la guerra en España— que justo ahora no me moleste mucho con asuntos del extranjero.»<sup>24</sup> Mucho más preocupantes para él eran los titulares de prensa sobre el sorprendente romance entre el rey Eduardo VIII y la esbelta estadounidense de la alta sociedad Wallis Simpson, quien ya se había divorciado de un primer marido y parecía camino de hacerlo del segundo.

Mientras tanto, el apoyo de Hitler a Franco no hacía más que aumentar. Los alemanes, al igual que los italianos, se mostraban satisfechos de ganar un aliado y tener la oportunidad de que sus militares adquirieran experiencia de combate con vistas a la futura guerra europea. Cuando llegara esta, y Hitler

no veía la hora de que eso sucediera, tener un gobierno amigo en España también les proporcionaría a los nazis la posibilidad de hacerse con algo de lo que carecían en aquel momento: bases de submarinos en la costa atlántica.

Sin embargo, al negociar el envío de armas a Franco, Hitler fue más exigente que Mussolini. Para él la España nacional era también una fuente importantísima de materias primas, por lo cual pidió en pago de su ayuda cobre y mineral de hierro de los que Alemania andaba muy escasa, así como piritas, con las que obtener azufre y otros minerales. Necesitaba esos suministros si quería fortalecer sus fuerzas armadas, la Wehrmacht. El primer barco procedente de Alemania cargado con mecánicos y piezas de aviones para el transporte aéreo desde África de las tropas de Franco regresó con un cargamento de mineral de cobre. En los tres años siguientes, Hitler y Mussolini facilitarían a Franco una enorme cantidad de ayuda militar, una porción a crédito, pero la mayor parte pagada a los alemanes con minerales españoles. Es difícil atribuir un precio exacto al valor de esas armas, porque en el mercado libre eran difíciles de encontrar. Un reciente y autorizado estudio del historiador español Ángel Viñas calcula el valor de la ayuda alemana e italiana a Franco entre 432 y 692 millones de dólares de la época,<sup>25</sup> lo que, dependiendo del tipo de cálculo que se haga, equivaldría a entre 7.000 y más de 11.000 millones de dólares actuales.<sup>26</sup> Solo de Alemania llegaron 170 cargamentos marítimos de suministros, sin contar las armas transportadas en los cuatro vuelos de carga semanales.

A juzgar por cómo Alemania e Italia se involucraban en la guerra, Stalin esperó en vano a que Gran Bretaña o Francia facilitaran armas a la República. Pero al no producirse dicho apoyo, varios meses después del golpe, finalmente envió los primeros cargamentos de armas soviéticas hacia España. Poco se dijo de lo que esperaba a cambio, pero por fin una de las grandes potencias militares del mundo enviaba ayuda. En todo el espectro político de la República, la gente creía que ahora sí tendrían los medios necesarios para ganar la guerra.

En otoño, la Unión Soviética no solo estaba vendiendo calladamente armas a la República, sino que también estaba enviando asesores militares, pilotos y tripulaciones de tanques. Ansiosa por sacar partido de las grandes simpatías que suscitaba la República entre la gente de izquierdas de todo el mundo, la

Internacional Comunista, o Comintern, a través de la cual Stalin controlaba los partidos comunistas de otros países, recibió la orden de empezar a reclutar brigadas especiales de voluntarios para colaborar en la lucha contra Franco. Esas eran las noticias que estaban esperando personas como Bob Merriman, si bien hay que decir que algunos partidarios extranjeros de la República, sin aguardar las órdenes de nadie, ya habían llegado a España.

## UN NUEVO CIELO Y UNA NUEVA TIERRA

«El rubio aduanero galo de mejillas coloradas se tocó la visera de su gorra azul y levantó la barrera blanca de la carretera cuando dejamos Francia»,<sup>1</sup> escribió Lois Orr. Era el 15 de septiembre de 1936, una mañana lluviosa dos meses después del comienzo del levantamiento nacional. Los dos estadounidenses recién casados, la joven Lois y su marido, con gafas, más mayor y más alto que ella, atravesaron la frontera y entraron en el rincón más revolucionario de España. «Nos vimos rodeados por una multitud de oscuros milicianos sin afeitar, vestidos con arrugados monos azules y pañuelos rojinegros al cuello. [...] Cada anarquista llevaba un negro y pesado fusil al hombro y una pistola al cinto. [...] “¿Por qué vienen a España? [...] ¿Qué significan estos visados alemanes? ¿Cómo sabemos que no son espías alemanes?”»

La carta que atestiguaba que Charles Orr era miembro del Partido Socialista de Kentucky no sirvió de mucho. En un coche, con las iniciales CNT-FAI (Confederación Nacional del Trabajo y Federación Anarquista Ibérica) pintadas en las puertas, se llevaron a la pareja para hacerle más preguntas. «La mayoría de los jóvenes camaradas del Comité de Control de Fronteras vinieron con nosotros —recordaba Lois—. Embutidos todos juntos, con los fusiles sobresaliendo por las ventanillas, arrancamos a toda velocidad. La estrecha carretera serpenteaba en curvas cerradas a un lado y a otro, como las carreteras del condado de Harlan, en Kentucky, que tan bien conocían ellos. En los valles, muy por debajo de nosotros, había coches destrozados con las mismas iniciales rojas CNT-FAI. No resultaba una visión muy alentadora.»

El poco español que entendían (Charles había vivido en México unos meses) les resultó de poca ayuda, pues estaban rodeados de catalanohablantes, «una lengua —tal como la describía Lois—, siseante, de finales bruscos en equis y tes». Tras una larga ronda de desconfiadas preguntas y una noche en una mugrienta pensión, cuando los estadounidenses

pensaban que ya estaban libres, volvieron a encontrarse de nuevo bajo arresto y llevados en otro coche lleno de gente armada a un nuevo interrogatorio. Finalmente, un anarquista local, profesor de inglés, después de examinar el diario de Lois convenció a sus compañeros de que los Orr no eran espías nazis.

De camino a Barcelona, al tomar un autobús, la pareja se emocionó cuando al «sacar mis pesetas —escribió Charles— para pagar el billete [...] el conductor ostentosamente se negó a cogerme el dinero. Este autobús, anunció con orgullo, está “al servicio del pueblo”». <sup>2</sup> En la siguiente etapa del viaje, esta vez en tren, a los Orr les encantó descubrir que las clases de primera y segunda habían sido eliminadas y solo quedaban los duros bancos de madera de tercera clase.

Cuando por fin llegaron a Barcelona, una enorme pancarta en la estación de tren anunciaba BIENVENIDOS, CAMARADAS EXTRANJEROS. Banderas anarquistas (una franja roja y negra divididas en diagonal) colgaban de los balcones o atadas a cuerdas de un lado a otro de las calles. También ondeaban en pequeños mástiles sujetos a los coches y, como observó Charles, las había pintadas en cualquier superficie imaginable, desde los vagones del metro hasta en las cajas de los limpiabotas. Todo el mundo en la ciudad llevaba insignias del partido prendidas de la camisa. Los taxis y los tranvías estaban repintados en rojo y negro, y los laterales de los camiones de limpieza de las calles lucían citas del anarquista decimonónico Mijaíl Bakunin. Había ramos de flores o lazos sujetos a los árboles en memoria de los caídos durante los disturbios callejeros de hacía dos meses, cuando los obreros de Barcelona evitaron que los nacionales de la guarnición local se hicieran con la ciudad. Incluso un organillo callejero tocaba «La internacional».

La pareja se sintió deslumbrada por una ciudad que estaba transformándose a sí misma. Si bien más de una cuarta parte de la población española era analfabeta, uno de los porcentajes más altos de Europa, los carteles políticos de atrevidos diseños podían ser entendidos por todo el mundo. Había una profusión de cursos nocturnos gratuitos de alfabetización para adultos y se estaban abriendo nuevas escuelas en todas partes. El número de niños escolarizados en Barcelona se triplicó durante el primer año de la revolución. <sup>3</sup> Las mujeres españolas, que llevaban tiempo anhelando tener guarderías y jardines de infancia, ahora veían cómo se instalaban en diversas fábricas textiles de la ciudad recientemente colectivizadas. En las amplias

Ramblas («la única calle del mundo que yo querría que no se acabara nunca», dijo García Lorca) apenas se veían sombreros. «Piratas, bucaneros, príncipes, señoritos y curas, estas son las gentes con sombrero de la historia — proclamaba un diario anarquista—.4 ¿Qué es lo que debe hacer un obrero concienciado con ese caduco símbolo de la arrogancia burguesa? [...] Sin sombreros en las Ramblas, camaradas, y el futuro será vuestro» (aunque el sindicato anarquista de sombrereros no estaba en absoluto contento con aquello).

Pensadores anarquistas como Bakunin, quien idealizó la sociedad campesina, habían encontrado desde tiempo atrás un público receptivo en Cataluña. La hostilidad anarquista hacia el Estado se hacía eco del resentimiento catalán hacia el dominio de Madrid, así como de la creciente militancia obrera de la región. Y el desprecio filosófico por la propiedad privada se emparentaba con las potentes tradiciones comunitarias de las aldeas rurales del nordeste de España y con las cofradías pesqueras de la costa mediterránea, en las que redes, barcos y zonas de pesca eran a veces de propiedad colectiva. Además, los obreros fabriles de Barcelona probablemente llevaban solo una generación desarraigados de esa forma de vida. Los anarquistas españoles también reclamaban orgullosos sus raíces más antiguas, y señalaban, por ejemplo, el pasaje del *Quijote* en que este le habla a Sancho Panza de una Arcadia mítica: «Dichosa edad y siglos dichosos aquellos a quien los antiguos pusieron el nombre de dorados, y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de tuyo y mío. Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes». Ni que decir tiene que el buen caballero no se distinguía por ser el mejor intérprete de la realidad, pero resulta difícil encontrar otra epopeya nacional en la que alguien ponga voz a semejante sueño.

Los anarquistas aborrecían a la Iglesia católica con tanta intensidad como otros españoles de izquierdas. Tanto es así que para no usar la palabra *adiós*, forma abreviada de la expresión «vaya usted con Dios», utilizaban *salud*. No obstante, su visión del día del juicio en el que curas, capitalistas y burócratas fueran derrotados se inspiraba en el cristianismo, así como la del futuro paradisíaco en el que, en lugar de codicia y explotación, reinarían el amor y la fraternidad. A esa época por venir la llamaban *milenio anarquista*. De hecho,

décadas más tarde, ese sería el título final de un manuscrito inédito que Lois Orr reescribió muchas veces sobre los trascendentales meses que pasó en España.

«Las Ramblas de Barcelona eran deslumbrantes —escribió Lois—. [5](#) Panfletos y manifiestos, rojos, amarillos, verdes y rosas, flotaban sobre nuestros pies. Las luces brillantes de [...] cafés, restaurantes, hoteles y teatros iluminaban carteles rojos o rojinegros donde se leía CONFISCADO, COLECTIVIZADO, CNT-FAI O UNIÓN DE ESPECTÁCULOS PÚBLICOS». Por toda la España republicana, más de un millón de trabajadores urbanos y unos 750.000 campesinos formaban parte de empresas o granjas recientemente controladas por los propios trabajadores. En pueblos y ciudades, las 2.000 empresas implicadas no solo eran fábricas, sino que iban desde almacenes hasta floristerías. Miles de grandes terratenientes y empresarios urbanos habían huido a Francia. En ninguna otra parte el viejo orden había sido trastocado más radicalmente que en Cataluña, donde los trabajadores se habían hecho con más del 70 por ciento de los centros de trabajo. Seguía existiendo un gobierno regional catalán, pero el poder real estaba en manos de miles de colectivos de trabajadores. Charles Orr tenía la impresión de que esos colectivos lo manejaban todo: «Abrían clínicas y hospitales en lujosas mansiones privadas. [...] Todos los automóviles que se veían por las calles iban decorados con las iniciales y colores de una u otra organización obrera. Los coches privados habían desaparecido».

La pareja se mostraba satisfecha casi con cualquier cosa que veía, desde las corridas de toros organizadas para recoger fondos para las milicias (los toreros entraban en el ruedo saludando con el puño en alto al estilo del Frente Popular) hasta un restaurante colectivizado donde comieron. Uno de los dos hermanos dueños del local había huido, les contó un camarero, y el otro, al que señaló, se había quedado y, como sabía llevar los libros, había sido elegido administrador por los trabajadores. A Lois la encandilaban incluso algunos aspectos absurdos e incongruentes, pues, a pesar de su fiero radicalismo, no escapaba a su aguda mirada ningún detalle: «Los sindicatos anarquistas han adoptado a Popeye como mascota. [...] En todas partes se venden insignias, pañuelos y figuritas de Popeye agitando una bandera anarquista rojinegra. Betty Boop también tiene bastante predicamento entre los anarquistas, pero Mickey Mouse, que es un ídolo para todo el mundo, tiene tal aceptación que necesariamente no pertenece a ningún bando. Todos



los anarquistas llevan, en vez de corbatas, pequeños triángulos de seda al cuello estampados en rojo y negro con diversos diseños, una corona de laurel, fotografías de camaradas muertos, un puño cerrado o, el más extendido de todos, una mujer desnuda».<sup>6</sup>

Quienes, como los Orr, llegaban para vivir en una aparente utopía radical podían tener la impresión de que los anarquistas controlaban Barcelona y su región circundante, pero se trataba de un movimiento que, por principios, no creía en el control. Los anarquistas se oponían a cualquier tipo de burocracia y su consigna era «¡Demasiados comités!». Algunos de sus poderosos sindicatos, aun habiendo ganado huelgas, se oponían a los convenios colectivos porque creían que trabajadores y administración estaban condenados a estar en permanente conflicto. La CNT, la federación de sindicatos anarquistas, que afirmaba tener unos dos millones de afiliados,<sup>7</sup> empleaba a un único dirigente a sueldo y a un pequeño equipo administrativo, tal era su grado de compromiso con la idea de que los cargos debían seguir manteniendo sus puestos de trabajo como trabajadores (lo que suponía, desde luego, inacabables reuniones políticas nocturnas). Su Comité Nacional podía ser destituido en cualquier momento por el voto de los miembros de las federaciones y cada año era elegido en una ciudad o región diferente, de modo que ninguna persona pudiera desempeñar el cargo más de un año o tener un poder permanente.

Los anarquistas atribuían la creciente tiranía de la Unión Soviética no a la naturaleza de partido único de su gobierno, sino al propio hecho de tener gobierno. «Todos los gobiernos son detestables —escribió un periódico anarquista—,<sup>8</sup> y es nuestra misión destruirlos.» Los anarquistas eran, a pesar de todo, la fuerza dominante de Cataluña, por lo que, cuando el presidente del gobierno regional, Lluís Companys, aceptando la situación, les propuso un acuerdo para compartir el poder, estos aceptaron a regañadientes. Sin embargo, no formaban parte del gobierno nacional de la República y no presentaban candidatos al Parlamento estatal. ¿Podía la revolución española mantenerse si sus constructores se negaban a utilizar los mecanismos de poder tradicionales?

También en otros aspectos, España era más compleja de lo que los estadounidenses recién llegados esperaban. Cuando Charles se dirigió a la sede de lo que le pareció su posible hogar político, el Partido Socialista Unificado de Cataluña, «me recibió una señora que hablaba inglés. [...] Traté

de impresionarla diciéndole que no solo era un socialista, sino también un revolucionario que había venido a ofrecer mi colaboración. [...] “Aquí no hay ninguna revolución —me respondió secamente—. Esta es una guerra popular contra el fascismo”. [...] Entonces me di cuenta de que me habían enviado a los comunistas».<sup>9</sup>

Charles había tropezado con una de las grandes líneas divisorias políticas. Cataluña y otras bolsas del país se hallaban inmersas en una revolución social sin precedentes, pero a ella se oponía la mayor parte del espectro político republicano: los comunistas dirigidos por Moscú, la mayor parte de los socialistas y los partidos progresistas de las clases medias. Para empezar, los partidos tradicionales no eran entusiastas de la revolución, mientras que los comunistas recelaban de una espontánea erupción desde abajo no orquestada por un partido al estilo soviético. Ambos grupos estaban convencidos de que Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos nunca venderían armas a una República Española que pareciera tan radical.

En efecto, no se trataba de un temor infundado. Los gobiernos occidentales estaban recibiendo ya de sus diplomáticos en España alarmantes mensajes sobre fábricas ocupadas por sus trabajadores. ¿Querría, por ejemplo, Washington tener tratos con una República en la que anarquistas armados se habían apoderado de las fábricas de coches propiedad de la Ford y la General Motors? Los trabajadores de la Ford incluso habían enviado a 30 milicianos al frente y continuaban pagándoles desde la confiscada cuenta bancaria de la compañía. Los trabajadores de GM se negaron a cumplir las órdenes de cierre de la planta, emitidas desde la sede central de la empresa en Estados Unidos, y la convirtieron en una fábrica de camiones para contribuir al esfuerzo bélico.

A la mayoría de los anarquistas les traía sin cuidado lo que pensarán de sus acciones los gobiernos o compañías capitalistas, porque creían que, sin una revolución, perderían la guerra. Uno de sus carteles mostraba el tubo de un cañón entrecruzado con una chimenea con una bandera anarquista ondeando y debajo el eslogan: LA REVOLUCIÓN Y LA GUERRA SON INSEPARABLES. A no ser que tuvieran una sociedad nueva e igualitaria por la que luchar, ¿por qué iban a estar dispuestos los hombres y mujeres de clase obrera a arriesgar sus vidas? ¿Quiénes, después de todo, habían logrado desbaratar el golpe nacional en cuestión de días en toda Cataluña (el tropiezo quizá más vergonzoso sufrido por los generales golpistas)? Los obreros anarquistas.

Cuando, en julio de 1936, el al principio reticente gobierno regional se negó a armarlos para enfrentarse a la sublevación militar, los anarquistas de Barcelona asaltaron los arsenales, irrumpieron en un barco prisión amarrado en el puerto para hacerse con las armas de los carceleros y saquearon todas las armerías de la ciudad. Los obreros metalúrgicos catalanes fabricaron rápidamente vehículos blindados que parecían grandes cajas con ruedas mediante la soldadura de planchas de acero al armazón de camiones y coches. Otros fabricaron bombas caseras y granadas de mano, y miles colaboraron en la construcción de barricadas callejeras hechas con cualquier cosa, desde caballos muertos y enormes bobinas de papel de prensa hasta adoquines trasladados de mano en mano por cadenas humanas. Oficinistas de camisa blanca y corbata tomaron las armas tras las barricadas. Los sindicalistas hicieron sonar las sirenas de las fábricas para dar la voz de alarma e instaban a los soldados indecisos a unirse a ellos. «En un momento dado, en medio del tiroteo –en julio, en Barcelona, escribe Antony Beevor en su historia de la guerra–, un pequeño grupo de obreros [...] se plantó ante los soldados [nacionales] de una batería compuesta por dos cañones de 75 mm. Sosteniendo sus fusiles sobre la cabeza en señal de que no iban a atacarlos se dirigieron a los atónitos soldados exhortándolos a que no dispararan contra sus hermanos e informándolos de que sus oficiales los habían engañado. Al punto, giraron las armas ciento ochenta grados contra las fuerzas insurgentes.»[10](#)

El carismático y reconocido líder anarquista, antiguo ferroviario y maquinista, de complexión robusta y de pelo oscuro, Buenaventura Durruti (un auténtico Che Guevara de la época), dirigió personalmente el asalto final que permitió capturar unos cuarteles cercanos al puerto de Barcelona que estaban en manos de los nacionales. Durante el ataque, el legendario superviviente de dos décadas de levantamientos, encarcelamientos, un asalto a un banco, el asesinato de un obispo, fugas, exilios y alborotos en tres continentes vio caer mortalmente herido a su lado a su camarada más querido. Pero logró la victoria, y esta parecía confirmar su famosa afirmación: «Llevamos un mundo nuevo en nuestros corazones». Era indudable que, para simpatizantes como los Orr, solo el sueño de ese nuevo mundo podría unir a la gente para derrotar a Franco.

«Ojalá —escribió Lois melancólicamente— hicieran su revolución en alguna otra lengua.»[11](#) Como pronto descubrieron los Orr, la defensa de la

República se complicaba por los intensos sentimientos regionalistas. Ello era especialmente evidente en la próspera Cataluña y en el País Vasco, donde había arraigado un fuerte sentimiento de autonomía o independencia. Este no había hecho más que agudizarse cuando ambas regiones se convirtieron en las zonas más industrializadas del país, y vascos y catalanes empezaron a lamentar la elevada proporción de impuestos que pagaban al Estado central.

Sin embargo, durante cientos de años, los reyes y posteriormente los militares y los políticos conservadores, que habían compartido el poder con ellos durante el siglo XIX y principios del XX, se habían empeñado en imponer un país centralizado y autoritario en el que la lengua del gobierno y la educación fuera exclusivamente el castellano. La República había sido más receptiva a las demandas de autonomía y Cataluña disfrutaba de su primer Parlamento regional de la época moderna.

Como radical internacionalista que era, a Lois le sorprendió el hecho de que, para muchos catalanes, la región fuera más importante que la lucha de clases, y se sintió aún más desconcertada al descubrir que, a pesar de conocer bien el español, a menudo se negaran a hablarlo. «Esta gente es totalmente intransigente en cuestiones relacionadas con el catalanismo —le escribió a su familia de Kentucky—. [12](#) Desde luego, este espíritu del nacionalismo no puede tener cabida en un mundo de obreros.» Y cuando su madre en respuesta le pidió que le hablara de las costumbres locales, Lois le contestó: «Lo más importante sobre los obreros catalanes en este momento concreto es que son la vanguardia de la clase obrera mundial».

A pesar de que Lois terminó aprendiendo a defenderse en ambas lenguas, durante meses el rudimentario español de los Orr y su desconocimiento del catalán los llevaron a relacionarse fundamentalmente con extranjeros. Además de otros estadounidenses, sus amistades en Barcelona pronto incluyeron a británicos, franceses, canadienses, alemanes, belgas o cubanos. Los recién llegados a la ciudad se relacionaban rápidamente. «Todas aquellas reuniones nocturnas en el café Ramblas —escribió Lois— [13](#) fueron nuestro primer acercamiento a las realidades políticas del universo concentracionario europeo.»

Poco después, el matrimonio Orr encontró trabajo remunerado. Lois se encargaba de escribir los comunicados de prensa en lengua inglesa del gobierno regional catalán. Las diez pesetas que recibía al día (con un valor aproximado en la actualidad de 25 dólares) fueron «el primer sueldo que he

ganado en toda mi vida»,<sup>14</sup> escribió exultante en una carta a casa. Charles se dedicaba a producir emisiones en onda corta en lengua inglesa y editaba un periódico, *Spanish Revolution*,<sup>15</sup> para el Partido Obrero de Unificación Marxista, el POUM, un pequeño grupo tan izquierdista como su propio nombre indicaba, pero firmemente antiestalinista. Había entrado a formar parte del gobierno regional de coalición del Frente Popular justo cuando los Orr llegaron a Barcelona y compartía la convicción de los anarquistas de que la revolución era esencial para ganar la guerra. A veces, Lois también iba a la radio para la emisión diaria de 15 a 20 minutos del POUM en inglés, pero el transmisor era tan débil que nunca supo si alguien en el extranjero podía escucharla.

Al principio, la pareja estuvo alojada en un hotel confiscado en el que, como trabajadores de la revolución, sus comidas eran gratuitas.<sup>16</sup> «Todas las mañanas —escribió Lois—, un camión dejaba enormes hogazas de pan en la oficina del director, que se apilaban junto a sacos de 100 kilos de patatas.» Milagrosamente, al parecer, en un sistema de trueque, los campesinos abastecían a la ciudad con camiones cargados de verduras, conejos y pollos a cambio de mercancías procedentes de las fábricas de Barcelona. Seguramente ayudaba el hecho de que fuera la temporada de la cosecha. El desayuno, contaba Charles, «procedía de un inagotable suministro de latas de sardinas. Nuestras comidas de mediodía se veían realizadas con montañas de botellas de un vino realmente excelente. Estas, se decía, habían sido “liberadas” de las bodegas de un rico». Muchos productos aparecían como por arte de magia. Lois nunca logró descubrir el origen de la aparentemente inagotable fuente de papel de prensa que abastecía a los ocho diarios y numerosos semanarios producidos por el variado espectro de partidos políticos de Cataluña.

Finalmente, junto con otros extranjeros izquierdistas, los Orr lograron un alojamiento en un lujoso apartamento, confiscado al cónsul de la Alemania nazi, sobre las colinas que dominan la ciudad. Con vistas sobre el puerto desde el balcón, su interior todavía conservaba cuadros de calidad y muebles, aunque todos los cojines de las sillas y sofás se los habían llevado para utilizarlos en los hospitales. A muchos de los papeles del cónsul, contaba Charles, se les dio buen uso en el retrete. «¡Deberías ver nuestro apartamento de diez habitaciones! [...] Tenemos agua caliente, electricidad y todo lo demás. ¡Nadie viene a cobrar! No sé cuánto tiempo podrá durar esto.»<sup>17</sup>

Había desfiles y manifestaciones prácticamente todos los días. En la sede de

la CNT, la confederación sindical, situada en el edificio ocupado de la antigua Cámara de Comercio, Lois vio a sindicalistas que usaban los certificados de acciones para tomar notas. «Estábamos viviendo la revolución en lugar de nuestras vidas personales, una increíble expansión de la conciencia. [...] Todo era nuevo y diferente, todo era posible, se estaban formando un nuevo cielo y una nueva tierra.»<sup>18</sup>

Lois vislumbraba el nuevo cielo y la nueva tierra en todo lo que veía. «Me ensimismaba completamente en la vida de la revolución, apoyada en la barandilla del balcón y viendo a las mujeres vestidas de negro acarreamo desde la fuente pública el agua para cocinar o a sus hombres de pie bajo la farola escuchando a un camarada alfabetizado leer en voz alta *Solidaridad Obrera* (el diario de la CNT). Era la tertulia habitual del barrio. La tertulia es una conversación grupal que se reúne durante años en el mismo café, en la plaza del pueblo o, aquí, en la plaza del barrio, para analizar los acontecimientos del día, de la década, de la generación o incluso de la vida misma.»

Aunque, tal vez, esos vecinos bien podrían estar hablando (en una lengua de la que su visitante de Kentucky apenas sabía unas pocas palabras), no del sentido de la vida, sino del precio del pan o, si vamos al caso, de su resentimiento a causa de la interminable retórica política de todo el espectro político, porque no todos en Barcelona compartían el entusiasmo de Lois. Miles de trabajadores trataron de eludir el servicio en las milicias. El aumento de la afiliación en los sindicatos de la CNT no siempre se debía a la esperanza del nuevo milenio como al hecho, apuntado por un estudioso, de que «la vida en la Barcelona revolucionaria era bastante más difícil sin un carnet sindical».<sup>19</sup> Sin esa identificación, obtener vivienda, prestaciones sociales, asistencia médica o alimentos resultaba una empresa ardua. Los registros muestran que un gran número de afiliados sindicales eran renuentes a asistir a las reuniones o a pagar las cuotas.

Pero, por el momento, Lois vivía en una burbuja de euforia. «Este es el mejor momento de mi vida»,<sup>20</sup> le escribió a su familia. No tenía la menor duda de que lo que veía a su alrededor terminaría convirtiéndose en un fenómeno universal. Como le dijo a su reticente padre: «Para cualquier buen revolucionario [...] España es el lugar donde hay que estar. [...] Algún día alguien tendrá que hacer una revolución en Estados Unidos y la gente que ya tenga experiencia en ello será de vital importancia».

Ese grado de confianza era fácil de experimentar en Barcelona aquel otoño de 1936. Simplemente en el trayecto desde el antiguo apartamento del cónsul alemán hasta su trabajo en la sede del gobierno catalán, se podían ver iglesias reconvertidas en talleres cooperativos, centros culturales, albergues para refugiados o comedores públicos. En otra zona de la ciudad, una destilería había sido transformada en hospital y un monasterio en un sanatorio infantil antituberculoso. Y del campo llegaban noticias de cambios aún mayores. Más del 40 por ciento de la superficie cultivable en territorio republicano había sido ocupada por campesinos que antes poseían una mínima fracción de tierra o, las más de las veces, ninguna; más de la mitad de esas tierras se habían transformado en explotaciones colectivizadas, donde lo que habían sido latifundios ahora se cultivaban comunalmente. En cientos de esas colectividades, la gente hacía alarde de sus ideas políticas quemando en hogueras los títulos de propiedad (y el papel moneda).

«Aquí en Fraga —se jactaba un periódico anarquista de un pueblo de Aragón, situado al oeste de Cataluña—[21](#) uno puede tirar billetes en la calle sin que nadie le haga caso. Rockefeller, si vienes a Fraga, no podrás comprar con toda tu cuenta bancaria ni una taza de café. El dinero, tu Dios y tu siervo, ha sido abolido y la gente es feliz.» A veces se reemplazaba el dinero por cupones emitidos por las colectividades que representaban el valor de un determinado número de horas trabajadas (el sistema a menudo fracasó porque los cupones no eran reconocidos en los pueblos de al lado). Artículos burgueses, como el lápiz de labios, eran reprobados y en algunos casos se llegó a prohibir el alcohol, el tabaco e incluso el café. Mientras duraron, algunas de esas colectividades produjeron con éxito más alimentos que las fincas a las que habían sustituido. En Aragón, con el mismo grado de fervor radical y un mayor porcentaje de tierras de cultivo colectivizadas que Cataluña, la producción de alimentos se incrementó en un 20por ciento.[22](#)

Las creencias anarquistas se veían incluso reflejadas en los nombres que se les ponían a los recién nacidos; un militante bautizó a su hija Libertaria. El odio del movimiento hacia la burocracia se extendió al matrimonio. En una población costera al sur de Barcelona gobernada por un comité anarquista, un observador fue testigo de la siguiente escena: «Cuatro parejas que se habían unido en los comienzos de la revolución, acompañados de sus familias y amigos, se presentaron ante el secretario del comité. Se hizo constar en un registro sus nombres y apellidos, sus edades y el deseo de unirse. Respetada



la costumbre, la fiesta estaba asegurada. Al mismo tiempo, para respetar también los principios anarquistas, el secretario arrancó la hoja en donde se habían inscrito los datos, la rompió en pedazos mientras las parejas bajaban las escaleras y, cuando estas pasaban bajo el balcón, se los lanzó como si fuera confeti. Y todo el mundo contento». [23](#)

Para Lois, una radical de clase media alta, la sensación de imaginarse a sí misma como parte de una revolución proletaria la embriagaba. «La razón fundamental por la que me gusta [Barcelona] —le escribió a su cuñada— es porque es una ciudad obrera, no por la extraordinaria luminosidad o por su alma reservada y delicada. Vamos, que, si tiene un alma, esta es un alma anarquista, recelosa y oprimida, oscura, peligrosa y lista para luchar hasta la última gota de sangre o hasta la última piedra a la primera oportunidad de lograr una vida decente. Nada de reservado, delicado y exquisito, sino fuerte, burdo y tosco, como cualquier obrero.» [24](#)

Sin embargo, por más que describieran con tintes románticos a los obreros de Barcelona, en realidad Lois y Charles estaban en una ciudad que había puesto patas arriba el orden social establecido. Nadie sabía lo que aquel extraordinario momento podría durar, pero mientras duró atrajo a librepensadores de izquierdas de toda Europa. Uno de esos peregrinos políticos, que comía en el mismo comedor comunal que los Orr y trabajó en el mismo edificio que Charles, era un exiliado político alemán de veintitrés años llamado Willy Brandt. Unas décadas más tarde llegaría a ser el canciller de la República Federal de Alemania. Y también en ese peregrinaje estaba a punto de llegar alguien que adquiriría incluso más notoriedad.

A pesar de que Charles tenía mucho más mundo que su esposa de diecinueve años, ninguno de los dos prestó demasiada atención a un aspecto inquietante de la historia que estaban viviendo.

La tradición anarquista era curiosamente contradictoria. Los profetas del movimiento propagaron una visión inspiradora y amable de un milenio en el que hombres y mujeres vivirían juntos cooperativamente, libres al fin de toda explotación. Algunos anarquistas encarnaron ese espíritu en sus propias vidas. El teórico ruso Piotr Kropotkin, por ejemplo, fue querido prácticamente por todo aquel que lo conoció, desde obreros y campesinos hasta empresarios curiosos y filántropos (a ello se debía el que fuera un extraordinario narrador en cinco lenguas, pianista y que hubiera nacido



príncipe). Pero al mismo tiempo, tanto él como prácticamente todos los otros pensadores anarquistas destacados estaban enamorados con la idea de la «propaganda por la acción», ese acto grandioso e impactante que provocaba que la gente se alzase, tomase conciencia de su poder y acercara el milenio en el que las burocracias parásitas como ejércitos, iglesias, corporaciones y gobiernos desaparecieran. ¿En qué consistía ese acto? La mayor parte de las veces, en el asesinato.

Entre 1894 y 1914, los anarquistas asesinaron a no menos de seis jefes de gobierno, entre ellos el presidente de Estados Unidos William McKinley y dos presidentes españoles. Uno de ellos, en cierto sentido un reformista, fue asesinado mientras miraba el escaparate de una librería en Madrid. También fueron víctimas de ellos decenas de empresarios y líderes políticos, además de los transeúntes que pasaban por donde estallaban las bombas. En los años veinte, los anarquistas españoles, en represalia por el asesinato de líderes sindicales, mataron a otro presidente, a un arzobispo, a otros muchos dirigentes e intentaron sin éxito matar al rey.

Pero ahora, con España en guerra, esa idealización del asesinato alcanzó unos niveles apocalípticos. «Hemos de quemar mucho, ¡mucho!, para purificarlo todo»,<sup>25</sup> declaró un periódico anarquista dos semanas después del golpe. No solo los anarquistas y el POUM, con los que los Orr se sentían políticamente cercanos, sino también los comunistas a los que odiaban, fueron responsables de gran parte del derramamiento de sangre en la España republicana. Aunque la mayoría de los asesinatos se produjeron antes de la llegada de los Orr, Charles advirtió ciertos indicios de que probablemente se seguían produciendo: «Había dos camaradas italianos, altos y guapos, afiliados al POUM, que de vez en cuando aparecían por nuestras oficinas, pero sin un trabajo claro. Iban armados con pistolas al cinto. Mis colegas me dijeron que eran los pistoleros del POUM [...] dando a entender que sabían más de lo que se atrevían a contar».<sup>26</sup>

También observó otras señales de violencia reciente: «Las iglesias estaban cerradas y muchas de ellas, quemadas. Las paredes y a veces el techo se mantenían en pie, pero el interior estaba calcinado y la entrada tapiada. En los primeros días, las milicias obreras, mientras avanzaban hacia Aragón desde Barcelona, habían ido parándose a lo largo del camino quemando iglesias».<sup>27</sup> Pero, de hecho, la violencia había ido más allá. Durante los primeros meses de la guerra, contaba un periodista estadounidense en

Barcelona, «cada mañana se ven cadáveres dispersos por las afueras de la ciudad». [28](#) Entonces, cuando se tuvo noticia en territorio republicano de las violaciones y las muertes perpetradas por los nacionales, se empezaron a producir en revancha más asesinatos en masa, lo cual no hizo más que acelerarse en cuanto la aviación de Hitler comenzó a bombardear ciudades republicanas. Ciudad tras ciudad, sacaron a los presos derechistas de sus celdas y los fusilaron para vengarse de los bombardeos aéreos indiscriminados de los nacionales.

El objetivo de dicha violencia durante los primeros meses fue cualquier posible partidario de los nacionales: terratenientes, comerciantes, empresarios (particularmente aquellos notoriamente severos con los pobres). Y, como en la Revolución Francesa, el clero católico también fue un blanco primordial. Obreros radicalizados mataron a sacerdotes, exhibieron las vestiduras episcopales, reunieron un pelotón de fusilamiento para «ejecutar» una famosa imagen de Cristo y profanaron tumbas conventuales, mostrando los ataúdes abiertos llenos de huesos para mofarse de la promesa de la Iglesia sobre la vida eterna. La Iglesia era considerada la sierva de los grandes empresarios y terratenientes, que prometía a los obreros la abundancia en el otro mundo para negarles una participación equitativa en este. En total, fueron ejecutados unos 7.000 sacerdotes, una de las mayores masacres infligidas a la Iglesia de la época moderna. [29](#)

La práctica anarquista de abrir de par en par las puertas de las cárceles tampoco ayudó. Los izquierdistas más concienciados de las distintas tendencias se fueron a luchar al frente, dejando tras de sí a los camaradas menos disciplinados, así como a los delincuentes comunes recién liberados, para arreglar viejas cuentas pendientes. En total, según las estimaciones académicas actuales, más de 49.000 civiles fueron asesinados en territorio republicano durante la guerra, la inmensa mayoría en los cuatro primeros meses. [30](#)

Un número mucho mayor de asesinatos se produjo en la España controlada por los nacionales: unos 150.000 y al menos otras 20.000 ejecuciones después de la guerra. [31](#) Pero en la prensa europea y estadounidense, dominada por magnates conservadores (los periódicos de la cadena Hearst apoyaban entusiásticamente a Franco), fueron los asesinatos republicanos, particularmente los de sacerdotes, los que ocuparon las primeras páginas. Hacia finales de 1936, el gobierno republicano logró en gran medida detener

esas muertes, pero sus posibilidades de recibir ayuda del exterior se habían visto fuertemente mermadas.

Una mañana temprano (hacia las diez de la mañana, horario español de oficina) en el mes de diciembre de 1936 —recordaba Charles Orr—,<sup>32</sup> estaba yo trabajando en mi oficina en el edificio administrativo del POUM en las Ramblas de Barcelona. Un pequeño miliciano, con su mono azul y su pañuelo rojo, subió trabajosamente las escaleras hasta mi oficina en el cuarto piso. Los ascensores mostraban, como de costumbre, el cartel habitual de NO FUNCIONA [...]. Me dijo que había un inglés que no hablaba ni catalán ni español. [...] Bajé a ver quién era ese inglés y cuál podía ser el asunto que le traía. Allí fue donde conocí a Eric Blair, alto, desgarrado y con aspecto cansado, pues acababa de llegar de Londres. [...] Le hice entrar y subimos los largos tramos de escaleras de vuelta al cuarto piso.

Exhausto pero contento, tras un día y una noche en tren, había venido a luchar contra el fascismo, pero no sabía a qué milicia alistarse. [...] Al principio, no tomé a aquel voluntario inglés muy en serio. No era más que otro extranjero que venía a colaborar [...] aparentemente un ingenio político.

El visitante, que vestía una chaqueta de pana, mencionó un libro que había escrito sobre sus experiencias viviendo como un vagabundo en Inglaterra y lavando platos en restaurantes de París. Ni Charles ni Lois habían oído hablar de él.

«Para nosotros era simplemente Eric [...] uno más del pequeño grupo de extranjeros, muchos de ellos británicos, que luchaban en el frente de Aragón.» Hablando con Charles y un colega británico<sup>33</sup> en las oficinas del POUM, Eric Blair decidió abandonar sus planes de alistarse en las Brigadas Internacionales (la fuerza que estaban reclutando los partidos comunistas de todo el mundo) y unirse, en cambio, a la milicia del POUM, que controlaba el frente contra las tropas de Franco en el vecino Aragón.

«Eric —escribió Charles— era alto, delgado y desgalichado, hasta el punto de resultar torpe. [...] Era tímido, tartamudo y parecía tenerle miedo a la gente.»<sup>34</sup> El recién llegado podía ser tímido a la hora de conversar, pero no lo era en letra impresa, y escribía bajo el seudónimo de George Orwell.

No resulta sorprendente que a los Orr no les resultara familiar con ese nombre, ya que por aquel entonces (tenía treinta y tres años), Orwell era poco conocido incluso en Inglaterra. Se había mantenido básicamente trabajando a media jornada en una librería y regentando una pequeña tienda de comestibles (en los papeles para su ingreso en la milicia del POUM, declaró como profesión «tendero»). La primera obra que tendría una amplia

repercusión pública, *El camino a Wigan Pier*, un acercamiento a la pobreza en el norte industrial de Inglaterra, la había acabado antes de salir hacia España, pero todavía no había salido publicada. El libro que escribiría más tarde sobre sus experiencias en la Guerra Civil Española, *Homenaje a Cataluña*, acabaría convirtiéndose en las memorias del conflicto más leídas en cualquier lengua.

Sin embargo, por cohibido y reservado que pudiera parecer, Orwell gozaba de una rápida y aguda comprensión de todo lo que veía y de la habilidad de recrearlo con unas pocas pinceladas. Como los Orr, también quedó hechizado por aquella Barcelona en plena transformación:

Camareros y dependientes miraban al cliente cara a cara y lo trataban como a un igual. Las formas serviles e incluso ceremoniosas del lenguaje habían desaparecido. Nadie decía «señor», o «don» y tampoco «usted»; todos se trataban de «camarada» y «tú». [...] Tuve mi primera experiencia al recibir un sermón del gerente de un hotel por tratar de darle una propina a un ascensorista. [...] En todas partes había murales revolucionarios que lanzaban sus llamaradas en límpidos rojos y azules, frente a los cuales los pocos carteles de propaganda restantes semejaban manchas de barro. [...] Ello resultaba extraño y conmovedor. En todo esto había mucho que yo no comprendía y que, en cierto sentido, incluso no me gustaba, pero reconocí de inmediato la existencia de un estado de cosas por el que valía la pena luchar.<sup>35</sup>

Orwell también se sintió conmovido por lo que le pareció un inocente gesto conmovedor:

En las barberías (los barberos eran en su mayoría anarquistas) había letreros donde se explicaba solemnemente que los barberos ya no eran esclavos. En las calles, llamativos carteles aconsejaban a las prostitutas cambiar de profesión. Para cualquier miembro de la civilización endurecida y burlona de los pueblos de habla inglesa había algo realmente patético en la literalidad con que estos españoles idealistas tomaban las gastadas frases de la revolución. En esa época las canciones revolucionarias del tipo más ingenuo, todas ellas relativas a la hermandad proletaria y a la perversidad de Mussolini, se vendían por pocos céntimos. A menudo vi a milicianos casi analfabetos que compraban una, la deletreaban trabajosamente y comenzaban a cantarla con alguna melodía adecuada.

Por esa época, Lois Orr comenzó a darse cuenta paulatinamente de la profunda tensión existente en la República entre el POUM y los anarquistas, por un lado, y los partidos que querían suprimir la revolución, por el otro. «Tratábamos de explicarles a los recién llegados que la guerra se decidiría

mediante la política, no por el valor personal, pues de eso había más que suficiente. [...] Eric Blair hacía oídos sordos a todo eso. [...] Había venido a España movido por una clara confrontación moral entre el bien y el mal, y no quería que tanto politiquero lo confundiera. Lo único que quería era poner en práctica sus ideales y sus sentimientos, e irse cuanto antes de Barcelona.»<sup>36</sup> La inmersión de Orwell en los conflictos políticos de la República Española llegaría más tarde. Por el momento, solo deseaba entrar en acción, y tras una semana de entrenamiento lo enviaron al frente.

Los Orr, sin embargo, se quedaron en la ciudad revolucionaria. «Este es un lugar gloriosamente estimulante para estar —escribió Lois a su familia, hablando de Barcelona—, el sitio más interesante del mundo en este momento.»<sup>37</sup> De hecho, excepto por los ocasionales simulacros de ataque aéreo y la creciente escasez de alimentos, casi era posible olvidarse de que se estaba librando una guerra.

## «DESTRUIRÉ MADRID»

Mientras sus tropas avanzaban arrolladoras, ganando terreno por el sur y por el oeste desde la frontera portuguesa, el Generalísimo dejó claro que su objetivo era convertir el país en una dictadura militar.<sup>1</sup> Poco después, ordenaría a sus partidarios (los fascistas españoles, distintos partidos católicos y de derechas, y dos facciones monárquicas que apoyaban a diferentes ramas de la familia real) fusionarse en un único movimiento. A partir de ese momento, solo habría un único partido permitido en la España nacional. A su cargo, Franco puso a su cuñado, y cualquier disidencia hecha pública sería penada con el arresto inmediato. El papel del movimiento no era otro que servir de apoyo a la dictadura. El régimen de Franco estaba claramente inspirado en los de Hitler y Mussolini. Pronto aparecieron carteles en los que se proclamaba: UNA PATRIA, UN ESTADO, UN JEFE, haciéndose eco del *Ein Volk, Ein Reich, Ein Führer* de Hitler. Los estudiosos objetan que a Franco se le pueda tildar de fascista y reservan normalmente el término para los camisas azules de la Falange Española, el partido abiertamente fascista que había sido integrado en su movimiento. Mussolini, sin embargo, que desde varios años antes del golpe había financiado en secreto el entrenamiento militar en Italia tanto de la Falange como de otros grupos de extrema derecha españoles, no dudaba en decir que la «espada fascista»<sup>2</sup> había sido «desenvainada» en España.

Aunque los aviones alemanes, que bombardeaban las ciudades al avance de sus tropas, se contaban entre las armas más modernas del momento, la mirada de Franco se dirigía al pasado. La suya era una guerra de siglos anteriores contra la modernidad, del catolicismo tradicional contra el mundo secular, del antiguo orden rural contra la cultura urbana e industrial. Su objetivo era restaurar las glorias de la edad de oro de España, y los pilares esenciales de ese Estado tan autoritario eran el ejército, la Iglesia, los latifundios y el imperio de ultramar que, en otro tiempo, se extendía por varios continentes

(aunque no concretara cómo se recuperaría). No habría elecciones, ni sindicatos independientes, ni proceso democrático alguno. El símbolo que usaban los nacionales, un yugo cruzado y superpuesto a un haz de flechas, provenía del reinado de Isabel y Fernando más de cuatro siglos atrás. El yugo representaba un reino todopoderoso (Aragón y Castilla unidos y subordinados a una monarquía dual) y las flechas simbolizaban la persecución de herejes. Entre las muchas humillaciones a las que sometieron los nacionales a las mujeres republicanas capturadas estaba la marca en el pecho con este símbolo.<sup>3</sup>

La herejía estaba en efecto en la mente de Franco y sus seguidores, por lo que un llamativo aspecto de su régimen fue la extraordinaria posición que ocupó la Iglesia. La jerarquía católica española era la más reaccionaria de Europa. Sus jesuitas, por ejemplo, publicaron una traducción de la infausta superchería antisemita *Los protocolos de los sabios de Sión* y la serializaron en capítulos para sus revistas. Para conocer cómo se las arreglaban los alemanes con los agitadores, un sacerdote conocido por sus fanáticos ataques a judíos y masones, el padre Juan Tusquets Terrats, había visitado en 1933 el nuevo campo de concentración de Dachau.

La gran mayoría de los obispos españoles apoyaron incondicionalmente a Franco, a cambio de lo cual fueron premiados generosamente. Diversas reformas promulgadas por la República, entre ellas la ley del divorcio, fueron revocadas. Los libros de texto fueron expurgados de cualquier contenido considerado contrario a la moral cristiana y se ordenó a todos los maestros que diariamente hicieran rezar a sus alumnos a la Virgen María por la victoria nacional. Cuando se reunían los obispos con Franco o sus generales, se saludaban con el brazo en alto a la manera fascista. La Iglesia quemó miles de libros. Para el cardenal Isidro Gomá, arzobispo de Toledo y primado de España, la guerra era «el choque de la civilización contra la barbarie» y los nacionales estaban luchando con bravura contra «sociedades tenebrosas manejadas por el internacionalismo semita». Cuando 65 republicanos fueron ejecutados por un pelotón de fusilamiento cerca de Pamplona, fue un sacerdote el que les dio a cada uno el tiro de gracia. Otro sacerdote, el padre Juan Galán Bermejo, le mostró orgulloso a un oficial su «pequeña pistola con la que he librado al mundo de más de un centenar de marxistas». A uno de ellos le disparó cuando la víctima, un miliciano republicano que huía de las tropas de Franco, se arrodilló en su confesionario de la catedral, y a otros



cinco los enterró heridos, aunque a sabiendas de que estaban vivos.

La guerra no había llegado a Barcelona, donde Lois y Charles Orr seguían trabajando, pero a finales de 1936 se estaba acercando rápidamente a Madrid, donde Louis Fischer ejercía de corresponsal. En ese momento las tropas nacionales controlaban prácticamente la mitad occidental del país. Cuando el nuevo primer ministro de la República, Francisco Largo Caballero, telefoneó a su jefe militar en Illescas, a escasos 30 kilómetros al sudoeste de la capital, se sorprendió hablando con el general nacional cuyas tropas acababan de tomar la población. La toma de Madrid a manos de Franco parecía tan inminente que empezaron a llegar a la Telefónica, la sede del monopolio telefónico, numerosos telegramas de felicitación. Por la radio, el general Mola pidió jocosamente una taza de café por anticipado en la cafetería Molinero en la Gran Vía madrileña, jactándose de que se la tomaría antes del 12 de octubre, Día de la Hispanidad. La fecha conmemora el inicio de la conquista española del Nuevo Mundo, justo el tipo de triunfo imperial con el que soñaban los nacionales.

En un despacho para el *Nation* de Nueva York,<sup>4</sup> Fischer envió un crudo relato de cómo algunos soldados republicanos, deficientemente armados y entrenados, huían presas del pánico por el fuego de la artillería franquista y cómo los oficiales tuvieron que sacar sus pistolas para detenerlos. Poco después, se encontró con Mijaíl Koltsov, corresponsal del *Pravda* y el hombre de Stalin en España, acompañado de otro comunista acérrimo, el corresponsal británico Claud Cockburn. Koltsov había leído el artículo de Fischer, y estaba tan furioso con él que se negó a estrecharle la mano. En su defensa, el estadounidense arguyó que lo único que había hecho era informar de los hechos.

«Sí —contestó Koltsov con aspereza—, eran hechos. Qué observador más extraordinario y veraz que eres. [...] Has hecho más daño que treinta miembros del Parlamento británico trabajando para Franco. Y ahora pretendes que te estreche la mano.»<sup>5</sup> Para Fischer, lo único importante era su reputación, le dijo el ruso, no la causa de la República. «Como dicen los franceses, has perdido una excelente oportunidad de mantener la boca cerrada.» Koltsov y Cockburn insistieron en que el deber de un periodista comprometido era escribir lo que fuera necesario para ganar la guerra.

(Siguiendo órdenes del Partido, un año y medio más tarde, Cockburn haría



justamente eso. Escribió el presunto relato de un testigo ocular sobre un conflicto imaginario, el multitudinario levantamiento contra Franco de los moros del Marruecos Español. Imposible de verificar, pues rara vez se permitía a los corresponsales extranjeros visitar el territorio, el texto fue aderezado con nombres de calles y plazas extraídos de una guía. Tenía por objetivo presionar al primer ministro francés, que había cerrado los pasos fronterizos a todas las armas con destino a la República, para que permitiera el paso de un gran cargamento de artillería detenido en la frontera. La fraudulenta historia, que presentaba a los nacionales en una posición mucho más precaria de lo que realmente era, apareció justo cuando una delegación estaba tratando de interceder ante el primer ministro en favor de la República para que abriera la frontera y dejara pasar las armas. Y funcionó.)

Las afueras de la capital se convirtieron en el nuevo frente de batalla y gran parte de Madrid quedó al alcance de la artillería. A principios de noviembre de 1936, con las municiones y los suministros escaseando cada vez más, el gobierno, temeroso de que cayera la capital, se trasladó a Valencia, en la costa mediterránea, muy por detrás de las líneas del frente. Su partida en un largo convoy de camiones fue tan precipitada que en muchas oficinas ministeriales se quedaron las luces encendidas y los escritorios cubiertos de papeles amontonados. Sin embargo, el ejército republicano no se movilizó, en un intento de defender la capital. Medio millón de refugiados inundaron la ciudad, acampando en los parques y cocinando en hogueras en medio de la calle. Algunos de ellos trataban de reunir a sus ovejas y burros para conservarlos.

Los autobuses urbanos fueron requisados para llevar rápidamente tropas al frente. Cada vez había más edificios en ruinas o agujereados por la metralla. Con las zonas de cultivo más ricas cayendo rápidamente en manos de los nacionales, los alimentos empezaban a escasear, y los restos de cualquier caballo o burro muerto por los obuses o bombas de Franco acababan rápidamente en la olla del caldo. Los defensores de Madrid construían barricadas con todo lo que tuvieran a mano, incluidas las maletas abandonadas en la consigna de una estación de tren. «Se levantaron las calles y los adoquines se utilizaban para construir muros a través de la calzada y delante de los grandes edificios —escribió Fischer—. [6](#) Se hacían fosos en las avenidas para obstruir el paso de los tanques. La mayoría de los madrileños se negaban a abandonar la ciudad. El gobierno, de hecho, arrestó a varios

destacados artistas y profesores y los trasladó a la costa, donde fueron inmediatamente puestos en libertad, para evitar que resultaran heridos o muertos. Se trasladaron los tesoros artísticos del Prado y otros museos.» También se envió a Valencia la primera edición del *Quijote* para protegerla.

Se extendió el pánico. En una ocasión, un piloto republicano tuvo que hacer un aterrizaje de emergencia detrás de las líneas nacionales; poco después, un avión nacional sobrevoló la base aérea republicana cerca de Madrid y arrojó en paracaídas una caja que contenía el cuerpo del piloto descuartizado acompañado de insultos escritos en italiano. Por la radio, el general Queipo de Llano continuaba con sus regodeos: «Tres milicianas para cada moro, ¡cómo lo vamos a pasar!».7 Prometía venganza no solo contra las mujeres republicanas. «La nuestra no es una guerra civil española —declaró—, es una guerra de la civilización occidental contra los judíos de todo el mundo.» Se decía que Queipo era alcohólico y un día, al acabar la emisión, sin darse cuenta de que el micrófono seguía abierto, le gritó a su ayudante: «Maldita sea, tráeme vino».

Con cada nueva oleada de refugiados aterrorizados, más noticias espeluznantes se extendían por la ciudad. Relataban cómo, en algunas sentencias de muerte en el territorio capturado por Franco, ejecutadas a garrote vil, al verdugo le gustaba apretar lentamente el collar de hierro alrededor del cuello de la víctima. En Palma del Río, cerca de Córdoba, los campesinos habían colectivizado las tierras de Félix Moreno Ardanuy, un rico terrateniente y criador de toros bravos, y se habían comido algunos de los toros. Como cuenta el historiador Paul Preston: «La noticia desató la ira del ganadero. [...] Cuando una columna rebelde tomó el pueblo, Moreno siguió a las tropas en un Cadillac negro. [...] Los soldados encerraron en un corralón [...] a los hombres que no habían huido, y seleccionaron a diez prisioneros por cada toro muerto. Mientras los cautivos suplicaban desesperadamente por sus vidas, alegando que eran ahijados o primos de Moreno o que tenían algún parentesco con él, este miraba al frente y decía: “No conozco a nadie”. Al menos ochenta y siete hombres fueron fusilados ese mismo día, y el doble en los días sucesivos».8

Los republicanos también estaban llevando a cabo su particular reino del terror, y solo en Madrid mataron a miles de personas. El miedo a los espías se extendió por la ciudad, impulsado por informaciones como la del general nacional Mola, que decía tener cuatro columnas atacando Madrid y una

«quinta columna» de partidarios clandestinos en el interior de la ciudad. No está claro si fue Mola el autor de esa jactancia, pero tal era el grado de tensión que el rumor fue tomado por verdadero. Si se iba conduciendo, escribió el cineasta Luis Buñuel, «era sumamente peligroso sacar la mano para indicar que el coche iba a virar a uno u otro lado, pues ese gesto podía ser interpretado como un saludo fascista y atraer una ráfaga de disparos al paso». <sup>9</sup> Incluso a veces se culpaba a los quintacolumnistas de las bombas de los aviones alemanes, ya que al principio a los españoles, al no haber vivido la Primera Guerra Mundial, les costaba entender que las explosiones que se producían a su alrededor podían ser causadas por aviones apenas visibles en el cielo.

«La ciudad estaba en tensión —escribió Fischer—. <sup>10</sup> Por las noches, el apagón hacía que todo resultara terrible. A veces, los milicianos disparaban desde la calle a las ventanas donde había una luz encendida. Fervor y locura.» Cuando se oía el ruido de los motores de los aviones, todo el mundo levantaba la cabeza rastreando el cielo ansiosamente. Se cortaron las líneas de teléfono privadas, para evitar que sus simpatizantes pasaran información a los nacionales que estaban en las afueras de la ciudad. Ese miedo no era infundado; una manifestación obrera, programada para las 8 de la mañana del 14 de noviembre en la plaza de la estación de Atocha, fue suspendida cuando las autoridades cayeron en la cuenta de que era el sitio ideal para un ataque aéreo. En efecto, los bombarderos Junkers alemanes se presentaron para bombardear la plaza justo a la hora señalada para la manifestación.

Exactamente dos días después de que el gobierno republicano huyera de la ciudad, los madrileños se sintieron conmovidos cuando las primeras tropas de las Brigadas Internacionales llegaron a la estación y, con las mantas enrolladas al hombro, desfilaron por la Gran Vía hacia el frente, entonces situado en los barrios occidentales de la ciudad. La mayoría iba sin casco. Los que los vitoreaban no eran conscientes de que también estos habían recibido muy poca instrucción y que sus fusiles y ametralladoras eran de antes de 1914. A pesar de los gritos entusiastas de «¡Viva Rusia! ¡Vivan los rusos!», ese primer grupo de voluntarios procedía mayoritariamente de Polonia, Gran Bretaña y Francia (el país que de lejos aportó más hombres a los internacionales), o eran refugiados de izquierdas de Italia y Alemania. En el desfile no participó ni un solo miembro de los instructores militares

soviéticos que también habían empezado a llegar discretamente a Madrid.

En ese momento crucial, los soviéticos también habían comenzado a proporcionar a la República tanques y aviones de caza con sus correspondientes tripulaciones. Los combates de los cazas con los aviones alemanes e italianos eran dramáticamente visibles desde tierra y la gente aplaudía cuando un avión con la gran equis negra de la fuerza aérea de Franco era derribado por un caza republicano con las puntas de las alas rojas. La mayoría de los cazas soviéticos eran rápidos y modernos —los chatos monoplazas I-16, apodados «moscas» por los españoles—, y por el momento más avanzados que los aviones proporcionados por Hitler y Mussolini. Ello produjo una súbita superioridad de la fuerza aérea republicana y una esperanza imprevista para los soldados de tierra. Sin esa ayuda, Madrid habría estado condenada.

En medio del entusiasmo popular por todo lo ruso, los cines de la ciudad proyectaban clásicos soviéticos, como *El acorazado Potemkin*, de Serguéi Eisenstein. E incluso, la sala de espera de un prostíbulo de Madrid estaba decorada con grandes retratos de Marx, Lenin y Stalin. El embargo occidental que había obligado a los republicanos españoles a depender de las armas soviéticas también provocó un notable aumento de la afiliación al Partido Comunista Español.

El crecimiento del Partido también se debió a la oradora más carismática del país, la parlamentaria comunista Dolores Ibárruri, conocida como la Pasionaria. Esta hija, hermana y esposa de mineros vascos del carbón había trabajado como costurera antes de entrar en política y había pasado varios períodos en la cárcel. Sus apasionados discursos por la radio y en los mítines aportaron precisamente la imagen de desafío que la República necesitaba. No importaba que la mayor parte de sus eslóganes («¡No pasarán!» o «Más vale morir de pie que vivir de rodillas») estuvieran tomados de otras guerras o que algunos de sus discursos hubieran sido escritos por funcionarios del Partido. Audaz, desafiante y rígida, con una voz melodiosa y unos ojos negros brillantes, vestida con las alpargatas y la ropa negra de las mujeres de clase obrera, sin maquillaje ni joyas, se convirtió rápidamente en una leyenda.

Cuando visitó a las tropas en las trincheras de primera línea y detrás de las barricadas, con un casco cubriéndole el pelo negro recogido en un moño, la prensa la siguió a todas partes. En un momento dado, sobre un camión con altavoces a través de los cuales sonaba «La internacional», la Pasionaria

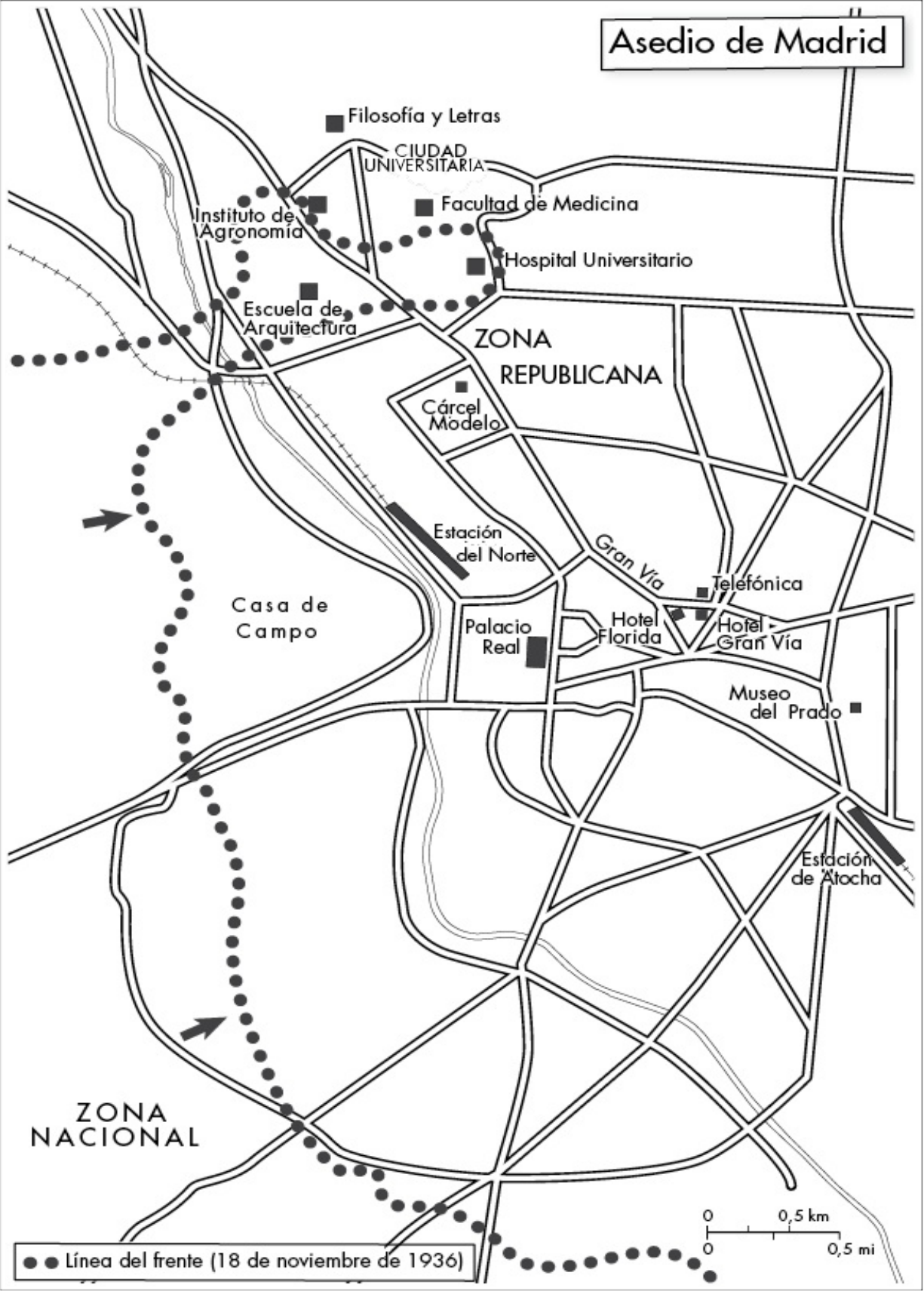
consiguió convencer personalmente a varios cientos de soldados en retirada a que evitaran la caída a manos de los nacionales del puente de Segovia. El poder de su fogosa presencia gritando «¡No pasarán!» se debió en parte a que ningún hombre español quería pasar por cobarde delante de una mujer.

Mientras las tropas de Franco se iban acercando cada vez más, Fischer y otros corresponsales extranjeros podían ver el desarrollo de la guerra desde los pisos más altos del edificio de 14 plantas de la Telefónica, el más alto de Madrid. De pie en el alféizar de las ventanas o en la terraza, con los ojos pegados a los prismáticos, seguían los feroces combates aéreos que se desarrollaban casi a la altura de sus ojos. Con los sótanos llenos de refugiados y la planta baja rodeada de sacos terreros, la sede telefónica era uno de los principales objetivos de la artillería nacional. Los corresponsales lo llamaban *el tablero de dardos*. Iban a la Telefónica diariamente a telegrafiar las noticias para sus periódicos en una babel de lenguas, durmiendo a veces en catres mientras esperaban su turno junto a los agotados censores y telefonistas.

Era, escribió un colega de Fischer de la Associated Press, como si el combate «se estuviera desarrollando en un gigantesco teatro al aire libre para nuestro disfrute». <sup>11</sup> La infantería «se veía como pequeños puntos en el paisaje, ora avanzando bajo la cobertura de la artillería, ora forzada a retroceder. [...] Los tanques y la caballería mora destacaban como en relieve contra la caótica trama de las trincheras en zigzag, para luego escabullirse en busca de refugio en zonas boscosas. La artillería enemiga se podía localizar por los vivos destellos, visibles incluso a plena luz del día. Las cadenas de explosiones producían pequeñas nubes en las suaves colinas». Esta no era la primera guerra de la que se informaba y que se fotografiaba, pero sí la primera en la que los periodistas tenían el frente a la vista y en la que sus palabras y sus imágenes, gracias a la nueva tecnología de la telefoto, podían llegar en cuestión de minutos a otros continentes.

«Destruiré Madrid —declaró Franco— antes que dejárselo a los marxistas.» <sup>12</sup> Sus aviones y artillería, sin embargo, perdonaron el elegante barrio de Salamanca, donde vivían muchos de los partidarios de clase alta de los nacionales y donde miles habían pedido asilo en embajadas extranjeras y en otros edificios que la República les había permitido poner bajo protección diplomática. Por contra, la artillería convirtió deliberadamente en objetivo la Gran Vía, conocida ahora como la «avenida de los obuses», a las horas en las

que la gente salía de los cines. El teatro Capitol, que proyectaba la película de Charles Chaplin *Tiempos modernos*, tuvo que tapar con una lona el agujero producido por un obús en el techo. «Todas las noches, cuando el ruido del tráfico cesa —contaba Fischer a los lectores estadounidenses—, oigo desde la ventana de mi hotel el incesante bombardeo de la artillería y el agudo tableteo de las ametralladoras, que suena como caballos galopando sobre adoquines.»<sup>13</sup> Los tranvías todavía funcionaban y la gente decía bromeando que eran la manera más segura de ir al frente, porque si cogías el metro te podías pasar de estación y terminar saliendo al otro lado.





Con su habitual tendencia a alardear de su acceso a los prominentes y poderosos, Fischer afirmaba haber asistido a una reunión de un subcomité del gabinete republicano. Pero lo que trataba de transmitir a sus lectores era la experiencia de estar en la primera capital europea que se hallaba bajo un fuerte y sostenido bombardeo aéreo. Una flota de motocicletas con sirenas atronaban las calles para avisar de cada ataque aéreo y la gente corría a buscar refugio a las atestadas estaciones de metro, que solo podían acoger a una fracción de la población de la ciudad. En un momento dado, Fischer se vio en medio de una incursión llevada a cabo por 28 Junkers de Hitler y dos Capronis italianos.

No hay nada más terrible ni más criminal en el mundo. Iba en un coche justo antes de las dos de la tarde, cuando vi que la gente corría. [...] De repente se produjo un estallido y antes de que pudiera darme cuenta una columna de humo se levantó de un edificio de cinco plantas calle abajo. Doblamos la esquina. Se produjo otra deflagración ensordecedora y cayeron ante nosotros los ladrillos de las cornisas junto a trozos de madera y cristales arrancados de un gran edificio de apartamentos. [...] Un motorista militar me pidió el coche para transportar a heridos. Estaba requisando todos los automóviles para dicho fin. En ese momento empezaron a regresar con personas a las que les faltaba algún miembro o partes de la cara.

De los pisos bajos de las casas bombardeadas, empezaron a surgir mujeres, ancianos y niños. Todo estaba blanco, el aire, las caras, las ropas, todo cubierto de yeso pulverizado. [...] Una arrugada anciana envuelta en una manta, con todos los rasgos de su rostro temblando incontinentemente, permanecía aturdida en medio de la acera preguntando sin parar: «¿Adónde puedo ir?».

La situación parecía desesperada. «Automóviles llenos de gente y sobrecargados con colchones y maletas se apresuraban hacia las salidas de la ciudad.»<sup>14</sup> En el hotel de Fischer se acabó la comida. Las tropas de Franco estaban a menos de 45 minutos de marcha. Un consejero soviético le instó a que «se fuera lo antes posible».

En todo el mundo, los simpatizantes de la República seguían con angustia la suerte de la ciudad. La gente ponía mapas en los escaparates de las tiendas en México, en las oficinas de los sindicatos en París o en un pabellón de un hospital del Servicio Público de Salud estadounidense en San Francisco, donde un paciente grave que había permanecido un día inconsciente al despertarse preguntó: «¿Ha caído Madrid?».<sup>15</sup>



En la propia ciudad, los escombros de los edificios bombardeados cubrían las calles: cemento hecho añicos, camas, ollas y sartenes, escritorios destrozados, las retorcidas rejas de hierro de los balcones destruidos. La caída de Madrid parecía tan inminente que, una noche durante la cena, 19 periodistas extranjeros hicieron una porra. Dieciocho eligieron distintas fechas de las siguientes semanas para la rendición de la ciudad. Solo uno, de United Press, eligió «nunca». Tratando de ganar la apuesta, un corresponsal estadounidense incluso envió un despacho en la que decía que Madrid había caído, pero fue interceptado por la censura militar republicana.

En ese contexto, Fischer decidió cambiar radicalmente de papel. Había estado cubriendo la mayor historia de su vida mientras al mismo tiempo gozaba de otro de sus líos amorosos, esta vez con una joven periodista noruega, que, cuando se separaron, le enviaba apasionadas cartas en alemán. Y entonces tomó una decisión inusitada para alguien que nunca había perdido de vista ni sus ingresos ni su carrera. Ser un corresponsal, declaró en unas memorias que escribió años más tarde, «no era suficiente. [...] Durante quince años había escrito y hablado de lo que hacían otros. Esa era una limitación que siempre me había irritado. Ahora había hombres muriendo y yo quería hacer algo más». Se dirigió a Albacete. Era allí donde, en lo que sus organizadores esperaban que fuera una fórmula más operativa, se estaban organizando las Brigadas Internacionales. Y Fischer fue el primer estadounidense en alistarse.

Al final, entre 35.000 y 40.000 hombres de más de 50 países acabarían combatiendo en las cinco Brigadas Internacionales. Pero en aquel momento, todavía había que instruir y equipar a la nueva fuerza, y su sistema de abastecimiento era tan caótico como el contraste producido por las diferentes lenguas habladas por los voluntarios. Fischer se presentó ante el hombre encargado por el Comintern para organizar las Brigadas Internacionales, André Marty, un francés de mandíbula prominente y un bigote gris de morsa. «Necesitamos un oficial de intendencia»,<sup>16</sup> le respondió Marty a la pregunta de qué podía hacer. Fischer aceptó el cargo y al poco se encontró, con su fornida figura de pelo oscuro, vistiendo el uniforme de comandante.

«Tenía que alimentar a la brigada. [...] Tenía que vestir a los recién llegados de pies a cabeza, mantener el cuartel limpio y distribuir las armas, y cada una de esas tareas era una pesadilla. [...] Para complicar aún más las cosas, los batallones en el frente me mandaban emisarios que me decían que durante los

combates habían perdido los utensilios de cocina, la ropa o las camas. Pero yo no tenía con qué sustituirlos. En cierta ocasión un comandante de batallón me amenazó con enviarme una guardia armada para arrestarme por no poder facilitarle el equipo que me pedía. ¿Qué podía hacer yo? Pedía en todas partes.»

Junto con Marty y otros altos cargos, Fischer vivía en un hotel, mientras que los voluntarios venidos de toda Europa abarrotaban un viejo cuartel, cuyas galerías de hierro daban sobre un patio central, cerca de la plaza de toros de la ciudad. Los soldados españoles habían dejado tras de sí un montón de basura y las letrinas de hoyo seco despedían una pestilencia permanente. Algunas de las salas de la planta baja conservaban manchas de sangre de los combates de julio entre nacionales y republicanos. Tampoco Albacete tenía mucho encanto, con gran parte de sus calles sin pavimentar que con las lluvias del invierno se convertían en barrizales. Un rastro de sangre discurría desde un maloliente matadero hasta la alcantarilla y había unos cuantos burdeles cerca de la plaza del mercado. Carteles en los escaparates de las tiendas avisaban a los clientes de la creciente escasez. El cartel NO HAY TABACO llevaría poco más tarde a exclamar a un voluntario estadounidense: «A quién le importa. Nadie quiere fumar paja».<sup>17</sup>

Pero, a pesar de aquel miserable entorno, Fischer se sintió estimulado por el sentimiento de solidaridad entre voluntarios de países que solo un par de décadas antes eran enemigos. Para los verdaderos creyentes comunistas que habían llegado a Albacete, el nuevo cielo y la nueva tierra no eran los experimentos españoles de revolución social, que el Partido desaprobaba, sino el sentimiento de camaradería por encima de las barreras nacionales. Fischer se encontró con un comandante francés y un alemán recién liberado de una cárcel nazi que descubrieron haber estado en bandos opuestos en el Somme 20 años atrás. También un voluntario italiano y otro húngaro se enteraron de que habían estado uno frente al otro en el campo de batalla en el norte de Italia, durante la Primera Guerra Mundial. La gran variedad de lenguas en el cuartel era la prueba para los creyentes de que el sueño comunista era algo que trascendía las nacionalidades. Y prometía también trascender las barreras de clase. Un día que Fischer estaba visitando el cuartel general de una brigada en el frente, llegó una delegación del sindicato español de zapateros con grandes rollos de cuero, dispuestos a hacerles botas a todos los internacionales que las necesitaran. En Madrid, mientras tanto, los

taxistas ofrecieron 3.000 taxis al gobierno para colaborar en la lucha contra la rebelión.

Botas y taxis eran una cosa, pero otra muy distinta encontrar el armamento adecuado. Las prometidas armas soviéticas llegaban lentamente y el pequeño remanente de fusiles para los brigadistas databa de 1896 y no estaban a la altura de los modernos fusiles de precisión alemanes con mira telescópica de los nacionales. A pesar de la negativa de las democracias occidentales a vender armas a España, de algún modo en ocasiones llegaban algunas. Cuando Fischer y sus ayudantes deshicieron los fardos de ropa enviados por el Partido Comunista Francés, al principio se exasperaron al encontrar un bulto que contenía ropa infantil y una blusa de seda, hasta que descubrieron que envolvían una ametralladora y varias decenas de pistolas. El gobierno de la República, escribió Fischer, compraba «armas dondequiera que pudiera conseguirlas. [...] A cualquier español que dijera tener un amigo en Amberes, Atenas, Ámsterdam o Estocolmo, que alguna vez hubiera conocido a alguien que hubiera trabajado para un traficante de armas se le daba [...] dinero para tratar de comprar lo que fuera que estuviera disponible. Algunos de esos españoles eran estafadores que se hicieron con un montón de dinero».<sup>18</sup>

No pasó mucho tiempo antes de que Fischer se las tuviera con André Marty, un suspicaz ordenancista que prácticamente cayó mal a toda la gente que conoció en España. Antiguo marinero de la armada francesa, era un héroe para los comunistas por haber dirigido un motín cuando se ordenó a su barco atacar a los revolucionarios durante la Guerra Civil Rusa y a consecuencia de ello pasó varios años en la cárcel. Aunque de rango superior al de Fischer, Marty se sentía celoso por que el periodista conociera a tantos soviéticos prominentes y pudiera hablar en ruso con los oficiales enviados por la URSS, algunos de los cuales tenían ahora mando de tropas. «Marty quería ser el único gallo del gallinero», escribió Fischer. La opinión del francés respecto a Fischer era igualmente desfavorable. «Embrolló lo poco que se había hecho —informó Marty a Moscú—, vació los almacenes, llevó a los 2.000 hombres del cuartel de las Brigadas Internacionales al borde del desabastecimiento y se puso a todo el personal en contra.»<sup>19</sup>

Sus relaciones no hicieron más que empeorar. Fischer quedó horrorizado cuando una noche cinco brigadistas, entre ellos un ayudante suyo polaco, fueron detenidos por gente armada acusados de ser partidarios de León Trotski. De los cinco, nunca más se supo. Lejos de Moscú, Fischer se

encontró de cara con la represión soviética que se había negado a reconocer en la propia Rusia. Poco después de ese episodio, Marty sugirió que Fischer contribuiría mejor a la causa volviendo al periodismo. Este captó la indirecta y dimitió.

Era tal el desastre potencial que supondría la caída de la capital española en manos de los nacionales que por un tiempo se rebajaron las tensiones entre revolucionarios anarquistas y la coalición de socialistas, comunistas y partidos convencionales del Frente Popular republicano. En un gesto simbólico, en noviembre de 1936, cuatro líderes anarquistas dejaron de lado su inveterada oposición a cualquier forma de gobierno y entraron en el consejo de ministros. Uno de ellos, la escritora feminista y editora Federica Montseny, fue la primera mujer miembro de un gobierno en España, y como ministra de Sanidad introdujo reformas que supusieron la educación sexual, la legalización del aborto y un mayor acceso al control de la natalidad. Otro anarquista, nombrado ministro de Justicia, dejó consternados a sus colegas al emprender la destrucción de todos los registros de las cárceles.

Mientras, el asedio continuaba y algunos de los combates más intensos se desarrollaban en la parte noroeste de la ciudad, donde una avanzadilla nacional había penetrado en el extenso recinto de la Ciudad Universitaria, el nuevo campus de Madrid. Cada una de las residencias de ladrillo rojo y las majestuosas facultades de estilo Bauhaus dispersas por la ladera se convirtieron en fortalezas independientes. En cierto momento, mientras los republicanos controlaban la Facultad de Medicina, los nacionales estaban en la Escuela de Agrónomos. Edificios, o a veces una sola planta, cambiaban de manos después de varias semanas de combates. Los voluntarios británicos estuvieron atrincherados entre los pasillos de mármol, las puertas labradas y las aulas artesonadas de la Facultad de Filosofía y Letras hasta que los enviaron a luchar en las cercanías. Las tropas de Franco tomaron el edificio, pero los voluntarios franceses lo volvieron a tomar en un asalto a bayoneta calada.

El líder anarquista Buenaventura Durruti, que había desempeñado un destacado papel en la salvación de Barcelona, fue llamado a Madrid con los 3.000 hombres que comandaba. Él y sus tropas realizaron cuatro costosos asaltos a las posiciones nacionales en la Ciudad Universitaria y fueron repetidamente rechazados con artillería y fuego de ametralladora. Cuando las

tropas de Franco tomaron la Escuela de Arquitectura, se le ordenó tomar el hospital universitario. En medio del confuso combate piso por piso que se desarrollaban en el edificio, Durruti se dirigió al lugar blandiendo una pistola para reunir a sus exhaustas tropas. Una bala, al parecer disparada accidentalmente cuando la palanca de carga del arma de un camarada se enganchó en la puerta de un coche, le dio en el pecho. A pesar de la fuerte hemorragia, permaneció consciente, murmurando de vez en cuando el lamento anarquista: «Demasiados comités». Murió al día siguiente temprano por la mañana.

Dos días más tarde, en Barcelona, un enorme cortejo fúnebre acompañó sus restos mortales al cementerio. «Durante cinco horas —escribió Lois Orr, que fue testigo ocular—, multitudes innumerables, masas de gente pasaron por delante del féretro de Durruti, trescientas mil personas, todo el proletariado de Barcelona, con boinas negras [y] ropas negras llevando negras banderas libertarias. Esporádicamente, la bandera rojinegra parecía brillar. Uno tras otro, los espíritus libres vinieron a despedirse de Durruti y del último gesto inocente revolucionario del 19 de julio, cuando él los condujo con rosas en sus fusiles al encuentro de los fascistas para salvaguardar el amanecer de la era de la fraternidad.»[20](#)

De nuevo en Madrid, donde la batalla continuaba en la Ciudad Universitaria, los voluntarios británicos asumieron el desalojo de las tropas moras del hospital, favorecidos por el hecho de que los hambrientos moros se habían intoxicado tras comerse los conejos, cobayas y otros animales de laboratorio infectados con virus para experimentos médicos. Los destrozados equipos de laboratorio cubrían los suelos. En otro edificio del campus, los internacionales usaban los ascensores para mandar bombas programadas para estallar cuando alcanzaran las plantas en manos de los nacionales. Fue durante esos combates en la universidad cuando la unidad móvil de sangre del cirujano canadiense Norman Bethune realizó sus primeras transfusiones, un hito de la medicina de campaña.

En el cuartel general de la Facultad de Filosofía y Letras, los británicos, entre ellos John Cornford, el bisnieto de Darwin, establecieron puestos de francotiradores en las ventanas de las aulas, con barricadas hechas con los libros más gruesos que pudieron encontrar: tratados de metafísica, filosofía alemana del siglo XIX y la *Enciclopedia Británica* (en otro edificio, los voluntarios franceses se protegían tras parapetos hechos con libros de Kant,

Goethe, Voltaire o Pascal). Los británicos comprobaron que una bala podía atravesar unas 350 páginas antes de detenerse. En los sótanos del edificio descubrieron una amplia selección de libros en inglés y acarrearon obras, entre otros, de Thomas de Quincey y Charlotte Brontë los cuatro tramos de escaleras hasta sus puestos fortificados para leer durante los momentos de calma. El precoz Cornford, que ya había recibido los más altos honores en Cambridge, publicado poesía y se había afiliado al Partido Comunista, había tenido un niño, se había separado de su mujer, unido a otra y entrado en combate con la milicia del POUM antes de unirse a las Brigadas Internacionales, moriría en diciembre, el día de su veintiún cumpleaños.

El sitio de Madrid incitó a perpetrar más masacres en la propia ciudad, donde las cárceles estaban llenas de derechistas. En la más importante de ellas, la cárcel Modelo, situada a escasos 200 metros del frente, había miles de simpatizantes de los nacionales, muchos de los cuales eran oficiales del ejército. En la mayor de esas matanzas cometida en la España republicana,[21](#) en el curso de varias semanas entre 2.200 y 2.500 presos fueron atados de dos en dos, sacados en autobuses rojos de dos pisos y fusilados. Los comunistas y los anarquistas, que participaron en esos asesinatos, no hicieron nada para mantenerlos en secreto. Otros miles de personas perdieron la vida en Madrid en aquella frenética y enrarecida atmósfera, acusados con razón o sin ella de ser agentes o simpatizantes nacionales. A veces, las víctimas fueron ejecutadas tras un juicio improvisado, y a otras simplemente las llevaron ante el paredón y las fusilaron. Mucha gente vivía aterrorizada por los ruidos nocturnos que implicaban un arresto: el chirrido de un coche al detenerse, hombres aporreando la puerta de una casa o un piso y el coche arrancando de nuevo.

Algunos altos cargos republicanos arriesgaron sus vidas al tratar de detener aquella desenfrenada premura por matar.[22](#) Juan Negrín, un miembro del gobierno que llegaría a ser primer ministro al año siguiente, se movía por las calles de Madrid de noche enfrentándose a los milicianos que estaban llevando a cabo arrestos irregulares. Lluís Companys, presidente de la Generalitat y católico devoto, le salvó la vida a un cardenal y su gobierno organizó la salida del país de más de 11.000 derechistas y sacerdotes. Melchor Rodríguez, aunque era matador de toros, pertenecía a un pequeño grupo de anarquistas que se oponían a la violencia contra seres humanos. En

una ocasión, una muchedumbre se dirigía a una cárcel justo a las afueras de Madrid, que albergaba a 1.500 derechistas, pidiendo sangre en venganza por un ataque aéreo de los nacionales. El personal de la prisión huyó, pero Rodríguez consiguió, enfrentándose a la multitud y diciéndoles que antes tendrían que matarlo a él, que se retirara.

A finales de noviembre, estaba claro que Madrid se había salvado. Ello supuso un importante fracaso para Franco y un impresionante triunfo para las Brigadas Internacionales, aunque a un alto precio en vidas. Para alegría de todos, el café que el general Mola había pedido en la cafetería Molinero se quedó frío e intacto en una mesa reservada a su nombre. Un telegrama a la Telefónica de un simpatizante sudamericano de Franco en que lo felicitaba por la conquista de la ciudad fue devuelto con el mensaje: «Destinatario desconocido en domicilio de entrega». La porra de los corresponsales la ganó el de la United Press, que había apostado por la victoria de los defensores. «La suerte todavía no está echada —les contó Louis Fischer a sus lectores—. [23](#) Este asunto puede durar más de lo que la gente cree.»

En diciembre, Fischer volvió con su mujer y sus hijos a Moscú. Había comenzado a cuestionarse todo lo que le atraía de Rusia. Aunque desde hacía años resultaba evidente que la Unión Soviética era una dictadura, en 1936 se volvió más difícil sostener que se trataba de una dictadura benévola. Ese fue el año, como Fischer escribiría más tarde, en que por primera vez «sintió que la noche se avecinaba». [24](#) La represión de Stalin se volvió dramáticamente más pública con el primer gran juicio espectáculo de lo que llegaría a ser conocido como la Gran Purga, un cataclismo que en pocos años supuso la muerte o el encarcelamiento de millones de personas.

Dos antiguos altos cargos, [25](#) Grigori Zinóviev y Lev Kámenev, estaban ya en prisión. En agosto fueron procesados, junto con otros 14, bajo las lámparas de cristal del otrora Club de Nobles de Moscú, acusados de conspiración contra el régimen en connivencia con León Trotski y los nazis. Una pancarta en la sala del juicio rezaba: PARA LOS PERROS RABIOSOS, UNA MUERTE DE PERROS. Tras dos semanas de juicio, los 16 encausados fueron fusilados. Hoy sabemos que los acusados en tales juicios eran sistemáticamente torturados y privados del sueño hasta que confesaban. El espectáculo de conocidos líderes admitiendo abyectamente formar parte de una conspiración contrarrevolucionaria sorprendió a los comunistas de todo el mundo. ¿Cómo era posible que Kámenev y Zinóviev, revolucionarios de toda la vida y



judíos, hubieran conspirado con representantes de Hitler? Por todo el mundo, algunos miembros incondicionales del Partido empezaron a perder la fe, mientras que otros hicieron suya la paranoia de Stalin.

A Fischer, el juicio le había pillado antes de salir para España. Una vez allí, se encontró con la misma ferocidad del hombre de Stalin en las Brigadas Internacionales, André Marty, hacia los imaginarios enemigos internos. El bigotudo francés se estaba haciendo célebre por sus purgas de sospechosos de trotskismo y de otros disidentes, y cada vez lo ocultaba menos, hasta el punto de que al año siguiente declaró en el Comité Central del Partido Comunista Francés que «sin dudar, ordené las necesarias ejecuciones. Ejecuciones que no fueron menos de 500». [26](#) Aunque, al parecer, el número real no pasó de varias decenas, la cifra ya era de por sí bastante escalofriante. [27](#)

En Moscú, Fischer no se atrevía a confiar sus dudas prácticamente a nadie, y no solo porque ello supusiera cuestionar el sueño comunista y la posición de periodista prosoviético sobre la que había construido su carrera. Como estadounidense, podía entrar y salir cuando quisiera, pero su mujer, al ser ciudadana soviética, carecía de dicha protección. Por su bien y por el de sus dos hijos pequeños, se desenvolvía con cautela y mantenía sus buenas relaciones con los altos cargos soviéticos.

Como para muchos otros comunistas en crisis de todo el mundo, para Fischer la guerra de España era un alivio para su desilusión. La gente de su círculo aprendía y leía canciones y poesías españolas. «Todo el mundo hablaba de España. Mis niños me pedían que fuera a su escuela a dar pequeñas charlas sobre España. [...] El piso siempre estaba lleno de gente y nadie me dejaba hacer preguntas sobre Rusia. “España es mucho más importante —me decían—. Si ganamos en España, seremos felices aquí.”» [28](#)

La guerra española ocupaba sus pensamientos. «Podrías organizar un comité para enviar ayuda, medicinas. [...] No puedes permitir que los Estados Unidos se mantengan pasivos ante esta gran lucha», [29](#) escribió a la directora del *Nation* en Nueva York. En sus artículos, arremetía contra las democracias occidentales por mirar hacia otro lado mientras Alemania e Italia abastecían de armas y tropas a Franco. Cada vez más incómodo en Moscú, donde empezaba a sentir que «era una tortura mental vivir», [30](#) hizo planes para volver a España y luego se embarcó en una de sus giras de conferencias por Estados Unidos, esta vez para estimular un apoyo a la República que provocara un cambio de actitud del presidente Roosevelt en relación con la



venta de armas a España. «La alternativa hubiera sido largarse y atacar al régimen soviético en mis conferencias y escritos, pero aún no estaba preparado. [...] El resto de las naciones estaban maltratando a España y solo Rusia la ayudaba. No era una ayuda suficiente, pero era ayuda al fin.»

Si su compañero de tenis, Bob Merriman, compartía algunas de sus dudas respecto a la Unión Soviética, nunca se las confió a nadie. Poco después de la llegada de Fischer a Moscú, Merriman le telefoneó para preguntarle qué había que hacer para alistarse como voluntario para ir a España. Bob y Marion llevaban semanas discutiendo si debía alistarse o no en las Brigadas Internacionales. Ella le rogaba que no fuera, argumentando que nunca habían estado tanto tiempo separados y habían hecho planes de regresar a Estados Unidos para tratar de tener un hijo. Pero Bob se mostraba cada vez más inflexible, aduciendo que había otros que estaban arriesgando sus vidas. Y en octubre y noviembre de 1936, aparecieron ominosos presagios cuando Hitler anunció primero un «eje» que lo asociaba con Mussolini y luego estableció una alianza con Japón. ¿No sería mejor sentar un precedente infligiéndole al fascismo una derrota decisiva en España que esperar pasivamente a que se produjera otra guerra mundial?

Todos los estadounidenses de Moscú conocían y apreciaban a Merriman, y el agregado militar revisaba gustosamente con él los mapas de los combates. Otro amigo de la embajada, que compartía en silencio sus ideas políticas izquierdistas, alegaba enérgicamente que Bob podría luchar más provechosamente contra el fascismo como profesor y estudioso y que era mejor dejar la guerra para los soldados. Pero entonces llegaron noticias de que un primer contingente de voluntarios estadounidenses para las Brigadas Internacionales había partido en barco desde Nueva York. Bob se sentía tan atormentado que, haciendo algo impropio de él, se agarró una tremenda borrachera en una fiesta de la embajada. Poco después, una noche tuvo una discusión de pareja que se alargó hasta las 5.30 de la mañana. «Pero ¿por qué tú, Bob? —le preguntaba sin cesar Marion—. [31](#) ¿Por qué tú?» Cansado, Bob se fue del apartamento a pasear por las calles heladas.

Finalmente, justo después de Navidades, le dijo a Marion: «Me voy». [32](#) Solo se llevó una pequeña maleta, porque insistía en que la guerra no duraría más de tres o cuatro meses y que a su regreso podrían seguir con su vida normal. Marion lo acompañó a la estación Belorussky de Moscú y se quedó en el andén hasta que el tren arrancó. «Durante días —escribió—,

estuve como en trance. Me era imposible concentrarme en nada. [...] Leía todo lo que encontraba sobre la guerra de España. Y rezaba para que llegara alguna noticia suya de que estaba bien.»

Como tenía que cambiar de tren en París, mientras hacía tiempo, estaba Merriman echando una ojeada en la librería Brentano en la Avenue de l'Opéra, cuando escuchó una voz familiar: «¡Que me aspen! ¡Pero si es Bob Merriman! Vas camino de España, te lo veo en la cara. ¡Pues yo también!».<sup>33</sup>

Era su aventurera amiga periodista de Moscú, Milly Bennett, con la que había tenido numerosas discusiones sobre temas de política soviética. «Bob dijo que esperaba poder trabajar en las nuevas colectividades agrícolas — recordaba Bennett—,<sup>34</sup> pero, mientras lo decía, no se atrevió a mirarme a los ojos.»

Ella también trató de convencerlo de que no se alistara como combatiente: «“Te matarán, las brigadas de extranjeros son las fuerzas de choque y tienen el mayor número de bajas.” [...] Pero nada de lo yo que le dijera le iba a hacer cambiar de opinión. Si Marion no lo había conseguido, menos yo». Decidieron viajar juntos. Roto su matrimonio, Bennett iba a España para cubrir la guerra y buscar a un antiguo novio entre los voluntarios estadounidenses. Se fueron a comprar un revólver, munición y máscaras de gas para los dos. Con la memoria de la Primera Guerra Mundial todavía reciente, estas máscaras se podían encontrar en los grandes almacenes parisinos Galeries Lafayette. Bennett también había prometido llevar unas cuantas máscaras para la oficina de la Associated Press en España. Ella y Bob se compraron modelos que cubrieran las gafas de pasta que ambos llevaban. Luego se dirigieron a la Gare d'Orsay junto al Sena y, bajo el alto techo de cristal abovedado, se subieron al tren, el llamado «tren rojo», en el que ya se dirigían hacia el sur numerosos voluntarios izquierdistas.

«¡Salud, España! —escribió Merriman en su diario al día siguiente—. Desde París con Milly. [...] Inusual frente común, 1:40 pm cruzamos la frontera.»

# SEGUNDA PARTE

## «NO TRATÉIS DE DETENERME»

Semanas después de iniciada la guerra, la Pasionaria fue a París a solicitar ayuda y armas francesas. En un discurso ante una multitud de miles de personas que abarrotaban un estadio cerca de la torre Eiffel, parafraseó a Haile Selassie en la Liga de las Naciones: «Hoy le ha tocado a España —dijo—, pero mañana os tocará a vosotros». Seis años más tarde, el mismo estadio en el que estuvo hablando, el Vélodrome d’Hiver, se llenaría con 13.000 judíos franceses, 4.000 de ellos niños, camino de los campos de exterminio nazis.

La contienda en España hizo que gente de todo el mundo se planteara que podrían ser los siguientes. Al otro lado del canal de la Mancha, por ejemplo, en Londres, recordaba Jason «Pat» Gurney sobre la guerra: «Para mí y para un gran número de personas como yo, se convirtió en el gran símbolo del enfrentamiento entre fascismo y democracia en todo el mundo». <sup>1</sup> Gurney había estado en un internado británico de élite, que abandonó para irse a vivir por su cuenta en Sudáfrica. Estuvo trabajando dos temporadas en un ballenero noruego en el Antártico y con el dinero que ganó volvió a Inglaterra para hacer escultura. «Para mí, el cuerpo humano era una fuente inagotable de deleite. Me pasaba horas desnudo delante del espejo, con un cuaderno de dibujo a un lado y un libro de anatomía al otro, moviendo los distintos huesos y músculos del cuerpo, estudiando exactamente cómo funcionaba todo el conjunto.»

Con un físico grande y fornido, «el pesado trabajo de desbastar grandes tallas en madera o piedra [...] nunca fue un problema para mí». La descripción de su rutina diaria parecía el sueño de muchos hombres: «Durante el día trabajaba y hacía el amor y por las noches salía a beber y charlar interminablemente con los amigos. Normalmente empezábamos en el Six Bells o el Bowling Green de King’s Road». Eran los mismos pubs de Chelsea que también frecuentaban Dylan Thomas, el joven actor Rex

Harrison y «una aparentemente ilimitada provisión de mujeres jóvenes. [...] La mayoría de ellas, pronto cansadas de la suciedad y las incomodidades de una vida miserable y resignadas a un buen y sólido matrimonio burgués, atesorarían los recuerdos de un año dedicado a explorar las camas de la bohemia».

A pesar de los atractivos de una vida así, Gurney, de veintiséis años, sentía la urgencia de los tiempos. En Inglaterra, como en Estados Unidos, había millones de parados. En los barrios pobres de la periferia de Chelsea, «casas construidas para una familia albergaban entonces a seis»,<sup>2</sup> mientras que en la cercana Sloane Square «estaban los muy ricos con su vida de gran refinamiento, grandes casas, personal de servicio y magníficos coches». Entretanto, el demagógico sir Oswald Mosley dirigía la cada vez más agresiva Unión Británica de Fascistas, cuyos militantes vestían guerreras y pantalones negros, y anchos cinturones también negros con hebillas de latón. Cuando Mosley era increpado en uno de sus mítines, dejaba de hablar y los reflectores enfocaban al provocador mientras los matones lo golpeaban y luego lo arrojaban fuera de la sala. Con fanfarrias y banderas con la figura de un rayo, escuadras de seguidores de Mosley atravesaban los barrios judíos de Londres profiriendo insultos, haciendo el saludo fascista y atacando violentamente a cualquiera que se cruzara en su camino. El grupo alardeaba de tener 50.000 miembros.

«La guerra de España —escribiría Gurney más tarde— había estallado en el momento en el que el evidente peligro del movimiento fascista de Mosley estaba en su máximo apogeo. [...] El pueblo español estaba luchando desesperadamente [...] y su coraje en cierto sentido era un reproche a esos ingleses que, viendo el peligro, no hacían nada.» Se fue a la sede del Partido Comunista detrás de Covent Garden y se alistó voluntario.

Entre las decenas de miles de hombres que se unieron a las Brigadas Internacionales procedentes de Europa, Estados Unidos y otros lugares, Gurney pertenecía a una clara minoría. Él se consideraba simplemente un «radical a la vieja usanza» y guardaba un sano escepticismo respecto al Partido. Pensaba que el problema con los comunistas era que «siempre creían tener la razón. Nunca había dos maneras de abordar un mismo tema. Habían estudiado las obras de Marx, Engels y Lenin, que contenían la respuesta correcta para cualquier cosa sobre la faz de la tierra, de modo que no había discusión posible. Como implícitamente creían en ello del mismo modo en

que las sectas religiosas más intolerantes creen en sus escrituras, el Partido no era para mí». Además, los miembros del Partido que conocía carecían de sentido del humor. «Cualquier toque de frivolidad era para ellos como tirarse un pedo en una iglesia.»

Pero, al mismo tiempo, Gurney era consciente del atractivo del Partido: «El tipo que vendía el *Daily Worker* a la salida del metro no era simplemente un tipo que vendía el *Daily Worker* a la salida del metro, era un colaborador del departamento de *agitprop*.<sup>\*</sup> [...] Presentaba sus informes a sus superiores, que lo escuchaban con simpatía y aliento. Y en la reunión semanal proponía resoluciones con el objetivo de incrementar las ventas y la difusión del *Worker*, que después eran discutidas y sopesadas como si el mundo dependiera de ello».

Que las Brigadas Internacionales estuvieran organizadas por el Partido no le preocupaba. Expresando lo que muchos otros pensaban, escribió: «Era consciente de que los comunistas estaban aprovechando la oportunidad que suponía la guerra para potenciar sus propios intereses, pero si tenía que aliarme con ellos para luchar contra la tiranía definitiva que representaba el fascismo, lo haría, y ya me enfrentaría con los problemas subsiguientes cuando llegara el momento». Nadie más aparte de ellos, al fin y al cabo, estaban reclutando un mayor número de combatientes en aquel momento en el que España estaba luchando por su supervivencia.

Apenas 24 horas después de alistarse, Gurney estaba ya camino de París. Cuando su grupo de voluntarios británicos llegó a la Gare du Nord, taxistas de izquierdas los trasladaron gratuitamente hasta la sede de los sindicatos que servía como centro de reagrupamiento para los que iban a la guerra. Poco después iba a bordo del Tren Rojo en dirección al sur. Era enero de 1937 cuando llegó a Barcelona, «una ciudad inequívocamente revolucionaria».<sup>3</sup> Como Orwell y el matrimonio Orr antes que él, se sintió entusiasmado ante la visión de los milicianos obreros con el pañuelo rojo o rojinegro vigilando los edificios públicos, y sobre todo por «la gloriosa sensación de optimismo, la convicción de que todo lo que estaba mal en la sociedad sería sin ningún género de dudas resuelto en el nuevo mundo venidero de igualdad y libertad universales. Sería falta de realismo, pero era algo embriagador para un joven romántico por naturaleza, que yo apuré hasta el fondo». A la pregunta de si hacer la revolución ayudaría a ganar la guerra, para Gurney, en aquel momento, la respuesta era sí.

Observador agudo y perspicaz, cuando Gurney comenzó a escribir sus recuerdos de la guerra varias décadas más tarde, no perdió la capacidad de ver con perspectiva sus años de juventud. Comprendía, por ejemplo, parte de la fascinación que suponía para muchos voluntarios extranjeros como él el hecho de estar en España. «La posición de una persona de clase media en un movimiento de clase obrera siempre es anómala, especialmente en un país tan obsesionado por las clases sociales como Inglaterra. Implica un elaborado modelo de pretensiones por ambas partes. [...] Pero en España uno estaba libre de todo eso. Un obrero español ni distinguía, ni podía distinguir, entre una clase u otra en un grupo de extranjeros. [...] El sol brillaba y todos sentíamos que nos hallábamos en el centro de uno de los grandes acontecimientos de la historia.»<sup>4</sup>

No le pasaron inadvertidas las tensiones políticas que se respiraban en el ambiente, especialmente el odio de los comunistas hacia el POUM, que el Kremlin había tildado de trotskista. «Como en las religiones del pasado, el herético era infinitamente más abominable que el infiel.»<sup>5</sup> Irónicamente, el POUM no formaba parte del movimiento trotskista, débil y roto. Con su afilada y mordaz lengua, el propio Trotski había atacado algunas de sus posiciones. Pero el partido era herético a ojos de Stalin porque entre sus líderes había antiguos comunistas que habían roto relaciones públicamente con la Unión Soviética.

La única decepción de Gurney durante su escala en Barcelona fue que, como la mayoría de las iglesias de la ciudad habían sido destruidas, dañadas o estaban clausuradas, no pudo entrar en la Sagrada Familia, monumento que, dada su condición de artista, hacía tiempo que deseaba visitar. (Incluso Lois Orr dejó de lado su fervor revolucionario para mandar a casa una descripción de esta iglesia «absolutamente fantástica» diseñada como un pastel de bodas gótico por Antoni Gaudí.) Tras unos días, él y su contingente de internacionales se trasladaron en tren hasta Albacete. Los recién llegados fueron inmediatamente arengados por André Marty. A Gurney le gustó tan poco como a Louis Fischer. «Era una figura siniestra y ridícula a la vez, un hombre grande y gordo con un tupido bigote y que siempre llevaba una enorme boina negra. [...] Siempre hablaba con un rugido histérico, sospechaba que todos eran traidores, o algo peor, y no escuchaba consejos de nadie. [...] Allí estaba gritándonos en francés, lengua que la mayoría de los presentes no entendíamos.»



A Gurney y a sus compañeros voluntarios les dieron un pantalón de pana marrón y una cazadora demasiado fina para el frío de enero, una manta delgada, un correaje con voluminosas cartucheras y un casco. «A pesar de su buen aspecto, estaba hecho de un metal tan fino que resultaba prácticamente inservible contra nada más letal que las piedras lanzadas por niños.»

No había fusiles.

No obstante, en un pequeño pueblo agrícola a una hora en camión desde Albacete, el batallón británico inició su instrucción. Como muchos otros voluntarios de las Brigadas Internacionales que lo seguirían, Gurney quedó sobrecogido por el estilo de vida casi medieval de los campesinos españoles: «No había combustible para calefacción y todo el mundo en el pueblo vivía permanentemente con la ropa y las casas empapadas, respirando un terrible aire impregnado de humedad». <sup>6</sup> Los exiguos fuegos para cocinar se hacían con «sarmientos de la poda del año anterior cortados en media docena de palitos de medio palmo y del grosor de un lápiz». Sin embargo, la iglesia «era un edificio muy grande para un pueblo tan pequeño, con un campanario tan alto como para ser visto a kilómetros de distancia».

Esta había sido convertida en la cantina del batallón británico, con las cocinas en el presbiterio y el comedor en la nave. ¿Habían matado aquí al clero? «Nunca vi a ningún lugareño entrar allí —escribió Gurney—, e incluso parecían evitar mirarla, como si se sintieran culpables. Nunca supe lo que realmente pasó allí, pero me dejó la inquietante sensación de que algo había ocurrido que todo el mundo prefería olvidar.»

Gurney tenía una mirada irónica. «Todo el mundo se trataba de camarada [...] camarada comandante de batallón, camarada comisario político, hasta simplemente camarada», escribió. Esto provocaba extrañas situaciones como cuando «en cierta ocasión dos individuos desgreñados llegaron al cuartel general del batallón. Era evidente que se habían peleado y el menos perjudicado de los dos traía a rastras a su maltratado oponente gritando: “Este camarada me ha robado el reloj”.»

Los voluntarios británicos recibieron una instrucción de seis semanas y, solo un día antes de que fueran enviados al frente, llegó un cargamento de fusiles soviéticos. Ese mismo día se enteraron de la ominosa noticia de que Málaga había caído en manos de las tropas de Franco, apoyadas por los italianos con tanques y vehículos acorazados.

Sin embargo, Franco todavía no había conseguido conquistar Madrid. Para

lograrlo había planeado que las fuerzas nacionales rodearan la ciudad con un gran movimiento en pinza. En esa guerra escaseaban los generales brillantes en ambos bandos, y, aunque las tropas encargadas de uno de los brazos de la pinza no estaban listas, Franco, no obstante, ordenó que los que formaban el otro brazo atacaran. Tenían que cruzar el río Jarama al sur de la ciudad y luego lanzarse hacia el noreste para cortar la carretera de Valencia, el cordón umbilical del que dependía Madrid para el abastecimiento de armas, municiones y víveres.

La mayoría de los atacantes eran moros y miembros de la Legión, los dos grupos más temibles del ejército nacional. Pese a que los moros eran demonizados por los republicanos, en realidad eran víctimas de grandes penurias. Casi completamente analfabetos, con escasas perspectivas de trabajo, se les había atraído al ejército desde aldeas marroquíes empobrecidas por una grave sequía mediante una considerable prima de alistamiento en dinero y comida que permitía la supervivencia de sus familias.

La Legión era famosa por su grito de guerra «¡Viva la muerte!» y su brutal disciplina. Todos los oficiales y suboficiales llevaban una fusta y, si un mando consideraba a un soldado insubordinado o cobarde, tenía derecho a ejecutarlo inmediatamente. Las tropas nacionales atacantes iban equipadas con las armas alemanas más modernas, entre ellas piezas de artillería de 88 mm. Esta arma extremadamente precisa, concebida originalmente como cañón antiaéreo, fue utilizada por primera vez en España. Los nacionales y sus aliados nazis pronto se percataron de que con los proyectiles adecuados podía ser efectiva tanto como arma antitanque como para bombardeos de largo alcance. Con una velocidad de disparo de entre 15 y 20 proyectiles por minuto, se convertiría en la pieza de artillería más famosa de la Segunda Guerra Mundial, un arma versátil temida por los soldados aliados. La guerra española resultó ser un magnífico banco de pruebas para Hitler.

El ataque de Franco se desencadenó el 6 de febrero de 1937. En los primeros días, los nacionales consiguieron matar o herir a más de 1.000 soldados republicanos y acercarse peligrosamente a la carretera Madrid-Valencia. Los jefes republicanos se apresuraron a enviar tropas nuevas, fundamentalmente de las Brigadas Internacionales, para defender el flanco de la carretera. Fue allí donde enviaron a Pat Gurney y a sus compañeros, desplegados en los campos de olivares chorreantes de lluvia

bajo el fuego de la artillería pesada nacional. Para los voluntarios fue un alivio tener por fin fusiles. «Nos sentíamos hombres otra vez y vivíamos de nuevo el espíritu de cruzada —escribió Gurney—. <sup>7</sup> Si hubiera sabido que la mitad de nuestros compañeros acabarían muertos en las siguientes veinticuatro horas, quizá habría sentido algo diferente.»

Mientras el batallón británico de Gurney se dirigía al frente, los voluntarios estadounidenses fueron enviados a recibir la instrucción. El Partido Comunista había comenzado a alistar hombres a finales de 1936; los reclutados provenían de todo el espectro social. La abuela de James Yates había sido esclava. Tenía quince años cuando las tropas yanquis vestidas de azul llegaron a su plantación en Misisipi y moriría a los ochenta mientras su nieto conducía camiones de abastecimiento en España. De los aproximadamente 90 voluntarios negros estadounidenses, algunos tenían la esperanza de luchar contra Mussolini por la invasión de Etiopía: uno de ellos acuñó la expresión «Esto no es Etiopía, pero lo será». Las caras y las manos de otros voluntarios tenían las delatadoras marcas azuladas del polvo de carbón incrustado en un corte cicatrizado o en una rozadura (la marca del minero del carbón). Frank Alexander se había criado en una reserva india de Nebraska y hablaba tanto inglés como sioux; su padre había sido jinete del Pony Express. Irving Goff era un acróbata de vodevil. Len Levenson y Bob Colver eran técnicos en huellas dactilares del FBI (y comunistas encubiertos). Hyman Katz era rabino y el padre de David McKelvy White acababa de concluir su mandato como gobernador de Ohio.

Unas tres cuartas partes <sup>8</sup> de los voluntarios estadounidenses pertenecían al Partido Comunista o a su sección juvenil, y algunos se habían conocido de niños en los campamentos de verano del Partido. La media de edad era de veintinueve años. Muchos eran sindicalistas que acabarían compartiendo trincheras con otros que habían formado parte de los piquetes. Debido a las huelgas neoyorquinas en los muelles y en la industria textil, los primeros voluntarios eran mayoritariamente marineros en paro, estibadores y trabajadores del textil. Más de una tercera parte <sup>9</sup> eran del área metropolitana de Nueva York (solo del City College había unos 60, entre estudiantes, profesores, empleados y licenciados). Cerca de la mitad eran judíos y en España podían hablar en yidis con voluntarios de otros países; al menos diez eran alumnos de una única institución, el Hebrew Orphan Asylum de

Brooklyn. «Para nosotros no era Franco —dijo el neoyorquino Maury Colow —, [10](#) siempre fue Hitler.»

Ninguno de los estadounidenses provenía de familias ilustres como John Cornford, el descendiente de Charles Darwin, muerto en Madrid, o su compañero Julian Bell, sobrino de Virginia Woolf, herido mortalmente en otro campo de batalla español, o Lewis Clive, que se decía descendiente de Clive de la India, el general decimonónico que contribuyó a poner bajo control británico la riqueza del subcontinente. Ninguno tenía la perspicacia política de George Orwell, y los futuros escritores de entre sus filas no igualaron a voluntarios como este o André Malraux. Los estadounidenses en España se ganaron un lugar en la historia no por quienes eran o por lo que escribieron, sino por lo que hicieron. En total, en la contienda lucharon hombres procedentes de 46 estados de toda condición social; si tuviéramos que definir un prototipo de voluntario, este sería neoyorquino, comunista, inmigrante o hijo de inmigrantes, sindicalista y miembro de un grupo prácticamente desaparecido hoy en día en Estados Unidos, el de los judíos de clase obrera.

El otro intento sistemático de reclutar estadounidenses para luchar en España lo llevó a cabo el Partido Socialista, pero solo reunió a un puñado de hombres. Los comunistas estaban mucho mejor organizados, y además rechazaban a pocos aspirantes. De hecho, como cuenta el historiador Peter N. Carroll, «un voluntario fue a España con una rodillera ortopédica metálica, otro era ciego de un ojo e incluso hubo otro que combatió ¡con una pierna de madera! (se descubrió cuando una bala de ametralladora le destrozó “el palo”»). [11](#) Aun así, «la mayoría de los voluntarios estadounidenses estaban mejor alimentados y, por tanto, más saludables que sus homólogos europeos».

Los dirigentes del Partido Comunista, preocupados de que los procesaran por llevar a cabo un reclutamiento en suelo estadounidense para un ejército extranjero, instruyeron a los miembros del primer grupo de voluntarios para que dijeran que viajaban a Europa como turistas, estudiantes o excursionistas. Sin embargo, todos ellos llevaban las mismas maletas baratas de cartón con correas amarillas con uniformes de la Primera Guerra Mundial procedentes de una tienda de excedentes del ejército propiedad de un simpatizante del Partido. A los cerca de 100 jóvenes que embarcaron en el transatlántico de

tres chimeneas *Normandie* de la French Line el 26 de diciembre de 1936 también les dijeron que no se relacionaran unos con otros a bordo, una instrucción que les resultó fácil de cumplir cuando descubrieron que entre los pasajeros estaba el coro de chicas del famoso Folies Bergère de París.

A pesar de dichas precauciones, al parecer el resto de la tripulación sabía adónde se dirigían aquellos hombres. Un amable funcionario de pasaportes le dijo al voluntario Bill Bailey, un corpulento marinero y estibador que viajó en un barco posterior: «Mantén la cabeza baja». Un voluntario descubriría que la tripulación le pasaba comida adicional; otro, que permanecía en discreto silencio en cuanto en la mesa del comedor salía a relucir el tema de la guerra en España, se quedó atónito cuando al final del viaje un hombre de negocios neoyorquino de su mesa le susurró: «Buena suerte allí donde vas», y le dio un sobre con dinero.

Cuando el *Normandie* atracó en Le Havre, los funcionarios de aduanas, con sus casquetes redondos, sonrieron y exclamaron «Vive la République!» al ver las maletas idénticas. Los voluntarios observaron que los periódicos franceses estaban plagados de noticias sobre la huelga de brazos caídos sin precedentes de General Motors declarada hacía una semana, en la que decenas de miles de obreros de la automoción habían ocupado más de seis plantas de GM en Michigan. Cerca de cinco millones de estadounidenses se declararían en huelga en 1937. A ambos lados del Atlántico parecía que la revolución flotaba en el ambiente.

Fue una experiencia apasionante atravesar Francia, con los compartimentos de tercera del Tren Rojo abarrotados de gente cantando «La internacional» y otras canciones en lenguas que iban desde el sueco al húngaro. Estadounidenses, austríacos, italianos, daneses, alemanes y voluntarios de otra docena de países compartían el vino, el salchichón, el queso y grandes hogazas de pan francés. Los voluntarios se asomaban a las ventanillas para intercambiar exaltados saludos con el puño en alto con los jornaleros del campo, los camioneros y los trabajadores de las vías. Cuando el tren arrancaba en las estaciones, la gente corría por los andenes vitoreándolos y lanzándoles besos.

Al entrar en España tras cruzar los Pirineos en un viejo autobús escolar, uno de los estadounidenses, con el puño levantado, gritó a unos hombres que había en la cuneta: «¡Viva la República!». [12](#) Por respuesta obtuvo el saludo

anarquista (las manos entrelazadas por encima de la cabeza simbolizando fraternidad) y el grito: «No, ¡viva la revolución proletaria!». No obstante, cualesquiera que fueran sus diferencias, los españoles de todas las facciones de la izquierda aclamaron y abrazaron a los recién llegados que habían cruzado un océano para luchar junto a ellos. Tocaron las bandas de música, la gente gritaba «¡No pasarán!» y les ofrecieron un banquete.

Unos días más tarde, el cónsul general de Estados Unidos en Barcelona se quedó estupefacto al ver a un montón de hombres (quince menos de los que embarcaron en Nueva York, porque algunos se lo estaban pasando tan bien en París que perdieron el tren y llegaron más tarde) desfilando en formación de a cuatro con uniformes de la Primera Guerra Mundial por la plaza de Cataluña delante de su oficina. Enarbolando una bandera estadounidense, se detuvieron bajo las ventanas del consulado cantando el himno nacional estadounidense. Lo más extraordinario es que también cantaron la letra de las últimas estrofas que rara vez se cantan. La tercera por ejemplo comienza así:

¿Y dónde está esa pandilla que juró con tanta jactancia  
que los estragos de la guerra y la confusión de la batalla  
no podrían dejarnos ni un hogar ni una patria?  
Su sangre ha lavado la suciedad de sus inmundos pasos.

El sorprendido cónsul desde luego no conocía el clásico chiste de izquierdas: «¿Cómo puedes saber quién es miembro de la Joven Liga Comunista? Cualquiera que se sepa la tercera estrofa del himno nacional». El Partido Comunista siempre se mostró deseoso de probar su carácter genuinamente estadounidense. Al día siguiente, otro grupo de hombres desfiló por la espaciosa plaza, esta vez bajo una bandera roja en la que se leía PRIMER BATALLÓN AMERICANO ABRAHAM LINCOLN.<sup>13</sup> El nombre también era un intento por parte del Partido de eliminar cualquier sospecha de no ser totalmente estadounidense. Al fin y al cabo, Lincoln lideró el bando vencedor en una guerra civil iniciada, como en España, por una sublevación militar contra un gobierno nacional legítimo.

Pronto llegaron otros grupos de estadounidenses para unirse al Batallón Abraham Lincoln con la consigna de que si les preguntaban por su filiación política contestaran simplemente «antifascista». A mediados de febrero de 1937, cerca de 400 habían llegado a Albacete, donde uno de ellos comparó

la enorme boina de André Marty con «una negra tortita empapada».<sup>14</sup> En su discurso a los voluntarios estadounidenses, Marty les advirtió bramando de que debían buscar y expulsar a los trotskistas o a cualquier otro «revisionista». De carácter irascible, el francés se mostró furioso con el Partido Comunista Estadounidense por haberle enviado tan pocos hombres con experiencia militar. Pero la situación era desesperada y había que instruir a los recién llegados inexpertos y lanzarlos al combate cuanto antes. Cuando les dijeron que fueran a elegir un par de botas que les sirvieran, observaron una pila de medio metro de altura. Ninguna era nueva y muchas tenían restos de sangre. Eran las botas de los soldados que nunca más volverían a combatir.

Sin embargo, en el frente ya había un estadounidense. Había llegado a España antes de que se formara el Batallón Lincoln y se le adscribió al de los voluntarios británicos. Joseph Selligman Jr. era de Louisville, Kentucky, como Lois Orr. Las madres de ambos, al parecer, se conocían. Selligman y sus dos hermanas se habían criado en el seno de una familia poco común, pues su padre había sido el presidente del Partido Republicano en Kentucky, mientras que su madre era votante socialista. Solo unos meses antes, Joe había comenzado su último año en el Swarthmore College, en Pensilvania, era el director de la revista literaria del campus y miembro del grupo de debate. Esperaba ir a Harvard para cursar el posgrado en filosofía. Sin embargo, unos apuntes encontrados entre sus papeles de la universidad daban una ligera idea de lo que ocupaba cada vez más sus pensamientos. Había dibujado un mapa rudimentario en el que aparecían Alemania, Italia, Portugal y la España nacional coloreados en negro con la siguiente nota al pie: «Europa de nuevo víctima de la peste negra».

El 11 de diciembre de 1936, el día que el rey Eduardo VIII anunció a su pueblo que abdicaba del trono británico para casarse con «la mujer a la que amo», la madre de Joe telefoneó a su hijo a Swarthmore y, para su consternación, le dijeron que había desaparecido.

Finalmente, sus padres recibieron una carta suya, enviada por un amigo con una semana de demora, que comenzaba así: «Para cuando recibáis esta carta, yo estaré en Europa. Voy a España. [...] Estoy demasiado ansioso y furioso [...] para hacer otra cosa. [...] Además, de poco me serviría una licenciatura en una era fascista, y España me parece la prueba definitiva».<sup>15</sup> Frenético, su



padre envió un telegrama al padre de un compañero de Joe de la universidad, cuya casa de Vermont había visitado el Día de Acción de Gracias: «Acabo de enterarme nuestro hijo dejó Swarthmore College 3diciembre hacia España stop se rumorea su hijo partió con él stop telegrafíe cualquier información que tenga». Pero Joe no le había confiado sus planes a la otra familia, decía el telegrama de respuesta. El padre de Vermont completó la información con una carta: «Joe nos resultó un huésped muy agradable —escribió—. [...] Después de su visita aquí, nos envió una nota de agradecimiento muy amable y cordial».

En la carta a sus padres, Joe añadía: «Por favor, no tratéis de seguirme, de detenerme o cualquier otra cosa». Pero el padre de Selligman, un destacado abogado que había llevado casos ante el Tribunal Supremo, no le hizo caso. Contrató a un detective privado de Nueva Jersey con contactos internacionales y se lo trajo a su despacho de abogados de Louisville, donde el hombre se puso a mandar telegramas y a hacer llamadas telefónicas a líneas marítimas, oficinas de pasaportes y consulados estadounidenses. Finalmente, a través de un agente en Francia, el detective consiguió localizar a Joe en París, donde había ido a alistarse. Selligman padre hizo entonces cruzar el Atlántico apresuradamente a un joven asociado del bufete para tratar de convencer a Joe de que volviera a casa. La familia también movilizó al embajador estadounidense en Francia, que era primo de un abogado de Louisville que conocían, y de algún modo consiguieron transmitir a Joe que fuera a la embajada a recibir una llamada telefónica de sus padres. Pero todos sus esfuerzos fueron en vano.

Los reclutadores de las Brigadas Internacionales rechazaron a Joe a la primera tentativa aduciendo que con diecinueve años era demasiado joven, pero solucionó el problema probando de nuevo después de pagar 15 dólares por los documentos de identidad de un irlandés, Frank Neary. Una vez aceptado, viajó a España, contento de unirse al batallón británico bajo el nombre de Neary, porque, como confesó en una carta, «un nombre falso añadía romanticismo a la sensación de aventura, etc.».<sup>16</sup> No fue ni mucho menos el único voluntario en luchar bajo un nombre falso. En aquellos tiempos, cambiarse el nombre simbolizaba que uno podía transformarse a sí mismo al tiempo que estaba transformando el mundo.

En las cartas enviadas a casa, Joe Selligman mencionaba orgullosamente que se estaba dejando barba y bigote, y en una incluía un retrato de uniforme

y con boina. «No os preocupéis —escribió a su familia después de comenzar la instrucción con los voluntarios británicos—.17 No estoy en peligro.» Les decía que trabajaría como conductor o como intérprete y estaría fuera de la línea de fuego. Después de todo, sabía francés, alemán y un poco de español, y «también estoy aprendiendo a hablar británico». Poco convencido, el padre de Selligman escribió a Louis Fischer, del que sabía que estaba cubriendo la guerra de España para el *Nation*, y le rogó que se interesara por Joe.

El 11 de febrero de 1937 fue el día que Selligman, el escultor londinense Pat Gurney y el resto del batallón británico entrenado a toda prisa salieron para el frente. En la batalla de Madrid, Selligman sería el primer estadounidense en entrar en combate.

Los soldados se sintieron aliviados al abandonar su ruinoso campamento de instrucción. El día siguiente amaneció despejado y frío. Mientras aumentaba el fuego de la artillería franquista y los cazas se enzarzaban en un combate aéreo lanzándose en picado y haciendo acrobacias por encima de sus cabezas, los británicos recibieron la orden de avanzar. El terreno por el que marchaban presentaba una hermosa vista: pinos, robles, cipreses y olivos se esparcían por una meseta y un valle, alfombrados aquí y allá de fragantes matas de mejorana y salvia. Por un momento, posicionados sobre las colinas con vistas sobre la campiña, se sintieron parte de un esfuerzo internacional (los voluntarios franceses y belgas estaban a su derecha): «Teníamos un aspecto magnífico, nos sentíamos magníficos —recordaba uno de los miembros del batallón—,18 y pensamos en lo orgullosos que se sentirían nuestros colegas allá en casa [...] si nos pudieran ver en ese momento».

Pero «ni tan siquiera el mando de la brigada —según Gurney—19 tenía mapas [...] y dependía de informes transmitidos en cuatro lenguas distintas». Además, las secciones de ametralladoras, la mayoría con tendencia a encasquillarse rápidamente, utilizaban cuatro tipos de munición y los fusiles, una quinta. Una de las ventajas en teoría de la posición de los británicos era que se hallaban en un terreno más elevado. Pero cuando comenzó una descarga de tres horas por parte de la artillería nacional, bautizaron la posición como Colina del Suicidio. No los habían adiestrado para cavar trincheras o pozos de protección y además no tenían palas.

Entonces comenzó el ataque de miles de moros. «Sus uniformes —escribió Gurney—,20 cubiertos por una manta parda con un agujero en el medio que parecía ondear a su alrededor mientras corrían. [...] Era terrible contemplar la



olvidado de ellos. Había unas cincuenta camillas, todas ocupadas, pero muchos de los hombres estaban ya muertos y la mayoría de los heridos morirían antes del amanecer. [...] Eran todos hombres a los que conocía, a algunos íntimamente. Uno, un chaval judío de unos dieciocho años, cuya peculiar mezcla de humor *cockney* y judío le daba una capacidad para las payasadas que hacía reír a todo el mundo [...], permanecía tumbado boca arriba con una herida que le había seccionado completamente la estructura muscular del estómago, dejando al aire los intestinos desde el ombligo a los genitales. Sus tripas yacían ligeramente retorcidas en círculos de un color marrón rosáceo espantoso, mientras las moscas revoloteaban a su alrededor. Estaba totalmente consciente, pero no podía hablar». [22](#)

La experiencia se le quedó grabada a fuego. «Fui de uno a otro, pero me resultaba absolutamente imposible hacer algo más que darles la mano o encenderles un cigarrillo. [...] Hice cuanto pude para confortarlos y les prometí que trataría de enviar ambulancias. Pero desde luego fracasé, lo que me dejó un sentimiento de culpa que nunca he podido superar del todo. [...] Todos pedían agua, pero yo no tenía para darles.»

Uno de los miembros del batallón que bien pudo acabar en ese grupo de heridos era Joe Selligman, que en el combate recibió una bala en la cabeza durante el ataque de los moros. Finalmente evacuado en mula (una traqueteante pesadilla para un soldado herido en la cabeza), acabó en un hospital cerca de Madrid.

Cuando su familia tuvo noticia de lo sucedido, presa del pánico comenzó inmediatamente a mandar mensajes a diplomáticos estadounidenses tanto en España como en Washington. «Petición urgente traten de sacarlo fuera de la zona de combate o a Francia si es posible y sus condiciones lo permiten — telegrafió su padre al secretario de Estado Cordell Hull—, [23](#) correré con todos los gastos.» De lo que sucedió después, los registros que se tienen son contradictorios. Una florida carta de Harry Pollitt, secretario general del Partido Comunista Británico, aseguraba al señor Selligman que el joven Joe había sido «llevado al hospital donde se le habían administrado todos los cuidados disponibles y había expresado su agradecimiento por la amabilidad y la solicitud de todos los que lo habían atendido». [24](#) Sin embargo, un mensajero británico superviviente de la batalla le contó a un amigo de la familia que Joe nunca recuperó la conciencia. En cualquier caso, dos semanas después de haber resultado herido, o quizá menos, pues no queda ningún

registro médico, Joe había muerto.

En la misma carta, Pollitt hablaba de lo querido que era Joe, del «sublime sacrificio de tantos buenos hijos como el suyo», y decía que había sido «enterrado con todos los honores militares». Pero cuando su desolado padre pidió a los diplomáticos estadounidenses que trataran de repatriar el cadáver de Joe, ofreciéndose de nuevo a correr con todos los gastos, un telegrama del secretario de Estado decía, sugiriendo un relato diferente, que los restos «no pueden ser desenterrados para volver a inhumarlos porque están sepultados con otros siete u ocho hombres, lo que hace inviable la identificación individual». El secretario, de hecho, estaba suavizando los informes recibidos de los diplomáticos estadounidenses en España. Dos días antes, le habían informado en Washington de que, cuando murió Joe, «había unos 250 soldados cuyos cadáveres hubo que sacar del hospital y enterrarlos a la vez».<sup>25</sup>

Ante la imposibilidad de recuperar el cuerpo de su hijo, el padre de Joe pidió ayuda al Departamento de Estado para que le enviaran sus efectos personales. Todo lo que se pudo encontrar cabía en un único sobre: dos billeteras con un carnet de conducir de Kentucky y un carnet del gimnasio del Swarthmore College.

Cuando los camiones y las ambulancias repletos de heridos republicanos empezaron a llegar a la retaguardia, una enfermera voluntaria australiana escribió en su diario: «Parece que caminemos sin descanso sobre un río de sangre».<sup>26</sup> La escasez de cascos apropiados supuso que muchos soldados, como Joe Selligman, sucumbieran de heridas en la cabeza. Pero los nacionales no habían logrado cortar la crucial carretera Madrid-Valencia. Mientras los supervivientes del batallón británico y otros internacionales establecían una nueva línea de defensa, el batallón estadounidense, cuyos miembros no tenían noticia de la carnicería que habían sufrido los británicos, fueron enviados al frente.

Para Pat Gurney, profundamente conmovido por todo lo que había visto y por no haber podido ayudar a los heridos, los siguientes diez días transcurrieron en una borrosidad agotadora. «Debía de haberme recuperado bastante —escribió— para el 22 de febrero, porque recuerdo claramente mi primer encuentro con el Batallón Lincoln. Venían avanzando por la carretera a solo trescientos metros de las líneas fascistas, ocultas tras un lomo de la

ladera. [...] Eran unos quinientos o seiscientos hombres. [...] Se debían de haber imaginado que oirían el estruendo de la batalla mucho antes de llegar, pero en ese momento no había más que algún tiroteo disperso. No quiero ni pensar en lo que les habría pasado si hubieran seguido la curva de la carretera. Eran comandados por un tipo alto con gafas y aspecto de maestro de escuela, pertrechado con pistola, prismáticos y toda la parafernalia bélica. Se indignó mucho cuando bajé gritando la colina para advertirles de que se detuvieran.»[27](#)

Gurney más tarde oyó a otros estadounidenses que se referían al oficial alto que los mandaba como «el universitario». Se trataba de Bob Merriman.

Cuando Merriman llegó a España a comienzos de enero de 1937, al principio tuvo problemas para encontrar a alguien dispuesto a permitirle combatir. A diferencia de la mayoría de los voluntarios, había llegado solo, no en un grupo reclutado por el Partido Comunista de su país. Solo el 22 de enero, un mes antes de que Gurney lo viera en la carretera, se le permitió alistarse. «Añorante de Marion —escribió en su diario al día siguiente—, pero en general satisfecho.»

Incluso para la recelosa mirada de André Marty, Merriman tenía dos cosas a su favor. Una era que, a pesar de llegar solo, venía de Moscú. Un soldado estadounidense escuchó el rumor de que provenía de la Academia Militar Frunze, la academia de la élite soviética; otro se preguntaba si sería una personalidad del Partido, porque recibía telegramas desde la capital soviética (de hecho, eran de Marion). ¿Tal vez había sido enviado por el Kremlin para informar sobre los oficiales de la brigada? La otra cosa a favor de Merriman era que, a diferencia de casi todos los demás voluntarios estadounidenses, había recibido instrucción en el ROTC (Cuerpo de Entrenamiento de Oficiales de la Reserva) y era oficial en la reserva del ejército de Estados Unidos.

En la declaración biográfica que escribió para alistarse en las Brigadas Internacionales, Merriman exageró ambas cosas. Se ascendió a sí mismo a capitán en la reserva y declaró que había pasado un año en la «Academia Comunista»[28](#) de Moscú, lo cual causaba mayor impresión que los ocho meses que al parecer pasó en el Instituto de Economía.

Inmediatamente fue nombrado segundo jefe del Batallón Lincoln. El comandante, un veterano del ejército estadounidense que había llegado en el *Normandie*, era proclive a la bebida, a los monólogos incoherentes y a desaparecer en los momentos cruciales. Poco después, se le ordenó a



Merriman que lo sustituyera. Fue en esas primeras semanas cuando finalmente se afilió al Partido Comunista (de España).

En poco tiempo se ganó la admiración incluso de los que no eran militantes del Partido. «Merriman era querido y respetado por todo el mundo [...] uno de esos escasos hombres que irradian fortaleza e inspiran respeto con su presencia misma —recordaba el miembro del batallón Sándor Voros, a pesar de que cuando escribió esto ya se había convertido en un declarado anticomunista—. Era alto, ancho de espaldas y tenía una tez curtida y bronceada. [...] La fortaleza física del atleta combinada con los modales reservados del estudioso y la expresión introspectiva de su mirada encajaban perfectamente con su gran fuerza interior.»<sup>29</sup>

Mientras impartía la instrucción a los estadounidenses, Merriman les daba clases sobre lo que recordaba del ROTC: exploración, señalización, lectura de mapas (aunque carecieran de auténticos mapas), lanzamiento de granadas y excavación de trincheras. Les enseñaba cómo desmontar una ametralladora y algunos fusiles canadienses sin balas, con más de treinta años de antigüedad, que les habían dado para la instrucción.

La moral de la unidad era baja; las inacabables charlas políticas no eran un buen sustitutivo de la munición de verdad, tenían pocas mantas para las noches de invierno y algunos hombres empezaban a sentirse inquietos porque la gente de Marty les había confiscado los pasaportes «por razones de seguridad». Unas semanas antes, Pat Gurney, más avisado que aquellos recién llegados, había conseguido escamotear el suyo. Posteriormente, unos 580 voluntarios estadounidenses acabarían denunciando la «pérdida» de sus pasaportes al Departamento de Estado. Los soviéticos los querían para sus propios fines. El pasaporte de un voluntario canadiense, por ejemplo, lo utilizaría por el agente soviético que asesinó a León Trotski en México en 1940.

Para comer, les daban carne de mulo o de burro, «tan dura, que resultaba un verdadero desafío masticarla —escribió un voluntario—.<sup>30</sup> Era elástica como un viejo neumático y se contraía al intentar arrancarle un bocado. Había que masticarla y luego dejar que los jugos gástricos hicieran el resto». Las pequeñas rivalidades y tensiones que afectan a cualquier grupo que vive en un espacio reducido se veían exacerbadas por el hecho de que pocos de aquellos hombres habían estado bajo la disciplina militar, si bien muchos de ellos, como sindicalistas, tuvieran una gran experiencia en reivindicar



enérgicamente sus derechos. Por añadidura, las Brigadas Internacionales, siguiendo el modelo del Ejército Rojo, tenían una confusa estructura dual, pues, además de los oficiales al mando, en cada unidad y en cada nivel había también un comisario, cuya función era vigilar la moral y mantener a todo el mundo en el camino político correcto, llegando a veces incluso a prevalecer sobre el mando militar.

Por las noches, los estadounidenses que tenían la mirada puesta en el otro sexo, se sentían profundamente frustrados. Si una pareja salía a dar un paseo cogidos de la mano, los padres de la chica los seguían detrás. «La única ocasión en que recibas una foto mía con una señorita en la rodilla —escribió un hombre a casa—, [31](#) será porque en la otra estará sentada su madre.» Los médicos repartían condones, pero la mayoría de los soldados los utilizaban únicamente como bolsas de tabaco. Cuando el voluntario Harry Fisher invitó a una atractiva joven de unos dieciocho años al cine, toda su familia la acompañó y se sentó en las butacas de en medio. Otro soldado pensó que estaba de enhorabuena cuando conoció de la existencia de una organización de jóvenes mujeres anarquistas llamada Mujeres Libres, pero «pronto se puso de manifiesto que lo único que les interesaba era hablar de política».

Los estadounidenses descubrieron que los aldeanos daban por supuesto que su presencia se debía al presidente Roosevelt (que había dicho ser amigo de los pobres). ¿Cómo veían los españoles a aquellos extranjeros? Es arriesgado generalizar, pero muchos miembros de la brigada recordaban momentos entrañables. «Los campesinos españoles nunca habían visto a un negro antes —escribió Vaughn Love, nacido en Tennessee, que fue herido dos veces—, [32](#) y un día sucedió que me encontraba en la fuente pública, mientras un grupo de mujeres campesinas estaba cogiendo agua y cotilleando. Me rodearon y me examinaron detenidamente. Frotaron mi cara para ver si el color se iba. [...] Una me abrazó y dijo: “Los esclavos”. Me impresionó mucho cuando todas las mujeres me fueron abrazando por turnos.»

Los batallones solían estar compuestos por unos 500 hombres, y el Lincoln era uno de los cuatro que formaban la XV Brigada Internacional. En aquel momento, los tres restantes eran el malogrado batallón británico, uno franco-belga y otro formado mayoritariamente por europeos orientales. La República había lanzado al combate a todos los internacionales disponibles para defender la carretera Madrid-Valencia. Uno tras otro, los habían ido enviando al frente antes que el de los estadounidenses, quienes sabían muy poco de lo

malparado que había quedado el batallón británico.

Una tarde a última hora llegó un variopinto convoy de camiones con la estrella roja de tres puntas de las Brigadas Internacionales en los costados al cuartel de instrucción del Batallón Lincoln, reunieron a los hombres y se los llevaron a la plaza de toros de Albacete. Ya de noche, con la plaza iluminada por los faros de los camiones, Marty y otros altos mandos les dijeron que la defensa de la carretera era el mayor desafío al que se enfrentaba la República y que una vez más se necesitaba la ayuda de los internacionales para salvar Madrid. Intervinieron también oficiales británicos y franceses, los hombres gritaron el «¡No pasarán!» y luego, tras estrechar la mano de los soldados, los altos mandos se marcharon.

A los estadounidenses se les ordenó que descargaran unas cajas de madera de un camión de intendencia y, una vez desclavadas y abiertas, comprobaron que contenían fusiles Remington de cerrojo todavía con la grasa del embalaje, envueltos en periódicos mexicanos. Algunos eran tan antiguos que todavía llevaban el águila bicéfala de la Rusia zarista. A los hombres también se les repartieron unas bayonetas de cubo delgadas como estiletes, aunque muchos fusiles no tenían dónde encajarlas. Como no tenían con qué quitar la grasa, Merriman les dijo que se arrancaran tiras de tela de las camisas.

Los miembros del Lincoln no debían de sentirse muy confiados cuando se les ordenó subir a los camiones cubiertos de lona y traspasaron la enorme puerta de la plaza de toros, iluminada tan solo por una simple bombilla bamboleante, para adentrarse en la noche. Después de varias horas de frío y traqueteo por la carretera del frente, les permitieron bajar de los camiones para probar sus nuevos fusiles al fondo de una cantera (cinco cartuchos por fusil). Para muchos de ellos, muchachos de lugares de Brooklyn o Detroit que nunca habían cazado, fueron los primeros disparos de su vida. Y entonces se produjo el desastre. Como nadie tenía un mapa y el desorganizado ejército republicano no había señalado los cruces de carreteras, los dos primeros camiones del convoy, con más de una docena de voluntarios estadounidenses, al menos un canadiense, y todos los registros del batallón, se equivocaron de dirección y fueron a parar directamente a territorio nacional. De esos hombres nunca más se supo.

Los camiones restantes tomaron la desviación correcta y, cuando se detuvieron, se ordenó a los hombres que cavaran trincheras en el suelo rocoso. «Marion, querida, ¡te quiero! —garabateó Merriman en su diario en

un inusual arrebató sentimental—. Estoy dispuesto a morir por mis ideales, ¡solo vivo por ellos y por ti! Nos han ordenado entrar en acción.»<sup>33</sup> Después de pasar la noche cavando con las bayonetas y los cascos (todavía no tenían palas), al amanecer descubrieron que se encontraban bajo el fuego de las ametralladoras pesadas y la artillería, pues habían estado cavando en una posición peligrosamente expuesta sobre una cresta. El observador de artillería del batallón, Charles Edwards, asomó la cabeza para valorar la situación e inmediatamente cayó muerto por la bala de un francotirador que le atravesó el cráneo.

Fue después de que los miembros del Lincoln llevaran varios días más soportando el fuego enemigo cuando Pat Gurney se encontró con Merriman dirigiendo a sus tropas por una carretera hacia nuevas posiciones y nuevos contratiempos. Varios hombres no soportaron el estrés, entre ellos el segundo jefe de Merriman: «Steve Daduk perdió la cabeza y lo mandé a un sanatorio».<sup>34</sup> El 23 de febrero de 1937, el Lincoln realizó su primer ataque, avanzando entre olivares, pero ninguna de sus ocho ametralladoras funcionó. Veinte hombres resultaron muertos y más de 40, heridos. Llegó un grupo nuevo de unos 70 estadounidenses sin instrucción, algunos todavía con la ropa de civil y zapatillas deportivas Keds. Mientras el grupo cavaba trincheras, Merriman trató de reorganizar desesperadamente el batallón y poner orden en el caos logístico, ya que sus hombres estaban equipados con no menos de 17 tipos diferentes de armas de fuego. Para que se aclararan con el tipo de munición adecuado, fijó con cinta adhesiva en una tabla de madera muestras de los cartuchos, cada uno con su correspondiente etiqueta.

Y para colmo comenzó a nevar.

El 27 de febrero al amanecer, se repartieron por las trincheras hogazas de pan y jarras de café ya frío. Para consternación de Merriman, el Lincoln recibió la orden de volver a atacar. Pero el bombardeo de la artillería republicana que supuestamente debía debilitar las defensas nacionales había comenzado con tres horas de retraso y había errado el blanco. De los 20 aviones republicanos que debían apoyar el ataque, solo tres hicieron brevemente acto de presencia y las prometidas nuevas ametralladoras y vehículos blindados no se materializaron. Un batallón español que debía unirse al Lincoln para avanzar ambos en paralelo se encontró con un intenso fuego enemigo y retrocedió repentinamente. Y lo peor de todo, los artilleros nacionales tenían las trincheras del Lincoln directamente en su punto de mira.

«Machacaban los sacos terreros con un constante *staccato*», recordaba más tarde un voluntario. El torrente de balas «se esparcía en nuestra dirección con el pesado golpeteo de una máquina remachadora». [35](#)

A través de un teléfono de campaña, Merriman llamó al cuartel general de la brigada para quejarse porque el avance le parecía suicida. Le hizo callar a gritos el comandante de la brigada, un arrogante yugoslavo que le exigió que los americanos atacaran «a toda costa». Contra toda evidencia, el comandante insistió, hecho una furia, en que el batallón español se hallaba muy por delante de los estadounidenses y envió a dos oficiales en una motocicleta al puesto de Merriman para cerciorarse de que se cumplían sus órdenes. Sin duda, los cuatro hombres estaban al corriente de que dos meses antes, tras los reveses republicanos en otro frente, un encolerizado André Marty se había encargado de que, a un comandante del batallón francés que le pareció demasiado tímido, se le acusara de ser un espía, se le llevara ante un tribunal de guerra y fuera fusilado. Bob Merriman no solo se estaba enfrentando a la dura disciplina de la Internacional Comunista, donde cualquier disidente se arriesgaba a una acusación de espionaje, sino a la guerra misma, en la que los pelotones de fusilamiento eran práctica común en muchos ejércitos de la época. En la Primera Guerra Mundial, solo el ejército británico ejecutó a más de 300 soldados por desertión, cobardía ante el enemigo, abandono de las armas o desobediencia a las órdenes, y el francés fusiló más o menos al doble.

Ahora, en un mundo completamente diferente al de cuando era un simple estudiante de posgrado que recababa material para una tesis, Merriman sintió que no le quedaba otra opción. A regañadientes y angustiado, dio la orden de ataque al batallón y salió de la trinchera para dirigir a sus hombres en el avance.

En Moscú se estaba celebrando la segunda ronda de juicios públicos, incrementándose las acusaciones descabelladas sobre la complicidad de altos cargos del Partido con Trotski, Alemania o Japón. En sus memorias, Marion Merriman solo menciona los «alarmantes rumores» [36](#) que recorrían la ciudad y comenta que «la mayoría de los rusos evitan cualquier conversación que pueda derivar en temas políticos». Su mayor preocupación era por Bob en España.

Mientras estuvo en la instrucción, Marion recibía cartas esporádicamente en

las que le hablaba de la pobreza del país, de la hospitalidad que recibían los voluntarios y de lo mucho que la echaba de menos. Solo en una ocasión hizo mención a temas políticos, haciéndose eco obedientemente de la línea del Partido respecto a la necesaria lentitud del cambio político. Y «entonces — escribió más tarde Marion— llegó la demoledora noticia».<sup>37</sup> Era un telegrama de tres palabras: «Herido. Ven enseguida».

## FUSILES DE 1860

A finales de los años treinta, el país que tenía más variedad de armas en el mundo era la Unión Soviética. De las nuevas cadenas de producción estaban empezando a salir armas modernas, pero un enorme surtido de pertrechos anticuados llenaban los arsenales y almacenes repartidos por el vasto país. Algunas eran restos de la Rusia prerrevolucionaria, otras eran armas que el ejército zarista había capturado al aún más decrepito ejército austrohúngaro en los primeros días de la Primera Guerra Mundial, y también estaban las armas abandonadas por las derrotadas fuerzas blancas durante la guerra civil de 1918-1921, facilitadas por Estados Unidos, Gran Bretaña, Canadá, Francia, Italia, Japón y otra media docena de países más.

Los propagandistas de Franco hacían mucho hincapié en el hecho de que Stalin estuviera enviando armas a la República. Pero lo que los nacionales no sabían era que algunas de aquellas famosas armas eran casi inservibles. Solo cuando Moscú abrió sus archivos más de medio siglo más tarde, el historiador británico Gerald Howson descubrió los pormenores de aquellos primeros envíos.

Equipar a un ejército es mucho más fácil, claro está, cuando se usan los mismos modelos de fusil, ametralladora y artillería, con sus correspondientes municiones. Pero lo que se estuvo descargando con tanta expectación de los barcos soviéticos en España a finales de 1936 y principios de 1937 incluía lanzagranadas alemanes que habían quedado obsoletos 20 años atrás y un surtido de toscos fusiles de un solo tiro con una antigüedad de más de 60 años. De los 9.000 Winchester estadounidenses, algunos habían salido de la fábrica de la empresa en Connecticut durante la década de 1860. La mayoría de los 13.000 fusiles italianos, que al parecer les habían arrebatado los rusos a los turcos en una guerra de 1877, disparaban un proyectil de calibre 11 mm. Algunos de otro cargamento de 11.000 fusiles, también de 11 mm, de procedencia francesa y austríaca usaban balas que no eran

intercambiables con las de los italianos. Además, la munición de ese calibre se había dejado de fabricar veinte años atrás, por lo que, una vez agotados los escasos suministros que acompañaban a los fusiles, estos resultaban totalmente inútiles.

El armamento pesado no era mucho mejor. Otro popurrí multinacional elegido, como escribió el Comisario del Pueblo para la Defensa soviético Kliment Voroshílov a Stalin, «para librarnos de una vez por todas de la artillería de fabricación extranjera (inglesa, francesa y japonesa)». <sup>1</sup> Los españoles apodaron a una batería de la época zarista «la batería de Catalina la Grande».

Entre las ametralladoras, había 300 Saint-Étiennes francesas de 1907, cuyo tirador se sentaba en una especie de sillín de bicicleta. Un grupo de internacionales, al desembalar el primer envío de estas armas, quedó desconcertado. Recordaba un voluntario británico: «Nos mirábamos los unos a los otros estupefactos. [...] Había hombres que habían estado en media docena de guerras, en media docena de ejércitos [...] pero ninguno de ellos había visto jamás una ametralladora ni remotamente parecida a aquella.

»Era una máquina de lo más extraordinaria, maravillosamente fabricada, demencialmente complicada, con un cerrojo (cuyo funcionamiento nunca llegamos a entender del todo) que funcionaba por un sistema de engranajes y piezas deslizantes con la complejidad de uno de esos antiguos relojes cuyo mecanismo indica también el día del mes y las fases de la luna. Pero lo que más nos preocupaba era su peso». <sup>2</sup> Con el asiento y el trípode, cada una pesaba más de 54 kilos. Además, se encasquillaba constantemente (una de las razones por las que el ejército francés las retiró en 1914).

No es extraño, pues, que Bob Merriman se sintiera frustrado con la apabullante variedad de municiones con las que sus hombres tenían que bregar en el Jarama. Un inventario de después de acabada la guerra <sup>3</sup> contabilizó entre el armamento republicano 49 tipos diferentes de fusiles, 41 de ametralladoras y la asombrosa cifra de 60 variedades de piezas artilleras. Una vez que los arsenales soviéticos fueron despejados de todas esas antiguallas, la calidad del armamento enviado a España mejoró y los tanques y aviones soviéticos de último modelo resultaron una parte esencial del abigarrado arsenal republicano. Sin embargo, en los primeros meses el apoyo soviético fue menor del que parecía, a pesar de que los españoles pagaron un elevadísimo precio: enviaron a Rusia alrededor de las tres cuartas



partes de las enormes reservas de oro de la República.

El gobierno prácticamente no tuvo elección. Los soviéticos eran la única gran potencia dispuesta a venderle armas y además existía el riesgo de que el oro cayera en manos, no solo de los nacionales, sino también de los anarquistas, experimentados ladrones de bancos. De hecho, en un momento dado, a finales de 1936, estos últimos planearon un asalto al Banco de España, aunque luego desecharon la idea.<sup>4</sup> Tampoco hubiera estado a buen recaudo almacenado en Gran Bretaña o en Francia, cuyos gobiernos podrían haberlo congelado (por la presión de la derecha francesa, el Banco de Francia es lo que hizo durante un tiempo con algunas reservas de oro republicano que tenía en depósito).

Los soviéticos consideraban el oro como una cuenta de la que se iban detrayendo el coste de las armas a medida que se enviaban a España. Escondido en cajas de munición de madera, el oro se trasladó primero a los sótanos estrechamente vigilados de una base naval en el puerto de Cartagena. «Esto es la artillería pesada de la República —les dijeron a los soldados—. <sup>5</sup> Trátadla con cuidado.» En tres noches de octubre de 1936, mientras los bombarderos de Hitler atacaban la ciudad a oscuras, se trasladó el oro en camiones hasta los muelles, donde fue embarcado en cuatro pequeños cargueros soviéticos rumbo a Odesa. Posteriormente, bajo la vigilancia de la policía secreta, el tesoro fue transportado a Moscú en vagones de carga. Además de las cajas de lingotes, la forma habitual en la que los bancos nacionales almacenan el oro, se trasladaron también miles de sacas cerradas con cuerda que contenían una cantidad estimada de 60 millones de monedas (francos, dólares, marcos, liras, florines, pesos, escudos, pesetas, entre otras) que el gobierno español había ido acumulando durante siglos. Utilizando una antigua expresión rusa, Stalin le comentó a su círculo que los españoles no volverían a ver su oro «igual que no pueden ver sus orejas». <sup>6</sup> Ciertamente, no lo volvieron a ver, pero, sin las armas que llegaron a cambio, el ejército republicano probablemente habría sido derrotado a finales de 1936.

No siempre el anticuado armamento llegaba directamente de los arsenales soviéticos. Gran parte fue comprado en países <sup>7</sup> que abarcaban desde Bolivia y Paraguay hasta Estonia y Polonia, donde los traficantes compraron algunas de las existencias de viejas armas soviéticas para aprovechar al máximo la urgente necesidad de armamento de la República. Incluso en las mejores circunstancias, la compra de armas no es un comercio para aficionados, como

claramente lo eran los representantes republicanos. Los estafadores se aprovecharon de la situación. Una de las tácticas favoritas de los comerciantes del mercado negro de armas era subir repentinamente el precio, alegando que la oferta republicana por un cargamento de armas había sido superada por otra hecha por un agente de Franco. Los astutos traficantes también enfrentaban a las distintas facciones políticas entre sí o desprestigiaban a un duro comprador republicano de armas en Copenhague o Bruselas filtrando a la persona adecuada en Madrid que dicho comprador no era de fiar. Muchas de las armas pagadas por la República nunca se llegaron a entregar. Los cazas llegaban sin ametralladoras y las piezas de artillería sin cerrojo. Los funcionarios de aduanas retardaban el embarque y pedían sobornos o gastos de almacenamiento, y algunos países exigían grandes sumas por las licencias de exportación y misteriosos gastos de tránsito se añadían a la factura. Así las cosas, encima poca ayuda se podía esperar de la mayor potencia industrial del mundo, Estados Unidos.

El deseo del presidente Roosevelt de mantenerse al margen de la guerra de España estaba haciendo cada vez más difícil para los estadounidenses la entrada en el país, como descubrió una asustada Marion Merriman. En su camino hacia España, solicitó ayuda a un amigo del consulado estadounidense en París. Este inmediatamente la sacó del edificio, fuera del alcance de los oídos de sus colegas, y le dijo: «Si veo tu pasaporte, tendré que ponerle un sello que diga “No válido para viajar a España”». [8](#) Ese era el sistema del gobierno estadounidense para desanimar a los voluntarios del Batallón Lincoln. El Departamento de Estado solo contemplaba excepciones para periodistas, personal médico y humanitario, y algunas personalidades.

Marion fue primero a Valencia, donde Milly Bennett había encontrado trabajo en la oficina de información del gobierno republicano. Sobre Bob, Bennett le dijo: «Está en el Hospital Internacional de Murcia». [9](#)

A una joven inglesa, Kate Mangan, que trabajaba con Bennett, Marion le dijo: «Haré todo lo que esté en mi mano para sacar a Bob de España y de todo este asunto. Pero lo malo es que cree en la causa». [10](#) Marion, recordaría más tarde Mangan, «parecía tan joven, tan de otro mundo; todavía creía en una felicidad humana que todos nosotros habíamos olvidado». En Valencia, Marion encontró una avalancha de ansiosos telegramas de casa, después de que los periódicos estadounidenses informaran de que Bob había resultado

herido y muchos voluntarios del Lincoln, muertos.

Lo encontró en Murcia. Estaba «vendado desde el hombro izquierdo hasta la cintura, con el antebrazo izquierdo inmovilizado en ángulo recto justo por encima de la hebilla del cinturón. Al carecer de escayola [ligera], los médicos se habían visto obligados a inmovilizarle el hombro herido, roto en cinco partes por el impacto de una bala, con yeso normal de construcción». <sup>11</sup> En su diario, normalmente un lacónico recuento de reuniones políticas y militares, Bob escribió: «Ha llegado Marion [...] un sueño pasearme con ella». <sup>12</sup>

Bob era «tan grande como un armario y tan fuerte como un buey — recordaba Bennett, que también lo visitaba—, pero no podía estar de pie más de 15 minutos con el brazo vendado. El peso de la escayola [...] lo agotaba». <sup>13</sup> Los médicos le aseguraron que se recuperaría completamente, pero que desde luego llevaría su tiempo.

Marion se ofreció a trabajar en el hospital y pronto se puso a escribir cartas para casa de los voluntarios estadounidenses que no podían sujetar el lápiz. «Incluso me sentaba a la cabecera de un voluntario inglés con dos vértebras fracturadas que estaba decidido a levantarse de la cama y caminar.» <sup>14</sup> Las medicinas escaseaban. «Teníamos aspirinas, pero poco más.»

Bob le contó la historia de la desastrosa mañana en el valle del Jarama cuando lo hirieron, una batalla que estaba volviendo a revivir desde el hospital en furiosos informes <sup>15</sup> al cuartel general de la XV Brigada Internacional. Después de que el jefe yugoslavo de la brigada, el coronel Vladimir Čopić, le gritara y amenazara por el teléfono de campaña, se había visto obligado a dar la orden a sus hombres de salir de la trinchera para el maldito ataque y lo hirieron al cabo de pocos pasos.

Otros trataron de seguir adelante a través de un olivar, pero el fuego de artillería era tan intenso que algunos hombres se arrojaron al suelo para protegerse, amontonando frenéticamente la tierra que la nieve y la lluvia habían convertido en barro. Poco después, las granadas de mortero comenzaron a caerles encima. Cuando a Merriman se lo llevaron a la retaguardia, las cosas no hicieron más que empeorar. Los camilleros holandeses fueron alcanzados por el fuego enemigo mientras intentaban retirar a los heridos. Un teniente británico, que asumió provisionalmente el mando, agravó aún más las cosas al amenazar a los renuentes estadounidenses con su revólver. Primero inició un nuevo ataque y luego ordenó a los acorralados hombres que retrocedieran a las trincheras cuando

todavía había luz. Los que cumplieron la orden se vieron fatalmente expuestos a las ametralladoras nacionales.

En medio de aquel caos, resulta confuso saber cuántos voluntarios del Batallón Lincoln murieron. Como resultaba imposible cavar tumbas en el suelo pedregoso y helado, muchos cuerpos fueron incinerados en una pira y los restos depositados bajo un monumento funerario hecho con piedras, tierra y cascos. Las estimaciones varían, pero uno de los cálculos cifra las bajas en 120 muertos<sup>16</sup> y 175 heridos. No se logró ningún avance sobre el terreno y, en cualquier caso, el ataque resultó innecesario, pues el intento de los nacionales de cortar la carretera Madrid-Valencia ya se había estancado.

En medio del desastre, un Merriman herido estaba decidido «a tenérmelas con Cópíć»,<sup>17</sup> como escribiría más tarde en su diario. Pero al llevarlo los camilleros al cuartel general de la brigada, Cópíć, una especie de dandi con botas brillantes, pistola, prismáticos y caja de mapas de piel, se negó a hablar con él. De allí, Merriman fue trasladado hasta un puesto de socorro. «Era una carnicería —anotó más tarde—. La gente moría en las camillas amontonadas en el patio.» Escaseaban los analgésicos. Con el brazo entablillado, estuvo tres horas y media dando tumbos en el suelo de una ambulancia, que se había perdido, antes de que finalmente lo dejaran en un hospital de campaña estadounidense puesto en funcionamiento pocos días antes.

Además de soldados, el Partido Comunista también había estado reclutando personal médico voluntario. El doctor Edward Barsky y su equipo de 17 miembros habían llegado a España solo unas pocas semanas antes. Este apasionado cirujano, fumador empedernido y con un fino bigote, provenía del hospital Beth Israel de Nueva York. Era famoso por su calma estoica y su desbordante energía a pesar del constante dolor que le producía una úlcera de estómago. Al comenzar la batalla del Jarama, recibió una orden que decía: «Preparad un hospital de primera línea de cien camas y tenedlo listo para recibir pacientes en cuarenta y ocho horas».<sup>18</sup> Los médicos y las enfermeras se hicieron con una escuela y, al ponerse a abrir las cajas de instrumental médico que habían traído consigo, se alarmaron al comprobar que una docena de ellas habían desaparecido por el camino, probablemente robadas por otras unidades de algún ejército desesperadamente escaso de suministros. Pero no se podía hacer nada.

Los estudiantes y los maestros sacaron los pupitres, los libros y las pizarras, mientras Barsky movilizaba frenéticamente a los artesanos locales para que

derribaran una pared y construyeran camas con la madera que encontraran a mano. La gente del pueblo rellenó con cestos de tierra y piedras los baches de la carretera para hacerles a los heridos el viaje menos incómodo. No había teléfono, ni agua corriente, ni cocina, ni retretes. «No pusimos la cruz roja en el tejado porque eso podía provocar que nos masacrasen —escribió una enfermera—, [19](#) como ya había pasado en Madrid, donde los hospitales habían sido bombardeados por aviones alemanes.» Por la misma razón, los conductores de ambulancias ocultaron con pintura la cruz roja de sus vehículos.

El equipo médico llevaba dos días y una noche en vela preparando el lugar cuando llegaron los primeros heridos. «Dentro del camión había colchones sobre los que yacían veinticinco heridos —recordaba un farmacéutico—. [20](#) Dos de ellos ya estaban muertos; otros varios, muy mal, y el resto sufrían un dolor insoportable debido a las fracturas y al viaje traqueteante por la tortuosa carretera.» Poco después llegaron otros seis camiones y rápidamente los heridos ocuparon todas las camas, a veces dos en cada una, luego colchones en el suelo y finalmente las camillas en el patio.

Un día más tarde, 200 hombres —estadounidenses, franceses, alemanes y españoles— abarrotaban un hospital equipado para 75 plazas. Durante 40 horas, los cirujanos y las enfermeras trabajaron sin parar. Algunos hombres estaban en estado de shock y para mantenerlos calientes, ya que el edificio no tenía calefacción, las enfermeras ponían pequeños braseros bajo las camas o las camillas. Una noche gélida, falló la precaria instalación eléctrica y el doctor Barsky tuvo que acabar de extirpar un riñón destrozado a la luz de las linternas. «Sostener el instrumental hacía que te doliera la mano como si estuvieras cogiendo hielo», recordaría más tarde.

«Los heridos no paraban de llegar de día y de noche. [...] Mientras operaba solía apoyarme primero sobre un pie y luego sobre el otro para mantenerme caliente —recordaba la enfermera Anne Taft—. [21](#) El instrumental estaba tan frío que se me pegaba a las manos. [...] Se podía ver el vaho elevándose del abdomen y de otras heridas de los pacientes.» El equipo médico había cruzado el Atlántico en el mismo barco que algunos voluntarios del Lincoln. Otra enfermera, Lini Fuhr, recordaba: «Corté la ropa de muchachos con los que había estado bailando en el viaje hacia España».

Las amargas recriminaciones por el ataque continuaron mucho después de que Merriman fuera trasladado desde el hospital de Barsky a Murcia para

hacer la convalecencia. Algunos soldados le echaban la culpa a él; otros, al incompetente teniente británico que tomó el mando más tarde aquel día. Merriman acusaba a Čopić, y este, a su superior, un desagradable general húngaro. El general trató de maquillar las cosas, declarando a un periodista que a algunos de los estadounidenses muertos los encontraron todavía con el puño cerrado saludando al estilo del Frente Popular.

Los integrantes del Lincoln se volvieron hoscos y suspicaces, y algunos desertaron. Un gran grupo de furiosos supervivientes, poniendo de manifiesto su pasado sindicalista, tras dejar centinelas en las trincheras, se dirigieron hacia la retaguardia para pedir ver al comisario de la XV Brigada. Era más una marcha de protesta que un motín, pues una de sus reivindicaciones era hacer varias semanas de instrucción con oficiales con auténtica experiencia militar. Los mandos europeos de la brigada y sus asesores soviéticos, no acostumbrados a ese tipo de insolencias, estaban horrorizados. El resentimiento persistió durante meses. Un superviviente americano le dijo a un corresponsal de prensa visitante: «Puede contar que el batallón recibió el nombre de Abraham Lincoln porque a él también lo asesinaron».<sup>22</sup>

Pero ¿cómo era ser soldado del otro bando en el Jarama? El inglés también era la legua materna de uno de ellos, porque el ejército de Franco también tuvo sus voluntarios extranjeros. Peter Kemp, británico, de veintitrés años, llegó al frente unos diez días antes de que hirieran a Merriman. Kemp, ferviente monárquico y anticomunista, aunque también admitía «un cierto placer por la aventura»,<sup>23</sup> acababa de licenciarse en Cambridge. Con un padre juez retirado del Tribunal Superior de Bombay, procedía de un mundo de casas de campo inglesas, colegios privados, amigos aristócratas y grandeza colonial. Aunque hablaba poco español, se encontró con varios nobles franquistas y otras autoridades relacionadas con gente que él conocía, y fue gracias a esos contactos como consiguió que lo nombraran oficial.

El ejército nacional, descubrió Kemp, tenía una estricta jerarquía de clases. Como a los demás oficiales, le asignaron un ordenanza que le traía la comida y se encargaba de arreglar su alojamiento. Cuando su unidad era trasladada en tren a una nueva posición, los oficiales viajaban en primera clase, compartiendo un departamento entre cinco, los suboficiales iban en segunda, mientras que el grueso de la tropa lo hacía en vagones de ganado, a pesar del frío invernal.

En todas las unidades del ejército nacional había sacerdotes. Para regocijo de Kemp, uno de ellos se quedó «escandalizado cuando una vez le dije que el clero de la Iglesia de Inglaterra podía casarse».<sup>24</sup> En su primer día en el Jarama conoció al capellán de su compañía, «un navarro delgado, de expresión severa, con una mirada fanática tras las gafas. [...] Era el hombre más temerario y sanguinario que conocí en España. [...] “Hola, don Pedro — me espetó—. Así que ha venido a matar a unos cuantos rojos. Mis felicitaciones. Dé por seguro que matará a muchos.” La borla púrpura de su boina se balanceaba a la luz de las velas».

Al día siguiente, una columna de tanques nacionales obligó a las tropas republicanas a retirarse en desbandada. «Sabía que el padre Vicente se hallaba detrás de mí [...] empeñado en comprobar que no dejábamos que el enemigo en retirada escapara impune. No paraba de señalarme objetivos, instándome a gritos que los abatiera. [...] Apenas podía contenerse y arrebatarme el fusil. [...] Cuando algún desdichado miliciano salía de su escondite huyendo desesperadamente para salvarse, oía la voz del buen padre gritando frenéticamente: “No lo deje escapar. ¡Que no se escape! ¡Dispare, vamos, dispare! ¡Un poco a la izquierda! ¡Se lo merecía!”», decía mientras el pobre desgraciado caía y agonizaba entre espasmos.»

En un combate posterior, el padre Vicente, de hecho, «dirigió una de las secciones de asalto montado en un caballo blanco y tocado con su boina roja con la borla púrpura».

A pesar de las borlas púrpuras, el ejército nacional en el que combatía Kemp estaba bien abastecido de armamento moderno. En el transcurso de la guerra, solo Alemania enviaría a Franco baterías antiaéreas, que sirvieron para neutralizar a la fuerza aérea republicana, la más avanzada artillería de campaña, unos 200 tanques y más de 600 aviones de combate. La mayor parte de ese equipamiento se componía de los últimos modelos, ya que la Wehrmacht deseaba probarlos en el campo de batalla. En total, un efectivo de 19.000 alemanes,<sup>25</sup> entre tropas, aviadores, instructores y asesores, combatió en España o participó en la instrucción de miles de oficiales y suboficiales nacionales.

El destacamento más importante era el de la Legión Cóndor, una unidad de élite alemana, con uniformes caqui, permanentemente abastecida con entre 99 y 132 cazas, bombarderos y aviones de reconocimiento de última generación. A menudo los españoles que hacían con ellos cursos de



instrucción participaban en las misiones de la legión, de modo que esos aviones, cuando llegaban modelos aún más modernos, se les entregaban a los nacionales. Durante gran parte de la guerra, el jefe de la unidad se reunió con Franco varias veces por semana. Los nacionales trataban a los pilotos de la Legión Cóndor como auténticas personalidades; pusieron un hotel entero a su disposición en Sevilla, les organizaban cacerías y excursiones de compras al Marruecos Español y tenían burdeles exclusivos controlados por médicos. En uno de estos burdeles, situado en una villa, las prostitutas recibían a los oficiales alemanes en habitaciones azules y a los soldados, en cubículos verdes.

Entre los muchos aviadores alemanes que refinaron sus habilidades en la Legión Cóndor estaba Werner Mölders, que derribó 14 aviones republicanos en España y que, pocos años más tarde, en los cielos de Francia, Inglaterra y Rusia, se convertiría en el primer piloto de la Luftwaffe en derribar 100 aparatos. El carismático Adolf Galland, otro piloto que llegaría a acumular más de 100 victorias y que sucedió a Mölders al frente del escuadrón, pasó varios meses en España pilotando un caza Heinkel He-51 y volando en bañador a causa del calor. Otros 27 alemanes que se convertirían en ases de la aviación durante la larga guerra que se avecinaba recibieron su prueba de fuego en los cielos españoles. Los veteranos de la Legión Cóndor también entrenaron a numerosas tripulaciones de bombarderos que más tarde participarían en la guerra relámpago contra Polonia.

Los aviones de Mussolini eran menos avanzados, pero hasta el final de la guerra el dictador enviaría a los nacionales 762 aparatos,<sup>26</sup> así como 1.801 piezas de artillería, al menos 149 tanques, 223.784 fusiles, 3.436 ametralladoras y una gran cantidad de bombas y municiones. Cerca de 80.000 soldados italianos acabarían luchando con Franco. No es de extrañar, pues, que Louis Fischer, en un artículo del 27 de marzo de 1937, varios años antes de que periódicos de todo el mundo comenzaran a sacar provecho de la expresión, hablara ya de la «segunda guerra mundial» que estaba por llegar.

Con Franco todavía tratando denodadamente de rodear Madrid, muchos otros sectores del frente estaban relativamente tranquilos. Fue en uno de ellos, a unos 220 kilómetros al noroeste de Barcelona, en una zona montañosa y empobrecida de Aragón, donde fueron enviados George Orwell y sus jóvenes

compañeros españoles de una unidad de la milicia del POUM. Cuando se distribuyeron los fusiles, Orwell quedó consternado. El suyo «estaba oxidado, tenía la guarnición de madera rajada, el cerrojo trabado y el cañón corroído e inutilizable. [...] El más eficaz de los fusiles, de solo diez años de antigüedad, se le entregó a una bestezuela de quince años».<sup>27</sup> La ironía era que, a diferencia de sus compañeros milicianos, él sí sabía algo de armas de fuego, no en vano había pasado cerca de cinco años en la policía colonial de Birmania.

El jefe de su unidad era belga y el médico, neoyorquino, pero el impaciente Orwell, que llegó unas pocas semanas antes que un grupo de varias decenas de voluntarios procedentes de Inglaterra, estuvo al principio en una unidad en la que prácticamente todos sus compañeros eran españoles. En una fotografía de grupo, el escritor les saca una cabeza a los jóvenes reclutas que lo rodean.

«Resulta difícil concebir un grupo más desastroso de gente. Nos arrastrábamos por el camino con mucha menos cohesión que una manada de ovejas. [...] La mitad de esos llamados *hombres* eran criaturas, realmente criaturas, de dieciséis años como máximo. [...] Parecía increíble que los defensores de la República fueran esa turba de chicos zarrapastrosos, armados con fusiles antiquísimos que no sabían usar. Recuerdo haberme preguntado si, de pasar un aeroplano fascista por el lugar, el piloto se habría molestado siquiera en descender y disparar su ametralladora. Sin duda, desde el aire podría haberse dado cuenta de que estábamos lejos de ser verdaderos soldados.»

Orwell impresionó a sus camaradas aprendiendo un poco de catalán y siguió siendo un agudo observador de todo lo que pasaba a su alrededor, apuntando sus impresiones en un diario. («Siempre estaba escribiendo —recordaba un irlandés que entró a formar parte de su unidad—. Durante el día solía sentarse fuera del refugio a escribir y por las noches lo hacía a la luz de las velas.»)<sup>28</sup> Sus experiencias del mundo habían sido curiosamente variadas. Un apasionado y comprometido radicalismo político lo había llevado a España, pero la mayor parte de su vida la había pasado entre las clases altas (una profunda conciencia jerárquica, educación en Eton, antes en otro internado exclusivo y luego en la policía colonial). Lo que le fascinaba era ver cómo las milicias anarquistas y del POUM estaban intentando crear un ejército igualitario, algo que la mayoría de la gente habría considerado un oxímoron.

Todos, desde el general hasta el recluta, recibían la misma paga, comían la misma comida, llevaban la misma ropa y se trataban en términos de completa igualdad. Si a uno se le ocurría palmear al general que comandaba la división y pedirle un cigarrillo, podía hacerlo y a nadie le resultaba extraño. [...] Se daba por sentado que las órdenes debían obedecerse, pero también que una orden se daba de camarada a camarada y no de superior a inferior. Había oficiales y suboficiales, pero no un escalafón militar en el sentido usual; no había ni distintivos ni galones, ni taconazos ni saludos reglamentarios. Dentro de las milicias se intentó crear una especie de modelo provisional de la sociedad sin clases.

No obstante, admito que, a primera vista, el estado de cosas en el frente me horrorizó. ¿Cómo demonios podía ganar la guerra un ejército así? [...] [Pero] un ejército mecanizado moderno no brota de la tierra, y, si el gobierno hubiera esperado hasta contar con tropas adiestradas, Franco nunca habría encontrado resistencia. [...] La disciplina de incluso las peores levadas de la milicia mejoró notablemente a medida que transcurría el tiempo. En enero, la tarea de dirigir una docena de reclutas novatos casi me hizo encanecer. En mayo, actué durante un breve período como teniente, al mando de unos treinta hombres, ingleses y españoles. Todos habíamos estado en el frente durante meses, y nunca tuve la más mínima dificultad para conseguir que obedecieran una orden o se ofrecieran voluntariamente para una misión peligrosa.<sup>29</sup>

Tal vez eso fuera cierto para Orwell, pero muchos oficiales de unidades anarquistas y del POUM tuvieron problemas para que se obedecieran sus órdenes, ya fuera con o sin debate.<sup>30</sup>

Quizá su unidad del POUM estuviera tratando de ser un microcosmos de una sociedad sin clases, pero sus condiciones de vida eran mucho menos utópicas. La vida cotidiana en las trincheras tenía más que ver con piojos y «olor a orines y a pan podrido, al sabor metálico de los potajes de judías engullidos apresuradamente en escudillas sucias».<sup>31</sup> Faltaban suministros esenciales, desde linternas hasta catalejos, y Orwell tenía que engrasar su fusil con aceite de oliva, grasa de cerdo, crema hidratante o vaselina. Había tan poca agua que se tenía que afeitar con vino. «Había cesado el reparto de velas y los fósforos escaseaban. Los españoles nos enseñaron a hacer lámparas de aceite de oliva con una lata de leche condensada, un trozo de cartucho y un pedazo de trapo [...] estos objetos ardían con una llama vacilante, de una potencia equivalente a un cuarto de vela, que apenas alcanzaba para encontrar el fusil.»

Después de pasar varios meses en el frente, finalmente participó en su primer ataque, un asalto nocturno a una posición nacional. Para entonces, la milicia del POUM incluía a 600 extranjeros de 14 países distintos. Entre los

hombres que participaron en el asalto había alemanes, además de los españoles y británicos de su propia unidad. «El mejor de todos» era Bob Smillie, nieto de un famoso líder obrero escocés, un estudiante universitario de Glasgow que entretenía a sus compañeros con cadenciosas baladas escocesas.

La vívida descripción del ataque que hace Orwell evoca el terror del penoso avance a través de embarrizados campos de remolacha y el vadeo de una acequia de riego «con el agua hasta la cintura y el barro maloliente y resbaladizo que penetraba por la caña de las botas»;<sup>32</sup> rodeado de compañeros a los que apenas podías ver en la oscuridad, «un racimo de formas encorvadas como enormes hongos negros deslizándose lentamente». Temía que el chapoteo de sus pies en el barro alertara al enemigo de su presencia. Los 30 hombres solo tenían unas cizallas para cortar la alambrada de los nacionales. ¿Los oiría el enemigo al cortarla? De repente empezaron a lanzarles granadas y a disparar en la oscuridad: «Cada tronera parecía escupir chorros de fuego. Siempre es horrible estar bajo el fuego en la oscuridad, donde cada fogonazo parece apuntar directamente hacia uno». El asalto del POUM tuvo éxito al irrumpir en la trinchera nacionalista, matar a algunos defensores y obligar al resto a huir.

«Recuerdo haber sentido un profundo horror ante todo aquello: la confusión, la oscuridad, el ruido, el barro, los problemas con los sacos que reventaban, y todo el tiempo estorbado por el fusil, que no me atrevía a dejar en ninguna parte por temor a perderlo. [...] Bob Smillie, con la sangre chorreándole por la cara debido a una pequeña herida, se puso de rodillas y arrojó una granada.» En medio del combate, algunos voluntarios alemanes llegaron corriendo por la trinchera enemiga que también habían alcanzado desde otro punto. Pero no hablaban ni inglés, ni español y solo podían comunicarse con Orwell y sus camaradas en un frenético lenguaje de signos.

El botín del asalto fue una caja de munición, otra de granadas de mano y algunos fusiles, todo lo cual había que llevarlo de vuelta hasta las trincheras del POUM a través del barro y bajo el fuego enemigo. No obstante, para un ejército con escasez de armas, se trataba de un valioso trofeo.

Lejos, en el sur, en el hospital de Murcia, Bob Merriman logró que Marion se trasladara a su habitación mientras se recuperaba, un auténtico lujo disfrutado por pocos soldados heridos en aquella o en cualquier otra guerra. Luego, todavía agobiado por la escayola que le cubría el hombro y el brazo,

volvió al servicio para instruir a los nuevos voluntarios estadounidenses. Ella lo acompañó a visitar Madrid, donde sufrieron los bombardeos, y a las trincheras del Jarama. Cuando se convenció de que estaba decidido a reincorporarse al frente en cuanto estuviera recuperado y que no había ninguna posibilidad de que abandonaran juntos el país tal como ella habría deseado, Marion decidió quedarse. «Habría hecho cualquier cosa para quedarme junto a Bob, así que me alisté, se publicó mi nombramiento oficial y me convertí en cabo. [...] Inmediatamente encontré a una costurera que me hizo un uniforme con falda pantalón en lana caqui, el mismo tejido que se usaba para los uniformes masculinos.»<sup>33</sup> Como ella, a diferencia de la mayoría de los voluntarios, hablaba un poco de español, al poco tiempo estaba trabajando en las oficinas del cuartel general de la Brigadas Internacionales en Albacete, con un sueldo de seis pesetas diarias, y allí era la única norteamericana.

## A TRAVÉS DE LAS MONTAÑAS

Cuando en la primavera de 1937 el transatlántico *President Harding* se aproximaba al puerto de Le Havre, la lancha del práctico de puerto que salió a recibirlo llevaba a bordo a un funcionario consular estadounidense. Este pidió a la treintena de voluntarios del Batallón Lincoln que se hallaban entre el pasaje que se reunieran en el salón del buque. «El gobierno conoce sus intenciones —les advirtió—,<sup>1</sup> y es mi deber informarles de que están cometiendo un grave error. Si se enrolan en las fuerzas armadas de otro país, perderán su nacionalidad estadounidense.» Esto último no era cierto del todo, aunque a propuesta del secretario de Estado se estaba debatiendo dicha medida en el Congreso. El cónsul añadió: «El gobierno estadounidense ha dispuesto generosamente pagarles el viaje de vuelta a Nueva York». Ninguno aceptó la propuesta.

Aunque para la primera oleada de estadounidenses había sido fácil llegar a España, en marzo de 1937 apareció un gran obstáculo cuando, por las presiones de un gobierno británico trufado de simpatizantes de Franco, Francia cerró su frontera a cualquier tipo de ayuda militar para el país. Los pasos fronterizos fueron equipados con ametralladoras y reflectores, y guardias armados con perros comenzaron a patrullar la línea divisoria. A partir de ese momento, para prácticamente todos los voluntarios de las Brigadas Internacionales que trataban de alcanzar España aquello significaba una larga y ardua travesía clandestina, guiados por contrabandistas vascos, por una red siempre cambiante de senderos nevados que cruzaban los Pirineos.

En la mayor parte de la extensión de esta cadena montañosa, solo unos pocos pasos permiten al viajero cruzar de un país al otro por debajo de los 2.000 metros. La travesía de este territorio prohibido, surcado por glaciares (y por las pistas de esquí actuales), convertía en prácticamente seguro que algunos de los voluntarios estadounidenses morirían antes incluso

de alcanzar la zona de guerra.

Cuando Sándor Voros, un estadounidense de Ohio de origen húngaro, cruzó las montañas aquella primavera, su grupo comenzó la marcha al anochecer por un tortuoso sendero muy por encima del límite del bosque. En un momento determinado, «el guía se detuvo súbitamente y levantó el bastón. Todos nos paramos. [...] Varios centenares de metros más abajo se veían unas luces titilando en la oscuridad. ¡Era la patrulla fronteriza! [...] Le suplicamos al guía que disminuyéramos el ritmo de la marcha, pero él negó con la cabeza y siguió subiendo incansablemente. Sentía cómo me ardía el pecho y la presión se intensificaba a cada inspiración que hacía. Los ojos se me empezaron a hinchar y una vena comenzó a palpitarme detrás de la oreja con el rugido de un tren de metro».<sup>2</sup>

Cuando el grupo paró brevemente para descansar, Voros estaba tan agotado que ni trató de salir del arroyo de nieve derretida en el que sin darse cuenta se había tumbado. «Seguimos subiendo durante toda la noche y al amanecer nos encontramos en la parte nevada. [...] Estábamos en una tierra pocas veces pisada, una tierra de peñascos y picos nevados que no mostraba signo alguno de vegetación, pájaros o animales. [...] De repente el guía se puso en pie muy alarmado. Nos pidió que nos levantáramos y nos contó rápidamente. Solo éramos dieciséis. Un camarada, un alemán, había desaparecido.»

El guía volvió sobre los pasos del grupo durante más de una hora y luego regresó. No había podido encontrar al alemán. A pesar de las protestas, insistió en continuar. Los voluntarios comieron nieve para aplacar la sed, pero no tenían comida. La mayoría iba con zapatos de ciudad y sus empapados pies estaban cubiertos de ampollas. Cuando la segunda noche estaban reunidos alrededor de un fuego, apareció un pastor para informarles de que una patrulla francesa les pisaba los talones. Los hombres a duras penas pudieron volver a calzarse los zapatos en sus hinchados pies. En medio de la oscuridad, mientras atravesaban una estrecha cornisa, Voros escuchó un grito. Un voluntario polaco se había precipitado al vacío. Esperaron hasta la mañana siguiente, y esta vez el guía estuvo fuera más de dos horas, pero una vez más no pudo encontrar ni al hombre ni su cadáver. Al final del día pudieron comprar algo de pan y queso en una pequeña aldea y luego siguieron adelante una tercera noche más.

Cruzando un nevero bajo una cresta, Voros resbaló fuera del sendero y se deslizó ladera abajo. Solo pudo detener la caída agarrándose a un arbusto que



sobresalía de la nieve. Sintió pavor al ver que el resto del grupo se alejaba y que había caído demasiado abajo para oír lo que gritaban. Finalmente, cuando ya había perdido toda esperanza, vio a dos compañeros estadounidenses dirigiéndose hacia él. Subiendo de nuevo hasta el camino y luego corriendo para alcanzar al resto de los voluntarios, los tres tuvieron que vadear varios arroyos de montaña con el agua hasta la cintura, con los zapatos colgados del cuello atados por los cordones. Justo antes del anochecer del tercer día, una carretera y unas chozas les indicaron que ya estaban en España. En los meses siguientes, esta travesía a través de las montañas les costaría la vida a unos 200 voluntarios.<sup>3</sup>

A raíz de la batalla del Jarama, en la que Merriman y tantos otros estadounidenses resultaron heridos o muertos, pasaron algunas semanas antes de que llegaran los nuevos refuerzos enviados al frente para reemplazar las bajas del Batallón Lincoln. Durante su instrucción, muy por detrás de las líneas del frente, nadie se atrevió a revelarles a los recién llegados el alcance de la debacle del 27 de febrero. «Nuestros muchachos salieron victoriosos en una importante batalla cerca de Madrid —les contó un oficial—,<sup>4</sup> una batalla defensiva en la que consiguieron parar en seco a los fascistas. [...] Sé que están esperando que les hable de las bajas. [...] Un único estadounidense muerto y solo cuatro heridos.» La sala llena de reclutas estalló en vítores. Esa no fue ni la primera ni la última ocasión en la que la propaganda en tiempo de guerra maquilla la verdad, pero demostraría ser especialmente desafortunada, porque, en cuanto los hombres llegaron al frente, se enteraron del terrible precio de la batalla de febrero.

Una vez que hubo suficientes estadounidenses que hubieron cruzado los Pirineos, se formó una nueva unidad. Lo primero que hicieron sus componentes fue votar que se llamara Batallón Tom Mooney, en honor a un conocido mártir obrero californiano condenado a cadena perpetua (a quien más tarde Woody Guthrie dedicaría una canción), pero un telegrama del Partido Comunista en Nueva York vetó el nombre alegando que era demasiado provocativo. En su lugar, la unidad pasó a llamarse Batallón George Washington. Y aunque la sección de artillería del Lincoln sí consiguió llamarse compañía Tom Mooney, en esos temas el Partido siguió mostrándose decididamente patriótico. En Estados Unidos, las insignias que se repartían entre los familiares de los voluntarios en España llevaban la

Campana de la Libertad. Y cuando suficientes recién llegados hubieron cruzado el Atlántico para formar un tercer batallón, se pensó en darles un reconocimiento político a los voluntarios canadienses, y fue de ese modo que —aunque la mayoría de los oficiales y soldados del regimiento eran estadounidenses—, este vino a llamarse Batallón Mackenzie-Papineau, en honor a un patriota decimonónico tan respetable en Canadá como lo eran Lincoln y Washington en Estados Unidos. Bob Merriman, todavía convaleciente de sus heridas, supervisó la instrucción de los nuevos reclutas y por fin, después de más de dos meses, le quitaron el pesado yeso del hombro. «¡Adiós, escayola!»,<sup>5</sup> anotó en su diario.

Llegaron también más médicos y enfermeras. Al final de la guerra, el número de estadounidenses que estuvieron en España como personal médico rondó los 140. Como los demás voluntarios, muchos habían sido gente políticamente activa, algunos en una asociación de Nueva York que proporcionaba asistencia médica a huelguistas y a sus familias. El doctor Barsky y su equipo pronto fueron transferidos desde su hospital provisional de la escuela a un lugar mucho más opulento. Se trataba de Villa Paz, una lujosa mansión campestre confiscada a la infanta María de la Paz Borbón, una tía del último rey. Su retrato todavía colgaba de las paredes de la mansión y sus libros, pinturas y muebles antiguos ocupaban sus grandes estancias. Barsky no podía creerse su buena suerte:

La villa de la infanta era un lugar encantador. Tenía unos jardines de lo más románticos, con árboles raros y delicadas flores y ruiseñores entre los árboles. [...] Alrededor de la casa vagaban unos grandes perros lobos. Decían los campesinos que estos fantasmales animales nunca salían de la finca. Estaban increíblemente delgados [...] paseándose arriba y abajo entre los grandes árboles y los crecidos setos, daban a la vegetación un aire de tapiz.

Había enormes establos y graneros que convertimos en salas de hospital. Dentro de la villa había una enorme cama cubierta con un majestuoso brocado [...] la mitad de ella cubierta por un gigantesco escudo real. Tres de nuestras enfermeras dormían juntas en la cama.<sup>6</sup>

Cuando las enfermeras descubrieron unos tarros de cristal con el escudo real llenos de melocotones en almíbar, se los comieron y esterilizaron los tarros para guardar hilo de sutura quirúrgica. La noticia de que los americanos se habían instalado en Villa Paz se extendió rápidamente. «Vinieron los campesinos —apuntó un conductor de ambulancias irónicamente—, con las

enfermedades que los llevaban afligiendo desde hacía siglos esperando milagros.»<sup>7</sup>

Los peones habían echado abajo las vallas de la finca y habían comenzado a cultivar algunas de las tierras de la infanta. Un pequeño edificio en una chopera había servido, según les dijeron a los americanos, como «la cárcel privada de la infanta».<sup>8</sup> La enfermera de color Salaria Kea quedó asombrada por el contraste entre el espléndido alojamiento de la infanta y la manera como «los campesinos vinculados a la finca, pobres y analfabetos, seguían viviendo en los mismos cuartos hacinados y lóbregos de siempre. En un rincón de una choza típica de un único espacio, quemaban encima de una teja estiércol seco de vaca y esa era su única fuente de calor».<sup>9</sup> Aunque la familia de la infanta hacía tiempo que se había marchado, los campesinos no se habían atrevido a mudarse a la villa, a pesar de que algunos incluso vivían en cuevas de los alrededores. «Ese fue mi primer caso concreto de una discriminación no basada en la raza.»

Kea se convertiría en enfermera jefe de sala, con cinco enfermeras blancas a su cargo, algo insólito por aquel entonces en Estados Unidos. En poco tiempo, el equipo médico habilitó un quirófano y 250 camas, muy utilizados.

Profundamente afectado por la pérdida de la mayoría de sus amigos británicos en la terrible batalla del Jarama de febrero de 1937, Pat Gurney pidió traslado al Batallón Lincoln. A sus nuevas camaradas les hizo gracia ese inglés que se había unido a ellos: «Era un tipo alto y rubio con un pequeño bigote —recordaba un soldado estadounidense—, y un increíble acento inglés de clase alta, que empleaba eficazmente al contar anécdotas humorísticas y al interpretar las canciones del Ejército de Salvación en su versión londinense».<sup>10</sup> Gurney se hizo conocido por su forma de recrear historias del Antiguo Testamento con giros obscenos. «Era divertido, y como animador fue bien recibido.» Pero mostraba las secuelas del terrible día en que tantos hombres del batallón británico murieron o resultaron heridos. El mismo soldado recordaba la manera en que Gurney «repetía una y otra vez lo asustado que estaba». Aunque en las memorias que escribió más tarde se mostró reservado a ese respecto, otros también se dieron cuenta de sus cicatrices emocionales. «Sus nervios se rompieron», recordaba una enfermera estadounidense. Cuando hablaba de lo que había visto en el frente, «sollozaba y hablaba a trompicones».

Gurney estaba sufriendo lo que hoy llamamos *estrés postraumático*. Fue uno de la veintena de británicos y estadounidenses tratados de esos síntomas por el doctor William Pike, un psiquiatra de Nueva York que además ejerció de médico generalista en el frente. Pike creía que la mejor terapia era el trabajo, de modo que puso a sus pacientes a construir una carretera diseñada tanto para acortar la tortuosa carrera de una hora desde el frente hasta el puesto de socorro más cercano, como para proteger mejor a sus usuarios de los bombardeos, aprovechando la configuración del terreno. Gurney puso en práctica sus habilidades como dibujante para confeccionar el plano para la «Pike's Turnpike» («la autopista de Pike») y gradualmente fue recuperando el equilibrio.

Los miembros del Lincoln, a pesar de soportar durante meses el intermitente fuego de francotiradores y ametralladoras nacionales y ocasionales ataques de trincheras, no se vieron envueltos en ninguna batalla importante. Por contra, estuvieron dedicados a un combate familiar para los soldados de muchas guerras. «Todo el mundo en las trincheras estaba infectado de piojos — escribió Gurney—,<sup>11</sup> esos bichos grandes, translúcidos y amarillos parecidos a la hormiga del azúcar. Se concentraban sobre todo en las costuras de cualquier prenda de ropa, manteniéndose relativamente tranquilos durante el día, pero volviéndose terriblemente agresivos por la noche [...] su mordisco producía una roncha grande y abultada que picaba como un demonio. [...] Al no haber insecticida, el único método efectivo para lidiar con ellos era reseguir de tanto en tanto todas las costuras de la ropa con una vela. Cuando la llama los alcanzaba a ellos o a sus huevos reventaban siseando de la manera más repugnante.»

Pero esta no era la única de sus miserias. En el suelo de cada trinchera había varios centímetros de barro mezclado con restos de comida, tabaco o mantas. Para empeorar aún más las cosas, ese marzo de 1937 fue un mes de lluvias constantes, lo que obligaba a los hombres a drenar o achicar frecuentemente las trincheras. Un viento gélido aullaba entre las colinas y, mientras su armamento seguía siendo inadecuado, los nacionales tenían morteros con los que podían lanzar una granada en un alto tiro parabólico para que cayera casi en vertical dentro de una trinchera. Todo lo que tenían las Brigadas Internacionales era un único y peligroso mortero artesanal diseñado por un soldado británico a partir de un trozo de tubo de acero.

Los cadáveres caídos en tierra de nadie habían empezado a oler y había que

recuperarlos por la noche para enterrarlos, una misión que los soldados aborrecían. A pesar de los ruegos del personal médico, las tropas no ponían mucho entusiasmo a la hora de excavar letrinas bajo la heladora lluvia, y la consecuente contaminación de los alimentos provocaba que todo el mundo tuviera diarrea. Esta es, como la describió un soldado a su familia, «una de mis compañeras permanentes. Nos conocemos por dentro y por fuera en cada pequeña variación y estado de ánimo, desde los sutiles e inesperados (el ligero chisporroteo) hasta el más poderoso y viril de chorro de manguera».

El doctor Pike hizo ímprobos esfuerzos para que los estadounidenses construyeran mejores letrinas y limpiaran sus escudillas con arena para ahorrar agua. Se había fijado en que los soldados españoles, cuyos saneamientos no eran mejores, no sufrían diarrea y creyó haber descubierto el motivo cuando vio que de los muros de sus trincheras colgaban largas ristras de ajos, que masticaban todos los días. Pero no logró persuadir a los del Lincoln para que hicieran lo mismo.

En muchas trincheras aparecieron carteles con nombres de calles de Nueva York (Broadway, Union Square), y detrás de estas, en las laderas de las colinas, los hombres construyeron refugios provisionales para dormir y calentarse, a menudo con salas subterráneas excavadas en la arcillosa tierra roja, usando como techo plancha ondulada y a veces tablones en el suelo y las paredes. Estos refugios no eran muy diferentes de los cientos de miles de barrios de chabolas que había por todo Estados Unidos. «No pagaremos alquiler después de esta guerra —le dijo a un periodista un soldado de Nueva York—. Simplemente construiremos trincheras en Battery Park.»<sup>12</sup>

Una noche en la que no había luna, Gurney fue con otros cuantos «a podar una viña joven que obstaculizaba nuestra visión de las trincheras enemigas. Estábamos arrastrándonos completamente a oscuras, cortando los brotes tiernos, cuando nos dimos cuenta de que nos habíamos duplicado en número. Sin decir una palabra, ambos bandos nos percatamos de que estábamos realizando una tarea común. [...] Cada [grupo] se retiró hacia sus posiciones los más deprisa que pudo».<sup>13</sup>

Los estadounidenses tuvieron un momento de terror y triunfo el 14 de marzo, cuando tropas moras apoyadas por pequeños tanques Fiat trataron de romper el frente por una sección vecina ocupada por soldados españoles de reemplazo. En la que más tarde sería conocida informalmente como «batalla de la trinchera de la mula muerta», los republicanos se reagruparon y

rechazaron a los moros. Por un momento, el ideal de solidaridad internacional pareció hacerse realidad cuando los voluntarios británicos y estadounidenses recuperaron juntos la trinchera, mientras un oficial francés, que se unió a ellos, ejercía de francotirador y los tanques soviéticos avanzaron apoyándolos. Después, los españoles vinieron a darles las gracias a los estadounidenses, con la tierra de nadie salpicada de cadáveres de moros.

Pero la mayor parte del tiempo no pasaba gran cosa. A diferencia del servicio en las trincheras durante la Primera Guerra Mundial, las Brigadas Internacionales iban demasiado escasas de tropas para rotarlas con la retaguardia cada cierto tiempo para que descansaran, se ducharan, se pusieran ropa seca y comieran mejor. Así las cosas, escribió Gurney, «ninguno de nosotros pudo disfrutar de pasar una noche durmiendo sin el uniforme o de tener una comida decente. No había tregua para el incesante miedo a los francotiradores y las ocasionales granadas de mortero. Estábamos sucios, infestados de piojos y nos empezábamos a sentir metidos en una trampa de la que no podíamos escapar. Esa situación produjo una serie de deserciones. [...] Si un hombre desaparecía durante un corto período de tiempo era mejor hacer como si nadie se hubiera dado cuenta de su ausencia por miedo a que se convirtiera en un problema oficial».

Lo que agravaba el problema de la moral era la ambigüedad sobre el período de tiempo para el que se habían alistado. Algunos, seguros de una victoria rápida, habían firmado sin preguntar. A otros les habían hablado de seis meses, pero a medida que el tiempo se alargaba sin que en el horizonte se vislumbrara el final de la guerra aparecieron delegaciones de protesta y comités de agraviados, lo que llevó a que el periódico de la XV Brigada, *Our Fight*, pidiera: «Camaradas, dejemos de quejarnos». [14](#)

La comida no hacía más que empeorar las cosas. «No se hacía ningún esfuerzo real por cocinar, más allá de echar cualquier cosa disponible en una olla con agua y hervirlo. El resultado era un líquido de aspecto blancuzco consistente principalmente en patatas y judías secas con algún que otro resto de carne y un poco de aceite de oliva. Cuando llegaba al frente ya estaba frío y su aspecto solía ser tan poco apetecible que apenas merecía el esfuerzo de comérselo.» [15](#)

En ese sentido, las cosas empezaron a mejorar a finales de abril con la llegada de Steve Nelson como nuevo comisario del Batallón Lincoln. Se trataba de un miembro de un grupo de activistas experimentados enviado a

España por el Partido Comunista Estadounidense a raíz del desastre del Jarama. Nelson era un hombre de treinta y cuatro años, de aspecto sencillo y de hablar reposado, que proyectaba una calmada autoridad; una figura poco común que se ganó la confianza tanto de los jefes del Partido (había estado trabajando en el Comintern en Moscú) como de los voluntarios estadounidenses.

Nelson encontró a alguien que podría ayudarlo a elevar la moral de la unidad. Se trataba de Jack Shirai, un cocinero estadounidense de San Francisco de origen japonés. Shirai y dos compañeros voluntarios a menudo hablaban de abrir juntos un restaurante después de la guerra donde cualquiera que hubiera combatido en España podría comer gratis. Shirai había insistido en que quería luchar de fusilero, pero Nelson lo colocó en la cocina del batallón con la condición de que, en caso de crisis, estaba autorizado a tomar el fusil. Su buen hacer en la cocina hizo que un agradecido soldado lo calificara de «trabajador milagroso».

El glamur de las Brigadas Internacionales las convirtió en parada obligada de los dignatarios en gira oficial.

La mayor parte de esas ocasiones —escribió Gurney—, recordaban la visita anual de la junta de tutores a un orfanato. Ellos iban limpios, vestidos decentemente, estaban bien alimentados y no se exponían a un peligro real, mientras que nosotros íbamos sucios, andrajosos, estábamos hambrientos y teníamos un futuro desesperadamente incierto. Pero, por encima de todas estas consideraciones, nosotros estábamos allí para quedarnos, mientras que ellos solo tenían que soportar la suciedad y la peste durante media hora... un esporádico disparo sobre sus cabezas les recordaba la realidad, lo que les aportaba un plus de emoción. [...] Los visitantes más molestos eran los que decían: «Ojalá pudiera quedarme con vosotros, compañeros», que era una manera de decir que sus actividades eran tan importantes que les era imposible quedarse, mientras que nosotros, chicos afortunados, podíamos disfrutar de la auténtica diversión.

Un extraordinario desfile de personalidades pasó para ver a las tropas estadounidenses y británicas en sus trincheras. Entre todas ellas, el mejor recibido fue el cantante Paul Robeson, cuya disposición a interpretar con su conmovedora voz de bajo-barítono «Ol' Man River» y otras canciones en cualquier parte, desde cuarteles a salas de hospital, provocaba rabiosos aplausos tanto de los estadounidenses como de los españoles.

Otros visitantes fueron el líder del Partido Laborista británico Clement Attlee (que gritó erróneamente «¡No pasaremos!» en vez de «¡No pasarán!»),



el líder independentista indio Jawaharlal Nehru, el actor Errol Flynn y los escritores Stephen Spender, Theodore Dreiser, Archibald MacLeish y Langston Hughes, que ofreció un recital de poemas a los conductores y mecánicos en el garaje de la XV Brigada. «Recitó a todo el mundo menos a Shakespeare», comentó un voluntario.<sup>16</sup>

«El más controvertido de todos»,<sup>17</sup> en palabras de Gurney, llegó «lleno de calurosa y falsa campechanía. Se sentó detrás del escudo antibalas de una ametralladora y descargó un cinturón entero contra el enemigo, lo que provocó un bombardeo con morteros al que no se quedó».

El visitante era Ernest Hemingway, quien a sus treinta y siete años se había convertido en uno de los más famosos escritores vivos. Tras haber escrito sus dos primeras novelas y algunos cuentos clásicos en los años veinte, su vida se había visto en parte fagocitada por el personaje que había creado, tan insolente y ostentoso como sobrias y sutiles fueron sus primeras obras. Ahora aparecía retratado y fotografiado dedicándose a la caza mayor o pescando un pez espada gigante. Esa imagen de machote había penetrado también en sus escritos. Hacía ocho años que había publicado su última novela, y sus dos recientes libros de ensayo habían recibido varias malas reseñas, y los críticos (y quizá el propio Hemingway también) se preguntaban si es que había perdido su esencia. «Parece haberse convertido —escribió el poeta John Peale Bishop— en una combinación de todas esas fotografías [...] en esquís quemado por la nieve, disfrazado de pescador bronceado en el cálido Caribe, disfrazado de guapo y fornido cazador sonriendo apoyado sobre el cadáver de algún animal muerto.»<sup>18</sup>

Aunque hasta entonces había sido uno de los escritores estadounidenses menos politizados (en medio de la Gran Depresión había escrito un libro sobre safaris en África y no se había molestado en votar en 1936), Hemingway sentía un amor casi posesivo por España. Un viaje por el país había sido la base para su libro *Fiesta*, la novela que le dio a conocer al mundo, y desde entonces había vuelto frecuentemente para ver a sus amigos españoles y recoger material para *Muerte en la tarde*, su libro sobre el toreo. Estaba rabioso por el golpe de los nacionales, que consideraba un atentado contra una cultura que amaba. También se identificaba con los jóvenes estadounidenses que habían venido voluntarios a combatir, como cuando él, menos de un año después de acabar el bachillerato, se alistó voluntario como conductor de ambulancias de la Cruz Roja durante la Primera Guerra

Mundial.

La guerra española parecía estar hecha a su medida. «Quizá sea en España donde vuelva a comenzar el gran desfile»,<sup>19</sup> le escribió a un periodista que conocía. Hasta iba vestido en consonancia, como si quisiera recuperar los días de su juventud. Cuando su amiga, la novelista Josephine Herbst, se lo encontró en el Madrid asediado, vestía «una especie de uniforme caqui con unas altas y relucientes botas». Coleccionaba fragmentos de los proyectiles que habían impactado en el hotel Florida donde se alojaba, marcando en cada uno el número de la habitación que había destruido, e hizo una lámpara con una bomba que no estalló.

«Tenía una personalidad arrolladora —escribió el médico del Lincoln, William Pike—, generoso, escrupulosamente íntegro y dedicado a su trabajo; pero, acechando en alguna parte, era un niño mezquino, inseguro, asustado, agresivo, excesivamente impresionado por el coraje físico, [con] una necesidad de demostrarse una y otra vez que era un “hombre”. [...] Me contó que no le convencía la psiquiatría, tal vez a otros les sirviera, pero no a él porque ir al psicoanalista era reconocer una debilidad.»<sup>20</sup>

Hemingway era un bravucón quisquilloso que podía llegar a las manos si se sentía ofendido, pero también era muy perspicaz a la hora de valorar a las personas. Se hizo amigo de algunos brigadistas del Lincoln a los que respetaba particularmente, como a Pike. Su afecto hacia los voluntarios estadounidenses se trasluce en los artículos de prensa que escribió desde el frente. Recaudó dinero para la unidad médica americana, contribuyendo personalmente con la compra de una ambulancia, pagó el viaje a España a varios voluntarios y visitaba en el hospital a los brigadistas heridos. Después de la guerra, se mantuvo en contacto con muchos veteranos, y les prestó o les dio dinero a algunos que se encontraban en apuros. Pese a su inclinación por los exabruptos antisemitas y a que en sus relatos exalta la recia vida al aire libre, llegó a sentir un profundo afecto por los brigadistas, la mayoría de los cuales vivían en grandes ciudades, eran judíos o ambas cosas.

Hemingway había firmado un contrato con el consorcio North American Newspaper Alliance (NANA), compuesto por una cincuentena de grandes diarios, para cubrir lo que estaba convencido de que era «el ensayo general de la inevitable guerra europea».<sup>21</sup> Ya su mera aceptación del encargo fue noticia, y antes de publicar una sola línea la prensa informó de su llegada a Europa y del cruce de la frontera española. Llegaría a hacer cuatro largos

viajes por el país durante la guerra; la NANA le pagaba 1.000 dólares (el equivalente a 15.000 actuales) por cada crónica que enviaba por correo y 500 por las que mandaba a través del costoso cable submarino transatlántico. España le ofrecía a Hemingway la posibilidad de recuperar, no solo la experiencia de la guerra, sino también otra parte de su juventud. A principios de los años veinte había sido corresponsal en el extranjero; la economía de lenguaje propia de la transmisión telegráfica se convirtió en una de las señas importantes de su estilo. Independientemente de la pobre impresión que le produjo a Pat Gurney, dejaría su huella en la memoria de los estadounidenses sobre la Guerra Civil Española y, a pesar de su jactancia, no escribió ni una sola palabra sobre la noche en la que cruzó la línea que separa al escritor del soldado.

Desde luego, George Orwell hacía mucho que había cruzado esa línea y, después de cuatro meses en el frente, se hallaba de regreso en Barcelona de permiso.

El tren [...] era invadido por grupos de campesinos en cada estación de la línea. Llevaban atados de hortalizas, aterrorizadas aves de corral colgando boca abajo, bolsas en el suelo que giraban y se retorcían y que resultaron estar llenas de conejos vivos y, por fin, un buen rebaño de ovejas que fueron conducidas hasta los compartimentos, donde se instalaban en los espacios disponibles. Los milicianos cantaban a gritos canciones revolucionarias, arrojaban besos al aire o agitaban pañuelos rojinegros en cuanto veían a una chica guapa. Botellas de vino y de anís, el detestable licor aragonés, pasaban de mano en mano, y otros bebían utilizando la clásica bota española, con la cual es posible lanzar un chorro de vino desde cierta distancia directamente a la boca. Este procedimiento parece suponerles un considerable ahorro de trabajo. Junto a mí, un muchachito de quince años, de ojos negros, teniendo por interlocutores a dos viejos campesinos de rostro apergaminado que lo escuchaban con la boca abierta, relataba historias sensacionales y, sin duda, totalmente falsas acerca de sus propias hazañas en el frente. Los campesinos no tardaron en desatar sus fardos para convidarnos a un espeso vino rojo oscuro.<sup>22</sup>

Orwell, entonces todavía conocido como Eric Blair, estaba ansioso por llegar a Barcelona, porque su mujer, con la que se había casado hacía menos de un año, se había trasladado recientemente a la ciudad para estar más cerca de él. Por aquel entonces trabajaba como secretaria de Charles Orr en la oficina en la que este elaboraba el periódico en lengua inglesa del POUM. Como otras tantas mujeres en aquel tiempo, las únicas menciones a Eileen O'Shaghnessy

Blair en los registros escritos hacen referencia a su apariencia física y sobre la persona con la que estaba casada; incluso en los recuerdos de Orwell sobre España, ella aparece únicamente mencionada como «mi mujer» y no como un personaje claramente definido. Charles Orr la describe como una atractiva y vivaracha «chica irlandesa de cara redonda, recatada y bonita, de cabello negro y enormes ojos oscuros». <sup>23</sup> Una amiga también recordaba sus ojos, que «se movían con una chispa traviesa, como los de un gato siguiendo un objeto balanceándose». Cuando los encontraba en las tiendas en Barcelona, les enviaba a Orwell y a sus agradecidos compañeros de la milicia del partido artículos escasos, como cigarrillos o margarina. Solo se habían podido ver en contadas ocasiones desde que ella llegó a Barcelona, una de ellas cuando, junto con Charles y otro amigo británico, fue a visitar durante una jornada las trincheras de su unidad.

Cuando el tren llegó a Barcelona, Orwell descubrió la ciudad visiblemente cambiada respecto a cuando la vio por primera vez a su llegada a España. «El uniforme de la milicia y los monos azules habían desaparecido casi por completo; la mayoría parecían usar esos elegantes trajes veraniegos en los que se especializan los sastres españoles. En todas partes se veían hombres prósperos y obesos, mujeres bien ataviadas y coches de lujo.» <sup>24</sup> En poco tiempo, se había transformado en un lugar donde «la división de la sociedad en ricos y pobres, clase alta y clase baja, se volvía a reinstaurar. [...] Mi esposa y yo entramos en un comercio de las Ramblas para comprar calcetines. El vendedor hizo una reverencia y se frotó las manos como ni siquiera en Inglaterra se hace ya hoy en día. [...] De manera furtiva e indirecta, la costumbre de la propina comenzaba a retornar».

En el trayecto diario al trabajo, también Lois Orr se había ido dando cuenta del cambio: los hombres volvían a usar corbata y muchas tiendas y empresas colectivizadas por decreto gubernamental estaban siendo devueltas discretamente a sus propietarios de antes de la guerra. «Es terrible darse cuenta de que las cosas, que los obreros tomaron para sí después de años de opresión y miseria —le escribió a su hermana—, lentamente se están devolviendo.» <sup>25</sup>

Más allá de estos cambios, Barcelona se hallaba bajo presión: las fábricas habían dejado de producir bienes de consumo para producir armas y los campesinos de muchas fincas colectivizadas tendían a guardarse para sí la carne y las hortalizas, lo que provocaba un aumento de los precios en la

ciudad. Empezó a aparecer una economía clandestina. Lois se sentía culpable cuando la bondadosa Eileen o algún otro recién llegado con moneda extranjera «me pagaban una comida de 30 pesetas en uno de los restaurantes del mercado negro [...] pero siempre estaba tan hambrienta que me la comía con sumo gusto». [26](#)

Orwell culpaba de los cambios a la hostilidad del gobierno republicano y de sus asesores soviéticos hacia la revolución social en Cataluña. Y no le faltaba razón, aunque no era ese ni mucho menos el único factor de que el sueño anarquista hubiera embarrancado. Sin ir más lejos, el propio Charles Orr acabó cuestionando el triunfante decreto por el cual todo el mundo, ya fuera obrero, director, secretaria, capitalista ocioso o simpatizante extranjero, debía recibir un mismo salario de 10 pesetas diarias. «Por simple y obvio que pudiera parecer aquel sistema distributivo de ingresos monetarios, un análisis más detenido revelaba sus defectos.» [27](#) Los que trabajaban en determinadas fábricas o empresas acumulaban toda suerte de ventajas, desde alimentos gratuitos hasta mantas o alojamiento (como él y Lois), mientras que los demás recibían poco o nada extra, en una época en la que la inflación galopante hacía que esas 10 pesetas sirvieran para poco más que para adquirir los alimentos de un solo día. «Como socialista democrático, me sentía atraído por la idea de la propiedad directa de los trabajadores. [...] Pero como economista, me preocupaba la coordinación desde arriba. [...] ¿La toma de decisiones de la economía en su conjunto debía estar organizada mediante una planificación centralizada o debía dejarse en manos del mercado competitivo?»

Había también otras complicaciones que dificultaban aún más las cosas. Los Orr no eran los únicos que no tenían que pagar el gasto de electricidad. Ni tampoco la empresa local de servicio público de electricidad era la única (ya estuvieran bajo control obrero o no) que tenía problemas a la hora de cobrar el dinero que se le adeudaba. Tras la primera oleada de entusiasmo revolucionario, el ideal «de cada cual según sus capacidades, a cada cual según sus necesidades», a pesar de ser fantástico en teoría, resultaba difícil de aplicar, especialmente cuando muchos obreros sentían que lo que necesitaban era más tiempo libre. El absentismo aumentó y los almacenes de la ciudad se vaciaron de los alimentos y materias primas disponibles unos meses atrás.

Un problema más profundo era aquel al que ha de hacer frente toda sociedad que trata de llevar a cabo una revolución de la noche a la mañana.

Que cambie la propiedad de una fábrica o empresa es una cosa, pero otra muy distinta es que cambien los hábitos seculares. «Un pueblo como totalidad [...] no puede cambiar sus formas heredadas», observó Charles, por mucho que «se junten miles de personas a la primera ocasión para gritar hasta desgañitarse las consignas más revolucionarias».28 Y contaba esta anécdota como muestra: «A una reunión de masas “por la liberación de la mujer” celebrada en un auditorio asistieron un millar de trabajadores, ¡todos ellos hombres!, porque ¿cuándo se había visto una reunión de mujeres un jueves por la noche?».

A pesar de su fervor revolucionario, Lois finalmente tuvo que aceptar algo parecido: «La cuestión de la mujer era un tema incómodo para los libertarios. Sus mujeres parecían estar más interesadas en las máquinas de coser y en aprender de nutrición infantil que en los grandes ideales abstractos de la Revolución. [...] La primera gran campaña de la organización anarquista Mujeres Libres fue sobre la abolición de la prostitución. [...] A pesar de que se les unieron las Juventudes Libertarias, eso no supuso la reducción de las largas colas ante los burdeles colectivizados cuando los milicianos regresaban a Barcelona de permiso».29

Aunque el frente seguía estando lejos de la ciudad, la creciente escasez era un recordatorio de que España estaba en guerra y el ominoso aumento del ejército alemán llevado a cabo por Hitler dejaba bien a las claras que dentro de no mucho el continente entero podría verse envuelto también en una guerra. Desde su tierra, Lois recibió la noticia de que su paisano de Kentucky, el joven Joe Selligman, había caído en la defensa de Madrid. Sus padres estaban tratando de recuperar sus efectos personales y le habían pedido ayuda a la familia de Lois. «Siento muchísimo la muerte de ese camarada —escribió Lois a su casa—, y querría que le dijerais a su madre de mi parte que murió luchando por algo realmente valioso. Haré todo lo que esté en mi mano para conseguir lo que haya dejado.»30

Los Orr todavía podían tomarse algún día libre. Ambos disfrutaban de la cordialidad y buen humor de Eileen Blair y un domingo se fueron de merienda al campo con ella y un amigo italiano. Charles les habló de México, donde había estado viviendo un tiempo, y Eileen dijo que, si estallaba una guerra mundial, quizá podían irse allí todos juntos. Mientras Orwell parecía permanentemente incómodo y molesto, su mujer, escribió Charles, «era amigable, sociable y modesta. [...] En la oficina, simplemente no podía evitar

hablar de Eric, su héroe, su marido, a quien obviamente amaba y admiraba. Tuve el privilegio de oírle hablar de él día tras día, aunque no prestara demasiada atención. En aquella época, era todavía un desconocido aspirante a escritor, que, como otros, había venido a España a combatir el fascismo». [31](#) Charles creía que Orwell, «sin duda, necesitaba una mujer socialmente extrovertida que le sirviera de ventana al mundo. Eileen hacía que aquel hombre con dificultad para expresarse pudiera comunicarse con los demás. A pesar de llevar casados menos de un año, se había convertido ya en su portavoz».

Mientras aquel pequeño grupo de extranjeros trababa amistad, las tensiones políticas en la ciudad se agravaban. «Sentía como si estuviera viviendo encima de un barril de pólvora», escribió Lois. [32](#) Tras los cambios, como apuntó Orwell, se hallaba «el antagonismo entre quienes querían que la revolución siguiera adelante y los que deseaban frenarla o impedirle, es decir, entre anarquistas y comunistas». Un sorprendido visitante extranjero vio dos carteles colgados de las paredes de las oficinas del Partido Comunista que decían: «Respetad la propiedad del pequeño agricultor» y «Respetad la propiedad del pequeño industrial». La España que prometía un milenio anarquista estaba retrocediendo a ojos vista.

Mientras tanto, un nuevo elemento se añadía a la tensión. El gobierno republicano estaba tratando urgentemente de organizar un ejército que sustituyera el batiburrillo mal entrenado de unidades milicianas leales a diferentes partidos y sindicatos. Como señaló un periodista comunista, aludiendo implícitamente en la crítica a su propio partido, «los comisarios e intendentes de batallón utilizan su influencia política en Madrid para conseguir lo que necesitan. Al colocar a gente de su propio bando en un departamento, un partido puede redirigir la preciada munición, las ametralladoras, los fusiles, etc., hacia su propia columna». [33](#) El gabinete republicano creía, no sin cierta lógica, que para vencer a los nacionales necesitaban un ejército unificado y disciplinado bajo un firme mando central. «Dada esta relación de fuerzas —escribió Orwell—, el choque era inevitable.» [34](#)

Sin grandes combates en el valle del Jarama, Hemingway apenas tenía de lo que informar. Sin embargo, poco después, el otro brazo del movimiento en pinza ideado por Franco entró tardíamente en acción. Las fuerzas nacionales



atacaron desde el norte con el objetivo de conquistar la capital provincial de Guadalajara, para luego completar el cerco de Madrid y cortar, viniendo en esta ocasión desde otra dirección, la vital carretera Madrid-Valencia. El 8 de marzo de 1937, 50.000 soldados nacionales lanzaron el asalto, avanzando unos 30 kilómetros en pocos días. Significativamente, solo 15.000 de los soldados eran españoles o moros, mientras que los 35.000 restantes eran italianos, supuestos voluntarios del Corpo Truppe Volontarie enviados por Mussolini. Esta era con diferencia la mayor fuerza, ya fuera italiana o alemana, que se había implicado hasta entonces en una batalla en España.

Enfrente había un número mucho más reducido de fuerzas republicanas, entre ellas dos brigadas internacionales, una de ellas con un batallón compuesto mayoritariamente por italianos. Treinta años más tarde, el capitán de una de esas compañías, Pietro Nenni, llegaría a ser ministro de Asuntos Exteriores de su país. La mayor parte de sus hombres habían huido de Italia por razones políticas, lo cual daba mucho juego a los corresponsales extranjeros: fascistas y antifascistas italianos combatiendo unos contra otros en otro país.

La batalla pronto degeneró en una bochornosa derrota de las mal entrenadas tropas de Mussolini, mucho más destacables por su bravuconería que por su capacidad militar. Una de las divisiones, que el dictador italiano había mandado a España, estaba compuesta no por voluntarios, sino por soldados de reemplazo que creían que los estaban mandando a Etiopía, la colonia recién conquistada por Italia. A muchos los habían enviado con livianos uniformes tropicales, inadecuados para la nieve y la lluvia helada de marzo en España. Otros, al caer prisioneros, declararon que pensaban que eran extras de una película épica sobre un general romano.

El Estado Mayor de Mussolini planificó sus operaciones en un mapa Michelin, en el cual aparecía poco más que las polvorientas carreteras para entonces convertidas en barrizales en los que su flota de 2.000 camiones quedó rápidamente atascada. Además, sus hombres se vieron sometidos al constante bombardeo, a través de los altavoces desde las líneas republicanas, de mensajes en italiano del tipo: «Hermanos, los españoles están luchando por su libertad. ¡Desertad de las tropas enemigas y uníos a nosotros!». [35](#)

Numerosos soldados eso es lo que hicieron, para luego incitar a sus camaradas a través de los altavoces republicanos a hacer lo mismo. Pronto, el ataque nacional se estancó, con miles de hombres huyendo hacia la

retaguardia, mientras otros 6.000 caían muertos, heridos o prisioneros. Mussolini, tan grandilocuente y veleidoso como siempre, retiró a varios de sus generales y declaró que ningún soldado italiano regresaría a su país hasta que la victoria final en España hubiera lavado la vergüenza de semejante derrota. La batalla de Guadalajara, como pasó a ser conocida, fue algo nunca visto hasta entonces en la Guerra Civil Española: una clamorosa victoria republicana.

«Las carreteras estaban llenas de ametralladoras, armas antiaéreas, morteros ligeros, proyectiles y cajas de munición para ametralladoras abandonados, así como de camiones, tanques ligeros y orugas atascados»,<sup>36</sup> les contaba jubilosamente Hemingway a sus lectores, junto con «cartas, papeles, mochilas, cacharros de cocina, herramientas de atrincheramiento y muerte por todas partes».

La consecuencia de la batalla, escribió, fue «unir al pueblo en su furia contra el invasor extranjero. [...] Una oleada de entusiasmo se está extendiendo entre la población». La victoria republicana en Guadalajara, declaró exageradamente, «pasará a los anales militares junto con otras victorias decisivas de la historia».<sup>37</sup>

A pesar de la hipérbole, Hemingway y los otros corresponsales tuvieron una historia que contar, la de una guerra civil dentro de otra guerra civil, de italianos contra italianos. Pero también entre los periodistas había una guerra civil que se estaba desarrollando en el seno del periódico más influyente de Estados Unidos, el *New York Times*.

## LA GUERRA CIVIL EN EL «TIMES»

De treinta y siete años de edad, con una figura desgarbada y voz suave, vestido de franela gris, así era el corresponsal principal<sup>1</sup> que cubría la España republicana para el *Times*. A ojos de Pat Gurney, Matthews «parecía y actuaba como un banquero yanqui. Era alto, delgado y anguloso, con la ropa colgándole como de un tendedero y la cara larga, chupada y huesuda con una vaga expresión de desaprobación. Era toda una experiencia verlo caminando por las trincheras. Siempre vestía ropa de ciudad con traje y corbata, como si acabara de salir de la oficina. Su ropa era más bien anticuada y llevaba el tipo de botas de cordones propias de los caballeros de ciudad de la generación de mi abuelo. En el batallón lo tratábamos con frialdad, pues como representante del [...] *New York Times* pensábamos que debía ser necesariamente hostil a nuestra causa. Pero la realidad nos demostró que estábamos totalmente equivocados».<sup>2</sup>

Gran parte de la hostilidad de los voluntarios americanos se debía a que algunos burócratas del cuartel general de las Brigadas Internacionales habían hecho una lista de material de lectura de lo que consideraban adecuado para los miembros del Lincoln: el *Daily Worker*, el *Negro Worker*, *Soviet Russia Today* y otras publicaciones del estilo, mientras que el capitalista *Times* figuraba en la lista de los «diarios y revistas que no hay que enviar».<sup>3</sup> Pero como con el correo de casa llegaban recortes de sus crónicas, al poco tiempo los soldados comenzaron a recibir a Matthews con mayor entusiasmo que al corresponsal del *Daily Worker*.

Nada en su historial hacía suponer que Matthews pudiera transformarse en un apasionado partidario de la República. Había estudiado en Italia en los años veinte y consideraba que había muchas cosas admirables en Mussolini. Un viaje en 1929 lo dejó no menos impresionado ante el dinamismo de Japón. Acompañó para el *Times* a las tropas italianas a Etiopía en 1935 (lo que hoy se conoce como periodista incrustado), y le resultó una «experiencia

apasionante»<sup>4</sup> cubrir una guerra en una parte del mundo nueva para él. De manera bastante convencional en una época que daba por sentado el colonialismo, creyó que «los italianos llevaban algo de civilización a Etiopía», cuyos habitantes eran «puros salvajes con una despiadada sed de sangre». A pesar de la escasez de armas modernas de los etíopes para defenderse de los bombardeos y el gas venenoso de Mussolini, a los lectores del *Times* les contó que los soldados italianos llevaron a cabo una «brillante campaña». ¿Acaso los etíopes no se sentían molestos, tras la muerte de centenares de miles de soldados y civiles, por haber sido conquistados? En absoluto, afirmaba, «una inmensa mayoría de la población nativa está ahora a favor de la ocupación italiana». No sorprende por ello que el nuevo virrey mussoliniano de Etiopía le concediera una condecoración, convirtiéndole en el primer corresponsal de guerra, ya fuera italiano o extranjero, al que se otorgaba tal honor.

En la España republicana, sin embargo, se transformó, como les pasó a otros curtidos periodistas, al ver cómo caían bombas y granadas, no sobre africanos, sino sobre europeos. «¡Qué humanidad la de estos españoles!», escribió Matthews.<sup>5</sup> Sintiendo que «el destino inmediato de nuestro mundo se está dirimiendo aquí», llegó a identificarse con el pueblo asediado de Madrid de un modo como nunca lo había hecho con las víctimas africanas de Mussolini. Curiosamente, no advirtió ningún tipo de contradicción al respecto: unas memorias sobre la cobertura de ambos conflictos las tituló despreocupadamente *Two Wars and More to Come*. Pero no cabe la menor duda sobre el bando con el que se alineó en España. Defendiendo a la República, escribió una década más tarde: «Hombres dispuestos a morir alegre y orgullosamente. Aportó sentido a la vida, coraje y fe en la humanidad; nos enseñó lo que significa el internacionalismo. [...] Uno aprendió allí que los hombres podían ser hermanos».

Naturalmente, ese tipo de efusiones partidistas no estaban concebidas para aparecer en las largas y grises columnas del *Times*, donde sus artículos eran mucho más comedidos. Pero entonces como ahora, los periodistas supuestamente objetivos de los diarios estadounidenses tenían diversas maneras de expresar lo que sentían, desde las palabras que escogían hasta los temas que elegían. De modo que todo el mundo sabía de qué lado estaba Matthews.

Como se decía entonces, el *Times* era un periódico de dueños judíos, editado

por católicos y leído por protestantes. El jefe de redacción, Edwin L. James, era un vividor que vestía ostentosamente, llevaba bastón y le gustaba la noche, por lo que solía salir del trabajo temprano y dejaba gran libertad a los redactores de mesa para cerrar la edición de noche. El hombre que se encargaba de diseñar la primera página, Neil MacNeil, era un activo seglar católico que escribía libros y daba conferencias sobre la decadencia moral, y su subordinado, Clarence Howell, que asumía sus funciones cuando este tenía la noche libre, era un católico converso a quien Matthews calificó de «casi un fanático religioso».6 Ambos revisaban las noticias llegadas del extranjero, decidían cuáles debían ir en primera e incluso a veces reescribían los titulares según sus inclinaciones políticas (una noticia, que en la primera edición salió titulada «Los sacerdotes a favor de las naciones fascistas», se transformó en última edición en «Los sacerdotes consideran a la Unión Soviética el auténtico enemigo de Estados Unidos»).

Los lectores atentos pronto se dieron cuenta de que la Guerra Civil se estaba dirimiendo, no solo en los campos de batalla españoles, sino también en el *Times*. En Nueva York, a veces James hacía un resumen semanal de las noticias sobre la guerra para la edición dominical. El 14 de febrero de 1937, por ejemplo, escribió: «El general Franco está tratando de aislar Madrid de la costa, lo que implica aislarla de sus fuentes de aprovisionamiento. [...] La carretera principal desde la capital hasta Valencia ha quedado prácticamente inutilizable. [...] Incluso se dice que los hombres de Franco han cruzado la carretera a la altura del puente de Arganda».7

Furioso, Matthews consideró aquello como una afrenta personal, pues una crónica suya, publicada el día antes, informaba de que las tropas de Franco no habían cortado la vital carretera.8 De hecho, él y otro corresponsal habían cruzado en un decrepito taxi el puente de Arganda bajo el bombardeo. Para poner en evidencia a James, a quien despreciaba, Matthews trufó sus siguientes crónicas con numerosas referencias a la carretera que permanecía en manos republicanas.

Más tarde, en marzo, tuvo lugar la batalla de Guadalajara. Los directores del *Times*, que habían recibido enérgicas protestas contra Matthews de la embajada italiana en Washington, comenzaron a eliminar algunas referencias a la composición predominantemente italiana de las fuerzas de Franco en dicha batalla y a su incompetencia en el combate. Y así, tras la batalla, donde Matthews hablaba de «los cadáveres, los prisioneros, el material de todo tipo

[que] eran italianos y nada más que italianos»,<sup>9</sup> los editores de la redacción pusieron: «Eran insurgentes y nada más que insurgentes», para luego en las últimas ediciones suprimir todo el párrafo.

Matthews estaba furioso. Sus memorias (escribió varias) están llenas de invectivas contra James y los periodistas de la redacción. Incluso incluye intercambios de airados telegramas con ellos, por lo general tildando los mensajes de James de «insidiosos». Entre los papeles que legó a su muerte a la Universidad de Columbia hay copias de sus crónicas tal como las telegrafió al *Times*, para que quedara para la posteridad una prueba de los cambios introducidos en la redacción. Sin embargo, un estudio exhaustivo revela solo una ligera censura,<sup>10</sup> sin mayor gravedad que la sustitución de «italianos» por «insurgentes». De hecho, la auténtica guerra civil en el periódico no era entre el susceptible Matthews y sus editores de Nueva York, sino entre él y un rival que a veces se hallaba a pocos kilómetros de distancia, el corresponsal del *Times* que cubría la guerra desde el bando nacional.

William P. Carney, conocido entre sus colegas como «general Bill», era un texano, católico devoto y declarado entusiasta de Franco. Separados por el frente de guerra, los dos periodistas sostuvieron durante varios años un duelo indirecto. Así, mientras Matthews destacaba las víctimas civiles de los bombardeos de Franco y la ayuda que recibía de Hitler y Mussolini, Carney escribía sobre la alegría de la población de la España nacional y de los asesinatos de sacerdotes en la zona republicana. Cuando Matthews estuvo cubriendo la humillante derrota nacional de Guadalajara, Carney se trasladó a Sevilla, para escribir un largo reportaje sobre el «talante festivo» de la ciudad. También hizo un halagador retrato («popularidad firmemente asentada [...] inconfundible porte militar [...] sonrisa, saludo cordial y afabilidad»)<sup>11</sup> del general Queipo de Llano, el hombre famoso por sus emisiones radiofónicas en las que se regodeaba hablando de las violaciones a las que se enfrentarían las mujeres de Madrid a manos de las tropas moras.

Algunos artículos de Carney fueron publicados como panfletos por los partidarios de Franco en Estados Unidos. En un determinado momento, según el embajador estadounidense Claude Bowers,<sup>12</sup> Carney incluso hizo una difusión propagandística a través de la radio nacional, a la que puso punto final con el grito de los franquistas: «¡Arriba España!». De la España republicana, Carney escribió: «Cualquier parecido con las formas y prácticas democráticas ha desaparecido» y los desventurados obreros son «hostigados»

para que se unan a los sindicatos. En la misma crónica, escrita tras una breve estancia en Madrid al principio de la guerra, Carney enfureció a los que luchaban contra Franco al revelar la localización precisa de más de media docena de baterías artilleras y antiaéreas republicanas.

Carney no hacía prácticamente ningún esfuerzo por ocultar sus simpatías políticas. Estando de viaje por la España nacional, utilizaba como dirección de correo la de la embajada de la Alemania Nazi. Los Caballeros de Colón, la organización fraternal católica, le concedió una medalla de oro «por sus distinguidos servicios al periodismo»,<sup>13</sup> al tiempo que los propios católicos lanzaban una campaña contra Matthews. El doctor Joseph Thorning, sacerdote y educador, lo tildó de «rojo rabioso» y, junto con otras personalidades católicas, presionó para que el *Times* lo obligara a regresar de España. Pero Matthews tenía el apoyo de los dueños del periódico (el editor Arthur Hays Sulzberger y su esposa eran padrinos de su hijo) y continuó en su puesto.

Unos meses más tarde, a medida que el duelo entre los dos corresponsales se volvía más directo, Matthews se apuntaría un importante tanto periodístico sobre Carney.

Diez días después del final de la batalla de Guadalajara, un pequeño coche iba por la sinuosa carretera desde Valencia al Madrid sitiado. Dos de sus ocupantes eran estadounidenses: una periodista recién llegada de veintiséis años, Virginia Cowles, y Milly Bennett, que hacía de corresponsal independiente mientras seguía trabajando para la oficina de prensa de la República. Bennett, escribiría más tarde Cowles, «tenía una cara simiesca y llevaba gafas de pasta. Tenía una personalidad fuerte y provocativa y me gustó desde el principio. [...] Tenía convicciones de izquierdas, pero aquella mañana estaba de un humor sombrío». <sup>14</sup> Bennett la puso al corriente de un tercer pasajero que no hablaba inglés, un anciano sacerdote con los dedos teñidos de nicotina. «Conozco a este viejo farsante; menuda pieza —dijo Bennett, a pesar de colaborar en el esfuerzo publicitario republicano—. Recorre Francia dando conferencias propagandísticas en las que dice que los sacerdotes son bien tratados en la España republicana. Se está forrando.»

Entre los corresponsales de guerra, las mujeres eran la excepción. Si el estilo descarado y masculino de Milly Bennett le había abierto las puertas para alcanzar un lugar precario dentro de la profesión, Virginia Cowles eligió



otra vía. Hija de un prominente psiquiatra, Ginny, como la llamaban sus amigos, creció en Boston e hizo su presentación en sociedad en la «temporada» de 1928-1929, la última antes del desplome de la Bolsa que marcó el comienzo de la Gran Depresión. Sin ser de temperamento rebelde, sí quería ver mundo y escribir, pero pronto comprendió que para una mujer eso no resultaba nada fácil. Cuando comenzó a escribir en periódicos, descubrió que «el problema es que siempre te piden una perspectiva de mujer». <sup>15</sup> El resultado eran reportajes del tipo: «La señorita Cowles disecciona los tipos de maridos que las chicas de la alta sociedad pueden elegir». Sin embargo, estaba decidida a cubrir la guerra de España. «La única forma que tiene una chica para poder cubrir la guerra —escribiría más tarde— es comunicarle al periódico que está decidida a ir de todos modos y si desearían recibir algunos artículos.» Esa fue la estrategia que eligió con un alto ejecutivo de la cadena Hearst y le funcionó.

Una vez en España, no tuvo reparos a la hora de pedir consejo a otros periodistas (prácticamente todos ellos hombres), que compitieron entre sí por ayudarla. Tampoco le vino mal parecerse a la actriz Lauren Bacall, vestir con elegancia, tener una figura esbelta y una larga y oscura cabellera rematada con una coqueta boina. Sus grandes y separados ojos castaños «te mantenían la mirada», <sup>16</sup> recordaba uno de sus admiradores. En una ocasión en que no había ningún coche o taxi disponible y un fotógrafo se ofreció a llevarle la maleta un par de kilómetros, Cowles escribió: «Pensé en lo maravilloso que era ser una hembra de nuestra especie».

La joven de clase alta que, como ella mismo dijo, «aparte de la curiosidad, no cumplía ninguno de los requisitos de un corresponsal de guerra» <sup>17</sup> resultó ser una de las periodistas más perspicaces de la época. Su obra autobiográfica *Looking for Trouble*, parte de la cual se basa en los artículos que escribió desde España, continúa resultando hoy en día un texto fresco y sutil, mientras que la mayoría de las memorias de la guerra escritas por otros periodistas estadounidenses rezuman un cierto olor a rancio.

Prácticamente todos los que la conocieron en España, ya fueran hombres o mujeres, se refirieron a su deslumbrante belleza, sus altos tacones y su pasado de señorita de la alta sociedad. Aunque eso último era cierto, los primeros años de su vida, de los que rara vez hablaba, fueron una extraña mezcla de privilegios y privaciones, lo que quizá explique la inusual inventiva que desplegaría como periodista. Después de que sus padres entablaran una agría

disputa por el divorcio y la custodia, tras la cual su padre no tuvo que pagar pensión alimenticia alguna, Virginia y su hermana fueron criadas por su madre, que tuvo que ponerse a trabajar como tipógrafa en el *Boston Herald* para mantenerlas, ganándose un sobresueldo escribiendo artículos. Solo más tarde lograría convertirse en redactora en otro periódico. Con lo que ganaba envió a Virginia, de once años, a un colegio de señoritas. A pesar de sus apariciones en los ecos de sociedad de la prensa de Boston como invitada en este o aquel baile o acto benéfico, Virginia, en los primeros años de la Depresión, tuvo que ganarse la vida vendiendo publicidad y suscripciones para revistas. El pago de un seguro de vida a la muerte de su madre en 1932 le reportó el dinero suficiente para viajar alrededor del mundo.<sup>18</sup> Un viaje que supo aprovechar escribiendo artículos periodísticos que la dieron a conocer como escritora.

Uno de los primeros hombres que se ofreció a enseñarle los trucos del oficio en Madrid fue Sefton «Tom» Delmer, del londinense *Daily Express*.

Mientras bajábamos por la Gran Vía de regreso al hotel, le pregunté a Tom sobre la frecuencia con que bombardeaban la ciudad. Él se detuvo e inmediatamente miró su reloj. «Ahora es mediodía. Suelen lanzar algunas bombas antes de comer.» Apenas un momento más tarde, oí un ruido parecido al sonido de la tela al rasgarse. Al principio era suave y luego fue creciendo hasta convertirse en un silbido; se produjo una fracción de segundo de silencio seguida de un estallido cuando un proyectil impactó contra la piedra blanca del edificio de teléfonos [sic] al final de la calle. Trozos de ladrillo y madera se estrellaron contra el suelo y se levantó una nube de polvo rosado. Un segundo proyectil cayó en la calzada a unos treinta metros de distancia y un tercero alcanzó un bloque de pisos de estructura de madera en una esquina. Todo el mundo echó a correr, dispersándose en zaguanes y portales, como trozos de papel levantados por una repentina racha de viento.

Tom y yo nos refugiamos en una perfumería mientras las explosiones continuaban a un ritmo de una por minuto. Mi corazón latía desbocado. El estrépito de los ladrillos y cristales al caer y el polvo rosado que se elevaba oscureciendo la luz del sol se asemejaban a una terrible plaga bíblica actualizada y mecanizada en el siglo xx. [...]

El bombardeo duró una media hora. Cuando acabó, salimos a la calle. El suelo estaba cubierto de escombros y metralla, y un poste telefónico se inclinaba tambaleándose sobre uno de los edificios, los cables colgaban enredados como serpentinatas. La segunda planta de una tienda de sombreros tenía un boquete y en la esquina un automóvil era un amasijo de hierros retorcidos. En las cercanías, donde dos mujeres habían resultado muertas, la acera estaba salpicada de sangre. [...] Nunca antes había sentido ese tipo de miedo que hace palpar la sangre por las venas.<sup>19</sup>

Cowles se alojaba con otros corresponsales extranjeros en el Florida, un hotel modernista y revestido de mármol en el que las habitaciones que antes eran las más baratas porque daban a un callejón lateral, ahora, a causa de los bombardeos nacionales, se habían vuelto las más caras. Pronto se convirtió en una habitual de las reuniones nocturnas en la suite de Hemingway, donde los periodistas disfrutaban de la cerveza, el whisky y las inusuales latas de jamón y de paté traídas de Francia. De vez en cuando compartían una liebre o unas perdices cazadas por el satisfecho novelista, que se las daba a una camarera del hotel para que las cocinara (con las carreteras con acceso a Madrid castigadas por el fuego artillero, el otrora refinado hotel ofrecía poco más que pan, cebollas y judías). Los periodistas comían y bebían acompañados por los discos de Chopin que a Hemingway le encantaban. Normalmente permanecían con el abrigo puesto, ya que, como la mayor parte del carbón español se encontraba en el territorio ocupado por el otro bando, en la ciudad había muy poca calefacción.

Hemingway era el sol alrededor del cual gravitaba la tertulia del hotel Florida. Entre los habituales del grupo estaban Delmer, del *Daily Express*; Matthews, del *Times*, y Martha Gellhorn, que escribía para el conocido semanario *Collier's*. Hemingway y ella estaban en los inicios de su romance, que varios años más tarde llevaría a Gellhorn a convertirse en su tercera mujer.

Para el novelista, la guerra española no solo era materia prima sobre la que escribir, sino también un gran escenario en el que siempre estaba actuando. Su público siempre cambiante incluía también a otros escritores, generales, soldados, diplomáticos, ministros y personalidades visitantes. Para impresionar, parecía estar siempre trabajando compulsivamente. Hemingway, recordaba Kate Mangan, de la oficina de prensa de la República, «siempre llegaba con su séquito. [...] Era un hombre grande y colorado, de apretones de mano aplastantes, vestido con moteados tweeds con pelo. [...] Uno siempre tenía la impresión de que había varias figuras oscuras, inidentificables y sumisas como telón de fondo, mientras Hemingway, el gran hombre, ocupaba el primer plano». <sup>20</sup> Que lo vieran con la rubia y sofisticada Gellhorn, impecablemente vestida con fulares de gasa y vestidos de la Quinta Avenida, era parte de la puesta en escena. «Elegantemente peinada, con un vestido de lino e incluso perfectamente bronceada, llevaba la falda más bien corta y se sentaba sobre la mesa balanceando de manera provocativa sus

largas y delgadas piernas. A los españoles aquello no les gustaba, porque creían que la sexualidad debía dirigirse a una sola persona y preferiblemente en privado.»

Para los corresponsales, el hotel Florida, justo calle abajo del edificio de la Telefónica desde donde enviaban sus crónicas, era como el centro del mundo. En representación de un diario de París, estaba el escritor y piloto Antoine de Saint-Exupéry, y el novelista André Malraux, quien había organizado el reclutamiento de voluntarios extranjeros para volar con la República, iba y venía. En la recepción del Florida se podía ver pasar a un poeta estadounidense, un líder sindical sueco o un miembro del Parlamento británico. Para los que estaban en el hotel, su proximidad con el frente y el peligro suponían un potente afrodisíaco. Cada vez que se producía un bombardeo o una incursión aérea nocturna, como escribió Delmer, «salían a la luz todo tipo de líos amorosos cuando la gente salía de los dormitorios en busca de refugio en el sótano, entre ellos Ernest y Martha».<sup>21</sup> A las parejas que salían corriendo de sus habitaciones se las podía ver desde los otros pisos a través del atrio central acristalado que ocupaba toda la altura de las diez plantas del hotel.

Como descubrió un visitante británico, algunos de los escauceos amorosos que se producían en las habitaciones del Florida eran con profesionales. El muy reverendo Hewlett Johnson, deán de Canterbury, era un entusiasta valedor de las causas de izquierdas. La novelista Josephine Herbst lo describió «vestido de negro [...], seguramente una persona bienintencionada, de cara grande, rosada y empalagosa, con cabeza de huevo, calva y festoneada con una franja de pelillos infantiles».<sup>22</sup> Las anteriores ocupantes de su habitación en el hotel, dos prostitutas marroquíes que ejercían su profesión con los soldados de las Brigadas Internacionales, se habían marchado aquella misma mañana. Así describió Delmer lo que pasó después: «El deán acababa de instalarse en su habitación cuando alguien llamó a la puerta y al abrir vio en el pasillo a un pequeño grupo de británicos que habían venido del frente a visitar a las chicas marroquíes. Evidentemente, eso el deán no lo sabía. Supuso que aquellos jóvenes compatriotas, pues les había oído hablar en inglés, eran una delegación de luchadores por la libertad que deseaban dar la bienvenida a su ilustre camarada, el Deán Rojo. Así que se dirigió a ellos muy amablemente, alabando su disposición al servicio y al sacrificio, y les dio una pequeña homilía improvisada acerca de las virtudes

cristianas de la causa por la que estaban luchando. Luego les dio la bendición y se retiró de nuevo a su habitación». [23](#)

Sin embargo, un escocés que «se había quedado abajo bebiendo, llegó tambaleándose a la puerta del deán justo para ver cómo se disolvía la reunión y este desaparecía dentro de la que Jock pensaba que era la habitación de Fátima. Interpretando de manera totalmente equivocada la situación, [...] esperó, esperó y esperó hasta que se le agotó la paciencia. Y en un arrebato de justa indignación, se acercó a la puerta y la aporreó con los puños. “¡Sal de una vez, viejo cabrón! —rugió—. Llevas ahí dentro más de veinte minutos. Se te acabó el tiempo. ¡Sal ya!”».

Las dos marroquíes no eran las únicas representantes de la profesión más antigua del mundo que trabajaban en Madrid. Tenían mucha competencia y se contaban muchas anécdotas. La deslenguada Milly Bennett solía relatar para entretener a otros periodistas la de un voluntario estadounidense que, cuando buscaba compañía femenina, reclamaba un 50 por ciento de descuento porque le habían volado un testículo de un tiro.

En el hotel Florida, «la habitación de Hemingway estaba presidida por Sidney Franklin —escribió Virginia Cowles—, un rudo y joven torero estadounidense. [...] Cuando le pregunté cómo es que había venido a Madrid, me dijo: “Pues mira, un día me telefoneó Ernest y me dijo: ‘Hola, chico, ¿te apetece venirte a la guerra en España?’, y yo le contesté: ‘Claro, papi, ¿de qué lado estamos?’”» [24](#)

Hemingway disfrutaba de su papel de líder de la manada. Cuando estaba Martha Gellhorn, recordaba Delmer, «la sermoneaba sobre cómo observar las cosas como un escritor». [25](#) A veces, orgulloso de su pericia, se llevaba a Cowles, Gellhorn y otros más a presenciar los incesantes combates desde un edificio de ocho plantas medio en ruinas, cuyos destrozados apartamentos estaban sembrados de todo tipo de cosas, desde cuadros hasta rulos para el pelo. «El Old Homestead —escribió Cowles— era una casa que Hemingway había encontrado en las afueras de la capital. Su fachada se había caído por el impacto de una bomba, lo que proporcionaba una posición privilegiada para seguir la batalla. [...] Contra el amplio panorama de colinas, las fumaradas eran como pinceladas de algodón y los tanques parecían de juguete. Cuando uno de ellos estallaba, las llamas no parecían mayores que el destello de una cerilla. [...] Hemingway, sin embargo, seguía los combates con avidez: “Es lo peor que los seres humanos se pueden hacer unos a otros —dijo

solemnemente—, pero también lo más emocionante”.»[26](#)

En la primavera de 1937, los madrileños habían aprendido a vivir en lo que parecía un permanente estado de sitio. Los edificios tenían cicatrices de la metralla y los vidrios que todavía permanecían enteros aparecían apedazados con cinta adhesiva. Los trabajadores de una librería habían hecho un muro protector con libros delante del escaparate. El hotel Palace había sido transformado en hospital, y lo que en otro tiempo fue el restaurante, lleno de espejos de marcos dorados y arañas de cristal, ahora lo ocupaban ocho quirófanos. Las enfermeras, observó Cowles, eran antiguas prostitutas: «Rubias oxigenadas de manos sucias y uñas pintadas de rojo. Me enteré de que la profesión de enfermeras tradicionalmente había estado reservada casi en exclusiva a las monjas y, al estar estas del lado de Franco, los médicos se habían visto obligados a servirse de cualquier ayuda que pudieran encontrar». [27](#)

Los dos bandos permanecían atrincherados en sus posiciones en la Ciudad Universitaria, donde los edificios del campus habían quedado reducidos a su esqueleto por los bombardeos. El frente se hallaba notablemente cerca del hotel Florida: «Hacías la mitad del trayecto en tranvía y la otra mitad caminando, y ya habías llegado», [28](#) escribió Cowles. En ninguna otra guerra del mundo podían los periodistas y los fotógrafos zambullirse tan fácilmente en medio de los combates. Al parecer, cada vez que Cowles quería ir al frente siempre había un hombre dispuesto a acompañarla. «Unos días después de llegar a Madrid conocí al profesor J. B. S. Haldane, un científico inglés y antiguo profesor de la Universidad de Cambridge, que estaba comiendo en el restaurante Gran Vía. “Creo que me acercaré al campo de batalla a echar un vistazo —dijo despreocupadamente—. ¿Si quiere acompañarme?”.»

Al acercarse al frente,

centinelas en jersey y pantalones de pana, con los fusiles apoyados junto a ellos, nos dijeron «Salud» y nos pidieron nuestros pases. Los estudiaron con las cejas fruncidas, aunque la mayoría de ellos no sabían leer y algunos revisaban los papeles boca abajo, tras lo cual levantaron el puño y nos dejaron pasar.

Al final de la avenida, las calles aparecían desoladas y los bloques de casas estaban destrozados y vacíos. Algunos [...] se asemejaban a decorados con las fachadas arrancadas. Arriba en uno de ellos se veía la mesa puesta para comer, con las servilletas en su sitio y las sillas colocadas, pero una de las paredes era solo un trozo de cielo. [...]

De pronto [...] nos encontramos en el frente. Largas filas de soldados disparaban por las troneras entre los sacos terreros. Iban sin afeitado y sus guerreras y pantalones caqui estaban manchados de grasa y barro. Algunos no aparentaban más de dieciséis o diecisiete años. [...]

Uno de los soldados me dio un fusil y me preguntó si no quería disparar a los fascistas, y luego un chaval de mejillas sonrosadas y grandes ojos castaños se acercó y sostuvo un periscopio por encima de la trinchera para que pudiera ver las líneas enemigas. Se hallaban a solo cincuenta metros tras un amasijo de piedras y hierba. En medio, en la tierra de nadie, yacían tres cuerpos retorcidos.

—Los muertos son nuestros —dijo el muchacho en voz baja.

Cowles hizo varios viajes más al frente, uno de ellos con Hemingway, en el que los soldados republicanos «consideraron un gesto simpático el llevarnos a dar un paseo en un vehículo acorazado por una carretera, que se encontraba bajo el fuego enemigo, para que pudiéramos oír las balas estrellándose contra el blindaje». [29](#) En otra ocasión en la que estaba comiendo con Cowles y Josephine Herbst en el sótano del hotel Gran Vía, donde había una larga mesa reservada para la prensa, el novelista hizo alarde de su familiaridad con otro tipo de violencia.

Como los proyectiles estaban cayendo en la calle fuera del café y era imposible salir, no nos quedó más remedio que alargar la sobremesa. En la mesa de al lado me fijé en un tipo de aspecto meticuloso vestido todo él de gris perla. Tenía la frente alta y largos dedos de intelectual y llevaba unas gafas de pasta que reafirmaban su aspecto reflexivo.

—Ese —dijo Hemingway— es el verdugo jefe de Madrid. [Su nombre era Pepe Quintanilla y era el jefe del contraespionaje republicano.]

Ernest lo invitó a unirse a nosotros y él aceptó con la condición de que le permitiéramos invitarnos a una botella de vino. Sus modales eran obsequiosos hasta resultar aduladores, pero nunca olvidaré la mirada de sus brillantes y pétreos ojos castaños. [...] Hemingway estaba apasionadamente interesado en los pormenores de la muerte y pronto comenzó a acribillar al hombre a preguntas.

—¿Ha muerto mucha gente en Madrid?

—Una revolución siempre es precipitada.

—¿Y muchos han muerto por error?

—¿Por error? Errar es humano.

—Y los muertos por error, ¿cómo murieron?

—En su conjunto, teniendo en cuenta que fueron errores —dijo meditativamente—, muy bien, de hecho, magníficamente.

Su manera de decirlo hizo que me recorriera un escalofrío por la espalda. Su voz alcanzó en la última palabra un tono de éxtasis y sus ojos brillaron con deleite. Acercó la botella de vino y me llenó el vaso. El vino borboteó espeso y rojo y yo no podía dejar de pensar en la



sangre.

Cuando salimos del restaurante, Hemingway dijo:

—Un tipo elegante, ¿verdad? Pero recordad, es mío.<sup>30</sup>

Unos meses más tarde, al leer *La quinta columna*, la obra de teatro de Hemingway sobre la Guerra Civil Española, Cowles reconoció partes de aquella conversación.

Herbst, que también sacó un relato sobre la comida, dijo al escribir sobre Cowles: «Es joven y bonita, viste de negro, con gruesos brazaletes de oro en sus delgadas muñecas, y calza minúsculos zapatos negros de tacones increíblemente altos. A menudo me preguntaba cómo conseguía moverse entre los escombros».<sup>31</sup>

El verdugo, como tantos hombres, quedó deslumbrado por Cowles. Mientras los otros comensales salían del restaurante en medio del ruido de los proyectiles estallando en la calle y las ventanas rompiéndose, «le dio unas palmaditas en la rodilla para tranquilizarla y le dijo: “Iremos a mi casa. Me divorciaré de mi mujer y me casaré contigo. Tengo montañas de camas y de habitaciones, incluso para Hemingway. [...] Ya tengo un hijo —le dijo a Virginia—, así que no tendrás que hacerme otro. Solo ser mi mujer. Mi mujer puede ser la cocinera [...]”.

»“Me temo que cuando se canse de mí, me convertirá en su cocinera”, le contestó Virginia».

Durante aquella primavera en Madrid, Cowles también vio a Hemingway y su séquito mientras trabajaban en un proyecto en el que habían depositado grandes esperanzas. Se trataba de un documental que se llamaría *Tierra española*. El director, Joris Ivens, era un cineasta holandés con estrechos vínculos con el Comintern. Los partidarios de la República creían fervientemente que la película, con la participación del famoso novelista, podría servir para movilizar el apoyo exterior. Hemingway, que estaba escribiendo el guion del narrador, había contribuido con 4.000 dólares a los gastos de producción y estaba feliz de que en el proyecto participaran muchos de sus amigos. Entre ellos estaban su torero acompañante Sidney Franklin, su nueva amante Martha Gellhorn y su viejo compañero de pesca, el escritor John Dos Passos, a quien conoció en Italia cuando eran ambos jóvenes conductores de ambulancia durante la Primera Guerra Mundial. Los dos habían viajado juntos a menudo y compartían un profundo amor por España.

Durante más de un mes, Hemingway y un grupo de parásitos siempre cambiante acompañaron a Ivens y su equipo. El fornido escritor les echaba una mano con el equipo mientras filmaban en las trincheras de la Ciudad Universitaria escenas de combate cerca de Madrid, incursiones aéreas en vivo, obuses cayendo, soldados heridos retirados en camillas e incluso un avión alemán estrellándose. En un determinado momento el coche del equipo fue alcanzado por la metralla. Con su habitual fanfarronería escénica, Hemingway contó en una de sus crónicas periodísticas cómo impactaban las balas en las paredes de un edificio desde el que estaban filmando. Un día, Virginia Cowles fue con el equipo de rodaje a un pueblo agrícola en la carretera Madrid-Valencia que figuraba en el guion. Sidney Franklin también iba con ellos, pero el equipo no pudo rodar mucho porque, como escribió Cowles, «unos minutos después de llegar alguien se enteró de que era matador y el pueblo entero salió a verlo. [...] El alcalde trajo una jarra de vino, los niños invadieron la sala y durante el resto de la tarde discutimos aspectos técnicos del toreo».<sup>32</sup> Cuando en mayo de 1937 se acabó el rodaje, Ivens se fue inmediatamente a Nueva York a montar el resultado. Todos los participantes tenían grandes esperanzas en el impacto que el documental pudiera tener donde más importaba, es decir, en Estados Unidos.

Cowles dejó España después de varios meses de estancia. «Durante semanas en París, el sonido del tubo de escape de un coche o el zumbido de una aspiradora me provocaba un absurdo sobresalto. [...] España me había dejado una huella más profunda de lo que era consciente.»<sup>33</sup> No obstante, empezó a prepararse para su siguiente objetivo: informar de la guerra desde el bando nacional.

## EL HOMBRE QUE AMABA A LOS DICTADORES

El exclusivo ramillete de corresponsales extranjeros que describieron el calvario de Madrid ha sido homenajeado en multitud de memorias, novelas, historias e incluso en una película de 2012 para la televisión, *Hemingway and Gellhorn*, en la que una abandonada estación de tren californiana fue transformada en la recepción del hotel Florida. Los cerca de un millar de periodistas de países extranjeros que en un momento u otro de la guerra informaron desde España produjeron cientos de miles de palabras en más de una docena de lenguas para describir aquella majestuosa y bella ciudad sitiada que sufría los estragos de prolongados bombardeos aéreos. Pero, curiosamente, todos esos reporteros se olvidaron de una cuestión fundamental.

Según parece, a ninguno de ellos, al contemplar las formaciones en uve de los Junkers de Hitler sobre el cielo de Madrid, se le ocurrió preguntarse sobre quién aportaba el combustible que impulsaba aquellos aviones.

Debería haber sido una pregunta obvia, pues no solo los aviones, sino también los tanques, los vehículos blindados, los camiones y muchos otros elementos indispensables para llevar a cabo una guerra moderna necesitan combustible. Más del 60 por ciento del petróleo que llegó a España durante el conflicto fue consumido por los ejércitos contendientes.<sup>1</sup> Sin embargo, para Hitler y Mussolini, que se apresuraron a enviarle a Franco tropas, aviadores y armas de todo tipo, el petróleo era algo de lo que carecían. De hecho, Alemania importaba más de dos tercios del que utilizaba. Y al estar las reservas de oro del país en manos de la República, los nacionales españoles tenían difícil acceso a la compra de combustible en el mercado internacional. Habría supuesto un gran incremento de los gastos de Alemania e Italia, como principales abastecedores de armas para Franco, si además hubieran tenido que pagar el petróleo. Pero como se vio, no tuvieron que hacerlo, pues ese combustible llegó a crédito proveniente de Texas.

Al hombre que lo hizo posible se le podía ver a menudo en el club '21', uno de los refugios favoritos de la gente bien de Nueva York. Este antiguo bar clandestino era famoso por sus bancos tapizados en piel roja, su bar con arrimaderos de madera y su restaurante ostentosamente caro. Diversas estatuillas de *jockeys* brillantemente coloreadas habían sido donadas por clientes propietarios de caballos de carreras, y algunos comensales tenían sus propias reservas de vino en la bodega del restaurante. Entre los habituales figuraban desde gánsteres importantes hasta Humphrey Bogart o los hermanos Marx. Determinados platos del menú honraban a clientes especiales, y uno de ellos, compuesto por una hamburguesa con huevo, llevaba el nombre de un tipo barrigón de mandíbula cuadrada cuya presencia dominaba cualquier reunión.

A la edad de quince años, el noruego Torkild Rieber se embarcó como grumete en un velero. Eso fue antes de que se acabara el canal de Panamá, y el barco tardó seis meses en llegar desde Europa, atravesando el cabo de Hornos, hasta San Francisco. Durante los dos años siguientes, se enroló en barcos que transportaban a trabajadores contratados en Calcuta para las plantaciones de azúcar de las Indias Occidentales Británicas. Las tripulaciones conseguían una bonificación por cada trabajador que entregaban. Aquella reminiscencia de la trata de esclavos convirtió aquellos «barcos de culis» en algunas de las naves más atestadas y brutales de la época. Toda su vida, Rieber prosperó contando, con su voz grave y profunda, historias de sus años de navegación, de cuando había que subirse a lo alto de un mástil para arriar las velas por encima de una cubierta balanceante y cabeceante, de la previsión de las tormentas observando el cielo al anochecer, o de las cabalgadas sobre los huracanes del Atlántico en un barco abarrotado de mareados y desesperados braceros indios. Pero en tierra le gustaba vestir de esmoquin cuando iba a cenar al '21' o a cualquier otra parte, porque, como decía, «esta era la forma en la que los ingleses dirigían la colonia en Calcuta».<sup>2</sup>

Tras sobrevivir al apuñalamiento de un tripulante borracho, el joven Rieber consiguió la ciudadanía estadounidense y se convirtió en capitán de su primer barco, un petrolero. A partir de entonces fue conocido como «Capitán». Cuando comenzó la Guerra Civil Española, hacía mucho tiempo que había abandonado el mar. Lo que entonces capitaneaba, desde un elegante

despacho revestido de madera en lo alto del Chrysler Building de Nueva York con una bola del mundo tras su escritorio y un mapa desplegado en la pared, era una compañía petrolera.

Después de que la Texas Company, más conocida como Texaco por el nombre de sus estaciones de servicio, comprara el petrolero que capitaneaba, Rieber se dio cuenta de que donde estaba el dinero del petróleo era en tierra. Mientras la compañía crecía y la estrella roja de Texaco con la te en verde instalaba gasolineras por todo el mundo, se casó con la secretaria de su jefe y comenzó a subir rápidamente en el escalafón de la compañía. «No puede estarse quieto —escribió un asombrado periodista de la revista *Life*—. Brinca arriba y abajo, se agita y salta al andar como si estuviera en la cubierta de un barco. Está en permanente movimiento, como la tierra. No puede permanecer mucho tiempo en un despacho, ni en una ciudad, ni en un continente.»<sup>3</sup> La publicación hermana de *Life*, *Time*, tampoco pudo resistirse al encanto del diamante en bruto de Rieber, al que calificó de jefe corporativo «testarudo y de voluntad de hierro» con «sentido común, capacidad de mando y la fuerza motriz de un motor de triple expansión».

Desde tiempo atrás, Texaco tenía fama de ser las más temeraria y agresiva de las grandes compañías petroleras. Su fundador, que fue quien contrató a Rieber, tenía izada orgullosamente una bandera con una calavera y dos tibias cruzadas en lo alto del edificio de su sede. «Si me estuviera muriendo en una gasolinera de Texaco —dijo una vez un ejecutivo de la Shell—,<sup>4</sup> pediría que me arrastraran al otro lado de la carretera.» Representando a la compañía, Rieber se abrió paso por los campos petrolíferos de todo el mundo, forjando acuerdos bajo mano con los dictadores locales desde el Golfo Pérsico hasta Colombia. Fue en este último país donde surgió una nueva ciudad llamada Petrólea, en medio de una extensión de tierra del tamaño de Rhode Island en la que Texaco había conseguido la concesión para perforar. El bombeo del petróleo hasta un puerto colombiano donde los petroleros pudieran cargarlo exigió la construcción de un oleoducto de 425 kilómetros a través de junglas y montañas, cruzando los Andes por el paso Capitán Rieber, que atravesaba la sierra a 1.600 metros de altura. Varios obreros murieron durante su construcción, por lo que unos amigos alemanes lo apodaron *Leichenfänger*, carroñero de cadáveres. Las ambiciones de Rieber abarcaban el mundo entero, lo mismo que sus viajes. En 1936 consiguió, junto con un explorador, una cantante de ópera, el alcalde de Fráncfort y diversas personalidades más,

un codiciado camarote en el viaje inaugural del dirigible *Hindenburg*, que hizo la travesía desde Alemania hasta Estados Unidos.

Como muchos otros ejecutivos de su tiempo, el irascible Rieber no sentía grandes simpatías por los sindicatos ni por el New Deal de Franklin D. Roosevelt. Pero tras sus anchas espaldas, enérgicos apretones de mano y juramentos de marinero, el personaje que había logrado ascender en el escalafón social desde la cubierta inferior hasta la superior y que tan bien encajaba en el '21' ocultaba un lado más oscuro. Aunque no era antisemita («Pero si algunos de mis mejores amigos —solía decir— son malditos judíos, como Bernie Gimbel o Solomon Guggenheim»),<sup>5</sup> era un admirador de Adolf Hitler. En sus últimos años, restaría importancia a tales simpatías afirmando que se trataba puramente de una cuestión de negocios. «Siempre pensó que era mejor llegar a acuerdos con autócratas que con democracias —recordaba un amigo—. Decía que a un autócrata solamente lo tenías que sobornar una vez, mientras que con las democracias tenías que hacerlo una y otra vez.»

Texaco se había convertido en el principal proveedor de petróleo de España un año antes del golpe de Estado nacional. Cuando Franco y los otros conspiradores trataron de hacerse con el poder, Rieber decidió no mantener el contrato con la compañía estatal de petróleo del gobierno republicano y firmar otro con el nuevo autócrata de turno. A sabiendas de que los camiones militares, los tanques y los aviones necesitaban no solo combustible, sino toda una gama de aceites de motor y otros lubricantes, inmediatamente ordenó que una provisión de barriles y latas que se hallaba en el puerto francés de Burdeos fuera embarcada en un petrolero disponible de Texaco y enviada a los nacionales.<sup>6</sup>

Como ocurre a menudo, las inclinaciones políticas se vieron reforzadas por una relación personal: la amistad entre Rieber y un hombre mucho más joven, José Antonio Álvarez Alonso, un ejecutivo de la compañía estatal española de veintiocho años de edad y anglohablante. Con la firma del contrato con Texaco en 1935, la empresa estatal compró un petrolero y el funcionario español viajó a la terminal del oleoducto de la compañía petrolera en Port Arthur, Texas, para rubricar el evento y reunirse con su nuevo presidente. Álvarez Alonso era un entusiasta del movimiento fascista de su país, la Falange Española, y mientras Rieber le enseñaba el barco, los dos hombres congeniaron, al constatar que veían el mundo de la misma manera. El jefe de Texaco invitó a su nuevo amigo a visitar otra vez Estados Unidos unos meses

más tarde para asistir a una reunión de la industria petrolera en Los Ángeles. Después del inicio de la sublevación nacional en 1936, Madrid, bajo dominio de los republicanos, se volvió un lugar peligroso para los fascistas, y Álvarez Alonso huyó a Francia. Sabía que los nacionales irían escasos de petróleo, por lo que desde Marsella envió un telegrama a William M. Brewster, el representante de Texaco en la capital francesa. Inmediatamente llegó la respuesta: «Venga a París. El capitán Rieber está aquí y desearía verle».7

Cuando Álvarez Alonso se reunió con los dos hombres, «el señor Rieber me dijo que la compañía apoyaría a la España nacional». Álvarez Alonso se trasladó luego a Burgos, donde Franco había instalado su cuartel general. Desde allí, le fue mandando mensajes a un impaciente Rieber, que seguía en París, para explicarle que los nacionales necesitaban urgentemente petróleo, pero que carecían de petroleros y dinero, a lo que Rieber contestó con un telegrama que sería largamente celebrado por el círculo de confianza de Franco: «No se preocupen por el pago».8 Poco después, Álvarez Alonso invitó a Rieber y a Brewster a Burgos. Se acordó que Texaco facilitaría a crédito todo el petróleo que Franco necesitara. Juan March,9 banquero y magnate de la prensa, el mayor apoyo financiero de los nacionales, se convirtió en el avalista. La relación se vio fortalecida cuando, tras unos meses como voluntario en el frente, Álvarez Alonso fue nombrado encargado de las importaciones de petróleo para los nacionales (después de la guerra, sería recompensado con el puesto de presidente de la filial de Texaco en España).10

Al otro lado del Atlántico, cuando un petrolero republicano atracó en Port Arthur en el otoño de 1936, su capitán, que esperaba que el contrato con Texaco fuera respetado, quedó consternado al descubrir que Rieber había enviado la orden de que no se le vendiera más petróleo a la República. Como la España nacional y sus aliados tenían escasez de petróleo y Estados Unidos al parecer tenía una fuente de aprovisionamiento inagotable, este salvavidas de Texaco aseguró a Franco el poder continuar con la guerra. Si el gobierno estadounidense intervenía para detener dicha circulación, el esfuerzo bélico de los nacionales se vería seriamente afectado.

Los republicanos españoles, así como sus partidarios de todo el mundo, esperaban fervientemente que el presidente Roosevelt cambiara pronto su postura de mantenerse neutral respecto a España. Era indudable que, más que



cualquier otro líder occidental, Roosevelt no querría que Hitler y Mussolini consiguieran otro aliado. E indudablemente, Eleanor Roosevelt, que, en sus visitas a las minas de carbón, a los granjeros azotados por la sequía del Dust Bowl<sup>11</sup> o a los habitantes de chabolas en los Apalaches, se había mostrado tan preocupada por la suerte de la gente trabajadora y desposeída, debía de estar también de su lado.

De hecho, envió una contribución personal a un fondo cuáquero de socorro para los niños españoles. Aunque se cuidaba de no criticar directamente la política estadounidense, en su ampliamente seguida columna periodística, los partidarios de la República se sentían reconfortados por sus repetidas referencias al sufrimiento provocado por la guerra. Pero, a fin de cuentas, quien ostentaba el poder era el presidente, y cualesquiera que fueran sus sentimientos se mostraba muy cauteloso al respecto. Si bien la causa republicana podría reportarle unos pocos votos, lo cierto era que dicho apoyo enfurecería a los obispos y a los editores de cientos de periódicos católicos repartidos por todo el país. Al concurrir a la reelección en 1936, se creía que Roosevelt tenía un acuerdo tácito con los líderes de la Iglesia católica estadounidense de no tomar partido en el conflicto español. El padre Coghlin, el predicador radiofónico, describía a Franco como un «rebelde por Cristo, un rebelde por amor a la humanidad»,<sup>12</sup> y hablaba del asesinato de miles de sacerdotes españoles «bajo la cruz roja del comunismo sobre la que han sido crucificados los hermanos en Cristo».<sup>13</sup>

Roosevelt recientemente se había interesado por la técnica relativamente nueva de las encuestas de opinión y las seguía de cerca. En febrero de 1937, una de ellas reveló que, aunque la proporción de los estadounidenses simpatizantes de la República superaba a la de los partidarios de Franco en cerca de dos a uno, el 66 por ciento de la población no se inclinaba por ninguno de los dos bandos o carecía de opinión al respecto. Estos datos, escribió el encuestador George Gallup, «confortarán a cualquier aislacionista».<sup>14</sup> En cambio, la mayoría de los estadounidenses tenía una clara opinión sobre la decisión del rey Eduardo VIII de abdicar para poderse casar con la señora Simpson; pensaban que hacía bien.

Desde su casa en Manhattan, Jay Allen, quien fue despedido del conservador *Chicago Daily Tribune* por su denuncia de las masacres de Franco, se había convertido en un apasionado activista en favor de la República. Eleanor Roosevelt siempre estaba dispuesta a escucharle y en

cierta ocasión le propuso que le presentara a su marido el tema de la ayuda a la República Española en su retiro campestre del río Hudson. Así relata la historia Paul Preston:

El día acordado, fue a Hyde Park e hizo su discurso. Cuando acabó, creyendo que ya lo había dicho todo y bien, se sintió confuso ante la lacónica respuesta de Roosevelt: «Señor Allen, no puedo oírle». Jay estaba desconcertado. ¿Realmente el presidente no le había oído? ¿No había hablado lo suficientemente alto? [...] Viendo su consternación, el presidente le explicó: «Señor Allen, puedo oír a la Iglesia católica y a sus aliados muy bien, porque hablan muy alto. ¿Podrían usted y sus amigos hablar un poco más alto, por favor?

[15](#)

Roosevelt continuó escuchando a los que hablaban más alto. Según la ley estadounidense, la exportación de «armas, municiones y otros materiales bélicos» a países en guerra estaba prohibida. A principios de 1937, una resolución del Congreso puntualizó que cualquier armamento destinado a «la desdichada Guerra Civil Española» se contemplaba en dicha prohibición. El Senado votó a favor de la resolución por unanimidad, y la Cámara de Representantes por 441 votos frente a 1. El único voto era de John T. Bernard, de Minnesota, un obstinado corso de nacimiento amante de la ópera y antiguo minero del hierro. En la Cámara, Bernard siguió presentando objeciones de procedimiento contra la resolución hasta que el *Mar Cantábrico*, un barco republicano cuyo cargamento consistía en una decena de aviones civiles de segunda mano, algunos motores de aviación y otros suministros, pudo abandonar el puerto de Nueva York y alcanzar las aguas internacionales. El navío fue remolcado por la Guardia Costera, acompañado por una avioneta de la policía de Nueva York y varios aviones abarrotados de periodistas y fotógrafos. Cuando a Bernard le comunicaron que el barco se hallaba fuera del límite territorial, se calló en medio de una frase y la resolución fue aprobada. La singladura del *Mar Cantábrico*, sin embargo, no acabó bien. Al aproximarse a España, fue interceptado por un barco de guerra nacional. El capitán, seis pasajeros y diez tripulantes fueron fusilados y el resto, condenados a trabajos forzados a perpetuidad. La fuerza aérea franquista se hizo con los aviones que iban a bordo (uno de ellos serviría más tarde para llevar por la España nacional a dos ilustres visitantes estadounidenses).

El endurecimiento de la ley estadounidense de neutralidad fue bien recibida

por Franco, quien dijo de Roosevelt que había «actuado como un auténtico caballero».16 El dictador estaba doblemente satisfecho porque curiosamente dicha ley no prohibía la exportación de petróleo crudo, gasolina o queroseno para los aviones, sin los cuales el ejército y la fuerza aérea nacionales se hubieran visto en serios apuros. Texaco no era la única compañía petrolera estadounidense que le abastecía. Siguiendo el ejemplo de Rieber, Shell, Socony, Atlantic Refining y Standars Oil de Nueva Jersey también le vendieron petróleo, aunque el grueso del combustible para el Generalísimo continuó llegando de Texaco.17 Esta sola facilitó a los nacionales más del doble de todo el petróleo que la República pudo comprar.18

Tampoco eran considerados legalmente como armamento los camiones. El ejército franquista utilizó unos 12.000 vehículos estadounidenses, suministrados por General Motors, Studebaker y Ford (General Motors le hizo a Franco el enorme favor de aceptar el pago en pesetas, las cuales durante la guerra no podían ser exportadas del país y que solo tendrían valor si Franco ganaba). Neumáticos Firestone también le vendió productos al ejército del Generalísimo. Un anuncio publicitario en España rezaba: «La victoria premia a los mejores. El glorioso ejército nacional siempre gana en el campo de batalla. Los neumáticos Firestone han conseguido su decimonovena victoria consecutiva en las 500 Millas de Indianápolis».19

La ley estadounidense, sin embargo, sí especificaba que esos productos supuestamente no militares para un país en guerra no podrían ser transportados en barcos estadounidenses. Y, al parecer, ahí estribaba la posibilidad de cortar el cordón umbilical petrolífero de Texaco para Franco, al descubrir los agentes de aduanas que los petroleros de Torkild Rieber estaban eludiendo dicha disposición de la ley. Los barcos de Texaco salían de la terminal del oleoducto de la compañía en Texas con un cargamento explícitamente destinado a Amberes, Róterdam o Ámsterdam, y ya en alta mar sus capitanes abrían las órdenes selladas para redirigirse a puertos de la España nacionalista.

Además de ordenar esa flagrante falsificación, Rieber estaba vulnerando otra parte de la disposición legal: estaba concediendo crédito a un gobierno en guerra. Nominalmente, ese crédito era a noventa días a partir de la fecha de embarque del petróleo (condiciones sorprendentemente indulgentes en el mundo del petróleo), aunque los términos reales eran mucho más generosos, pues, como contó más tarde el amigo nacionalista de Rieber, el ejecutivo

petrolífero Álvarez Alonso, «pagábamos lo que podíamos cuando podíamos y la deuda superó con creces el límite establecido».20 De hecho, Rieber actuó como un banquero de Franco.

Cuando agentes del FBI le interrogaron sobre dichas irregularidades en la primavera de 1937, Rieber sacó a relucir su encanto de capitán de barco e interpretó el papel del hombre de negocios apolítico, explicando que estaba seguro de que los nacionales «saldrían victoriosos y él no quería perder el negocio con los españoles que suponía entre tres y cinco millones de dólares al año».21 Al FBI se le pasó por alto que la compañía de Rieber también estaba ejerciendo de agente de compras para Franco, cuando los nacionales necesitaban productos que Texaco no tenía.22 Solo décadas después, como veremos, los archivos revelarían otros favores extraordinarios que la compañía petrolera le hizo a Franco.

El joven funcionario del Departamento de Justicia que llevó la investigación de Texaco en 1937 se mostró timorato a la hora de ir contra Rieber. Solo tres meses después de recibir información sobre las manifiestas falsificaciones escribió a su superior, el fiscal general Homer Cummings, para comunicarle que se inclinaba por enviar el caso para su enjuiciamiento en Nueva York, donde Texaco tenía su sede, aunque «en vista de [...] la importancia de algunos de los infractores [...] quizá debería usted estar al corriente del asunto antes de que el caso fuera presentado».23

A la semana siguiente, Cummings informó del tema al gabinete, mencionando una posible acusación por conspiración contra Texaco.24 El presidente Roosevelt, como anotó Cummings, se declaró personalmente «a favor de un pronto y vigoroso procesamiento».25 Posteriormente cambió de opinión y el procesamiento fue cualquier cosa menos vigoroso. Aunque los infractores de la ley de neutralidad podían ser condenados hasta a cinco años de prisión, Texaco recibió solo un tirón de orejas y acabó pagando una multa de 22.000 dólares por conceder créditos a un gobierno beligerante. Años más tarde, cuando las compañías petroleras comenzaron a emitir tarjetas de crédito para sus clientes, circuló el siguiente chiste entre la gente de la industria: «¿A quién le ha dado Texaco su primera tarjeta de crédito? A Francisco Franco».

## PACTO CON EL DIABLO

A pesar de la derrota en Guadalajara, durante la primavera de 1937 las tropas nacionales llevaron a cabo inquietantes avances, especialmente en la costa norte del país. Allí, las fuerzas vascas luchaban por mantener una menguante franja de territorio aislada del resto de la República y un nuevo grupo fue víctima de la política nacional de terror deliberado. En el País Vasco, la mayor parte del clero se mantuvo del lado de la República, que le había concedido la libertad de poder predicar y enseñar en vasco (de hecho, un político nacionalista vasco dijo haber reconocido como pecado en el confesionario el «uso de palabras en español»)<sup>1</sup>. Como consecuencia de ello, 16 sacerdotes fueron ejecutados por las tropas nacionales, muchos otros torturados y más de 80 sentenciados a largas penas de prisión. En adelante, en los territorios conquistados por los nacionales, no habría más sermones en vasco.

Poco después, la guerra alcanzó una pequeña ciudad interior, a menos de 15 kilómetros del frente y llena de refugiados que huían de los nacionales con sus pertenencias amontonadas en carros tirados por bueyes. Guernica ocupaba un lugar destacado en la historia de la tradición vasca. Dice la leyenda que los reyes católicos fueron a Guernica en 1476 y que, bajo un roble, prometieron preservar los antiguos fueros vascos. Un poeta escribió una famosa canción dedicada al árbol. Dos árboles después, pero en el mismo lugar, los delegados se reunieron en 1936 para la jura del presidente de un territorio autónomo vasco dentro de la República.

A primera hora de la tarde del 26 de abril de 1937, la campana de la iglesia dio el aviso de un ataque aéreo. Algunos corrieron a refugiarse en sus bodegas; otros, entre ellos los campesinos que habían traído para el día de mercado sus vacas y ovejas, huyeron a los campos a las afueras de la ciudad. Un único avión nazi sobrevoló la ciudad dejando caer las bombas. La gente, al ver que no ocurría nada más, volvió a ocupar las calles. Fue justo en ese

momento cuando, después de que la ausencia de fuego antiaéreo durante la primera incursión pusiera de manifiesto que Guernica prácticamente carecía de defensas antiaéreas, 23 bombarderos Ju-52 de la Legión Cóndor, acompañados por dos docenas más de aparatos, entraron volando en oleadas desde una base cercana y comenzaron a lanzar potentes bombas explosivas antipersonas y tubos incendiarios de aluminio diseñados para prender la madera de los edificios destruidos. Los pilotos alemanes llamaban a aquella combinación *Generalstabssmischung* (el cóctel del Estado Mayor) y dejaron caer más de 30 toneladas en tres horas.

Familias enteras quedaron sepultadas en sus casas; nubes de humo y polvo se elevaban en el aire; ovejas y vacas, ardiendo por los productos químicos de las bombas incendiarias, corrían en estampida por las calles cubiertas de escombros. En la iglesia de Santa María, el sacerdote consiguió, usando el vino de la comunión, apagar una bomba incendiaria, pero se trató de una excepción en medio de la destrucción general. Cuando la gente se dio cuenta de que las bodegas no les servían de protección debido al derrumbe de los edificios, comenzaron a huir. Oleadas de cazas Heinkel He-51 en vuelo rasante ametrallaron a cualquier persona o animal que se les puso a tiro. Unas 200 personas murieron y muchas más resultaron heridas.<sup>2</sup> La mayor parte de la ciudad quedó reducida a humeantes ruinas carbonizadas. Al caer la noche, un fantasmagórico resplandor anaranjado cubría el cielo.

En cierto sentido, Guernica era un objetivo militar, ya que las tropas republicanas replegadas con sus pertrechos estaban a punto de atravesarla, pero habría sido más fácil cortarles la retirada concentrando los bombardeos sobre un puente cercano. De hecho, el puente escapó indemne del bombardeo masivo y hasta hubo gente que buscó refugio bajo sus arcos. La única instalación indiscutiblemente militar de la ciudad, una fábrica de armas, tampoco resultó dañada. Esencialmente, el ataque fue un experimento para comprobar los efectos que podía producir en un pueblo o ciudad un bombardeo aéreo altamente concentrado. Hacía tiempo que los oficiales de la Legión Cóndor estaban impacientes por probar su potencia de fuego de este modo. «Sería muy deseable que la parte española por fin pidiera explícitamente ataques contra áreas construidas»,<sup>3</sup> se lee en un memorando interno alemán cinco meses antes. La fuerza de los bombarderos «tenía por objetivo Guernica», escribió el jefe del Estado Mayor de la Legión, el aristócrata prusiano y teniente coronel Wolfram von Richthofen (primo y

compañero de vuelo del famoso Barón Rojo durante la Primera Guerra Mundial) el 26 de abril en su diario de guerra. Los ojos azules, el pelo rubio rapado, la rígida marcialidad militar y su afición por el ejercicio físico hacían de él la viva imagen del tipo «ario» que tanto valoraba Hitler.

El bombardeo de Guernica representó la primera destrucción prácticamente total de una ciudad europea desde el aire. Aunque el número de muertos civiles fuera de hecho menor que el de otros ataques nacionales menos conocidos en la cercana población de Durango unas semanas antes, tuvo un poderoso impacto en un mundo que todavía no había visto los bombardeos de Londres o la destrucción de Dresde e Hiroshima. El ataque, desde luego, también inspiró el cuadro más importante del siglo. A Pablo Picasso, que ya estaba profundamente furioso por los bombardeos de Madrid, le habían encargado hacer el mural para el pabellón de la República en la Exposición Universal de París de aquel verano. Después del ataque a Guernica, abandonó su proyecto inicial y en su lugar se puso a trabajar de rodillas, de pie y en lo alto de una escalera en un lienzo de tres metros y medio de alto por casi ocho de ancho con imágenes del bombardeo, incluidas las víctimas animales. Otras manifestaciones artísticas de indignación llegaron de todo el mundo.

Aunque el bombardeo es desde hace mucho un hito histórico, se suele olvidar una de las razones por las que al principio provocó tanta indignación: Franco y la jerarquía de la Iglesia española negaron enérgicamente que este se hubiera producido. Cuando la palabra *Guernica* apareció en la página del 26 de abril del diario de un piloto alemán derribado por los vascos, este declaró que se trataba del nombre de su novia de Hamburgo. Los desmentidos de Franco fueron aceptados por el ministro de Asuntos Exteriores británico y el secretario de Estado estadounidense, ambos decididos a no verse arrastrados por la guerra de España. Guernica, afirmó el aparato de propaganda nacional, fue incendiado por las tropas republicanas en retirada. En respuesta, el semanario satírico francés *Le Canard Enchaîné* publicó la noticia de que fue la propia Juana de Arco quien encendió la hoguera en la que ardió hasta morir.

Durante cerca de 40 años, el régimen de Franco siguió afirmando que fueron los propios vascos los que volaron Guernica. Sin embargo, varios corresponsales extranjeros llegaron a la población solo seis horas después del bombardeo, con las ruinas todavía ardiendo. Un vívido e impactante relato del londinense *Times*, repleto de detalles concretos sobre el tipo de bombas y



aviones, fue reproducido por periódicos de diversos países. El ferviente admirador de Franco William P. Carney, del *New York Times*, sin embargo, no solo recogió los desmentidos de los nacionales, sino que visitó lo que quedaba de la población tras ser tomada por las fuerzas franquistas unos días después del bombardeo. Sostuvo no haber visto cráteres de bombas en las calles y concluyó que «la mayor parte de la destrucción podría ser el resultado de los incendios y los dinamitazos, tal como aseguran los nacionales, porque las carcasas sin techo de muchos edificios siguen en pie y las grandes bombas lanzadas desde [aviones] no agujerean los edificios dejando sus cuatro paredes en pie».4 La razón de por qué precisamente los incendios y los dinamitazos agujerean un edificio y una bomba no, no la explicaba.

Por este y otros servicios a la causa nacional, Carney sería recompensado mucho después de la guerra y de su jubilación en el *New York Times* con un trabajo como cabildero y relaciones públicas del régimen de Franco en Estados Unidos.5

Cuando los voluntarios estadounidenses recién llegados a España se enteraron de lo ocurrido en Guernica, la mayoría de ellos se hallaban a varios cientos de kilómetros al sur, bajo la supervisión de Bob Merriman.

El diario de Merriman está repleto de escuetas evaluaciones sobre sus progresos y reprobaciones hacia aquellos que se emborrachaban y eran indisciplinados. Aunque insistía en que los hombres lo saludaran militarmente, comía con ellos y les corregía cuando le trataban de «usted» como si fuera un oficial de un ejército convencional. Los militares tradicionales también hubieran enarcado una ceja de desaprobación ante algo más: durante un ejercicio de instrucción, Bob se llevó a Marion para que lo acompañara. Así lo describió ella misma: «Se había programado una marcha de dieciocho kilómetros. [...] Así que me puse mis alpargatas para ir con los chicos y nos dirigimos por el polvoriento camino hacia donde se llevaría a cabo el ejercicio con fuego real de ametralladoras. Las balas de verdad silbando sobre sus cabezas les dio una buena idea de cómo sería cuando entraran en combate. [...] Bob y yo dormimos juntos aquella noche en una cama al aire libre hecha con ramitas de pino».6 El diario de Merriman, como siempre, solo recogía temas relacionados con el trabajo y la única aparente referencia a aquella marcha era un breve apunte: «Marion, muy bien en el

campo».7

No obstante, la mayor parte del tiempo lo pasaban separados. Marion, trabajando en el cuartel general de las Brigadas Internacionales en Albacete, y Bob, en un cercano campamento donde los estadounidenses que instruía estaban acuartelados en un convento cubierto de enredaderas y comían en lo que había sido la iglesia. Cuando ambos tenían algo de tiempo libre se iban a bañar al río Júcar, cerca de la ciudad. En una ocasión fueron juntos a Madrid, donde Bob, junto a Hemingway, el doctor Pike y otros, pudo hacer una emisión de radio de onda corta a favor de la República para Estados Unidos, y Marion pudo comprobar cómo era estar bajo el fuego artillero en la ciudad sitiada, con las tiendas prácticamente sin comida y las calles cubiertas de escombros. En Albacete, su habitación del hotel Regina se había convertido en un refugio para los voluntarios estadounidenses fuera de servicio, así como para los médicos y enfermeras de la unidad médica americana, que sabían que allí siempre podrían encontrar una taza de café instantáneo George Washington y, si tenía suerte en las tiendas locales, algunas galletas y latas de sardinas. En el trabajo, mecanografiaba, hacía recados, escribía para el periódico de las Brigadas Internacionales, copiaba manuales del ejército estadounidense y se ocupaba de visitantes ilustres como la escritora Dorothy Parker. Siguiendo el ejemplo de Bob, se afilió al Partido Comunista. Su trabajo le proporcionó un conocimiento tanto de España como de Estados Unidos, pues era la primera vez, por ejemplo, que entraba en contacto con negros y judíos.

Los voluntarios estadounidenses aceptaban su presencia, aunque, como escribió, «a veces incluso me aceptaban demasiado. De vez en cuando, alguno trataba de sobrepasarse. [...] Le dije a uno de esos jóvenes lanzados [...] que, si me acostaba con él, como me proponía, para ser justa tendría que acostarme con los otros 2.000 hombres y a tanto no llegaba».8 Un ardiente americano trató de convencerla de «que era mi deber de comunista el que me obligaba a irme a la cama con él, ya que yo era miembro del Partido y él me necesitaba».9

Reuniendo material para sus artículos de periódicos y revistas, Louis Fischer visitó el campamento de instrucción de Bob: «Allí, en el centro de la árida meseta castellana, los acentos de los muelles del Misisipi, el Bronx, Nueva Inglaterra, Filadelfia, Chicago y la Costa Oeste se mezclan con el español. [...] “Un año antes —pensé— estaba jugando al tenis con Merriman

en la Petrovka [una calle de Moscú]”». [10](#) Sin embargo, ahora que Bob estaba totalmente volcado en librar una guerra, sus sentimientos hacia su antiguo compañero de tenis parecían haberse enfriado a juzgar por las palabras que dedicó a Fischer en su diario: «El mismo tipo de siempre, con la chica guapa de turno y el mismo tono de siempre». [11](#)

Todavía en las trincheras, el único británico del Batallón Lincoln, Pat Gurney, mostraba el mismo desprecio que los soldados del frente muestran por los de la retaguardia. Sobre los «peces gordos» de Albacete escribió: «La mayor parte iban vestidos con la más extravagante colección de uniformes de fantasía: abrigos de cuero de todos los largos y colores, pantalones de montar con un surtido espectacular de botas altas de todo tipo. Todos llevaban correajes de variados y complicados diseños con grandes y buenas pistolas. Ninguno renunciaba a ese último símbolo de estatus, aunque resultarían inservibles en la ciudad, pero imperiosamente necesarias en el frente». [12](#)

Un voluntario escribió la siguiente copla:

En el frente de Albacete  
los generales están en la retaguardia.  
Allí libran sus grandes batallas,  
aunque la metralla no los alcanza.  
El viento trae sus palabras  
y se les oye decir:  
«Sí, iremos al Jarama  
mañana o pasado mañana». [13](#)

El frente que controlaba el Batallón Lincoln a unos 30 kilómetros al sudoeste de Madrid se mantenía estable, aunque el intermitente fuego de artillería y fusilería supusiera, como escribió Gurney, «que nunca te podías relajar». [14](#) Una de sus obligaciones era atravesar diariamente el desértico y pedregoso terreno que iba desde las trincheras del batallón hasta el cuartel general de la XV Brigada. El trayecto lo obligaba a pasar por un lugar conocido como «el depósito de la carne [...] que era donde se depositaba el cupo diario de cadáveres a la espera de ser trasladados. Su número oscilaba entre el par y la veintena. Los francotiradores y el fuego de mortero se cobraban su pequeño pero regular peaje. Cada mañana unos cuantos de aquellos tristes despojos yacían allí bajo sus mantas».

Los recuerdos de otros miembros del batallón también ofrecen una imagen

desoladora de tedio, miseria, mala comida e incompetencia de los mandos superiores en lo que parecía una sucesión interminable de meses en las trincheras. Pero eso no era un impedimento para los corresponsales, decididos a presentar otro panorama de la situación, y, entre ellos, nadie más inclinado a ello que Herbert Matthews.

Después de realizar una breve visita en mayo de 1937, Matthews escribió en el *New York Times* que los estadounidenses formaban «un grupo saludable y bastante animado, con ganas de combatir. Un chico, que dijo haber participado en una huelga de marineros el invierno anterior, me comentó que le daban mejor de comer aquí que en Nueva York». [15](#) En cambio, Virginia Cowles, que también visitó las mismas trincheras por esa época, se mostró bastante más realista: «Los hombres parecen tensos y enfermos, y me enteré de que llevaban en el frente setenta y cuatro días sin ningún descanso. [...] Sus rostros [estaban] arrugados y macilentos». [16](#)

El tiempo transcurrido sobre el terreno había desinflado la antigua euforia de Gurney respecto a la revolución española y ahora sentía que los anarquistas y los del POUM eran «vergonzosamente ingenuos» al creer que los asuntos militares se podían poner a votación entre los soldados. No obstante, se sentía horrorizado por el odio propagado hacia esos grupos por los comisarios de las Brigadas Internacionales. «Los funcionarios del Partido [...] producían una avalancha de propaganda claramente absurda, en la que se afirmaba que el POUM estaba aliado con Franco, quien, a pesar de sus defectos, era evidente que nunca se habría aliado con un pequeño partido de disidentes marxistas.» A principios del verano, Gurney comenzó «a buscar una oportunidad de escapar de todo aquello. [...] Estaba dispuesto a morir luchando por una forma de justicia social en España, pero no por apoyar la posición del Partido Comunista ni la de cualquier otro». [17](#)

En general, ese desencanto político no era compartido por sus compañeros. Las tropas de las Brigadas Internacionales en el frente estaban separadas por la lengua y alejadas de la creciente rivalidad política en lugares como Barcelona, a la que no parecían prestarle demasiada atención. De los muchos miembros del Batallón Lincoln que acabarían rompiendo con el Partido Comunista, casi todos lo hicieron unos años o unas décadas después. A pesar de sus frustraciones, Gurney nunca puso en duda la pertinencia de la venida a España. «Lo trágico de todo esto es que la inmensa mayoría de nosotros seguimos estando convencidos de la justicia de nuestra causa y deseando

luchar por ella.»[18](#)

Las tensiones políticas captadas por Gurney no eran exclusivas de la República Española. Otras sociedades en crisis se han planteado la misma pregunta: ¿se puede llevar a cabo una revolución y una guerra al mismo tiempo? Después de que, durante la guerra civil inglesa, fuera capturado el rey Carlos I, en los famosos debates de Putney de 1647, los radicales plantearon ideas muy avanzadas para su tiempo, como el sufragio universal masculino. Sin embargo, Carlos se escapó y se reanudó la guerra. La cuestión del sufragio universal, incluso para los hombres, se pospondría hasta varios siglos más tarde. Durante la década de 1790, cuando consiguieron la emancipación en la mayor revuelta de esclavos de la historia, los haitianos segregaron pequeñas parcelas individuales de las grandes plantaciones que antes trabajaban en cautiverio, para poder así cultivar al fin sus propios alimentos como hombres y mujeres libres. Pero dicho sistema no permitía producir el azúcar y el café necesarios para comprar las armas extranjeras que necesitaban desesperadamente para enfrentarse a los intentos franceses de recuperar su antigua colonia. Como consecuencia de todo ello, el líder haitiano Toussaint L'Ouverture obligó a su reacio pueblo a volver al antiguo sistema de plantaciones con su férrea disciplina para producir cultivos comerciales de nuevo.

Una fricción similar atormentaba a la República Española. A pesar de todo su atractivo, las cualidades que hacían tan fascinante para sus admiradores la incipiente revolución española (igualitarismo, poder descentralizado, desafío creciente a la autoridad) nunca han sido fundamentos sólidos para los ejércitos fuertes. Con los revolucionarios anarquistas y poumistas por un lado, y un cada vez más poderoso Partido Comunista y sus aliados convencionales, por el otro, el conflicto sobre el tipo de sociedad que debía ser la República no hacía más que agravarse. En Madrid, Barcelona o en cualquier otra parte se producían enfrentamientos entre las dos facciones, moría gente e incluso se asesinó a un prominente político comunista.

Más allá de las diferencias respecto a si los cambios revolucionarios debían posponerse o no hasta que se ganara la guerra, había otras divisiones: los anarquistas mantenían su profunda reluctancia ante cualquier forma de gobierno, mientras que los comunistas, utilizando la influencia de las armas soviéticas, habían logrado situar a miembros del Partido en puestos

destacados del aparato de seguridad y del ejército. «Nuestra influencia en el ejército [...] aumenta a pasos agigantados»,<sup>19</sup> informaba un comisario del Lincoln en una carta a su mujer aquella primavera. Las sospechas abundaban en ambas facciones. El Partido Comunista pegó carteles con una máscara del POUM medio levantada y una esvástica debajo, mientras que Lois Orr creía que los comunistas y sus aliados estaban «dejando que conocidos quintacolumnistas se pasearan por las calles de Madrid».<sup>20</sup>

Fue en el bastión anarquista de Barcelona donde la situación alcanzó el punto de ruptura. Aunque los historiadores no acaban de ponerse de acuerdo sobre quién tuvo la culpa, el elemento desencadenante fue una serie de llamadas telefónicas.

La bandera anarquista rojinegra había ondeado durante meses sobre la central telefónica de la ciudad, un símbolo del poder revolucionario triunfante ya que había sido decomisada a su propietaria estadounidense, la compañía International Telephone and Telegraph. Había milicianos anarquistas en puestos de guardia con sacos terreros a las puertas del edificio. Los anarquistas consideraban el sistema de teléfonos esencial para el control popular de la economía y, como tantos regímenes del pasado y del presente, también como un buen sistema para controlar a sus adversarios políticos. El 2 de mayo de 1937, cuando un ministro del gobierno republicano trataba de contactar desde Valencia con un funcionario del gobierno regional catalán en Barcelona, un telefonista anarquista le dijo que tal gobierno no existía (el sueño anarquista) y que solo había un «comité de defensa». Y cuando el mismo día, el presidente de la República, Manuel Azaña, llamó a Lluís Companys, presidente de la Generalitat, otro telefonista anarquista se inmiscuyó en la conversación y los conminó a que terminaran de hablar. Los miembros de ambos gobiernos estaban furiosos, y el consejero de seguridad catalán ordenó a la policía que se hiciera cargo del edificio. Los centinelas anarquistas iban armados y abrieron fuego.

«Los tiros provocaron la estampida de bandadas de pájaros asustados en el cielo gris nublado —recordaría Lois Orr—, y la noticia se extendió por toda la ciudad: AQUELLO finalmente había empezado.»<sup>21</sup> El incidente pronto derivó en una trágica guerra dentro de la guerra que provocaría numerosas muertes. Era el enfrentamiento decisivo no solo para ver quién controlaba la segunda ciudad del país, sino todo el extremo nordeste peninsular hasta la frontera francesa. ¿A quién pertenecía el poder en última instancia, al gobierno

republicano en Valencia y, por debajo de este, al gobierno regional catalán, o estaba en manos de los miles de milicianos anarquistas armados que durante meses habían estado vigilando edificios, controles de carretera e incluso, como los Orr pudieron comprobar al entrar en España, los pasos fronterizos?

George Orwell, de permiso en Barcelona, se encontró en medio de los combates. Aunque consciente de las tensiones políticas en el seno del bando republicano, no se había hecho cargo de su mortífera dimensión. De hecho, tenía la esperanza de aprovechar su permiso para conseguir el traslado desde la milicia del POUM a las Brigadas Internacionales. A pesar de su desconfianza hacia el Partido Comunista, sabía que sus unidades estaban mejor equipadas y estaban defendiendo Madrid, que, en contraste con el somnoliento frente de Aragón, parecía el combate decisivo. «El purismo revolucionario del POUM —escribió— parecía bastante inútil, aunque su lógica me resultara evidente. Al fin y al cabo, lo que importaba era ganar la guerra.»<sup>22</sup>

El Partido Comunista en España conocía la condición de escritor de Orwell y pensaba que su reclutamiento por las Brigadas Internacionales sería un punto positivo a su favor. Tenía varios agentes encubiertos en Barcelona, entre ellos al menos uno que Orwell y su mujer consideraban un camarada del POUM. Un informe para el cuartel general de las brigadas en Albacete decía que Orwell «aunque no tiene un gran conocimiento político, tiene una destacada personalidad y es muy respetado entre los hombres del contingente» británico que luchaba en las filas del POUM y «quiere luchar en el frente de Madrid y afirma que en pocos días formalizará su alistamiento con nosotros».<sup>23</sup> Sin embargo, los acontecimientos se interpusieron en su camino: «En torno al mediodía del 3 de mayo —como escribió más tarde Orwell en *Homenaje a Cataluña*—, un amigo que cruzaba el vestíbulo del hotel anunció como de pasada: “He oído que ha habido jaleo en la central telefónica [...]”. Por la tarde, entre las tres y las cuatro, me encontraba a media altura de las Ramblas cuando oí a mis espaldas varios tiros [...] a lo largo de la calle podía oírse el tableteo de las persianas metálicas que bajaban los tenderos para proteger sus escaparates».

Con la policía reprimiendo a los anarquistas y poumistas, a Orwell lo enviaron inmediatamente a proteger el edificio del POUM en el que trabajaban su mujer Eileen y Charles Orr. Durante tres días y tres noches, él, junto con un pequeño grupo en el que también estaba Harry Milton, un neoyorquino de



su unidad, estuvieron posicionados en la azotea de un cine que dominaba el edificio desde el otro lado de las arboladas Ramblas.

«Solía sentarme en la azotea y maravillarme ante la locura que significaba todo aquello —escribió—. [...] podía ver a varios kilómetros a la redonda edificios altos y esbeltos, cúpulas de cristal y fantásticos techos ondulados con brillantes tejas verdes y cobrizas; hacia el este, el centelleante mar azul pálido que veía por primera vez desde mi llegada a España. Y la enorme ciudad de un millón de personas había caído en una especie de violenta inercia. [...] Lo único que ocurría era el raudal de balas que salía desde las barricadas y las ventanas protegidas con sacos terreros. [...] A lo largo de las Ramblas, los tranvías permanecían inmóviles allí donde sus conductores los habían abandonado al oír los primeros disparos. Y mientras tanto, el estrépito endemoniado, devuelto por el eco de miles de edificios de piedra, proseguía sin cesar, como una tormenta tropical.»<sup>24</sup>

Varios días más tarde, ordenaron a su grupo de milicianos fortificar la sede del POUM con adoquines. Al hacer inventario del armamento descubrieron que solo contaban con veinte fusiles útiles y cincuenta balas, además de algunas pistolas y granadas. Eileen se les unió para echar una mano en caso de que alguien resultara herido, pero carecían de material sanitario. Mientras tanto, más gente armada de ambos bandos iba ocupando las azoteas. «La situación era tan complicada —escribió—, que habría resultado incomprensible si cada edificio no hubiera ostentado la bandera del bando correspondiente.» Algunos guardias de asalto ocuparon una azotea en diagonal a la ocupada por Orwell al otro lado de la calle.

«Era indignante. Después de ciento quince días en el frente había regresado a Barcelona ávido de descanso y comodidad y, en su lugar, debía pasarme el permiso sentado en un terrado frente a guardias civiles tan aburridos como yo, que me saludaban con la mano y me aseguraban que eran “obreros” (querían decir que confiaban en que yo no abriría fuego contra ellos), pero que sin duda dispararían contra mí si recibían órdenes de hacerlo.»

Aquellos guardias no abrieron fuego, pero en la ciudad se intercambiaron decenas de miles de disparos y los combates callejeros duraron cerca de una semana. Una vez acabados, pero antes de comprender todas sus consecuencias, Orwell, consternado al descubrir un partidismo tan enconado y furioso porque la policía respaldada por los comunistas hubiera usado sus armas contra anarquistas y poumistas, abandonó su intención de pasarse a las

Brigadas Internacionales. A pesar de todo, todavía creía que valía la pena librar la guerra y regresó al frente con su unidad miliciana.

Lois Orr estaba enferma en casa cuando empezó el tiroteo. El camarada escocés de Orwell, Bob Smillie, también de permiso en Barcelona y amigo de los Orr, acababa de llevarle unos huevos, pan y unas fresas. Sin embargo, cuando comenzaron los combates, ya estaba fuera de la cama. «Diez minutos después de enterarse, ya estaba en la calle ayudándome a levantar barricadas —le escribió Charles orgullosamente a su madre el 8 de mayo—. Ahora soy un experto, ayudé a retirar a cinco o seis heridos y uno murió en mi puesto [sic] principal. [...] Tengo un rasguño en el cuello, pero habría sido peor morir. [...] Estamos bastante bien, solo un poco hambrientos. Los combates claramente han terminado, pero sin un vencedor.»<sup>25</sup>

Pero estaba equivocado. El gobierno republicano había ganado e impuesto su dominio sobre la ciudad y la región para el resto de la guerra. Un estudio reciente calcula el número conocido de muertos en 218, la gran mayoría anarquistas. Aunque con el probable apoyo de muchos catalanes, los anarquistas tuvieron que enfrentarse a una dolorosa elección. Para controlar Barcelona habrían tenido que retirar sus milicias del frente y utilizarlas contra las fuerzas paramilitares de la República en las calles, lo que quizá habría supuesto una victoria temporal en la ciudad, pero condenando al fracaso el esfuerzo bélico contra Franco. A riesgo de ser acusados de traidores por la mayoría de sus más fervientes seguidores, los líderes anarquistas ordenaron poner fin a la resistencia armada.

Muy pronto Charles Orr tomó conciencia de cómo estaban las cosas. «Hemos visto y aprendido mucho durante los últimos días —le escribió a su madre—, y espero tener que pasar a la clandestinidad en cualquier momento.»<sup>26</sup> A partir de entonces, empezó a firmar sus cartas a casa con un nombre falso. Militante hasta el final, Lois no sentía más que desprecio hacia lo que ella consideraba una rendición anarquista. «La revolución se ha acabado —escribió—, pero la contrarrevolución todavía no ha demostrado lo que hará. Estamos a la espera.»<sup>27</sup>

Tras meses sin apenas clientela, las tiendas de sombreros de Barcelona de repente experimentaron un auge en el negocio. En junio, los Orr percibieron otro signo de que la antigua vida volvía a instalarse. En el apartamento del antiguo cónsul nazi que compartían con otros extranjeros se dieron cuenta de que les habían cortado la electricidad y el agua caliente. «Te estoy

escribiendo a la luz de las velas —le dijo Charles a su madre—, porque la compañía eléctrica trata de hacernos pagar la factura del cónsul alemán. Le hemos ofrecido pagar nuestra parte desde el 15 de febrero, pero no quieren negociar. Así que se han acabado los baños calientes.»<sup>28</sup> Sin comunicados de prensa sobre los cambios revolucionarios que escribir, Lois dejó su trabajo en la oficina de propaganda del gobierno catalán. Eileen trató de levantarle el ánimo consiguiéndole algo más de comida.

El poder anarquista estaba acabado, pero, impulsado por el rencor de Stalin contra los heréticos, el primer objetivo del cada vez más influyente Partido Comunista seguía siendo el relativamente pequeño POUM. Los comunistas presionaron al primer ministro republicano, el socialista del ala izquierda Largo Caballero, para que ilegalizara el POUM y detuviera a sus líderes, pero, como este se opuso, una alianza de los comunistas y los partidos liberales y socialistas moderados lo obligó a dimitir y su lugar lo ocupó el doctor Juan Negrín. Este fisiólogo, corpulento y políglota, famoso por su insaciable apetito (a veces llegaba a cenar dos o tres veces en distintos restaurantes), apoyó el golpe para lograr un ejército unificado y una economía de guerra centralizada. «Sin embargo, sería equivocado —dice Hugh Thomas en su historia global de la guerra— concluir que Negrín fue un mero instrumento de la política rusa.»<sup>29</sup>

Negrín y su gabinete se enfrentaban a un pacto con el diablo. Debido a la negativa de estadounidenses, británicos y franceses a venderles armas, la Unión Soviética continuaba siendo la única fuente de armamento para la República, sin mencionar los consejeros militares e instructores de especialistas como tripulaciones de tanques y pilotos de combate. A cambio, los comunistas continuaban pidiendo puestos destacados en la policía y el ejército, e insistían en llevar a cabo juicios públicos al estilo de los de Moscú contra los líderes del POUM. Negrín navegó entre esas aguas turbulentas lo mejor que pudo, cediendo en algunas cosas ante Stalin, pero desde luego no en todo lo que quería. Unos años más tarde, serían Estados Unidos y Gran Bretaña los que se enfrentarían exactamente al mismo pacto con el diablo. Al no poder derrotar a Hitler sin la ayuda de la Unión Soviética, tuvieron que ceder a algunas de las demandas de Stalin, como su dominio en la posguerra de la Europa del Este.

El 17 de junio de 1937, a las ocho de la mañana, cuatro hombres

uniformados, uno de ellos ruso, y cuatro policías de paisano del servicio de inteligencia militar controlado por los soviéticos fueron a casa de los Orr. «Nos enseñaron —escribió más tarde Lois—, un plano de nuestro apartamento y una lista de todos los que lo habían habitado o incluso visitado.»<sup>30</sup> Arrestaron a la pareja y se incautaron de todas sus cartas, diarios y otras pertenencias, incluso de un trozo de tela roja y gualda (los colores monárquicos) con el que habían decorado la puerta del baño. De todos estos objetos nunca más se supo.

Más de medio siglo después, cuando algunos archivos de inteligencia soviéticos salieron al fin a la luz, se reveló que los Orr habían estado en estrecha vigilancia, hasta el punto de que los agentes sabían que Lois era más militante que Charles. «Su fanático planteamiento sobre diversos temas políticos —se lee en un informe— fue especialmente llamativo durante su trabajo en Barcelona.»<sup>31</sup>

Los agentes encubiertos del Comintern en la ciudad eran un grupo multinacional. El comentario sobre Lois y las notas sobre otros seguidores extranjeros del POUM están en alemán. Sabemos el nombre de un agente comunista alemán en Barcelona, Hubert von Ranke, porque a finales de 1937 cambió de postura, dejó España y el Partido y declaró que la gente a la que había espiado e interrogado «no eran “agentes de Franco”, sino revolucionarios sinceros».<sup>32</sup> También sobre el terreno estaba un comunista británico, David Crook, que se hacía pasar por simpatizante del POUM y que había ido de merienda a la playa con los Orr menos de dos semanas antes de su arresto. En sus informes, Crook declara que, durante la larga hora de la siesta, se colaba en la oficina que utilizaban Charles Orr y Eileen Blair, y se llevaba documentos para que fueran fotografiados rápidamente en un piso franco de los soviéticos. Algunos informes de vigilancia de los archivos soviéticos están en francés, lo que sugiere que el comisario de las Brigadas Internacionales, André Marty, también tenía sus agentes en Barcelona.

El cuartel de la policía al que trasladaron a los Orr estaba tan atestado que algunos prisioneros estaban sentados en las escaleras. Charles reconoció a algunos líderes del POUM y a antiestalinistas de distintas tendencias de Estados Unidos, Canadá, Escocia, Holanda, Alemania, Suiza y Polonia que habían pertenecido a su círculo de amistades. Él y otros 100 prisioneros fueron hacinados en un bloque de celdas infestado de chinches, con solo 35 catres y dos platos de sopa y dos trozos de pan al día como única

comida.

Poco después, una noche trasladaron a Charles, Lois y a otros 30 extranjeros más a través de callejuelas iluminadas exclusivamente por las linternas de sus guardianes hasta lo que había sido la casa de un derechista local. Los cuartos de la servidumbre habían sido transformados en celdas. Allí, con el paso de los días, algunos de los prisioneros comenzaron una huelga de hambre. Tanto los hombres como las mujeres, que estaban encerrados por separado, al reconocer a policías infiltrados en las celdas, cesaron sus conversaciones.

Estos antiestalinistas descubrieron que compartían cárcel con soldados de las Brigadas Internacionales que habían desertado o habían tenido problemas con sus mandos. «El terror estalinista estaba en su apogeo —escribió Lois—. Algunos estalinistas leales habían dibujado en la pared de nuestra celda un precioso mapa de la Unión Soviética, primorosamente detallado con yacimientos minerales, centros industriales, cadenas montañosas y tundras. Los hombres nos contaron que en la pared de una de sus celdas había una gran imagen de Stalin. Esos cuidadosos dibujos en las paredes me hicieron recordar vivamente el horror de los procesos de Moscú, donde los acusados manifestaron cobardemente su amor y fidelidad hacia aquellos que los habían acusado en falso y que acabarían asesinandolos. ¿Llegaría yo a hacer algo así?»<sup>33</sup>

Los guardias españoles le parecieron amables. «No eran sádicos, sino bastante humanos y permisivos con nosotras porque éramos mujeres. Tuvimos suerte de que los rusos hubieran puestos a españoles para hacerles el trabajo sucio. [...] Nos dejaban hablar con los hombres a través de las puertas, intercambiar notas y papeles entre las celdas e incluso salieron a comprarnos jabón, un bien escaso en Barcelona.» Lois trataba de mantener el ánimo aprendiendo el idioma con una compañera alemana, y diseño de ropa con una compañera polaca. «Me llamaban “la niña” por mi vida tan corta y me mimaban. [...] Cantábamos todos los días. Las canciones francesas, alemanas e incluso americanas de nuestra sala se sumaban a las lejanas canciones de otras celdas.» Los prisioneros que más le preocupaban eran los alemanes e italianos, quienes, de ser expulsados a sus países, podían acabar encarcelados o algo peor. Cuando el cónsul estadounidense en Barcelona supo que los Orr y otros americanos habían sido detenidos, llamó enseguida a la policía, pero lo engañaron diciéndole que se negaban a verlo.

Un ruso que hablaba bien el inglés estuvo presente cuando a Charles y a

Lois les tomaron las huellas dactilares y los sometieron a interrogatorio. «Nunca te librarás del castigo por tus crímenes fascistas»,<sup>34</sup> le dijo a Lois. No contribuyó a mejorar su estado de ánimo ver en un periódico comunista, que era lo único que les dejaban leer, que el POUM era acusado de formar parte de una red de espionaje franquista.

Mientras los Orr y otros muchos simpatizantes del POUM permanecían encerrados en sus celdas, esa absurda acusación era diligentemente repetida por varios corresponsales extranjeros, quienes, con las prisas por cumplir los plazos que siempre atosigan a los periodistas, simplemente repetían lo que les decían los funcionarios. Al periodista de la United Press le contó el bulo (como información confidencial no atribuible a nadie en particular) un agente de inteligencia agregado a la embajada soviética en Valencia. Parecidas historias de fuentes anónimas fueron recogidas por el *Times* de Londres («se dice»), el *Manchester Guardian* («detalles hechos públicos») y el *New York Times* («se afirma»).<sup>35</sup> Ninguno de los cuatro periodistas había estado en Barcelona siquiera. El artículo del *New York Times* era de Herbert Matthews y se titulaba «Complot descubierto en España. [...] Hallado mensaje de Franco detrás de un mapa». Y continuaba hablando de 200 oficiales del ejército, fascistas y miembros del POUM acusados de usar radiotransmisores clandestinos para enviar información codificada a las fuerzas nacionales, así como de un mensaje del propio Generalísimo en tinta invisible. En otro artículo en el que curiosamente aplaudía la «victoria incruenta» del gobierno en los sangrientos combates de Barcelona, Matthews informaba de que el POUM y la federación sindical anarquista, la CNT, habían estado «detrás de los disturbios. Eso es claramente traición». En un libro que publicó al año siguiente, declaró que los combates mantenidos por el POUM y los anarquistas fueron «en parte diseñados con dinero fascista».<sup>36</sup>

A Franco le complacía que le consideraran el instigador del conflicto fratricida de Barcelona y comenzó a alardear, según el embajador alemán, de que «los combates callejeros los habían comenzado sus agentes».<sup>37</sup> En ese punto la propaganda tanto nacional como comunista coincidían.

«Esas mentiras increíbles —escribió Lois Orr, enfurecida—, y sobre mí. Era increíble.»<sup>38</sup>

George Orwell salió ileso de una semana de tiroteos en Barcelona, pero regresó al frente profundamente descorazonado. Se sintió aún más enfadado

al enterarse de que su joven amigo escocés, Bob Smillie, había sido detenido y encarcelado. Sin embargo, no perdía el foco. «Desde cualquier punto de vista —escribió—, las perspectivas eran deprimentes. Pero ello no significaba que no fuera mejor luchar con el gobierno contra el fascismo más descarnado y desarrollado de Franco y Hitler. Cualesquiera que fueran los defectos del gobierno de posguerra, no cabía duda de que el régimen franquista sería peor.»

Su unidad estaba encargada del frente justo a las afueras de Huesca, a escasos 150 metros del enemigo. Las tropas nacionales se hallaban en una zona más elevada, lo que dejaba un recodo saliente en la trinchera del POUM peligrosamente expuesto al fuego de los francotiradores. Orwell se hallaba en aquel lugar a las cinco de la mañana supervisando un relevo de centinelas, uno de los cuales era su camarada estadounidense Harry Milton. Para empezar, medía uno noventa de estatura, lo que suponía un claro riesgo en la guerra de trincheras, pero además tenía, según Milton, la mala costumbre de mirar por encima del parapeto.

La capacidad de observación del escritor ni siquiera se vio mermada en ese momento:

La experiencia de recibir una herida de bala es muy interesante y creo que vale la pena describirla con cierto detalle. [...] Por decirlo de alguna manera, tuve la sensación de encontrarme en el centro de una explosión. Hubo [...] un fognazo cegador a mi alrededor, y sentí un golpe tremendo, no dolor, solo una sacudida violenta, como la que produce una descarga eléctrica. Luego una sensación de absoluta debilidad, de haber sido reducido a nada. Los sacos de arena frente a mí se alejaron a una distancia inmensa. Supongo que se siente lo mismo cuando se es alcanzado por un rayo. [...]

Volvieron a acostarme mientras alguien buscaba una camilla. En cuanto supe que la bala me había atravesado limpiamente la garganta di por sentado que no tenía salvación. [...] Debían de haber pasado unos dos minutos durante los cuales supuse que estaba muerto. También eso era interesante, es decir, resulta interesante saber qué clase de pensamientos se tienen en semejante situación. Mi primer pensamiento, bastante convencional, fue para mi esposa. Luego me asaltó un violento resentimiento por tener que abandonar este mundo que, a pesar de todo, me gusta. Tuve tiempo de sentir esto de forma muy vívida. La estúpida mala suerte me enfurecía. ¡Qué absurdo era todo! Morirse, no en medio de una batalla, sino en el mugriento rincón de una trinchera, por culpa de un descuido de un segundo.<sup>39</sup>

Milton le cortó la camisa para abrísela y cuatro hombres lo trasladaron en una camilla dos kilómetros y medio. Desde allí, una ambulancia lo llevó



hasta un puesto de socorro situado en una cabaña de madera. Al poco, dos amigos de su unidad aparecieron reclamando su reloj, la pistola y la linterna (todos ellos artículos escasos). Unos días más tarde se hallaba en un tren hospital en dirección a Tarragona. Al tiempo que el tren entraba en la estación, otro salía en dirección al frente cargado de voluntarios italianos de las Brigadas Internacionales.

Era un tren muy largo, abarrotado de hombres, con vagones abiertos donde había cañones de campaña y en torno a ellos se apretujaban más soldados. Recuerdo con particular claridad el espectáculo de ese tren iniciando la marcha a la luz amarillenta del atardecer, los racimos de rostros oscuros y sonrientes tras cada ventanilla, los largos cañones inclinados de las piezas de artillería, los ondulantes pañuelos escarlata. Todo deslizándose lentamente junto a nosotros, contra un mar color azul turquesa.

Los hombres que podían mantenerse en pie cruzaron el vagón para aclamar a los italianos a su paso. Una muleta se agitó fuera de la ventanilla, brazos vendados hicieron el saludo rojo. Era como un cuadro alegórico de la guerra: un tren cargado de hombres frescos que partían orgullosamente hacia el frente, los hombres inválidos que volvían, y todo el rato los cañones en los vagones abiertos, haciéndonos palpar el corazón —como siempre lo hacen los cañones— y revivir ese pernicioso sentimiento tan difícil de evitar de que la guerra, a fin de cuentas, es algo glorioso.[40](#)

La bala no había tocado la carótida de Orwell por pocos milímetros. La convalecencia fue lenta y solo podía hablar con un murmullo sordo que su comandante comparaba con el chirrido de los frenos de un Ford modelo T. Se le trasladó a diferentes poblaciones, primero para el tratamiento y luego para obtener los documentos necesarios para el alta médica. En un hospital, «en la cama de al lado había un guardia de asalto con una herida en el ojo izquierdo. Se mostró cordial y me dio cigarrillos. Yo le dije: “En Barcelona habríamos tenido que dispararnos el uno al otro”, y ambos nos reímos. Resultaba notable el cambio del espíritu general en las proximidades del frente. Allí desaparecían todos o casi todos los odios perniciosos de los partidos políticos».[41](#)

Lejos del frente, sin embargo, continuaba la campaña de brutales acusaciones contra el POUM. Sus simpatizantes eran acusados por la prensa comunista de todo el mundo de colocar la bandera monárquica en los balcones de Barcelona y estar en secreto contacto con Berlín. Se decía que las milicias del POUM pasaban el tiempo jugando al fútbol con las tropas de Franco en la tierra de nadie (algo que repitieron por escrito tanto Hemingway

como Matthews), «en un momento —escribió Orwell— en que las tropas del POUM sufrían serias pérdidas y muchos de mis amigos personales morían o caían heridos».42

El propio Orwell sería acusado poco después43 por el londinense *Daily Worker* de abandonar las trincheras del POUM para hacer visitas furtivas a una sospechosa cabaña cerca de las líneas nacionales. Aunque muy consciente de la permeabilidad a la propaganda del mundo en el que vivía, las flagrantes mentiras que entonces escuchó sobre una guerra en la que casi pierde la vida le dejaron una profunda huella, que una década después recogería en la descripción del Ministerio de la Verdad de su novela 1984.

Con la herida del cuello curándose lentamente, regresó a Barcelona para reunirse con Eileen y preparar su salida de España.

Cuando llegué al hotel mi esposa estaba sentada en el vestíbulo. Se levantó y caminó hacia mí con una indiferencia que me llamó la atención; luego me rodeó el cuello con un brazo y, con una dulce sonrisa dedicada a las personas que estaban en el vestíbulo, me susurró al oído:

—¡Lárgate!

—¿Qué?

—¡Lárgate de aquí enseguida!

—¿Qué?

—¡No te quedes ahí parado! ¡Tienes que salir de aquí enseguida!

—¿Qué? ¿Por qué? ¿Qué quieres decir?

Me había tomado del brazo y me conducía ya hacia las escaleras.44

Ya en la calle, Eileen lo puso al corriente de la ilegalización del POUM y de la detención de los Orr y de otros simpatizantes extranjeros, así como del arresto de Andreu Nin y de otros dirigentes del partido. Bob Smillie, que había sido arrestado con anterioridad, seguía entre rejas. Justo dos días antes, seis policías de paisano habían irrumpido en su habitación del hotel, se habían pasado dos horas registrándola y se habían llevado todas las cartas de la pareja y otros papeles, entre ellos el diario en el que Orwell había ido consignando minuciosamente sus cuatro primeros meses en el frente.

(Tales documentos se cree que todavía están en algún archivo cerrado en Moscú. Un archivo que salió a la luz después de la disolución de la Unión Soviética, sin embargo, contiene un inventario de dos páginas con todo el material confiscado en la habitación de Eileen aquel día, incluida «la correspondencia entre George Orwell —alias Eric Blair— en relación con su

libro *El camino a Wigan Pier*», «cartas de sus familias», «un talonario de cheques de los meses de octubre y noviembre de 1936», una lista de las personas con las que la pareja se carteaba y «diversos papeles con dibujos y garabatos».)[45](#)

Orwell no se atrevió a volver al hotel porque Eileen creía que si a ella la habían dejado en libertad era para poder cogerlo a él. Aquella noche durmió en las ruinas de una iglesia. A la mañana siguiente, se quedó conmocionado al enterarse de que Smillie había muerto en la cárcel unos días antes de cumplir veintiún años, al parecer por una apendicitis no tratada. Había rumores, que más tarde se demostraron ciertos, de que Andreu Nin también estaba muerto. Orwell y otros dos camaradas británicos pasaron varios días tratando de pasar desapercibidos, llegando incluso a dormir una noche en un descampado. Varias veces se cruzaron con otros simpatizantes extranjeros del POUM también huidos, entre ellos el joven Willy Brandt.

Unos días más tarde, la pareja consiguió reunirse y cruzar la frontera francesa. Aunque Orwell huyó de España por miedo a ser detenido por el mismo gobierno por el que había estado combatiendo, siguió obsesionado por la gran guerra que estaba seguro que se produciría. Las memorias, que acabaría a principios del año siguiente, concluían con esta premonitoria escena desde la ventanilla del tren de regreso a casa: «Los alrededores londinenses, las barcazas en el río fangoso, las calles familiares, los carteles que anunciaban partidos de críquet y bodas reales, los hombres con bombín, las palomas en la plaza de Trafalgar, los autobuses rojos, los policías azules... todos durmiendo el sueño muy profundo de Inglaterra, del cual muchas veces me temo que no despertaremos hasta que no nos arranque de él el estrépito de las bombas».)[46](#)

# TERCERA PARTE

## «YO QUE USTED NO ESCRIBIRÍA SOBRE ESO»

El Orwell herido no regresaría a España. Pero había otra persona que sí estaba resuelta a hacerlo, Virginia Cowles, todavía deseosa de ver cómo era la guerra desde el bando nacional. Se trataba de una ardua tarea para una periodista que había cubierto el conflicto desde el bando republicano. «Me dijeron que no tenía la más mínima posibilidad de conseguir un visado. [...] De todos modos, decidí intentarlo.»<sup>1</sup> Instaló su base de operaciones en la elegante estación balnearia francesa de San Juan de Luz. Situada en la costa atlántica, a escasos kilómetros de la frontera española, la ciudad era un nido de intrigas con nacionales y republicanos españoles vigilándose nerviosamente unos a otros en las mesas de los cafés. La mayoría de las embajadas extranjeras en la España republicana se habían trasladado allí para ponerse a salvo de las bombas y obuses de Franco. Y desde que los nacionales habían conquistado la parte adyacente de España, los oficiales alemanes de la Legión Cóndor a menudo cruzaban la frontera para comer en Francia.

Cowles echó mano de sus contactos en la alta sociedad. En Nueva York había conocido a la hija del embajador británico en España. Como tantos otros británicos de su clase, este era un declarado entusiasta de Franco que despectivamente se refería a los republicanos como «los rojos». «A través de él —escribió Cowles—, conocí a un agente de Franco, el conde de Mamblas. Visto ahora, supongo que me aproveché del conde, quien, como aristócrata de la vieja escuela, ceñía su visión de la guerra a la simple filosofía de que el general Franco tenía el apoyo de todas “las damas y los caballeros”. Y habiéndome conocido bajo tales auspicios, supongo que me catalogó de “segura”.» Mientras esperaba que el conde le consiguiera el visado, una de las imágenes que la llenaban de inquietud era ver al otro lado de la frontera a los carabineros nacionales con sus tricornos negros. «Ahí estaba la gente cuyas ametralladoras habíamos esquivado, cuyas bombas habíamos

maldecido y de cuyos aviones habíamos huido.»

Finalmente llegó su visado. Aunque estaba en gran medida libre de los problemas de escasez de alimentos que aquejaban a la zona republicana, el territorio nacional era un lugar mucho más difícil para el trabajo de los corresponsales. En el bando republicano había una considerable libertad de prensa para ser un país en guerra; sorprendentemente existían escasas restricciones de movimiento para los periodistas y ningún corresponsal extranjero fue expulsado durante el conflicto. Sin embargo, en la otra España, para viajar a cualquier parte un corresponsal extranjero necesitaba una autorización y un acompañante. Los pasillos de las oficinas de prensa nacionales estaban atestados día y noche de periodistas que esperaban impacientes pases de viaje, y las autoridades se mostraban particularmente desconfiadas con los reporteros de fuera. Durante el transcurso de la guerra, arrestaron a una docena de corresponsales extranjeros y durante varios meses retuvieron a dos periodistas franceses. Más de una treintena de periodistas extranjeros fueron expulsados por objeciones oficiales a sus crónicas. Cuando Guy de Traversay, del diario de centro-derecha francés *L'Intransigeant*, fue capturado por las fuerzas franquistas junto con unas tropas republicanas a las que acompañaba, lo fusilaron con los demás, rociaron su cuerpo de gasolina y le prendieron fuego.

Estaba totalmente prohibido en la España nacional hacer la más mínima referencia a las tropas alemanas e italianas, a las ejecuciones de prisioneros de guerra o de simpatizantes republicanos. Si se hablaba de las tropas de Franco solo se podía mencionar su buena conducta y su disciplina. Incluso si un corresponsal extranjero tenía coche, solo le estaba permitido ir al frente en caravana tras los vehículos oficiales de la oficina de prensa nacional. Los periodistas con nombres judíos a menudo eran objeto de una vigilancia mucho más severa. A Cowles le asignaron como acompañante a un adinerado anglohablante llamado Ignacio Rosales. Se trataba de un auténtico devoto de la causa franquista, lo que resultó ser una ventaja. Rosales le propuso a Cowles llevarla a Guernica, porque estaba convencido de que, tal como afirmaba Franco, habían sido los republicanos en retirada los que habían quemado la ciudad hasta sus cimientos. «Ahora lo podrá comprobar con sus propios ojos»,<sup>2</sup> le dijo.

«Al llegar a Guernica —escribió Cowles— encontramos un panorama desolador de vigas y cascotes, como si contempláramos la excavación

arqueológica de una antigua civilización. Por las calles, solo nos cruzamos con tres o cuatro personas. Un anciano se hallaba dentro de una casa que conservaba sus cuatro paredes, pero cuyo interior era un amasijo de escombros. [...] Me acerqué y le pregunté si estaba en la ciudad cuando la destruyeron. Asintió. Cuando le pregunté qué había pasado, levantó los brazos y dijo que el cielo estaba negro de aviones: “Aviones —dijo—, italianos y alemanes”. Rosales se quedó estupefacto. “Guernica fue quemada”, le espetó acaloradamente. El anciano, sin embargo, se reafirmó en lo dicho, insistiendo en que después de cuatro horas de bombardeo quedaba muy poco que quemar. Rosales me sacó de allí. “Es un rojo”, explicó indignado». Pero las otras dos personas con las que hablaron en Guernica confirmaron el relato del anciano.

Poco después, llegaron a un centro de mando del ejército cuyos oficiales Rosales consideró seguros para que Cowles los entrevistara. «Eran españoles altos y bien parecidos que hablaban con entusiasmo [...] y predecían el fin de la guerra para la primavera. Uno de ellos dijo que había oído decir que Estados Unidos estaba contra Franco, y auguraba que, si no enmendaba su postura, la hoz y el martillo pronto terminarían ondeando en la Casa Blanca. “Solo hay una manera de tratar a los rojos —dijo—, fusilarlos.” Rosales les contó nuestro viaje por la costa y les mencionó el incidente de Guernica. “La ciudad está llena de rojos —dijo—. Trataron de convencernos de que había sido bombardeada, no quemada.” El altanero oficial del Estado Mayor contestó: “Pues claro que fue bombardeada. La bombardeamos una y otra vez, y, bueno, ¿por qué no?”. Rosales lo miró asombrado. De regreso en coche a Bilbao, me dijo: “Yo que usted no escribiría sobre eso”.»

Un poco más tarde, Cowles y Rosales quedaron bloqueados en una estrecha y polvorienta carretera que bordeaba un profundo barranco. Un camión pesado estaba allí atascado y, a pesar de los esfuerzos de una cuadrilla de presos, no lograban moverlo. En ese momento, escribió Cowles, «un gran coche negro, precedido por un motorista, se detuvo a nuestro lado y descendió el embajador italiano. [...] Vestido con un magnífico uniforme negro y con el pecho plagado de medallas, su presencia produjo un considerable nerviosismo entre los españoles. Las órdenes se volvieron más fuertes y violentas, pero las ruedas del camión seguían resbalando en el barro. Considerando que era una descortesía hacer esperar al embajador italiano, el oficial al mando finalmente resolvió el problema ordenando a la cuadrilla de



presos que lanzaran el camión por el barranco. Con el motor todavía en marcha, los hombres lo empujaron y el camión se despeñó con un ruido ensordecedor cien metros barraco abajo; el embajador hizo el saludo fascista y volvió a subirse al coche. [...] Rosales me volvió a decir: “Creo que es mejor que no cuente esto”».

A Cowles no se le pasó ningún detalle por alto de la España nacional, aunque, por prudencia, la mayor parte no la publicaría hasta que hubo salido del país. En una ocasión estuvo en una colina a las afueras de Madrid observando el frente de batalla y las calles de la ciudad por las que se había movido cuando estaba en el otro bando. Podía ver hasta el edificio blanco de la Telefónica desde el que había mandado sus crónicas.

En una población recién conquistada asistió al saqueo por parte de las tropas moras de Franco de las casas de los aldeanos: «Salían de las casas cargados de cachivaches en los brazos. Un soldado llevaba un banco de cocina sobre los hombros y un batidor de huevos en el bolsillo; otro, una muñeca y un par de zapatos viejos. Unos cuantos moros estaban sentados en la acera agachados alrededor de una baraja observando con admiración los brillantes colores de las reinas y sotas».3 (Los responsables últimos del saqueo eran los oficiales nacionales, que se habían dado cuenta de que el botín enviado a las aldeas en Marruecos era un poderoso incentivo para el reclutamiento.)

Lo que más sorprendió a Cowles fue que nadie hacía el más mínimo esfuerzo por ocultar el origen del armamento de Franco. «Banderas alemanas e italianas ondeaban de un extremo al otro de la España insurgente.»4 Por doquier se veían carteles de Hitler y Mussolini, y en hoteles, bares y restaurantes, estandartes con la esvástica. En las paredes vio pintadas de «¡Viva el Duce!» y había tiendas con carteles en los escaparates en que se anunciaba que se hablaba alemán. En Salamanca, el representante italiano, por el que habían despeñado el camión, fue recibido por una multitud con antorchas y «un deslumbrante desfile de la caballería mora entró atronando la Plaza Mayor a la luz de la luna con sus blancas capas al viento».

En Santander, Cowles presenció el desfile victorioso de las tropas italianas con sus tanques, camiones y vehículos acorazados, mientras miles de refugiados, con todas sus pertenencias reducidas a míseros hatillos, «contemplaban la celebración con lágrimas en los ojos». Entretanto, «en los barrios obreros las puertas permanecían cerradas y las persianas echadas». Delante de una cárcel, una larga fila de mujeres y niños esperaba noticias de

los presos. «La entrada de las tropas vencedoras, con sus armas y sus motocicletas vistosamente adornadas con flores y guirnaldas, producía una impresión casi siniestra.»<sup>5</sup>

Cuando, durante el desfile, Rosales se apartó un momento para saludar a un amigo, Cowles aprovechó para volverse hacia un español que se destacaba por sus ruidosos vítores y le preguntó el motivo de su entusiasmo por los italianos. «Nos gustan», le contestó y luego, guiñándole un ojo, añadió «porque de otra manera...», y se cruzó significativamente la garganta con el dedo.<sup>6</sup>

«El espíritu de revancha [...] era mucho más virulento que en Madrid — escribió Cowles—. Con un sistema que animaba a la gente a denunciar a sus vecinos», se producían oleadas masivas de arrestos. Las «cárceles estaban a rebosar y las ejecuciones alcanzaban cifras escalofriantes. En cuanto los nacionales ocupaban una ciudad establecían tribunales militares y comenzaban los juicios».<sup>7</sup> En Santander, Cowles asistió al juicio de tres oficiales del ejército republicano y de un cargo municipal. «El procedimiento duró unos quince minutos.» Los cuatro fueron condenados a muerte. Un joven capitán nacional que formaba parte del tribunal le dijo alegremente a Cowles que ese había sido el destino de 14 de los 16 hombres que habían sido juzgados aquella mañana.<sup>8</sup> Aunque pasarían muchos años antes de que las cifras se establecieran con precisión, sabemos que solo en Santander, en las semanas posteriores a su caída, 1.267 personas fueron sentenciadas a muerte en juicios como el que presenció Cowles, 739 más fueron fusiladas sin juicio y al menos 389 murieron por malos tratos estando en prisión.<sup>9</sup>

Cuando el tribunal levantó la sesión, «el capitán y yo descendimos las escaleras del palacio de justicia hasta la calle. Apostado delante del edificio había un camión sin toldo lleno de hombres. Al acercarnos, vi que se trataba de los prisioneros a los que acababan de juzgar. El cielo estaba despejado y calentaba el sol, lo que hacía que la sentencia de muerte resultara totalmente irreal. Algunos estaban sentados con la cabeza gacha, pero al acercarnos más reconocieron al joven capitán como uno de los jueces y por un instante supongo que tuvieron el atisbo de esperanza de que tal vez los salvara. Se lo quedaron mirando como animales aturdidos y luego se pusieron de pie y saludaron. Era una visión terrible y patética, pero el joven capitán les devolvió el saludo con indiferencia, inspiró una bocanada de aire fresco y dijo alegremente: “Vamos al café a tomar una copa”».<sup>10</sup>

Bajo su apariencia de ingenua señorita de clase alta, con sus joyas y sus zapatos de tacón alto, Cowles era una hábil periodista que recogió mucha más información de la que sus anfitriones nacionales suponían. Entre otras cosas, logró una cifra bastante aproximada del personal militar alemán e italiano que combatía con Franco. Cuando lo publicó en un extenso artículo para el londinense *Sunday Times* poco después de salir de España, suscitó gran interés, hasta el punto de que fue comentado y tratado ampliamente en la Cámara de los Comunes por el primer ministro David Lloyd George, que era partidario de la República. Este asumió que el artículo, que no iba firmado, había sido elaborado por un hombre, refiriéndose en su intervención al escritor como «él». Poco después, un amigo común ofreció llevar a comer al autor del artículo a la casa de campo de Lloyd George. «Cuando me bajé del coche —escribió Cowles—, el anciano caballero me miró con un asombro que rayaba en el resentimiento. Supongo que le resultó una desagradable sorpresa descubrir que la eminente autoridad a la que había citado era simplemente una tierna jovencita. [...] En el momento de despedirnos, pareció que ya me había perdonado por no ser un general y me obsequió con un bote de miel y una docena de manzanas de su huerto.»[11](#)

El coche oficial del ejército que llevó a Cowles y a su escolta por toda la España nacional muy probablemente funcionaba con gasolina refinada a partir del petróleo de Texaco, así como el combustible de los aviones que bombardearon Guernica. El presidente Roosevelt convocó a Torkild Rieber en Washington para recriminarle por el abastecimiento a crédito de combustible a Franco,[12](#) una reunión que provocó un intenso intercambio de telegramas entre Texaco y las autoridades nacionales, pero Rieber mantuvo discretamente el acuerdo crediticio. A pesar de los considerables poderes discrecionales del presidente según la legislación del embargo de armas, poco más podía hacer. Un agradecido Franco le mandó a Rieber una carta personal para darle las gracias por su permanente ayuda.

A pesar de saber muy poco o nada del origen del petróleo para el Generalísimo, los partidarios de la República de todo el mundo estaban furiosos por la pasividad de las democracias occidentales ante el envío de cientos de aviones y miles de soldados por parte de Hitler y Mussolini para ayudar a Franco. Ello resultaba especialmente frustrante en relación con Estados Unidos. Eleanor Roosevelt había prestado su nombre para una

campana de recogida de fondos para adquirir leche para los niños españoles y en su columna continuaba hablando de sus sufrimientos. Seguramente ni ella ni su marido deseaban el triunfo del fascismo en Europa. Pero la pregunta seguía siendo esta: ¿cuál era la mejor manera de presionarles?

Más que ninguna otra pareja en la Casa Blanca, los Roosevelt habían acogido a una gran variedad de invitados durante largos períodos de tiempo, uno de los cuales se hallaba ahora en España. La madre de Martha Gellhorn era una vieja amiga de Eleanor y la primera dama invitó a Martha a quedarse en la Casa Blanca mientras trabajaba en un libro sobre la pobreza. La primera noche, al bajar a cenar, se sentó al lado del presidente. Desde el otro extremo de la mesa, Eleanor le dijo a su marido: «Franklin, habla con esa chica que está a tu izquierda. Dice que toda la gente del sur tiene pelagra o sífilis». [13](#)

Eleanor Roosevelt inmediatamente reclutó a Gellhorn para que la ayudara con su voluminosa correspondencia, ya que cada día le escribían cientos de estadounidenses para exponerle sus quejas, sugerencias o demandas de ayuda. Disciplinada y ambiciosa en lo que a su carrera de escritora concernía, enseguida se dio cuenta de que no podría seguir escribiendo mientras estuviera en la Casa Blanca. Así que, tras unas pocas semanas se marchó, aunque su amistad con la primera dama perduró y durante los años siguientes las dos mujeres intercambiaron decenas de cartas. Seguían carteándose cuando Gellhorn y Hemingway regresaron a Nueva York en mayo de 1937 para trabajar con Joris Ivens en el montaje del material que habían rodado en España. Más tarde, ese mismo mes, Gellhorn se reunió con la señora Roosevelt y otros invitados en un proyecto del New Deal, el complejo de viviendas sociales de Greenbelt, en Maryland. «Todos estuvimos escuchando a Martha Gellhorn —escribió Eleanor en su columna— mientras nos contaba sus experiencias en España.» Más tarde le escribió Gellhorn: «Tienes razón en tratar de convencer a la gente de que lo que está pasando en España podría ocurrir en cualquier parte». [14](#)

Más allá de la emoción de su romance con Hemingway, a Gellhorn le había afectado profundamente la guerra en Madrid. «Es sorprendente —le escribió a Hemingway— que solo seis semanas puedan arruinar la vida de alguien [...] y que ahora la vida sea solo una dolorosa espera entre los periódicos de la mañana y los de la tarde y el miedo por lo que esté pasándoles a todos los que están allí.» [15](#)

Cowles se volcó en el trabajo de *Tierra española*. El documental estaba

concebido como una superposición de imágenes de Fuentidueña de Tajo, el pueblo agrícola cercano a Madrid que visitó Virginia Cowles con el equipo de filmación, con tomas de las celebridades de las Brigadas Internacionales y escenas de combate y de ataques aéreos. Para relacionar los dispares elementos de la película había un personaje de ficción, un joven de Fuentidueña que vuelve del frente para instruir a otros aldeanos en el combate.

«Dos noches atrás —escribió Gellhorn a Eleanor Roosevelt—, estábamos trabajando con tres ingenieros de sonido en los laboratorios de la Columbia Broadcasting y reproducíamos el sonido de las bombas al caer con la cámara de un balón, la manguera de aire y las uñas golpeando una pantalla, y se parecía tanto al sonido de un proyectil que nos asustamos de nuestro ingenio.»<sup>16</sup> Aunque la película pretendía llegar al público más amplio posible, también había un público de dos personas de vital importancia. Gellhorn le propuso a la primera dama un pase privado en la Casa Blanca y la señora Roosevelt le puso fecha sin demora.

Un Gurney crecientemente inquieto y frustrado todavía seguía en el frente, en las defensas del sudeste de Madrid. «No éramos de gran ayuda sentados por las colinas del Jarama, mientras nos diezmaban poco a poco los francotiradores y la disentería. Aunque no me gustaba el combate, estaba dispuesto a volver a intentarlo, si alguien me necesitaba. Pero aquella inactividad era inútil. Y sucedió que una hermosa mañana de verano todos mis problemas se resolvieron de la manera más simple.»<sup>17</sup>

El Batallón Lincoln recibió órdenes de rehacer el plano con la localización de todos los nidos de ametralladoras de las trincheras nacionales de su sector. Gracias a la habilidad de Gurney para el dibujo, se había convertido en el cartógrafo de la unidad, así que tomó una brújula y un cuaderno y se puso manos a la obra. «Como no tenía prisa, mientras recorría la trinchera haciendo el trabajo, me iba parando en los refugios a charlar con los amigos. No había actividad de combate en ninguno de los dos bandos y la tierra de nadie estaba salpicada de vides y plantas florecidas. Me sentía especialmente feliz y despreocupado por la vida en general, mientras iba comprobando la brújula a intervalos en las troneras del parapeto.»<sup>18</sup>

Casi había acabado el trabajo cuando llegó a un puesto de tirador en el que el terraplén de la parte posterior de la trinchera era especialmente bajo, por lo

que a través de la tronera un francotirador nacional atento podía ver un pedazo de cielo y, en caso de que este quedara tapado, saber que allí había alguien. Pero, como la trinchera enemiga se hallaba a más de 200 metros y la tronera solo tenía unos 30 centímetros cuadrados, Gurney sacó la brújula despreocupadamente para orientarla.

La bala que le alcanzó le hizo «un agujero del tamaño de un huevo de gallina» en la mano que sostenía la brújula y le lanzó esquirlas metálicas contra la cara y los ojos. Cuando recuperó la conciencia estaba en el puesto de socorro del doctor William Pike, que había estado tratándolo unos meses antes. El médico lo vendó lo mejor que pudo y lo envió en ambulancia a la retaguardia. Mientras se dirigía al quirófano oyó voces hablando en una lengua extranjera. «No me desperté hasta la mañana siguiente. [...] Tenía la mano derecha cubierta por un montón de vendas del tamaño de un guante de boxeo y me dolía terriblemente. La cara también la llevaba cubierta de vendas, por lo que no podía ver.» Poco a poco Gurney fue tomando conciencia de que estaba en un pequeño hospital militar con un médico checo y cuatro enfermeras sin formación que no tenían ni idea de cómo desinfectar una herida.

«Estaba decidido a conseguir que me trasladaran al hospital americano lo antes posible.» Tres días más tarde, cuando recuperó algo de visión, reconoció a un conductor de ambulancia estadounidense al que conocía de haberlo visto mientras estaba en el patio de la clínica. El conductor le dijo: «“Métete dentro”, y me escondió sin que nadie se diera cuenta». [19](#)

Tal como la describió un impresionado Gurney, la antigua residencia real de Villa Paz era «un gran complejo cerrado en ladrillo rojo cuya única entrada la constituía un enorme pasadizo en medio del muro sur que desembocaba en un jardín de unos 4.000 metros cuadrados». El hospital, que entonces ocupaba todos los edificios, le pareció un paraíso situado «en una de las regiones más hermosas de España, con vastas áreas de cultivo y bosques surcados por arroyos». Tenía una escalera en espiral, una biblioteca y retratos de nobles en las paredes.

Le suministraron un calmante y lo metieron en la cama. Fue al despertarse en mitad de la noche cuando su mirada de escultor captó la escena:

Cerca del pie de la cama había una enfermera leyendo con una tenue luz sentada junto a una mesa pequeña. Era una muchacha bastante alta y muy delgada, y estaba sentada de una

forma peculiar con uno de los brazos entrelazado con el otro, en el que tenía apoyada la cabeza, y las piernas entrecruzadas para mantenerse en equilibrio sobre la pequeña silla en la que se sentaba. Tenía los codos apoyados en la mesita. [...] Su cabeza presentaba un extraño carácter clásico y antiguo; la frente ancha, cejas negras y marcadas y los ojos grandes y oscuros. La nariz prominente parecía salida de un retrato florentino, pómulos altos y un mentón firme. La boca, más bien grande, tenía una cierta mueca dionisiaca en las comisuras y llevaba el pelo casi negro, vagamente ondulado y con la raya en medio, recogido detrás en un pequeño moño bajo sobre un cuello largo y esbelto. Debido a la rareza de la pose y de la luz, su cabeza resultaba memorable e impactante. [20](#)

La enfermera, de veintiséis años, era Toby Jensky, nacida en el seno de una familia de inmigrantes rusos y hablantes de yidis en una casa que paradójicamente era una antigua rectoría en la zona rural de Massachusetts. Había trabajado en el hospital Beth Israel de Nueva York y había llegado a España solo unas pocas semanas antes de que Gurney apareciera en su sala de hospital. «Me contó todo eso —escribió Gurney—, con su voz extrañamente grave de contralto que contrastaba sobremanera con la delicadeza de su aspecto. Al final me arrojó, apagó la luz [...] y, por primera vez en mucho tiempo, dormí profunda y sosegadamente.»

Asustado, Gurney tuvo que someterse a otra operación para extraerle fragmentos de metal de alrededor de los ojos. Al despertarse no podía ver ni utilizar la mano.

Me sentía tranquilo porque Toby estaba a mi lado. Al ver que me movía, me puso la mano en el hombro y me dijo:

—No te preocupes. Han hecho un trabajo estupendo y todo va a ir bien.

—¿Cómo lo saben?

—Al parecer, no está dañado el nervio óptico y ninguno de los trocitos metálicos ha causado un daño grave. Te han quitado algunos y los demás son inofensivos.

Al cabo de unos pocos días, cuando le quitaron definitivamente el vendaje de los ojos, pudo volver a ver a Jensky y hablar con ella.

Esta es al menos la versión de Gurney de cómo se conocieron él y Toby, publicada cerca de cuarenta años después. Pero Fredericka Martin, la enfermera jefe y supervisora de Jensky, sostenía que las cosas sucedieron de una manera muy diferente. «¡Qué manera de adornar la historia! —escribió Martin después de leer las memorias de Gurney—. Él y Toby se conocieron en el jardín donde ella estaba sentada con las piernas llenas de picaduras de



insectos extendidas al sol para curárselas mientras pelaba verduras tediosamente durante horas por una crisis en la cocina (aquel día las cocineras españolas no se habían presentado a trabajar). De modo que Pat se enamoró de una chica de cara traviesa y piernas con llagas supurantes [sic] expuestas al sol; una escena que más tarde él transformó en un conmovedor encuentro a la cabecera de la cama. [...] Pero todo lo que dice de despertarse y ver sus ojos es pura fantasía.»<sup>21</sup> ¿Qué versión es la verdadera? Nunca lo sabremos.

Gurney se dio cuenta de que con la mano destrozada no podría volver a combatir ni a esculpir. Y a pesar del idílico hospital, las noticias que llegaban del frente eran cada vez más alarmantes. La mayor parte del País Vasco había caído en manos de las tropas de Franco y era solo cuestión de tiempo que, con sus aliados nazis e italianos, los nacionales dirigieran todas sus fuerzas contra lo que quedaba de la España Republicana. Los meses anteriores, además, habían revelado nuevos refinamientos de su arsenal, como la técnica desarrollada por la Legión Cóndor de lanzar bombas incendiarias junto con un depósito auxiliar de combustible, creando así un precursor del napalm al que los pilotos llamaban el *flambo*.

Gurney estaba convencido de que la guerra estaba perdida. «Me sentía desesperadamente apenado. [...] Era una situación horrorosa encontrarse y hablar con todos aquellos encantadores y hospitalarios españoles que trabajaban en el hospital, a sabiendas del destino que los esperaba a manos de Franco en pago por toda la generosidad y cariño que nos habían prodigado. Incluso treinta años más tarde, el horror de aquella situación sigue rondándome como el olor de la leche agria y descompuesta. No había logrado hacer gran cosa para ayudarlos y era el momento de marcharme, ya que no podía hacer más.»<sup>22</sup> Sin embargo, no podía marcharse, porque se había enamorado.

El pacto diabólico entre la República y la Unión Soviética había permitido a los rusos hacerse con el control del aparato de seguridad interior del gobierno. Ello, unido al miedo provocado por los alardes nacionales de una quinta columna de agentes secretos, tuvo como resultado una oleada de detenciones. Los comunistas rápidamente se hicieron con el control del servicio de contraespionaje militar republicano, el Servicio de Información Militar o SIM. Como tantas otras fuerzas de ese tipo en todo el mundo, el SIM atrajo a un buen número de sádicos y las condiciones de sus cárceles

eran notoriamente duras. Aunque desarticuló unas cuantas redes de espionaje nacionales, nadie sabe cuántos de los encarcelados y torturados eran quintacolumnistas y cuántos antiestalinistas.

El caso de uno de esos detenidos tendría resonancia en el mundo literario estadounidense. Se trataba de José Robles, un joven idealista español que, en los años veinte, por su rechazo de la dictadura militar en su país, había buscado refugio en Estados Unidos. Siendo profesor de español en la Universidad John Hopkins, Robles aprendió ruso para poder leer en el original las grandes novelas decimonónicas de aquel país. Estaba de visita en España cuando estalló la Guerra Civil e inmediatamente se presentó voluntario para alistarse en las fuerzas armadas de la República. El ejército se mostró satisfecho de contar con él debido a su escasez de oficiales y especialmente por tratarse de alguien que sabía inglés, francés y ruso. Nombrado teniente coronel, a Robles se le asignó, según parece, un cargo extremadamente confidencial, el de oficial de enlace con el general Vladímir Gorev, agregado militar y jefe del servicio de inteligencia militar soviético en España.

Amigo de John Dos Passos desde hacía veinte años, una de cuyas novelas había traducido al español, el escritor estadounidense estaba convencido de que Robles estaría encantado de echarles una mano a él y a su viejo amigo Hemingway en su proyecto de *Tierra española*. Pero cuando llegó a España en abril de 1937 y trató de ponerse en contacto con él, John no recibió más que evasivas. No fue hasta que se encontró con la mujer de Robles que descubrió que había sido detenido.

No se sabe si Robles era culpable o no de algo. Lo único cierto es que estaba en condiciones de conocer muy de cerca la creciente influencia soviética dentro la República. Al no ser comunista, sino un académico de toda la vida, carecía de experiencia profesional a la hora de guardar secretos y circulaban rumores de que había cometido indiscreciones al hablar demasiado a la ligera de lo que sabía. Aunque también es posible que su detención fuera una maniobra de la policía secreta soviética, el NKVD, contra su rival, el servicio de inteligencia militar representado por el general Gorev.<sup>23</sup>

Dos Passos, un hombre de izquierdas cuya obra maestra, la trilogía *USA*, acababa de ser portada del *Times*, estaba horrorizado por la detención de su amigo y de que nadie le diera razón del porqué. La mujer de Robles le rogó que la ayudara a salvar a su marido. Más tarde sufriría un nuevo golpe al

enterarse de que Robles había sido ejecutado.

Hemingway empeoró aún más las cosas al manifestar que creía que Dos Passos debía dejar de indagar, porque, como resumió Josephine Herbst, «nos acabaría convirtiendo a todos en sospechosos y causándonos problemas».<sup>24</sup> Además, con su conocida inclinación a repentinos actos de crueldad contra otros escritores, Hemingway ya se sentía celoso de Dos Passos. «Quería ser el único escritor de guerra de su época», escribió Herbst, y no debió de haberle hecho mucha gracia que en Francia Jean-Paul Sartre acabara de declarar que Dos Passos era «el mayor escritor de nuestro tiempo». Por otra parte, Dos Passos y su mujer eran buenos amigos de la mujer de Hemingway, Pauline, y este se hallaba inmerso en un romance cada vez más notorio con Martha Gellhorn.

Aunque continuó con su trabajo en *Tierra española*, Dos Passos no dejó sus indagaciones. Al abandonar España, había perdido toda esperanza respecto a Robles, iniciado un viraje político de la izquierda hacia la derecha y se había distanciado definitivamente de Hemingway. Como ha observado un crítico: «Hemingway parecía necesitar destruir una amistad o un matrimonio cada pocos años para seguir funcionando. En Madrid, hizo ambas cosas».<sup>25</sup> Pero con todo lo mezquino que pudiera llegar a ser, en su actitud había algo más que una simple rivalidad personal. Cualesquiera que fueran los fallos y las injusticias de la República (y más adelante demostró que estaba al corriente de ellos), lo que le importaba por encima de todo era que ganara la guerra y le preocupaba cualquier cosa que pudiera suponer una distracción pública, incluso si se trataba de una muerte no resuelta.

Entre las otras víctimas del SIM en la primavera de 1937 estaba el líder del POUM Andreu Nin, antiguo consejero de justicia del gobierno catalán y traductor al catalán de *Crimen y castigo* de Dostoievski. Si Nin se convirtió en un objetivo particular de la ira soviética fue porque, antes de volverse antiestalinista, había estado viviendo durante una década en la Unión Soviética y durante un tiempo había sido una persona muy cercana al archienemigo de Stalin, Trotski. El periódico del POUM había sido prácticamente el único en la España Republicana en atacar las purgas. Al parecer, fue el propio jefe de los servicios secretos de Stalin en España, Alexander Orlov, quien supervisó la tortura y ejecución de Nin.

A pesar de esas muertes, la gran matanza a escala soviética de los izquierdistas no estalinistas que tanto se temía Orwell nunca se produjo. Es

imposible saber con exactitud cuál fue el número de víctimas, pero, sin contar a quienes murieron durante los combates callejeros en Barcelona, un académico simpatizante del POUM cifra en unos 30 los miembros de este partido, trotskistas y anarquistas asesinados deliberadamente por los comunistas en las cárceles del SIM o en otros lugares.<sup>26</sup>

Orwell terminó admitiendo que el gobierno Negrín «ha demostrado más tolerancia política de lo que se esperaba».<sup>27</sup> Para consternación de anarquistas y comunistas, incluso se iniciaron investigaciones sobre algunas de las matanzas cometidas en territorio republicano durante los primeros meses de la guerra. Pues, a pesar de su control de las cárceles del SIM, los comunistas no tenían un dominio similar sobre los tribunales de la España republicana, los cuales, no obstante sus deficiencias y las presiones políticas que tuvieron que soportar, fueron mucho más imparciales que los de muchas otras naciones en guerra. Cuando, tras muchos retrasos, finalmente fue juzgado el Comité Ejecutivo del POUM, no se trató del juicio público al estilo soviético que Stalin pedía y, aunque algunos de los acusados fueron sentenciados a penas de prisión, otros fueron declarados inocentes de todos los cargos. El representante de Comintern<sup>28</sup> en el juicio informó desalentado a Moscú que el balance fue «escandaloso», ya que no se dictaron «penas rigurosas» (esto es, penas de muerte).

Muchos de los simpatizantes extranjeros del POUM y de los anarquistas fueron puestos en libertad al poco tiempo. Y así sucedió con Lois y Charles Orr, que, después de nueve días en prisión preventiva, un día a las cuatro de la mañana se encontraron repentinamente en libertad en una calle de Barcelona y unos días más tarde a bordo de un barco hacia Marsella. Sus diez meses en España habían acabado, así como el experimento de transformación social al que habían venido a sumarse. Cuando bajaron a tomar su primera comida en el comedor del buque, Lois se sentía como «en un funeral».<sup>29</sup>

A partir de mediados de 1937, los periódicos anarquistas y otros disidentes fueron intermitentemente censurados y los vestigios restantes del control obrero, en gran parte suprimidos. En Aragón, tropas bajo mando comunista incluso obligaron a los campesinos que explotaban colectivamente algunas fincas a devolver las tierras, ganados y aperos a sus antiguos propietarios. El primer ministro Negrín, deseoso de lograr el apoyo exterior y, como él dijo, «de persuadir a las potencias democráticas de la naturaleza no revolucionaria

de[l] conflicto republicano»,<sup>30</sup> anunció planes para privatizar las industrias que habían sido nacionalizadas. Aunque la guerra continuaba a toda máquina, la revolución española había tocado a su fin. ¿Cómo podríamos valorarla ahora?

Es fácil entender por qué el período de fervor revolucionario resultó tan atractivo. Durante un siglo o más, los idealistas habían soñado con un mundo en el que la riqueza estuviera repartida, los obreros fueran dueños de las fábricas y los campesinos de la tierra, y donde la democracia, todavía aún por definir en muchos aspectos, fuera más directa. Durante unos meses, gran parte de esas aspiraciones se concretaron sobre todo en Barcelona, la segunda ciudad del país, en buena parte de Cataluña y en el cercano Aragón. Aunque los enormes cambios se vieran empañados por miles de asesinatos, es difícil encontrar un ejemplo anterior o posterior en el que ideas normalmente consideradas utópicas fueran puestas en práctica a una escala que afectaba a millones de personas.

¿Habría favorecido el triunfo en la guerra que la revolución española hubiera continuado sin trabas? Lois Orr estaba segura de ello: «Con solo que la gente ahora volviera a tomar el control de las cosas, tal vez podríamos acabar con estas estúpidas e insensatas derrotas». <sup>31</sup> Orwell también pensaba lo mismo cuando publicó *Homenaje a Cataluña* un año después de abandonar España. El lema de los poumistas y los anarquistas, «“La guerra y la revolución son inseparables” era más realista de lo que parece», escribió. Si el gobierno «hubiera apelado a los trabajadores del mundo, no en nombre de la “España democrática”, sino de la “España revolucionaria”, resulta difícil creer que no hubiera recibido respuesta»<sup>32</sup> en forma de huelgas y boicots de «decenas de millones» en otros países. Asimismo, argumentaba, si la República hubiera prometido la independencia del Marruecos Español, ello habría provocado levantamientos en la retaguardia de Franco.

Aunque hoy consideremos a Orwell el santo patrón del pensamiento crítico, en aquel momento de su vida, como les ocurría a tantos otros izquierdistas de todo el espectro político, consideraba románticamente a la clase obrera como la decisiva fuerza revolucionaria del mundo. Lo cual era (algo extraño en él) totalmente ilusorio. Tampoco era, como él pensaba, el Marruecos Español un polvorín a la espera de la chispa que encendiera una revuelta anticolonial. Por contra, se trataba de un mosaico de sociedades muy tradicionales en las que los partidarios de la independencia eran pocos y estaban divididos, y en las

que el ejército nacional no tenía problemas para seguir reclutando soldados. Hacia 1937, uno de cada siete varones del Protectorado estaba en las fuerzas de Franco.<sup>33</sup>

Seguramente habría sido muchísimo mejor para la República si las facciones políticas hubieran resuelto sus diferencias sin recurrir a los combates callejeros que provocaron cientos de muertos y heridos, y sin que unas fuerzas de seguridad controladas por los soviéticos se dedicaran a matar a disidentes en las cárceles. Sin embargo, para librar una guerra compleja y mecanizada, un ejército disciplinado supeditado a un mando centralizado es muchísimo más eficaz que una serie de milicias dependientes de un descabellado mosaico de partidos políticos y sindicatos; y que los comunistas españoles quisieran utilizar dicha centralización para hacerse con una mayor parcela de poder no lo hace menos cierto. Tampoco era injustificada la esperanza de que, si al menos Francia y Estados Unidos hubieran percibido a España no como un país revolucionario, podrían haberse replanteado su renuencia a venderle armas. Los dirigentes de ambos países, de hecho, ofrecieron algunos esperanzadores indicios de ceder y Francia, en un par de ocasiones, aunque a pequeña escala, así lo hizo.

El sueño de los anarquistas españoles entrañaba además otros problemas. Es difícil imaginarse cómo la aversión a cualquier forma de gobierno y al uso del dinero podría a la larga reconciliarse con la vida de una sociedad industrializada. Uno puede imaginarse intercambiar huevos por tejidos, pero ¿y si los bienes de los que se trata son componentes de aviones o aparatos de rayos X? Si el mundo imaginado por los anarquistas ya era de por sí suficientemente difícil de mantener en tiempos de paz, con más razón lo era librando una guerra desesperada por la supervivencia. No obstante, por muy condenada al fracaso que pudiera estar la revolución española, durante unos meses, un tipo de sociedad increíblemente diferente creció y floreció de un modo como nunca se había dado antes en España ni en ninguna otra parte del mundo. Y en un mundo como el nuestro, en el que las desigualdades económicas crecen constantemente, el conjunto de efímeras cooperativas, tierras cultivadas comunitariamente y fábricas controladas por sus obreros de la España de 1936-1937 ofrecen un fascinante y tentador ejemplo de una alternativa no explorada.

Si alguien en otra parte del mundo hubiera tratado de entender lo que estaba sucediendo en aquel preciso momento en España, le habría resultado muy

difícil, porque, aunque la revolución tuvo lugar en medio de una de las mayores concentraciones de corresponsales extranjeros del mundo, prácticamente ninguno se hizo eco de ella.

Los corresponsales fácilmente se acomodan a la conducta del resto. Raro es el periodista que, recién llegado a un país extranjero, no gravita inmediatamente hacia otros con sus libretas de notas o cámaras para informarse de las claves del lugar. ¿Qué pasa hoy? ¿Hay una rueda de prensa en el ministerio? ¿Has oído que...? Y raro es el corresponsal que, estando ya en el lugar y orgulloso de saber cómo moverse en los medios locales, no ofrece al recién llegado consejos amistosos.

Entre los reporteros que se encuentran a menudo bajo el fuego (en España varios resultaron muertos), ese sentimiento de camaradería se ve enormemente intensificado. Los miembros de la prensa extranjera en Madrid comían y cenaban juntos en una larga mesa que tenían reservada en el restaurante subterráneo con aires de club nocturno del hotel Gran Vía, donde, como escribió Josephine Herbst, «hablaban como verdaderos expertos [...] de la cantidad de obuses caídos o del número de personas muertas».<sup>34</sup> Prácticamente todos se alojaban en el vecino hotel Florida. Sus memorias están plagadas de relatos sobre las penalidades compartidas, entre ellas la execrable comida del Gran Vía («mijo y sopa de agua», como la describía Hemingway, «arroz amarillo con carne de caballo»)<sup>35</sup> En la mesa de la prensa, se recibía con vítores a los recién llegados del exterior que traían latas de comida para sus colegas, y con abucheos a quienes no traían nada.

Las noticias que envía un corresponsal se ven fuertemente condicionadas por lo que otros están contando. Cualquier periodista en misión sabe lo que es recibir ansiosos mensajes de la oficina central en los que le dicen que un periódico o una cadena rival han informado de esto o de aquello y que por qué ellos no tienen nada sobre ese asunto. Los requerimientos que antes llegaban por telegrama, actualmente llegan vía correo electrónico o mensaje de texto. Y dondequiera que los periodistas estén al corriente del trabajo de sus colegas, tiende a establecerse una «versión autorizada» y homogénea de los hechos. Hay que tener un talante excepcionalmente independiente para ver las cosas de otra manera.

«Durante aquellos años, en el hotel Florida podías aprender más — alardeaba Hemingway— que en ninguna otra parte del mundo.»<sup>36</sup> Pero ¿era realmente así? Los corresponsales que pasaban por el Florida se juntaban



para cubrir las grandes batallas, sobre todo las de Madrid. Una crónica sobre un tiroteo entre edificios en la Ciudad Universitaria, con las pizarras de las aulas todavía cubiertas con las notas de los profesores, o sobre un bombardeo artillero agazapados en las trincheras tenía más posibilidades de ocupar la primera plana que otra sobre una fábrica controlada por sus obreros en Barcelona o sobre una finca ocupada por campesinos en Aragón (especialmente si un periódico rival estaba publicando crónicas sobre ese mismo bombardeo en las trincheras).

El núcleo de la versión autorizada de la Guerra Civil Española consistía en una narrativa fácilmente comprensible de héroes y malvados: España tenía un gobierno democráticamente elegido que combatía contra un golpe de Estado militar de derechas apoyado por Hitler y Mussolini, y había una gran ciudad europea asediada. Esta era, por otra parte, la versión que el gobierno republicano y sus partidarios querían urgentemente contar y cuanto más famoso fuera el narrador, mejor. Por ejemplo, el periodista comunista Claud Cockburn dijo de W. H. Auden: «Lo que realmente queríamos de él es que fuera al frente y escribiera algunos artículos vitoreando a la República y que después de marcharse escribiera algunos poemas vitoreando a la República».<sup>37</sup>

Si uno repasa la prensa norteamericana y británica de aquellos años, por cada millar de artículos dedicados al terreno ganado o perdido en el campo de batalla o sobre las bombas caídas en Madrid, tendrá suerte si logra encontrar uno que mencione la forma en que los españoles escribieron brevemente un nuevo capítulo de la centenaria lucha europea de clases. Y rara vez permitieron que algunos de los talentosos fotógrafos que se hicieron famosos cubriendo esta guerra con sus cámaras compactas de 35 mm dirigieran sus lentes hacia esa historia. La mayoría de los corresponsales tenían escaso interés por Cataluña, el epicentro de la revolución. «Los catalanes [...] son una especie de falsos españoles»,<sup>38</sup> le escribió desdeñosamente Martha Gellhorn a Eleanor Roosevelt.

El hecho de que una revolución social utópica pudiera haber sido un sueño inviable y romántico incluso en tiempos de paz, y que seguramente era imposible en medio de una guerra, no significa que no mereciera la pena informar sobre ella. De la mayoría de los cientos de corresponsales de fuera que pasaron por España durante la guerra, ninguno mostró demasiado interés por la revolución que durante meses los rodeó; ni los famosos, como

Hemingway o Gellhorn, ni los desconocidos, como Milly Bennett, ni los enconados rivales del *New York Times* Matthews y Carney, ni aquellos que demostraron una inusual osadía a la hora de buscar otro tipo de noticias, como Virginia Cowles. Esta al menos mencionó que el propio hotel Florida «estaba en manos de los ascensoristas, los porteros y los recepcionistas, mientras el restaurante en donde comía estaba dirigido conjuntamente por un grupo de camareros». [39](#) Raro fue el periodista que mencionó ese tipo de cosas, aunque fuera de pasada. Ni uno solo [40](#) se planteó pasar unos días en una fábrica española o en una tienda o en una finca controlada por sus trabajadores para ver con sus propios ojos simplemente cómo ese sueño utópico se ponía en práctica.

«Parece imposible —dijo Lois Orr de los corresponsales— que estuvieran describiendo la misma España en la que yo estaba, la que se encuentra en la Península Ibérica.» [41](#) ¿Cuándo se ha visto un caso semejante en la historia en el que una enorme cantidad de talentosos periodistas pasara por alto una noticia tan importante que estaba sucediendo justo ante sus ojos? El testimonio más extenso de aquel momento revolucionario en España escrito por un estadounidense se halla en las cartas y memorias inéditas de una joven de diecinueve años que había ido a Europa a pasar su luna de miel.

## «UNA MANERA DE CASARSE TAN BUENA COMO OTRA CUALQUIERA»

Cuando salía del servicio de enfermería, a menudo Toby Jensky escribía a casa desde Villa Paz para tranquilizar a su familia diciéndole que estaba alejada del frente y fuera de peligro: «Decidle a mamá que no se preocupe, que su niña está a salvo y come bien». El 27 de junio de 1937, aparece en su correspondencia la primera referencia a Pat Gurney: «El amor sigue estando en el aire, ahora se trata de un escultor inglés, ya os contaré más adelante».<sup>1</sup>

A pesar de sus numerosas amantes, Gurney se sintió más conmovido por Jensky que por ninguna otra mujer. El hecho de haber resultado herido y haber visto morir a tantos camaradas le había cambiado profundamente: «Me encontraba ante algo que nunca me había pasado antes y que no me ha vuelto a suceder después. Estaba obsesionado por tener un hijo. El sexo había adquirido una dimensión totalmente nueva y lo buscábamos incansablemente. Había que resolver de algún modo la situación». Gurney se hizo con un coche del hospital y reclutó a algunos amigos «para ir a buscar a algún funcionario que tuviera la potestad legal de casarnos. Pero todo el asunto resultó bastante desesperante. Antes de la guerra no existía una ley de matrimonio civil y en aquel momento ni había sacerdotes ni falta que nos hacían. [...] La burocracia civil se hallaba en tal estado de caos que ni el alcalde ni ningún otro funcionario parecían conocer cuáles eran sus prerrogativas ni cuál era el procedimiento, así que finalmente desistimos.

»Pero si no podíamos celebrar una boda oficial, decidí inventarme una. [...] [En Villa Paz] había un magnífico carro de dos ruedas y un par de hermosos bueyes color canela con grandes cuernos. [...] Adornamos los bueyes con guirnalda de flores, cargamos el carro con una barrica de vino y unas cuantas cosas de comer y nos fuimos a celebrar una fiesta. En un bosquecillo cercano había un arroyo con una pequeña cascada. Todo el que no estaba de servicio se vino con nosotros y, bajo la sombra de los árboles, comimos,

bebimos, chapoteamos en el agua y acariciamos a los mansos y dóciles bueyes. Al final regresamos cantando y conduciendo a los bueyes. Toby y yo nos fuimos a la cama entre los aplausos de nuestros amigos. Todo lo cual fue una manera de casarse tan buena como otra cualquiera».2

Sin embargo, Jensky no veía las cosas de la misma forma. En una larga carta a su hermana y su cuñado, solo después de cinco páginas se atrevió a mencionar «mi gran romance» con «un escultor inglés herido en una mano, de uno noventa, rubio y muy loco».3 Y continuaba diciendo: «Decidió que estaba enamorado de mí y quería que me fuera con él a Inglaterra. Yo lo tomé como una broma hasta que dos tipos llegaron con un coche y nos fuimos seis a dar una vuelta. Cuando llegamos al pueblo, Pat decidió que quería casarse conmigo. Insistió tanto que al final le dije que sí, que me casaría con él solo para que no fuera por ahí pidiéndoselo a cualquier chica. Cuando fuimos a ver al alcalde, estaba muy asustada y mientras subía las escaleras todos se echaron a reír. [...] No nos pudimos casar porque necesitábamos un documento firmado por el doctor Pitts, así que me salvé». Pero no hacía mención de la excursión con el carro de bueyes y la fiesta.

Poco después, la pareja se vio separada por la guerra. El 6 de julio comenzó una nueva ofensiva republicana en Brunete, a unos 150 kilómetros. «Se produjo un gran número de bajas a consecuencia de aquella batalla —escribió Gurney—, y en Villa Paz se recibió la orden de evacuar a todos los heridos que pudieran caminar para dejar sitio a los hombres de Brunete. [...] Villa Paz se había convertido en el centro de mi vida. No solo porque allí estuviera toda una serie de queridos e íntimos amigos, además de mi reciente esposa, sino porque para mí representaba un remanso de paz y seguridad en un mundo excesivamente inseguro.»4

Sin embargo, no tuvo más remedio que irse cuando empezaron a llegar las ambulancias cargadas de soldados heridos o moribundos. Con una carta del hospital en que se recomendaba su baja militar, Gurney consiguió que lo llevaran y se puso en camino. Unos días más tarde, Jensky escribió a casa, pero sin manifestar sus sentimientos: «Seguía enamorado de mí y si no quería irme con él, quería casarse conmigo antes de irse. No lo hice. Está de camino a Inglaterra, con la esperanza ahora de que me reúna pronto con él».5

La afluencia de cuerpos destrozados a Villa Paz y otros hospitales pronto se transformó en una inundación, pero las cartas de Jensky seguían siendo ligeras y superficiales, como si estuviera describiendo a su familia unas

vacaciones por Europa y no una brutal guerra civil. Esto se debía, como les explicó a su hermana y su cuñado para aclararles por qué sus cartas eran así, a lo siguiente: «Es muy difícil escribir cartas desde España porque el correo está censurado, por lo que no podemos escribir sobre lo que vemos u oímos, solo del tiempo y cosas por el estilo». Los censores no solo estaban preocupados por los secretos militares, sino porque las noticias sobre los retrocesos republicanos en el campo de batalla pudieran provocar una reducción en la recaudación de fondos en Estados Unidos que costeaban la llegada de suministros médicos.

Pero, además de sus pacientes y de Pat Gurney, Toby Jensky tenía algo más en la cabeza. Se trataba en realidad de una preocupación constante que dejaba traslucir en las cartas que enviaba a casa. «He estado indagando sobre Phil y está bien y trabaja en Barcelona.» Y luego: «Os escribo para deciros que he recibido carta de Phil. Trabaja en una fábrica y está muy bien y contento. [...] De verdad, no os preocupéis, está bien. No le pierdo la pista».<sup>6</sup>

Phil Schachter era de la familia, ya que su hermano mayor Max estaba casado con la hermana de Jensky. De Phil, un maquinista neoyorquino que acababa de finalizar sus estudios profesionales y se había unido a la Liga de las Juventudes Comunistas, han quedado muy pocas cosas escritas. Imaginarse su joven vida es como tratar de hacer un retrato a partir de unos pocos trazos a lápiz. Solo tenía veintiún años cuando salió hacia España sin atreverse a decirle nada a su padre viudo. Recién llegado a Europa, le escribió a uno de sus hermanos: «Probablemente habrás adivinado mi destino. [...] Siento mucho haberme marchado así, pero era la única [manera] que vi posible. [...] En cuanto pueda te escribiré y te lo contaré todo».<sup>7</sup> Pero a su padre le escribió:

Querido papá:

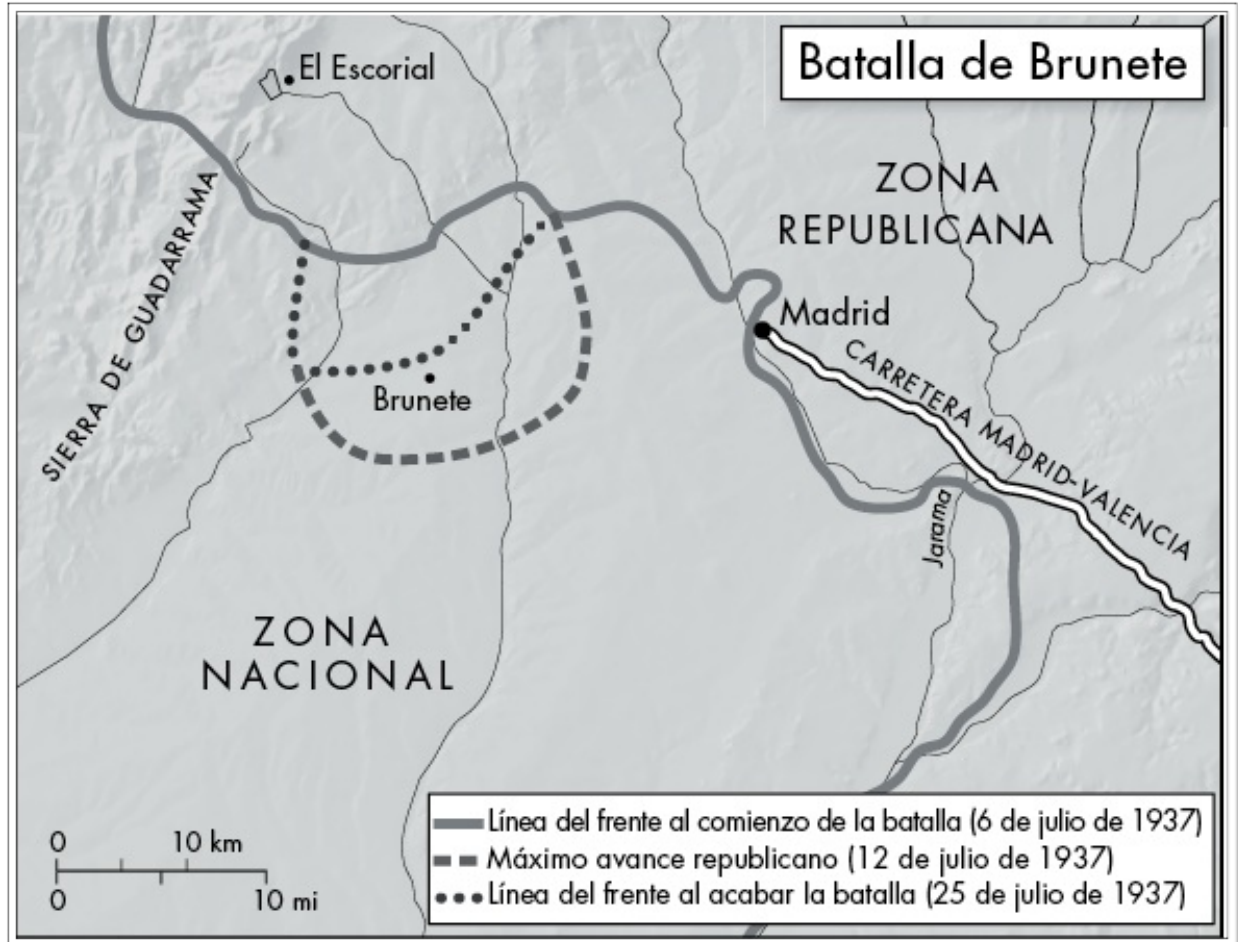
Bueno, ya estoy en París. Tuve muy buen viaje. Dejé el barco y voy camino de Marsella. Desde allí puede que regrese o me vaya a algún otro sitio. No sé adónde. [...] Por favor, no te preocupes, estaré bien.<sup>8</sup>

El padre de Phil era el dueño de una lavandería que, como tantos otros pequeños negocios durante la Depresión, estaba atravesando dificultades para mantenerse a flote. Sus cuatro hijos habían estado colaborando aportando dinero en casa. Max incluso se había quedado en la casa familiar después de

casarse con la hermana de Toby. Phil tenía sentimientos encontrados entre la responsabilidad familiar y su creencia de que España era la prueba crucial del enfrentamiento global contra el fascismo.

Después de realizar la ardua travesía nocturna de los Pirineos, primero empleó sus habilidades de maquinista para reparar fusiles detrás de las líneas defensivas. Pero ansioso de entrar en combate, en junio de 1937 le escribió a su hermano Harry, también maquinista y con quien compartía sus ideas comunistas, que se había unido al recién entrenado Batallón George Washington y que se dirigían hacia el frente. «Trata de tranquilizar a papá si después de esto las cartas dejan de llegar durante un tiempo. [...] Escríbeme y cuéntame si sospecha algo.»<sup>9</sup>

Casi a finales de mes, le volvió a escribir a Harry: «Nos hallamos ahora en posiciones de reserva. Estamos acampados en un olivar y podemos escuchar las armas en el frente».<sup>10</sup> Para entonces su padre ya había descubierto que su hijo estaba en España, pero Phil seguía empeñado en hacerle creer que solo estaba reparando fusiles en la retaguardia, de ahí que el 3 de julio le escribiera a su hermano Max: «Espero que a papá no se le ocurra pensar que estoy en el ejército».



La batalla de Brunete debe su nombre a un pueblo de la árida sierra de Guadarrama, al oeste de Madrid. Las tropas republicanas pretendían aislar a las fuerzas nacionales que se hallaban a las afueras de la ciudad, desde donde podían bombardear la metrópoli sin tregua. Con el asedio de Madrid copando las primeras páginas de los periódicos de todo el mundo, aliviar la ciudad de esa presión podría suponer una aplastante victoria republicana no solo militar, sino también propagandística. Ese ataque sorpresa cuidadosamente planificado, que implicaba el uso de tanques, artillería y alrededor de 70.000 hombres, suponía una novedad, ya que se trataba de la primera gran ofensiva de un ejército republicano que se había pasado la mayor parte del primer año de guerra resistiendo los ataques de las tropas franquistas. Para muchos de los estadounidenses recién llegados supondría su bautismo de fuego. El Batallón Washington, al que pertenecía Phil Schachter, fue enviado al frente tras una fiesta de despedida en el acuartelamiento con música y sátiras humorísticas de los soldados sobre sus superiores.



El ejército de la República, aunque continuaba desesperadamente escaso de oficiales experimentados, contaba ahora con un consejero soviético por cada alto mando. Para la ofensiva, el ejército también contaba con 132 tanques soviéticos T-26, superiores a cualquiera de los que poseía Franco. (Stalin, al igual que Hitler, había encontrado en España un magnífico campo de pruebas.) Durante los primeros días del ataque, las fuerzas republicanas arrebataron a los nacionales una considerable porción del territorio.

Bob Merriman no estaba en Brunete, pero sí cientos de hombres a los que había instruido, y esperaba ansioso sus noticias. Tras meses de rutinaria e incómoda vida en trincheras fangosas o en campamentos de instrucción, las tropas tanto del Batallón Lincoln como del inexperto Batallón Washington estaban deseosas de tomar parte en una batalla que podría cambiar el curso de la guerra. Cuando iniciaron la larga marcha hacia sus posiciones de partida, «los muchachos se sentían confiados y de buen humor —escribió Samuel Levinger, el hijo de veinte años de un rabino de Ohio—. Pero todas aquellas bromas tenían un trasfondo solemne y profundo que reflejaba nuestra conciencia de que [...] muchos no saldrían con vida».<sup>11</sup> El propio Levinger sobreviviría a aquella batalla, pero no a la siguiente.

Como se trataba de un ataque sorpresa, no se permitió a ningún corresponsal acompañar a las tropas. Aun así, Louis Fischer, siempre hábil a la hora de tocar las teclas adecuadas, consiguió ser la excepción. Poco después de comenzada la batalla, condujo desde Madrid hasta el recién conquistado Brunete para entrevistar a sus compatriotas.

Todas las calles estaban desiertas. Miré dentro de un par de casas y estaban vacías. La tercera era la choza de un campesino. Al entrar, dije en español: «¿Hay algún americano por aquí?», y oí que alguien decía en inglés: «Sí, ¿para qué lo quiere?».

Un joven con casco de hojalata y uniforme caqui estaba sentado sobre una pila de grandes latas de jamón capturadas a los franquistas, escribiendo una carta. [...] Había trabajado en la grúa principal de la siderurgia que Republic Steel tenía en Chicago y quería saber cómo iba la huelga de Little Steel.\*

Salimos al patio para escuchar el bombardeo. A eso de un kilómetro hacia el oeste de donde estábamos, un avión se lanzó en picado. «Están ametrallando a nuestros hombres en las trincheras», me explicó el gruista. Un momento más tarde se lanzó un segundo avión y luego un tercero.<sup>12</sup>

A pesar de los avances iniciales, la ofensiva pronto se estancó. Los tanques soviéticos de la República resultaban impresionantes moviéndose por el

terreno accidentado, pero tenían carencias ocultas importantes. Al escoger las tripulaciones españolas para los tanques, los instructores soviéticos se habían empeñado en que fueran comunistas, negándose a considerar un abanico más amplio de soldados de otros partidos políticos, muchos de ellos más experimentados en el manejo de maquinaria. Además, planeaba la larga sombra de la Gran Purga, cuya última víctima relevante había sido el mariscal Mijaíl Tujachevski, antiguo jefe del Estado Mayor del Ejército Rojo, a quien Stalin consideraba un rival potencial. Torturado hasta confesar que era un espía de los alemanes, había sido ejecutado unas semanas antes de que comenzara la batalla. El mariscal había destacado por sus pioneras tácticas en la guerra de blindados, entre ellas la utilización de columnas de tanques como pinzas con un alto grado de movilidad en ataques sorpresa como el que se estaba desarrollando en Brunete. Sin embargo, en la batalla, ningún oficial soviético se arriesgó a que se le viera utilizando las tácticas del deshonorado Tujachevski,<sup>13</sup> por lo que los tanques republicanos fueron desplegados de un modo mucho menos eficaz para apoyar a la infantería.

Por otra parte, el personal logístico del ejército no tenía ningún tipo de experiencia en operaciones a una escala semejante. Con temperaturas que rondaban los 38 grados y los arroyos señalados en los mapas convertidos en lechos secos, ni tan siquiera podían abastecer de agua a las tropas de primera línea. Seis de los ocho hombres de una escuadra del Batallón Washington se desmayaron de insolación («El sol como azote de Dios»,<sup>14</sup> definió Martha Gellhorn el calor en España). El sol era tan fuerte que algunos soldados experimentaron una especie de ceguera de la nieve en la que todo se ve blanco. Las bombas incendiarias de los nacionales y la metralla de la artillería incendiaban la hierba y los matojos secos, y hubo fragmentos de metralla que cayeron en la olla del estofado de las cocinas de los estadounidenses.

Un primer objetivo de la XV Brigada Internacional era la colina bajo poder de los nacionales conocida como el Cerro del Mosquito. Tras dos días de combates, los batallones Lincoln y Washington avanzaron hacia allí atravesando un coto de caza del duque de Alba. Se sintieron momentáneamente llenos de entusiasmo cuando se toparon con los cuerpos de varios oficiales nacionales con tiros en la espalda, lo que significaba claramente que los habían matado sus propios hombres. A falta de agua para el sistema de refrigeración de sus ametralladoras Maxim, los hombres orinaban dentro de las camisas de enfriamiento que rodeaban los cañones. Al

amanecer del 9 de julio, estadounidenses y británicos trataron de tomar el cerro, pero los moros estaban atrincherados en lo alto. Cazas alemanes e italianos se lanzaban en vuelo rasante ametrallándolos, mientras los americanos, tumbados de espaldas, trataban infructuosamente de alcanzarlos con sus fusiles. Al ser destruidos los equipos de suministros que trataban de abrirse camino colina arriba con comida y municiones, los hombres cavaron frenéticamente profundos agujeros en el lecho de un arroyo seco y encontraron un agua turbia que, como dijo un soldado, sabía a mula muerta y que trajo consigo una plaga demasiado familiar, la diarrea. Los apretones eran tan súbitos y repetidos que algunos hombres se cortaron los pantalones para poder responder a tiempo.

El recién nombrado jefe del Batallón Lincoln era Oliver Law, un texano de treinta y seis años, veterano del ejército estadounidense. Había estado trabajando de taxista y desempeñado otros trabajos manuales en Chicago cuando se afilió al Partido Comunista. Poco se conoce sobre su vida anterior (la propaganda del Partido en su homenaje es notablemente parca en detalles) excepto que trabajó como sindicalista y dirigente vecinal, lo que al parecer le reportó al menos una detención y una paliza a manos de la policía de Chicago.<sup>15</sup> Un motivo importante para su selección como comandante, que aparece en español en su historial militar de las Brigadas Internacionales, era el hecho de ser negro.

El Partido era una de las escasas organizaciones de cualquier índole deseosa de demostrar que trataba en pie de igualdad a los negros estadounidenses. Había presentado, a lo largo de los años treinta, a candidatos negros tanto a la vicepresidencia de Estados Unidos como a altos cargos a nivel estatal o local. Pero, a diferencia de estos candidatos nunca elegidos, Law ostentaba una autoridad sobre la vida y la muerte, pues por primera vez un negro comandaba en combate una unidad militar integrada por estadounidenses. El simple hecho de conocer a un oficial negro había sido una experiencia desconcertante para el agregado militar norteamericano en España, el sureño coronel Stephen Fuqua. En cierta ocasión, se acercó a ver a los componentes del Lincoln y, tal como un visitante refirió la historia: «Le dijo a Law: “Vaya, según veo llevas un uniforme de capitán”, a lo que Law respondió muy digno: “Exactamente, porque soy capitán”. [...]. Tras lo cual, el coronel, desconcertado y tartamudeando, acabó soltando: “Estoy seguro de que tu familia debe de sentirse muy orgullosa de ti, muchacho”».<sup>16</sup>

Los veteranos del Lincoln no se ponen de acuerdo sobre la competencia de Law y si su anterior experiencia militar, fundamentalmente en un ejército privado apostado en la frontera mexicana, fue relevante. Sin embargo, Pat Gurney, quien no se fiaba de la propaganda comunista y tenía un buen olfato para detectar las imposturas políticas, lo conoció y pensaba de él que era un «muy buen» soldado.<sup>17</sup> Law había estado en combate con Merriman en el Jarama, pero Brunete fue su primera experiencia de mando en una batalla. Al principio reaccionó mal, y mostró el mismo terror que muchos de sus hombres al enfrentarse al fuego cerrado de los nacionales. Después, quizá para compensar su miedo inicial, se puso pistola en mano al frente de sus tropas, animándolas a subir el Cerro del Mosquito, cuando fue mortalmente herido. Su carrera como oficial negro al mando de un batallón mayoritariamente blanco solo duró unos pocos días, pero nada parecido volvería a suceder en el ejército estadounidense hasta muchos años más tarde.

Mientras los republicanos perdían impulso y los nacionales iniciaban el contraataque, los temerosos soldados norteamericanos vieron el cielo cubrirse de algo nuevo y amenazador: un monoplano compacto, elegante y de un solo motor que se movía con una celeridad sin precedentes y con una temible velocidad de ascenso. Era el Messerschmitt Bf-109 alemán, que estaba haciendo su debut en combate. Este caza se convertiría en el mortífero y polivalente pilar de la Luftwaffe durante la Segunda Guerra Mundial. Y por el momento, les dio a los nacionales la superioridad aérea sobre la República. Franco podía destacar en el aire más de 200 aparatos a la vez, manejados por pilotos alemanes, italianos y españoles bien entrenados, y la fuerza aérea republicana se vio rápidamente sobrepasada. En un solo día, la Legión Cóndor derribó 21 aparatos republicanos.

Mientras tanto, las bombas alemanas machacaban a la infantería que trataba de cavar trincheras en la tierra endurecida. Cuando tropas del Batallón Washington avanzaban demasiado agrupadas, cuatro bombarderos pesados italianos les lanzaron su carga con terribles consecuencias. «Atravesamos la zona —recordaba un capitán del vecino batallón británico— entre enormes cráteres en cuyos bordes todavía seguían ardiendo los cadáveres de decenas de americanos, cuyos cuerpos habían adquirido un extraño color negro.»<sup>18</sup>

El ametrallador David McKelvy White lo recordaba así:

El tiempo dejó de existir. [...] A veces se veía la luz intensa del sol; otras, oscuridad y

mucho frío. [...] Vimos heridas intrascendentes, horribles y absurdas. Descubrimos que los hombres no siempre mueren en posturas nobles o hermosas. Pasamos horas agarrados a la buena tierra mientras caían sobre nosotros grandes obuses, 8 o 10 por minuto. [...] Vimos combates aéreos en plena noche, fantásticos con las balas trazadoras. Vimos un impacto directo en un gran bombardero alemán, y luego no quedó ni rastro del avión renqueante, solo una enorme bola de fuego y después nada. [...] Una y otra vez nos pasamos marchando toda la noche y, entre los combates y las guardias, al día siguiente a trabajar duro en los refugios que nunca llegábamos a usar, porque había que marchar otra vez por la noche.

Íbamos sin comida y, lo peor de todo, íbamos sin agua porque habían reventado nuestro camión. [...] Corríamos a trompicones donde veíamos a los fascistas escapando ante nosotros. [...] Una vez retrocedimos en desorden, dejándole al enemigo nuestra ametralladora, la munición, comida y, lo que es peor, chocolate y cigarrillos americanos. Escuchamos discursos políticos cuando apenas podíamos mantenernos despiertos. [...] En una ocasión ayudé a llevar una camilla unos 200 metros para descubrir que nuestra carga había muerto, entonces sin miramientos arrojamos el cuerpo y volvimos a por otro. [...] Vimos a tipos duros derrumbarse y balbucear como bebés con los ojos desorbitados. Vimos a chavales alcanzar la madurez en cuestión de un día. Sentimos el aire caliente de la explosión de las bombas y vimos hombres estallar en llamas ante nuestros ojos.<sup>19</sup>

Cuando la ofensiva acabó después de tres semanas, la República había perdido unos 25.000 hombres entre muertos, heridos o prisioneros, de los cuales 300 eran estadounidenses. Jack Shirai, el cocinero japonés-estadounidense, había muerto, así como dos médicos estadounidenses. El batallón británico también resultó muy tocado. Entre sus bajas estaba su excéntrico pero respetado jefe de Estado Mayor, el comandante George Nathan. Declaradamente gay (una condición nada fácil para un militar en los años treinta), llevaba un bastón con punta de oro y cuando resultó mortalmente herido pidió a los soldados que cantaran hasta que muriese.

Con bajas cercanas a la mitad de sus hombres, los batallones Lincoln y Washington tuvieron que fusionarse. Oficialmente el batallón pasó a llamarse Lincoln-Washington, pero poco después prácticamente todo el mundo pasó a llamarlo el Lincoln. Deprimidos y exhaustos, algunos hombres trataron de escapar. De los cerca de 2.800 voluntarios estadounidenses en España, se estima que en el curso de la guerra desertaron unos 100.<sup>20</sup> Algunos fueron capturados y al menos dos ejecutados; otros lograron pasar a Francia a través de las montañas o salir de polizones en barcos mercantes.

La ofensiva había supuesto un costoso fracaso, pero para el gobierno de la España republicana no había otra alternativa que seguir luchando. De vuelta

en Inglaterra, durante la batalla de Brunete, George Orwell escribió sobre las Brigadas Internacionales que «en cierto sentido luchan por todos nosotros, una delgada fila de sufrientes y a menudo mal armados seres humanos en pie entre la barbarie y al menos una relativa decencia».<sup>21</sup>

La familia de Phil Schachter recibió dos cartas suyas fechadas el 15 de julio de 1937, escritas durante un breve intervalo tras los combates del Cerro del Mosquito. En la que escribió a su hermano Max y a su mujer Ida menciona haber oído que alguien estaba «tratando de hacer que papá movilizara al cónsul por mí. Espero que entendáis lo ridículo de la idea. [...] Creo que soy lo suficientemente mayor para saber lo que estoy haciendo y me molestaría mucho si se hiciera algo en ese sentido. [...] Así que, por favor, no permitáis que papá haga algo así». A su hermano Harry le escribió: «Hemos estado combatiendo durante siete días y no ha sido un paseo. [...] Todavía tengo que limpiar el fusil y se está haciendo de noche, así que adiós. Mándale mi cariño a todo el mundo».<sup>22</sup> Después, las cartas dejaron de llegar.

Brunete supuso la primera aparición en el campo de batalla de un misterioso norteamericano cuya historia completa aún se desconoce. Nacido en Puerto Rico, Vincent Usera<sup>23</sup> era un tipo alto y llamativo, con el aspecto atlético y atractivo de una estrella de cine. Los funcionarios del Partido Comunista en Nueva York se mostraron satisfechos cuando se presentó para alistarse porque, a diferencia de cualquier otro voluntario estadounidense, alegaba tener experiencia de combate. Pero también se mostraron cautelosos porque Usera no provenía del mundo político de la izquierda. Al partir hacia España, se encargó a miembros de confianza del Partido, que viajaban con él, que no lo perdieran de vista.

Los mandos de las Brigadas Internacionales en España experimentaron la misma ambivalencia. «Lleva un fino bigote y un uniforme perfectamente cortado que en conjunto le da el aire de un militar profesional», decía un informe. Aunque «admite sin reservas que antes de venir a España no había estado relacionado con ninguna organización sindical conocida». El informe recoge sobre Usera que «durante una discusión comenzó a ponerse bastante nervioso y a mostrarse inseguro en sus afirmaciones, dando la impresión de que estaba tratando de mantener una “pose” pero le costaba lograrlo». Otro comentario en el expediente sobre Usera, esta vez en español, señala: «Sospechoso de ser un espía».

En España, Usera contaba que se había enrolado en los marines a los diecisiete años y había estado en China, en una cañonera destinada a controlar la piratería en el Yangtsé. Luego, decía, había combatido en Nicaragua cuando los marines ocuparon el país para luchar contra la sublevación del jefe guerrillero Augusto Sandino y que más tarde había sido transferido temporalmente al ejército nicaragüense. Aunque sus vívidas descripciones de los combates con los piratas en el Yangtsé y con la guerrilla de Sandino en la jungla no pueden ser verificadas, el historial militar del ejército norteamericano sobre Usera sí confirma su alistamiento en los marines siendo un adolescente, su servicio durante seis años en lugares no especificados y su incorporación más tarde al ejército nicaragüense. A partir de ese momento, la historia se vuelve confusa.

Ante los dirigentes de las Brigadas Internacionales en España, Usera alegó que «su carrera en el Cuerpo de Marines se interrumpió abruptamente cuando se involucró de manera personal con la mujer de alguien “que tenía más influencia que yo”». Después de eso pasó dos años en el «mundo del espectáculo» en Newport, Rhode Island, ayudado por la «señora Vanderbilt»,\* a la que había conocido cuando estaba destinado en Newport. Y, después de varios años más como corredor de seguros, se había presentado voluntario para luchar en España.

Resultaba increíblemente descabellado alardear con los comunistas en España de su amistad con la señora Vanderbilt, pero, fuera o no cierta, un artículo de 1934 de un periódico de Newport menciona a Usera como el encargado de un teatro local. [24](#) Y el relato de un compañero marine confirma la historia de una aventura amorosa con la mujer de alguien (de hecho, al parecer, con las mujeres de varios oficiales). Pero la deriva de su vida posterior sugiere poderosamente que, cuando se alistó de voluntario para la Guerra Civil Española, Usera lo hizo con la intención de espiar para el ejército de Estados Unidos.

Agentes de la inteligencia militar estadounidense llevaban tiempo vigilando a los izquierdistas dentro del país y sabían lo deseosos que estaban los reclutadores del Lincoln de encontrar hombres con experiencia militar. «Se sabe de al menos un oficial en la reserva —informó a Washington un agente de Chicago en 1937— al que se le ha propuesto ejercer de instructor militar.»[25](#) Teniendo esto en cuenta, al parecer el ejército podría haber



enviado a un militar para que discretamente mantuviera informado a Washington. Otra posibilidad es que, dado que su carrera militar se había visto truncada por su promiscuidad, Usera emprendiera por su cuenta esa misión en España con la esperanza de conseguir información para la inteligencia y lograr así recuperar el favor del ejército estadounidense.

Los altos mandos del Lincoln seguían intranquilos porque no acababan de explicarse la razón por la que un individuo apolítico como Usera se hubiera presentado voluntario. Tal vez intuyendo sus dudas, este hizo alarde de su amistad con un conocido sindicalista de Washington, si bien lo hizo en España, donde era imposible de contrastar. En temas militares, era desde luego un consumado profesional con experiencia en la instrucción de soldados y, además, al ser bilingüe en español y en inglés, resultaba extremadamente útil. Sus conocimientos al principio lo llevaron a ocupar un puesto de instructor de nuevos reclutas, para luego pasar a ocupar un puesto de mando en la compañía y finalmente en Brunete el cargo de adjunto (de hecho, de segundo jefe) de Oliver Law. Sin embargo, en un momento crucial de la batalla, poco después de la muerte de Law, Usera desapareció con la excusa de que tenía que ir al cuartel general de la brigada en la retaguardia. «Era un mercenario», concluyó el comisario del batallón Steve Nelson, que tuvo que asumir el mando tras la desaparición de Usera. Y añadió: «Pero sabía mucho de soldados, y ese tipo de hombres escaseaban».<sup>26</sup>

Abroncado y degradado, Usera volvió a desaparecer y fue arrestado en Barcelona cuando trataba de abandonar el país sin permiso. A partir de ese momento su nombre aparece en los expedientes del personal de las Brigadas Internacionales en la lista de «malos elementos».<sup>27</sup> No obstante, su experiencia militar era tan valiosa que lo volvieron a destinar a la instrucción de nuevos reclutas. Sus habilidades lingüísticas demostraron ser esenciales cuando, con notables dificultades, hubo que integrar una compañía de soldados españoles en el batallón estadounidense.

Usera, como muestran los archivos, tenía ideas categóricas sobre lo que debía ser un buen entrenamiento y sobre cuáles eran los errores que cometían los voluntarios estadounidenses: se necesitaba una mayor disciplina; los oficiales debían delegar más tareas en sus subordinados; Bob Merriman era un buen supervisor, pero trataba de abarcar demasiadas áreas; los oficiales debían exigir con firmeza la obediencia de sus subordinados incluso si habían sido amigos en la vida civil. Estableció una serie de sofisticados ejercicios de

maniobras bajo supuesto fuego enemigo (como escuadra, como compañía completa, contra trincheras, en un bosque, con simuladas bajas entre los mandos) y sus sólidas e informadas opiniones parece que impresionaron a todo el mundo, incluido el oficial que sintió que estaba manteniendo una «pose». En la ceremonia de graduación de los hombres que había entrenado, estos le obsequiaron con una fuerte ovación, lo que desconcertó a los jefes de las Brigadas Internacionales, que estaban seguros de que no era de fiar.

A principios del año siguiente, sin embargo, en mitad de una nueva batalla Usera volvió a desertar, esta vez con éxito. Un rastro documental demuestra que viajó en un carguero desde Amberes a Weehawken, Nueva Jersey, para luego desaparecer temporalmente.

La mayoría de los ejércitos de aquel período estaban tratando de aprender todo lo posible del conflicto de España con vistas a lo que tendrían que afrontar en la siguiente guerra mundial. Ahora sabemos que durante unos meses los británicos tuvieron un agente encubierto<sup>28</sup> en las Brigadas Internacionales, así como los servicios de inteligencia franceses, checos o polacos. Los archivos del ejército estadounidense de los años treinta están repletos de comentarios relacionados con los combates en España. Un informe del agregado militar norteamericano en Inglaterra habla de España como «un laboratorio de guerra».<sup>29</sup> Y ello indiscutiblemente explica el gran interés suscitado entre el público reunido en 1939 en el Instituto Naval de Estados Unidos (el Comité de Expertos interno de la Academia Naval de Annapolis, en Maryland) para una conferencia titulada «Algunas lecciones de la guerra de España».<sup>30</sup>

El conferenciante era Vincent Usera. Poco después de la conferencia, que trató, entre otros temas, sobre tácticas, armamento, instrucción o defensa contra ataques aéreos, Usera retomó exitosamente su carrera militar en Estados Unidos, esta vez en el ejército. En 1943 ya era comandante y en 1944 segundo jefe de un batallón de infantería en Europa. Más tarde ocupó diversos cargos en inteligencia militar (otra posible clave sobre su trabajo en España) y estudió en la elitista Escuela de Comando y Estado Mayor de Fort Leavenworth, Kansas. Siendo Dwight D. Eisenhower comandante en jefe de la OTAN, Usera fue el oficial de inteligencia de su Estado Mayor. Se retiró de coronel en 1963 y se fue a vivir a la España de Franco. Uno de sus últimos cargos antes de retirarse fue el de asesor militar en Vietnam.

Unos días después de su visita al campo de batalla en Brunete, Louis Fischer viajó a París, donde presenció un impresionante despliegue de armamento en el desfile anual conmemorativo de la toma de la Bastilla, mientras pensaba amargamente en las armas que la República Española no podría comprar. Podría ganar la guerra en tres meses, pensó, con «el 20 por ciento del armamento que desfiló aquella mañana».<sup>31</sup>

Luego volvió a Moscú, donde no estaba desde hacía medio año. El sueño que la había sostenido emocionalmente durante quince años estaba hecho trizas. El edificio de ocho plantas donde vivía con su familia tenía unos 160 apartamentos y más de la mitad de la gente que allí vivía había sido detenida. Un vecino, sintiendo que le había llegado la hora, «ya tenía preparado su pequeño hatillo de ropa y artículos de aseo». Tres semanas más tarde, la policía secreta vino a por él. Casi siempre aparecía de noche. Desde la residencia del embajador norteamericano, rodeada de edificios de viviendas, se podía oír la llegada de los furgones policiales y los gritos de las aterrorizadas familias cuando se llevaban a los hombres en la oscuridad.

La paranoia de Stalin siempre había tenido un tinte xenófobo y el hacha de la Gran Purga cayó con especial saña sobre aquellos que habían estado en España, donde el dictador temía que los representantes soviéticos pudieran haber sido corrompidos por las ideas o los servicios de inteligencia occidentales. Un amigo de Fischer, que había sido embajador en España, fue llamado a Moscú, tras lo cual desapareció. El cónsul soviético en Barcelona, un conocido héroe de la Revolución Rusa, también fue llamado y enviado al paredón junto a una larga lista de diplomáticos de alto rango, generales, consejeros y periodistas repentinamente reclamados por su país. A veces las ejecuciones se producían inmediatamente después de que a sus protagonistas se les recibiera públicamente como héroes, se les ofrecieran banquetes e impusieran medallas.

«Era mejor no llamar a los amigos y conocidos soviéticos —escribió Fischer—. La visita a un extranjero podía acarrearles problemas. Antes, siempre, literalmente siempre, nuestra casa se llenaba de rusos cuando regresaba del extranjero. Venían [...] a darme la bienvenida, pero también a conocer las últimas noticias e impresiones de la escena internacional. Pero, esta vez, no vino nadie.»

Como su mujer y sus hijos no podían dejar Rusia, Fischer no se atrevía a

expresar su consternación por escrito. Rápidamente regresó a España. Deseoso como siempre de estar cerca de los poderosos, logró situarse junto al nuevo primer ministro, Juan Negrín, trabajando como consejero y hasta llegó a vivir en la residencia oficial.

Producía memorandos para el primer ministro sobre una gran variedad de temas y trató de organizar un plan para eludir el embargo de armas haciendo pasar el armamento estadounidense para España a través de un país tercero. Compró armas en el mercado negro, trató de reclutar oficiales latinoamericanos hispanohablantes y propuso a los franceses la posibilidad de que sus oficiales de la reserva tuvieran experiencia de combate. En representación de la República, habló ante 72 parlamentarios en la Cámara de los Comunes. Acompañó a Negrín en una visita secreta a París para tratar, en vano, de hacer cambiar de parecer a los franceses respecto a la venta de armas. También debió de echar una mano en la organización del viaje de estadounidenses que venían a unirse al Batallón Lincoln, por lo que se desprende de la carta de un mando de las Brigadas Internacionales en la que discretamente le agradece «la mercancía estadounidense recibida gracias a sus encomiables e infatigables esfuerzos».<sup>32</sup> En aquellos momentos, la principal «mercancía estadounidense» que llegaba eran los nuevos voluntarios.

Fischer básicamente transfirió a la República Española la lealtad que en otro tiempo sintió por la Unión Soviética (y también parte de la ceguera). Al igual que otros corresponsales estadounidenses, apenas notó la ya entonces suprimida revolución social. También ignoró la manera en que los soviéticos estaban aprovechando su ayuda para hacerse con el control de las fuerzas de seguridad republicanas (o simplemente creyó que ese era el precio que el país tenía que pagar por el armamento ruso). Sin embargo, en algunos momentos demostraría una escalofriante lucidez. «Si la democracia es aplastada en España —escribió a sus lectores del *Nation*—, [...] Roma y Berlín se convencerán de que pueden continuar impunemente con su campaña contra los pequeños estados. El turno de los más grandes llegará más tarde.»<sup>33</sup>

## TEXACO SE VA A LA GUERRA

A pesar de la guerra en España, la alta sociedad seguía considerando el Mediterráneo una zona de recreo, por lo que en el verano de 1937 una de las mujeres más ricas del mundo, la estadounidense Marjorie Merriweather Post, arribó a aguas mediterráneas para hacer un crucero en su yate, el *Sea Cloud*, un lujoso velero de cuatro mástiles, 105 metros de eslora y una tripulación compuesta por 72 personas. Todo transcurría plácidamente hasta que de repente el capitán descubrió que la radio del barco no funcionaba. La causa era una interferencia provocada por el anticuado sistema de radar de la armada italiana. Benito Mussolini había iniciado con sus barcos y submarinos el bloqueo marítimo de las líneas de abastecimiento de la España republicana.

Se había abierto un nuevo y mortífero frente de guerra. Entre sus primeras víctimas se contaron los voluntarios de las Brigadas Internacionales que, tratando de evitar la ardua travesía de los Pirineos, viajaban desde Marsella a bordo del barco *Ciudad de Barcelona* rumbo al puerto de la ciudad del mismo nombre. Cuando el buque se hallaba a escasas 20 millas de su destino, recordaba un estadounidense que iba a bordo, «un solitario avión republicano lo sobrevoló. El piloto gesticulaba aparatosamente señalando algo». <sup>1</sup> Pero su aviso llegaba demasiado tarde, unos instantes después los torpedos lanzados desde un submarino alcanzaron el barco que en siete minutos se hundió. «Recuerdo las caras desencajadas de los hombres atrapados en los ojos de buey.»

Irónicamente, uno de los voluntarios que no pudo escapar era el antiguo capitán del equipo de natación del Brooklyn College. Una cincuentena de voluntarios de diversos países se ahogaron, entre ellos al menos diez norteamericanos. «Alrededor del buque se arremolinaban los restos del naufragio: barriles, grúas, cajas, tablones, lonas o catres de madera —escribió un superviviente canadiense—. <sup>2</sup> Y en medio de todos aquellos desechos se veían cabezas balanceándose y cuerpos flotando con un mar de fondo teñido de sangre.»

Ese tipo de ataques se intensificaron dramáticamente. Franco había enviado a su hermano a Roma para pedirle a Mussolini que hundiera cualquier barco que pudiera transportar armas para la República y el dictador italiano aceptó complacido. Acordaron que, si un submarino italiano tenía que subir a la superficie, lo hiciera enarbolando la bandera de la España nacional. Italia tenía una de las mayores flotas de submarinos del mundo. Cincuenta y dos de ellos, junto con 41 cruceros y destructores, comenzaron patrullar el Mediterráneo para controlar los buques que se dirigieran a los puertos republicanos. Los italianos también proporcionaron a la armada franquista varios submarinos, uno de los cuales fue el que hundió el *Ciudad de Barcelona*.

Solo en agosto de 1937, submarinos, aviones y buques de superficie italianos hundieron 26 mercantes entrando o saliendo de puertos republicanos. Los aviadores podían ver las manchas de aceite que salpicaban el Mediterráneo y señalaban los barcos hundidos como tumbas flotantes. Algunos de los barcos perdidos eran rusos, por lo que después de agosto la URSS abandonó cualquier intento de enviar armamento y municiones a España por la vía mediterránea. En su lugar, los barcos soviéticos tomaron la ruta más segura aunque más larga; partiendo de puertos en el Ártico o el Báltico, atravesaban el Atlántico para desembarcar sus cargamentos en Francia, desde donde eran transportados hasta España por tierra. Pero esta ruta resultó ser poco fiable, porque el dividido y voluble gobierno francés periódicamente bloqueaba los cargamentos soviéticos en el puerto de Burdeos durante meses. La errática circulación de armas soviéticas continuó, pero nunca se acercó ni de lejos a la ayuda facilitada a Franco de Mussolini y Hitler. Nunca más la ayuda soviética cambiaría el rumbo de una batalla.

¿Y si la ayuda proviniera de Estados Unidos? ¿Podría el líder de la mayor democracia del mundo cambiar de idea? Esa era la esperanza que albergaban Martha Gellhorn, Ernest Hemingway y el director de cine Joris Ivens la noche del 8 de julio de 1937, cuando fueron a proyectar ante Franklin y Eleanor Roosevelt *Tierra española*. Rara vez se ha estrenado una película ante un público tan influyente. Gellhorn, que conocía por experiencia lo mala que era la comida de la Casa Blanca de los Roosevelt, insistió en que pararan por el camino a comer unos bocadillos.

Los cineastas habían tenido problemas con el material hasta el último

momento. Originalmente, debía ser Orson Welles quien hiciera de narrador del documental, pero Hemingway y él habían acabado a gritos durante el rodaje, tras criticar este último el guion del novelista. En la versión final de la película de una hora de duración, es el propio Hemingway quien en su apartamento lee el texto con su monótona voz del Medio Oeste. El documental no resultó el éxito total que sus realizadores habían esperado. Las dos historias del asedio de Madrid y del pueblo de Fuentidueña casaban mal y su objetivo de provocar simpatías hacia la República en armas a ratos se veía extrañamente desvirtuado por la fascinación de Hemingway por la guerra y su narración exaltada de la batalla como campo de pruebas: «Este es el verdadero rostro de los hombres en combate. Un rostro diferente a cualquier otro que uno pueda ver».

*Tierra española* también evita un tema fundamental. Se muestra a los habitantes de Fuentidueña excavando enérgicamente acequias de riego, a través de las cuales al final un torrente de agua irriga triunfalmente el árido suelo español. Pero la narración no explica que los campesinos pudieron hacerlo porque habían formado una cooperativa y confiscado las tierras de un puñado de terratenientes que antes las utilizaban como cotos de caza. Como tantos otros partidarios de la República, los cineastas temían que hacer hincapié en ese tipo de temas pudiera distanciar al público al que deseaban llegar.

Sobre la reunión con los Roosevelt, Gellhorn escribiría más tarde que estaba «temblando de nervios y deseando que lo vieran a través de mis ojos». <sup>3</sup> Después de una cena, que Hemingway describió como «una sopa de agua de lluvia seguida de un pichón gomoso, una bonita ensalada pasada y un pastel enviado por un admirador», <sup>4</sup> se les unieron unos 30 invitados mientras el presidente abría la comitiva en su silla de ruedas hacia el cine de la Casa Blanca. La proyección parecía ir bien, pero Roosevelt, que al principio había permanecido en silencio, empezó a darse cuenta de las omisiones de la película. Cuando finalmente habló, como recordaría Ivens, sugirió: «¿Por qué no habéis hecho más hincapié en que los españoles no solo están combatiendo por el derecho a tener su propio gobierno, sino también por el derecho a cultivar esas grandes extensiones de tierra que con el antiguo sistema les estaban vedadas?». <sup>5</sup> Quizá con la vista puesta ya en la próxima guerra, el presidente también preguntó por la actuación de los tanques y por la batalla de Guadalajara que aparecían recogidas en la pantalla.



En una carta escrita a su suegra en su típico estilo de macho duro, Hemingway describía a Roosevelt como «encantador a la manera de Harvard, asexuado y femenino como una buena ministra de Trabajo».6 Y le envió un telegrama a su mujer Pauline, en el que, sin mencionar a Gellhorne, decía: «Casa Blanca todavía la misma postura, pero entusiasta».

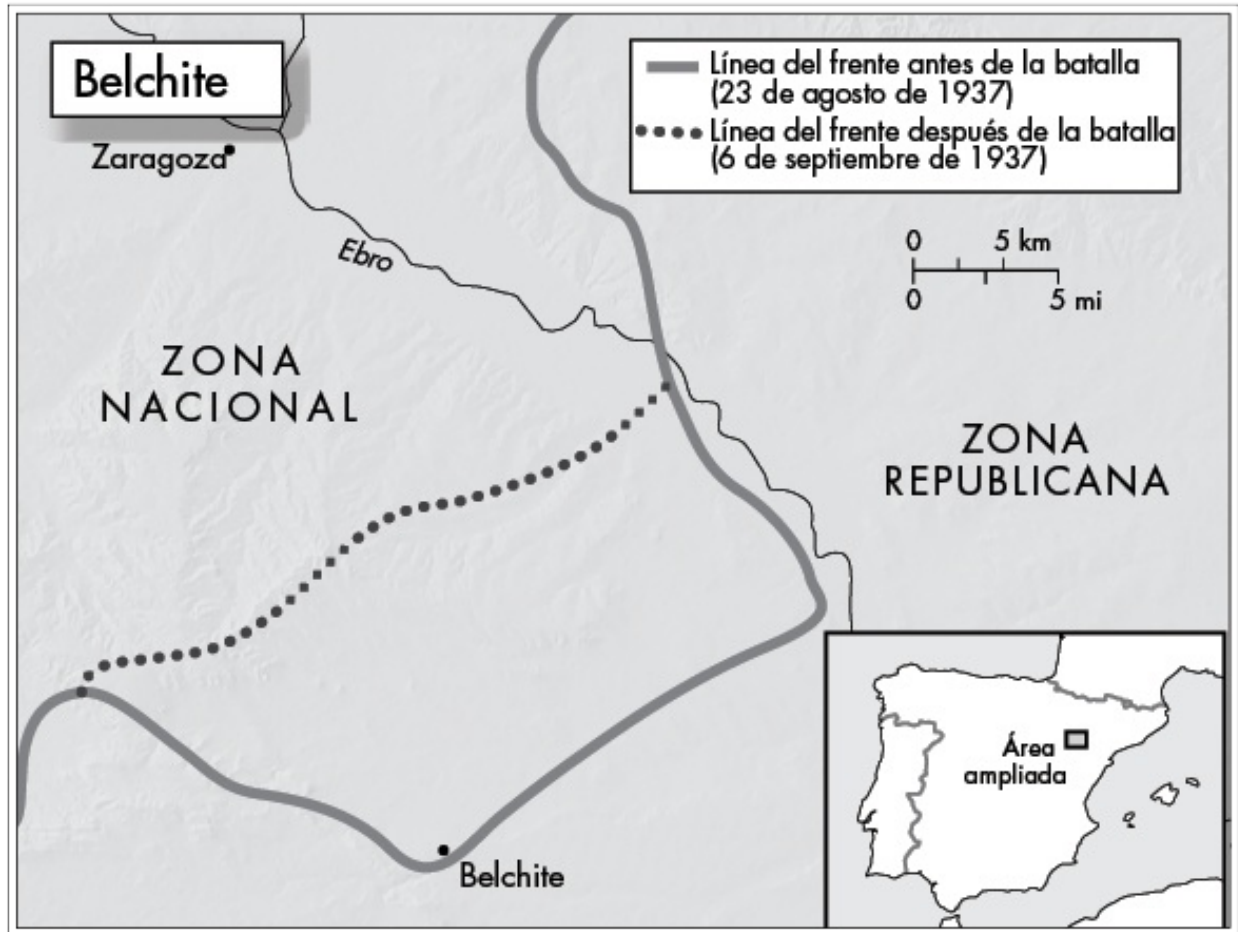
Sin embargo, si Pauline leyó la columna periodística de Eleanor Roosevelt dos días más tarde pudo enterarse de que su marido e Ivens habían ido acompañados por Gellhorn. La columna de Eleanor también sugería que la película podría ser políticamente más explícita. «La cinta [...] creo que presupone un excesivo conocimiento de las condiciones del viejo mundo y espero que, antes de su exhibición general, encuentren la manera de incorporar esos antecedentes tan ajenos a nuestro mundo. Aquí la tierra no está todavía tan concentrada en las manos de ningún grupo hasta el punto de que la gente en general no pueda adquirirla.»7

De camino hacia el refugio familiar de Hyde Park, la señora Roosevelt cogió el tren nocturno a Nueva York con sus tres invitados. Desde allí, Hemingway e Ivens volaron a Hollywood para diversos pases benéficos con numerosas estrellas que se comprometieron a donar el suficiente dinero para enviar a España 20 nuevas ambulancias (aunque no se sabe cuántas realmente llegaron al país). Ambos hombres, escribió con entusiasmo Gellhorn a Eleanor, «estaban impresionados de que tanto usted como el señor Roosevelt dijeran que había que hacerlo más incisivo, por así decirlo, subrayando las causas del conflicto».8 ¿Acaso tales sugerencias no auguraban claramente un cambio de la política estadounidense respecto a España?

Todo el mundo prefiere hacer negocios con un ganador, y los líderes republicanos esperaban que una aplastante victoria en el campo de batalla les facilitara la compra de armas en el extranjero. Brunete pretendía ser el escenario de ese triunfo, pero fracasó. Por ello, al mes siguiente, en agosto de 1937, el ejército volvió a intentarlo, esta vez con 80.000 soldados en Aragón. El ataque estaba planeado para arrebatarse a los franquistas la antigua ciudad de Zaragoza, donde había muchos simpatizantes republicanos. Los generales también deseaban con urgencia sacar a las tropas nacionales de la costa norte antes de que la ocuparan completamente. Tenían, además, otro motivo para iniciar la ofensiva allí: las milicias anarquistas seguían controlando gran parte del frente de Aragón y el ejército crecientemente

dominado por los comunistas estaba deseoso de integrar a esos hombres bajo su mando.

Sin embargo, la resistencia nacional resultó más fuerte de lo esperado. Los republicanos se vieron bloqueados en su avance hacia Zaragoza y terminaron centrando sus esfuerzos en una población muchísimo más pequeña, Belchite. Los estadounidenses estuvieron en el fragor de los combates con Bob Merriman, de regreso a la acción, ahora ascendido a comandante, como jefe de Estado Mayor de la XV Brigada Internacional. El comandante en jefe de la brigada seguía siendo el coronel Vladimir Čopić, el difícil croata con reputación de evitar el frente (a Merriman le parecía que «se moría de miedo»<sup>9</sup> durante el combate y Hemingway pensaba que «dirigía la brigada como una pocilga mal administrada y la manejaba como una vieja frutera con ataxia motora tratando de jugar de bloqueador defensivo contra los N. Y. Giants»<sup>10</sup>). El diario de Merriman, lleno como de costumbre de anotaciones críticas sobre problemas de aprovisionamiento y la baja moral de las tropas, interrupciones del transporte e interminables peleas entre jefes, también recoge lo duro que le resultaba estar separado de su mujer: «Recibida nota de Marion y envío de una. Adiós otra vez, querida mía. Me muero de ganas de verte».<sup>11</sup>



En una nueva experiencia para ellos, los miembros del Lincoln hicieron cerca de 1.000 prisioneros nacionales, la mayoría atrapados en una fortaleza en la cima de una colina a la que le habían cortado el suministro de agua. «Alturas fortificadas —escribió Merriman—, los prisioneros llegaron en masa buscando agua, etc. Grupo demacrado y con mal aspecto.»<sup>12</sup>

El trato a los prisioneros en aquella guerra era implacable. Los republicanos fusilaban habitualmente a los oficiales nacionales, por considerarlos irrecuperables; pero a los soldados reclutados, a los que consideraban engañados por la propaganda o forzados a combatir contra su voluntad, en general los dejaban vivir. En el otro bando, los nacionales ejecutaban sistemáticamente a los oficiales capturados, así como a muchos de los soldados reclutados, sobre todo a los internacionales (de los 287 estadounidenses de los que se tiene noticia que fueron hechos prisioneros, ejecutaron a 173).<sup>13</sup>

Merriman recogió en su diario el fusilamiento de los oficiales capturados en Belchite, pero no sus sentimientos al respecto, salvo para decir: «Un camarada alemán se burló innecesariamente de un joven y valiente oficial». [14](#) Si se fue insensibilizando a medida que la guerra se alargaba o pensaba que era impropio de un soldado dejar registro de sus remordimientos, no lo sabemos.

En Belchite, los del Lincoln y otras tropas republicanas se toparon con ametralladores nacionales atrincherados en nidos de cemento armado medio enterrados, así como en un seminario y la torre de una iglesia que les proporcionaban buenas posiciones de tiro. Atrapados en las acequias de irrigación poco profundas en las afueras del pueblo, los estadounidenses sufrieron serias bajas considerables. Los jefes de las tres compañías resultaron muertos el primer día. «Teníamos que retroceder —explicaría años más tarde Steve Nelson, el nuevo comisario de la XV Brigada—, porque parecía un auténtico suicidio. Pero, por otro lado, si nos quedábamos en las trincheras, nos habrían cazado como a conejos, y una retirada a campo abierto nos habría costado más vidas que un ataque.» [15](#)

Cuando desde el cuartel general Merriman dio la orden al renuente batallón de avanzar de nuevo se vio en el papel opuesto al que se había encontrado siete meses antes en el Jarama, al dar, en vez de recibir y oponerse, una orden que suponía enviar a algunos hombres a la muerte. Para enfado de Merriman, Hans Amlie, el nuevo comandante del Lincoln, se negó a cumplirla. Hombre de cierta edad, Amlie era un noruego-americano, ingeniero de minas y activista radical de las praderas de Dakota del Norte, herido en la Primera Guerra Mundial y que había combatido en el Jarama y en Brunete. Era un buen tipo, conocido por preocuparse del bienestar de sus hombres. Su elección como comandante tenía un cierto componente político, ya que su hermano era congresista por Wisconsin.

Merriman y Nelson amenazaron al testarudo de Amlie con un consejo de guerra y Nelson se fue hasta el frente para hacerle cumplir la orden. «¿Qué demonios pasa con vosotros, tíos? —le espetó Amlie a Nelson en cuanto llegó—. Avanzar. ¿Cómo vamos a avanzar? El pueblo está plagado de ametralladoras. [...] ¿Os queréis cargar a todo el batallón?» [16](#)

Sin embargo, Nelson encontró un método alternativo de ataque. Mandó que algunos soldados se introdujeran por un profundo canal que llegaba hasta Belchite y acababa en una almazara abandonada. A partir de esa posición,

comenzaron a infiltrarse en el pueblo. Los combates casa por casa se prolongaron durante casi una semana, con el propio Merriman mandando pequeños grupos por los tejados para limpiar los edificios de defensores nacionales. «Irrumpiendo en casas, desalojando casas con francotiradores y lanzando granadas. [...] Granadas lanzadas contra nosotros por las ventanas. Cortes en distintos lugares. [...] Actuando demasiado de soldado —escribió con autocrítica— y dirigiendo muy poco.»<sup>17</sup> Convencidos por sus oficiales de que si caían en manos de los internacionales los matarían a todos, los nacionales lucharon con ferocidad, levantando barricadas con escombros, adoquines, colchones o cualquier otra cosa que encontrarán. Para evitar que huyeran, algunos oficiales los hicieron combatir descalzos.

Entre los atacantes las bajas fueron numerosas. Amlie y el popular Steve Nelson resultaron heridos. La batalla redujo la población a un montón de ruinas humeantes y, para cuando los estadounidenses y otras tropas republicanas se impusieron, se hicieron con un lugar devastado. Aunque oficialmente entre los republicanos el pillaje era considerado un delito grave, Merriman no pudo resistir la tentación de coger de entre las ruinas del pueblo dos colchas rojas. «El saqueo sigue en boga, e incluso he cogido un bonito regalo para Marion»,<sup>18</sup> escribió. Pero la toma del diminuto Belchite, un lugar sin interés militar excepto por haber sido el escenario de una batalla durante la guerra contra Napoleón, era una conquista vacía. La ofensiva se había estancado antes de alcanzar el objetivo previsto, Zaragoza, y como en Brunete la batalla terminó con la captura por parte de la República de una pequeña franja territorial a costa de importantes pérdidas en tanques, aviones y hombres.

Una vez acabados los combates, Bob le pidió a Marion que viniera. Aunque, desde luego estaban deseosos de verse, la razón declarada para el viaje era poner al día el papeleo de la brigada. Se necesitaba un registro de los muertos y heridos en combate, en parte para que sus parientes en Estados Unidos e Inglaterra pudieran reclamar el seguro de vida en caso de muerte.

Un día a última hora de la tarde, Bob le dio un paseo por las estrechas y retorcidas calles de Belchite, enseñándole los lugares en los que Steve Nelson había resultado herido y otros habían muerto, los esqueletos de las casas donde él y sus hombres habían expulsado al enemigo habitación por habitación a base de granadas, y la torre de la iglesia contra la que había dirigido un asalto. Con el calor del verano, Marion se fijó en que había ratas,

«grandes como conejos», atraídas por los cadáveres en descomposición. Caía la noche y, a la luz de la luna llena, pudo leer, en el interior de la iglesia en ruinas, carteles nacionales todavía colgados de sus muros. «Recogían normas sobre la modestia en el vestir de las jóvenes que exigían faldas y mangas largas, y afirmaban que el pecado es de la mujer por tentar al hombre.» Cuando estaban saliendo de la iglesia «de repente, escuchamos música de piano. [...] Al otro lado de la calle, en una casa con la fachada caída y cuyo interior parecía un escenario, había un soldado español sentado ante un gran piano tocando a Beethoven».<sup>19</sup>

Aunque los que estaban sobre el terreno conocían la auténtica dimensión de la captura de Belchite, ante el mundo fue presentada como un gran triunfo. La mayoría de los corresponsales estadounidenses, exultantes de poder presentar a los miembros del Lincoln combatiendo heroicamente, pasaron por alto el fracaso de la ofensiva en su conjunto y el hecho de que la República no paraba de ceder terreno frente a los nacionales. «El gobierno consigue una victoria [...] mayor de lo reconocido», escribió Herbert Matthews en el *Times*, calificando la batalla como uno de los «mayores triunfos»<sup>20</sup> republicanos.

Hemingway y Gellhorn, de regreso de su visita a la Casa Blanca, fueron a Belchite con Matthews. En *Collier's*, Gellhorn describió la población «en ruinas [...]. No se podía pasar por las calles en las que las casas se habían venido abajo. Entonces en Belchite solo quedaban unos pocos soldados limpiando, excavando bajo los montones de cascotes, ladrillos y vigas para sacar a los muertos. Pasabas una gran pila de escombros y de repente te golpeaba el penetrante olor a descomposición de los muertos. Un poco más allá se veía el cadáver medio descompuesto de una mula cubierta de moscas. Y luego una máquina de coser lanzada por una explosión en medio de la calle».

De Bob Merriman, escribió que «nos explicó la ofensiva dibujando el plano sobre el suelo de tierra y repasando minuciosamente cada punto como si fuéramos su clase de primero de economía de California. Cuarenta kilómetros de marcha [...] los cadáveres en las calles amontonados en pilas de más de dos metros de altura. [...] “Los chicos se portaron bien”, decía Merriman. Llevaba las gafas polvorientas y tenía los dientes muy blancos. Era un hombre grande, pero tímido y rígido, y al oír su voz te entraban ganas de llamarlo “profesor”».<sup>21</sup>

Hemingway también se mostró efusivo con los del Lincoln. «Desde que los vi por última vez la primavera pasada se han transformado en soldados. Los románticos se han retirado y los cobardes se han vuelto a casa con los heridos graves [...], después de siete meses ya saben de qué va esto.» En su combate casa por casa utilizaron «antiguas tácticas indias de lucha» (una imagen peculiar, ya que pocos indios americanos habían luchado entre edificios). Merriman «fue un líder en el asalto final. Sin afeitarse, con la cara tiznada de humo negro, sus hombres nos contaron cómo se abría camino a bombazos y cómo, herido ligeramente seis veces en las manos y la cara por esquirlas de granadas de mano, se negó a que le curaran hasta que cayó la iglesia». [22](#)

También estuvo allí, enviada por Associated Press, Milly Bennett, que siempre aprovechaba la oportunidad de ver a Merriman. Desde hacía tiempo, se sentía mucho más recelosa con la guadaña de Stalin que él y, al parecer, tuvieron otra de sus discusiones políticas en Belchite. Bob anotó en su diario que Bennett le había hablado de «los arrestos de Moscú: ministerio de Exteriores», [23](#) en referencia a la amplia purga de Stalin de diplomáticos soviéticos, algunos de ellos conocidos de ambos. Si tales noticias le produjeron algún tipo de vacilación, lo ignoramos, pues esta es la única referencia sobre el tema que aparece en su diario o en sus cartas.

Bennett estaba especialmente interesada en ir a Belchite, porque Wallace Burton, el antiguo novio que vino siguiendo hasta España, se hallaba allí con el Batallón Lincoln. Aunque Milly siempre se había referido a él como su prometido, para Burton, un marinero nacido en Indiana, aquella era la primera noticia que tenía. «Milly me ha escrito que ella y Burton quizá se casarán en cuanto vuelva —le había contado Bob a Marion un tiempo antes en una carta desde el frente—. Burton dice que es la primera vez que oye hablar de eso, pero que lo hará si le supone un buen permiso.» [24](#)

Sin embargo, en un hospital de campaña, Bennett recibió la noticia de que a Burton lo había matado un francotirador. Salió para Valencia para escribir la crónica sobre la batalla y regresó una semana más tarde, aprovechando el viaje de una pieza antitanque, para ver si podía enterarse de más detalles sobre su muerte. En el hospital se encontró con el alto, rubio y agradable Hans Amlie al que ya conocía. Amlie se estaba recuperando de sus heridas a la espera de que lo repatriaran, y Milly no tardó mucho en fijarse en él.

—¿Debería casarme con él aquí o esperar a que volvamos a Estados Unidos? —le preguntó a su amiga Marion.



—Mejor píllalo ahora que lo tienes a mano —le respondió Marion.<sup>25</sup>

Antes de que enviaran a Amlie a casa para recabar apoyos para los del Lincoln, fueron a pedirle a un juez español que los casara. Este les informó de que no podía celebrar un matrimonio a menos que ambos contrayentes presentaran una partida de nacimiento, lo que obviamente ninguno de los dos tenía. Entonces, justo cuando la abatida pareja salía del juzgado, un secretario comprensivo les insinuó que las partidas de nacimiento no eran necesarias tratándose de un matrimonio *in articulo mortis*, y que, aunque ni la novia ni el novio estaban al borde de la muerte, el secretario conocía a un médico que podría facilitarles el documento adecuado. Felizmente casados, Bennett contó la historia en un periódico de Nueva York<sup>26</sup> una vez llegados a Estados Unidos. Amlie era su tercer marido, reconoció, pero prometió que sería el último.

Entretanto, otro romance en tiempos de guerra empezaba a naufragar. Pat Gurney había regresado a Inglaterra a mediados de verano convencido de que estaba casado con Toby Jensky. El 7 de septiembre de 1937, esta escribió a su hermana desde el hospital de Villa Paz: «Estaba empezando a sentirme una mujer desdeñada hasta que hace unos días recibí un telegrama SUYO en el que me pedía que me reuniera con él en Londres y lo convirtiera en un hombre honrado. Todavía no estoy preparada para recoger mis cosas y marcharme, no sé si ir o no, no acabo de decidirme».<sup>27</sup>

Un mes más tarde, seguía sin decidirse: «Estoy hecha un lío, no sé qué hacer con mi amor de Inglaterra. Él quiere que me vaya con él. Yo quiero ir. Entonces, ¿qué?». Un mes después las esperanzas de Gurney se vieron fuertemente amenazadas. En una nueva carta a su hermana, Jensky menciona enigmáticamente «otro amorío, esta vez es un americano».<sup>28</sup>

A pesar de la falta de apoyo hasta ese momento de la administración Roosevelt a la República, los del Lincoln recuperaban ánimos al menor indicio de que un representante del gobierno estadounidense no compartía la posición oficial. Uno de esos indicios llegó poco después de Belchite y un posterior ataque fallido que dejó cerca de 80 norteamericanos muertos, cuando un inesperado visitante apareció por el cuartel general de la XV Brigada con el banderín estadounidense ondeando en el capó del coche.

Era el coronel Stephen Fuqua, el agregado militar norteamericano en España, un hombre robusto, de pelo ralo y sesenta y dos años de edad, que

había estudiado en West Point y combatido en la guerra filipino-estadounidense y en la Primera Guerra Mundial. Su hija estaba a punto de casarse con un voluntario británico en las filas de Franco. Este oficial del ejército de larga trayectoria y natural de Luisiana era la última persona de la que cualquiera habría esperado que diera su apoyo a los voluntarios americanos. Pero cuando hizo una intervención informal ante los soldados de la XV Brigada, les dijo con su acento sureño: «Es un placer para mí estar entre vosotros americanos». Destacó que la España republicana era una democracia y añadió: «No puedo hablar oficialmente. Tendréis que leer entre líneas para daros cuenta de lo contento que estoy de estar aquí con vosotros». <sup>29</sup> Se trataba de una afirmación extraordinaria viniendo de un representante militar del gobierno que había sellado los pasaportes de esos hombres con el «No válido para viajar a España».

En el informe de quince páginas que envió a Washington para describir su visita, Fuqua lamenta las deficiencias de equipamiento de los brigadistas: «Tema mantas, una para cada hombre, apenas suficiente para el invierno» y «lamentables» intentos de ejercicios en orden cerrado. Al mismo tiempo informa de que su «espíritu de lucha es claramente alto. [...] Los éxitos en combate que han logrado estos hombres parecen responder a la imperturbable convicción en la rectitud de su causa, a su valor físico, a su valentía personal y a su espíritu indomable». <sup>30</sup>

Dijo cosas favorables de diversos estadounidenses, pero el que más le impresionó fue su jefe del Estado Mayor. «El comandante Merriman [...] es la espina dorsal y la fuerza motriz de la XV Brigada. [...] Este tipo bueno y viril, de más de uno ochenta de altura, físicamente sano, con la resistencia de un buey, de trato agradable, lleno de iniciativa, rebosante de energía, honrado y respetado allí donde vaya en la comandancia, es sin duda la figura dominante de la brigada.»

Antes de marcharse, Fuqua le regaló a Merriman una cazadora de piel que había llevado en la Primera Guerra Mundial. También el coronel hizo algo más que no aparece en su informe. En aquellos momentos en los que había un embargo estricto de armas estadounidenses de cualquier tipo para España, discretamente le dejó al Batallón Lincoln-Washington una caja con algunos manuales del ejército norteamericano y, escondidas entre ellos, dos pistolas.

El regalo de las dos pistolas de Fuqua tal vez animó momentáneamente a los

del Lincoln, pero otro estadounidense, Torkild Rieber, le estaba haciendo a Franco un regalo muchísimo mayor: un ilimitado aprovisionamiento de combustible de Texaco. La prensa estadounidense seguía ignorando el asunto. Para los corresponsales en España, descubrir la trama habría exigido más tenacidad y menos crónicas glamurosas escritas en viajes de un día al frente en un coche lleno de colegas. Y en Estados Unidos, aunque a veces los periodistas escribían sobre las inauguraciones del «Capitán» Rieber de nuevos campos petrolíferos y relatos coloristas sobre su pasado marino, su línea de suministro a crédito de petróleo texano a la España nacional pasaba desapercibida. Prácticamente la única mención durante toda la guerra apareció en el periódico de los «Wobblies», el venerable grupo radical de Industrial Workers of the World, cuyo editor al parecer fue advertido por un marino de uno de los petroleros de Rieber.<sup>31</sup> Ni una sola palabra sobre el tema salió en el *New York Times* ni en ningún otro diario estadounidense.

Irónicamente, uno de los periodistas más destacados, que casi con absoluta certeza debía de conocer todo el asunto, nunca escribió sobre ello. Se trataba de William P. Carney, el corresponsal del *Times* en la España nacional. Refiriéndose a Carney como «un buen amigo mío», el colaborador de Rieber en París, William M. Brewster, escribió al presidente del monopolio del petróleo nacional preguntándole si él o José Antonio Álvarez Alonso (el joven funcionario que tanto admiraba Rieber) podrían invitar a comer o a cenar a Carney, ya que «de todos los corresponsales es el que hasta la fecha ha sido el más eficaz propagandista de la causa en la prensa americana».<sup>32</sup> Estos hombres confiaban claramente en que Carney guardaría silencio sobre el papel crucial de Texaco en el esfuerzo bélico de Franco, y así lo hizo, sin mencionar ni una sola vez a la empresa en sus crónicas.

Tampoco ningún reportero tuvo noticia de otra asombrosa ayuda que la compañía estaba facilitando a Franco. El gobierno de Estados Unidos sabía que el abastecimiento de petróleo de Texaco era embarcado, lo que violaba la legislación de neutralidad norteamericana, en la flota de petroleros transoceánicos de la propia compañía, una de las mayores del sector. Pero décadas más tarde, en los archivos del monopolio petrolero nacional, un académico español que había trabajado durante unos años como ingeniero petroquímico, Guillem Martínez Molinos, descubrió algo más: que Rieber no cobraba por dicho servicio. El precio del petróleo se establecía como si Franco lo estuviera transportando en sus propios barcos. No solo Washington

no tenía conocimiento de este enorme subsidio a los nacionales, sino tampoco los propios accionistas de Texaco, pues no hay mención de ello en los informes anuales de la compañía. Y, hasta donde sabemos, Rieber tampoco se molestó en informar a su propio consejo de administración, ya que no aparece consignado en las actas de sus reuniones.

Martínez ha descubierto que la compañía le hizo otro extraordinario regalo a Franco. Los mandos que dirigían los bombarderos, los buques de superficie y los ataques submarinos de Franco y de sus aliados alemanes e italianos siempre estaban bien informados. Los petroleros que transportaban el petróleo para la República eran sus objetivos prioritarios (durante la guerra al menos 29 petroleros fueron atacados, dañados, hundidos o capturados). El riesgo era tan alto que en el verano de 1937 las primas de seguro para petroleros en el Mediterráneo repentinamente se cuadruplicaron. Otro factor que probablemente contribuyó a que esas aguas resultaran tan peligrosas resultó ser la colaboración con los nacionales en una red marítima internacional de información. Y dicha red pertenecía a Texaco.

La compañía petrolera tenía oficinas, instalaciones y agentes de venta por todo el mundo. Por indicación de Rieber, se emitieron discretamente órdenes a todos ellos. Desde las ciudades portuarias llegaban a la oficina de Texaco en París telegramas que facilitaban detalles sobre los petroleros enviados a la República. Desde París, el representante de Rieber, Brewster, coordinaba ese flujo de información procedente de Londres, Estambul, Marsella o de cualquier otra parte hacia los nacionales. Algunos mensajes de Brewster contienen listados con la cantidad de petróleo, gasolina o gasóleo transportados por un petrolero, y de la cantidad pagada por los republicanos (información estratégicamente útil para evaluar los suministros de petróleo republicanos y sus finanzas). Aunque siempre que podía, a Brewster le encantaba transmitir información que pudiera ser útil para un piloto de bombardero o un capitán de submarino a la caza de objetivos.

Sirva de ejemplo esta carta que le envió el 2 de julio de 1937 a José Arvilla Hernández, presidente del monopolio petrolero nacional en Burgos, la capital de la España franquista, sobre un petrolero republicano detectado en un puerto francés cercano a Burdeos:

Estimado amigo:

[...] esto confirmará que el vapor *Campoamor* llegó a Le Verdon el 9 de mayo a la 7 a.m.

completamente cargado de gasolina [...] de lo que, como recordará, ya le había avisado. El capitán es Julio Pineda. [...]

En dos ocasiones desde su llegada, el vapor *Campoamor* se ha hecho a la mar, pero en ambas ocasiones ha regresado a Le Verdon sin tocar puerto. Su nombre y puerto de registro han sido borrados y no le han pintado un nombre de sustitución, mientras su casco y chimenea están actualmente pintados de negro. Se encuentra fondeado en la dársena de Le Verdon, pero hace unos días entró en puerto y embarcó un gran cargamento de alimentos, lo que indica una pronta partida. [...] [El barco] está en este momento esperando salir en unos días usando bandera británica.

Creí que era extremadamente urgente facilitarle esta información lo antes posible y le he enviado hoy un telegrama en que le resumo lo esencial. [...]

[...] en el momento en que el barco se haga a la mar le enviaré un telegrama urgente.

¿No tiene a nadie que pueda enviar a trabajarse a Pineda? Pues parece que es un rojo poco entusiasta y quizá con un poco de persuasión se le podría convencer para que entregara el barco.[33](#)

Acompañaba la carta de Brewster un informe más detallado en francés de su hombre en el puerto de Le Verdon, que incluía la matrícula de un coche de la España republicana visto regresando del muelle. Que el *Campoamor* había levado anclas dos veces y había regresado sin descargar,[34](#) lo sabemos ahora por los archivos navales, y se debió a los barcos y submarinos nacionales que patrullaban la costa de Santander (entonces todavía en manos republicanas), donde el petrolero debía entregar su cargamento de 10.000 toneladas de combustible de aviación. De hecho, en uno de los intentos de alcanzar Santander, solo la oscuridad permitió al *Campoamor* escapar al acoso de un crucero nacional. La información sobre el repintado y el cambio de bandera hubiera sido extremadamente valiosa para el mando naval nacional. Sin embargo, tal como sucedieron las cosas, no tuvo necesidad de utilizarla.

Mucho más importante era la creencia de Brewster de que se podría persuadir al capitán del *Campoamor* a pasarse al bando nacional y la información de su agente francés en Le Verdon de que la mayor parte de la tripulación dejaba el barco «casi todas las noches». No sabemos si los nacionales tenían otras fuentes de información para cotejar la facilitada por Texaco, pero estos dos últimos datos resultaron cruciales. Cuatro días después de la carta y el telegrama de Brewster, con la mayor parte de la tripulación en un baile en tierra, el *Campoamor*, todavía anclado, fue abordado cerca de medianoche por un comando de asalto nacional.[35](#) Con la ayuda del capitán, los asaltantes rápidamente dirigieron el barco hasta un

puerto en poder de Franco.

Estados Unidos podría ser neutral, pero Texaco estaba en guerra.

## «EN MI LIBRO SERÁS UN AMERICANO»

En algunas zonas, como a las afueras de Madrid, el frente de batalla se parecía a las filas de trincheras fijas y enfrentadas que Europa había conocido tan bien entre 1914 y 1918. En otras partes, sin embargo, la línea divisoria entre las tropas republicanas y nacionales culebreaba entre un terreno montañoso y escasamente poblado. En esos lugares, el frente era desigual y permeable, y numerosos grupos guerrilleros republicanos la atravesaban para realizar incursiones en territorio nacional. En el verano de 1937, unos 1.600 hombres ya habían recibido adiestramiento en tácticas guerrilleras por parte de instructores soviéticos en media docena de campos de entrenamiento.

Una de esas unidades guerrilleras estaba comandada por Antoni Chrost, un comunista polaco de origen obrero que se contaba entre los primeros voluntarios extranjeros que llegaron a España. Su base se hallaba en el pueblo de Alfambra, a medio camino entre Barcelona y Madrid. Una cadena montañososa separaba Alfambra de un largo saliente de territorio nacional que penetraba como una daga en la zona republicana. Por el interior de esta franja de tierra pasaba una carretera y una vía de tren que en su extremo alcanzaba Teruel capital. Estas importantes rutas de suministros, a solo 25 kilómetros de Alfambra cruzando la sierra, eran los objetivos de las incursiones del grupo guerrillero.

Un día, según Chrost, al llegar a su base se encontró con un desconocido charlando con un comisario político. Alto, corpulento y bigotudo, el visitante parecía disfrutar desplegando su repertorio de tacos en español. «Me cago en la leche de la madre que te parió», le dijo con jovialidad cuando Chrost le pidió su documentación. El recién llegado presentó inmediatamente el correspondiente salvoconducto emitido por un alto mando del ejército, en el que se pedía que a su titular, cuyo nombre Chrost no reconoció, se le facilitara toda la ayuda que necesitara. Entonces el visitante se lanzó a hacerle un montón de preguntas sobre la manera de operar de las guerrillas, como,



por ejemplo, quién los guiaba a través y detrás de las líneas nacionales.

«Estos guías son reclutados en la región en la que se realizan las incursiones —explicó Chrost—. Se conocen cada camino, cada sendero. [...] Cuando la incursión se realiza cerca de las líneas del frente, usamos a uno solo. Cuando es más lejos, usamos varios. [...] Los guerrilleros los llaman brújulas vivientes.»<sup>1</sup>

«¡Estoy que lampo!», interrumpió el extranjero al oler la comida que estaban preparando. Los dos hombres siguieron hablando durante la comida, que acabó con el ofrecimiento de presentarle a Chrost a una chica que conocía en Valencia. Este declinó la invitación y su huésped se despidió de él diciéndole: «Salud, mi desconfiado compañero».

Unas seis semanas después, contaba Chrost, el visitante regresó con dos oficiales del cuerpo del ejército del que dependía su unidad y con un permiso oficial para participar en una incursión guerrillera: en él se especificaba que durante esta estaría bajo el mando de Chrost. El objetivo de la expedición era volar un tren mientras cruzaba un puente de la línea de Teruel.

La noche de la incursión apenas había luna, lo cual les facilitó doce horas y media de oscuridad, tiempo suficiente para cruzar las montañas hasta la vía del tren y luego desandar gran parte del camino. Los hombres se repartieron los materiales que había que cargar y al visitante se le asignó una parte más ligera que a los demás: comida, un revólver y granadas de mano. El grupo se adentró con cautela en la oscuridad y finalmente localizó el puente ferroviario que tenían que volar, se ocultaron primero tras unos arbustos y luego en un conducto de drenaje. El humo y las chispas que se vislumbraban en la vía anunciaron la llegada del tren. Cuando llegó al puente, donde los hombres habían colocado la dinamita, se produjo la explosión tal como estaba planeado, que destruyó varios vagones por completo.

Después de un rápido regreso a través de las montañas, los guerrilleros llegaron a Alfambra. Chrost ordenó a todos sus hombres, incluido el visitante, que al principio se resistió malhumorado, que pusieran los pies en remojo en agua tibia con sal, un remedio popular polaco, según dijo, para reducir las ampollas. Y luego se sentaron a celebrarlo con cordero asado y vino. Por primera vez, recordaba Chrost, su enigmático huésped le preguntó por él.

—¿Eres ruso?

—No, polaco —le contestó Chrost.

—Pues en mi libro —le contestó el hombre— serás un americano.

El extranjero, claro está, era Ernest Hemingway. Como tantos otros novelistas, rara vez hablaba de las investigaciones, a veces sorprendentemente exhaustivas, que había detrás de sus ficciones. Tanto Martha Gellhorn como Herbert Matthews lo habían acompañado en su primera visita a Alfambra en septiembre de 1937. Gellhorn lo consignó en su diario. Hemingway, sin embargo, nunca escribió o habló públicamente de la segunda visita (nosotros sabemos por otros testigos que también pasó una jornada de aquel otoño observando el entrenamiento de los guerrilleros en un campamento no lejos de Alfambra). El diario de Gellhorn no tiene entradas de la semana en la que el escritor hizo su incursión detrás de las líneas enemigas y, si ella llegó a saber algo del asunto, nunca lo reveló. Chrost no contó su versión de la historia hasta 20 años más tarde. Por ello, cuando apareció su novela *Por quién doblan las campanas* tres años después de esa incursión nocturna, los lectores no sabían que su episodio central estaba inspirado en algo más que en la imaginación del novelista.

A lo largo de 1937, cientos de norteamericanos fueron recibiendo noticias sobre sus seres queridos muertos o heridos en España. Pero para algunos no hubo ni eso. En Nueva York, la familia de Phil Schachter no sabía nada de él desde sus cartas en medio de los sangrientos combates de Brunete. Algunas semanas después de la batalla, Toby Jensky, que recibía angustiosas peticiones de información, escribió a su hermana desde Villa Paz: «Respecto a Phil, si puedes, convence a su padre de que no recibir cartas de aquí no significa nada. A menudo todo nuestro correo queda retenido durante semanas, especialmente cuando están transportando tropas, porque entonces usan cada tren, camión o lo que sea».<sup>2</sup>

Pero para la familia que esperaba en casa, las garantías de Jensky comenzaban a sonar huecas. «Estoy tratando desesperadamente de conseguir alguna información sobre mi hermano —le escribió Max Schachter a un oficial del cuartel de las Brigadas Internacionales en Albacete—. Hace ya trece semanas que no sabemos nada de él. [...] Mi familia está loca de angustia, y saber algo concreto sobre él sería una bendición. [...] Póngase en contacto con nosotros tan pronto como le sea humanamente posible.»<sup>3</sup>

Finalmente, Jensky fue capaz de comunicarse con franqueza con su hermana Ida, la mujer de Max: «Estoy escribiéndote con el permiso del

comisario político. Phil desapareció el pasado 14 de julio. Me lo contó por entonces su comandante, Walter Garland [veterano negro del ejército estadounidense natural de Brooklyn, Garland fue paciente en Villa Paz tras ser herido en Brunete]. [...] Desde entonces nada se ha sabido de o sobre él. [...] Hasta ahora he debido de hablar con 75 personas que estaban cerca de él aquel día o que lo vieron antes, pero todos sus relatos son coincidentes. Fue enviado a una misión y no se volvió a saber de él. No sé lo que dijeron allí los periódicos sobre la batalla de Brunete, pero fue algo bastante duro y caótico. [...] Sigo haciendo todo lo que puedo para conseguir alguna noticia. [...] No he escrito antes porque seguía esperando que un día u otro me llegara algo más concreto. [...] Soy consciente de que esto es totalmente insuficiente y que no sirve de mucho, pero es todo lo que se sabe».4

En una de las cartas que recibió Jensky debieron de preguntarle si Phil podía haber sido hecho prisionero, porque añade: «Quien inició el rumor de que lo habían capturado debía de estar soñando. [...] No hay ninguna constancia de ello».

En agosto de 1937, el Vaticano se unió a Italia y a Alemania en el reconocimiento oficial del régimen de Franco como gobierno legítimo de España. La República seguía cosechando reveses militares y octubre trajo consigo más noticias deprimentes: el último reducto de la costa norte del país había caído en manos de Franco. Cerca de dos tercios de la industria española y la mayor parte de su riqueza agrícola y minera estaban ahora en manos nacionales, incluidas las minas de carbón asturianas y las importantes fábricas de municiones, minas de hierro y acerías del País Vasco. La República todavía controlaba una gran franja del este y el centro de España, incluidas las ciudades más grandes (Madrid, Barcelona y Valencia), pero sus fábricas estaban en gran medida aisladas de sus tradicionales fuentes de materias primas. El flujo de los aprovisionamientos militares para las dos Españas hacía tiempo que se había decantado a favor de los nacionales y ahora el equilibrio en industrias y recursos naturales se estaba inclinando decididamente en el mismo sentido.

Con unas noticias de la guerra cada vez más sombrías, Bob Merriman era plenamente consciente de la envidia que producía entre sus hombres que Marion estuviera en el país y que a menudo lo visitara. A otros voluntarios estadounidenses, escribió la amiga inglesa de los Merriman, Kate Mangan, de

la oficina de prensa de la República, les parecía «muy injusto que, mientras los demás no podían, Bob tuviera a su mujer en España».5



Unos meses antes, los Merriman habían pasado unos días de permiso en Valencia, cuyas calles sombreadas de palmeras y la brisa mediterránea suponían un alivio frente al áspero paisaje del interior. «Marion —recordaba Mangan—, aunque era una chica alta, parecía frágil y pequeña al lado de él, que era muy alto.» La primera noche de permiso, le dijo Marion que «tuvo el presentimiento de que Bob iba a morir y ella quería desesperadamente tener un hijo para que le quedara algo suyo».

El segundo día de su breve permiso, los Merriman fueron a la playa con Mangan y unos cuantos más. «Estando todos en la playa, Bob le dio a Marion una caja de cartón que había traído. La caja contenía un mantón bordado español de seda amarilla, una prenda muy elegante. Estando los dos de pie, él la envolvió en el chal para ver cómo le quedaba con los flecos agitados al viento. Marion lo abrazó. Era su aniversario de boda. Se habían casado cinco años antes. Eran tan espontáneos, se los veía tan contentos y enamorados y

eran tan jóvenes y guapos.».

Mientras estaban todos tumbados en la arena contemplando la llegada de un buque de carga con velas blancas, Bob dijo:

—No debería ser así.

—¿Qué es lo que no debería ser así?

—Pues todo, el sol, el cielo azul, las olas verdes y, para colmo, ese velero. Es demasiado bonito. Te hace amar la vida demasiado.

Entonces, Mangan vio a un fotógrafo que tomaba fotos a la gente en la playa:

—¿Queréis una Marion y tú? —le preguntó a Bob—. Para recordar este día.

—No, si acordarme, me acordaré —contestó él—. Será muy duro dejar esto atrás.

Marion también recordaba ese aniversario vívidamente. Décadas más tarde escribió que el mantón «era amarillo brillante, con numerosas rosas aterciopeladas. [...] ¡Qué felices éramos a pesar de aquella terrible guerra!».6

Con el paso de los meses, siguieron muriendo centenares de estadounidenses, algunos de ellos muy conocidos de la pareja. En las ocasiones en las que Marion vio a Bob, notó que su pelo estaba empezando a ralear. Durante un breve encuentro, Bob le dijo que se había decidido que ella «regresara a Estados Unidos para realizar una gira de conferencias de seis semanas». En pasajes como este, su autobiografía siempre evita mencionar al Partido Comunista, pero es evidente que ese tipo de viajes se hacían bajo sus directrices. El continuo avance territorial de Franco había reducido el reclutamiento para el Lincoln, y el Partido estaba asignando a algunos voluntarios retornados a dar conferencias y recaudar fondos.

A mediados de noviembre, pasó unos pocos días de despedida con Bob en el nuevo cuartel general provisional de la XV Brigada, situado en un antiguo molino harinero al este de Madrid. Su dueño había construido una imponente casa rematada con un gran comedor con frescos de animales en el techo y vigas de madera tallada con motivos florales. Se alojaron en una habitación con el blasón de la familia estampado en los azulejos encima de la chimenea. Una noche todo el mundo cantó: los soldados españoles, canciones populares; los voluntarios negros americanos, espirituales; otros, baladas vaqueras, y el impopular coronel Cópíć, arias de barítono, pues, cosa rara en un viejo funcionario del Partido, era un gran aficionado a la ópera.

La última noche, Bob y Marion salieron a dar un paseo a la luz de la luna.

En su voz había un tono que ella nunca había escuchado antes: «Si no recibimos ayuda, vamos a perder la guerra —le dijo—. Necesitamos municiones, suministros, aviones.» Y no le hizo sentirse mucho mejor cuando añadió: «Quiero que me prometas una cosa, que, si me matan, te volverás a casar».<sup>7</sup> En un gesto familiar entre ambos, mientras le hablaba iba dando vueltas en el dedo a su anillo de casada. Luego le dio los dos diarios de bolsillo encuadernados en piel, cada página con el nombre impreso del santo del día, que había ido rellenando con su letra microscópica desde que había llegado a España. Después de pasar la noche juntos, un coche del ejército la estaba esperando cerca del molino. Sollozando se puso en camino.

El tren que la llevó desde la frontera francesa hasta París iba lleno de estadounidenses heridos y borrachos, aliviados de estar por fin fuera de la guerra. En el transatlántico se encontró con Louis Fischer, que, a diferencia de ella, iba en primera clase, «y pasamos muchas horas hablando de la guerra».<sup>8</sup> Él también iba a dar conferencias y abogar a favor de la República y, como siempre, le dio un montón de consejos y sugerencias sobre lo que podía decir en su gira. Marion se ponía a ensayar delante del espejo de su camarote a diario.

Cuando llegaron a Nueva York unos días antes de Navidad, «al parecer se había extendido la voz de que venía la mujer de un comandante estadounidense y un pequeño grupo me recibió en el muelle con preguntas. ¿Ha visto a mi marido, a mi padre, a mi hermano, a mi novio? [...] Yo tenía poco que ofrecer. Se me partió el corazón al mirar a los ojos a una mujer joven y tener que decirle que no». Un hombre que estaba en el muelle preguntó: «¿Cómo murió mi hijo?». Marion sabía que a ese voluntario lo habían fusilado por desertor, pero contestó: «Como un soldado».<sup>9</sup> La Asociación de Amigos de la Brigada Abraham Lincoln le había preparado una apretada agenda de entrevistas con toda una serie de periodistas, satisfechos de escribir reseñas favorables de la agraciada esposa de veintiocho años de un héroe estadounidense herido en combate que se había quedado en España para seguir luchando. Sin embargo, ya no creía tan firmemente en el principal mensaje que les transmitió, que Franco sería derrotado.

Sin embargo, de repente pareció que sí era posible. «Justo cuando el mundo entero sabía que los fascistas estaban preparando un ataque, fuimos nosotros los que lanzamos uno con éxito —le escribió un exultante Bob a Marion

desde España—. Y por añadidura, es el primero que hemos culminado tal como lo planeamos. Teruel es nuestro de regalo de Navidad para todos los antifascistas del mundo.»[10](#)

Comenzada a mediados de diciembre de 1937, la batalla supuso un duro golpe para los nacionales, que distrajo a Franco de su prolongado intento de rodear y tomar Madrid. En una región montañosa, rodeada de desolados y abruptos picos y barrancos, la antigua ciudad amurallada de Teruel se hallaba al final del saliente nacional cuya línea ferroviaria Hemingway había contribuido a sabotear. La propia ciudad había sido el escenario de las atrocidades que tenían lugar cada vez que los nacionales tomaban un nuevo territorio y se hacían con el poder. En uno de esos episodios, 13 personas consideradas subversivas, entre ellas una joven de veinte años y el director de la escuela de magisterio (los maestros siempre eran sospechosos), fueron fusiladas en la Plaza Mayor de la ciudad, después de lo cual la gente bailó sobre la sangre de las víctimas al compás de la música de una banda.

Aunque el obispo local, Anselmo Polanco, protestó, lo hizo solo por el baile, pues era un acérrimo partidario de la causa nacional y al parecer había dado permiso a las tropas franquistas para que fusilaran a dos sacerdotes considerados demasiado favorables a la República. En agosto, desde el balcón de su palacio había presidido el desfile de un batallón de la Legión que llevaba en sus bayonetas narices, orejas y otras partes del cuerpo de prisioneros republicanos asesinados.[11](#) Para humillación pública, a un prisionero republicano al que dejaron con vida lo obligaron a recorrer las calles uncido a un yugo de buey arrastrando una pesada carga como si fuera una bestia.

A una altitud de 1.000 metros, Teruel era famosa por sus inviernos casi polares. Un día de diciembre registró la temperatura más baja del siglo en la región. Ambos ejércitos sufrieron terriblemente. Con las tuberías congeladas, para conseguir agua los hombres tenían que hacer hogueras y derretir la nieve. En el bando nacional, una sola división informó de 3.500 casos de congelación. Una tempestad de nieve de cuatro días dejó tras de sí una nueva capa de nieve. Pese a todo, las fuerzas republicanas lanzaron un exitoso ataque sorpresa, ocupando la mayor parte de la ciudad, aunque el avance se vio ralentizado porque las hambrientas tropas, con las mantas envueltas en la cabeza y la parte superior del cuerpo para protegerse del frío, se detuvieron en el camino para saquear los almacenes de víveres. Disfrutaron de una



ventaja pasajera, pues, debido a las terribles condiciones meteorológicas, los aviones de la Legión Cóndor tuvieron que permanecer en tierra. Mientras los combates callejeros en la gélida ciudad continuaban, el ataque acaparó las portadas de los periódicos de todo el mundo. Por primera vez, la República estaba a punto de conquistar una capital de provincia, un triunfo que culminaría a principios de enero. Hemingway, Herbert Matthews y el fotógrafo Robert Capa se apresuraron a cubrir la noticia. Con la bandera republicana —roja, amarilla y morada— ondeando sobre la ciudad, Hemingway declaró que se trataba del «mayor chasco de las previsiones de los expertos desde que Max Schmeling noqueó a Joe Louis».<sup>12</sup>

Matthews, empleando el lenguaje más moderado del *New York Times*, calificó la toma de Teruel de «inesperado y dramático avance [...] realizado con absoluta sorpresa y hasta el momento con igual éxito».<sup>13</sup> En unas memorias posteriores, en una prosa sin las limitaciones del *Times*, se refiere a la captura de la ciudad como «uno de los días más emocionantes de mi vida». El frío, escribió, era abrumador: «No había ropa que permitiera protegerse de aquellas gélidas ráfagas que bajaban aullando desde el norte. Los ojos se te llenaban de lágrimas agujoneados por el viento; se te hinchaban y entumecían los dedos y en los pies no sentías más que una abrumadora frialdad; respirabas jadeando y no podías permanecer quieto ni un instante [...] porque el viento te zarandeaba como caza pasando en vuelo rasante».<sup>14</sup>

Las crónicas de Hemingway eran un escenario más para su actuación pública de escritor guerrero y siempre le gustaba resaltar lo cerca que estaba de la acción. En Teruel, «el soldado que estaba tumbado a mi lado tenía problemas con su fusil. Se le atascaba después de cada disparo y le enseñé a abrir el cerrojo con una piedra. Entonces, de repente, oímos gritos de ánimo recorriendo toda la línea y pudimos ver a lo largo de la cresta frente a nosotros a los fascistas lanzándose al ataque desde su primera línea».<sup>15</sup> Una fotografía de Capa recoge el momento, y muestra a Hemingway, sin gorro y con gafas, tumbado en el suelo junto a un soldado de infantería republicano con casco. En su entusiasmo por el combate, el novelista estaba enviando a la North American Newspaper Alliance más crónicas de las que le pedían. «Tenía lista para su envío la crónica más rematadamente buena de un combate casa por casa —se lamentaba amargamente en una carta a su primera mujer, Hadley Mowrer— cuando Nana me telegrafió para decirme que no querían más.»<sup>16</sup>

La batalla, decía en un despacho que sí se publicó, «puede ser la decisiva de esta guerra».17 Aunque no menos simpatizante de la causa republicana, la joven Virginia Cowles resultó más acertada en su valoración. Sin dejarse arrastrar por la euforia de la toma de Teruel, con la batalla todavía en pleno fragor, escribió, refiriéndose a la guerra en su conjunto, que había «pocas esperanzas» para una victoria del ejército republicano, que era «un pobre contrincante para las entrenadas tropas de Franco».18

La batalla por Teruel desató un nuevo capítulo de la guerra interna del *New York Times*. El 31 de diciembre de 1937, William P. Carney, que seguía tras las líneas nacionales, envió una información optimista al afirmar que una contraofensiva masiva había retomado la ciudad: «Rompiendo todo el frente de veinticuatro kilómetros establecido por el gobierno en el oeste y el norte de Teruel hace solo dieciséis días, el “ejército de socorro” del general Franco ha entrado esta tarde en la ciudad sitiada».19

«El *Times* retoma la ciudad para Franco»,20 rugió Hemingway. Matthews, que acababa de llegar de Teruel, estaba furioso. Sabía que Carney se estaba basando solamente en los comunicados de prensa de Franco. Y su ira aumentó cuando Hemingway, que acababa de salir de España, le telefoneó desde París, donde se podía conseguir el *Times*, para decirle que el diario había recortado la extensión de las crónicas que había estado enviando. Aunque ello le supusiera un largo viaje desde Valencia, Matthews regresó inmediatamente a la ciudad asediada y envió al periódico una noticia que saldría en primera plana: «Visita a Teruel, que sigue en manos del ejército republicano».

«Basándose en las indagaciones de su corresponsal sobre el terreno, se confirma que los insurgentes (nacionales) nunca alcanzaron la ciudad [...] y en definitiva nunca amenazaron realmente la capital de provincia, que permanece firmemente en manos del gobierno.» En la misma crónica, lanzando una clara pulla al no mencionado Carney, declaraba: «Lo que resulta evidente en esta guerra es que nada se puede saber con certeza a menos que se vaya al lugar de los hechos y se vea con los propios ojos».21

A finales de año, un equipo móvil del hospital americano de Villa Paz fue enviado al frente. Toby Jensky escribió a su hermana y su cuñado: «Estamos en el frente. [...] Hemos estado subiendo y bajando montañas sin parar. [...]

Una ambulancia grande, una pequeña y una furgoneta. Los camiones salieron un día antes». Dejaron atrás los molinos de viento de don Quijote en la Mancha, mientras los aviones pasaban por encima de sus cabezas, luego siguieron viaje, con Jensky durmiendo en una camilla en la ambulancia. «Por lo visto, he seguido durmiendo mientras arreglaban dos pinchazos y ahora el conductor está reparando un tercero.» Luego siguieron hasta «un pequeño pueblo» cuyo nombre no podía decir por motivos de seguridad, pero Jensky dio una pista del frente en el que se iba a utilizar el hospital móvil: «Seguramente ya os habréis enterado de la gran victoria de nuestro ejército en Teruel».[22](#)

# CUARTA PARTE

## «UNA CARTA PARA MI NOVIA»

Entre los restos destartalados de un cuartel en un Teruel cubierto de nieve, una gélida noche de mediados de enero un estadounidense de treinta y dos años, alto y de espaldas anchas, frente amplia, nariz prominente y un rostro propenso a la sonrisa, estaba sentado escribiendo a la luz de la lumbre. Intrigados por el cuaderno de piel y con cierre de cremallera, varios soldados españoles le preguntaron qué estaba escribiendo, a lo que contestó: «Una carta para mi novia».<sup>1</sup> Pero no se trataba de una carta para su novia, sino de un diario.

Como tantos otros voluntarios norteamericanos, el conductor de ambulancias del equipo médico móvil estadounidense de Toby Jensky era judío, pero ahí acababan las similitudes. James Neugass procedía de una acomodada familia de Nueva Orleans de banqueros y filántropos. Su abuelo había sido presidente de la Bolsa de la ciudad. Su educación había incluido estancias en las universidades de Harvard, Yale y Oxford, si bien no estuvo el tiempo suficiente en ninguna de ellas para obtener una licenciatura. Más tarde llegaría a decir: «Obtuve [...] mi licenciatura en Teruel».<sup>2</sup>

Después de la universidad, Neugass había sido una especie de diletante: había viajado mucho gracias al dinero de la familia, publicado poemas en *Atlantic Monthly* y en otras revistas, y trabajado de marino mercante, de periodista, de maestro de esgrima, de cocinero y de trabajador social. Contagiado por la tensión política de la época, se afilió al Partido Comunista, fue editor y miembro de diversos sindicatos de izquierdas, y terminó encarcelado durante una huelga. Su poesía es un reflejo de su época y, a pesar de sus orígenes, fue incluida en varias antologías con títulos como *Proletarian Writers in the United States*. En 1935, dirigiéndose a sus colegas poetas, escribió:

Caballeros, ya hemos hablado de estos temas antes,  
sin embargo, dentro de mil años seguirá habiendo puestas de sol...

Pero, muchachos, mientras tanto tenemos una tarea que hacer.  
Tenemos pólvora que derramar, mechas que poner, chispas que prender.<sup>3</sup>

Pero no era ni en calidad de aspirante a proletario ni de activista incendiario que escribía aquel diario encuadernado en piel, sino, más bien, como observador autocrítico con un peculiar sentido de la ironía. Sus amigos sabían que Jim Neugass había estado escribiendo un diario en España, pero durante décadas lo creyeron perdido, hasta que se descubrió una copia de este cincuenta años después de su muerte.

Cuando su unidad recibió la orden de trasladarse al frente de Teruel, a Neugass —que no había «escuchado nada más mortífero que el sonido de un tubo de escape»— pareció divertirse hallarse en una zona de combate. La ambulancia que conducía, «una larga limusina con las líneas y ventanillas de un coche fúnebre»,<sup>4</sup> podía transportar a dos heridos en camillas o a nueve sentados, y cerraba un convoy encabezado por una ambulancia más grande con la inscripción: «Donada por los estudiantes y profesores de la Universidad de Harvard».

«Ataques de tos nocturnos, ictericia, llagas, escozores, diarrea y estreñimiento son las enfermedades laborales en la guerra de España —anotó mientras se acercaban a Teruel—. El estreñimiento es la menos seria de todas, pues a menudo se cura al oír y ver los aviones.»

La fuerza aérea franquista continuaba dominando los cielos, de modo que la unidad médica se cuidaba de no encender luces de noche. Mientras circulaban por el campo español, Neugass, impresionado una y otra vez por la extrema pobreza, subrayó las siguientes palabras en su diario: «¿Qué delito han cometido estos campesinos? ¿Cuál es su culpa? ¿Por qué el papa se ha vuelto contra ellos?».

Una noche que estaba alojado en la casa con suelo de tierra de una familia de doce miembros, descubrió que lo único que tenían para calentarse y cocinar eran unos arbustos espinosos, «unas correosas plantas pequeñas del tamaño y la forma de las ramas del coral [...]. Cada treinta segundos había que echar un nuevo arbusto al fuego». La familia se ofreció a compartir su comida con él, pero «cuando vi en el hogar el tamaño de la única olla de barro, respondí que ya había cenado».

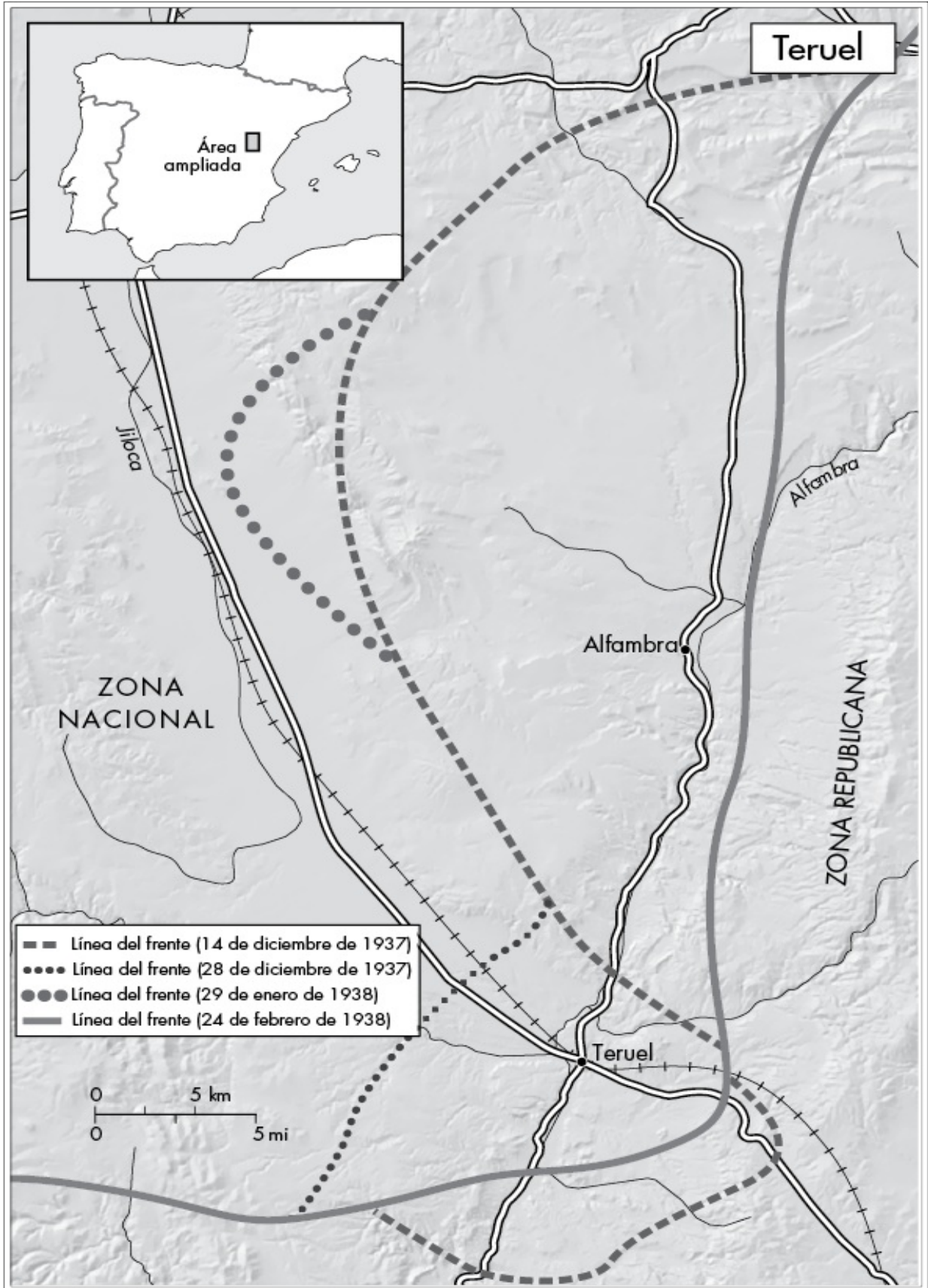
No solo carecían de comida los campesinos. En otra ocasión, «cuando paramos a repostar gasolina, una niña se acercó al coche y me preguntó si

tenía un periódico. Como yo no tenía ninguno, me pidió entonces “cualquier cosa impresa”. Al final encontré un pedazo de un periódico de Madrid de hacía tres semanas y la niña se puso muy contenta».5

En el pueblo en el que la unidad médica instaló su hospital de campaña, escribió: «Todavía no he visto un solo tejado a dos aguas en Alcorisa. La madera es poco común, el dinero escasea y los caballetes son demasiado caros. La casa normal está hecha de adobe o mortero de cascajo sin cemento o estuco». Solo la Iglesia tenía buenos edificios: «El convento del pueblo es un inmenso y sólido edificio, no demasiado grande para el hospital que ahora acoge, en vez del suave rezo de las monjas, los gritos de [los] moribundos. Las tierras de la ribera, las mejores de Alcorisa, también pertenecen a la Iglesia. Encima del cerro, en un bosque de altísimos cedros de un negro azulado, se encuentra el antiguo santuario que el obispo utilizaba como residencia veraniega».6

Neugass mantenía una mirada irónica hacia sus compañeros. Por ejemplo, anotó: «Se dice que la farmacéutica americana y técnica de laboratorio, de metro y medio y setenta kilos de peso, pierde diez kilos cada vez que se enamora y gana exactamente el mismo peso cuando el objeto de sus afectos se recupera y regresa al frente».7 Una enfermera británica era conocida como «el ruseñor clandestino» porque, desobedeciendo las órdenes, siguió apareciendo por el frente en busca de su novio elegantemente vestida con boina y botas altas.





«He visto bastante a Bob Merriman —escribió—. Tiene el físico de un marinero de Oregón. Sus ojos gris claro brillan a través de las gafas de pasta. Está permanentemente excitado, pero nunca nervioso. Le interesan todo y todos, y contagia a la brigada entera su carisma casi demasiado juvenil.» Otros ya habían destacado ese carisma, pero solo Neugass capta «también» su componente de boy scout.

Un primer enemigo era el legendario frío de Teruel. Sin anticongelante, los conductores como Neugass habían recibido la orden de «vaciar diariamente el radiador no más tarde de las diez de la noche. [...] Abro las válvulas, mantengo el motor en marcha hasta que el termómetro del salpicadero alcanza los 90° y lo apago. [...] Por la mañana, hay que quitar los carámbanos de hielo de las tuercas de palometa antes de poder cerrar las válvulas.

»Tenemos que romper el hielo del río para poder lavarnos los dientes. [...] Las manos de las chicas y las mujeres que hacen la colada [...] en el río están azules como las patas de un pavo y casi tan duras y nudosas. [...] Pequeñas cantidades de carbón para los braseros siguen siendo desde hace siglos las únicas fuentes de calefacción del pueblo». La presencia de numerosos soldados prácticamente había hecho que se agotasen las ya escasas reservas de combustible. «A excepción de las ramas más altas de los increíbles cedros del obispo, todas las demás han desaparecido en los hogares del pueblo.»<sup>8</sup>

Los alojamientos normales eran escasos y los voluntarios estadounidenses a menudo tenían que dormir en el suelo, en camillas o encima de mesas. Si había camas disponibles, tenían que compartirlas dos o tres hombres. En un momento dado, Neugass tuvo que compartir lecho con Arnold Donowa, el odontólogo de su unidad. El primer decano de la facultad de odontología de la Universidad de Howard, Donowa había nacido en Trinidad. «Durante un siglo, los negros han lavado la ropa y cocinado para mi familia. Las mujeres negras se han hecho cargo de los excesos sexuales de los hombres y de los hijos que estos tenían con sus mujeres —escribió Neugass en su diario—. Hasta ahora nunca había compartido la habitación, y mucho menos la cama, con un negro. Mi bisabuelo fue propietario de esclavos. Dos de mis antepasados lucharon con los confederados. Las miradas de tres generaciones de banqueros y sus mujeres estuvieron fijadas en mí mientras compartí habitación con D. Él se daba cuenta, pero no dijo nada.»<sup>9</sup>

En los meses de enero y febrero de 1938, las tropas franquistas llevaron a cabo una ofensiva para borrar la humillación sufrida por la pérdida de Teruel. Los soldados republicanos continuaron reteniendo la ciudad, a pesar de la nieve que cubría sus trincheras y las tormentas que bloqueaban a menudo los convoyes de suministros. En los días claros, los aviones alemanes e italianos tenían tal dominio del cielo que los pilotos de caza se burlaban de los defensores dibujando en el cielo el símbolo nacional del yugo y las flechas. Esta armada voladora utilizaba bombas incendiarias con el objetivo de abrasar los edificios de madera de la ciudad, mientras la artillería nacional, situada en las colinas cercanas, disparaba granadas preparadas para estallar antes de tocar suelo y lanzar así metralla contra los soldados republicanos. Estos, agazapados entre ruinas, zanjas y trincheras, podían escuchar a su alrededor el silbido del metal caliente estrellándose en los montones de nieve acumulada. Mulas muertas y camiones incendiados cubrían las calles. Los estadounidenses y canadienses del Batallón Mackenzie-Papineau estaban apostados en un cerro calizo, que el incesante bombardeo de los nacionales convertía en un polvo blanco que les obstruía las gargantas y atascaba las ametralladoras.

La unidad médica trabajaba prácticamente sin tregua. Neugass, constantemente en la carretera, veía los camiones con tropas de repuesto dirigiéndose a la ciudad sitiada. «Me pregunto cómo se sienten las tropas que nos adelantan al ver las ambulancias —anotó—. Supongo que debe de ser como ver a un sepulturero camino del hospital.»<sup>10</sup> La temperatura descendió hasta los 28 grados bajo cero. Aun así, los motores hervían y las ambulancias rugían mientras subían a duras penas por empinadas carreteras de montaña con las ruedas patinando en la nieve. Los frustrados conductores trataban de llenar los radiadores con nieve. Neugass robó un jarro para llevar agua de reserva, pero el líquido desbordado se mezclaba con la sangre en el suelo de la ambulancia y se helaba adquiriendo la apariencia de un sorbete de frambuesa. Los vehículos eran tan esenciales para la unidad móvil que los cuidaban tanto como a los heridos. «Llegamos a considerar nuestros coches como los cosacos a sus caballos. [...] Las piezas de recambio eran algo prácticamente desconocido; los neumáticos de recambio, más valiosos que el oro», escribió el jefe de Neugass, el cirujano neoyorquino Edward Barsky, quien trató el hombro destrozado de Bob Merriman después del Jarama y desde entonces a centenares de soldados de las Brigadas Internacionales.

«Teníamos mucho dinero, pero este puede ser de lo más inútil»,<sup>11</sup> añadió.

Neugass se convirtió también en el chófer de Barsky. El cirujano, que parecía mantenerse solamente a base de pan y cigarrillos, tenía un carácter sardónico, pero los dos se entendían bien. Desde el principio, el viaje hasta Teruel fue un calvario. Después de conducir toda la noche, Neugass no se tenía en pie. «Le pasé el volante al comandante. “Yo soy un cirujano y él se supone que es un conductor”, oí que decía, mientras los párpados se me cerraban inexorablemente como las mandíbulas de una prensa hidráulica. “Yo vigilo la carretera mientras él conduce. Ahora que estoy haciendo su trabajo, él tiene que dormir.”»<sup>12</sup>

Una hora más tarde, la ventisca en medio de la cual se encontraban se transformó en vendaval y no tenían ni cadenas para ruedas ni limpiaparabrisas. «Salí fuera del coche y me puse a caminar delante para indicarle a B. dónde estaba la carretera. Tenía que ir pisoteando con fuerza los al menos treinta centímetros de nieve amontonada para poder distinguir con los talones la superficie dura de la carretera de la nieve sin fondo de las cunetas. [...] Con la nieve, el bigote y el pelo estaban rígidos como rastrojo. Tengo que afeitarme el bigote, es inútil llevar todo ese peso extra.»

Llegaron a un punto en el que un camión averiado bloqueaba la carretera y tuvieron que retroceder. «Enfermeras y médicos, empujando como remolcadores en los costados de un transatlántico, le dieron la vuelta al coche.» Después de retroceder hasta una aldea donde consiguieron algo de cuerda hecha de cuero (lo más parecido a las cadenas para las ruedas), se pusieron de nuevo en camino, pero poco después la carretera se volvió demasiado empinada y estaba tan cubierta de nieve que sus camiones y ambulancias se atascaron. A Neugass se le ordenó quedarse a cargo de los vehículos, mientras Barsky, Toby Jensky y el resto del personal médico recorrían once kilómetros por la montaña hasta llegar a un pueblo, donde consiguieron a cambio de unos cuantos cigarrillos un poco de pan y convencer al alcalde de que enviara a unos hombres a desatascar el convoy.

Las cosas fueron empeorando con el paso de las semanas. No había con qué quitar el hielo del parabrisas. «Ahora por la noche limpio el interior del parabrisas con la mano desnuda —escribió Neugass—. El guante se ha desgastado.»<sup>13</sup>

En las aldeas, las campanadas de la iglesia servían de aviso para los ataques aéreos. Los quirófanos de la unidad se encargaban de los que no habían

encontrado refugio a tiempo. «Camiones cargados de lo que al principio parecían sacos de trigo cubiertos de nieve se detuvieron frente al hospital del pueblo. La sangre goteaba de la trasera del camión sobre la nieve. Los aviones habían sorprendido a un batallón [...] a unos veinticinco kilómetros de Teruel, donde había ido “a descansar”.»

Neugass comenzó a acusar los estragos producidos por tales experiencias y el agotamiento de conducir toda la noche. «La falta de sueño [...] me embota la memoria. Ya lo sé, debería ser capaz de recordar lo que he visto y hecho. Las frases deberían fluir como el aceite de la punta de mi lápiz.»

Cuando la unidad se instaló en una nueva aldea, Toby Jensky escribió a su hermana y a su cuñado: «Calentamos el lugar con estufas de queroseno, acarreamos el agua desde el centro del pueblo y vaciamos los orinales en un hoyo. [...] Estos días no me desvisto muy a menudo porque hace demasiado frío, solo me quito las botas y me meto bajo las mantas». Luego, con el desenfadado estilo característico de sus cartas, añade: «Es divertido coger estas chozas [...] sin agua corriente ni retretes y convertirlas en hospitales con quirófanos y todo».<sup>14</sup>

Al registrar en su diario el nuevo emplazamiento, sin tener que preocuparse de la censura del correo, Neugass escribió: «El motor del camión ducha aportaba la electricidad para la luz. Los dos quirófanos funcionaban a tope. Tras una puerta abierta se podían ver unas figuras silenciosas vestidas de blanco y la piel desnuda al descubierto y los muñones vendados de brazos y piernas, andrajos flotando en sucios recipientes de líquido rojizo. [...] ¿Por qué no se hacía nada para aliviar los esporádicos y débiles gemidos provenientes de los cuerpos bajo las mantas? Estuve descargando camillas hasta que el comandante me mandó volver a Mezquita a buscar instrumental. Habría hecho lo que fuera, tan avergonzado me sentía de estar ileso». Mientras tanto, el doctor Barsky y los demás cirujanos, lidiando con una avalancha de heridos, operaron sin parar durante 50 horas seguidas.

En tales ocasiones, a veces las enfermeras llegaban a sustituir a los médicos. Una noche, la enfermera Esther Silverstein entró en una sala de operaciones para coger instrumental y se quedó perpleja al ver al médico dormido en una silla y a su enfermera operando. «Me hizo: “Chiss”. Yo me quedé callada y luego le pregunté: “¿Qué estás haciendo?”, y ella contestó: “Bueno, estoy acabando esto, el pobre doctor está tan cansado”. Y yo le pregunté: “¿Lo haces muy a menudo?”, y ella me contestó: “Oh, bastante, pero no se lo digas



a nadie”.»[15](#)

Las enfermeras se acostumbraron a no colocar el instrumental cerca del borde de la mesa porque las explosiones podían provocar que se cayera al suelo. Los médicos americanos, cuando tenían que formar equipo con personas de otros países, aprendieron a operar sin una lengua en común. El material era escaso; las enfermeras tenían que afilar las agujas hipodérmicas con piedras. Años más tarde, Jensky recordaría así aquellas semanas: «Cuerpos entrando y saliendo [...]. Un pandemonio. [...] En los pasillos yacían los heridos. Algunos cadáveres estaban apilados como troncos». [16](#) En una ocasión estaba asomada a una ventana cuando oyó un ruido. Alguien la agarró y la empujó hacia dentro diciéndole: «Están ametrallando el edificio, tonta». Trataba de relajarse haciendo punto y pensando en los días de licencia, y llegó a hacerle una bufanda al doctor Barsky.

Las entradas del diario de Neugass reflejan orgullo por su conducción, por su ambulancia (a la que se refería como «mi tesoro») y por el hecho de conseguir escribir cada día, a veces usando una mesa de operaciones vacía como escritorio. Y tras todo eso, la satisfacción tácita de estar dejando atrás su condición de privilegiado. Siempre se paraba en la carretera para intercambiar información con otros conductores y sentía que colectivamente sabían más que nadie de la guerra. Se acostumbró a comer cualquier cosa disponible, ya fuera chocolate hecho con grasa de mula o bacalao seco que sabía como «cuero crudo empapado en cola y luego hervido en aceite lubricante». [17](#) Aprendió a arreglar la fuga del radiador de una ambulancia vertiéndole un huevo crudo y también anotó la receta de cómo cocinar un huevo en un radiador: «Primero se consigue un huevo, luego se envuelve en una gasa y se mete en el radiador de un coche. Se acelera el motor, con una manta sobre el capó hasta que hierve el agua. El huevo se retira con ayuda de la gasa». [18](#)

Sin embargo, la mayor parte del tiempo, las notas de Neugass son mucho más pesimistas. De entrada, le sorprendió ver a un médico británico, Reginald Saxton, usando una gran jeringuilla para extraerle la sangre de la vena a un soldado republicano que acababa de morir. «¿Se puede saber que está haciendo, Saxton?», le preguntó. El médico le explicó: «Andamos escasos de donantes». [19](#) El soldado se había asfixiado en un refugio en Teruel a causa del estallido de un obús y había muerto sin perder sangre, algo poco frecuente en combate. El doctor determinaba el grupo sanguíneo y

luego la utilizaba para transfusiones. (En otra ocasión, un médico de la XV Brigada, Jacques Grunblatt, donó sangre a un herido con doble amputación, al no haber nadie más de su mismo grupo sanguíneo.)

No mucho después, pocas cosas podían sorprender a Neugass. «Parte de mi trabajo consistía en cortar la ropa —escribió—. Había que hacerlo debido al riesgo de infección y porque teníamos que localizar rápidamente las partes en las que el hombre había sido alcanzado. Pocos heridos de los que vi anoche o cualquier otro día habían sido alcanzados en un solo sitio. La metralla moderna se rompe en diminutas esquirlas de metal con tanta eficacia como el agua sobre un césped bien cuidado. [...] No puedes simplemente arrancarle la ropa a un hombre, porque ese gesto, por cuidadoso y suave que sea, podría incrustarle los fragmentos fracturados de los huesos en los músculos.»<sup>20</sup>

En una ocasión, después de una noche particularmente agotadora de conducción y un día de bombardeos, un exhausto Neugass buscaba dónde dormir. Los quirófanos de la unidad habían sido instalados a resguardo de los bombardeos en una gran cueva. «Me arrastré hasta el fondo de la cueva del puesto hasta una rígida camilla manchada de sangre. A la luz de una vela colocada en la pared de arcilla, comprobé con alivio que los dos hombres que yacían en las camillas más próximas estaban muertos. De haber estado vivos, hubieran resultado mucho más ruidosos.»<sup>21</sup> Otro día escribió: «Te puedes acostumbrar a todo. Dos semanas más viviendo así y podría dormir dentro de una gran ballena muerta sin notar la peste».<sup>22</sup>

Con el paso de las semanas, las perspectivas se iban tornando cada vez más desalentadoras. «Puedes estar seguro de que, aunque no los veas —escribió en la carretera hacia Teruel—, los aviones están sobre ti. Cada vez hay más. Los aeródromos de Berlín y Roma deben de estar tan vacíos como un campo de béisbol de noche.» Mientras contemplaba un combate aéreo, iba llevando el registro de los aviones nacionales con la equis negra sobre el fondo blanco en la cola que luchaban con los cazas republicanos con la punta de las alas en rojo. «Hemos perdido un avión y ellos tres. Lo contamos como derrota. Esta noche, su alto mando telegrafiará a Hitler y en veinticuatro horas sus tres aparatos perdidos serán reemplazados por otros seis nuevos a estrenar. Anoche cogí los diagramas de ignición del cuadro de mandos de un Fiat [avión de combate] que habíamos derribado. Todo estaba escrito en italiano.» Los ataques de la marina de Mussolini habían reducido el flujo de aviones y artillería soviéticos, incluidos los tan necesarios obuses de 75 mm. «¿Dónde



están esos aviones y los montones de 75?»[23](#)

El frente de Teruel, como el del Jarama, a veces recibía la visita relámpago de personalidades. Neugass no les tenía mucho respeto: «Hombres de letras, parlamentarios, líderes sindicales y mujeres novelistas a la busca de una historia para el *New Yorker* recorrían apresuradamente el frente [...] como quien toma una dosis de sulfato de magnesio. [...] Llegaban, hacían algunas preguntas, miraban al cielo y luego volvían a subirse a los coches». Solo de un periodista visitante dice algo distinto: «Queremos a Herbert Matthews [...] tanto como odiamos a Carney. Hace unas horas nos trajo un cartón de tabaco y una botella de whisky. Nos bebimos la mitad y le enviamos el resto a Merriman».[24](#)

La mayoría de los estadounidenses que participaron en los combates de Teruel sobrevivieron, pero el ejército republicano sufrió graves pérdidas tratando de conservar la ciudad. Los aprovisionamientos eran insuficientes y la ropa estaba destrozada. Neugass tuvo que remendar las punteras de sus botas con cinta adhesiva. Una noche vio a unos soldados del batallón británico dirigiéndose a sus posiciones en las trincheras del frente: «Los ingleses [...] se acercaban a la luz de la luna. Demasiado cansados para maldecir, los hombres iban en silencio. Las desgarradas mantas sobre sus cabezas y hombros atadas como faldas alrededor de la cintura, las botas envueltas en trapos y los fusiles al hombro les daban la apariencia de un batallón de mendigas. Filas de camilleros con sus pértigas de dos metros y medio aportaban un aire bíblico a la escena».

En la otra dirección discurría otro flujo a veces abrumador de heridos. A Toby Jensky ya no le quedaban horquillas para las trenzas que tanto le habían gustado a Pat Gurney, así que tenía que trenzarse el pelo y sujetar los extremos con una venda. En otro lugar, la unidad médica se instaló en unos establos para ovejas, el doctor Barsky ordenó clavar sábanas «de las paredes y del techo —escribió Neugass—. Esos lienzos impedirán que la suciedad caiga sobre la mesa de operaciones cuando nos estén bombardeando».[25](#)

Aunque el agotado Neugass continuó con su diario, empiezan a aparecer signos de interrogación al lado de las fechas. Para escapar de los bombardeos, las ambulancias solo circulaban de noche, con los faros apagados, mientras que las balas trazadoras del enemigo cubrían el cielo de lluvias de chispas. En una ocasión, saliendo de Teruel, temió haber cogido la carretera equivocada que le llevaba a territorio nacional. Después de dar media vuelta con la

ambulancia, se arriesgó a llamar a varios soldados sentados alrededor de un fuego a unos 200 metros, cuyos uniformes no podía distinguir en la oscuridad, presto a pisar el acelerador para huir a toda prisa. Al escuchar la respuesta: «¿Qué quieres?», se relajó, pues se dio cuenta de que eran republicanos. «Si me hubieran contestado de “usted” en vez de “tú”, habría sabido que estaba hablando con fascistas.»

Cada vez se sentía más agobiado ante la evidencia cotidiana del coste de la batalla: «la pierna humana que no se sabía cómo había acabado en el cubo de basura de la cocina», los aullidos de los enfermos mentales civiles a los que no se podía evacuar porque su hospital había quedado en tierra de nadie o las disyuntivas imposibles con las que se tenía que enfrentar a diario. «Llevar a más de veinte kilómetros por hora a un herido en la barriga por la mejor carretera de España lo matará, pero si no vas lo suficientemente deprisa para escapar de los aviones, acabará muerto igualmente, llevándose consigo la ambulancia y a ti mismo. [...] Utilizar éter con un moribundo es una manera de desperdiciarlo, pero no podemos dejar que nuestros hombres mueran sin ayudarlos hasta el último momento y agotar nuestro último material.»

Los ataques aéreos se recrudecieron. En cierta ocasión, 15 trimotores nacionales bombardearon una población en la que se había instalado la unidad médica. La metralla alcanzó el edificio y los heridos se tapaban la cabeza con las mantas para protegerse por si reventaban las ventanas. Jensky y otra enfermera de sala se quedaron con los pacientes aunque metidas debajo de las camas. Al doctor Barsky y su equipo de quirófano los pilló en medio de una operación y no se detuvieron. «Sal de aquí, Jim —me dijo el comandante—, no estás de servicio. Lárgate antes de que vuelvan.»<sup>26</sup>

Unos minutos más tarde, Neugass y otros cuatro chóferes oyeron el rugido de la siguiente oleada de bombarderos acercándose. Él saltó dentro de un refugio, mientras que los otros corrían hasta una casa «donde se podían proteger de cualquier cosa menos de un impacto directo».

La casa fue alcanzada de lleno. Neugass pasó media hora excavando entre las ruinas. «Al final cargamos suficientes brazos, piernas y torsos en una camilla para establecer los nombres de los cuatro chóferes y certificar que estaban muertos. Nadie ha estado más muerto.» La explosión había decapitado completamente a uno de ellos que había trabajado detrás de la barra de un restaurante Childs\* en Nueva York.

En el diario de Jim Neugass aparecen pocas referencias a temas políticos, pero era totalmente consciente de que el destino de España se estaba decidiendo en otra parte: «Washington, Londres y París eran los auténticos campos de batalla y no Teruel».<sup>27</sup>

Todo el mundo lo sabía y los voluntarios estadounidenses esperaban que, incluso si los acontecimientos en España no resultaran lo suficientemente alarmantes como para que Washington se decidiera a venderle armas a la República, tal vez lo que estaba sucediendo en otras partes de Europa podría provocarlo. En febrero de 1938, en un último intento de evitar la temida invasión alemana de su país, el canciller austríaco Kurt Schuschnigg fue a entrevistarse con Hitler en Berchtesgaden, el chalet del Führer en los Alpes bávaros. Hitler estaba acompañado por Hugo Sperrle, el ex-jefe de la Legión Cóndor, a quien pidió que le describiera a Schuschnigg los efectos de sus bombarderos en España. «¿Quiere hacer de Austria otra España?», le preguntó Hitler al canciller austríaco. El 20 de febrero, para aumentar la presión sobre el país, Hitler prometió de forma grandilocuente «proteger» a los alemanes étnicos que vivían fuera del Reich.

«Cansada de hablar de fascismo y democracia a gentes bondadosas, admirables, ignorantes y aparentemente somnolientas —escribió Martha Gellhorn a Eleanor Roosevelt mientras realizaba una gira de conferencias de un mes por Estados Unidos—. Odio nuestra política exterior. ¿Por qué es así? Dígamelo, por favor. Con cariño, Marty.»<sup>28</sup> Pero la señora Roosevelt no tenía una respuesta. Sin embargo, cuando le escribía cartas a su querida protegida, se cuidaba de criticar abiertamente las acciones de su marido.

El 24 de febrero, Louis Fischer, por entonces ya más activista prorrepblicano que periodista, pasó una hora con la primera dama en la Casa Blanca. «Por favor, no me hable de España —le dijo ella—, Martha Gellhorn ya me ha estado hablando de ello.»<sup>29</sup> Pero él le describió obstinadamente los ataques aéreos que había presenciado y defendió el fin del embargo de armamento. Los ruegos de Fischer eran de lo más desesperados porque estaba en posición de saber cómo había descendido drásticamente el aprovisionamiento soviético de armas para la República. Tomaron el té y luego, «mientras me levantaba para irme, me prometió que le repetiría al presidente lo que yo le había contado». En un sombrío artículo, que Fischer publicó aquella misma semana, por una vez sin rastro de su habitual fanfarroneo, destacaba el impacto de la neutralidad estadounidense: «Al no

hacer nada, estamos tomando partido».

En el frente se ordenó una vez más el traslado de la mayoría del equipo médico americano (una mala señal). Neugass se vio de nuevo recorriendo con su ambulancia la misma carretera en la que se había visto sorprendido por la ventisca cerca de dos meses antes. «Todos los pueblos a lo largo del camino habían sido bombardeados. La casa donde pasé la noche de Año Nuevo en Aliaga estaba destruida. [...] Los escombros sobresalen por las puertas de las casas. Las calles están llenas de cascotes y piedras —escribió a la luz de una vela en una sala abandonada de hospital, alimentando periódicamente un fuego con trozos de sillas rotas—. Algo ha debido de salir mal, pero que muy mal. No sé lo que es todavía, pero creo que debe de haber sido Teruel.»[30](#)

Dos días más tarde, la unidad se instaló en una granja en la montaña y enseguida se vio sobrepasada por un aluvión de hombres mutilados. No había combustible para los esterilizadores y Neugass tenía que hervir el instrumental quirúrgico sobre un fuego de astillas. «No me encuentro bien hoy —anotó después de 36 horas conduciendo y descargando camas, colchones y otros enseres—. Sin energía. La batería se está agotando.» Y luego añadía la noticia que todos sospechaban: «Teruel es suyo.»[31](#)

## «SOLO QUEDAN UNOS POCOS GRANOS EN EL RELOJ DE ARENA»

Herbert Matthews estaba afeitándose en la barbería del hotel Majestic, la base de operaciones de los corresponsales extranjeros en Barcelona, cuando una serie de explosiones interminables le hizo tomar conciencia de que se había iniciado una fase más mortífera de la guerra. Hacía poco que el gobierno republicano se había trasladado desde Valencia. «Hacia marzo de 1938 — escribió—, creíamos conocerlo todo sobre bombardeos. ¡Qué inocentes éramos! Bastaron dieciocho incursiones en cuarenta y cuatro horas sobre Barcelona para demostrarnos lo equivocados que estábamos.»<sup>1</sup>

En el peor bombardeo jamás visto en el mundo hasta la fecha, esas incursiones aéreas fueron realizadas principalmente por bombarderos italianos con base en Mallorca. Con un puerto y tres aeródromos, la isla se había convertido de hecho en una base militar italiana, estratégicamente situada a 15 minutos de vuelo de Barcelona y Valencia. Los aviones alemanes también participaron en los ataques y algunas de las bombas que lanzaron bien pudieron haberse fabricado en Delaware por DuPont. A partir de enero, el gigante químico norteamericano había vendido a los alemanes al menos 40.000 bombas.<sup>2</sup> Como Alemania no estaba oficialmente en guerra con nadie, la venta no era considerada una violación de la permeable ley de neutralidad estadounidense.

Lo que Matthews no sabía era que, para la realización de esa oleada de ataques sucesivos, Mussolini no se había tomado siquiera la molestia de consultar a su aliado Franco. El Generalísimo estaba furioso, porque quería ser el único en elegir los objetivos a bombardear (barrios izquierdistas<sup>3</sup> y no fábricas que habían sido propiedad de sus partidarios y que esperaban pronto poder recuperar). Pero el dictador italiano tenía asuntos más importantes de los que preocuparse, como fortalecer su posición negociadora en relación con Hitler. Las incursiones aéreas sobre Barcelona mataron al menos a 1.000 personas e hirieron a más 2.000. Una bomba que alcanzó un camión

cargado de explosivos provocó una enorme deflagración. Inmediatamente se extendió por la ciudad el delirante rumor de que los italianos habían inventado un nuevo tipo de superbomba. Mussolini «estaba satisfecho de que los italianos hubieran conseguido provocar horror con su agresión en vez de deleite con sus mandolinas». El conde Galeazzo Ciano, el mujeriego ministro de Asuntos Exteriores y yerno del dictador, escribió en su diario: «Esto hará que suban nuestras acciones en Alemania, donde gustan de la guerra total y despiadada».<sup>4</sup>

Aunque tenía que reprimirse al escribir para el *Times*, a Matthews los bombardeos le hicieron sentirse como si «estuviera mojando su pluma en sangre».<sup>5</sup> En una referencia a los ataques aéreos sobre Barcelona, que salió a la luz más tarde, incluso el embajador alemán en la España de Franco reconocía que «no consta ninguna evidencia de que se pretendiera atacar objetivos militares». En las calles, Matthews vio «ambulancias a toda velocidad con hombres en los pescantes silbando para abrirse paso, mujeres llorando y forcejeando históricamente, hombres gritando».<sup>6</sup> De los edificios destruidos salían los gritos desesperados de los que habían quedado atrapados, y en la morgue de un solo hospital se contabilizaron 328 cadáveres.

«Las noticias sobre España son horribles, demasiado horribles —le escribió Martha Gellhorn a Eleanor Roosevelt desde el transatlántico en el que volvía a Europa—, y siento que tengo que volver. [...]. Me siento impotente y enloquezco de rabia al ver como se nos echa encima la siguiente Gran Guerra. [...] Desearía poderla ver. Pero a usted no le resultaría muy agradable. Estoy tremendamente furiosa.»<sup>7</sup>

En Barcelona escaseaba la comida. Los camareros rebañaban los platos para llevarles las sobras a sus familias. La gente comía garbanzos y lentejas (conocidas como «las píldoras del doctor Negrín») y criaban verduras y gallinas en los balcones. Se comían hasta los gatos y las palomas. Haciendo alarde de la abundancia de comida en su zona, los nacionales de vez en cuando sobrevolaban la ciudad lanzando trozos de pan.

Después de una visita que la llevó cerca del frente, Gellhorn volvió a escribir: «Estaba en la carretera y observé durante cincuenta minutos doce aviones negros alemanes volando en perfecto círculo, sin variar su posición, bombardeando y ametrallando a una compañía de soldados del gobierno que, sin aviones ni antiaéreos que los protegieran, estaban allí conteniendo el avance para permitir una retirada ordenada. El mismo día vimos treinta y tres

bombarderos italianos plateados volando en formaciones en cuña sobre las montañas cruzando un cielo despejado y cálido para bombardear Tortosa».8

Solo Eleanor Roosevelt leyó esa descripción, pues, cuando Gellhorn le propuso el artículo a *Collier's*, la revista le contestó por telegrama: «No interesados por la noticia de Barcelona Stop A estas alturas no es relevante».9

Las miradas de los directores de periódicos estaban centradas en otra parte. Justo cuatro días antes de los bombardeos, Alemania había invadido Austria. Hitler siguió a sus tropas y al día siguiente se produjo la anexión oficial del país al Tercer Reich. «No venimos como tiranos, sino como liberadores», declaró, aunque algunos austríacos no pensaran lo mismo. Decenas de miles de judíos y opositores al nazismo fueron inmediatamente detenidos. Las turbas, haciéndose con las calles de Viena, destrozaron y saquearon las tiendas de propiedad judía, apalearon a sus dueños y los obligaron a comer hierba y a fregar retretes. Aunque el Führer llevaba años lanzando amenazas, esta era la primera vez desde 1914 en que tropas alemanas traspasaban las fronteras de otro país.

Los partidarios de la República tenían la esperanza de que una agresión tan flagrante supusiera finalmente un cambio de posicionamiento de las potencias occidentales con respecto a España. Y al parecer había razones para el optimismo cuando el nuevo gobierno francés abrió la frontera, permitiendo el paso de armamento soviético e incluso la compra de unas pocas armas en Francia. Pero sin el apoyo de Gran Bretaña, Francia no podía hacer mucho más, y los británicos seguían firmemente decididos a mantener su política de apaciguamiento. En abril, el primer ministro Neville Chamberlain fue a Roma a firmar una serie de acuerdos con Italia que suponían el reconocimiento de la soberanía de esta última sobre Etiopía. A cambio, entre otras cosas, Mussolini aceptó retirar sus «voluntarios» de España (al final de la guerra).

En Estados Unidos, millones de personas estaban a favor de permitir la venta de armas a la España republicana. El Partido Comunista y la Asociación de Amigos de la Brigada Abraham Lincoln, controlada por este, eran los mejor organizados, pero muchos otros sin vinculación con el comunismo compartían dicha postura. Conferenciantes partidarios de la República y recaudadores de fondos para España recorrían el país. A principios de 1938, Marion Merriman se unió a ellos, empezando en Nueva York y dirigiéndose hacia el oeste. Cuando llegó a Reno, en cuya universidad



se habían licenciado Bob y ella hacía menos de seis años, el director de la funeraria, que los había tenido contratados a los dos, organizó para su exayudante de cocina una charla en la sede local del Rotary Club.

Poco después, Marion pasó dos semanas en Hollywood en casa de Dorothy Parker, la escritora y guionista a la que había conocido en España. Paulatinamente se fue acostumbrando a hablar en las colectas de fondos, incluso cuando a ellas asistían personalidades como Ira Gershwin, Lillian Hellman o Dashiell Hammett. Más tarde, se instaló en un apartamento de 20 dólares al mes en San Francisco, con un trabajo de recaudadora de fondos para la unidad médica del doctor Barsky y otras campañas de ayuda para España. Allí, donde en otro tiempo Bob y ella cogían el ferri para ir a bailar al barrio de Nob Hill cruzando la bahía, ahora se elevaba el puente de la bahía de San Francisco-Oakland, que, junto con el recién inaugurado en el Golden Gate, habían cambiado para siempre la imagen de la ciudad.

Marion daba charlas en reuniones universitarias, clubes de mujeres, mítines sindicales o asociaciones de empresarios. Sus dos hermanas pequeñas se habían vuelto a instalar con ella. En una carta Bob le decía: «Espero todos los días que me escribas». [10](#) Si mejoraba la situación, esperaba volver a España.

Pero las cosas allí iban de mal en peor. A finales de marzo de 1938 se quedó horrorizada al leer que, ante el avance de las tropas de Franco, se había tenido que abandonar tan apresuradamente un puesto de mando de la XV Brigada que Bob no había tenido ni tiempo de recoger sus efectos personales. Los oficiales nacionales victoriosos mostraron a los corresponsales sus diarios y una fotografía de Marion. Durante unos días, esta temió que hubiera sido capturado o muerto, hasta que le llegó más tarde la noticia de que estaba a salvo.

Después de la pérdida de Teruel, las exhaustas Brigadas Internacionales se retiraron a nuevas posiciones. En una casa donde la unidad médica estadounidense se había instalado, un generador portátil alimentaba una sola bombilla y una estufa de hierro proporcionaba agua hervida y calefacción. «Dos mesas pobremente abastecidas de vendas, medicamentos e instrumental, pero limpias como una patena, destacaban a la luz mortecina — escribió Neugass—. Los cirujanos se cambian de ropa a la luz de una linterna.» Los heridos gemían y chillaban. «Mientras pueda seguir escribiendo, no estaré totalmente ido. No me siento bien. A través de una

ventana abierta sobre la cama en la que escribo, veo blancos destellos silenciosos por encima de la colina más cercana. Está comenzando a nevar.»

Unos días más tarde, pasó varias noches con fiebre en una cama de hospital soñando que conducía. «Esquivo un camión, me oculto de un avión, me meto en una cuneta, adelanto a un camión, esquivo un avión, me meto en una cuneta, esquivo un avión, cada segundo del despertador de la sala percute como una bala de ametralladora y no queda tiempo y luego esquivo otro camión y otro avión. ¡Si al menos tuviéramos tantos aviones como camiones!»

Ocho días más tarde, de vuelta al trabajo, escribió: «Mi cuentakilómetros indica mil seiscientos kilómetros más desde que escribí en este diario por última vez». Neugass se sentía cada vez más preocupado: «Algo muy gordo está a punto de pasar. [...] Nunca los había visto disparar tanto y tan detrás de nuestras líneas defensivas».<sup>11</sup>

Para cualquiera que le echara una rápida ojeada al mapa, resultaba evidente qué era ese algo tan gordo que se avecinaba. Una vez recuperado Teruel y con las fuerzas nacionales realizando otros avances, el territorio dominado por los nacionales se hallaba a menos de 100 kilómetros del Mediterráneo. Una fuerte ofensiva que alcanzara el mar partiría la España republicana en dos.

El doctor Edward Barsky estaba preocupado y fue al cuartel general de la XV Brigada a hablar con Bob Merriman, quien estaba contento porque su superior, el odioso coronel Čopić, estaba de permiso. Barsky conocía a Merriman desde que estuvo en la mesa de operaciones un año antes. «Bueno, Bob —le dije—. ¿Qué va a pasar aquí?»

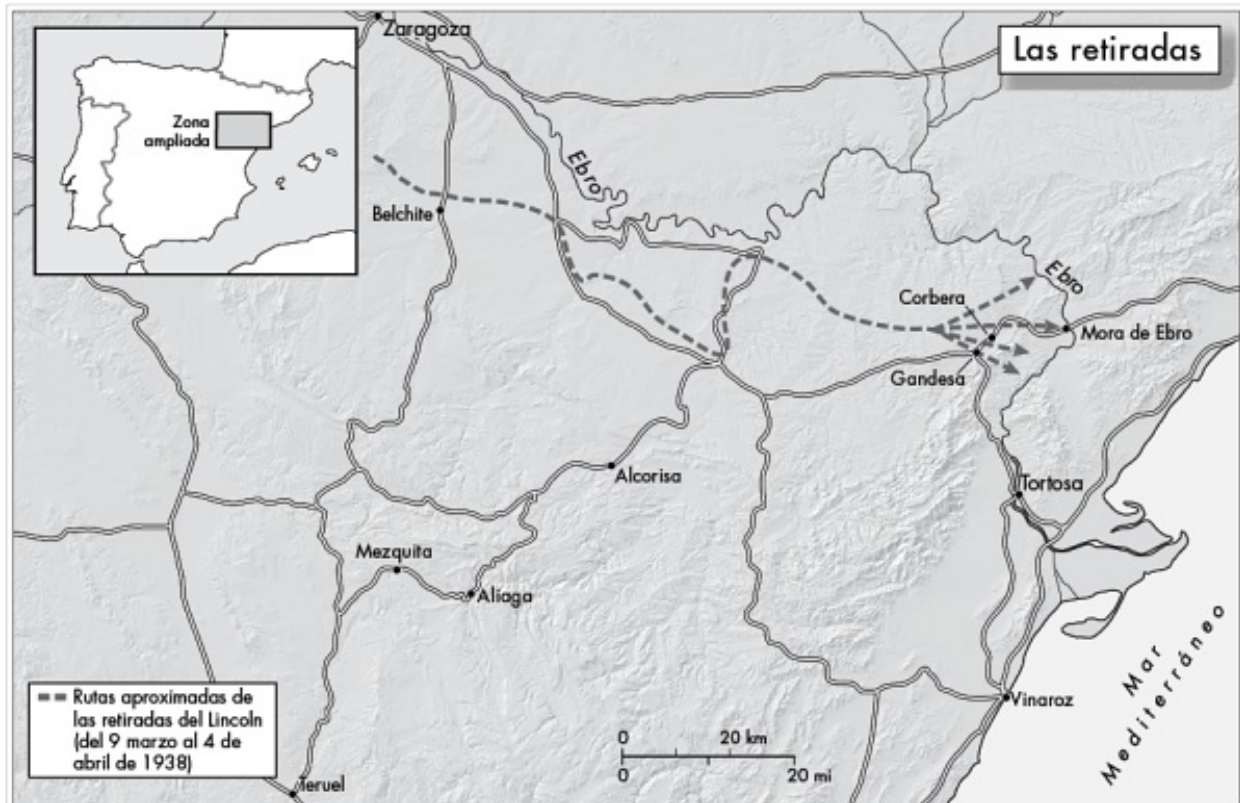
Más testarudamente optimista que nunca, Merriman le contestó: «Bueno, si ellos no atacan, atacaremos nosotros». Sin embargo, con la abrumadora superioridad nacional en hombres y armamento, resultaba difícil imaginar cómo se podía producir algo así.

Durante el viaje de vuelta a su unidad, a Barsky le impresionó la escasa preparación para prevenir cualquier ataque nacional. No se veían trincheras ni fortificaciones y muchos altos mandos republicanos se hallaban de permiso. En un momento dado, él y los que lo acompañaban saltaron de la ambulancia cuando avistaron un avión alemán tan cerca que Barsky pudo ver la cara de un tripulante con el casco y las gafas de sol. «Nunca te quedes en una

carretera o cerca del coche mientras esté pasando un avión. Asegúrate de que *estás en perpendicular respecto a la trayectoria del avión* para que, cuando las balas de la ametralladora se dirijan hacia ti, ofrezcas el menor blanco posible. En lugar de un blanco de cuerpo entero de pies a cabeza, solo presentarás el perfil».

Cuando el hospital americano se trasladó de nuevo, Barsky ordenó que se excavaran trincheras en zigzag entre las tiendas para protegerse de las bombas. «Estábamos bastante ocupados y, cuando no estábamos operando o de servicio, nos dedicábamos a las trincheras. [...] Una fuerza irresistible te obliga a mirar hacia arriba y observar esos aviones. Te sientes un poco mejor si puedes verlos, porque si ese avión, que está justo encima de ti, no ha lanzado una bomba en ese preciso instante, sabes que estás a salvo. Para cuando lance la siguiente, estará a 100 metros.»

Sin embargo, una bomba cubrió las trincheras de Barsky de tierra, destrozando el generador del hospital y matando a un conductor y a dos pacientes. La explosión también fracturó el húmero y el cráneo de la enfermera de quirófano de veintitrés años Helen Freeman, procedente del Brooklyn Jewish Hospital. La sangre se le escurría por el costado y una compañera podía ver la pulsación en una arteria del brazo destrozado. Barsky la operó y luego la instaló en una trinchera. «De vez en cuando, si tenía un momento, bajaba a la trinchera para ver cómo estaba Helen», recordaba. No se atrevió a mandarla a un hospital español más grande, como normalmente hacía con los heridos graves, por miedo a lo que podrían hacerle si el hospital caía en manos de las tropas franquistas. «Decidí que Helen se quedara y viniera con nosotros cuando nos ordenaran trasladarnos.»



Pronto la unidad de Barsky recibió la orden de retroceder otros quince kilómetros, que resultaron insuficientes para ponerse a salvo de los aviones nacionales. «Allí no dejaban de lanzarnos desde los aviones granadas de mano junto con las bombas. Teníamos la artillería casi encima. Sonaba justo sobre la pequeña colina cercana.» Esperó frenéticamente nuevas órdenes, preocupado por la suerte de sus 50 pacientes. Finalmente, un mensajero en moto trajo la orden de evacuar. Las ambulancias junto con otros vehículos militares formaron un convoy que fue conducido a través de la estrecha calle principal de un pequeño pueblo.

«Todo, cualquier cosa, el ejército y el hospital móvil —escribió Barsky—, tenía que pasar a través de aquel túnel. [...] Y en el camino me topé con el obstáculo que menos me podía esperar. ¡La calle de aquel pequeño pueblo estaba atestada de ovejas! Una sólida aglomeración de lana y carne tan impenetrable como la lava. [...] La artillería enemiga resonaba en nuestros oídos. Todos mis pacientes estaban en las ambulancias detrás de mí. [...] Entonces tuve una idea. Cinco de nosotros abrimos las puertas de las casas y como perros pastores fuimos metiendo a los animales dentro. Rompimos las puertas que no podíamos abrir y dejamos un hombre delante de cada una para

mantener a las ovejas dentro mientras el ejército y el hospital atravesaban el pueblo.»

Poco después, cuando el convoy se detuvo cerca de un río, el oficial médico jefe de la división en la que estaba integrada la XV Brigada, un joven médico británico, se encontró con ellos. «Esto va mal, Barsky —me dijo con lágrimas en los ojos y con la voz quebrada—. Muy mal. Me alegra que no haya descargado. Me temo que esto es el final, las líneas están rotas.»[12](#)

El 9 de marzo de 1938, el día antes de que Jim Neugass notara que «algo gordo» estaba pasando, de hecho ya había empezado a producirse. Franco lanzó a más de 150.000 hombres a la ofensiva, incluidas las fuerzas de choque del ejército de África. Oleadas de bombarderos y cazas de la Legión Cóndor cubrían el cielo, algunos luciendo descaradamente la esvástica junto a los que llevaban la equis negra de los nacionales. Había formaciones de hasta 120 aparatos. Justo delante, frente a la dirección del ataque, se hallaba la XV Brigada, muy maltrecha por los feroces combates de Teruel y otros posteriores. Los estadounidenses, británicos y canadienses de la brigada sintieron un escalofrío cuando los aviones nacionales descendieron sobre ellos lanzando octavillas de propaganda en inglés.

«Eso significaba que los fascistas sabían dónde estábamos», recordaba Harry Fisher, el técnico de comunicaciones del Lincoln. Y había otra novedad. El día que se lanzó el gran ataque, «vimos tres aviones dando vueltas [...] a unos 2.500 metros de altura. De repente uno de ellos se lanzó prácticamente en picado. Pensamos que había sido alcanzado y comenzamos a aplaudir, pero poco antes de llegar al suelo soltó su carga y volvió a subir de nuevo. El segundo y el tercer aparato hicieron lo mismo. Estábamos desconcertados, pues nunca antes habíamos visto algo así».[13](#)

Fisher fue uno de los primeros americanos en ver en acción el nuevo bombardero en picado Stuka Ju-87 alemán. Durante la Segunda Guerra Mundial, millones de soldados y de civiles llegarían a temer a este monoplano de un solo motor que podía utilizar su trayectoria en picado para soltar una bomba de más de 500 kilos sobre un tanque, un puente o un edificio con una precisión mucho mayor que la de un bombardero normal, mientras que las sirenas de viento montadas en el tren de aterrizaje aterrorizaban a los que estaban en tierra con su sonido sobrenatural. En los meses siguientes, los alemanes probarían en España varios modelos del

Stuka.

Como jefe del Estado Mayor de la XV Brigada, Bob Merriman aparece constantemente en los recuerdos de los supervivientes de aquellos terribles días. En las fotografías aparece casi siempre con su aspecto imponente: erguido, seguro, con los pies ligeramente separados, con gorra de plato y un largo abrigo para protegerse del invierno español. Se había descubierto a sí mismo como soldado. ¿Cómo si no después de tantos años?

Físicamente impávido, inspiraba tal lealtad que al menos dos veteranos del batallón le llegarían a poner su nombre a uno de sus hijos. Sin embargo, incluso su diario íntimo no refleja ni el más mínimo pensamiento que se apartara de la línea del Partido, cuando hablaba, por ejemplo, de la necesidad de «combatir abiertamente a los trotskistas y otros malos elementos». Justo antes de entrar en combate por primera vez en el Jarama, escribió: «¡Larga vida al Partido Comunista! ¡Larga vida a la Unión Soviética!». [14](#) Y eso tras haber vivido allí durante dos años después de la gran hambruna y al comienzo de la Gran Purga.

Quizá, aunque intelectualmente rígido, era esa misma naturaleza de auténtico creyente la que lo convertía, a todos los efectos, en un estimulante jefe militar. Los escépticos, o aquellos que tratan de analizar las complejidades políticas, rara vez son buenos guerreros. George Orwell, mejor que nadie en ese tipo de análisis, escribió después de su regreso de España: «Llegué a la conclusión, en contra de mi voluntad, de que a la larga los buenos miembros del partido son los mejores soldados». [15](#) Curiosamente, Ernest Hemingway pensaba lo mismo. «Me gustan los comunistas como soldados —contó a un corresponsal del *Daily Worker*—, pero cuando van de curas, los aborrezco.» [16](#)

Eran soldados, y no curas, lo que las tropas republicanas superadas en número necesitaban mientras el mastodonte nacional los empujaba en dirección este hacia el mar. Una noche, Merriman envió a un mensajero al Batallón Lincoln desde el cuartel general de la brigada con la orden de que ocuparan nuevas posiciones, pero este nunca llegó. De modo que, a las tres de la mañana, el propio Merriman se presentó furioso en el puesto de mando del Lincoln: «A las diez de la noche, os he enviado a un mensajero. ¿Por qué demonios seguís aquí?». Los voluntarios era la primera vez que lo veían iracundo y sin afeitarse. A veces viajaba en un pequeño coche; otras, en un vehículo acorazado, y también a pie, recogiendo a rezagados, buscando a

unidades desconectadas y tratando de hacerse una idea de lo que obviamente era un gran avance enemigo. Las vanguardias nacionales habían penetrado profundamente en el territorio que los republicanos consideraban bajo su poder. Escapó a una de ellas solo porque su conductor se salió de la carretera y escapó campo a través. Sus sentimientos íntimos seguían siendo tan impenetrables como siempre; si sintió pánico, no se lo demostró a nadie y, a pesar del caos, seguía concitando la devoción de sus hombres. «Nos habían dicho que había desaparecido y que tal vez estaba muerto», recordaba un estadounidense. De repente Merriman apareció. «Al acercarme a él, sentí que era como si me acercara a alguien resucitado de entre los muertos. Estaba tan contento de verlo que lo abracé y lo besé.»

En la vanguardia de las tropas franquistas que estaban haciendo retroceder al Lincoln se hallaba el británico admirador de Franco Peter Kemp. Para gran orgullo de él, ahora llevaba el gorro de campaña con la borla roja y gualda de oficial de la Legión Española. La Legión era «una hermandad de élite, la mejor fuerza de combate del mundo. [...] La emoción de prestar servicio y de mandar tales tropas en combate fue una de las experiencias más grandes de mi vida». Le conmovía profundamente oír a sus camaradas legionarios cantar el himno «El novio de la muerte».<sup>17</sup>

Sin que Kemp lo supiera, al otro lado de las líneas del frente se hallaba un contemporáneo suyo del Trinity College de Cambridge, Malcolm Dunbar, jefe de operaciones de la XV Brigada Internacional. En su avance, la unidad de Kemp tomó un monasterio situado en la cima de una colina que los voluntarios estadounidenses acababan de abandonar. «En su huida habían abandonado sus efectos personales, entre ellos una gran cantidad de cartas de casa, algunas sin abrir [...] cartas de sus novias, esposas e incluso, en un caso o dos, de sus hijos. Era horrible sentir que muchos de aquellos hombres, que hablaban mi propia lengua y que habían venido incluso de más lejos para luchar por una causa en la que creían tan profundamente como yo creía en la nuestra, nunca más llegarían a disfrutar del amor que transmitían tan cálidamente aquellas páginas que estaba leyendo.»

«La radio está puesta —había escrito una muchacha de Brooklyn— y estoy escribiendo cartas. Las tuyas, las primeras desde luego. Está sonando la Séptima Sinfonía. Ya sabes lo que nos une esa música, lo a menudo que la hemos escuchado juntos. Por favor, por favor, vuelve pronto conmigo.»<sup>18</sup>



Con el ejército republicano en retirada, Jim Neugass anotó en su diario: «Lecera, el pueblo donde dormimos anoche, hoy ha sido reducido a cenizas. Todavía vamos por delante de ellos. ¿Cuánto durará nuestra suerte?». Durante el día, se añadía la agonía de saber que los soldados heridos esperaban su ayuda, pero que cualquier ambulancia que se les enviara sería atacada desde el aire. Hasta que oscurecía, solo aquellos que se mantenían en pie podían llegar a la tienda que servía de quirófano provisional.

La morfina y otras existencias estaban prácticamente agotadas. A menudo las enfermeras llamaban al fornido Neugass para que subiera y bajara a los heridos de la mesa de operaciones. «Cuando estaban en mis brazos, podía oír los huesos destrozados chirriando dentro de la carne.» Por la noche, cuando no conducía, dormía en una de las ambulancias.

Neugass había ido a llevar a unos pacientes a un hospital más grande situado en una terminal ferroviaria tras las líneas defensivas cuando bombardearon el edificio. «Ciento cinco heridos resultaron muertos en sus camas.» Nunca cejaba en su intento de captar las emociones de lo que experimentaba: «Cuando [el bombardeo] se acerca, no lo oyes con los oídos. El sonido te llega a los tímpanos a través de la tierra y luego a través del cuerpo, como el del taladro del dentista o el sonido de la sierra del cirujano cortándote un hueso. [...] Creo que nuestro tiempo se está agotando. Solo quedan unos pocos granos en el reloj de arena».<sup>19</sup>

De regreso a la unidad, descubrió una grieta entre las rocas que podía servir de refugio. «Mi agujero tiene casi tres metros de largo por entre treinta a cuarenta y cinco centímetros de profundidad, cubierto por una losa de veinte toneladas. [...] En caso de impacto directo mis compañeros se ahorrarán el incordio de tener que cavar una fosa. “Aquí yace un chófer que se equivocó de carretera.”»

Comenzó a ver a soldados en retirada que abandonaban sus fusiles. Asimismo, los refugiados bloqueaban la carretera: «Paso junto a familias de campesinos caminando como deudos tras carretas cargadas con los restos de sus hogares destruidos. [...] Ollas de cobre y de barro, cacerolas y sartenes, media docena de sillas baratas, baúles de pino desgastado de tanto lavarlos y, coronándolo todo, grandes colchones».

De vuelta al puesto de la unidad, Neugass fue a ver a la enfermera herida, Helen Freeman. «Helen yacía en la parte más profunda de la zanja en zigzag, con la cabeza vendada. “¿Cómo estás, Helen?”, le pregunté. No me

contestó.» A pesar de casi perder un brazo, Helen Freeman sobreviviría y sería evacuada a Estados Unidos dos meses más tarde.

Conforme el ritmo y el pánico de la retirada republicana aumentaban, las entradas en el diario de Neugass se vuelven más elípticas y breves. Algunas probablemente fueron añadidas con posterioridad. Dejó de poner la fecha. A veces se refiere a sí mismo como «el chófer». Ahora iba armado. En un pueblo, la calle principal estaba «abarrota de campesinos, carros, refugiados. [...] Coágulos de soldados desarmados, el pelo blanco del polvo del camino, amontonados alrededor del pozo». El atasco «llenaba la calle de los gritos de los conductores, el ruido de los motores y el llanto de los campesinos. Las campanas de la torre de la iglesia no paraban de repicar alertando de la llegada de los aviones».

Llevaba la ambulancia cargada de enfermeras de su unidad. Mientras pasaban, civiles y soldados aterrorizados trataban de subirse a bordo. «Una mujer recorría la calle arriba y abajo, con las manos en la cabeza gritando que llegaban los fascistas.

»El coche del chófer se vencía sobre las llantas de hierro de las ruedas al saltar los campesinos y milicianos desarmados a los estribos. Los crujidos del chasis anunciaban que el coche estaba a punto de romperse. El chófer le puso la punta de la pistola a una mujer en el estómago, que saltó de nuevo a la carretera. Los demás campesinos y milicianos al ver la pistola del chófer se bajaron del pescante.»[20](#)

Nadie en la unidad médica sabía dónde estaba el frente, solo que se les estaba echando encima. Hubo un momento en que la única vía de escape se adentraba por un terreno demasiado escarpado para la ambulancia, así que la volaron junto con el resto del equipamiento médico para que no cayera en manos de los nacionales. Por la noche, con todos los focos apagados por miedo a los aviones nacionales, el doctor Barsky iba de pie en el pescante de la ambulancia con una linterna guiando a Neugass por caminos de tierra llenos de baches. Entre los pequeños grupos de estadounidenses y canadienses en retirada que se encontraron circulaban los rumores más disparatados, como que Madrid había caído, que 600 aviones nazis habían bombardeado Viena destruyéndola hasta los cimientos, o que las rutas de escape a través de los Pirineos estaban bloqueadas.

Como en una escena de una película fantasmagórica, Neugass se encontró con los 60 miembros uniformados de una banda de música de Barcelona,

refugiados con sus polvorientos instrumentos en una cuneta. «Los músicos no entendían por qué de repente los habían cargado como sacos de harina en camiones abiertos y los habían hecho recorrer toda Cataluña para dejarlos en aquella cuneta solitaria donde no había civiles, ni micrófonos, ni público.»<sup>21</sup> En otro descabellado intento de elevar la moral, el gobierno había enviado un enorme camión con dos hombres en la caja con panfletos hasta la cintura que iban lanzando mientras otros caían del cielo, desde los aviones. «¡Milicianos de la República! ¡Oficiales! ¡Chóferes! ¡Trabajadores! ¡Campesinos! [...] Cien hombres bien entrenados pueden contener a mil fascistas [...] los rumores difundidos por la Quinta Columna de que Madrid ha caído y de que Barcelona ha decidido rendirse son falsos. [...] ¡Ni un paso atrás! ¡Resistir para conquistar!»<sup>22</sup>

La frenética huida continuó hasta que una noche Neugass se dio cuenta de que se había perdido. «El chófer temía detenerse, avanzar o llamar a los muchos hombres que estaba seguro debía de haber en las colinas a ambos lados de la carretera. El ruido de la batalla venía de todas partes.»

En la oscuridad se cruzó con un soldado del batallón británico que le pasó unas bombas Mills (granadas de mano). Poco después, Neugass, escribiendo de sí mismo en tercera persona, «levantó una bomba Mills, sacó el pasador y la lanzó contra las tres, cinco o seis formas negras que se acercaban corriendo hacia él. Se tiró al suelo mientras la metralla de su bomba y algo muy suave y húmedo salpicaba la tierra a su alrededor; se arrodilló, sacó otra granada, tiró del pasador, la lanzó y se echó al suelo. Cuando se levantó para volver al coche, le vino el deseo de contar los oscuros montones de ropa que yacían en el campo. Nunca supo si se trataba de uno de los muertos que se había levantado o si era otro fascista el que vino hacia él, pero la forma, que corrió al encuentro del cuchillo que sostenía en su mano izquierda y se desplomó de la ancha hoja, yacía después tan silenciosa como todas las demás».

Un fragmento no perteneciente al diario encuadernado en piel parece referirse a esa misma noche, en la que por lo visto le alcanzó un trozo de metralla en un muslo. «Maté a tres, a cinco o a ocho. Uno con cuchillo, otros con bombas. De noche. Quizá tenga que matar a más. Todavía tengo mi coche. Como aceitunas de los olivos. Difíciles de encontrar a la luz de la luna. No estoy seguro de dónde estoy. Separado de mi unidad. Con la infantería. Buscando las líneas del frente. ¿Hay líneas? Todo confuso. Mal, muy mal. La herida duele. Tengo que seguir, hacia alguna parte.»<sup>23</sup>



## A ORILLAS DEL RÍO

Mientras su unidad legionaria se mantenía en la vanguardia del poderoso avance franquista para alcanzar el Mediterráneo, en una ocasión Peter Kemp se encontró «con una docena de prisioneros apiñados unos con otros, mientras algunas tripulaciones de nuestros tanques los encañonaban con sus fusiles. Al aproximarme se produjo una serie de descargas de fusilería y los prisioneros se desplomaron en el suelo. “¡Por Dios! —le dije a Cancela [el jefe de la compañía] desencajado—. ¿Qué están haciendo, matando a los prisioneros?” Cancela se volvió hacia mí. “Son de las Brigadas Internacionales”, me dijo en tono grave.»

Poco después se produjo un incidente del que «apenas puedo soportar escribir». Cuando un desertor irlandés de las Brigadas Internacionales se pasó a territorio nacional, los soldados lo llevaron a presencia de Kemp para que lo interrogara en inglés. Estuvieron hablando y el desertor le contó que era un marinero de Belfast. Luego le rogó a Cancela por su vida, dado que había desertado de los republicanos y este lo remitió por el conducto reglamentario al coronel.

Encontré al coronel Peñarredonda sentado con un plato de huevos fritos sobre las piernas.

—No, Peter —me dijo con indiferencia, la boca llena de huevo—. Llévatelo y mávalo.

Estaba tan estupefacto que me quedé con la boca abierta con la sensación de que se me paraba el corazón. Peñarredonda se quedó mirándome furioso:

—¡Fuera! —me dijo desdeñosamente—. Ya me has oído.

Mientras me retiraba gritó:

—Te aviso. Encárgate de que se cumplan mis órdenes.

Cuando se retiraba, Kemp se dio cuenta de que el coronel había ordenado a dos legionarios que lo siguieran a cierta distancia.

Me resultaba insoportable enfrentarme al prisionero. Me obligué a mirarlo a la cara. Estoy seguro de que sabía lo que iba a decirle.

—Tengo que matarte.

Al irlandés se le escapó un apenas audible «¡Oh, Dios!».

Kemp le preguntó si quería un sacerdote o enviar algún mensaje. «No, nada —musitó—. Por favor, hágalo rápido.»<sup>1</sup>

En un intento por detener la ofensiva, nuevos voluntarios estadounidenses que apenas habían comenzado la instrucción fueron enviados precipitadamente al frente. Uno de ellos era Alvah Bessie. Antiguo actor teatral en Nueva York, también había publicado obras de ficción, trabajado como periodista y aprendido a volar (algo que esperaba poder hacer en España). Tenía en Brooklyn dos hijos y una mujer de la que estaba separado. En una foto suya, con barba, un cigarrillo en la boca, una pluma y un cuaderno en el bolsillo de su arrugada cazadora militar y sus avejentados ojos entornados por el sol, aparentaba más de los treinta y tres años que tenía. Otro voluntario americano cogió la costumbre de llamarlo «abuelo».

«Tenía dos razones de peso para estar allí. Integrarme y aportar mi fuerza individual (fuera esta la que fuera) a la lucha contra nuestro eterno enemigo, la opresión, y la validez de la segunda razón no se veía afectada por el hecho de que fuera un tanto más débil que la primera.» Pocos comunistas leales habrían sido tan sinceros acerca de unos motivos que otros miembros del Partido podrían haber considerado de burgueses. En febrero de 1938, Bessie hizo una agotadora travesía por los Pirineos (50 kilómetros en once horas) y anotó en su diario: «Primera sensación de miedo por los aviones, no de belleza».<sup>2</sup>

La mayor parte del carbón estaba entonces en la zona nacional, por lo que las locomotoras utilizaban madera como combustible, de modo que su viaje al cuartel de las Brigadas Internacionales en Albacete fue lento. Una vez allí, escuchó que decían: «¿Alguien de Chicago, alguien de Manchester?».<sup>3</sup> Los nuevos reclutas eran recibidos en inglés, francés, alemán, español y polaco. En las duchas, se fijó en que los cuerpos de algunos de los voluntarios de más edad tenían heridas de la Primera Guerra Mundial. En la ceremonia en el patio, una banda tocaba los himnos nacionales de los países de donde procedían los reclutas, todos ellos, claro está, países que se habían negado a venderle armas a la República. Los americanos saludaban puño en alto mientras escuchaban el «Barras y estrellas».

En una gran pancarta se leía: 1938 —AÑO DE LA VICTORIA— 1938. Pero, ojeando los periódicos españoles, Bessie no vislumbraba la victoria por ninguna parte: «Tenías que leer entre líneas: “[...] Combatiendo con su habitual brillantez, nuestras tropas se han retirado a posiciones previamente determinadas”».4 La comida era escasa (cebada tostada en vez de café y arroz o judías con carne de burro) y nunca suficiente para saciar el hambre. No había mucho pan, porque también el trigo se hallaba mayoritariamente detrás de las líneas nacionales. En el mercado negro, solo el tabaco y el jabón tenían un cierto valor de cambio; con el dinero no se podía comprar nada comestible a excepción de frutos secos y mermelada. Por entonces, al otro lado de las líneas, Peter Kemp y sus compañeros oficiales de la Legión comían jamón ahumado.

Menos de una semana después de que comenzara la nueva ofensiva de Franco, Bessie y los otros internacionales recién llegados fueron trasladados al frente en vagones de carga y camiones dando un largo rodeo de varios días. Finalmente llegó el momento tan esperado por él y los otros nuevos voluntarios estadounidenses: el encuentro en el campo de batalla con el Batallón Lincoln-Washington. «Todos nosotros llevábamos mantas perfectamente enrolladas y colgadas en bandolera sobre el hombro.» Pero el momento distó mucho de lo que habían imaginado. «Esparcidos por la pendiente de una colina boscosa que dominaba un magnífico panorama montañoso [...] nos encontramos con poco más de un centenar de hombres desorganizados, sentados, echados, tendidos en el suelo. Con barba de una semana, estaban sucios y llenos de piojos; hedían. Llevaban la ropa hecha jirones, sin fusiles, ni mantas, ni municiones, ni equipo de cocina. [...] Al principio ni nos hablaron, nos ignoraban, solo respondían a nuestras preguntas con gruñidos o improperios.»5 Los miembros del batallón en retirada llevaban cinco días sin comer.

Solo algunos parecían conservar un cierto sentido del orden. «El coronel Merriman, alto, académico, con sus gafas de pasta, nos dijo: “Pronto volveremos a entrar en combate. Un combate en el que esperamos recuperar parte del terreno perdido y tal vez eso exija el sacrificio de muchas vidas”.» Dave Doran, un líder sindical de Albany (Nueva York) y comisario de la XV Brigada Internacional, proseguía: «Todo hombre a quien se vea tratando indebidamente un fusil o una ametralladora o abandonándolos [...] será fusilado de inmediato».6 Pero no había fusiles de los que deshacerse.



Durante varios días, tanto los extenuados supervivientes estadounidenses como los nuevos reclutas durmieron en la ladera esperando armas y órdenes, lanzándose al suelo cada vez que los aviones alemanes e italianos los sobrevolaban. Un camión de alimentos les trajo café y potaje frío de garbanzos. Otro camión se llevó a aquellos que desearan bañarse en un río gélido. Luego el batallón continuó su retirada de noche para no ser localizados por los aviones. «La estación de las lluvias comenzó de repente y con ensañamiento. [...] Entonces nos volvimos a poner en marcha, nuestros pies chapoteando en el barro, las caras chorreando agua, las mantas empapadas sobre la cabeza.»

Solo después de llevar una semana en movimiento llegaron las armas. «Mi fusil llevaba grabada el águila imperial rusa con el número 59034. Bajo el escudo imperial parcialmente borrado había un nuevo sello, la hoz y el martillo de la Unión Soviética.»<sup>7</sup>

Los miembros de la XV Brigada, junto con decenas de miles de soldados republicanos, se retiraban desordenadamente, huyendo en zigzag de oeste a este, replegándose hacia el Ebro. El río era la última gran barrera natural antes del Mediterráneo. Cuando se rezagaban, recordaría Bessie más tarde, «los hombres más experimentados se iban despojando del equipamiento que llevaban: latas, mantas, platos y cucharas, ropa interior de recambio, colocando cuidadosamente los objetos brillantes bajo los arbustos para que no pudieran ser vistos desde el aire». Pero «muchos abandonaban los ponchos y las mantas, para arrepentirse por la noche. Frío».<sup>8</sup> Algunos americanos y canadienses artilleros dejaban atrás sus armas, demasiado pesadas para llevarlas, desmontándolas primero y dispersando sus piezas por los campos para que no pudieran utilizarse en su contra. Con la disciplina totalmente rota, los hombres desertaban y huían, y algunos lograron finalmente cruzar la frontera francesa.

Una noche, alguien del destacamento de Bessie encontró unos objetos cilíndricos envueltos en papel. Pensando que se trataba de chocolate, los hambrientos estadounidenses desgarraron ansiosamente el papel solo para descubrir que se trataba de barrenos de dinamita. Tumbado cerca de Bessie en la oscuridad, un soldado decía entre sueños: «Una hamburguesa con pan de centeno y cebolla».

Bessie estaba preocupado por su reacción en combate. En su diario, menos pulido pero a veces más sincero que las memorias que publicaría a su regreso

de España, escribió: «¿Me portaré como un cobarde?».9 Poco después, su escuadrón intercambiaría fuego de fusil y ametralladora con los nacionales que los perseguían.

La noche del 1 de abril de 1938, Bessie vislumbró por última vez a Merriman cuando este llegó en un coche del Estado Mayor lleno de agujeros de bala a reunirse con otros oficiales antes de ordenar que la brigada volviera a ponerse en marcha. Cuando los hombres estaban listos para partir, una explosión los hizo lanzarse corriendo a las cunetas. Se trataba del personal de intendencia, que estaba destruyendo un depósito de municiones para evitar que cayera en manos del enemigo. Mientras el batallón marchaba en la oscuridad, tras ellos pudieron ver en la distancia algo que nunca habían visto antes en una zona de combate: faros delanteros. Se trataba de una alarmante señal para sus propias unidades a oscuras. Los vehículos de Franco podían ahora mostrarse tan descaradamente como quisieran por el escaso peligro que suponían unos cielos prácticamente desiertos de aviones republicanos.

Habiendo sobrevivido a la caótica pesadilla de la retirada, Jim Neugass, Edward Narsky y sus colegas de la unidad médica finalmente lograron llegar a Barcelona. Sobre Barsky, otro médico escribió: «Está hecho una ruina, tan agotado que apenas puede arrastrarse y ha perdido todo su entusiasmo, pero aguantando y ayudando».10

Neugass había sido herido en la espalda por un fragmento de una bomba («un disco de hierro caliente de un centímetro y medio de grosor y del tamaño de una moneda de cincuenta centavos», escribió)11 y la metralla también le había alcanzado el muslo izquierdo y el cuero cabelludo. Escupía sangre y le costaba caminar. Barsky sabía que su conductor tenía los nervios destrozados.

«¿Qué prefieres hacer? —me preguntó el coronel—. ¿Quedarte y conducir mi coche o regresar a Estados Unidos y escribir un libro?»

Neugass le contestó que quería volver a casa. Barsky le contestó: «De acuerdo, te enviaré de vuelta. Pero ¿quién demonios me sacará a mí de aquí?».12

Consternado por la ofensiva de Franco y ansioso por regresar al frente, Ernest Hemingway estaba empezando a tener problemas con la North American Newspaper Alliance, que había reducido su tarifa y ahora quería que cubriera

también la guerra desde el bando franquista. Como era de esperar, los nacionales se negaron a admitir al más famoso defensor literario de la causa republicana. Entonces, para asegurarse de que el *New York Times* publicara sus crónicas, el NANA le pidió que dejara de viajar con Herbert Matthews, para evitar que sus noticias se solaparan. Aunque no se trataba de una petición injustificada, ello provocó la ira del escritor. Convencido de que se trataba de una conspiración de los editores católicos pro-Franco para separarlo de su amigo Matthews, envió un telegrama en que denunciaba la «maniobra jesuítica». Entretanto, su matrimonio se estaba yendo a pique debido a su cada vez más notoria relación con Martha Gellhorn. Ella se hallaba de nuevo en España con él, aunque sus amigos periodistas discretamente omitieran su presencia de las noticias en las que mencionaban a Hemingway.

Sin embargo, bajo su arrogancia, era un hombre profundamente preocupado. Habló con el embajador estadounidense Claude Bowers para ver cómo se podía poner a salvo al personal médico norteamericano y a los pacientes que estaban a su cargo ante la posibilidad de una victoria de Franco, en la que temía que los heridos fueran masacrados y las enfermeras violadas, como de hecho ya había sucedido en los hospitales republicanos capturados por los nacionales. Logró saber cuántos heridos estadounidenses había y en qué hospitales se encontraban y comenzó a planificar desde qué puertos podrían ser evacuados. Él, junto con varios periodistas amigos, también aseguraron al embajador que un hospital francés había accedido a hacerse cargo de los estadounidenses que estuvieran demasiado delicados como para emprender el viaje de regreso a Estados Unidos. «Estos corresponsales y Hemingway se encargarán de reunir a esa gente en los puertos»,<sup>13</sup> informó Bowers a Washington. La aparente receptividad del embajador respecto al plan alimentó los delirios de grandeza de Hemingway. «¿Por qué demonios dejamos que nuestros chicos sean capturados por los fascistas? —se explayó ante un grupo de periodistas y voluntarios médicos norteamericanos en el hotel Majestic de Barcelona—. Si hay que hacerlo, enviaré un barco de guerra estadounidense y evacuaremos hasta al último norteamericano.»<sup>14</sup>

Haciendo caso omiso a sus editores, Hemingway partió hacia el frente con Matthews en un Matford descapotable negro de dos plazas. Al igual que los miembros del Lincoln que huían, a los que querían localizar, también ellos vigilaban la aparición de los aviones nacionales. «Cuando este corresponsal

se lanzó a la cuneta —informó—, se fijó de soslayo en un monoplano que descendía y pasaba por encima, y que luego evidentemente decidía que por un solo coche no valía la pena regresar y malgastar sus ocho ametralladoras.» Poco después los dos periodistas se toparon con una multitud de refugiados, incluida una mujer a lomos de una mula, que había dado a luz el día anterior, con la cabeza cubierta de polvo blanco. Luego empezaron a aparecer los soldados, los camiones, las armas y «empezamos a ver a gente que conocíamos, oficiales con quienes nos habíamos encontrado anteriormente, soldados de Nueva York y Chicago que nos contaron que el enemigo había roto el frente y tomado Gandesa y que los americanos estaban defendiendo en Mora el puente sobre el Ebro». [15](#)

Los desorientados miembros de la XV Brigada en retirada se habían dividido en varios grupos. Bob Merriman comandaba uno de ellos, que a su vez se había vuelto a subdividir para romper el cerco de los nacionales. Alvah Bessie estaba en otro, una columna de 80 hombres exhaustos. Una hora antes del amanecer del día 2 de abril, iban avanzando cuando de repente vieron a los estadounidenses que iban por delante echar a correr.

«Estábamos en un campo lleno de hombres durmiendo; hombres durmiendo con mantas en el suelo y oficiales en tiendas de campaña bajo los olivos. Nosotros no teníamos tiendas de campaña, ni siquiera para nuestros oficiales. Había caballos atados a los árboles, inquietos en la oscuridad. Tropecé con un hombre dormido, que se sentó y dijo: “¡Coño!”, [...] y luego oí voces detrás de mí gritando: “¡Alto, los rojos! ¡Alto, los rojos!”, y aceleré el paso.» Las tropas de Franco se habían adelantado a los americanos en retirada, que sin saberlo se habían tropezado con un campamento de la Primera División de los nacionales.

Bessie se deshizo de las mantas adicionales y de todos sus cacharros y, separado de los demás, él y otros tres compañeros aterrorizados se lanzaron en estampida por una pendiente de bancales. «Podía oír claramente las voces y los fusiles, las pistolas y las balas silbando por encima de mi cabeza [...] el cuerpo me pesaba cada vez más, quería derrumbarse, tirarse al suelo, pero las piernas seguían moviéndose.» Finalmente, al amanecer, los cuatro se refugiaron en un bosque con espesos matorrales. Oyeron cantar en una lengua desconocida en la distancia y cayeron en la cuenta de que provenía de un contingente de moros. Los estadounidenses en fuga se despojaron de sus

gorras con la estrella roja de las Brigadas Internacionales y siguieron adelante.

Extenuados, sin dormir durante días, sin comer, a excepción de las moras y almendras verdes recogidas de los árboles, los cuatro se dirigieron hacia el Ebro, cuya orilla opuesta, en manos de los republicanos, representaba la salvación. Siguiendo campo a través y evitando las carreteras, se fueron acercando hasta que desde lo alto de una colina vieron «desordenadas columnas de soldados moviéndose a través de las montañas, subiendo cerros, serpenteando hacia el Ebro». Uno de los compañeros de Bessie, Luke Hinman, un estibador californiano, los reconoció como brigadistas franceses y alemanes. «“Son de los nuestros”, dijo Luke, y bajamos la colina y nos unimos a ellos.»

Las tropas en retirada convergían en Mora de Ebro, una pequeña población medieval a la sombra de un castillo donde un puente cruzaba el río. Las calles, escribió Bessie, «estaban atestadas de soldados harapientos y desmoralizados vagando desorientados en la más absoluta confusión. “¿Dónde están los británicos?”, “Où est la Quatorzième?”, “Wo ist die Elfe?” [...] Estábamos en un pequeño recinto prácticamente cubierto de excrementos humanos. [...] No había mando ni autoridad, ni siquiera un sitio donde te pudieras presentar. Cuando unos canadienses preguntaron: “¿Dónde está el Lincoln?”, les contestamos: “Nosotros somos el Lincoln”. [...] Había soldados sentados en medio de la calle, demasiado cansados para continuar. Era extraño ver en un lugar civilizado a hombres orinando en plena calle». Una niña de unos seis años sentada en la trasera de un camión lloraba sin parar y repetía: «¿Dónde está mi mamá? ¿Dónde está mi mamá?». [16](#)

Cuando el teléfono de campaña avisó de que tanques nacionales se acercaban, los soldados republicanos se arrastraron hacia el este atravesando el puente, en el que las cargas de dinamita ya estaban conectadas para poder volarlo tras de sí. En el otro lado, llegaron a un pueblo más grande donde había una cierta apariencia de orden. Los supervivientes eran distribuidos por unidades y llegaban aprovisionamientos desde la retaguardia, entre ellos cartas de casa para los estadounidenses, que había traído un mensajero por la noche. «Estábamos sentados arrebujados alrededor de una cerilla encendida bajo una manta en una profunda zanja, mientras se repartía el correo. Leyó cientos de nombres, pero solo unos quince hombres reclamaron sus cartas. Se tardó media hora en leer todos los nombres de las cartas, pero después de los

primeros minutos ya nadie decía “Muerto” o “Desaparecido”, simplemente permanecíamos en silencio.»<sup>17</sup>

También les llegaron números de la publicación de las Brigadas Internacionales *Volunteer for Liberty*. Lo que antes había sido un periódico lleno de artículos optimistas («Navidades en la brigada», «La Brigada Dombrowski ayuda a los campesinos a recoger la cosecha de la aceituna», «Canadienses en España») se había convertido en un panfleto de dos páginas lleno de consignas: «¡No ceder ni un palmo de terreno al enemigo!», «¡Expulsar a los invasores de España!», «¡Ahora es el momento de contraatacar!» o «Disciplina: la diferencia entre un ejército y la chusma».

Mientras se reunían los exhaustos supervivientes, Bessie escribió: «Nadie tiene noticias de Merriman».<sup>18</sup>

En el cuartel general tras las líneas defensivas, Sándor Voros (el húngaro-americano que dejó un relato tan vívido de su travesía de los Pirineos), destinado como comisario de los soldados de la columna multinacional de la XV Brigada que, dirigida por Bob Merriman, trataba de frenar el avance nacional, se dirigió al frente para buscarlo. Voros admiraba enormemente a Merriman, aunque eso no le impidió en una ocasión tratar de sobrepasarse con Marion estando este ausente. Caminó varias horas, organizando por el camino a algunos soldados británicos como una unidad de policía militar para tratar de detener la riada de hombres aterrorizados hacia la retaguardia, muchos de los cuales se habían deshecho de sus fusiles. «Los británicos son tipos duros, amenazan con disparar a los que se niegan a dar la vuelta y hablan en serio, han disparado a dos hombres que se negaron a detenerse.»

Finalmente localizó la loma en la que esperaba encontrar a Merriman. «Me entero de que después de asignar el lugar como puesto de mando, Merriman había seguido adelante con las tropas para ponerlas en posición. [...] El mensajero enviado por Merriman me dijo que, la última vez que lo vio, el comandante Merriman dirigía personalmente a las últimas tropas bajo un intenso fuego de artillería. Desde entonces no se había vuelto a saber nada de él.»

Voros envió a dos mensajeros para localizar a Merriman, pero ninguno de los dos regresó. Podía oír el fuego de artillería en la escarpada colina y luego la artillería nacional. Los hombres corrían hacia la retaguardia. «[Un] chico fornido, un americano, atlético y corpulento, dudo que tenga veinte años [...]

camina sin ver, con los ojos abiertos y mirando fijamente, sin pestañear, con la boca abierta [...] no responde a las preguntas sobre su nombre y unidad, solo murmura: “Quiero irme a casa, quiero irme a casa”.»

El reloj de Voros se había parado y nadie tenía otro. Saltó a una trinchera para escapar de los ametrallamientos y los bombardeos de los aviones nacionales. En su búsqueda desesperada de Merriman, maldijo su «vena igualitaria», que le había llevado a permanecer bajo el fuego junto a sus hombres, probablemente a sabiendas de que, de otro modo, estos no habrían permanecido en sus puestos. Los obuses estallando por todas partes ponían de manifiesto que los nacionales estaban acercándose rápidamente. Un oficial español con la cara manchada de sangre le dijo que las tropas republicanas que trataban de retener la zona se estaban quedando sin munición. Con un camión requisado, Voros regresó a toda prisa a un depósito de suministros en la ribera este del Ebro para conseguir más. Para cuando tuvo el camión cargado y regresó al puente que Alvah Bessie acababa de atravesar, fueron «detenidos por tropas españolas. [...] No quieren dejarnos continuar, el puente está a punto de ser volado. Le suplico al comandante español que se encuentra al cargo que nos deje pasar. Él insiste en que es demasiado tarde, las cargas de dinamita están colocadas y serán activadas en un momento».

Y entonces sucedió. «Una tremenda explosión hace temblar el suelo, seguida por otras detonaciones. Una columna de fuego envuelve la parte central del puente, una enorme sección se eleva, vigas de acero flotan en el cielo encabalgadas sobre lenguas de fuego. [...] Un gran trozo de acero pasa zumbando junto a mi cabeza, el aire está lleno de metralla silbante, me arrojo al suelo hasta que el aire queda limpio de fragmentos voladores. [...] Un silencio imponente se apodera de la noche.» La última vía rápida de escape para Merriman y para cientos de soldados en retirada del Lincoln y de otras unidades republicanas atrapadas en la ribera oeste del río se había cerrado. «El Ebro es demasiado ancho y profundo para vadearlo y, para la mayoría de los hombres, demasiado rápido para atravesarlo a nado.»<sup>19</sup>

El avance de Franco hacia el mar recibió una enorme cobertura mediática, pero para las angustiadas familias de los americanos atrapados en los combates, los detalles fueron escasos. De Francia llegaban informaciones de los miles de refugiados españoles y de algunos desertores republicanos que habían logrado pasar la frontera. El 4 de abril de 1938, Herbert Matthews



escribió en el *Times* que «nadie sabe todavía lo que le ha pasado» al batallón estadounidense ni a los oficiales del Estado Mayor de la XV Brigada, incluido Bob Merriman. La voladura del puente sobre el Ebro en Mora no presagiaba nada bueno para los supervivientes del Lincoln, atrapados en la otra orilla, la mayoría de ellos muchachos de clase obrera urbana que nunca habían tenido la oportunidad de aprender a nadar.

Fue entonces cuando Matthews y Hemingway, mientras conducían por la ribera izquierda del Ebro controlada por los republicanos, tratando de nuevo de localizar a los estadounidenses desaparecidos, se encontraron con los dos americanos, George Watt y John Gates —macilentos, descalzos y desnudos a excepción de las mantas que les habían arrojado desde un camión de paso—, que habían cruzado el río a nado.

Alto y apuesto, con un pelo rubio rojizo, Watt era un antiguo líder estudiantil comunista de Nueva York que, debido a su cálida sonrisa, intensidad y fervor juveniles por la causa española, los otros soldados le habían apodado Kilovatio. «Era un caballero, no el típico funcionario del Partido —recordaba alguien que lo conoció años más tarde—, el tipo de persona que, si estaba hablando con un crío, se ponía de rodillas para estar a su misma altura.»<sup>20</sup> Por contra, Gates era un hombre emocionalmente reservado y mucho menos querido por sus compañeros. Un tipo pequeño y fibroso capaz de intimidar a un hombre más grande por su aire de autoridad. A Alvah Bessie le pareció un personaje «desprovisto de sentimientos».<sup>21</sup> Incondicional del Partido y comisario, sus comentarios sobre quién era o no «un buen camarada» aparecen en decenas de registros personales del Lincoln. Gates, que había ascendido rápidamente hasta convertirse en uno de los norteamericanos más influyentes en España, tenía fama de ser persuasivo, ordenancista y carente de sentido del humor. Sin embargo, en ese momento no le quedaba nadie a quien meter en vereda.

Después de abrazarse, alegres de haberse encontrado, Watt y Gates les contaron a los dos escritores la desgarradora historia de cómo atravesaron el río a nado, mientras varios de sus camaradas — no todos ellos sabían nadar y algunos estaban heridos—, se habían visto arrastrados corriente abajo aferrados a una balsa casera y habían desaparecido. Antes de cruzar habían estado caminando tres días y dos noches guiándose por la estrella polar. Los aviones de reconocimiento los sobrevolaban durante el día, y durante la noche a menudo podían oír en la distancia el rugido de los tanques de Franco.

Los aldeanos les habían dado comida y les habían contado que a algunos internacionales los habían ejecutado los nacionales en la plaza de un pueblo.

Después de contarles a los dos supervivientes las noticias que tenían, Hemingway y Matthews continuaron con su búsqueda de más miembros del Lincoln. Poco después, Gates y Watt se encontraron con un camarada que se había metido en el río con ellos, pero que había tocado tierra aguas abajo, así como con Bessie y otros dos compañeros, que habían cruzado el puente antes de que lo volaran. Los nadadores finalmente consiguieron algo de ropa, y Hemingway y Matthews regresaron para hablar con los seis largo y tendido, mientras, como escribió Matthews, sentados «en el suelo tiritaban a la cálida luz de sol».

Los nadadores, temblando visiblemente, le contaron a Matthews que la noche antes se habían topado accidentalmente, como Bessie, con un campamento nacional, en el que al parecer había varias tripulaciones alemanas de tanques. Sin embargo, a diferencia de Bessie y su grupo, no los habían descubierto. «Al pedir que se identificaran, contestaron en español. [...] Los tres americanos no sabían de dónde eran los otros soldados — escribió Matthews—. Uno preguntó y, me contaba, le dieron la respuesta en alemán: “Octava División”. Sabían lo que eso significaba, pero ninguno perdió la cabeza y todo fue bien.»<sup>22</sup>

Alvah Bessie describió a Matthews como «alto, delgado, vestido de pana marrón, gafas con montura de pasta. Tiene un rostro alargado y ascético, labios firmes, un aire sombrío». Hemingway era «más alto, corpulento, colorado de cara, uno de los hombres más grandes que he visto nunca; llevaba gafas de montura de acero y un bigote tupido [...] estaban tan aliviados de vernos como nosotros a ellos».

Los dos corresponsales les dieron a los voluntarios, deseosos de fumar, una provisión de Lucky Strike y Chesterfield. «Hemingway estaba ansioso como un crío [...] era como un niño grande y caía simpático — escribió Bessie—. Hacía preguntas como un crío: “Entonces, ¿qué?”, “¿Qué pasó después?”, “¿Y qué hicisteis vosotros?”, “¿Y él qué dijo?”, “Y, entonces ¿qué hicisteis?”. Matthews no decía nada, se limitaba a tomar notas en una hoja de papel doblada.»<sup>23</sup>

Unos días más tarde, Matthews escribió a su padre: «Nunca he tenido que escribir una historia más triste que el aplastamiento de los miembros del Lincoln-Washington. Me puso realmente enfermo. Conocía a todos aquellos

hombres y eran algunos de los mejores tipos con los que me he topado. Habría dado el sueldo de un año por no haber tenido que escribir ese artículo». [24](#)

El estruendo lejano de la artillería era un recordatorio de que Franco alcanzaría el Mediterráneo en cuestión de días. «Hemingway pensaba que no era para desanimarse, pero Matthews sí —recordaba Bessie—. Hemingway decía que seguro que llegaban al mar, pero que no era tan preocupante. Estaba previsto, y habría que solucionarlo; ya se habían desarrollado alternativas para comunicar Cataluña con el resto de España: por barco, por avión; todo iría bien.» Hemingway les comunicó que se había llegado a un acuerdo con Roosevelt: proporcionaría 200 aviones a Francia, de modo que esta podría facilitarle 200 aviones a la República Española (aquí estaba confundiendo el deseo con la realidad, pues unos días antes Hemingway y Matthews habían telegrafiado a Roosevelt para proponerle dicho acuerdo).

Bessie era escéptico con respecto a lo de los aviones. «Pero ¿dónde estaban?» Incluso junto a las masas desordenadas de refugiados y tropas en retirada por la carretera, el novelista se mantenía inquebrantablemente optimista: «La guerra ahora entrará en otra fase, decía Hemingway, se redoblará la resistencia del gobierno [...] gente decente de todo el mundo estaba presionando a sus gobiernos para que ayudaran a España». [25](#)

¿Qué había pasado con el resto de los estadounidenses? Realmente nadie lo sabía, pero Matthews resumió para el *Times* el relato de uno de los supervivientes. Merriman iba al mando de un grupo de soldados de las Brigadas Internacionales camino del Ebro, contaba el hombre, cuando en la oscuridad se toparon con tropas nacionales. Trataron de engañarlos pasando entre ellos, con la esperanza todavía de alcanzar el río.

«La respuesta fue un abrupto “Manos arriba”. Luego los soldados nacionales le gritaron al sargento de guardia: “¡Los rojos, los rojos!”.

»Cuando Merriman y su grupo oyeron aquello, en vez de echar a correr, se lanzaron contra los insurgentes.» El superviviente consiguió escabullirse, pero «oyó disparos tras de sí y finalmente un terminante “Manos arriba” dicho de tal modo que pensó que debían de haberlos acorralado». [26](#)

«Estaba sola cuando sonó el teléfono —recordaba Marion Merriman—. Era un amigo de un periódico de San Francisco que me preguntó si me había enterado de las noticias.» La crónica de Matthews en que mencionaba a Bob

acababa de llegar telegrafiada, así como otra parecida de Hemingway. «El periodista eludió la conversación diciendo que estaba profundamente apenado de darme semejante noticia.» Marion llamó a otro periodista y luego a la oficina de la Asociación de Amigos de la Brigada Abraham Lincoln en Nueva York, a la Cruz Roja y al Partido Comunista. Nadie tenía más información. Milly Bennett, que entonces vivía en el cercano condado de Marin, vino inmediatamente.

Unos días más tarde, un despacho de United Press desde Barcelona apareció en los periódicos de la bahía de San Francisco. Los estadounidenses habían sido «hechos pedazos —decía—. Entre los desaparecidos estaba el comandante Robert Merriman, de Berkeley, California. [...] Los oficiales capturados de las Brigadas Internacionales son fusilados de inmediato».[27](#)

## ¿UN CAMBIO DE PARECER?

No fue Herbert Matthews, sino William P. Carney, quien, yendo tras las tropas de Franco, consiguió la portada del *New York Times*. «Los nacionales —informó— desconciertan a su enemigo y alcanzan el Mediterráneo, dividiendo finalmente la España republicana en dos.»<sup>1</sup>

Se produjo el 15 de abril de 1938, en la población costera de Vinaroz. Barcelona y toda Cataluña quedaban así separadas de la parte más grande del territorio republicano, que incluía Valencia y Madrid. Las fotografías mostraron por todo el mundo a unas jubilosas tropas nacionales con el casco puesto, agitando banderas y fusiles, corriendo hacia el mar y saludando a la romana. Quien ese día quedó decepcionado fue Benito Mussolini, quien esperaba que fueran los italianos los que alcanzaran primero el mar.

Los periodistas que apoyaban a la República trataron de presentar las cosas de la mejor manera posible. En el *Nation*, Louis Fischer alegaba que la ofensiva de Franco «ha fracasado. Su propósito era acabar con la guerra. Lo único que ha logrado es tomar unas pocas poblaciones marineras de la costa mediterránea e impulsar al pueblo a una mayor resistencia».<sup>2</sup> Pero el ascensor de su hotel no funcionaba porque en la ciudad escaseaba la electricidad, debido a otros avances nacionales que habían cortado los cables de alta tensión de las plantas hidroeléctricas de los Pirineos (quizá un golpe mucho más serio que la partición de la República en dos).

Y el ejército republicano había quedado en condiciones pésimas. El día que el país quedó dividido, el Batallón Lincoln-Washington pudo agrupar a 120 hombres de los 400 que tenía unas semanas antes. Al parecer, solo con la ayuda exterior se podrían arreglar las cosas. El conductor de un camión americano, que recogió a Alvah Bessie tras la gran retirada, expresó lo que muchos sentían: «Si Francia no actúa ahora, estamos jodidos».<sup>3</sup>

Un mes después de que las tropas de Franco llegaran al mar, Adolf Hitler visitó Italia. Fue la visita de Estado oficial por antonomasia. El séquito del

dictador nazi, formado por 500 autoridades, escoltas y periodistas, llenó tres trenes. Se colocaron más de 22.000 banderas alemanas e italianas a lo largo del camino hasta Roma. Cuando el Führer descendió en una estación construida a tal efecto, fue conducido por el nuevo Viale Adolf Hitler. Las calles de la capital estaban adornadas con estandartes con la esvástica, y los vertederos y los edificios destartados que podían verse desde la ventanilla del tren habían sido arreglados u ocultados tras grandes pancartas. Por la noche, baterías de reflectores adicionales iluminaban los monumentos de la ciudad.

Él y Mussolini presenciaron ceremoniosas ofrendas florales, una procesión de 50.000 jóvenes fascistas, una representación del *Lohengrin* de Wagner, un enorme desfile militar con soldados italianos haciendo el paso de la oca, el nuevo estilo copiado de los nazis, y maniobras militares con fuego real fuera de la ciudad. Hitler pareció especialmente interesado en el Panteón, que visitó privadamente una segunda vez, después de la visita oficial, con el objetivo evidente de recoger ideas para la gran reforma de Berlín que planeaba. Durante una comida oficial, los dos dictadores hablaron sobre la inquebrantable solidaridad entre sus dos pueblos. Como muestra de unos lazos aún más estrechos entre los dos estados fascistas, Mussolini consiguió que un grupo de prominentes científicos italianos emitieran un manifiesto que declaraba Italia «una civilización aria» definida por «la antigua pureza de su sangre». Las leyes antisemitas pronto siguieron a la declaración.

Después del regreso de Hitler a Alemania, Virginia Cowles sería testigo en una concentración nazi en Núremberg de su habilidad para hipnotizar a una enorme multitud:

La fuerza de los espectáculos no radica tanto en su creatividad como en su desmesura. [...] En vez de unas cuantas águilas doradas, había cientos; en vez de cientos de banderas, miles. [...] De noche la mística del ritual se veía potenciada por enormes pebeteros ardientes en lo alto del estadio, cuyas llamas anaranjadas bailaban en la oscuridad, mientras el torrente de luz de cientos de poderosos reflectores se movía misteriosamente contra el cielo. La música tenía una solemnidad casi religiosa, punteada por el ritmo constante de los tambores que sonaban como el distante palpitar del tantán. [...]

Entonces, flanqueada por motos con banderas amarillas, llegó una flota de coches negros con Hitler de pie en uno de ellos con el brazo extendido. Detrás, le seguían miles de disciplinados partidarios que, a la luz plateada, se asemejaban al desplegarse en el recinto a una inundación. Cada uno portaba una bandera nazi y cuando estuvieron todos reunidos en formación, el lugar parecía un reluciente mar de esvásticas.

Entonces Hitler comenzó a hablar. La multitud se sumió en el silencio, pero los tambores continuaron con su rítmico batir. La voz de Hitler rechinaba en la noche. [...] Algunas personas del público comenzaron a balancearse hacia delante y hacia atrás coreando el «Sieg Heil» una y otra vez en un frenesí delirante. Miré las caras de los que tenía a mi alrededor y vi lágrimas que rodaban por sus mejillas. El sonido de tambores se iba haciendo cada vez más fuerte y de pronto me sentí aterrada.<sup>4</sup>

Mientras tanto, en España los nacionales habían pedido a los alemanes asesoramiento para sus servicios de seguridad. Hitler, complacido con el requerimiento, envió a Salamanca al coronel de las SS Heinz Jost (que más tarde mandaría uno de los escuadrones de la muerte, Einsatzgruppe, que actuaron en la Europa del Este) a la cabeza de un equipo de oficiales para ayudar a organizar el vasto archivo de documentos republicanos apresado y otras informaciones de unos dos millones de personas consideradas subversivas. La Gestapo destinó a España a interrogadores a los que se entregaba a todo alemán voluntario de las Brigadas Internacionales capturado. Franco concedió al jefe de las SS, Heinrich Himmler, la más alta condecoración del régimen, la Gran Cruz de la Orden Imperial del Yugo y las Flechas.

Tras la incorporación de Austria, Hitler puso los ojos en Checoslovaquia, donde decía ir en ayuda de los alemanes étnicos discriminados. Para informar desde el país, como siempre Cowles había encontrado a un hombre deseoso de escoltarla al centro de la acción, en este caso un alemán pronazi de los Sudetes, nombre con el que se conocía a los alemanes étnicos de las zonas fronterizas de Chequia. Una concentración nazi, justo a unos tres kilómetros de la frontera checa con Alemania, fue «una pesadilla de banderas, esvásticas, estandartes [...] carteles de Hitler y una ensordecedora serie de “Heils”. Tuvo lugar en el ayuntamiento, que se encontraba atestado por más de 6.500 alemanes. Los abarrotados pasillos se hallaban flanqueados por guardias uniformados de los Sudetes».<sup>5</sup> Los alemanes movilizaron tropas a lo largo de la frontera y los checos respondieron con el llamamiento a filas de 400.000 soldados. La crisis fue temporalmente desactivada, pero pocos dudaban que estallaría de nuevo.

Entretanto, al otro lado del Atlántico de repente este tipo de acontecimientos al parecer estaban influyendo en el líder del país más poderoso de todos.

«Roosevelt apoya el levantamiento del embargo de armas a España —se leía en el titular a dos columnas de la primera página del *New York Times*,



el 5 de mayo de 1938—. La administración ha decidido apoyar la proposición del senador por Dakota del Norte, Gerald P. Nye, de levantar el embargo de armas a España —comenzaba la noticia—. La idea es aprobar la iniciativa antes de la clausura del período actual de sesiones.» Roosevelt se hallaba de vacaciones, pescando en un barco de la armada en el Caribe, pero regresaría pronto a Washington. A su llegada todo el mundo esperaba un anuncio más formal. Al parecer, finalmente las fuerzas republicanas podrían comenzar a comprar las armas americanas que tanto necesitaban.

Para Marion Merriman, el aparente cambio de parecer de Roosevelt llegaba demasiado tarde. Mucho más dolorosa resultaba la incertidumbre. Aunque los nacionales habitualmente fusilaban a los prisioneros de guerra, sobre todo a los oficiales y voluntarios extranjeros, aquella primavera, durante un breve período de tiempo, Franco suspendió dicha práctica, a la espera de poder intercambiar a los presos de las Brigadas Internacionales por los prisioneros de guerra italianos en manos de los republicanos. Incluso le habían permitido a Carney, del *Times*, entrevistar a algunos estadounidenses capturados. ¿No era esto una señal de que a esos hombres se les podría perdonar la vida? Pero nadie estaba seguro o conocía la suerte de los americanos declarados desaparecidos en la caótica retirada del Ebro.

Herbert Matthews reflejaba dicha incertidumbre en sus crónicas. Un amigo en Nueva York llamaba a Marion cada día que en una crónica de Matthews se citaba a Bob. El 10 de abril, el corresponsal escribió que Merriman y el comisario de la XV Brigada Dave Doran «todavía continúan desaparecidos», pero que la inesperada aparición de tres oficiales estadounidenses que habían logrado escapar de territorio nacional «ha alimentado las esperanzas de que puedan reaparecer. [...] Merriman y Doran, al igual que sus camaradas, son hombres con recursos, coraje y fortaleza y, si otros han logrado salir de ese atolladero, se considera que ellos también podrían».

«Última noticia, voluntario de Berkeley a salvo», decía el titular del *Oakland Tribune* del 14 de abril, basándose en un rumor según el cual Bob estaba en una cárcel de los nacionales cerca de Bilbao. En mayo, diplomáticos norteamericanos de Madrid y de Barcelona enviaron mensajes a Marion en los que se hacían eco de dicha noticia. El 29 de mayo, Carney informó de que 18 estadounidenses se hallaban en un campo de concentración cerca de Burgos, pero los funcionarios nacionales no

confirmaron el rumor de que Bob estuviera entre ellos. Carney continuaba diciendo que «fuentes oficiosas pero normalmente bien informadas» le habían dicho que «algunos americanos [...] habían sido fusilados sin juicio poco después de ser capturados».

Los temores de Marion se transformaron en ira cuando su amigo de Nueva York le leyó el final del artículo por teléfono: «Charles Bay, cónsul de Estados Unidos en Sevilla, vino a Burgos para reunirse con diversas autoridades y tratar de temas comerciales, pero dijo que no había recibido instrucciones de interesarse por la situación de los prisioneros de guerra norteamericanos. “Cuando hay estadounidenses que se enrolan bajo la bandera de un país extranjero —dijo—, no pueden esperar que su gobierno se preocupe por lo que les pueda pasar después”».

«¡Hijo de puta!»,<sup>6</sup> gritó Marion al teléfono. Más ultrajada se habría sentido si hubiera sabido que unos meses antes no solo Bay, sino su superior, el secretario de Estado Cordell Hull, habían intercedido sin demora y exitosamente ante Franco para conseguir la libertad de Guy Castle, un voluntario estadounidense de la Legión que había sido condenado a muerte al ser sorprendido tratando de desertar.

Más de 100 profesores de la Universidad de California habían firmado una carta a Hull para pedir su intercesión; la respuesta fue poco más que una nota donde insistía en que las palabras del cónsul Bay habían sido malinterpretadas. La madre de Bob le escribió a la señora Roosevelt, quien a su vez transfirió la carta al Departamento de Estado. Un grupo de académicos británicos envió un telegrama a Franco en favor de Bob. En junio, un titular con cuerpo de cuatro centímetros a cuatro columnas de un periódico de Nevada decía: «Se cree que Merriman está vivo». Pero resultó ser el mismo rumor de Bilbao. «Después de meses indagando de todas las maneras posibles —escribió Marion—, finalmente acepté que Bob no estaba en un campo de prisioneros de Bilbao ni en ninguna otra parte.»<sup>7</sup>

Al menos, halló consuelo en compañía de la gente que lo había conocido. Ese noviembre, celebró la comida de Acción de Gracias con los veteranos del Lincoln en San Francisco. En los meses siguientes, fue reuniendo los distintos relatos sobre la suerte de Bob de los americanos que consiguieron sobrevivir a la gran retirada. Por lo que pudo llegar a saber, la última vez que alguien vio a Bob fue el 2 de abril de 1938 (dos días antes de que Hemingway y Matthews se encontraran con los dos hombres que habían

cruzado el río a nado). Bob comandaba un grupo de soldados en retirada hacia el pueblo de Corbera, a unos diez kilómetros del río, cuando se toparon con los soldados nacionales. En ese punto, las historias divergían. El relato recogido por Matthews contenía lo de los soldados nacionales gritando «¡Arriba las manos!», mientras que otros testigos solo escucharon tiros de fusil en la oscuridad.

Esto fue todo lo que Marion pudo descubrir sobre el momento en que Bob desapareció, al menos hasta que medio siglo más tarde recibió inesperadamente una carta.

Cuando Franklin D. Roosevelt regresó de sus vacaciones de pesca, quedó claro que la información de que estaba a favor del levantamiento del embargo era falsa, al menos de momento. De dónde pudo surgir el rumor, sigue sin saberse, pues tras su bonhomía, sus gafas sin montura y su boquilla de marfil, Roosevelt fue uno de los presidentes estadounidenses más inescrutables.

Muchos miembros del Congreso de ambos partidos querían levantar el embargo, al igual que un grupo de altos funcionarios del Departamento de Estado, entre ellos el embajador en España Claude Bowers, que seguía mandándole al presidente interminables cartas en favor de la República. Al principio se pensó que algún miembro de uno de esos grupos podría haber enviado el artículo al *Times* para presionar a Roosevelt. Arthur Krock, el periodista que lo firmaba, era un canal habitual para las opiniones de funcionarios influyentes. Varias décadas más tarde, Krock le contó a un historiador que la información se la había pasado el secretario de Estado Hull o el subsecretario Sumner Welles (no recordaba cuál de los dos) con la esperanza de precipitar el final del embargo. En otra ocasión, afirmó que la filtración venía del secretario del Interior, Harold L. Ickes, notoriamente conocido como el más ardiente partidario de la España republicana.<sup>8</sup> Durante meses, Ickes había estado presionando a Roosevelt sobre el asunto, llegando en una ocasión a decirle que la negativa de venderle armas a España era «una página negra de la historia americana». Pero en su diario se muestra tan sorprendido como cualquier otro con la historia del *Times*.

Un historiador<sup>9</sup> sugiere una explicación más oscura: que el filtrador fue el propio Roosevelt. Según esta teoría el presidente utilizó a Welles (un viejo amigo que había sido uno de los acomodadores\* en su boda) como intermediario. De vez en cuando, el presidente tenía por costumbre poner en

circulación un rumor sobre un cambio de política que sabía que podía complacer a una parte de su electorado, de modo que, si más adelante decidía no llevarlo a cabo, pudiera acusar de su obstrucción a cualquier otro grupo.

Parece probable que nunca tuviera la intención de cambiar abiertamente la relación con España. Se trataba de un paso políticamente demasiado arriesgado cuando había otros problemas más acuciantes. La atribulada economía norteamericana estaba sufriendo otro bache que sus oponentes habían bautizado como la Recesión Roosevelt. Su índice de popularidad estaba cayendo y estaba preocupado por las posibilidades de su partido en las inminentes elecciones parciales. Y para Estados Unidos apoyar a la República podía suponer contrariar considerablemente a los aliados británicos que Roosevelt tanto valoraba, así como a los conservadores, mayoritarios en el Departamento de Estado. Además, por mucho que pudiera disgustarle la perspectiva de una España controlada por Franco, esta no suponía una importante amenaza directa como enemigo potencial de Estados Unidos, algo que sí comenzaba a preocuparle respecto a Alemania y Japón.

Por el momento, Roosevelt quería utilizar su limitado capital político en una crucial pero bloqueada pieza de su legislación del New Deal, la Ley de Normas Laborales Justas. Si, según la teoría antes mencionada, filtró la historia al *Times* fue para impulsar un clamor a favor del mantenimiento del embargo (algo que podría entonces utilizar para quitarse de encima a los progresistas prorrepúblicanos). De hecho, eso fue exactamente lo que sucedió. La noticia de Krock produjo un aluvión de declaraciones y de presiones de la jerarquía católica estadounidense que exigía que se mantuviera la prohibición de vender armas a España.

No está claro hasta qué punto la presión católica realmente pesó en la posición de Roosevelt. Entonces como ahora, muchos católicos americanos no votaban tal como les gustaría a sus obispos. Más del 70 por ciento de los católicos del país votó por Roosevelt en 1936 y la mayoría seguramente hubiera seguido apoyándolo sin tener en cuenta lo que hiciera o dejara de hacer respecto a España. Además, acusar a los católicos resultaba muy oportuno, porque los progresistas que presionaban al presidente para que vendiera armas a la República Española, al igual que los miembros anglosajones y protestantes de la clase alta a la que pertenecía el propio Roosevelt, estaban predispuestos a creerse cualquier maldad procedente de la Iglesia católica. «Maldita sea [...] si levanto el embargo —le dijo a una

persona que vino a interceder por la República—, los católicos me crucificarán.»<sup>10</sup> Y al ardiente prorrepblicano Harold Ickes le dijo que «el levantamiento del embargo significaría la pérdida de todo el voto católico el próximo otoño, lo que supondría un auténtico disparate».<sup>11</sup> Tales afirmaciones, sin embargo, acabaron convenciendo a Martha Gellhorn, quien creía que, aunque Roosevelt «era totalmente partidario de la República [...], sabía que no tenía nada que hacer; los católicos habían zanjado la cuestión».<sup>12</sup>



Aunque le preocupaba la influencia comunista en la República, numerosas evidencias sugieren que Roosevelt discretamente tenía sus reservas con respecto al embargo de armas. En varias ocasiones examinó distintas maneras de eludirlo secretamente. Pero siempre encontró excusas para no hacerlo. Por ejemplo, le dijo a Ickes «que, si permitía enviar municiones por barco, estas nunca llegarían a manos del gobierno legal debido al control marítimo de los barcos de Franco».

Su inacción tuvo un tremendo efecto en cadena. La democracia occidental más cercana a España era desde luego Francia. A mediados de 1938,

alarmada por el avance de Franco hacia el Mediterráneo y la perspectiva de que la República pudiera caer, un dividido gobierno francés abrió la frontera y permitió que un vital cargamento de 152 aviones soviéticos cruzara parte de Francia en su camino hacia España, incluso podando árboles a lo largo del camino para dejar pasar los grandes embalajes que contenían los aviones desmontados cargados en un convoy de camiones. Dicha noticia elevó la moral de las fuerzas republicanas, pero la incapacidad de Roosevelt para llevar a cabo algo parecido debilitó fatalmente a los partidarios de la República en Francia. Ickes le advirtió de que, si Estados Unidos no facilitaba armas, Francia terminaría sucumbiendo a las presiones británicas y volvería a cerrar la frontera. Cosa que hizo el 13 de junio. Con ese obstáculo, el suministro de armas soviéticas hacia España continuó reduciéndose, sin que hubiera ninguna fuente alternativa en el horizonte.

Después de un año trabajando de enfermera en España, Toby Jensky regresó a Estados Unidos. Justo antes de partir, escribió a su hermana y a su cuñado sobre su hermano, Phil Schachter, todavía desaparecido. «Hasta la fecha no he conseguido descubrir nada nuevo sobre Phil, aunque sigo intentándolo.»

De regreso a casa, se paró en Londres para visitar a Pat Gurney, que seguía considerando que estaban casados, aunque, para mayor seguridad, había decidido repetir la ceremonia en Inglaterra. «La madre de Pat, sus familiares y amigos me han tratado estupendamente. Les hizo creer que nos íbamos a casar y a mí no me hacen caso cuando les digo que no. Todo irá bien si puedo resistir una semana, porque embarco en el *Queen Mary* el 4 de mayo.» Pero no consiguió su propósito y, a pesar de sus reservas, la pareja se casó (Pat le pidió prestado un anillo a su madre) el 29 de abril de 1938.

En la misma carta, revelaba cautelosamente las secuelas que padecía a consecuencia del enorme aluvión de hombres mutilados a los que habían tenido que tratar ella y sus colegas. «Pat me arrastra a visitar los monumentos, pero no acabo de centrarme. [...] Sabemos muy poco de lo que pasa en España. Las noticias que nos llegan son malas y estoy preocupada por un millón de amigos de allí.»<sup>13</sup> Pat Gurney debió haberse preguntado cuánto tiempo podría durar el matrimonio cuando su reciente esposa se marchó para casa una semana después de la boda.

La noticia aparecida en la prensa americana de que Franco mantenía detenidos a prisioneros estadounidenses dio esperanzas a la familia de Phil Schachter. Su hermano Max escribió al senador por Nueva York, Robert F.

Wagner, al ministro de Defensa de la República Española (quien contestó afirmando que Phil había sido hecho prisionero) y repetidamente al Departamento de Estado. Desde esta última instancia, un funcionario le respondió fríamente: «Me apena informarle de que se ha recibido un despacho del vicecónsul americano en Valencia [...] para notificar que a sus informantes no les consta el señor Schachter».[14](#)



## TRATANDO DE GANAR TIEMPO

En mayo de 1938, Louis Fischer viajó a Moscú para ver a su familia. Los soviéticos acababan de escenificar el tercero de los juicios públicos de la Gran Purga. Todos menos tres de los 21 acusados fueron inmediatamente condenados a muerte, mientras que los tres restantes perecerían más tarde en el gulag. Seis de los juzgados eran amigos de Fischer.

No se atrevió a escribir nada sobre lo ocurrido, en parte porque todavía estaba tratando de organizar nuevos envíos a España de armas soviéticas, que tan desesperadamente se necesitaban. Y también porque sabía que su familia estaba en una posición vulnerable; no solo su mujer, Markoosha, ciudadana soviética, sino también sus dos hijos, pues, al calor de su temprano entusiasmo por el comunismo, nunca se preocupó de inscribirlos en la embajada americana. La URSS, por tanto, podría también considerar a los chicos ciudadanos soviéticos. Ninguno de los tres, ni su mujer ni sus hijos, tenían visado de salida.

«Markoosha y los niños se reunieron conmigo a mi llegada a Moscú e inmediatamente ella comenzó a abrumarme con malas noticias. “¿Qué ha sido de fulano?”, le pregunté. Desaparecido. “¿Y mengano?” Fusilado. “¿Y su mujer?” Exiliada.» Fischer sabía que no podría volver a informar desde Moscú. Antes de regresar a España, le escribió al jefe de la policía secreta «para decirle que en lo sucesivo mi trabajo me mantendría en el extranjero y que por ello quería llevarme a mi familia».<sup>1</sup> Pasaron los meses sin recibir contestación. Desde España, cada vez más ansioso, le escribió dos veces al propio Stalin, pero tampoco obtuvo respuesta.

Aunque los nacionales controlaban ya la mayor parte del territorio español, los republicanos todavía mantenían Madrid. En la zona oeste de la ciudad, el frente seguía culebreando a través de la Ciudad Universitaria, en algunos

sitios con las trincheras de ambos bandos separadas por menos de 50 metros. Cuando un periodista del *New York Herald Tribune* recorrió las trincheras republicanas en la primavera de 1938, observó que «el analfabetismo y las ratas eran los enemigos más vigorosamente combatidos [...] En esas oscuras galerías bajo tierra el trabajo universitario se desarrollaba de un modo que sus fundadores no hubieran podido ni soñar».<sup>2</sup>

Por las mismas fechas, otros dos norteamericanos visitaron exactamente el mismo sector del frente, pero en el otro bando. Se trataba de Torkild Rieber y su representante en París, William M. Brewster. Cuando Rieber hizo su segundo viaje durante la guerra a la profundamente agradecida España nacional por el combustible de Texaco, les organizaron a él y a Brewster una gira especial por el frente, que incluía una comida con los altos mandos franquistas en el sector de la universidad que controlaban sus tropas. Autoridades civiles y militares acompañaron al grupo de Rieber, que viajaba en un Vultee V-1A americano de ocho plazas, uno de los medios de transporte favoritos de los ejecutivos de la época. Se trataba de uno de los aviones que los nacionales habían conseguido el año anterior cuando capturaron el barco *Mar Cantábrico* después de que saliera de Nueva York con un cargamento destinado a la República. En Zaragoza, una de las etapas de su gira, Rieber se fijó en que la mayoría de los camiones del ejército nacional eran Ford y bromeó con enviarle un telegrama a su amigo Walter Chrysler que dijera: «Walter, no veo ningún Chrysler, solo Ford está haciendo algo por la civilización».<sup>3</sup> Después del viaje, Rieber envió un telegrama de agradecimiento a sus anfitriones: «De regreso en París, Brewster y yo hemos recordado la extraordinaria consideración y cortesía para con nosotros de su glorioso país».<sup>4</sup>

Brewster continuó reenviando mensajes con información de inteligencia al cuartel general de los nacionales en Burgos sobre los aprovisionamientos republicanos de combustible. Mandó más de 50 mensajes en el curso de la guerra. Uno, por ejemplo, informaba de una explosión que al parecer había destruido un petrolero con destino a la República en los Dardanelos. «Los rojos habrán perdido un cargamento de gasolina de la que están tan necesitados.»<sup>5</sup> Los ataques nacionales estaban haciendo que el tráfico marítimo para la República fuera cada vez más peligroso, lo que dejó, entre los cargueros con destino o procedencia de puertos republicanos, un total de 300 mercantes hundidos, dañados o capturados. Debido a ello, las tarifas

de flete que las compañías navieras exigían para tales viajes triplicaban las de las rutas en dirección a la España nacional. Algunos marineros incluso se negaron a hacer el viaje. Cuando los miembros de la tripulación de un petrolero británico, el *Arlon*, cargado de gasolina en el puerto rumano de Constanza, se enteró de que el barco se dirigía a la España republicana, se negaron a trabajar. Fueron a ver al cónsul británico para que los repatriaran y tuvieron que ser reemplazados por una tripulación rumana.<sup>6</sup> Este también fue uno de los barcos a los que Texaco siguió la pista. Después de que el mismo buque hiciera otro viaje desde Constanza, un mensaje de Brewster citaba al *Arlon*, el puerto de destino, Valencia, y su cargamento, «7.000 toneladas de gasolina»<sup>7</sup> (tras varios viajes más, el *Arlon* sería destruido durante un bombardeo nacional mientras se hallaba en el puerto de Valencia). Rara vez una empresa radicada en un país neutral había facilitado ese tipo de información al ejército de un país en guerra.

La República todavía conservaba Barcelona y Valencia, pero estas dos ciudades estaban separadas por un creciente istmo nacional. El correo entre ambas había que llevarlo en submarino. El ejército tenía escasez de fusiles y los reclutas cada vez eran más jóvenes (los españoles los llamaron la quinta del biberón). Llegaban pocos nuevos voluntarios extranjeros, por lo que la mayoría de los componentes del Batallón Lincoln-Washington eran españoles.

Dividida en dos, con millones de refugiados que alimentar, la República se enfrentaba a sombrías alternativas. Algunos en el gobierno eran partidarios de llegar a un acuerdo de paz, pero Franco había jurado que solo aceptaría una rendición incondicional. Así que, poco después, los acosados líderes acordaron una nueva estrategia. Para los estadounidenses y otras tropas de las Brigadas Internacionales que habían sobrevivido a las calamitosas retiradas de la primavera, supuso el final de un breve período de recuperación en una pintoresca zona rural de Cataluña con viñedos, antiguos pueblos de piedra y arroyos donde poder bañarse para aliviar el calor del verano. Alvah Bessie se dio cuenta de lo que se les venía encima cuando en unas maniobras los enviaron en una marcha nocturna hasta la orilla de un cauce seco. Allí se les dividió en pequeñas escuadras, tanto es así que podrían caber en un bote pequeño, y atravesaron el lecho pedregoso a pie mientras hacían irónicos comentarios del tipo: «Rema más fuerte».<sup>8</sup> Luego simulaban el ascenso y el

ataque de una ladera formada por bancales. «¡Ajá! —dijeron los hombres—, vamos a cruzar un río. ¿A que no os imagináis de qué río se trata?» Pero creo que todos sabíamos cuál era ese río; ya lo habíamos cruzado una vez en dirección contraria.»<sup>9</sup>

El último tramo del curso del Ebro hasta la desembocadura seguía separando a las tropas nacionales y republicanas. Poco después del simulacro de asalto, Bessie y sus camaradas se pusieron de nuevo en marcha de noche y se les ordenó que pusieran dentro de las mochilas o en las mantas los platos de hojalata o cualquier otro elemento del equipo que pudiera tintinear. Los camiones tomaron la misma dirección con las luces apagadas. Después de que todos sus antecesores en el puesto hubieran resultado muertos o heridos, el último jefe del batallón, Milton Wolff, tenía solo veintidós años. Hasta la aparición de una foto suya en un periódico en yidis de Nueva York, había conseguido convencer a su madre de que solamente estaba trabajando en una fábrica sustituyendo a un español que estaba en el frente. Reunió a sus desconfiados y desmoralizados hombres y, con su acento de Brooklyn, les explicó el plan: «Vamos a cruzar el Ebro, nos moveremos rápidos y ligeros, penetraremos profundamente en territorio fascista y mantendremos nuestras posiciones mientras otras tropas llegan a través de puentes que se construirán mientras avanzamos tierra adentro».<sup>10</sup> Los servicios de inteligencia republicanos, explicó, tenían localizados los depósitos de municiones y alimentos de los nacionales. Para Bessie se hizo evidente que esta ofensiva sorpresa se mantenía con la captura de dichos depósitos.

Nadie tenía que explicarles a los 80.000 hombres secretamente transportados hasta la ribera este del Ebro del peligro que afrontaban. Incluso si las primeras oleadas lograban avanzar con éxito, a partir de ese momento se encontrarían con el río a sus espaldas, una irregular y pedregosa región montañosa ante ellos y unas líneas de aprovisionamiento montadas sobre frágiles puentes vulnerables a la Legión Cóndor. También se enfrentaban a un número mayor de fuerzas nacionales y, tras las pérdidas provocadas por la debacle de marzo y principios de abril, todo el ejército republicano contaba solamente con unas 150 piezas de artillería, algunas del siglo XIX.

Los dirigentes republicanos estaban lanzando un ataque que, en términos militares, era una insensatez. Pero más que nunca, el primer ministro Juan Negrín y su gabinete estaban actuando para un público que iba más allá de las fronteras españolas. Estaban tratando de ganar tiempo. Si lograban ocupar

algun terreno, aunque fuera temporalmente, y si Hitler llevaba a cabo otro movimiento agresivo que desencadenara una guerra mayor, entonces todo podría cambiar. La República podría convertirse en aliada al menos de Gran Bretaña y Francia. La creencia en la posibilidad de una guerra que abarcara todo el continente no era ilusoria; de hecho, acabó sucediendo al año siguiente. Incluso si eso no ocurría, Negrín y su círculo pensaban que una súbita y dramática recuperación del territorio podría persuadir a las grandes potencias de vender armas a España. «No pasaba un día [...] que no nos aportara nuevas razones para la esperanza —escribió más tarde el ministro de Asuntos Exteriores, Julio Álvarez del Vayo— de que las democracias occidentales acabaran entrando en razón y restauraran nuestro derecho a comprarles armas.»<sup>11</sup>

El ataque estaba muy bien preparado y en las primeras fases funcionó bien. Con la colaboración de simpatizantes locales, los exploradores habían localizado las posiciones nacionales, la mayoría de ellas ocupadas por tropas inexpertas. Antes del amanecer del 25 de julio de 1938, las unidades de vanguardia cruzaron el Ebro. Entonces, en una flota de botes de madera camuflados con ramas de árbol (algunos transportados laboriosamente por tierra desde pueblos pesqueros del Mediterráneo y otros contruidos sobre el terreno en una iglesia reconvertida en taller), llegaron más soldados e ingenieros que rápidamente establecieron una docena de puentes de pontones. Algunos eran rudimentarios ensamblajes de planchas unidas sobre barriles que formaban una pasarela apenas lo suficientemente ancha como para permitir el paso de una única fila de soldados a pie (o de camilleros retirando a los heridos). Sin embargo, los nacionales se vieron sorprendidos y consternados porque no se esperaban un ataque en aquella zona. A través de los finos tabiques del dormitorio del Generalísimo en el furgón que le servía de cuartel general móvil, un ayudante se sorprendió al escuchar a Franco sollozando.

Entre los primeros contingentes de tropas que cruzaron el río, se hallaban los voluntarios estadounidenses y canadienses, que hicieron cruzar el agua a las mulas renuentes cargadas con las provisiones. Leonard Lamb, un maestro neoyorquino, se puso en la proa de una de las barcas en una pose que parodiaba el famoso retrato de George Washington cruzando el Delaware. También en la primera oleada de la ofensiva iba el batallón británico. Solo

podemos imaginar lo que debió de pasarle por la cabeza a uno de los jefes de su compañía, Lewis Clive (ganador de una medalla de oro en remo para Gran Bretaña en los Juegos Olímpicos de 1932), al atravesar lentamente el río en un bote de remos.

Alvah Bessie escribió en su diario después de la primera noche: «Sin comida [...], durmiendo sobre paja en un granero de piedra; muerto de cansancio, húmedo de transpiración».<sup>12</sup> Al día siguiente, él y sus compañeros comieron vorazmente un peculiar surtido de alimentos capturados: latas italianas de pescado en salsa de tomate, galletas, chocolate duro como una piedra y puros que trituraron para liarlos en cigarrillos.

Ese mismo día, un teniente del Lincoln y siete soldados españoles de reemplazo fueron capturados y desarmados por el enemigo, pero el teniente engañó al oficial nacional haciéndole creer que estaba rodeado por una gran cantidad de tropas republicanas. Unas horas más tarde, el oficial se rindió a sus propios prisioneros, que se dirigieron al cuartel general de la XV Brigada llevando a un sorprendente grupo de 208 soldados nacionales, entre ellos seis oficiales. «Al verlos, descubrimos asombrados que se parecían mucho a nosotros —escribió Bessie—. Españoles, vestidos con una mezcla heterogénea de uniformes, sucios y desaseados, sin afeitarse, agotados y claramente aterrorizados.»<sup>13</sup>

Los nacionales reaccionaron a la ofensiva con violentos contraataques. Pasó una semana entera antes de que Bessie pudiera quitarse las botas por primera vez, incluso para dormir. Los nacionales destacaron más de 140 bombarderos y bombarderos en picado, sin contar los 100 cazas que ametrallaban las concentraciones de tropas reunidas para cruzar el Ebro. Por momentos las filas de camiones a la espera de atravesar los escasos puentes flotantes lo suficientemente anchos formaban colas de varios kilómetros que las convertían en objetivos fáciles para los aviones. Entonces los ingenieros de Franco abrieron las presas de los Pirineos y la consiguiente crecida se llevó por delante algunos de los frágiles puentes de pontones.

Dos semanas después del inicio de la ofensiva, Louis Fischer visitó a las tropas de la cabeza de puente republicana. Para el menguante número de corresponsales en España, sin embargo, no se trataba ya, como en Madrid, del fácil paseo hasta el frente y vuelta al hotel. Para evitar los bombarderos nacionales, tuvieron que viajar de noche. «La orilla y las playas del río estaban horadadas con profundos cráteres de bombas a veces llenos de agua —

escribió Fischer—. Los ingenieros trabajaban metidos en el río hasta la cintura sujetando nuevos cables y reemplazando los pontones rotos. El trabajo se realizaba en completa oscuridad por miedo a que cualquier luz atrajera a los bombarderos enemigos.»

Fischer se puso a buscar a los estadounidenses. «Cada vez que nuestro conductor encendía una débil luz para evitar atropellar a alguien, los soldados le gritaban: “Apaga la luz”.» Pero, finalmente, «oímos en la oscuridad a gente hablando con acento de Nueva York y de Chicago [...] hombres que llevaban en combate desde el primer día de la ofensiva. Trece días de constante refriega sin quitarse la ropa, sin bañarse, durmiendo en el suelo duro y pedregoso». Fischer durmió el resto de la noche en el asiento trasero del coche y a la mañana siguiente «encontramos a los estadounidenses en un olivar [...] y cuando se despertaron no tenían nada para comer ni beber, ni siquiera agua, y uno podía ver cómo se pasaban la lengua por el interior de la boca».

Después de hablar con Alvah Bessie y otros hombres, Fischer regresó a Barcelona. «Nos solíamos guiar por los camiones. Si el camión de delante se paraba en seco y sus ocupantes salían corriendo campo a través, sabíamos que habían localizado un avión. [...] Al aproximarnos a un sitio en el que una carretera secundaria se unía con la principal, vi a un soldado y un muchacho, que estaban sentados en un pretil, levantarse de repente y echar a correr. Abrimos las puertas del coche y salimos en estampida. [...] Nos tumbamos en la pestilente cuneta al lado de la carretera.» Un avión nacional lanzó cuatro bombas seguidas, pero curiosamente ninguna de ellas estalló. Al día siguiente, comiendo con Negrín le mencionó lo sucedido. El primer ministro le contestó que era frecuente: «Hemos abierto bombas no estalladas fabricadas para Franco en Portugal en las que los trabajadores habían introducido notas que decían: “Amigo, esta bomba no te hará daño”». Había muchos relatos parecidos, quizá demasiados para ser todos ciertos, pero este tipo de historias eran como fogonazos de esperanza en tiempos sombríos.

En el frente del Ebro, el calor del verano era sofocante. Un día de agosto las temperaturas llegaron a los 37 grados a la sombra. Muchos hombres iban sin casco. Bessie escribió: «Enseñé a los chicos españoles [...] a ponerse hojas dentro de los gorros para protegerse del sol, pero peor que el calor era la falta de agua. [...] Los hombres corrían arriba y abajo con un montón de cantimploras, pero nunca era suficiente. Estábamos empapados en



sudor». [14](#) Además, el terreno pedregoso hacía casi imposible excavar trincheras o pozos de protección. «Podrías cargarte un taladro de diamante tratando de excavar un pozo», [15](#) recordaba un hombre que había sido minero. Cavar una tumba no era menos dificultoso y, para muchos, el entierro de un miembro del Lincoln simplemente consistía en apilar un montón de piedras sobre sus restos. La comida llegaba de forma irregular y era, en el mejor de los casos, peculiar: «bacalao salado —recordaba Bessie— y una especie de morcilla petrificada con más cartílago que carne». [16](#) El viejo enemigo de los estadounidenses, la diarrea, regresó con toda su fuerza. «¡Le podía acertar a una moneda de diez centavos a diez metros de distancia!», bromeaba un soldado. A veces, para hurgar en la herida de la disparidad de suministros de alimentos entre los dos ejércitos, los nacionales emitían a través de altavoces desde sus trincheras el menú diario.

# Batalla del Ebro



A pesar de la desventaja de armamento y los cielos plagados de aviones alemanes e italianos, Bessie mantenía una aguda mirada sobre sus propios sentimientos, una capacidad que compartía con Orwell y Neugass. «En momentos así, la tensión resulta intolerable —escribió una tarde mientras su unidad se hallaba resguardada en una lastimosa trinchera de 60 centímetros excavada en la pedregosa cresta de un cerro, esperando ansiosamente la entrada en combate, y escuchando en las cercanías el tableteo de las ametralladoras—. Se te seca la boca, el estómago se contrae y se relaja, se te retuercen las tripas y sientes un dolor agudo en el pecho. Al mirar alrededor, ves a otros hombres sentados, charlando tranquilamente, sin que se les note el miedo en la cara, como si estuvieran de excursión en el campo; pero te das cuenta con asombro de que, si te vieras a ti mismo, sería eso exactamente lo que verías. A los hombres no les gusta manifestar miedo en presencia de otros hombres; lo ocultan muy bien.»<sup>17</sup>

Los nuevos reclutas españoles que engrosaban las filas del batallón fracasaron estrepitosamente al entrar en combate. «Ya se les podía presionar, amenazar, golpear o disparar (a dos se les disparó) para que avanzaran.» No era sorprendente, ya que, a diferencia de los americanos, los españoles eran soldados de reemplazo, probablemente asustados por haber sido destinados a las Brigadas Internacionales, conocidas por participar batalla tras batalla a la vanguardia de los combates más mortíferos. Cuando Bessie vio llegar los refuerzos, le resultó evidente que el gobierno había tocado el fondo de sus recursos humanos: hombres demasiado viejos o demasiado jóvenes, expresidiarios o antiguos desertores.

Los aviones nacionales lanzaban panfletos animándolos a rendirse: «En la España de Franco reina la justicia y la abundancia, la paz y la libertad. No existe el hambre. [...] Únete a tus hermanos». Uno de los estadounidenses comentó a propósito de esos panfletos: «No llevan el membrete del sindicato».<sup>18</sup> Aunque algunos soldados españoles sí desertaron, para los americanos no había abundancia, paz o libertad en el otro bando. Cuando, en septiembre unos 40 miembros del Batallón Lincoln-Washington, 14 de ellos estadounidenses, fueron hechos prisioneros y las tropas nacionales los llevaban hacia la retaguardia, al escuchar un oficial que algunos hombres hablaban en inglés, mandó que los separaran y los ametrallaran.

El ejército republicano había recibido nuevas armas antiaéreas, pero Bessie

escribió: «Teníamos tan pocas que [...] setenta y cinco aviones se movían con exasperante facilidad a través de su escaso fuego, mientras que, cuando aparecían diez de los nuestros, tenían que atravesar una tormenta de fuego que oscurecía kilómetros cuadrados de cielo. Resultaba descorazonador».<sup>19</sup>

El intenso bombardeo llenaba el aire, no solo de metralla, sino también de piedras desprendidas de las laderas. Bessie descubrió otro tipo de horror en las pausas de los bombardeos: «Después de horas, ocho en total, al levantarte del estrecho nicho en el que habías estado tendido todo el día, te resultaba imposible caminar. Las piernas no te respondían y tenías que mirarlas para comprobar que seguían ahí y forzarte a moverlas. [...] Cuando tratabas de aliviarte a cierta distancia del refugio, dispuesto a echar a correr en cuanto oyeras el sonido de un arma lejana, te tambaleabas sobre los pies y te caías sobre tus excrementos. Te preguntabas cuánto más podrías aguantar». Un sargento estadounidense apretaba un palito entre los dientes para evitar que le castañetearan.

Cuando su mejor amigo resultó herido y perdió un ojo, Bessie heredó su pistola pegajosa de sangre y poco después se enteró de que había muerto en el hospital. Una granada nacional alcanzó un camión de aprovisionamiento y se quedaron sin comer aquella noche. Un mes después de haber cruzado el río, de los 768 hombres que componían el batallón solo quedaban 380. Un periodista de visita les dio la noticia de que la Alemania nazi había movilizado un gran número de tropas en sus fronteras con Checoslovaquia y Francia para hacer «maniobras».

El constante goteo de noticias que llegaba al Lincoln dejaba bien a las claras que Francia e Inglaterra, encabezadas por el primer ministro Neville Chamberlain, estaban ansiosas por apaciguar a Hitler, lo que descartaba cualquier esperanza de venta de armas occidentales a la República. «El señor Chamberlain traicionará a los checos —le dijo en agosto de 1938 un amigo de Bessie en el frente—, recuerda mis palabras.»<sup>20</sup>

En septiembre, Bessie se hallaba en el cuartel general de la XV Brigada en la cabeza de puente del Ebro cuando tuvo noticia de algunos detalles de las concesiones que estaba ofreciendo Chamberlain. «Las noticias de Europa son peores que nunca, con Inglaterra y Francia aceptando el desmembramiento de Checoslovaquia y presentando un “plan” de compromiso.» Hitler conseguía grandes zonas del país y el plan incluía «las “garantías” habituales de que sus

fronteras serían respetadas por Inglaterra, Francia, Alemania e Italia. ¡Los asesinos se comprometen a respetar el cadáver!».21

La crisis checa se fue agravando a lo largo del mes. El 12 de septiembre, Hitler hizo un apasionado discurso en que exigía la autodeterminación de los alemanes étnicos de Checoslovaquia. Tres días más tarde, Chamberlain se apresuró a reunirse con el Führer en su retiro alpino de Berchtesgaden. Una semana más tarde, el primer ministro volvió a reunirse con Hitler, cuyas demandas no habían hecho más que aumentar. Finalmente, el 29 de septiembre, se celebró la Conferencia de Múnich, donde los líderes de las grandes potencias europeas, sentados en un semicírculo de sillones alrededor de una gran chimenea en la nueva sede palaciega del Partido Nazi en la ciudad, básicamente desmembraron Checoslovaquia. Los demás le concedieron a Hitler todo lo que quería: 25.000 kilómetros cuadrados de territorio checo con una población de 3,5 millones de personas, algunas de las cuales no eran ni siquiera alemanes étnicos.

Aunque Chamberlain volvió a Londres con su pantalón de rayas y su cuello almidonado afirmando que había logrado «paz para nuestros tiempos», de hecho se trataba de una enorme y gratuita victoria para Hitler. El destino de Checoslovaquia resultaba más lacerante porque, entre los Estados de la Europa del Este, era prácticamente la única democracia floreciente. Franco se apresuró a enviarle a Chamberlain su «más calurosa enhorabuena» por sus «extraordinarios esfuerzos para preservar la paz en Europa».22

Cubriendo la crisis, se hallaba en una Praga «aterida por una atmósfera ominosa, con sus antiguos edificios tristes y lúgubres bajo un cielo encapotado» Virginia Cowles. El presidente del país anunció el resultado de la Conferencia de Múnich a través de altavoces a una enorme y sombría multitud reunida en la plaza de Wenceslao. Un periodista trajo a una secretaria checa para que tradujera el discurso al pequeño grupo de corresponsales extranjeros presentes. «La emisión fue breve —escribió Cowles—, se limitó a comunicar a la nación la decisión final de dividir el país y acabó con estas patéticas palabras: “Nuestro Estado no es el más pequeño. Hay Estados más pequeños de lo que seremos nosotros”. La secretaria checa dejó el lápiz y agarrándose la cabeza con las manos se echó a llorar.»23

Quien siguió con atención el proceso del acuerdo de Múnich fue Iósif Stalin,

quien, a pesar de todas sus represalias contra enemigos imaginarios, sabía que Hitler sí era un enemigo de verdad y se dio cuenta de que Gran Bretaña y Francia no harían nada para evitar la victoria de Franco. Los submarinos de Mussolini seguían haciendo peligrar los envíos soviéticos de armas a España. Stalin comenzó a perder interés en la guerra y la gente observó que esta dejó de ocupar las portadas del *Pravda* y del *Izvestia*. Hacía un año que el dictador había llamado a su embajador en España para ejecutarlo y no lo había sustituido. Gradualmente fue retirando a la mayoría de los oficiales rusos y de la Europa del Este que había enviado al ejército republicano y, por si acaso, continuó ordenando su ejecución. Entre aquellos que fueron llamados a la Unión Soviética y de los que nunca más se supo estaba el jefe de la XV Brigada, el coronel cantante de ópera Vladimir Cópíć. El personal militar soviético, que había llegado a rozar el millar de personas, a finales de 1938 se había visto reducido a una cuarta parte.

Convencido de que era poco probable que Gran Bretaña y Francia se unieran a la Unión Soviética en la alianza contra Alemania que deseaba, Stalin comenzó a desarrollar otra estrategia. Antes de acabar el año, en el periódico del Partido Socialista de Estados Unidos (el partido al que habían pertenecido Lois y Charles Orr) apareció un titular premonitorio: «¿Llegarán a un acuerdo Hitler y Stalin?». [24](#)

En España, el primer ministro Negrín y su gabinete sabían que la mayor parte de los voluntarios de las Brigadas Internacionales habían resultado muertos o heridos, y que los partidos comunistas de todo el mundo ya no estaban reclutando a más voluntarios. Así que el gobierno asumió un pequeño riesgo, esperando contra todo pronóstico que el anuncio de la retirada de las Brigadas Internacionales pudiera presionar a las democracias a exigir a Franco a hacer lo mismo con los soldados y pilotos alemanes e italianos. En un dramático discurso ante la Liga de Naciones en Ginebra, Negrín anunció que todos los miembros de las Brigadas Internacionales serían retirados del combate y abandonarían España.

Temiendo un desplome de la disciplina antes de que los hombres pudieran ser retirados de manera ordenada, algunos oficiales de la brigada trataron en vano de impedir que la noticia llegara al frente. Alvah Bessie se enteró un día en que la explosión de una bomba arrojada por un Junker alemán lo lanzó contra el suelo. Él y sus compañeros sabían que no se trataba de una apuesta de alto riesgo, ya que solo quedaban unos pocos miles de internacionales

extenuados. De los varios cientos de estadounidenses que todavía permanecían en España, muchos estaban hospitalizados y solo unos 80, en el frente. Tres días después del anuncio de Negrín, tras retirarse en sangriento desorden de un devastador bombardeo de la artillería nacional, los americanos que quedaban en la zona de combate la abandonaron para siempre, cruzando el Ebro por última vez por un rudimentario puente de planchas sobre pontones.



# QUINTA PARTE

## EL SABOR DE LAS LÁGRIMAS

Desde aceras atestadas, ventanas y balcones abarrotados y adornados con banderas, y desde precarios puntos de observación sobre plátanos y farolas, 300.000 españoles<sup>1</sup> lloraban, vitoreaban, saludaban y lanzaban flores, confetis y notas de agradecimiento. Era el 28 de octubre de 1938. En Barcelona, 2.500 hombres,<sup>2</sup> lo que quedaba de las Brigadas Internacionales, desfilaban por la Diagonal en su despedida oficial. A lo largo de la avenida había carteles con los nombres de las batallas en las que habían participado. Las brigadas habían llevado el peso de tantos combates que sus soldados habían sufrido cerca de tres veces más bajas mortales que el resto del ejército republicano.<sup>3</sup>

Muchos de los internacionales que todavía permanecían en España estaban hospitalizados, pero en el desfile participaron hombres procedentes de 26 países. Las depauperadas columnas apenas resultaban visibles por encima de las cabezas de la enorme multitud que había acudido a aclamarlos. Entre los 200 estadounidenses participantes, había un puñado de enfermeras de la unidad médica y el resto eran soldados que marchaban a lo largo de la avenida con la manta enrollada sobre el hombro derecho, sus deteriorados uniformes y su calzado disparejo. Desfilaban de nueve en fondo, a veces con flores hasta los tobillos.

«Aquellos hombres habían aprendido a combatir antes de aprender a desfilar. [...] No sabían mantener el paso o la formación», escribió Herbert Matthews en sus memorias. Aquel día estaba en Barcelona, pero incomprensiblemente el *New York Times* no publicó la absurda crónica que envió por telegrama. Los internacionales, decía a despecho de la realidad, «se van invictos y su última batalla ha sido la victoria del Ebro».<sup>4</sup>

Mientras marchaban a través de la ciudad, los voluntarios podían ver los edificios destruidos y las paredes caídas de las casas que testimoniaban los

intensos bombardeos aéreos de Mussolini de principios de año. Cazas republicanos sobrevolaban la ciudad en prevención de nuevos ataques. Las bandas tocaban música, pero apenas se escuchaba. «Las mujeres y los niños nos abrazaban —recordaba un voluntario neoyorquino—, llamándonos hermanos, hijos, y nos pedían que “regresáramos”. [...] Nunca había vivido una experiencia como aquella [...] al ver a todos y cada uno de aquellos hombres, duros luchadores, llorando.» Milton Robertson, un estudiante de medicina herido en el Ebro, se hallaba en un grupo de internacionales que habían traído desde el hospital para el desfile. «El clamor de los vítores era continuo —escribió a su familia al día siguiente—. Era como una ola que nunca rompía, una oleada constante. [...] Un niño de nueve o diez años estaba en una esquina. Las lágrimas le surcaban la cara sucia. Vio venir nuestro camión y los vendajes agitándose al viento. Salió corriendo, llegó hasta el camión y se subió por el costado. Las lágrimas le seguían cayendo, me abrazó y me besó en las dos mejillas. Yo también le besé saboreando sus lágrimas.»<sup>5</sup>

Finalmente, las tropas en formación escucharon el himno de la República y los discursos de las autoridades. Muy emocionado, el primer ministro Negrín prometió la nacionalidad española a todos los soldados internacionales que regresaran a España después de la guerra. Luego subió al estrado la mejor oradora del país, Dolores Ibárruri, la Pasionaria:

¡Madres!... ¡Mujeres! —comenzó—. Cuando los años pasen y las heridas de la guerra se vayan restañando [...] cuando [...] el orgullo de la patria libre sea igualmente sentido por todos los españoles, hablad a vuestros hijos; habladles de estos hombres de las Brigadas Internacionales. Contadles cómo, atravesando mares y montañas, salvando fronteras plagadas de bayonetas [...], llegaron a nuestra patria como cruzados de la libertad. [...] Lo abandonaron todo: cariños, patria, hogar, fortuna, madre, mujer, hermanos, hijos, y vinieron a nosotros a decirnos: «¡Aquí estamos!, vuestra causa, la causa de España, es nuestra misma causa, es la causa de toda la humanidad avanzada y progresista». Hoy se van; muchos, millares, se quedan teniendo como sudario la tierra de España.

Luego, dirigiéndose a los voluntarios, les dijo:

¡Camaradas de las Brigadas Internacionales! Razones políticas, razones de Estado [...] os hacen volver a vuestras patrias a unos, a la forzada emigración a otros. Podéis marcharos orgullosos. Sois la historia, sois la leyenda, sois el ejemplo heroico de la solidaridad y de la universalidad de la democracia. [...] No os olvidaremos y, cuando el olivo de la paz

florezca, entrelazado con los laureles de la victoria de la República Española, ¡volved!<sup>6</sup>

Las palabras de la Pasionaria han pasado a la historia y a la leyenda, y han sido plasmadas en títulos de libros y en inscripciones de monumentos. La despedida de las Brigadas Internacionales marcó el fin de un momento histórico sin precedentes. Nunca antes tantos hombres, de tantos países distintos, contradiciendo el deseo de sus propios gobiernos, han ido a un país extranjero a luchar codo con codo por lo que creían. Un periódico británico informó con cursilería: «Incluso los voluntarios negros tuvieron sus besos».<sup>7</sup> Todos los que estuvieron en Barcelona aquel día lo recordarían durante el resto de sus vidas. «Fue nuestro día —escribió John Gates—. Las mujeres se metían en nuestra formación para besarnos. Los hombres nos estrechaban la mano y nos abrazaban. Los niños se subían sobre nuestros hombros.»<sup>8</sup>

Mientras los voluntarios desfilaban por la ciudad, Hemingway y Gellhorn estaban en París camino de España por última vez, aunque ninguno de los dos tenía un encargo periodístico. Para Hemingway, la noticia de que el gobierno había retirado a los internacionales fue un auténtico mazazo. La Guerra Civil Española «fue el único momento de su vida —dijo Gellhorn más tarde— en el que él no era lo más importante». En su hotel de París, se lo encontró apoyado contra la pared mientras repetía: «¡No pueden hacer eso! ¡No pueden hacerlo!».

Fue la única vez que lo vio llorar.

Nada podía salvar la duramente ganada cabeza de puente en la ribera oeste del Ebro. Los nacionales tenían ya cerca de un millón de hombres en armas que hacían retroceder sin tregua a las sobrepasadas fuerzas republicanas. Los Stukas alemanes bombardeaban en picado los convoyes de tropas mientras se agrupaban para cruzar el río. Varias semanas después del desfile de despedida, los republicanos volaron el último puente. Con la nieve sustituyendo ahora el insoportable calor del verano, los 113 días de la batalla del Ebro habían concluido.

Durante casi cuatro meses, los soldados de la cabeza de puente recibieron un promedio de 13.500 proyectiles diarios. Las bajas en el bando republicano se estiman en más de 30.000 muertos.<sup>9</sup> Como siempre, el número de heridos superó con creces dicha cifra. El fuego artillero nacional en esos meses fue el

mayor visto desde la Primera Guerra Mundial. Los civiles españoles de la región seguirían muriendo durante años cada vez que la pala o el arado de un desafortunado agricultor golpeará un proyectil enterrado sin estallar.

Después de Múnich, Hitler, Mussolini y Franco tuvieron claro que el camino hacia la victoria estaba expedito. Hasta entonces, Hitler no había mostrado gran prisa por acabar la guerra española, ya que esta distraía la atención occidental de sus ambiciones en el este. Pero después de Múnich, envió a los nacionales una nueva remesa de armas y suministros, a cambio de los cuales Franco dio a Alemania el control de muchas más concesiones mineras que a cualquier otra compañía extranjera.

Estados Unidos no había tomado parte en el Acuerdo de Múnich. El presidente Roosevelt continuó dejando caer insinuaciones de que estaba repensándose su negativa a la venta de armas. Entre las cartas que llegaban presionándolo hubo una que decía: «¡Por el amor de Dios! Levante el embargo a España. Mire lo que nos ha pasado a nosotros», firmada por «El fantasma de Checoslovaquia».<sup>10</sup> Entretanto se celebraron las elecciones parciales de noviembre de 1938, en las que los demócratas perdieron más de 70 escaños en el Congreso, incluidos algunos de los más firmes partidarios de la República Española, y Roosevelt no quiso arriesgarse a perder más base electoral cambiando su política respecto a España. Este es el único momento en el que, durante el continuado intercambio de cartas personales cálidas pero políticamente reservadas que Eleanor Roosevelt envió a Martha Gellhorn, la primera dama manifestó un tono diferente: «Querida Marty —escribió—. No solo he leído tu informe, sino que se lo he pasado al presidente. Espero que llegue el día en que puedas escribir algo que no nos haga sentirnos avergonzados al leerlo».<sup>11</sup>

Dos semanas después de la despedida de la Pasionaria a las Brigadas Internacionales, los aliados alemanes de Franco dieron una muestra de lo que le esperaba a Europa bajo el dominio nazi. La noche del 9 de noviembre, en Alemania, Austria y la parte de Checoslovaquia ahora controlada por Hitler, fuerzas de asalto nazis atacaron más de 1.000 sinagogas y 7.000 negocios de propiedad judía, prendiéndoles fuego, rompiendo los escaparates con hachas y mazas, y matando a más de 90 judíos. Casas, escuelas y hospitales fueron destrozados y las tumbas de cementerios judíos, destruidas y profanadas. Entre carcajadas, los nazis lanzaron al fuego libros de rezos y rollos de la

Torá. Durante la *Kristallnacht*, como se la llamó debido a los cristales rotos, incluidas las vidrieras de sinagogas con siglos de antigüedad, se ordenó a los servicios de bomberos no intervenir y solo sofocar las llamas si amenazaban propiedades «arias». Unos días más tarde, se prohibió a todos los niños judíos asistir a escuelas alemanas y unos 30.000 varones judíos fueron trasladados a Dachau, Buchenwald y otros campos de concentración.

Seis semanas más tarde, una nevada mañana Franco lanzó su última ofensiva. Sus tropas iban rebosantes de armamento alemán nuevo y su fuerza aérea reforzada con 400 pilotos entrenados por los alemanes, a los que la Legión Cóndor había comenzado a entregar algunos de sus cazas Messerschmitt. Negrín hizo un desesperado viaje a París para pedir ayuda al ministro de Asuntos Exteriores francés y a los embajadores británico y estadounidense, pero fue en vano. También trató de lograr un acuerdo de paz a través del Vaticano y otros cauces, pero Franco no estaba interesado. Tampoco estaba interesado en reducir las víctimas de la guerra. Cuando los ingleses mandaron a un enviado especial para tratar de convencer a ambas partes de que suspendieran las ejecuciones, la República inmediatamente aceptó la propuesta y las interrumpió durante unos cuatro meses, pero en la España nacional, donde el número de prisioneros políticos condenados a muerte era de varios miles, rechazaron hacer lo mismo.<sup>12</sup>

Desesperadamente escasos de todo, desde fusiles hasta aviones, la República envió a Moscú al jefe de su fuerza aérea para implorar ayuda. A pesar de su pérdida de interés por España, Stalin, preocupado por una inminente derrota, envió algunas municiones. La ruta directa por el Mediterráneo seguía siendo muy peligrosa y los barcos tenían que atracar en puertos franceses. Francia pospuso la entrega de esas armas hasta que ya fue demasiado tarde. Cuando los oficiales republicanos fueron a inspeccionar las cajas que finalmente habían llegado a España a través de la frontera y las abrieron en un campo, descubrieron que contenían cazas y bombarderos soviéticos último modelo desmontados. Pero para entonces ya no les quedaban aeródromos donde montarlos ni suficientes tripulaciones supervivientes para manejarlos.<sup>13</sup>

En Madrid, la cantidad de calorías consumidas por persona y día era inferior a las 800. Sin carbón, las familias ateridas en casas iluminadas con velas hacían astillas los muebles, puertas interiores y persianas o cortaban ramas de los árboles para quemarlos en las estufas. A los hombres llamados a filas se

les pedía que trajeran sus propias botas y mantas. En Barcelona, atestada de refugiados, el escorbuto causaba estragos y la ración oficial de alimentos era de cien gramos de lentejas al día. Los afortunados que se lo podían permitir conseguían un poco de bacalao seco.

De esas privaciones apenas se hacía mención en las crónicas de Herbert Matthews. «En su conjunto, no hay desánimo», escribió desde Barcelona el 1 de enero de 1939. Y al informar de una nueva retirada republicana dos semanas más tarde, comentó que el repliegue fue «una rápida y eficaz operación». Unos días más tarde, tuvo que admitir que se habían perdido varias poblaciones, pero insistía en que la moral de las tropas republicanas «parece excelente. [...] Aquí nadie duda de la capacidad del gobierno para aguantar muchos meses más». Con las tropas nacionales acercándose a Barcelona, acababa un artículo telegrafiado al *Times* el 25 de enero recordando a sus lectores que en 1936 los soldados republicanos habían «logrado el milagro en Madrid y quizá aquí logren otro tanto». <sup>14</sup> El ejército de Franco llegó a la periferia de la ciudad al día siguiente.

En la capital catalana, las calles estaban llenas de carnets rotos de partidos y sindicatos, mientras la gente destruía todo aquello que pudiera provocar la represalia de los nacionales. Cientos de miles de personas huían hacia la frontera francesa con maletas y fardos de ropa, los más afortunados transportándolos en carretas. Los 20.000 soldados republicanos heridos que había en la ciudad y que no pudieron abandonarla se temían lo peor, porque sus miembros amputados y sus heridas de metralla los pondrían fatalmente a los pies de los caballos ante las tropas de Franco. «Nunca olvidaré una cosa: los heridos que salían del hospital de Vallcarca —escribió una mujer—. Mutilados y cubiertos de vendas, medio desnudos a pesar del frío, bajaban a las carreteras pidiendo a gritos que no los dejásemos a merced de los vencedores. [...] Los que habían perdido una pierna se arrastraban por el suelo; los mancos alzaban su único puño; lloraban de miedo los más jóvenes, enloquecían de rabia los más viejos [...]; gritaban, aullaban, renegaban, maldecían a los que huíamos y los abandonábamos.» <sup>15</sup> Pero no necesariamente les fue mejor a los que se unieron a aquel inmenso éxodo de refugiados que serpenteaba por las carreteras hacia Francia entre tormentas de nieve y aguanieve, y aviones nacionales bombardeando y ametrallando sin piedad a aquellas enormes y andrajosas columnas.

Al entrar en Barcelona, las tropas franquistas primero rezaron arrodillados



en una de las grandes plazas de la ciudad, mientras sonaban las campanas de las iglesias largo tiempo silenciadas, y luego se lanzaron a días de desenfrenado pillaje. La pérdida de la ciudad, le escribió Martha Gellhorn a Eleanor Roosevelt, fue «como una muerte en la familia, solo que peor». <sup>16</sup> La calle por la que habían desfilado los internacionales tres meses antes fue rebautizada como Avenida del Generalísimo. Barcelona, declaró un general nacional, «es una ciudad que ha pecado mucho y ahora debe ser purificada». <sup>17</sup> Se llenaron las cárceles, los libros prohibidos fueron arrojados al fuego y miles de maestros perdieron sus puestos de trabajo. Mientras tanto, en el corazón de Europa, con ansias renovadas por lo conseguido en Múnich, Hitler hizo caso omiso del acuerdo y envió su ejército a Praga.

El menguante territorio en manos de un ejército, muchos de cuyos soldados carecían de abrigo, fue escenario de un trágico final de luchas intestinas que se cobraron centenares de vidas. Esta vez fue entre Negrín y sus partidarios, decididos a resistir todo lo que fuera posible con la esperanza de que una guerra generalizada en Europa pudiera atraer la ayuda de británicos y franceses, y unos jefes militares que lo único que pretendían era salvar vidas negociando la paz. Ninguno de los dos bandos logró su objetivo, pues Gran Bretaña y Francia reconocieron a la España nacional el 27 de febrero todavía con la guerra en curso, y Francia al poco tiempo le entregó una gran cantidad de oro que la República había depositado en el país vecino (una auténtica bendición para Franco, que carecía de reservas de oro). Además, Franco no estaba interesado en ningún tipo de arreglo que no fuera la rendición incondicional. El 31 de marzo de 1939, los nacionales ocuparon todo el país y se acabaron los combates. Además de los 200.000 asesinatos políticos que tuvieron lugar durante la guerra, una estimación conservadora apunta a una cantidad similar de soldados muertos o heridos mortalmente en combate, además de unos 10.000 civiles en ataques aéreos y otros 25.000 de la zona republicana muertos por malnutrición y enfermedades relacionadas con la guerra. <sup>18</sup> Otras estimaciones son más elevadas y, como los españoles pronto descubrirían, las matanzas en masa no acabaron con la guerra.

En Madrid, las tropas nacionales, junto con los destacamentos de sus aliados alemanes e italianos, celebraron la victoria con un desfile mientras los aviones militares en formación deletreaban en el cielo un VIVA FRANCO. El éxodo de refugiados, la mayoría a pie, alcanzó el medio millón. «Elevamos nuestros corazones al Señor —rezaba un telegrama de felicitación del papa

Pío XII a Franco—. Damos nuestras más sinceras gracias a Su Excelencia por la victoria de la España católica.»[19](#)

Sin lugar a dudas, también estaba agradecido Torkild Rieber, a sabiendas de que por fin Texaco cobraría todo el combustible que había suministrado a crédito. En total, Rieber les vendió a los nacionales al menos 20 millones de dólares[20](#) en combustible durante la guerra, el equivalente, según el cálculo más conservador, a unos 325 millones de dólares actuales. Los petroleros de Texaco realizaron 225 viajes a España[21](#) y barcos fletados por la compañía, 156. Un agradecido Franco siguió comprando combustible a Texaco durante mucho tiempo después de acabada la guerra, y más tarde concedió a Rieber la Gran Cruz de Isabel la Católica.

Aunque la prensa americana había ignorado el abastecimiento vital de Texaco, los nacionales sabían lo esencial que había sido este. Tras la guerra, el monopolio petrolero del gobierno de Franco reconoció el «entusiasmo mostrado por la causa» de Rieber y Brewster, y el modo en que Texaco le había «ofrecido su apoyo incondicional».[22](#) Unos años más tarde, el subsecretario de Asuntos Exteriores fue más allá al declarar a un periodista que «sin el petróleo, los camiones y los créditos estadounidenses, nunca habríamos podido ganar la guerra».[23](#)



Los refugiados tenían buenas razones para huir, pues la victoria de Franco no trajo consigo la reconciliación, sino la venganza. Si durante la guerra los partidarios de los nacionales en una población concreta habían sido asesinados o sus propiedades confiscadas, en revancha se ejecutaba a gente de ese mismo pueblo, tuvieran o no que ver con aquellos hechos. Y si el régimen no podía capturar a alguien, eran sus familiares quienes pagaban las consecuencias. Camil Companys i Jover, por ejemplo, era un prominente abogado barcelonés y presidente del Colegio de Abogados de la ciudad. Aunque más tarde su párroco declararía que había protegido a muchos miembros del clero durante la guerra, su hermano era el presidente del gobierno catalán (poco después ejecutado por Franco), por lo que sabía que era un hombre marcado. Al final de la guerra huyó a Francia, donde se suicidó. Pero incluso ese gesto desesperado no lo salvó de ser condenado póstumamente a 15 años de inhabilitación y a una multa que tuvo que pagar su viuda.[24](#)

Franco pretendía borrar en todos los niveles de la sociedad cualquier influencia que considerara extranjera. Cualquiera que hablara vasco o catalán

en público o en la iglesia era arrestado; fueron prohibidos todos los nombres catalanes, así como sus danzas tradicionales. Aunque desde hacía siglos había muy pocos judíos, el Generalísimo arremetió contra el «espíritu judío». Promulgó una Ley de Responsabilidades Políticas, que, con una lógica digna de 1984, declaraba que, dado que su toma del poder había sido legitimada, cualquiera que se hubiera opuesto a ella sería considerado culpable de rebelión militar. Igualmente culpable era considerado quien, en los años anteriores al golpe de 1936, se hubiera «opuesto al movimiento nacional con actos u omisiones graves».<sup>25</sup>

La ley fue aplicada por un tribunal presidido por Enrique Suñer Ordóñez, un paranoico de primer orden, quien condenó a los políticos republicanos como «jabalíes y unglados corriendo por el que fue el Congreso de los Diputados, en busca de víctimas propiciatorias de sus colmilladas y de sus golpes de solípedos. [...] España ha sido y es teatro de un combate épico, ciclópeo, acción de titanes contra monstruos apocalípticos. Los programas expuestos en los *Protocolos de los Sabios de Sión* han empezado a cumplirse».<sup>26</sup>

Antes de ser enviados ante el pelotón de fusilamiento, a menudo a los presos se les torturaba, golpeaba y se les dejaba sin comer hasta que confesaran sus pecados. Métodos habituales de tortura eran meter la cabeza de alguien en la taza del inodoro, obligarle a cantar himnos nacionales brazo en alto durante horas o darle descargas eléctricas en orejas, pezones y genitales. Si alguien se resistía a confesar, al régimen todavía le quedaban otras maneras de proclamar su triunfo. Por ejemplo, Matilde Landa<sup>27</sup> era una profesional instruida, laica y comunista (lo que constituían cuatro cargos contra ella) que se encontraba como prisionera política en Mallorca. Las autoridades le exigieron que se retractara de sus convicciones y se bautizara públicamente. Incapaz de soportar más interrogatorios, se tiró por una ventana de la cárcel. Durante los 45 minutos que tardó en morir, se llamó a un sacerdote para que le diera la extremaunción y el gobierno, en vez de entregar el cuerpo a su familia, lo enterró por el rito católico.

Las mujeres republicanas como Landa fueron tratadas con especial ensañamiento. La enfermera Oliva Cabezas García había tratado de huir a través de los Pirineos con su amante, el médico voluntario polaco Jacques Grunblatt. Ambos habían trabajado juntos en el hospital de la XV Brigada. Tras dos días de marcha, embarazada del hijo de Grunblatt, le fue imposible seguir adelante. Regresó a casa de su hermana en Madrid y dio a luz a un

niño justo al acabar la guerra. Para celebrar la victoria de Franco, la obligaron a bailar mientras paría. Al enterarse Grunblatt, refugiado en Francia, contó: «Lloré como nunca he llorado en mi vida adulta».<sup>28</sup>

Una cárcel de mujeres de Madrid vio aumentar su población hasta casi 14.000 internas. Muchas mujeres eran violadas y quedaban embarazadas en prisión. Unos 12.000 hijos de presas republicanas, algunos literalmente bebés, fueron arrancados de los brazos de sus madres y mandados a orfanatos. Estas incauciones las justificaba el jefe de psiquiatría del ejército, Antonio Vallejo-Nágera, un protegido de Franco, por la creencia de que, de otro modo, el «fanatismo marxista» se transmitiría como un germen de padres a hijos.

Como identificar a los hombres y mujeres que habían apoyado a la República no siempre resultaba fácil, las denuncias se volvieron fundamentales y, como en la Rusia de Stalin, no denunciar a nadie era en sí motivo de sospecha. «No tienes derecho a privar a la justicia de ningún enemigo de la patria»,<sup>29</sup> advertía un periódico de Santander. Asimismo, los sacerdotes tomaban nota de la gente que no iba a misa.

En total, al menos 20.000 republicanos fueron ejecutados después de la victoria de Franco.<sup>30</sup> Un número indeterminado, aunque probablemente mayor, murió en las atestadas cárceles del país. En 1940, según los datos del propio régimen, unos 270.000 reclusos convictos<sup>31</sup> se amontonaban en celdas construidas para 20.000 y otros 100.000 se hallaban en la cárcel a la espera de juicio. La comida era pésima, las enfermedades causaban estragos y a veces los presos se pasaban uno o dos días seguidos sin agua. Solo en Córdoba, en 1941, murieron entre rejas 502 reclusos.<sup>32</sup>

Las estadísticas de quienes estaban en prisión no incluyen a las al menos 90.000 personas de las «colonias penitenciarias militarizadas»<sup>33</sup> obligadas a trabajar en diversos proyectos, como un canal de 180 kilómetros para irrigar las tierras de algunos grandes latifundios cuyos propietarios habían apoyado a Franco. Muchos prisioneros eran también alquilados a empresas privadas como mano de obra, cuyo bajo coste tenía el efecto añadido de mantener bajos los salarios de la mano de obra libre. Unos 20.000 trabajadores forzados construyeron el Valle de los Caídos, que tardó cerca de 20 años en acabarse. No hubo, claro está, un monumento similar a las víctimas de Franco. Si, por ejemplo, un sindicalista había sido arrojado directamente a un pozo, no había ni certificado de defunción, por lo

que su mujer nunca podría volver a casarse ya que no era legalmente viuda. Durante décadas, la gente que había perdido a un ser querido en lugares así lo único que podía hacer era dejar flores de noche, ya que cualquier otra cosa habría resultado demasiado peligroso.

Por encima de todo, el régimen se basaba en el poder sobre la vida y la muerte de Franco. Como escribe el historiador Antony Beevor: «El Caudillo solía leer las sentencias de muerte después de comer, a la hora del café, muchas veces acompañado por su asesor espiritual. [...] Procedía a anotar en los expedientes una E de enterado (que significaba ejecución de la sentencia), una C de conmutado [...] o una acotación manuscrita de “garrote y prensa” (para los casos que debían tener un efecto ejemplarizante)». Una vez que llegaban las listas a los penales del país, «esta relación solía ser leída en voz alta en las galerías y algunos funcionarios hallaban satisfacción personal en pronunciar los nombres más comunes, como José o Juan, hacer una larga pausa para mantener la tensión del auditorio y, luego, pronunciar silabeando el apellido del condenado. En la cárcel de mujeres de Amorebieta lo hacían las monjas oblatas».[34](#)

Franco gobernó España durante 36 años, hasta su muerte, entre síntomas de senilidad, a la edad de ochenta y dos años, un reinado mucho más largo que los de Hitler, Mussolini o Stalin. Con el tiempo fue adoptando algunos de los elementos del boato de la realeza, como entrar y salir de la iglesia bajo palio, recibir a los embajadores en un estrado o acuñar monedas con su imagen. A algunos de sus favoritos, entre ellos varios generales de la guerra, Franco les concedió títulos nobiliarios a la manera real, creando toda una saga de condes, marqueses o duques. Algunos de esos nuevos nobles, en un extraño giro, como reminiscencia de la declaración de santidad en el catolicismo, los recibieron a título póstumo.

Su gobierno fue, tal como George Orwell había observado desde el principio, «no tanto un intento de imponer el fascismo como de restaurar el feudalismo».[35](#) La Iglesia católica siguió siendo enormemente poderosa y la posición de la mujer muchísimo peor que en la Alemania de Hitler. Las mujeres eran consideradas dependientes de sus padres o maridos, cuyo permiso necesitaban para abrir una cuenta bancaria, tener una propiedad, presentar una demanda, asistir a un trabajo o salir de viaje. El marido tenía el derecho de matar a su mujer si la sorprendía cometiendo adulterio. El

régimen franquista se volvió menos criminal y represivo en sus últimas décadas. España finalmente disfrutó de un crecimiento económico que relajó parte de las restricciones para las mujeres o la expresión cultural. Pero la tortura siguió siendo habitual, el régimen continuó siendo un Estado policial y hasta 1974, un año antes de la muerte del dictador, se continuó ejecutando a presos a garrote vil.



## KADISH \*

Cuando, el 15 de diciembre de 1938, 148 voluntarios estadounidenses repatriados llegaron a Nueva York en el transatlántico *Paris*, parecía que, en palabras del comandante del Batallón Lincoln, Milton Wolff, les estaban esperando «más policías que gente». <sup>1</sup> Policías a pie y a caballo mantenían alejada a la multitud que había ido a recibirlos a una buena distancia del muelle de la French Line en la calle Cuarenta y ocho Oeste. E inmediatamente se produjeron otras muestras de la hostilidad con la que el gobierno trataría a estos veteranos en las décadas siguientes. Hombres que habían visto confiscados sus pasaportes uno o dos años atrás por André Marty veían ahora como los nuevos, expedidos a regañadientes por los consulados europeos, les eran confiscados en el muelle mismo. Al preguntarle un voluntario a un agente cuándo se lo devolverían, este le contestó: «Espero que nunca». <sup>2</sup>

Detrás del cordón policial, la multitud de amigos y familiares embutidos en abrigo era un pálido reflejo de los cientos de miles de personas que, entre llantos y vítores, bordearon el recorrido del desfile en Barcelona siete semanas antes. Familiares de voluntarios desaparecidos en combate o en paradero desconocido, como Phil Schachter, estaban desesperados por obtener noticias. Algunos de ellos esperaban en el muelle sosteniendo carteles con nombres o fotografías de hombres desaparecidos.

A los veteranos les resultó difícil retomar sus antiguas vidas. Habían visto morir o quedar mutilados a sus amigos por una causa de la que muchos estadounidenses solo tenían una vaga idea. Años más tarde, a algunos voluntarios les llegaron a decir que parecían muy jóvenes para ser veteranos de la guerra hispano-estadounidense. Con Franco victorioso, el interés del público por la contienda perdida contra él decayó rápidamente. Jim Neugass, por ejemplo, a pesar sus contactos en el mundo literario, no encontró una editorial que quisiera publicar su diario de guerra.

Algunos supervivientes muy pronto tuvieron que afrontar todo lo que no

había cambiado en su país. Cuando el barco de James Yates atracó en Nueva York, lo llevaron a un hotel donde los simpatizantes del Lincoln habían reservado una serie de habitaciones. «Varios hombres habían firmado ya el registro, pero cuando llegó mi turno el recepcionista me dijo sin siquiera mirarme: “Lo siento. No hay habitaciones”.» Yates era negro. Entonces sus compañeros blancos decidieron en solidaridad trasladarse con él a otro hotel menos confortable, pero aun así «me dolió más profundamente que una bala». La igualdad que había experimentado en España tardaría todavía décadas en llegar a Estados Unidos. Un camarada negro del Lincoln le dijo: «España fue el primer lugar en el que me sentí un hombre libre».<sup>3</sup>

El continente que los miembros del Batallón Lincoln habían dejado se deslizaba rápidamente hacia la guerra. Al regreso de los voluntarios, Hemingway escribió: «Ningún hombre apto permanecerá mucho tiempo en casa».<sup>4</sup> El 23 de agosto de 1939, Stalin y Hitler firmaron el infausto pacto por el que se repartieron la Europa del Este. Los nazis invadieron el oeste de Polonia tras un ataque relámpago orquestado por el jefe del Estado Mayor de la Legión Cóndor, Wolfram von Richthofen, quien personalmente voló en un pequeño avión de reconocimiento para supervisar la destrucción. Los soviéticos, asimismo, ocuparon el este de Polonia, los estados bálticos, parte de Rumanía y, tras duros combates, dos regiones occidentales de Finlandia. Inglaterra y Francia declararon las hostilidades a Alemania. La primera fase de la Segunda Guerra Mundial había comenzado. En junio de 1941, Hitler rompió el pacto con Stalin e invadió la Unión Soviética. Seis meses más tarde, los japoneses bombardearon Pearl Harbor y Estados Unidos entró en la guerra.

Aunque Franco nunca llegó a formar parte oficialmente del Eje (Hitler no quiso prometerle la parte de Francia y la enorme franja de África que pedía), cooperó estrechamente con el Führer, concediéndole importantes bases navales que extendieron enormemente el radio de acción de los submarinos alemanes. El puerto de Vigo, que a menudo había sido lugar de descarga de los petroleros de Torkild Rieber, se convirtió en depósito de suministros y combustible para los 21 submarinos alemanes que atacaban los convoyes aliados en el Atlántico Norte, aunque también se reabastecían en el Marruecos Español y en las islas Canarias. España facilitó a Alemania metales cruciales como el tungsteno, utilizado para reforzar la coraza de los

tanques y de la munición de perforación de blindaje, estaciones de radioescucha, bases para aviones de reconocimiento y puestos avanzados para vigilar el tráfico marítimo en el estrecho de Gibraltar. Una vez que los nazis invadieron la URSS, Franco fomentó el alistamiento de voluntarios españoles en la División Azul para luchar por la causa, así como de pilotos de combate en la Escuadrilla Azul. Unos 45.000 soldados españoles se unirían a la guerra condenada al fracaso de Hitler, tomando parte en Rusia, entre otras batallas, en el sitio de Leningrado (algunos fueron hechos prisioneros y acabaron compartiendo barracones en el gulag soviético con los refugiados republicanos españoles víctimas de Stalin).

Pero la mayor ayuda aportada por España a los nazis ya se había producido; se trataba del cúmulo de experiencias que los pilotos y otros militares alemanes adquirieron durante los casi tres años de Guerra Civil. Los nazis probaron 27 modelos de aviones en los cielos españoles. Como diría el jefe de la fuerza aérea Hermann Göring en el juicio de Nuremberg, la guerra española fue una oportunidad «para probar mi joven Luftwaffe. [...] Con el fin de que el personal también pudiera acumular una cierta experiencia, me encargué de que [...] constantemente se fuera rotando con gente nueva».<sup>5</sup>

Los alemanes aprendieron muchas lecciones vitales de su intervención en España. Aprendieron que, con líneas de abastecimiento de piezas de repuesto muy dilatadas, se debía minimizar el número de tipos de vehículos, que los bombarderos necesitaban una escolta de cazas, que a los pilotos había que entrenarlos específicamente para volar en malas condiciones meteorológicas y en la navegación nocturna, y que había que mejorar los tanques nazis para igualarlos con los modelos soviéticos. Después de cada bombardeo importante, los pilotos de la Legión Cóndor tomaban fotos aéreas, estudiaban los resultados de diferentes tácticas y enviaban detallados informes a Alemania. A veces, la legión bombardeó deliberadamente poblaciones españolas aisladas en la dirección del avance, de modo que, tan pronto como eran capturadas, un equipo sobre el terreno pudiera evaluar la efectividad de la incursión. En 1938, los residentes de cuatro pueblos cercanos a Valencia que sobrevivieron a unos criminales ataques aéreos se preguntaban por qué los habían tomado como objetivo si en sus pueblos no había concentración de tropas republicanas, ni fábricas, ni cuarteles. Décadas más tarde se descubrió en un archivo alemán un informe de 50 páginas con 65 fotografías<sup>6</sup> tomadas antes, durante y después del ataque, que ponía de manifiesto la razón. La

Legión Cóndor estaba probando un nuevo modelo del bombardero en picado Stuka que lanzaba bombas de 500 kilos.

Tras la entrada de Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial, más de 450 veteranos del Batallón Lincoln sirvieron en las fuerzas armadas norteamericanas y unos 100 en la marina mercante. Al menos 21 resultaron muertos (en los cielos de Alemania, en Rusia, en la ruta de aprovisionamiento Múrmansk, en las islas del Pacífico Sur o tras las líneas japonesas en las Filipinas, entre otros lugares). Miles de veteranos de las Brigadas Internacionales de otros países también combatieron con los Aliados. Bernard Knox, un inglés que emigró a Estados Unidos y acabaría convirtiéndose en un distinguido profesor de lenguas clásicas en Yale, fue enviado por el ejército estadounidense a Italia como enlace con un grupo de partisanos. Al principio se encontró con que «a veces mezclaba mi recién adquirido italiano con mi español medio olvidado. [...] De repente, después de una de esas meteduras de pata, el jefe [...] se levantó sonriente, vino hacia mí y, palmeándome la espalda, me dijo: “España, ¿verdad?”». Descubrieron que habían estado combatiendo en unidades vecinas en la defensa de Madrid. «A partir de ese momento, la relación con los partisanos fue como una seda.»<sup>7</sup>

Aunque la Guerra Civil Española acabó en 1939, desde entonces se ha desarrollado otro tipo de guerra entre los especialistas del período en relación con la siguiente pregunta: ¿qué hubiera pasado si la República Española hubiera ganado la guerra?

Muchos en la derecha argumentan que una República victoriosa se habría convertido, como Hungría o Bulgaria una década más tarde, en un satélite soviético. Dada la influencia de los funcionarios soviéticos en la policía secreta y el ejército, algunos afirman que de hecho ya era un satélite soviético. El periodista e historiador Sam Tanenhaus se refiere a los brigadistas del Lincoln como «reclutas del ejército de Stalin y tan prescindibles como los millones de ciudadanos soviéticos que murieron durante el gran terror de los años treinta».<sup>8</sup> Él y otros citan documentos de la época, salidos a la luz tras el desmoronamiento de la URSS, en los que agentes soviéticos se jactan de la influencia conseguida por ellos o el Partido Comunista o instan a la «liquidación»<sup>9</sup> de sus rivales en la izquierda española.

Los soviéticos tuvieron desde luego una importante presencia en la

República Española. Cuando la Pasionaria dio su elocuente discurso de despedida a las Brigadas Internacionales, uno de los grandes retratos que presidía el estrado de los oradores era de Stalin. Pero fueran cuales fuesen sus ambiciones, es extremadamente improbable que el Kremlin hubiera llegado a controlar a una República Española victoriosa. El mantenimiento de estados satélite casi siempre se apoya en la amenaza de la ocupación. Durante la mayor parte del siglo xx, por ejemplo, Estados Unidos dominó Centroamérica y el Caribe mediante el repetido envío de los marines. Del mismo modo, después de 1945, la URSS mantuvo Europa del Este bajo su dominio destacando allí a cientos de miles de soldados y desplegándolos cuando un país amenazaba con volar por su cuenta, como Hungría en 1956 y Checoslovaquia en 1968. Sin una importante fuerza de ocupación, obligar a España, un país situado en el otro extremo de Europa, a seguir los dictados de Moscú habría resultado muy difícil.

Por otro lado, muchos partidarios de la República sostienen que, si esta hubiera triunfado, el curso de la historia europea podría haber cambiado drásticamente a mejor. «Un resultado diferente de la Guerra Civil Española ciertamente habría debilitado la posición de Hitler y Mussolini —escribió Willy Brandt—, y tal vez incluso habría evitado la Segunda Guerra Mundial.»[10](#)

Pero dicha afirmación también resulta harto improbable, pues, a pesar del apoyo a Franco, para Hitler España no pasó de ser un asunto de segundo orden. Su obsesión había sido siempre extender el dominio alemán hacia el este (Polonia, las ricas tierras de cultivo de Ucrania y partes del sur de Rusia, los Balcanes y los campos petrolíferos del Caspio). Es difícil imaginar que una victoria republicana en España hubiera acabado con ese sueño. Aunque, si las democracias occidentales hubieran ayudado a la República a vencer, habrían privado a los nazis, en la larga guerra que se avecinaba, de una fuente de estratégicas materias primas para su producción de armas, como hierro, cobre, mercurio, tungsteno y piritas, así como de importantes bases de submarinos y de los más de 45.000 hombres de la División Azul.

El destino de Europa no dependía de la Guerra Civil Española, pero sí el destino de un país. Si hubiera ganado la República, los españoles no habrían tenido que soportar 36 años de dictadura implacable. Uno de los que se arrepintieron demasiado tarde de que las democracias occidentales le hubieran dado la espalda a la República fue el propio Franklin D. Roosevelt.

El 27 de enero de 1939, en una reunión del gabinete dijo que creía que el embargo de armas había sido «un grave error».[11](#)

Dos años después de regresar de España, Marion Merriman se volvió a casar, tal como Bob le pidió que hiciera cuando temía por su vida. Décadas más tarde, le contó a un periodista que al principio le perseguía una pesadilla en la que Bob regresaba y ella se veía forzada a elegir entre sus dos maridos. Tuvo tres hijos, trabajó en la administración de la Universidad de Stanford y, como casi todos los demás voluntarios en España (sin distinción de si todavía eran miembros del Partido o excomunistas o anticomunistas), tuvo que soportar las periódicas visitas del FBI. La vigilancia del desconfiado jefe de la agencia, J. Edgar Hoover, se extendió incluso a los muertos. Robert Merriam, asesor del presidente Eisenhower y candidato republicano a la alcaldía de Chicago, descubrió que estaba siendo investigado porque el FBI había confundido su nombre con el de Bob.

Décadas después de la guerra, Marion visitó España con su segundo marido y dos veces más tras la muerte de este con otros veteranos, tratando de localizar el lugar en el que Bob desapareció. Pero no pudo establecer nada con certeza. Los registros de la desesperada y caótica retirada de la primavera de 1938 eran fragmentarios y el paso del tiempo había ido diezmando el número de supervivientes. «¿Qué se hizo de esos años?», le escribió a Alvah Bessie justo después del quincuagésimo aniversario de su boda con Bob.[12](#)

Siguió manteniendo su amistad con Milly Bennett, a quien le seguía gustando rodearse de comunistas convencidos por la satisfacción que le producía no ser del todo uno de ellos.[13](#) En cierto momento escribió con orgullo que no podía resistirse a discutir en casa de Marion con los leales al Partido. «No puede tener a sus queridos amigos [...] en casa [...] porque me peleo con ellos.»[14](#) Bennett trató de encontrar un editor para su autobiografía, *Live Hard, Die Hard*,[15](#) de la que solo había escrito el primer volumen dedicado a su estancia en la China revolucionaria de los años veinte. Pero, con sus archivos llenos de cartas de rechazo, nunca llegó a escribir sobre Rusia y España. Su marido, el excomandante del Lincoln Hans Amlie, murió en un accidente laboral en 1949 y ella enfermó de cáncer diez años más tarde. Marion la cuidó durante sus últimos meses y fue en su compañía que murió en 1960.

El matrimonio de Toby Jensky y Pat Gurney no salió adelante. Él se quedó

en Londres mientras ella regresaba a Nueva York, y el estallido poco después de la Segunda Guerra Mundial hizo casi imposibles los viajes civiles entre los dos continentes. Podemos seguir su tumultuosa relación a través de las cartas que ambos mandaron a una confidente común, Fredericka Martin, jefa de enfermería y administradora de la unidad médica estadounidense en España. En 1941, Jensky le habló a Martin de un nuevo novio que, como Gurney, parecía más enamorado de ella que ella de él. Y añadía: «Respecto a Pat [...] no sé si quiero que venga o no». Todavía esperanzado, en 1949 Gurney le escribió a Martin: «Me hace muy infeliz lo de Toby, pero no sé qué puedo hacer. La vida es un asco».16 Gurney y Jensky trataron brevemente de vivir juntos en Nueva York, pero la antigua y siempre vacilante llama de ella no revivió y acabaron divorciándose. En una entrevista años más tarde, Jensky contó que, al haber «crecido en un hogar triste»,17 nunca había deseado casarse con nadie. Cuando algunos miembros de su familia le preguntaron curiosos por su romance de guerra, contaba una sobrina, «no quiso hablar de ello».18 Continuó trabajando de enfermera y murió soltera en 1995.

Después de que una bala le destrozara la mano impidiéndole esculpir, Gurney regresó a la pintura. También se dedicó a la pesca y buceo de perlas en el mar Rojo y en el golfo de Adén, y escribió un libro sobre el tema; se dedicó a la agricultura y enseñó inglés en Grecia, Turquía y Portugal. Se casó de nuevo y, justo antes de que se publicaran sus memorias sobre España, murió de un ataque al corazón a los sesenta y dos años.

Aunque más de 15 millones de estadounidenses vistieron uniforme para luchar contra el fascismo durante la Segunda Guerra Mundial, aquellos que decidieron hacerlo antes siguieron viviendo bajo sospecha. Martin Dies, un corpulento texano de cara colorada que forjó su carrera política delatando a rojos, sindicalistas e inmigrantes, fue el primer presidente del Comité de Actividades Antiestadounidenses del Congreso. Según otro miembro del propio Congreso, Dies declaró que «quien hubiera estado en contra de Hitler y Mussolini antes del 7 de diciembre de 1941 era un antifascista prematuro».19 Aunque la etiqueta fue asumida con orgullo por muchos de los veteranos del Lincoln, algunos se vieron convocados por comités legislativos o despedidos de sus puestos de trabajo en cuanto el FBI iba a visitar a sus empleadores.

El espionaje atómico soviético, la Guerra Fría y la llegada del macartismo



no hizo más que aumentar la paranoia. Una de sus víctimas entre los veteranos estadounidenses en España fue el doctor Edward Barsky. Tras regresar a Estados Unidos, pasó a presidir el Comité Conjunto de Refugiados Antifascistas que hacía campaña contra Franco y proporcionaba ayuda a aquellos que habían huido del país. El Comité de Actividades Antiestadounidenses convocó a Barsky y a otros miembros del grupo a testificar, exigiéndoles que, entre otras cosas, les entregaran los nombres de todas las personas que recibían dicha ayuda. Barsky y sus colegas se negaron alegando que dar el nombre de esos españoles podría ponerlos en peligro a ellos o a sus familias. En 1950, Barsky fue condenado a seis meses en una prisión federal por desacato al Congreso. Cuando fue puesto en libertad, descubrió que su licencia para ejercer la medicina en el estado de Nueva York había sido suspendida por otros seis meses. Apeló dicha suspensión al Tribunal Supremo, que falló en su contra. El magistrado William O. Douglas declaró en un voto particular: «Cuando un médico no puede salvar vidas en Estados Unidos por haberse opuesto a Franco en España, es momento de ponerse a analizar críticamente la neurosis que nos posee».[20](#)

En ese clima de psicosis, muchos miembros del Lincoln temieron ser arrestados. El artillero Hy Tabb, que fue uno de los que accidentalmente se topó una noche con un campamento nacional junto a Alvah Bessie, más tarde se convertiría en impresor y corrector del *New York Times*. Después de haber sido citado por un comité del legislativo estatal, un día quemó todos los recuerdos de la guerra en su cabaña de fin de semana, incluida su colección de carteles. Jack Penrod, nacido en Alabama, que dirigió una escuadra de francotiradores en Teruel y más tarde se convirtió en profesor de inglés de la Universidad de Florida, destruyó unas memorias de guerra que había escrito porque «en aquel momento no sabía si realmente podrían obtener una orden para registrar mi casa».[21](#)

Jim Neugass se casó después de regresar de España y tuvo dos hijos, pero el dueño del apartamento familiar en Nueva York decidió expulsarlos cuando descubrió que Neugass había combatido por la República. Como ponen de manifiesto los archivos del FBI, el casero estaba orgulloso de colaborar con la agencia. Les contaba a los agentes de quién recibía correspondencia y decía que «no sabía dónde trabajaba en aquel momento el sujeto, pero que escribía mucho a máquina, al parecer escribiendo un libro».[22](#) El libro era una novela publicada en 1949 y basada en su infancia y juventud en Nueva

Orleans y Nueva York. Pero, como signo de los tiempos, en la información biográfica que facilitó al editor para la solapa del libro, omitió cualquier mención a España. La única guerra civil que aparece en la novela es la estadounidense. Incluso Neugass le dijo a su hijo mayor que la gran cicatriz en el muslo provocada por la metralla se la había hecho esquiando.

Justo unas semanas después de publicar el libro, Neugass murió de un ataque al corazón a la edad de cuarenta y cuatro años cuando salía de la estación del metro de Greenwich Village. Pero, como un ladrón le robó la cartera dejándole sin identificación, su angustiada viuda tardó cuatro días en enterarse de lo que le había pasado. Ella siempre había creído que todos sus escritos inéditos<sup>23</sup> habían quedado destruidos a causa de una fuerte tormenta que inundó el sótano de la casa unos años antes de su muerte, pero, más de medio siglo después, se descubrió una copia mecanografiada del diario entre unos fajos de papeles en una librería de viejo de Vermont. El más pequeño de los hijos de Neugass, que llevaba su mismo nombre, no tenía más que año y medio cuando murió su padre. Después de descubrirse el diario, se puso en contacto con varios editores para tratar de publicarlo. «Es la cosa más importante que me ha pasado en la vida. Ese hombre era para mí un fantasma.»<sup>24</sup> Utilizando el redescubierto diario como guía, fue a España y recorrió los caminos y los pueblos por los que su padre había pasado con su ambulancia.

Si alguna vez le preguntaban por la ayuda inestimable que había facilitado a Franco, Torkild Rieber simplemente contestaba que era un patriota americano y que, si Estados Unidos se viera alguna vez involucrado en una guerra, dejaría su cargo de director general de Texaco para volver a capitanear un barco al servicio de su país.<sup>25</sup> Sin embargo, un año después del final de la Guerra Civil Española, Rieber sufrió una humillación pública. Durante el oscuro período que va desde el comienzo de la Segunda Guerra Mundial en septiembre de 1939 a la entrada de Estados Unidos en la guerra dos años más tarde, no ocultó su entusiasmo por Hitler. El Führer, decía, era justamente el tipo de líder fuerte y anticomunista con quien se podía hacer negocios. Y eso fue lo que hizo él con entusiasmo, vendiéndole petróleo de Texaco a los nazis, encargando petroleros a los astilleros de Hamburgo y viajando a Alemania tras la guerra relámpago polaca, lo que permitió a Hermann Göring organizarle una gira aérea por las principales zonas industriales. Durante ese

viaje, pasó un fin de semana en Carinhall, la casa de campo del jefe de la Luftwaffe, lujosamente decorada con tesoros artísticos saqueados por toda Europa.

De regreso a Estados Unidos, «Cap» Rieber descubrió que su personaje de marino experimentado seguía encajando bien en la sociedad neoyorquina. Era un habitual de acontecimientos sociales como las reuniones californianas en Bohemian Grove o la comida anual del Gridiron Club de Washington. Vivía entonces en un apartamento del piso trigésimo quinto del elegante Hampshire House, en Central Park, entre cuyos inquilinos figuraban celebridades como Ray Bolger, intérprete del espantapájaros en *El mago de Oz*.

Rieber le hizo varios importantes favores a Göring, entre ellos, facilitarle las operaciones de Gerhardt Westrick, un poderoso cabildero y agente secreto alemán. Westrick trabajaba desde la sede de Texaco, conducía un Buick prestado por Rieber y agasajaba a hombres de negocios estadounidenses en una mansión en Scarsdale alquilada por el abogado de Texaco. En junio de 1940, inmediatamente después de la rendición de Francia a los invasores alemanes, Rieber y Westrick participaron en un banquete de celebración en una sala privada del hotel Waldorf Astoria de Nueva York, en la que ejecutivos de Ford, General Motors, Eastman Kodak y otras compañías hablaron sobre las posibilidades de cooperación de Estados Unidos con el régimen nazi que parecía seguro que dominaría Europa en un futuro inmediato. Alemania suponía un mínimo riesgo crediticio para los americanos, aseguró Westrick, y desde luego tenía que acabar esa tontería de seguir vendiéndoles armas estadounidenses a los británicos.

Rieber siempre estaba dispuesto a contratar a simpatizantes nazis y, como consecuencia de ello, el representante de Texaco en Alemania recibía frecuentes telegramas de un adjunto de la oficina de la compañía en Nueva York, supuestamente relacionados con temas de patentes. De hecho, se comprobó que contenían información codificada sobre los barcos que salían del puerto de la ciudad en dirección a Inglaterra y el tipo de mercancías que transportaban. Otras informaciones que los nazis infiltrados en Texaco transmitían o enviaban a Alemania, algunas camufladas como correspondencia comercial rutinaria, incluían detallados informes de espionaje sobre la industria petrolera y aeronáutica estadounidenses. Agentes británicos al acecho descubrieron algunos de esos tejemanejes y los filtraron al *New York Herald Tribune*. Westrick fue expulsado del país, Texaco quedó

humillada públicamente y a Rieber se le obligó a dimitir, facilitando su salida con una considerable indemnización. Texaco, alarmada por la mala publicidad, trató rápidamente de limpiar su imagen pública patrocinando las retransmisiones radiofónicas semanales desde el Metropolitan Opera, una relación que se mantuvo durante décadas.

Pero, debido a la gratitud de Franco, el depuesto Rieber salió bien parado de su despido, pues el Generalísimo lo nombró comprador jefe para América del monopolio español de petróleo. A lo que siguió una serie de puestos y cargos directivos bien remunerados en la industria del petróleo y la construcción naval, entre otros negocios. En 1960, a la vuelta de un viaje para cerrar la compra de un petrolero en un astillero alemán, Rieber alquiló una planta entera del hotel Ritz de París para su séquito. Una noche, un resfriado le impidió llevar a la comitiva a cenar a un elegante restaurante, así que le pidió a un joven periodista del grupo, Lewis Lapham (que más tarde sería el director del *Harper's Magazine* y cuyas posiciones políticas eran opuestas a las de Rieber), que ejerciera de anfitrión en su lugar. «Me convocó en su habitación del Ritz y me dijo: “Lewis, esta noche vas a ocupar mi lugar. ¿Sabes cuánto dejar de propina?”. Yo le contesté: “No lo sé, Cap”. Él dijo: “Bueno, pues debe ser mucho”. Y sacó un puñado de billetes de cien francos y me explicó lo desorbitado que tenía que ser.»<sup>26</sup>

Al envejecer, su mata de pelo se tornó blanca, pero su vigoroso y robusto aspecto, su habilidad para ganar dinero y su inclinación hacia los líderes autoritarios permanecieron inalterables. Apoyó una operación de contrabando de armas a través de la frontera en vagones de carga refrigerados para un golpe de Estado en México, trabajó como asesor petrolero para el sah de Irán y fue el anfitrión de la hija de Franco y su marido cuando visitaron Estados Unidos, llevándolos por todo el país en su avión privado. Visitaron las cataratas del Niágara y una reserva india en Nuevo México, disfrutaron de un banquete en el exclusivo Bayou Club de Houston y se dejaron caer también por los estudios de la Paramount en Hollywood, donde conocieron a Bob Hope, Cary Grant y Alfred Hitchcock y comieron con Cecil B. DeMille. En 1968, Rieber murió rico, a la edad de ochenta y seis años.

Virginia Cowles se hallaba en Londres en vísperas de la Segunda Guerra Mundial. Una vez comenzada esta, realizó una gira de conferencias por Estados Unidos en que urgía a su país a entrar en la guerra. Después trabajó

durante un tiempo para el embajador estadounidense en Gran Bretaña y luego volvió a los campos de batalla como corresponsal de guerra. Acabada la contienda, se casó y tuvo una exitosa carrera como escritora de biografías históricas. Cuando a los setenta y tres años le diagnosticaron un enfisema terminal y unas pocas semanas de vida, le pidió a su marido que la llevara a la sierra de Guadarrama, la zona montañosa al noroeste de Madrid donde había informado de la Guerra Civil Española desde ambos bandos. En el camino de regreso, sufrieron un accidente de coche en Francia, a consecuencia del cual su marido quedó gravemente herido y ella falleció.

La glamurosa pareja de la guerra, formada por Ernest Hemingway y Martha Gellhorn, se casó en 1940. Nueve años mayor que ella, Hemingway la trataba de «hija», como solía hacer con las mujeres más jóvenes. Durante los primeros meses juntos, Martha estaba tan deslumbrada que en algunas de las cartas que le escribió inconscientemente imitaba las palabras y el ritmo de su característica prosa. «Qué haré en Nueva York —decía en un pasaje propio de Hemingway— con toda esta gente que no conocen nada de lo que nosotros conocemos: lo bonito que es Guadarrama y lo magnífica que es su gente y lo espléndidos que eran nuestros paseos por el cerro de San Juan [...] y cómo nos quedábamos en la cama oyendo el sonido de las ametralladoras y de los bombardeos en la calle.»<sup>27</sup>

Pero si Hemingway esperaba que su joven y elegante esposa rubia se limitara a ser un simple trofeo, pronto descubrió que estaba equivocado. Poco después quedó claro que estaba decidida a seguir escribiendo y no vivir a su sombra. Ambos cubrieron la Segunda Guerra Mundial, pero Gellhorn se anotó un tanto cuando se coló en un barco hospital y llegó a la playa de Omaha un día después del Día D. Un furioso Hemingway no consiguió llegar a tierra hasta mucho más tarde. Se divorciaron en 1946. Gellhorn se dedicó entonces a cubrir muchas otras guerras, también escribió textos de ficción que tuvieron buena acogida entre el público y, hasta su muerte a los ochenta y nueve años, fue famosa por zanzar bruscamente cualquier entrevista en cuanto le preguntaban por Hemingway.

Al regresar de su último viaje a la España en guerra, Hemingway comenzó la novela que tenía planeada. Al publicarse en 1940 *Por quién doblan las campanas*, el autor consideró que se trataba «del mejor maldito libro que había escrito jamás».<sup>28</sup> Otros no lo consideraron del mismo modo, pero fueran cuales fuesen sus defectos, la novela refleja una comprensión política

más amplia de la Guerra Civil de la que reflejan sus artículos periodísticos escritos desde el frente o el texto de *Tierra española*. Incluye hirientes escenas de violencia contra civiles tanto por parte de los nacionales como de los republicanos, evoca una masacre de derechistas, a algunos de los cuales se les obliga a arrojarse por un precipicio, con un agudo sentido de la psicología de masas. Y, aunque partidario incondicional de la República condenada, retrata a algunos soldados nacionales como seres humanos honrados; hace un duro retrato de algunos oficiales soviéticos, y uno absolutamente demoledor del comisario de las Brigadas Internacionales, André Marty. En un pasaje de la novela, Marty arresta a dos correos republicanos, ejecutándolos por traidores, en vez de hacer llegar rápidamente a su destino el mensaje de vital importancia.

El libro indignó a algunos veteranos del Lincoln. Alvah Bessie condenó al escritor por minimizar la crucial ayuda soviética a España y por el «despiadado [...] ataque personal»<sup>29</sup> a Marty (aunque privadamente, en su propio diario en España, Bessie lo había descrito como «el viejo e imprevisible demagogo»).<sup>30</sup> Catalogó despectivamente la novela como una «historia de amor estilo *Cosmopolitan*». Otros voluntarios estadounidenses también la condenaron. Curiosamente, al antiguo comisario del Batallón Lincoln, Steve Nelson, con una posición mucho más elevada dentro de la jerarquía del Partido que Bessie, como a muchos otros lectores, le entusiasmó la vivacidad y el suspense de la narración. En una entusiasta crítica, calificó el libro de «monumento de la literatura estadounidense». Luego, el Comité Nacional del Partido lo obligó a retractarse, lo que hizo obedientemente, escribiendo que «el desarrollo que hace Hemingway no refleja la verdad» y añade que no es casual que «el libro haya sido aclamado en los salones literarios de la burguesía».<sup>31</sup>

El Partido confiaba en que la tan esperada novela de Hemingway inmortalizara a los hombres de clase obrera de diferentes naciones combatiendo codo con codo contra el fascismo. Por contra, el personaje central, Robert Jordan, es un universitario especialista en literatura española y un saboteador solitario que vuela un puente ferroviario tras las líneas enemigas (episodio para el que Hemingway se inspiró en la expedición nocturna que realizó con el grupo guerrillero de Antoni Chrost). Paradójicamente, aunque, como todos los héroes de Hemingway, no es adepto a ningún credo organizado, Jordan está parcialmente inspirado en

alguien que sí lo era. En el instructor alto, valiente, de pelo rubio, procedente del Oeste americano que muere en España por sus convicciones hay un eco inconfundible de Bob Merriman.

El libro de ensayos más conocido sobre la Guerra Civil Española, las memorias de George Orwell *Homenaje a Cataluña*, experimentó un peculiar periplo. Cuando apareció en Inglaterra en la primavera de 1938, el relato de alguien que había combatido contra Franco era anatema para los derechistas, que lo rechazaron. Pero muchos de los lectores de la izquierda no deseaban oír hablar de la acusación de Orwell contra la policía republicana dominada por los comunistas por perseguir y detener a miembros del POUM. Así que la obra vendió solo 800 ejemplares en los 12 años anteriores a la muerte de Orwell en 1950. Solo más tarde, durante la Guerra Fría, cuando los críticos del régimen estaban ansiosos por destacar un ejemplo temprano de la perfidia soviética, el libro alcanzaría un público de millones de lectores.

Con amigos detenidos en España y habiendo escapado él mismo por los pelos de la cárcel, Orwell evidentemente estaba furioso por la persecución del POUM mientras escribía. Pero una virtud de *Homenaje a Cataluña* es su humildad. «Es difícil —escribió—, solo se puede estar seguro de lo que se ha visto con los propios ojos. [...] Cuidado con [...] la deformación que inevitablemente produce el que yo solo haya podido ver una parte de los hechos.»<sup>32</sup> Incluso una vez publicado el libro, no dudó en cambiar de parecer sobre ciertos aspectos. Seis meses después, decidió que, dada la importancia de la lucha contra el fascismo, la supresión del POUM revolucionario, como le escribió a un amigo a finales de 1938, «había provocado demasiado alboroto».<sup>33</sup> Cinco años más tarde, en un ensayo, «Recuerdos de la guerra de España», implícitamente se desdice de algo que había expresado en el libro, pues estaba comenzando a pensar que la idea de «que la guerra se podría haber ganado si no se hubiera saboteado la revolución es probablemente falsa. [...] Los fascistas ganaron porque eran los más fuertes: tenían armas modernas y los otros carecían de ellas».<sup>34</sup> Muchos historiadores actuales estarían de acuerdo con él.

El papel de las potencias extranjeras, afirmaba Orwell en ese ensayo de 1943, fue decisivo. «El resultado de la Guerra Civil Española se determinó en Londres, en París, en Roma, en Berlín»<sup>35</sup> (y podría acertadamente haber añadido Washington a la lista). Meses antes de su muerte, dejó instrucciones



para que se reordenara el *Homenaje*. No eliminó nada del libro, pero pidió que los dos largos capítulos dedicados a las luchas intestinas entre facciones de la República fueran relegados a los apéndices, aunque pasarían décadas tras su muerte antes de que los editores tanto británicos como estadounidenses cumplieran sus deseos.

La experiencia de Orwell en España suscita una pregunta: ¿debe un escritor revelar información perjudicial para la causa en la que cree? Aunque tanto Orwell como Hemingway respaldaban apasionadamente a la República, sus respuestas fueron diferentes. Con la guerra todavía en curso cuando se publicó *Homenaje a Cataluña*, la descripción de Orwell de una República dividida en facciones y desgarrada por combates callejeros era una imagen muy distinta de la que el gobierno quería presentar al mundo. Hemingway, por contra, no recogió en sus crónicas periodísticas de la guerra nada que pudiera empañar la imagen heroica de la República. Reservó sus ácidos retratos de André Marty, los jefes incompetentes, los despiadados agentes comunistas de la policía política y la ejecución de un desertor para su novela y un cuento demoledor, «Under the Ridge», ambos publicados después de la guerra.

«¿Qué puedo contar de esto?», le preguntó el periodista novelista a un general republicano que había ordenado un ataque desesperado con un número insuficiente de fuerzas. «Nada que se salga del parte oficial», le contestó el general, para luego añadir: «Después podrás escribirlo todo». Hemingway hizo la misma distinción en una carta a su editor, Maxwell Perkins: «Yo, alzado en armas, soy fiel y leal, pero después soy un escritor». [36](#)

Un escritor honrado y alguien «levantado en armas» por una causa, por digna que esta sea, desde luego persiguen objetivos diferentes, a veces imposibles de conciliar. Aunque habitualmente tendemos a valorar la posición de Orwell y su *Homenaje a Cataluña* es presentado, con razón, como un ejemplo de valerosa afirmación de la verdad, rara vez nos paramos a pensar en la medida en que aceptamos la autocensura cuando existe una creencia generalizada en la justicia de una causa. Consideremos la Segunda Guerra Mundial, la «guerra buena», que en muchos aspectos no fue ni mucho menos tan buena. Por ejemplo, tomemos el año 1945 en el que los Aliados expulsaron a unos diez millones de alemanes étnicos de diferentes zonas de la Europa del Este en las que habían vivido durante generaciones. Al menos

medio millón de personas murieron durante la deportación. Cientos de periodistas estaban al corriente de lo que estaba pasando, pero muy pocos hablaron de ello (una excepción fue Orwell, quien a principios de ese mismo año declaró que el traslado forzoso de los alemanes de Polonia sería un «crimen enorme»).

[37](#) Y, sin embargo, rara vez se presenta la Segunda Guerra Mundial como un capítulo vergonzoso del periodismo occidental.

Una década y media después de la guerra española, Hemingway declaró que «*Homenaje a Cataluña* es un libro excepcional». A Orwell le pareció lo mismo *Por quién doblan las campanas*.

[38](#) ¿Qué hubieran podido comentar entre los dos sobre sus diferentes decisiones respecto a la autocensura? Parece que se cruzaron brevemente en un hotel de París en 1945, siendo ambos corresponsales de guerra, pero no queda constancia de si hablaron sobre España.

Charles y Lois Orr vivieron un tiempo en París después de salir de España y luego regresaron a Estados Unidos. Él retomó sus clases de economía y ella trabajó en tareas sindicales. Sus diferencias de caracteres, que ya habían aflorado en España, los llevó, después de tener un hijo, a divorciarse. Charles tuvo una larga carrera como economista especializado en temas de sindicalismo internacional. Lois se volvió a casar, tuvo varios hijos más, se convirtió en cuáquera y en activista del movimiento pedagógico Waldorf,\* y murió a los sesenta y ocho años. Sus nueve meses y medio de recién casada en la Barcelona revolucionaria siguieron siendo para ella el momento culminante de su vida. Durante más de 35 años escribió diversos borradores para un libro sobre ese período, pero no encontró editor. Sus cartas de esos meses no aparecerían publicadas hasta mucho después de su muerte.

Otros estadounidenses cuyas vidas se vieron marcadas por la Guerra Civil Española siguieron diferentes derroteros. Aunque la asociación que agrupaba a los veteranos del Lincoln siguió durante muchos años controlada por el Partido Comunista y los leales fueron cambiando de posición en función de las directrices de Moscú, la mayoría de los veteranos tarde o temprano dejaron el Partido.

[39](#) Amargas recriminaciones mutuas estallaron entre aquellos que lo abandonaron y los que se quedaron, y en algunos casos hombres que habían luchado juntos en España dejaron de dirigirse la palabra. Un importante grupo abandonó el Partido como consecuencia del descaradamente cínico pacto germano-soviético de 1939. Un número aún

mayor lo dejó a partir de 1956, cuando el líder soviético Nikita Jrushchov, en un histórico discurso en el Congreso del Partido en Rusia, confirmó lo que los no comunistas llevaban afirmando desde hacía años sobre la increíble escala de los arrestos masivos, ejecuciones y redes de campos de concentración de la época de Stalin. Fue como si el papa hubiera declarado que desde el principio los protestantes habían tenido razón. En una reunión del Comité Nacional del Partido de Estados Unidos, a la que asistieron, además de otros funcionarios, varios veteranos del Lincoln, se leyó en voz alta el discurso íntegro de Jrushchov. Hombres y mujeres lloraban mientras sentían cómo se iban disolviendo las certezas de toda su vida.

Entre los que resultaron irremisiblemente conmocionados por las revelaciones de Jrushchov estaban John Gates y George Watt, los dos hombres que atravesaron juntos el Ebro a nado. Abandonar el Partido, dijo Watt, fue «el acontecimiento más traumático de mi vida».<sup>40</sup> En sus últimos años, ambos escribirían de manera penetrante y autocrítica sobre su ingenuidad juvenil respecto al comunismo, que, en su opinión, algunos de sus antiguos camaradas seguían conservando. Gates, sin embargo, continuó trabajando en el movimiento sindical. Ambos se consideraban a sí mismos socialistas democráticos. Los dos se mantuvieron en contacto y se siguieron viendo hasta que Gates murió de una afección cardíaca en Florida más de cincuenta años después de aquel gélido amanecer en que cruzaron el río.

Watt y Gates siguieron sintiéndose orgullosos de haber combatido en España, del mismo modo que prácticamente cada uno de los voluntarios estadounidenses mencionados en este relato, a pesar de las diferentes direcciones políticas que tomaron. Incluso el hombre que se convirtió en uno de los más conocidos anticomunistas de su generación no se arrepintió de haber apoyado a la República Española. A principios de 1939, Louis Fischer consiguió finalmente sacar a su mujer y sus hijos de la URSS, tras la mediación personal en su favor de Eleanor Roosevelt. Solo entonces se sintió seguro para expresar públicamente la desilusión que llevaba padeciendo desde hacía mucho en privado. En 1949 fue uno de los seis colaboradores de una antología ampliamente distribuida, *The God That Failed*, un emblemático texto anticomunista de la época. Fischer había escrito en una ocasión que no podía «imaginar una vida sin algo que me trascienda y en lo que pueda creer».<sup>41</sup> El objeto de su fe que sustituyó a la Unión Soviética fue Mahatma Gandhi, sobre el que escribió varios libros. Se acabó separando

amistosamente de su mujer y se estableció en Princeton, Nueva Jersey. Siguió siendo un mujeriego empedernido; cartas amorosas de mujeres en al menos tres lenguas aparecen dispersas entre sus vastos archivos. Una de las últimas, llena de furia hacia sus rivales (en un momento dado hubo que llamar a la policía de Princeton), era otra famosa apóstata del comunismo, Svetlana Alliluyeva, la hija rebelde de Stalin.

En la actualidad, ya no queda ningún superviviente de los 2.800 estadounidenses que combatieron en la Guerra Civil Española; el último falleció en 2016. Mientras vivieron, muchos se convirtieron en activistas de otras causas. Helen Freeman, la enfermera gravemente herida en un ataque aéreo en el hospital de campaña donde trabajaba con Jim Neugass y Toby Jensky, estuvo hasta los ochenta y tres años dedicándose a la asistencia médica a familias de braceros agrícolas inmigrantes en California. Edward Barsky, su jefe en Villa Paz y en el frente de Teruel, organizó a médicos y enfermeras para ir a Misisipi en la campaña pro derechos civiles del «Verano de la libertad» de 1964. Ese mismo año, el carpintero Abe Osheroff, veterano herido del Lincoln, vio como le volaban el coche cuando se dirigía a Misisipi a colaborar en la construcción de un centro comunitario negro. Hilda Bell Roberts, una enfermera que estuvo año y medio en España, vivió lo suficiente para participar en las manifestaciones contra la intervención norteamericana en Afganistán. Harry Fisher, enlace y técnico radiotelefonista en prácticamente todos los frentes en los que combatió el Batallón Lincoln, murió de un ataque al corazón durante una protesta contra la administración Bush por la invasión de Irak en 2003. Quizá el mejor epitafio para todos estos voluntarios puede extraerse de una carta escrita por Hyman Katz, de veintitrés años, meses antes de morir en la retirada de Teruel. Si no hubiera venido a España, le dijo a su madre, siempre se habría preguntado: «¿Por qué no me desperté cuando sonó el despertador?». [42](#)

Mientras Franco estuvo en el poder, los veteranos de las Brigadas Internacionales solo pudieron mantener contactos furtivos con sus antiguos camaradas españoles. John McElligott había formado parte del Batallón Mackenzie-Papineau, al que pertenecieron durante las últimas etapas de la guerra muchos soldados españoles reemplazando a los estadounidenses y canadienses muertos o heridos. En 1947, siendo marinero en un barco que atracó en el puerto de Barcelona, mientras paseaba por la calle, se sobresaltó

al ver trabajando de limpiabotas a su antiguo oficial jefe. Se sentó para que le lustrara los zapatos. Aunque ninguno de los dos hombres hizo en público signo alguno de reconocimiento, el español se las arregló para deslizar bajo la pernera del pantalón de McElligott un papel escrito con una dirección. Cuando aquella noche el marinero se acercó a la dirección, le estaban esperando diez españoles veteranos de las Brigadas Internacionales. «Las puñeteras lágrimas —contó McElligott— me rodaban por las mejillas.»<sup>43</sup>

Después de la muerte de Franco, ese tipo de encuentros dejaron de ser clandestinos. En 1996, en el sexagésimo aniversario del estallido de la guerra, el Parlamento español concedió la ciudadanía honorífica a todos los veteranos vivos de las Brigadas Internacionales.<sup>44</sup> Alrededor de 380 de ellos, incluidos 68 estadounidenses, se desplazaron a Madrid con sus familias. Visitaron los antiguos campos de batalla (una autopista atraviesa hoy el del Jarama) y fueron recibidos con gran emoción. En Barcelona, la afluencia de miles de personas que fueron a recibirlos a la estación de tren exigió que se colocaran vallas de protección. Llorosos octogenarios, algunos de ellos en sillas de ruedas o con caminadores, fueron cubiertos de flores por gentes a los que doblaban o triplicaban la edad. Por fin se cerraba un círculo.

Un círculo de otro tipo también se cerró para Marion Merriman en 1987, cuando el rector de la Universidad de California en Berkeley, donde había trabajado Bob, recibió una carta desde España dirigida directamente al «rectorado».

Estimados señores:

Soy un anciano español que en otro tiempo, cuando era joven [...], fue miembro del Batallón Lincoln-Washington de la Brigada Lincoln.

En aquel tiempo, el 2 de abril de 1938, fui hecho prisionero por la caballería de Franco, el mismo día en que Bob Merriman murió junto a mí al frente de su batallón en Gandesa. [...]

[...] Desearía que me facilitaran la dirección de correo de la señora Marion Merriman.

La carta estaba firmada por «Fausto Villar» y llevaba la siguiente posdata: «Pido disculpas por mi pobre inglés, pero no tengo otro».<sup>45</sup>

A partir de entonces se produjo un aluvión de correspondencia en inglés, español y en una mezcla de ambas lenguas, entre Villar, Marion y un amplio círculo de supervivientes del Lincoln. Villar mencionó numerosos nombres de estadounidenses con los que coincidió y facilitó más información sobre

cómo «murió Merriman junto a mí».46

Villar, un fabricante de muebles de Valencia, estuvo en el Lincoln unos seis meses. Fue entonces cuando comenzó a aprender inglés, intercambiando clases de lengua con un voluntario estadounidense que había sido guardabosques en el estado de Washington. En sus cartas y en las páginas de unas memorias inéditas en español que le envió a Marion, describió cómo al principio del último día juntos, «con voz temblorosa por la emoción»,47 Bob Merriman le dijo al grupo de soldados españoles y americanos que estaban rodeados y que los dirigiría para tratar de «romper el cerco» y alcanzar el Ebro, cuya ribera opuesta estaba en manos de los republicanos.

Mientras huían aquella mañana a través de un viñado sin hojas, las ametralladoras nacionales abrieron fuego y varios del grupo cayeron, entre ellos Merriman a unos pasos de Villar: «Lo llamé una, dos, tres veces, no sé cuántas, pero no hubo respuesta. [...] “¡Por favor, Merriman, por favor!”».

Con la certeza de que Bob estaba muerto, Villar cruzó el viñado y, con unos cuantos supervivientes exhaustos, se escondió en un granero donde la caballería nacional los capturó aquella misma noche. Pasó dos años en campos de concentración y luego permaneció en silencio durante todos los años de dictadura. Como tantos otros de los más diversos perfiles políticos (miembros leales al Partido, Hemingway, el agregado militar estadounidense, el coronel Stephen Fuqua, o el anticomunista Sándor Voros), Villar, un escéptico político de familia anarquista, se vio atraído por el magnetismo personal de Merriman, a quien se refería como «el hombre a quien tanto admiré».

Medio siglo después, es normal que la memoria de cualquiera trastabilie, de ahí que otros relatos de aquel día difieran del de Villar. Aunque ningún otro superviviente afirmó haber estado con Merriman en sus momentos finales, varios miembros del Lincoln, que formaban parte de la columna en huida que se dirigía hacia el río, afirmaron que los seguía mandando cuando los sorprendió la oscuridad aquella noche. Uno de ellos fue quien oyó el «¡Rojos, arriba las manos!»48 en medio de la noche, dando a entender que a Bob y a los otros que iban con él los habían hecho prisioneros. Recientemente, a un historiador local, al entrevistar a varios ancianos habitantes de la zona, le dijeron que un grupo de internacionales en fuga fue capturado por los nacionales y por la mañana fueron fusilados de dos en dos. Un hombre recordaba que lo obligaron a cavar una tumba para un prisionero ejecutado

que era «muy alto, con el cabello castaño».49

Independientemente de cuál fuera la verdad, tener noticias de Villar al parecer le trajo la paz a Marion. «He escrito a tanta gente, tantas veces a lo largo de los años, preguntándoles sobre la muerte de Bob —le decía en una carta al veterano del Lincoln Luke Hinman, que sobrevivió a la desesperada retirada de principios de 1938—. Muy pronto supe que estaba muerto. Y, sin embargo, en medio de la noche podía escuchar su voz. Durante muchos años, en San Francisco, lo vislumbraba entre la multitud y echaba a correr para alcanzarlo, pero siempre desaparecía. [...] Pero nadie había encontrado su cuerpo, nadie había estado con él cuando murió. Acabé admitiéndolo, pero nunca lo pude aceptar. Es algo que les ha ocurrido a tantas viudas en tantas guerras.» De Villar escribía: «Era la primera vez que alguien decía que había visto a Bob muerto. [...] Todo concuerda. ¡Es increíble! Mi amigo Pat comprobó todos los nombres que mencionaba Fausto y todos estaban allí. ¡Y las fechas coinciden!».50

Cuatro años después de recibir la primera carta de Fausto Villar, Marion murió mientras dormía a la edad de ochenta y dos años.

Bajo un brillante cielo azul y un cálido sol veraniego, el río Ebro resulta sorprendentemente tranquilo. Después de la crecida primaveral, la corriente es mansa. A orillas del río, cerca de donde John Gates y George Watt lo cruzaron a nado para ponerse a salvo, el barquero de un pequeño transbordador de cable holgazanea adormilado en una tumbona a la espera de clientes.

Más de tres cuartos de siglo después del final de la guerra, el accidentado terreno todavía delata evidencias del combate: muros de piedra marcados con impactos de bala, una inscripción apenas visible sobre la puerta de un edificio que dice: INTENDENCIA XV BRIGADA, y una colina en la que un empleado de un museo local está excavando unas trincheras de la guerra con la ayuda de un detector de metales y una pequeña pala (orgullosamente nos muestra una bala y un cargador de subfusil italianos que acaba de desenterrar esa misma tarde). Durante los años del franquismo, el gobierno destruyó sistemáticamente cualquier monumento funerario visible de los soldados de las Brigadas Internacionales, pero a las afueras del pueblo de Marsá, escondida en un espeso matorral y cuidada secretamente por los lugareños durante la dictadura, se halla la única tumba conocida en España de un estadounidense



muerto durante la guerra.

Pertenece a John Cookson, un profesor asistente de física de la Universidad de Wisconsin y oficial de señales del Batallón Lincoln, que se construyó una radio de onda corta en el frente. Resultó herido mortalmente a la edad de veinticinco años por un trozo de metralla que le alcanzó en el corazón durante la batalla del Ebro, pocos días antes de la retirada de los internacionales. Cookson provenía de una familia de granjeros metodistas, pero algunos de los recientes visitantes de su modesta tumba claramente debían de ser judíos, porque habían ido poniendo pequeñas piedras encima de la lápida. Cookson murió en 1938. Justo al lado del lugar donde yace, sombreada por el mismo pino, está también la tumba mucho más reciente de Clarence Kailin (1914-2009). Compañeros en la secundaria, los dos se alistaron y vinieron juntos a España. Kailin combatió durante toda la guerra desde el Jarama hasta el Ebro, le puso a su hijo John en recuerdo de Cookson, regresó varias veces a visitar la tumba de su amigo y pidió que lo enterrasen aquí.

A media hora en coche por pequeñas y sinuosas carreteras hay una estrecha elevación del terreno conocida en catalán simplemente como Els Tossals. Entre árboles de hoja perenne y un campo de almendros, su punto más alto domina una vista espectacular hacia el sur y el este. Bob Merriman y al menos 50 soldados de las Brigadas Internacionales<sup>51</sup> llegaron a ese lugar el 2 de abril de 1938. Amanecía, los hombres (estadounidenses, españoles, más algunos de otros países) acababan de realizar una agotadora marcha nocturna sin luna, sobre un terreno agreste, cargados con todo el equipo. Desde esa cima perfumada de pino la tierra desciende suavemente, alfombrada por más almendros, praderas y viñas en bancales, hacia un amplio y bucólico valle. A varios kilómetros de distancia, en el fondo del valle, desplegándose como en un paisaje de Cézanne, se encuentran los pueblos de Corbera y Gandesa, con sus casas de piedra de tejados rojos y la antigua torre de la iglesia de Gandesa. Más allá se eleva una cordillera de oscuros bosques surcada por despeñaderos. Por el otro lado discurre el Ebro, cuya ribera opuesta, como sabían Merriman y sus hombres, suponía la salvación.

Pero cuando los hombres examinaron la vista aquel amanecer, esta aparecía plagada de amenazas. No solo había fuerzas enemigas pisándoles los talones, sino que habían entrado en el valle que tenían que atravesar. En la carretera que lo atraviesa, camiones de tropas franquistas estaban irrumpiendo por uno de sus extremos, mientras los vehículos del Corpo Truppe Volontarie

mussoliniano avanzaban por el otro. También eran visibles tanques y artillería nacionales, así como aviones de observación sobrevolando en lo alto.

Al constatar que estaban rodeados, los soldados se dividieron en grupos más pequeños para tratar de eludir el cerco. Solo podemos imaginar la desesperada conversación, en varias lenguas, sobre la mejor manera de actuar. Algunos decidieron esperar en la colina hasta la caída de la noche, aunque ello significara que más tropas nacionales tendrían tiempo de tomar posiciones frente a ellos, mientras que Merriman capitaneó un grupo que partió para tratar de cruzar el valle a plena luz del día. «Lo que he hecho me ha permitido una vida plena —había escrito en su diario unos meses atrás, justo antes de resultar herido—. Espero que otros vivan la vida que yo he empezado y que puedan llevarla más allá, tal como quisiera hacerlo yo.»<sup>52</sup> Si murió en un viñado, como afirmaba Villar, fue descendiendo la ladera. Si, como decían otros, fue hecho prisionero por la noche y luego fusilado, entonces fue capturado cerca o pasada la carretera<sup>53</sup> entre los dos pueblos de tejados rojos que ahora se extiende tranquila y hermosa a la soleada luz del verano.

En otra parte de España, en Brunete, la tierra todavía conserva trazas de las trincheras que los estadounidenses y otros voluntarios extranjeros, bajo el intenso fuego de julio de 1937, excavaron frenéticamente en el suelo seco y pedregoso. A pesar de sus ruegos a tantas autoridades a lo largo de los años, la familia de Phil Schachter nunca pudo conocer lo que le sucedió tras desaparecer en esa batalla. Hasta su propia muerte, su hermano Harry sintió el dolor y la pérdida, una angustia agravada por su desencanto por el comunismo. «Con el paso de los años, mi sentimiento de culpabilidad y arrepentimiento han ido en aumento por mi complicidad en su partida —escribió más de cinco décadas más tarde a un veterano del Lincoln que conoció a Phil—. Tenía veintiún años y todavía puedo oír a mi padre llorando.»<sup>54</sup>

«Mi familia nunca supo cómo encajar el duelo de Phil», escribió la hija de Harry, Rebecca Schachter. Nacida mucho después de la muerte de Phil, es asistente social en Massachusetts especializada en el cuidado de víctimas de un trauma. «Mi padre se echaba a llorar cada vez que recordaba cómo se enteró su padre de la muerte de Phil.»

En 2012, Rebecca Schachter visitó España por primera vez, acompañada de su hija de quince años, una bailarina que iba a actuar en un festival de flamenco. Luego, con las cartas de Phil en la mochila, se trasladó a Brunete. En lo alto de una cresta castigada por las bombas donde se desarrollaron feroces combates

había un viejo y bombardeado muro de ladrillo, el único de los alrededores. [...] Allí, arrodillada tocando la tierra, me sentí tan cerca de mi tío Phil, que me puse a hablarle. Le dije que nunca lo habíamos olvidado. [...] Le dije que honrábamos su bondad e idealismo y que el mundo resultó ser una realidad políticamente mucho más complicada de lo que él podía saber entonces. [...]

Le dije que su venida a España con la Brigada Abraham Lincoln, su disposición a darlo todo creyendo que podía crear un mundo más justo y más libre; que ese voluntariado, ese espíritu de esperanza era una fuente de profunda inspiración. Entonces me detuve y de algún modo conseguí decir el kadish por ese hijo, hermano y tío. Todo ello me produjo una profunda emoción. Pero ya no era solo por mí o por mi familia, sino que lo sentía como parte del dolor universal que tuvo lugar en España en aquellos días oscuros que fueron apenas el preludio del trauma y la tragedia que se desbordarían por toda Europa y por todo el mundo. Antes de marcharme, coloqué unas piedras que había traído de casa en el hueco de la ventana del muro de ladrillo.[55](#)



LA JERARQUÍA DE LA IGLESIA CATÓLICA RESPALDÓ FERVOROSAMENTE A LOS ACIONALES. VARIOS PRELADOS HACEN EL SALUDO FASCISTA JUNTO AL GENERAL JOSÉ MILLAN ASTRAY, FUNDADOR DE LA LEGIÓN ESPAÑOLA Y JEFE DE PRENSA Y PROPAGANDA DE LA DICTADURA TRAS LA GUERRA.



EL COMEDOR DEL HOTEL RITZ DE BARCELONA CONVERTIDO EN COMEDOR POPULAR.



MARION Y BOB MERRIMAN EN NOVIEMBRE DE 1937, JUSTO ANTES DE QUE ELLA ABANDONARA ESPAÑA. A LA IZQUIERDA APARECE DAVE DORAN, QUE DESAPARECIÓ EN COMBATE JUNTO A BOB.



GEORGE WATT, UNO DE LOS BRIGADISTAS QUE CRUZÓ EL EBRO A NADO.



EL MAGNATE DEL PETRÓLEO TORKILD RIEBER, PRESIDENTE DE TEXACO Y GRAN AMIGO DE FRANCO.



TROPAS MORAS POCOS ANTES DE SER TRANSPORTADAS DESDE MARRUECOS A ESPAÑA EN AVIONES ALEMANES.



VOLUNTARIOS DE LAS BRIGADAS INTERNACIONALES DEFENDIENDO LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS DE MADRID. OBSÉRVENSE LAS PILAS DE LIBROS USADAS COMO PARAPETO.



JULIO DE 1936: CIUDADANOS DE BARCELONA DISPARANDO CONTRA LOS SUBLEVADOS.





VERANO DE 1936: MILICIANOS ANARQUISTAS SUBIDOS A UN CAMIÓN BLINDADO.



EL PERIODISTA LOUIS FISCHER.



LA PERIODISTA Y BIÓGRAFA VIRGINIA COWLES.



28 DE OCTUBRE DE 1938: LAS BRIGADAS INTERNACIONALES DESFILAN POR LAS CALLES DE BARCELONA EN SU DESPEDIDA.



MILICIANOS BARCELONESES CELEBRANDO UNA BODA.



TROPAS NACIONALES JUNTO AL CRÁTER PRODUCIDO POR UNA BOMBA EN GUERNICA.



ELEANOR ROOSEVELT, SIMPATIZANTE DE LA REPÚBLICA, JUNTO A SU MARIDO FRANKLIN, QUIEN DECLARÓ MÁS TARDE QUE EL EMBARGO DE ARMAS A ESPAÑA HABÍA SIDO UN «GRAVE ERROR».



MILICIANOS CAPTURADOS POR LAS TROPAS FRANQUISTAS EN SEPTIEMBRE DE 1936. MUCHOS ERAN EJECUTADOS.



TERUEL, LA BATALLA MÁS FRÍA DE LA GUERRA.



GEORGE ORWELL (EN EL CENTRO) Y SU MUJER EILEEN EL DÍA EN QUE ELLA VISITÓ SU UNIDAD EN EL FRENTE.



UNA VÍCTIMA DE UN ATAQUE AÉREO EN MADRID.



ENCUENTRO DE HITLER Y FRANCO.





DOS TESTIGOS DE LOS COMBATES DE 1938: JAMES NEUGASS  
AFEITÁNDOSE Y ALVAH BESSIE.



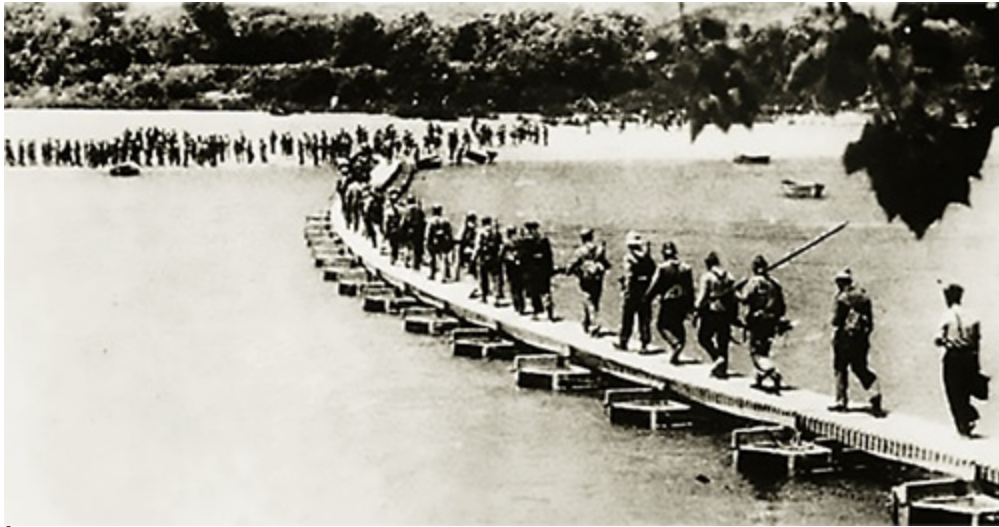




ERNEST HEMINGWAY EN LA RECIÉN CONQUISTADA TERUEL CON EL JEFE DE OPERACIONES DE LA XV BRIGADA MALCOLM DUNBAR (IZQUIERDA), EL PERIODISTA HERBERT MATTHEWS (CON BOINA) Y UN OFICIAL DEL EJÉRCITO REPUBLICANO.



JOHN GATES, OTRO DE LOS BRIGADISTAS QUE CRUZÓ EL EBRO NADANDO.



LA ÚLTIMA Y DESESPERADA OFENSIVA CONTRA LOS NACIONALES:  
TROPAS REPUBLICANAS CRUZANDO EL EBRO.



EL FINAL DE LA GUERRA: MEDIO MILLÓN DE REFUGIADOS REPUBLICANOS  
HUYEN A FRANCIA A TRAVÉS DE LOS PIRINEOS.



## AGRADECIMIENTOS

Todo libro de historia se construye a partir del trabajo de otros y espero que la bibliografía y las referencias dejen claro quiénes son algunos de ellos. Sin embargo, hay muchas más personas a las que querría dar las gracias. En notas como esta, es un tópico afirmar que en ningún caso todos aquellos que han ayudado al autor son responsables de sus errores y opiniones. Ello es especialmente cierto en este, porque pocos acontecimientos de la historia reciente han concitado desacuerdos tan intensos como la Guerra Civil Española y sé que varias de las personas que cito a continuación tienen una visión de esa época un tanto diferente a la mía. Dicho esto, no tengo más que agradecimientos para todas ellas por ayudarme.

En primer lugar, mi homenaje a los veteranos del Batallón Lincoln que conocí y que ya no están entre nosotros: Hank Rubin y Bill Sennett, amigos durante varias décadas; Jim Benet y George Draper, colegas periodistas de tiempo atrás en el *San Francisco Chronicle*, y Luke Hinman y George Kaye, con quienes me crucé más brevemente y a los que habría deseado preguntarles más cosas.

A los bibliotecarios y documentalistas de 15 instituciones de Estados Unidos y del extranjero, que me ayudaron, la mayor parte de las veces en persona, pero otras también a distancia, a encontrar documentos esenciales, incluso alguno que no buscaba. Quiero expresar especialmente mi agradecimiento al equipo de la maravillosamente accesible Biblioteca Tamiment de la Universidad de Nueva York, en la que pasé muchos días examinando los archivos de la Brigada Lincoln; a Vita Paladino, del Howard Gotlieb Archival Research Center de la Universidad de Boston, y a David Jacobs del Hoover Institution Archives de la Universidad de Stanford, quien me descubrió a Lois Orr y su manuscrito inédito.

Mi agradecimiento a Hermann Hatzfeldt por la traducción de documentos del alemán; a Andrea Valencia por hacer lo mismo con algunos documentos del español, y a Vanessa Rancaño por otras traducciones y ayudas con fuente españolas. De viaje por España, aprendí mucho gracias a Alan Warren y Nick Lloyd.

Una extraordinaria variedad de personas respondieron a mis llamadas telefónicas o a mis correos electrónicos, a menudo compartiendo conmigo sus propias notas, trabajos inéditos y otros materiales. Entre ellos había estudiosos de la Guerra Civil Española o personas involucradas en ella, algunas durante muchos más años que yo: Magdalena Bogacka-Rode, Gordon Bowker, James Hopkins, Peter Huber, Jo Labanyi, Warren Lerude, Ana Martí, Ángel Viñas, William Braasch Watson, Robert Whealey y Glennys Young. George Esenwein no solo respondió a mis preguntas durante el proceso, sino que se leyó el manuscrito cuando lo tenía casi acabado. Nick Townsend puso a mi disposición su extensa colección de libros sobre la guerra, y Tony Greiner y Rickard Jorhensen me facilitaron útiles pistas. Sandy Matthews, albacea literario de Martha Gellhorn, amablemente me dio permiso para utilizar citas de sus documentos, del mismo modo que Jeff Wachtel con los de su madre, Marion Merriman Wachtel. Frank Soler siguió el rastro de Torkild Rieber en los archivos de Texaco, actualmente integrados en los de Chevron.

Entre aquellos que compartieron documentos o memorias conmigo o me ayudaron de otros modos también se encuentran los familiares de veteranos de las Brigadas Internacionales: Ellen Grunblatt, Judith Gurney, Lucia Jacobs, Bernice Jensky, Lucy McDiarmid, Jim Neugass, Rebeca Schachter, David Schankin, Lucy Selligman Schneider, Eric Tabb, Andrew Usera, Ruhama Veltfort y Josie Nelson Yurek. Los descendientes de miembros del Lincoln Jane Lazarre y David Wellman también leyeron y comentaron el manuscrito. Y también debo mi agradecimiento por su ayuda a otras personas que tuvieron vínculos con los que estuvieron en España en aquella época: Monica y Laura Orr; Elizabeth Cusick, hija de Lois Orr, que se leyó el manuscrito, del mismo modo que Harriet Crawley, hija de Virginia Cowles; Lewis Lapham, quien conoció a Torkild Rieber, y David Milton, cuyo padre estaba junto a George Orwell cuando lo hirieron.

Peter N. Carroll no solo se leyó el manuscrito, sino que compartió documentos, sugirió pistas y respondió a innumerables preguntas durante varios años. Cualquier persona interesada por los estadounidenses en España está en deuda con él, no solo por los libros que ha escrito, editado o coeditado sobre el tema, sino por sus largos años como director de *Volunteer*. Y desde España, Guillem Martínez Molinos, que generosamente compartió sus conocimientos sobre el negocio del petróleo y su extraordinaria colección de

documentos de Texaco con un estadounidense al que no conocía, y que, llegado el momento, también se leyó el manuscrito, corrigió errores y añadió detalles.

Mi especial agradecimiento a esas magníficas personas que, como las que ya he mencionado, me dieron el mayor regalo que se le puede ofrecer a un escritor: leer lo que había escrito, compartir sus reacciones y señalarme errores u omisiones. Sebastiaan Faber y Christopher Brooks aportaron a este trabajo su particular conocimiento sobre la Guerra Civil Española. Otros eran amigos cuyo conocimiento, duramente adquirido por su propia experiencia de la escritura, me ayudó a configurar la historia que quería contar y a cómo hacerlo de la mejor manera: Harriet Barlow, Elizabeth Farnsworth, Douglas Foster, Elinor Langer, Michael Meyer y Zachary Shore.

Varias de mis deudas de gratitud no las contraía por primera vez. Una es con mi agente literario, Georges Borchardt, que durante treinta años ha sido mi guía en el negocio de escribir libros. Otra es con muchas magníficas personas de mi editorial, Houghton Mifflin Harcourt, particularmente con Bruce Nichols, Ben Hyman, Mehan Wilson y el corrector de estilo Larry Cooper. Y una tercera es con el incomparable editor independiente Tom Engelhardt; este es el quinto de mis libros que ha tenido entre sus manos. Solo aquellos que han trabajado con él conocen plenamente la diferencia entre ser simplemente editado o ser editado por Tom; es parecido a la diferencia existente entre ver el mundo en dos o en tres dimensiones. Y, finalmente, con mi mujer Arlie que, durante cada una de las etapas de este viaje de cuatro años, me ha animado en los momentos bajos, se ha alegrado en los buenos y ha leído dos borradores del manuscrito. Añadimos algunos campos de batalla en España a la colección de lugares que hemos ido visitando juntos cuando uno de los dos estaba escribiendo sobre ellos; entre esos lugares se encuentran iglesias pentecostales en Luisiana o un bar de cobradores de deudas en San Francisco, para sus libros, o las ruinas de un campo del gulag o restos de trincheras de la Primera Guerra Mundial, para los míos. Este libro salió para la imprenta en nuestro quincuagésimo aniversario de boda. Ningún hombre ha sido más afortunado.

## NOTAS

### PRÓLOGO: LEJOS DE CASA

[1](#) Preston 1, p. 223.

[2](#) Watt, p. 107.

[3](#) Gates, pp. 59-60.

[4](#) Watt, pp. 107-108; Gates, p. 60. Hay variaciones poco significativas en la manera de recordar el encuentro por parte de los cuatro hombres, que describo con más detalles en la nota 25 del capítulo 18. Véanse también Hemingway, NANA despacho del 20 de abril de 1938, el relato de Matthews en la crónica del día siguiente en el *New York Times* y la entrevista con Watt en los Documentos de John Gerassi, ALBA 018, Caja 7, Carpeta 6, p. 56. El libro de Gerassi *The Premature Antifascists: North American Volunteers in the Spanish Civil War, 1936-39, An Oral History*, Nueva York, Paeger, 1986, ha sido criticado por algunos de los incluidos en él porque alegaban que había distorsionado lo que dijeron. Por ello, no uso citas de él. Pero las transcripciones de sus entrevistas en ALBA 018(en algunos casos editadas y corregidas por los propios voluntarios) son una fuente útil. Constituyen la mayor colección pública disponible de entrevistas de los voluntarios del Batallón Lincoln.

[5](#) Este cálculo incluye al personal médico voluntario. Christopher Brooks, que es el conservador de la valiosa base de datos ALBA, tiene en sus registros referencias de 2.644 voluntarios y 734 muertes. Pero tanto él como otros estudiosos del Batallón Lincoln creen que el número de muertos y heridos fue más alto. Algunos de los primeros registros del batallón desaparecieron con los dos camiones citados en la nota 34 del capítulo 6. También desaparecieron documentos en otras ocasiones, sobre todo durante las caóticas retiradas de marzo y abril de 1938.

[6](#) Matthews 1, p. 67.

[7](#) Para el telegrama de Vincent Sheean del *Tribune*, véase Voros, pp. 430-431. El de Matthews a FDR, a través de diversos intermediarios, decía: «Mande al menos doscientos aviones de caza inmediatamente»; Jay Allen a James Roosevelt, 28 de marzo de 1938, Documentos de James Roosevelt, Caja 62.

[8](#) Chapman, pp. 226-227.

[9](#) George Draper. El otro veterano de la redacción del *Chronicle* era el reportero de temas de educación James Benet.

[10](#) *L'Espagne libre*, París, Calman-Lévy, 1946, p. 9.

[11](#) Véase Adam Hochschild, *The Unquiet Ghost: Russians Remember Stalin*, Boston, Houghton Mifflin, 2003, p. 56. Mi agradecimiento a Eric Tabb, el hijo de un veterano brigadista, por algunas referencias de gran utilidad sobre este tema. La estimación



de 270 personas es de Luiza Iordache, *Republicanos españoles en el Gulag, 1939-1956*, Barcelona, Institut de Ciències Polítiques i Socials, 2008, p. 136, citado en Young, p. 2.

## PRIMERA PARTE

### 1. LA EXPULSIÓN DE LOS MERCADERES DEL TEMPLO

[1](#) Watkins, p. 13.

[2](#) *Ibid.*

[3](#) Todas las cartas aquí citadas proceden de los Documentos de Robert Hale Merriman, ALBA, 191, Caja 1, Carpeta 1. Muchas no llevan fecha, aunque en algunas hay una fecha y un interrogante a lápiz, al parecer añadidas después.

[4](#) John Kenneth Galbraith a Warren Lerude, 31 de diciembre de 1985. Mi agradecimiento al profesor Lerude por facilitarme una copia de la carta.

[5](#) Lerude y Merriman, p. 21.

[6](#) Manny Harriman Video Oral History Collection, ALBA Vídeo 048, Caja 11, Contenedor 2, entrevista con Marion Merriman Watchel; Lerude y Merriman, p. 21; Wyden, p. 236.

[7](#) «Soviet Spionage in America: An Oft-Told Tale», *Review in American History* 38 (2), junio de 2010, p. 359.

[8](#) Francis Scott Fitzgerald, 15 de marzo de 1940, en «*The Crack-Up*», Edmund Wilson, ed., Nueva York, New Directions, 1956, p. 290.

[9](#) «Socialists' Chief Arrested in Spain», *New York Times*, 14 de octubre de 1934.

[10](#) 11 de octubre de 1931, George Benard Shaw, *A Little Talk on America*, Londres, Friends of the Soviet Union, 1932, citado en Tzouliadis, p. 11.

[11](#) Galbraith, p. 23.

### 2. TIERRA PROMETIDA, ALAS NEGRAS

[1](#) Fischer 1, p. 47.

[2](#) *Ibid.*, pp. 208 y 189.

[3](#) *Ibid.*, pp. 90-91.

[4](#) *Chronicles of Wasted Time*, vol. 1, Londres, Collins, 1972, p. 246.

[5](#) 7 de febrero de 1936, Fisher, Caja 12, Carpeta 9.

[6](#) «Moscow Honors Writers», *New York Times*, 28 de septiembre de 1932; *Washington Post*, 7 de abril de 1935.

[7](#) Fischer 1, p. 376.

[8](#) *Ibid.*, p. 403.

[9](#) Documentos del Departamento de Estado, Archivos Centrales: Spain, Elbridge Durbrow

al secretario de Estado, 13 de mayo de 1937, archivo 852.2221, grupo de registros 59, Archivos Nacionales, datos cedidos por Peter N. Carroll.

- [10](#) «Moscow, the Soviet Capital», 8 de julio de 1935; «Soviet Collective Farms», 22 de julio de 1935.
- [11](#) «Soviet Collective Farms», 22 de julio de 1935.
- [12](#) En el *Daily News* de San Francisco.
- [13](#) Lerude y Merriman, pp. 40-41.
- [14](#) A Loo, 22 de diciembre de 1932, Documentos de Milly Bennet, Caja 2, Carpeta 1.
- [15](#) Morton Sontheimer, *Newspaperman, a Book about the Business*, Nueva York, Whittlesey, 1941, p. 227.
- [16](#) A Esther, 3 de octubre de 1934, Documentos de Milly Bennet, Caja 2, Carpeta 2.
- [17](#) A Florence, 27 de enero de 193?, Documentos de Milly Bennett, Caja 2, Carpeta 1.
- [18](#) Brendon, p. 302.
- [19](#) Pierre Berton, *The Great Depression: 1929-1939*, Toronto, Anchor, 2001, p. 468.
- [20](#) Voros, p. 250.
- [21](#) 26 de febrero de 1936, p. 234.
- [22](#) Fischer 1, p. 326.
- [23](#) *Ibid.*, pp. 327-328.
- [24](#) Una estimación etíope para el período comprendido entre el 1 de enero de 1935 y el 31 de mayo de 1936, recogida por Angelo del Boca, *The Ethiopian War, 1935-1941*, Chicago, University of Chicago Press, 1969, p. 206n. Las estimaciones italianas, predicablemente, fueron mucho más bajas.

### 3. «TODO EL QUE NO PIENSE COMO NOSOTROS»

- [1](#) Preston 1, pp. 102-103.
- [2](#) Francisco Franco Bahamonde, *Palabras del Caudillo, 19 de abril de 1937-31 de diciembre de 1938*, Barcelona, Ediciones FE, 1939, citado en Sebastian Balfour, «Colonial War and Civil War: The Spanish Army of Africa», en Baumeister y Schüler-Springorum, p. 185.
- [3](#) José Sanjurjo, citado en Preston 3, p. 21.
- [4](#) Preston 1, p. 103.
- [5](#) Howson, p. 12.
- [6](#) Preston 3, p. 312.
- [7](#) Fischer 3, p. 1.
- [8](#) Fischer 1, pp. 363 y 370.
- [9](#) Fischer 1, p. 366; «On Madrid's Front Line», *The Nation*, 24 de octubre de 1936.
- [10](#) Whitaker 1, pp. 111-113.
- [11](#) *Chicago Daily Tribune*, 18 de agosto de 1936.
- [12](#) «Slaughter of 4,000 at Badajoz, "City of Horrors", Is Told by Tribune Man», *Chicago Daily Tribune*, 30 de agosto de 1936.

- [13](#) Whitaker 1, pp. 113 y 108.
- [14](#) Beevor, p. 77.
- [15](#) Preston 1, p. 206.
- [16](#) Whitaker 1, p. 114.
- [17](#) Noel Monks, *Eyewitness*, Londres, Frederick Muller, 1955, pp. 78-79, citado en Preston 3, p. 333.
- [18](#) Whitaker 2, pp. 106-107.
- [19](#) Voelckers a Von Wizaäcker, 16 de octubre de 1936, *Documents on German Foreign Policy, 1918-1945, from the Archives of German Foreign Ministry, Series D (1937-1945)*, vol. 3, *German and Spanish Civil War 1936-1939*, Washington, D.C., Government Printing Office, 1950, p. 112.
- [20](#) Baxell, p. 44.
- [21](#) Hull: Little, p. 26.
- [22](#) FDR, discurso de Chautauqua, 3 de agosto de 1936.
- [23](#) Stalin, Mólotov y Voroshílov a Largo Caballero, 21 de diciembre de 1936, citado en Bollothen, p. 166.
- [24](#) Beevor, p. 133.
- [25](#) Viñas 1, pp. 359-363.
- [26](#) Aquí y en otros lugares, para las comparaciones de divisas históricas, he utilizado el poder adquisitivo como estándar de medida. Casi todas las demás medidas de cálculo de valor de las divisas de los años treinta en dólares actuales, como el valor de la mano de obra o el porcentaje del PIB, arrojan cantidades mucho mayores. La correspondencia con el profesor Viñas me ha permitido comprender lo difícil que resulta llevar a cabo estas comparaciones con precisión.

#### 4. UN NUEVO CIELO Y UNA NUEVA TIERRA

- [1](#) Cusick 1, pp. 1-5.
- [2](#) «The Spanish Revolution—as I saw it in Catalonia», manuscrito, Documentos de Charles A. Orr, p. 5.
- [3](#) Thomas, p. 520.
- [4](#) *Solidaridad Obrera*, 24 de julio de 1936, citado en Esenwein y Shubert, p. 124.
- [5](#) Cusick 1, pp. 13-14, y «The Spanish Revolution—as I saw it in Catalonia», manuscrito, Documentos de Charles A. Orr, p. 15.
- [6](#) Fragmento de una carta sin fecha, quizá de octubre de 1936, Orr, pp. 82-83.
- [7](#) *Enciclopedia Británica*, «Anarquismo», consulta en línea, 27 de febrero de 2015. Otras fuentes arrojan números mayores o menores, a veces en función de la tendencia política del autor. Dada la estructura deliberadamente no burocrática de la CNT, no existen cifras precisas.
- [8](#) *Tierra y Libertad*, 15 de septiembre de 1933, citado en Bollothen, p. 194.
- [9](#) «The Spanish Revolution—as I saw it in Catalonia», manuscrito, Documentos de Charles

- A. Orr, p. 7.
- [10](#) Beevor, p. 69.
- [11](#) Cusick 2, p. 14.
- [12](#) 4 de febrero de 1937, Orr, p. 49; 7 de marzo de 1937, Orr, p. 48.
- [13](#) Cusick 1, p. 164.
- [14](#) Lois Orr a Mary de Vries, 24 de noviembre de 1936, Orr, p. 93.
- [15](#) No confúndase con una publicación del mismo nombre publicada en la misma época por simpatizantes anarquistas en Nueva York.
- [16](#) «The Spanish Revolution—as I saw it in Catalonia», manuscrito, Documentos de Charles A. Orr, p. 15.
- [17](#) Lois y Charles a la hermana de Charles, Dorothy, 5 de marzo de 1937, Orr, p. 140.
- [18](#) Cusick 1, p. 16.
- [19](#) Seidman 2, p. 167.
- [20](#) 30 de septiembre de 1936, Orr, p. 72; 2 de noviembre de 1936, Orr, p. 83.
- [21](#) Este extracto fue escrito durante un estallido de fervor anarquista unos años antes. Isaac Puente, en el suplemento *Tierra y Libertad*, agosto de 1932, citado en Bolloten, p. 66.
- [22](#) Beevor, p. 113.
- [23](#) Gaston Leval, en *Cahiers de l'Humanisme Libertaire*, marzo de 1968, citado en Bolloten, p. 69.
- [24](#) A Mary de Vries, 24 de noviembre de 1936, Orr, p. 94.
- [25](#) CNT, Madrid, 31 de julio de 1936, citado en Preston 3, p. 262.
- [26](#) «The Spanish Revolution—as I saw it in Catalonia», manuscrito, Documentos de Charles A. Orr, p. 14.
- [27](#) *Ibid.*, p. 16.
- [28](#) Lawrence A. Fernworth, «Catalonia Fights “Ganster” Terror», *New York Times*, 17 de enero de 1937.
- [29](#) Preston 3, p. 235.
- [30](#) Preston 3, p. xvi; el mayor número de asesinatos se produjo en los primeros dos meses. Véase Ruiz, p. 106.
- [31](#) Preston 3, pp. xi y xvi. Ligeramente diferentes son las cifras ofrecidas por el historiador español Julián Casanova: «Casi 100.000» asesinados por los nacionales durante la guerra civil, 50.000 más, ejecutados después del final de la guerra; «más de 60.000» asesinados durante la guerra en la República; medio millón de personas en prisiones y campos de concentración nacionales al final de la guerra. Véase «La Guerra Civil Española: Historia y Memoria», de Casanovas, en Jump, p. 201.
- [32](#) «Homage to Orwell—as I knew Him in Catalonia», Orr, pp. 177-178.
- [33](#) Se trataba de John McNair, el representante en España del Partido Laborista Independiente, una especie de partido hermano del POUM. Ambos, él (en una tesis doctoral inédita, *George Orwell: El hombre que conocí*, Universidad de Newcastle, 1965) y Orr describen al guardia en la puerta informando de la llegada de un inglés y luego de que lo persuadieron para que se uniera a la milicia del POUM, pero los dos dejan al otro fuera de su relato. Orr y McNair trabajaban en el mismo edificio, por lo que parece que ambos se encontraban allí aquel día y podrían haber hablado con Orwell juntos. Según

el *Spanish Diary* de McNair, Orwell, contrariamente a lo dicho por el miliciano, sí hablaba un poco de español, como sugieren otras evidencias.

[34](#) «Homage to Orwell—as I knew Him in Catalonia», Orr, p. 179.

[35](#) Orwell, pp. 32-33. El volumen que citaré aquí, *Orwell in Spain*, incluye *Homage to Catalonia* y todas las cartas, artículos y críticas que escribió relacionados con España. Si no se indica lo contrario, todas las notas citadas como «Orwell» se refieren a *Homage*.

[36](#) Cusick 1, p. 274.

[37](#) 27-30 de septiembre de 1936, Orr, pp. 72-73.

## 5. «DESTRUIRÉ MADRID»

[1](#) Véase, por ejemplo, «Military Dictatorship Will Follow Rebel Success in Spain, Gen. Franco Declares», *Chicago Daily Tribune*, 29 de julio de 1936.

[2](#) Frank Joseph, *Mussolini's War: Fascist Italy's Military Struggles from Africa and Western Europe to the Mediterranean and Soviet Union, 1935-1945*, Solihull, West Midlands, Reino Unido, Helion, 2010, p. 50.

[3](#) Preston 3, p. 511.

[4](#) «On Madrid's Front Line», *The Nation*, 24 de octubre de 1936.

[5](#) Patricia Cockburn, *The Years of the Week*, Londres, Comedia, 1968, pp. 209-210.

[6](#) Fischer 1, p. 393.

[7](#) Vernon, p. 180; 10 de octubre de 1936, citado en Hopkins, p. 383, n. 67; Preston 6, p. 44

[8](#) Preston 3, p. 305.

[9](#) *My Last Sigh; The Autobiography of Luis Buñuel*, Nueva York, Vintage, 2013, p. 152. [Hay trad. cast.: *Mi último suspiro*, Barcelona, Debolsillo, 2017.]

[10](#) Fischer 1, p. 382.

[11](#) Knoblaugh, p. 107.

[12](#) Beevor, p. 181.

[13](#) «Under Fire in Madrid», *The Nation*, 12 de diciembre de 1936.

[14](#) Fischer 1, p. 384.

[15](#) Carroll 2, p. 30.

[16](#) Fischer 1, pp. 386-387.

[17](#) *Volunteer for Liberty*, 7 de marzo de 1938, p. 2.

[18](#) Fischer 1, pp. 390-391.

[19](#) RGASPI 545/6/889.

[20](#) Cusick 1, p. 203.

[21](#) Un extenso y reciente tratamiento de este episodio se halla en Paul Preston, *The Last Stalinist: The Life of Santiago Carrillo*, Londres, William Collins, 2014, pp. 78-88. [Hay trad. cast.: *El zorro rojo: biografía de Santiago Carrillo*, Barcelona, Debate, 2013.] Para más detalles, véase también Preston 3.

[22](#) Preston 3, pp. 232-233, 285-286, 370-371 y 377.

[23](#) «Under Fire in Madrid», *The Nation*, 12 de diciembre de 1936.

- [24](#) Richard Grossman, ed., *The God That Failed: Six Studies in Communism*, Londres, Hamish Hamilton, 1950, p. 218.
- [25](#) Para una entrevista con el hijo de Kámenev, medio siglo después, véase Adam Hochschild, *The Unquiet Gnost: Russians Remember Stalin*, Boston, Houghton Mifflin, 2003, pp. 84-92.
- [26](#) Wyden, p. 192n.
- [27](#) Esenwein y Shubert, p. 159.
- [28](#) Fischer 1, p. 403.
- [29](#) A Freda Kirchwey, 16 de diciembre de 1936, citado en Preston 2, p. 239.
- [30](#) Fischer 1, pp. 442-443.
- [31](#) Lerude y Merriman, p. 71.
- [32](#) *Ibid.*, pp. 73-74.
- [33](#) *Ibid.*, p. 79.
- [34](#) Fragmento sin título ni fecha, Documentos de Milly Bennett, Caja 9, Carpeta 5.

## SEGUNDA PARTE

### 6. «NO TRATÉIS DE DETENERME»

- [1](#) Gurney, pp. 18, 31, 22 y 35. Aunque las memorias de Gurney son más meditadas que las de muchos otros miembros de la Brigada Lincoln, pues fueron escritas décadas después de la guerra, a veces nombres puntuales, fechas y otros detalles están distorsionados.
- [2](#) *Ibid.*, pp. 20, 30, 23, 24 y 18.
- [3](#) *Ibid.*, pp. 47 y 49.
- [4](#) *Ibid.*, pp. 46-47.
- [5](#) *Ibid.*, pp. 51-55.
- [6](#) *Ibid.*, pp. 58-60.
- [7](#) *Ibid.*, p. 87.
- [8](#) Los datos difieren de un recuento a otro en función de la fecha en que se hizo. RGASPI 545/3/455 refleja un 72 por ciento. RGASPI 545/6/5, el 79.
- [9](#) Las cifras son imprecisas, porque muchos voluntarios utilizaban direcciones de Nueva York al sacarse el pasaporte.
- [10](#) John Gerassi, *The Premature Antifascists: North American Volunteers in the Spanish Civil War, 1936-39, An Oral History*, Nueva York, Praeger, 1986, p. 48.
- [11](#) Carroll 1, pp. 65-66.
- [12](#) Eby, p. 18.
- [13](#) *Ibid.*, pp. 1-2; Departamento de Estado de Estados Unidos, *Foreign Relations of the United States, Diplomatic Papers, 1937, General*, pp. 469 y 473; de Perkins a Hull, 8, 18 y 21 de enero de 1937. Gladnick también describe este episodio.
- [14](#) Martin Hourihan, citado en Eby, p. 24.
- [15](#) Joseph Selligman a sus padres, sin fecha, Documentos de Frank Aydelotte, Caja 62,

Carpeta 909; 12 de diciembre de 1936; 21 de diciembre de 1936. Tuve la oportunidad de ver los dos últimos documentos y, a menos que se especifique lo contrario, otros materiales de la familia Selligman, gracias a la amabilidad de las nietas de Selligman, Lucy McDiarmid, y su hermana, Lucy Schneider. La familia ha donado dichos documentos a la Biblioteca Tamiment, donde se pueden localizar como Documentos de Selligman Family, ALBA 296. Hay copias de la mayor parte del material de Selligman en los Documentos de Frank Aydelotte (la madre de Selligman envió copias de numerosas cartas de y sobre su hijo a Aydelotte, el director del Swarthmore College).

[16](#) A sus padres, 7 de febrero de 1937.

[17](#) 19 de diciembre de 1936, Documentos de Frank Aydelotte, Caja 62, Carpeta 909; 22 de diciembre de 1936.

[18](#) *Observer*, 22 de junio de 1986, citado en Hopkins, p. 189.

[19](#) Gurney, p. 101.

[20](#) *Ibid.*, p. 108.

[21](#) Judith Cook, *Apprentices of Freedom*, Londres, Quartet, 1979, p. 4, citado en Hopkins, p. 189.

[22](#) Gurney, pp. 113-114.

[23](#) 12 de marzo de 1937, Documentos del Departamento de Estado, Archivos Centrales: Spain, archivo 852.2221, Grupo de Registros 59, Archivos Nacionales microfilm.

[24](#) 2 de abril de 1937, Documentos de Frank Aydelotte, Caja 62, Carpeta 909.

[25](#) Cordell Hull a Joseph Selligman (padre), 5 de abril de 1937; Thurston al Departamento de Estado, 3 de abril de 1937. Ambos en Archivos del Departamento de Estado, Archivos Centrales: Spain, archivo 852.2221, Grupo de Registros 59, Archivos Nacionales microfilm.

[26](#) Una Wilson, 25 de febrero de 1937, en Fyrth, p. 110.

[27](#) Gurney, pp. 126-127.

[28](#) RGASPI 545/6/947.

[29](#) Voros, pp. 338 y 344.

[30](#) *Ibid.*, p. 322.

[31](#) Harry Meloff a Mim Sigel, 6 de mayo de 1937, en Nelson y Hendricks, p. 145; Voros, p. 437.

[32](#) Memoria inédita, p. 60, Documentos de Vaughn Love, ALBA 243.

[33](#) 16-17 de febrero de 1937.

[34](#) Diario de Merriman, 19 de febrero de 1937.

[35](#) Frank Ryan, *The Book of the XV Brigade*, Madrid, Comisariado de Guerra, 1938, p. 74.

[36](#) Lerude y Merriman, p. 52.

[37](#) *Ibid.*, p. 75.

## 7. FUSILES DE 1860

[1](#) 2 de noviembre de 1936, citado en Howson, p. 127.



- [2](#) Sommerfield, pp. 185-186.
- [3](#) Howson, p. 251n.
- [4](#) Bolloten, pp. 149-150.
- [5](#) Wyden, p. 150.
- [6](#) Tierney, p. 22.
- [7](#) Viñas 1, pp. 118-119.
- [8](#) Manny Harriman Video Oral History Collection, ALBA Vídeo 048, Caja 11, Contenedor 2, entrevista con Marion Merriman Watchel.
- [9](#) Lerude y Merriman, p. 75.
- [10](#) Mangan, p. 350.
- [11](#) Lerude y Merriman, p. 76.
- [12](#) 20-21 de marzo de 1937.
- [13](#) «Article Three», Documentos de Milly Bennett, Caja 9, Carpeta 5.
- [14](#) Lerude y Merriman, p. 77.
- [15](#) Véase RGASPI 545/6/947, pp. 38-39, y 545/2/164.
- [16](#) Thomas, p. 578. Para comparar con otras estimaciones, véase Eby, p. 78, n. 12.
- [17](#) 1 de marzo de 1937.
- [18](#) Barsky, p. 26.
- [19](#) De Vries, p. 207.
- [20](#) Harry Wilkes a Evelyn Ahrend, 12 de abril de 1937, citado en Carroll 1, p. 104.
- [21](#) Anne Taft a «T», 16 de julio de 1937, Documentos de Anne Taft Muldavin, ALBA 077, Caja 1, Carpeta 8; De Vries, p. 207.
- [22](#) Carroll 1, p. 114.
- [23](#) Kemp 2, p. 6.
- [24](#) *Ibid.*, p. 74; Kemp 1, pp. 76, 80 y 91.
- [25](#) Stephanie Schüler-Springorum, «War as Adventure: The Experience of the Condor Legion in Spain», en Baumeister y Schüler-Springorum, p. 209. Ligeramente superior a las estimaciones anteriores publicadas, la cifra está basada en el exhaustivo libro de 2009 de la autora sobre la Legión Cóndor.
- [26](#) Viñas 1, pp. 78-79, 82 y 91.
- [27](#) Orwell, pp. 42-43.
- [28](#) John O'Donovan a Ian Angus, abril de 1967, citado en Shelden, p. 308.
- [29](#) Orwell, pp. 49-50.
- [30](#) Véase, por ejemplo, Bolloten, pp. 256-258.
- [31](#) Orwell, pp. 92 y 60.
- [32](#) *Ibid.*, pp. 77 y 79.
- [33](#) Lerude y Merriman, p. 78.

## 8. A TRAVÉS DE LAS MONTAÑAS

- [1](#) Felsen, pp. 38-39.

- [2](#) Voros, pp. 291-294.
- [3](#) Carroll 1, p.125, citando a las autoridades de no-intervención.
- [4](#) Fischer, p. 30. Aunque el propio Fischer da una cantidad diferente en la p. 44, donde dice que las bajas de las que les hablaron fueron de 5 muertos y 17heridos. En cualquier caso, las cifras claramente subestimaron las bajas reales.
- [5](#) 6 de mayo de 1937.
- [6](#) Barsky, pp. 93-94.
- [7](#) Neugass, 8 de diciembre de 1937, p. 29.
- [8](#) Neugass, 7 de diciembre de 1937, p. 18.
- [9](#) Fyrth, pp. 151-152.
- [10](#) Paul Burn a Steve Nelson, 28 de febrero de 1977, Documentos de Steve Nelson, ALBA 008, Caja 9, Carpeta 52; Documentos de Fredericka Martin, ALBA 001, Caja 18, Carpeta 41.
- [11](#) Gurney, pp. 134-135.
- [12](#) «Pingpong Enlivens Spanish War Lull», *New York Times*, 24 de mayo de 1937.
- [13](#) Gurney, pp. 139-141.
- [14](#) 10 de marzo de 1937, citado en Elby, p. 102.
- [15](#) Gurney, pp. 145-146.
- [16](#) Ted Allan, citado en Wyden, p. 321.
- [17](#) Gurney, p. 145.
- [18](#) «Homage to Hemingway», *New Republic*, 10 de noviembre de 1936.
- [19](#) Matthew Josephson, *Infidel in the Temple: A Memoir of the Thirties*, Nueva York, Knopf, 1967; Herbst, p. 136.
- [20](#) «Some Impressions of Hemingway», de William Pike, Documentos de Benjamin Iceland, ALBA 054, Caja 2, Carpeta 11.
- [21](#) Hemingway a la familia Pfeiffer, 9 de febrero de 1937, en Hemingway 1, p. 458.
- [22](#) Orwell, p. 94.
- [23](#) «Homage to Orwell—As I Knew Him in Catalonia», Orr, pp. 179-180; Elisaveta Fen, «George Orwell’s First Wife», *Twentieth Century*, agosto de 1960, pp.115-116.
- [24](#) Orwell, pp. 95-99.
- [25](#) A Anne, 6-22 de enero de 1937, Orr, p. 124.
- [26](#) Cusick 1, p. 229.
- [27](#) «The Spanish Revolution—as I saw it in Catalonia», Documentos de Charles A. Orr, pp. 17- 22.
- [28](#) *Ibid.*, p. 13.
- [29](#) Cusick 1, p. 12.
- [30](#) A sus padres, 11-12 de abril de 1937, Orr, p. 155.
- [31](#) «Homage to Orwell—As I Knew Him in Catalonia», Orr, pp. 179-180.
- [32](#) Cusick 2, p. 186; Orwell, p. 101.
- [33](#) Ralph Bates, «Castilian Drama: An Army Is Born», *New Republic*, 20 de octubre de 1937, p. 287.
- [34](#) Orwell. p. 102.
- [35](#) Regler, p. 306.

[36](#) NANA, crónica 4, 22 de marzo de 1937.

[37](#) NANA, crónica 5, 26 de marzo de 1937.

## 9. LA GUERRA CIVIL EN EL «TIMES»

[1](#) El *Times* también publicó algunas crónicas de Lawrence Fernworth, el corresponsal en Barcelona, que compartía las mismas simpatías de Matthews hacia la República.

[2](#) Gurney, p. 145.

[3](#) RGASPI 545/6/849. Landis —voluntario él también—, menciona lo mucho que aquello exasperó a las tropas: Landis, p. 618, n. 3.

[4](#) Matthews 3, p. 16; Matthews 1, p. 28; Matthews 4, p. 304; «Science of War Rewritten by Italy», *New York Times*, 10 de mayo de 1936; «Future of Ethiopian Populace Presents a Problem for Italy», *New York Times*, 5 de mayo de 1936.

[5](#) Matthews 3, pp. 186 y 185; Matthews 1, p. 67.

[6](#) Matthews 2, p. 20.

[7](#) «Franco Hems in Madrid after Malaga Capture», 14 de febrero de 1937.

[8](#) «Madrid Is Warned of Its Great Peril», 13 de febrero de 1937.

[9](#) Matthews 2, p. 26.

[10](#) Tal como se publicaron, las crónicas de Matthews sobre la batalla de Guadalajara incluyen numerosas menciones a las tropas italianas, incluso en titulares. Durante los tres primeros meses de 1937 en los que se desarrolló la batalla, el *Times* publicó más del doble de artículos suyos que de Carney.

[11](#) «Regime of Terror Is Denied by Llano», 23 de marzo de 1937.

[12](#) Bowers a Roosevelt, 31 de marzo de 1937; Bowers a Hull, 18 de marzo de 1937, ambos en Franklin D. Roosevelt Papers as President: The Presidente's Secretary's file, Caja 50; «Madrid Situation Revealed; Uncensored Story of Siege», *New York Times*, 7 de diciembre de 1936.

[13](#) Knightley, p. 200.

[14](#) Cowles, p. 8.

[15](#) «Cowles, Virginia», en *Current Biography*, acceso por internet, 28 de febrero de 2012.

[16](#) Aidan Crawley, *Leap before You Look: A Memoir*, Londres, Collins, 1988, p. 207. Crawley se casaría con ella en 1945; Cowles, p. 285.

[17](#) Cowles, p. 4.

[18](#) El viaje alrededor del mundo se convirtió en un libro ingenuo y superficial. Sin embargo, para cuando apareció en 1938, Cowles se había labrado ya un nombre como reportera seria no solo en España y publicó el libro *Men Are So Friendly*, bajo el seudónimo de Nancy Swift.

[19](#) Cowles, pp. 15-16.

[20](#) Mangan, pp. 413-414.

[21](#) Sefton Delmer a Carlos Baker, sin fecha, citado en Preston 2, p. 62.

[22](#) Herbst, p. 158.

- [23](#) Delmer, p. 318.
- [24](#) Cowles, p. 31.
- [25](#) Delmer, pp. 328-329.
- [26](#) Cowles, pp. 33-34.
- [27](#) *Ibid.*, p. 35.
- [28](#) *Ibid.*, pp. 21-23.
- [29](#) *Ibid.*, p. 38.
- [30](#) *Ibid.*, p. 30.
- [31](#) Herbst, pp. 170-171.
- [32](#) «Spain's Life Goes On», *New York Times*, 10 de abril de 1938.
- [33](#) Cowles, p. 55.

## 10. EL HOMBRE QUE AMABA A LOS DICTADORES

- [1](#) Martínez Molinos 1, p. 84.
- [2](#) Entrevista del autor con Lewis Lapham, 14 de noviembre de 2014.
- [3](#) Thorndike, p. 57; «Captain & Concession», 4 de mayo de 1936.
- [4](#) Anthony Sampson, *The Seven Sisters: The Great Oil Companies and the World They Shaped*, Nueva York, Viking, 1973, p. 196.
- [5](#) Farago, p. 400; entrevista del autor con Lewis Lapham, 14 de noviembre de 2014.
- [6](#) Álvarez Alonso, p. 8. Rieber insinuó vagamente a Thorndike, de *Life*, que ordenó a cinco petroleros de Texaco que estaban en alta mar en el momento de la sublevación que cambiaran de rumbo y se dirigieran hacia los puestos controlados por los nacionales; algunos académicos se han hecho eco de esta fanfarronada como si fuera un hecho contrastado. A pesar del entusiasmo de Rieber por Franco, esta afirmación en concreto es falsa, según Guillem Martínez Molinos, quien ha estudiado los archivos de CAMPSA (Compañía Arrendataria del Monopolio de Petróleo, S. A.), la compañía estatal de petróleo de entonces.
- [7](#) Manuel Aznar, «Ilustre historia de un español ejemplar», *ABC* de Madrid, 14 de julio de 1973.
- [8](#) Álvarez Alonso, pp. 5-6.
- [9](#) Sánchez Asiaín, pp. 194-195.
- [10](#) Para más detalles, véase Martínez de Molinos 1 y 2.
- [11](#) El Dust Bowl da nombre a la sequía que afectó a las grandes llanuras estadounidenses desde Canadá al Golfo de México y que se prolongó desde 1932 a 1939. El suelo, desprovisto de humedad y sin la fijación de la hierba, debido a los cultivos extensivos, era levantado por el viento produciendo enormes nubes de polvo tan espesas que llegaban a ocultar el sol. El Dust Bowl provocó el mayor desplazamiento poblacional de la historia de Estados Unidos.
- [12](#) Tierney, p. 92.
- [13](#) Valaik, p. 81.

- [14](#) «America Neutral in Spanish Crisis», *Los Angeles Times*, 14 de febrero de 1937.
- [15](#) Preston 2, pp. 315-316.
- [16](#) Howson, p. 183.
- [17](#) James W. Cortada, *Historical Dictionary of the Spanish Civil War, 1936-1939*, Westport (Connecticut), Greenwood, 1982, p. 140: «La mayor parte del petróleo para los nacionales fue suministrado por la Texas Oil Company». Martínez de Molinos 1 recoge este detalle, entre otros.
- [18](#) Tierney, p. 68.
- [19](#) *Ibidem*.
- [20](#) Álvarez Alonso, p. 9.
- [21](#) Brien McMahon a Cummings, 7 de agosto de 1937, Attorney General Personal File — Texas Company Oil Ships, agosto de 1937, Documentos de Homer S. Cummings, Caja 159.
- [22](#) Martínez Molinos 1, p. 94.
- [23](#) Brien McMahon a Cummings, 7 de agosto de 1937, Attorney General Personal File — Texas Company Oil Ships, agosto de 1937, Documentos de Homer S. Cummings, Caja 159.
- [24](#) Ickes, p. 194. El gabinete se celebró el 13 de agosto de 1937.
- [25](#) Cummings a McMahon, 13 de agosto de 1937, Attorney General Personal File — Texas Company Oil Ships, agosto de 1937, Documentos de Homer S. Cummings, Caja 159.

## 11. PACTO CON EL DIABLO

- [1](#) Frazer, p. 406.
- [2](#) Durante muchos años, los académicos presentaron unas cifras de víctimas mucho más elevadas, pero el estudio más reciente y exhaustivo, Preston 5, a pesar de ser de un historiador claramente favorable a la República, cita estas estimaciones mucho más bajas.
- [3](#) Estes y Kowalsky, p. 87; citado en Beever, p. 233.
- [4](#) «Inquirer Doubtful on Guernica Fire; No Evidence Is Found That Basque Town Was Set Aflame by Bombs from Planes», *New York Times*, 5 de mayo de 1937.
- [5](#) Véase la columna publicada en varios medios «Washington Merry-Go-Round», de Drew Pearson, 6 de noviembre de 1955 y 19 de diciembre de 1959.
- [6](#) Lerude y Merriman, p. 126.
- [7](#) Diario de Merriman, 18 de julio de 1937.
- [8](#) Lerude y Merriman, p. 143; manuscrito de Marion Merriman, Documentos de Robert Hale Merriman, ALBA 191, Caja 2, Carpeta 1.
- [9](#) El pretendiente que apeló a su lealtad al Partido era Sandor Voros.
- [10](#) «Madrid's Foreign Defenders», *The Nation*, 4 de septiembre de 1937.
- [11](#) Diario de Merriman, 9 de julio de 1937.
- [12](#) Gurney, p. 56.
- [13](#) Voros, p. 328.

- [14](#) Gurney, pp. 139 y 151.
- [15](#) «Pingpong Enlivens Spanish War Lull», 24 de mayo de 1937.
- [16](#) Cowles, p. 43.
- [17](#) Gurney, pp. 143 y 161-162.
- [18](#) *Ibid.*, p. 151.
- [19](#) 3 de mayo de 1937, Dallet, p. 35.
- [20](#) Cusick 2, p. 273.
- [21](#) Cusick 1, p. 294.
- [22](#) Orwell, p. 183.
- [23](#) Walter Tapsell, «Report on the English Section of the POUM», International Brigade Collection, Caja C13/7, Biblioteca Conmemorativa Marx, Londres. Para un resumen del ambiente en Barcelona, véase el capítulo sobre España en Bowker. Stranling también trata el asunto, aunque Marc Wildermeersh, en *George Orwell's Commander in Spain: The Enigma of George Koop*, Londres, Thames Rives Press, 2013, claramente rechaza la insinuación de Strandling de que Kopp informaba de los Blair a los comunistas.
- [24](#) Orwell, pp. 103-104, 111, 112 y 119.
- [25](#) Charles a su madre, 8 de mayo de 1937, Orr, p. 161.
- [26](#) 15 de mayo de 1937, Orr, p. 162.
- [27](#) Cusick 1, p. 103.
- [28](#) 11 de junio de 1937; Orr, pp. 171-172.
- [29](#) Thomas, p. 649.
- [30](#) Cusick 1, p. 304.
- [31](#) RGASPI 545/6/958.
- [32](#) Texto extraído de la conferencia de Huber. Mi agradecimiento al doctor Huber por compartir conmigo este y otros documentos.
- [33](#) Lois Orr, «The May Days and My Arrest», Orr, pp. 191-193.
- [34](#) Cusick 1, p. 309.
- [35](#) Para una explicación de cómo le llegó esa información siendo corresponsal de la United Press, véase Bolloten, pp. 500-501. El londinense *Times*, «Valencia Alleges Spy Plot», 19 de junio de 1937; solo al final del artículo, el corresponsal Lawrence Fernsworth manifiesta cierto escepticismo hacia las acusaciones diciendo: «Para ser justos con el POUM, hay que decir que este había advertido repetidamente a través de su periódico que se estaba preparando un complot contra ellos, en el que se les acusaría de estar en connivencia con el enemigo». El *Manchester Guardian*, «200 Arrests in Madrid», 19 de junio de 1937. El *New York Times*, «Anti-Loyalist Plot Uncovered in Spain: 200 Arrested in Madrid and in Barcelona, Including Army Men and POUM Members», 19 de junio de 1937. La noticia no lleva autoría, pero fue escrita por Matthews y el telegrama original se encuentra en la Caja 20 de los Documentos de Herbert L. Matthews.
- [36](#) Matthews 3, p. 288.
- [37](#) Faupel al Ministerio de Asuntos Exteriores alemán, 11 de mayo de 1937, citado en Beevor, pp. 268-269.
- [38](#) Cusick 1, p. 308.

[39](#) Orwell, pp. 131-132.

[40](#) *Ibid.*, pp. 136-137.

[41](#) *Ibid.*, p. 144.

[42](#) *Ibid.*, p. 208.

[43](#) RGASPI 545/6/136, Parte 2. La acusación provenía de Frank Frankford, un británico que estaba en la milicia del POUM, chantajeado para que hiciera esa y otras acusaciones para evitar la cárcel por haber robado algunas pinturas de una iglesia o un museo.

[44](#) Orwell, p. 146.

[45](#) RGASPI 545/6/107, pp. 22-26. El mismo documento, en la p. 25, tacha a la pareja de «notorios trotskistas», lo que hace muy plausible que se pretendiera arrestarlos.

[46](#) Orwell, p. 169.

### TERCERA PARTE

## 12. «YO QUE USTED NO ESCRIBIRÍA SOBRE ESO»

[1](#) Cowles, pp. 56 y 58.

[2](#) *Ibid.*, pp. 65 y 69-70.

[3](#) *Ibid.*, p. 66.

[4](#) *Ibid.*, pp. 62 y 64.

[5](#) *Ibid.*, p. 67; «Behind the Fighting Fronts: In the Two Clashing Spains», *New York Times*, 9 de enero de 1938.

[6](#) Cowles, p. 68.

[7](#) *Ibid.*, p. 75.

[8](#) *Ibid.*, p. 76.

[9](#) Datos estadísticos: Preston 3, p. 438.

[10](#) Cowles, pp. 74-76.

[11](#) *Ibid.*, p. 107.

[12](#) Un telegrama de un ejecutivo de Texaco a un funcionario del petróleo franquista, interceptado por el servicio de inteligencia republicano y enviado a Roosevelt por el embajador español el 8 de junio de 1937, dice «el presidente convocó a Rieber en Washington la semana pasada» para advertirle sobre nuevos envíos de petróleo a crédito. Brewster a Arvilla, 23 de abril de 1937, Franklin D. Roosevelt *Papers as President: The President's Secretary's file*, caja 50.

[13](#) Entrevista con Martha Gellhorn, 20 de febrero de 1980. p. 20, Eleanor Roosevelt Oral History Project, Documentos de Eleanor Roosevelt, Caja 2.

[14](#) «My Day», columna del 28 de mayo de 1937; 1 de junio de 1937, Documentos de Martha Gellhorn, Caja 4, Carpeta 121.

[15](#) 17 de junio de 1937, Documentos de Martha Gellhorn, sin caja.

[16](#) ? de junio de 1937, Documentos de Martha Gellhorn, Caja 4, Carpeta 122. Esta carta también aparece en Gellhorn, p. 52.



- [17](#) Gurney, p. 164.
- [18](#) *Ibid.*, p. 166.
- [19](#) *Ibid.*, pp. 168-170.
- [20](#) *Ibid.*, pp. 171-173.
- [21](#) Fredericka Martin a Peter Wyden, 21 de diciembre de 1984 y en una nota separada de Martin, ambos en Documentos de Fredericka Martin, ALBA 001, Caja18, Carpeta 41.
- [22](#) Gurney, p. 176.
- [23](#) Vaill, p. 176, sugiere esto.
- [24](#) Herbst, pp. 154 y 150.
- [25](#) George Packer, «The Spanish Prisoner», *New Yorker*, 31 de diciembre de 2005, p. 85. Debido a que el asunto Robles supuso la ruptura entre dos famosos escritores, se ha escrito mucho sobre él, incluidos dos libros de Koch y Martínez de Pisón. El libro de Koch es frustrante, ya que, entre otras deficiencias, no establece una clara diferencia entre memorias y diarios, y la versión ficcionada de tales acontecimientos. Un buen tratamiento breve de los hechos se encuentra en Preston 2, «The Lost Generation Divided: Hemingway, John Dos Passos and the Disappearance of José Robles».
- [26](#) Schwartz, p. 115. Se trata al parecer de una revisión a la baja de una anterior estimación de «al menos cincuenta asesinatos» en ALBA y Schwartz, p. 232. Otras fuentes ofrecen cifras más elevadas. Véase Thomas, p. 786, quien dice que 40 personas fueron «supuestamente» ejecutadas solo en Barcelona.
- [27](#) Orwell, p. 128.
- [28](#) Se trataba de Palmiro Togliati, el dirigente del Partido Comunista Italiano. *Escritos sobre la guerra de España*, Barcelona, Crítica, 1980, p. 232, citado en Payne 2, p. 231.
- [29](#) «The May Days and My Arrest», Orr, p. 196.
- [30](#) Estes y Kowalsky, p. 267.
- [31](#) Cusick 2, pp. 245-246.
- [32](#) Orwell, pp. 188-189.
- [33](#) Balfour, pp. 278 y 312.
- [34](#) Herbst, p. 138.
- [35](#) «Night Before Battle», Hemingway 2, p. 449.
- [36](#) Hemingway a ¿Benjamin Glazer?, s.f., carta recientemente descubierta. «Hemingway, Your Letter Has Arrived», *New York Times*, 10 de febrero de 2008.
- [37](#) «A Conversation with Claud Cockburn», *The Review* 11-12, p. 51, citado en Alex Zwerdling, *Orwell and the Left*, New Haven, Yale University Press, 1974, p.8.
- [38](#) 3 de febrero de 1939, Documentos de Martha Gellhorn, Caja 4, Carpeta 122.
- [39](#) «Behind the Fighting Fronts: In the Two Clashing Spains», *New York Times*, 9 de enero de 1938.
- [40](#) Uno de los pocos extranjeros que escribió algo remotamente cercano sobre ello fue un sociólogo austríaco, Franz Borkenau, que visitó muchas de esas empresas. Su libro *The Spanish Cockpit* fue muy apreciado por Orwell. Otro testimonio extranjero, menos acertado y más ingenuo, es el de H. E. Kaminski, *Ceux de Barcelona*, París, Édition Denoël, 1937. La República tenía un poderoso servicio de propaganda y sus censores tenían órdenes de suprimir cualquier referencia a los acontecimientos revolucionarios de

las crónicas de los corresponsales extranjeros. Pero eso no explica la falta de informaciones al respecto, porque la mayor parte de la censura de guerra era relativamente permeable y los reporteros podían esquivarla con relativa facilidad. Herbert Matthews, por ejemplo, descubrió que, si su oficina de París le llamaba en el momento adecuado, «los censores españoles que normalmente estaban a la escucha estaban fuera comiendo», Matthews 1, p. 119.

[41](#) Cusick 2, p. 193.

### 13. «UNA MANERA DE CASARSE TAN BUENA COMO OTRA CUALQUIERA»

[1](#) A Ida y Max Schachter, 12 de mayo y 27 de junio de 1937, Documentos de Toby Jensky y Philip Schachter, ALBA 055, Carpeta 1.

[2](#) Gurney, pp. 177-178.

[3](#) 17 de julio de 1937, Documentos de Toby Jensky y Philip Schachter, ALBA 055, Carpeta 1.

[4](#) Gurney, pp. 180-181.

[5](#) A Ida y Max Schachter, 17 de julio y 2 de mayo de 1937; Documentos de Toby Jensky y Philip Schachter, ALBA 055, Carpeta 1.

[6](#) A Ida y Max Schachter, 17 de julio y 2 de mayo de 1937; Documentos de Toby Jensky y Philip Schachter, ALBA 055, Carpeta 2. Para una atenta lectura de estas cartas, véase Labanyi. Mi agradecimiento a la profesora Labanyi por compartir conmigo una versión más larga del ensayo en el que está basado su artículo.

[7](#) 2 de mayo de 1937, Documentos de Toby Jensky y Philip Schachter, ALBA 055, Carpeta 15.

[8](#) 28 de abril de 1937, Documentos de Toby Jensky y Philip Schachter, ALBA 055, Carpeta 15.

[9](#) 5 de junio y 19 de junio de 1937, Documentos de Toby Jensky y Philip Schachter, ALBA 055, Carpeta 16.

[10](#) 24 de junio y 3 de julio de 1937, Documentos de Toby Jensky y Philip Schachter, ALBA 055, Carpeta 16.

[11](#) Carroll 1, p. 141.

[12](#) Fischer 1, p. 425.

[13](#) Beevor, pp. 282-283.

[14](#) 4 de abril de 1937, *Notes, War in Spain, 1937-1938*, Documentos de Martha Gellhorn, Caja 1, Carpeta 7.

[15](#) Tras la muerte de Law, el Partido se empleó a fondo para convertirlo en un heroico luchador por la justicia tanto en su país como en el extranjero. Paul Robeson tenía proyectado hacer una película sobre él. Tanto Yates como Nelson se refieren a su arresto y a la paliza de la policía de Chicago, pero solo de pasada.

[16](#) Diario de Eslanda Goode Robeson, 31 de enero de 1938, citado en Fyrth, p. 305.

[17](#) Gurney, p. 136. Para una visión negativa de Law, véase D. P. Stephens, *A Memoir of the*

- Spanish Civil War: An Armenian-Canadian in the Lincoln Battalion*, St. John's, Terranova, Canadian Committee on Labour History, 2000, pp. 46-48.
- [18](#) Fred Copeman, *Reason in Revolt*, Londres, Blandford, 1948, p. 133.
- [19](#) Diario transcrito, pp. 14-15, en Documentos de Hamilton A. Tyler, Caja 3, Carpeta 27.
- [20](#) Carroll 1, p. 148.
- [21](#) Reseña de *The Spanish Cockpit*, de Franz Borkenau, y *Volunteer in Spain*, de John Sommerfield, *Time and Tide*, 31 de julio de 1937, Orwell, p. 231.
- [22](#) 15 de julio de 1937, Documentos de Toby Jensky y Philip Schachter, ALBA 055, Carpeta 16.
- [23](#) Los expedientes de las Brigadas Internacionales sobre Usera se hallan en RGASPI 545/6/1004. Su historial militar me fue facilitado en virtud de la Ley de Libertad de Información.
- [24](#) «Casino Theatre Play for 1934 Announced», *Newport Mercury*, 15 de junio de 1934; *Oral History Transcript, Lieutenant General James P. Berkeley, U. S. Marine Corps (Retired)*, Washington, D. C., History and Museums Division, Headquarters, U. S. Marine Corps, 1973, pp. 26-27.
- [25](#) Records of the War Department General and Special Staffs, del Maj. A. L. Hamblen, H.Q. Sixth Corp Area, Chicago al Asst. Chief of Staff, G-2, War Department, Washington, 7 de diciembre de 1937, Carpeta 10110.2666-179, Record Group 165, National Archives microfilm. Informes anteriores sobre el reclutamiento del Lincoln se pueden encontrar en las carpetas 10110.2666-143, 10110.2666-155 y 10110.2662-298, Record Group 165.
- [26](#) Nelson, p. 153.
- [27](#) RGASPI 545/6/849.
- [28](#) Strandling, p. 655.
- [29](#) Records of the War Department General and Special Staffs, Report # 38512, 25 de enero de 1937, del teniente coronel Raymond R. Lee en Londres, carpeta 2657-S-144-88, Record Group 165, National Archives, College Park, Maryland.
- [30](#) Vincent Usera, «Some Lessons of the Spanish War», *Field Artillery Journal*, septiembre-octubre de 1939, p. 406, reimpresso a partir del *United States Naval Institute Proceedings*, julio de 1939.
- [31](#) Fischer 1, pp. 430, 432, 438 y 440.
- [32](#) Gallo a Fischer, 20 de septiembre de 1937, RGASPI 545/1/11.
- [33](#) «Keeping America Out of War», *The Nation*, 27 de marzo de 1937.

#### 14. TEXACO SE VA A LA GUERRA

- [1](#) Abe Osheroff, en Bessie y Prago, pp. 84-85.
- [2](#) Liversedge, p. 54.
- [3](#) 15 de octubre de 1937, Notes, War in Spain, 1937-1938, Documentos de Martha Gellhorn, Caja 1, Carpeta 7.

- [4](#) Hemingway a la señora Paul Pfeiffer, 2 de agosto de 1937, Hemingway 1, p. 460.
- [5](#) Ivens, p. 131.
- [6](#) Hemingway a la señora Paul Pfeiffer, 2 de agosto de 1937, Hemingway 1, p. 460; Moorehead, p. 132.
- [7](#) «My Day», 10 de julio de 1937.
- [8](#) 8 de julio de 1937, Documentos de Martha Gellhorn, Caja 4, Carpeta 122. Esta carta también aparece en Gellhorn, p. 55.
- [9](#) Diario de Merriman, 29 de septiembre de 1937.
- [10](#) Hemingway a Rolfe, enero de 1940, Documentos de Edwin Rolfe, Universidad de Illinois, Caja-Carpeta R1-089.
- [11](#) Diario de Merriman, 18 de agosto de 1937.
- [12](#) 26 de agosto de 1937.
- [13](#) Geiser, p. 259.
- [14](#) 26 de agosto de 1937.
- [15](#) Nelson, Barrett y Ruck, p. 228.
- [16](#) Landis, p. 289.
- [17](#) Diario de Merriman, 5 de septiembre de 1937.
- [18](#) Diario de Merriman, 8 de septiembre de 1937.
- [19](#) Lerude y Merriman, pp. 172-173.
- [20](#) «Belchite Victory Cheers Loyalists», 19 de septiembre de 1937.
- [21](#) «Men Without Medals», *Collier's*, 15 de enero de 1938.
- [22](#) NANA, crónica 13, 13 de septiembre de 1937.
- [23](#) 19 de septiembre de 1937.
- [24](#) 29 de agosto de 1937, Documentos de Robert Hale Merriman, ALBA 191, Caja 1, Carpeta 2.
- [25](#) Lerude y Merriman, p. 151.
- [26](#) «Two Americans in Spain Managed to Wed by a Ruse», *New York World-Telegram*, 25 de enero de 1938.
- [27](#) 7 de septiembre de 1937, Documentos de Toby Jensky y Philip Schachter, ALBA 055, Carpeta 2.
- [28](#) A Ida Schachter, 8 de octubre de 1938 y 11 de noviembre de 1937, Documentos de Toby Jensky y Philip Schachter, ALBA 055, Carpeta 2.
- [29](#) Diario de Merriman, 27 de octubre de 1937. Para más información sobre Fuqua, véase Burdick.
- [30](#) Records of the War Department General and Special Staffs, Report No. 6711, desde Valencia, 1 de noviembre de 1937, archivo 2657-S-144-294, Record Group 165, National Archives, College Park, Maryland.
- [31](#) «Oil for Lisbon Goes to Franco Let's Stop!», *Industrial Worker*, 22 de mayo de 1937. El citado ensayo de Chomsky me llevó hasta esta noticia.
- [32](#) Brewster a Arvilla, 19 de marzo de 1937, Archivos de CAMPSA (Compañía Arrendataria del Monopolio de Petróleos, S. A.), cedido por Guillem Martínez Molinos.
- [33](#) Archivos de CAMPSA, Madrid, cedido por Guillem Martínez Molinos.
- [34](#) Fernando Moreno de Alborán y de Reyna y Salvador Moreno de Alborán y de

Reyna, *La guerra silenciosa y silenciada historia de la campaña naval durante la guerra de 1936-1939*, vol. 2, Madrid, F. Moreno de Alborán y Reyna, 1998, pp. 1.165-1.166.

[35](#) «Un bateau gouvernemental disparaît à Bordeaux», *Journal du Loiret* (Orleans, Francia), 9 de julio de 1937; «Rebels Take Oil Tanker as Loyalists Go to Dance», *New York Times*, 9 de julio de 1937.

## 15. «EN MI LIBRO SERÁS UN AMERICANO»

[1](#) Todas las citas provienen de la grabación de una entrevista realizada en 1967 a Chrost en Szurek, pp. 144-148. En Watson 2, 3 y 4, el académico William Braasch Watson describe sus viajes reconstruyendo el que cree que fue el trayecto de Hemingway, primero hasta Alfambra y luego tras las líneas del frente. No existe documentación que confirme directamente el viaje del novelista al interior del territorio nacional y es probable que no haya existido nunca; como señala Watson, un permiso escrito para participar en una misión guerrillera habría supuesto una sentencia de muerte en caso de que la persona cayera capturada. Pero aproximadamente en las fechas en las que Chrost dice que llevó al escritor en la expedición, Watson ha encontrado un salvoconducto para Hemingway aprobado por dos altos mandos del ejército, algo inusual por su alto nivel, y una serie de facturas y recibos que confirman que el novelista hizo un largo y de otro modo inexplicable viaje en coche fuera de Madrid. Watson también ha confirmado que las guerrillas de las Brigadas Internacionales operaban desde Alfambra y que en Madrid Hemingway se había reunido con el comandante en jefe de las fuerzas guerrilleras republicanas. Aunque se trata de evidencias circunstanciales y no directas, Watson no ha encontrado nada que contradiga el relato de Chrost y se inclina, lo mismo que yo y Alex Vernon en *Hemingway's Second War*, pp. 169-170, por aceptarla como verdadera.

[2](#) A Ida Schachter, 7 de septiembre de 1937, Documentos de Toby Jensky y Philip Schachter, ALBA 055, Carpeta 2.

[3](#) A William Lawrence, 16 de octubre de 1937, RGASPI 545/6/981.

[4](#) A Ida Schachter, 2 de septiembre de 1937, Documentos de Toby Jensky y Philip Schachter, ALBA 055, Carpeta 13.

[5](#) Mangan, pp. 431-433.

[6](#) Lerude y Merriman, pp. 143 y 180.

[7](#) Manny Harriman Video Oral History Collection, ALBA Vídeo 048, Caja 11, Contenedor 2, entrevista con Marion Merriman Wachtel.

[8](#) Lerude y Merriman, p. 188.

[9](#) Manny Harriman Video Oral History Collection, ALBA Vídeo 048, Caja 11, Contenedor 2, entrevista con Marion Merriman Wachtel.

[10](#) Lerude y Merriman, p. 192.

[11](#) Preston 3, pp. 451-453.

[12](#) NANA, crónica 17, 19 de diciembre de 1937.

[13](#) «Spanish Loyalists Drive into Teruel after Big Air Raid», *New York Times*, 20 de

- diciembre de 1937.
- [14](#) Matthews 2, p. 29.
- [15](#) NANA, crónica 18, 21 de diciembre de 1937.
- [16](#) A Hadley Mowrer, 31 de enero de 1938; Hemingway 1, p. 462.
- [17](#) NANA, crónica 17, 19 de diciembre de 1937.
- [18](#) «Behind the Fighting Fronts: In the Two Clashing Spains», *New York Times*, 9 de enero de 1938.
- [19](#) «Victory at Teruel Is Hailed with Joy in Insurgent Spain», 2 de enero de 1938. El despacho está fechado en Zaragoza el día 31 de diciembre, pero no lleva firma.
- [20](#) A Hadley Mowrer, 31 de enero de 1938, Hemingway 1, p. 462.
- [21](#) 5 de enero de 1938. En sus memorias (Matthews 1, p. 29) Matthews exagera los pecados de su enemigo, al afirmar que Carney «hacía una vívida descripción de cómo los ciudadanos de Teruel recibían jubilosamente a las tropas insurgentes haciendo el saludo fascista». La crónica de Carney no recoge nada de todo eso.
- [22](#) 9 de diciembre (añadida a la del 12 de diciembre) y 23 de diciembre de 1937, Documentos de Toby Jensky y Philip Schachter, ALBA 055, Carpeta 3.

#### CUARTA PARTE

#### 16. «UNA CARTA PARA MI NOVIA»

- [1](#) Neugass, 13 de enero de 1938, p. 126.
- [2](#) «Poet James Neugass, M.A., Teruel», *Daily Worker*, 15 de noviembre de 1938.
- [3](#) «To the Trade», Jack Salzman y Leo Zanderer, eds., *Social Poetry of the 1930s: A Selection*, Nueva York, Burt Franklin, 1978, p. 175.
- [4](#) Neugass, 5 de diciembre de 1937, pp. 7-8 y 10.
- [5](#) *Ibid.*, p. 11.
- [6](#) Neugass, ¿19? de diciembre de 1937, pp. 52-53.
- [7](#) Neugass, 7 de diciembre de 1937, p. 22, y 22 y 24 de diciembre de 1937, p. 77.
- [8](#) Neugass, ¿19? de diciembre de 1937, p. 60, y 24 de diciembre de 1937, p. 78.
- [9](#) Neugass, 12 de diciembre de 1937, p. 47.
- [10](#) Neugass, 31 de diciembre de 1937, p. 92.
- [11](#) Barsky, pp. 111 y 125.
- [12](#) Neugass, 1 de enero de 1938, p. 97.
- [13](#) Neugass, 5 de enero de 1938, p. 108.
- [14](#) 8 de enero de 1938, Documentos de Jensky y Philip Schachter, ALBA 055, Carpeta 3.
- [15](#) De la película *Into the Fire: American Women in the Spanish Civil War*, de Julia Newman.
- [16](#) Entrevista con Fredericka Martin, Documentos de Fredericka Martin, ALBA 001, Caja 9, Carpeta 25.
- [17](#) Neugass, 4 de febrero de 1938, p. 192.

- [18](#) Neugass, 25 de enero de 1938, p. 171.
- [19](#) Neugass, 14 de enero de 1938, pp. 128-129.
- [20](#) Neugass, ¿15? de enero de 1938, pp.138-139.
- [21](#) Neugass, 22 o 23 de enero de 1938, p. 158.
- [22](#) Neugass, 14 de enero de 1938, p. 135.
- [23](#) Neugass, 14 de enero, p. 128, ¿15? de enero, p. 137, y 2 de febrero de 1938, p.187.
- [24](#) 4 de febrero, pp. 194-195, y 16 de enero de 1938, p. 147.
- [25](#) Neugass, ¿28? de enero de 1938, pp. 183, 180.
- [26](#) Neugass, 17 de febrero de 1938, pp. 223 y 226.
- [27](#) Neugass, ¿15? de febrero de 1938, p. 146.
- [28](#) 24 de enero de 1938, Documentos de Martha Gellhorn, Caja 4, Carpeta 122.
- [29](#) Louis Fischer, «Letters from Mrs. Roosevelt», *Journal of Historical Studies* 1 (1), otoño de 1967; «The Road to Peace»,*The Nation*, 26 de febrero de 1938.
- [30](#) Neugass, 22 de febrero de 1938, p. 245.
- [31](#) Neugass, 24 de febrero de 1938, pp. 246-247.

## 17. «SOLO QUEDAN UNOS POCOS GRANOS EN EL RELOJ DE ARENA»

- [1](#) Matthews 1, p. 122.
- [2](#) «German Vessel Sails with Big Bomb Cargo», *New York Times*, 9 de mayo de 1938.
- [3](#) Para más información sobre barrios izquierdistas, véase Laia Balcells, «Death Is in the Air: Bombing in Catalonia, 1936-1939», *Reis* 136, octubre-diciembre de 2011. Para más información sobre fábricas, véase Frasser, p. 441.
- [4](#) Citado en Beavor, p. 333.
- [5](#) Matthews 1, p. 124, citado en Thomas, p. 785.
- [6](#) *Ibid.*
- [7](#) ? de marzo de 1938, Documentos de Martha Gellhorn, Caja 4, Carpeta 122. La mayor parte, aunque no todo, aparece en Gellhorn, p. 59.
- [8](#) ¿24? o ¿25? de abril de 1938, Documentos de Martha Gellhorn, Caja 4, Carpeta 122. Esta carta aparece en Gellhorn, p. 59.
- [9](#) Moorehead, p. 145. Décadas más tarde, el artículo de Gellhorn sobre Barcelona «The Third Winter» aparecería en su recopilación *The Face of War*, Nueva York, Simon & Schuster, 1959. Contrariamente a lo que dice la nota de la página de derechos de autor del libro, el artículo nunca se publicó en *Collier's*.
- [10](#) 28 de marzo de 1938, Lerude y Merriman, p. 208.
- [11](#) Neugass, 25 de febrero, pp. 248-249; 1 de marzo, p. 251; 9 de marzo, p. 256, y 10 de marzo de 1938, p. 262.
- [12](#) Barsky, pp. 158-172.
- [13](#) Fisher, pp. 102-103.
- [14](#) 29 de septiembre y 17 de febrero de 1937.
- [15](#) Orwell, pp. 286-287, «Notes on the Spanish Militias».



- [16](#) Joseph North, *No Men Are Strangers*, Nueva York, International Publishers, 1976, p. 170.
- [17](#) Kemp 2, p. 76.
- [18](#) Kemp 1, pp. 164-165.
- [19](#) Neugass, 10 de marzo, p. 264; 11 de marzo de 1938, pp. 265-266.
- [20](#) Neugass, p. 283.
- [21](#) *Ibid.*, p. 296.
- [22](#) *Ibid.*, p. 297.
- [23](#) *Ibid.*, pp. 289-290 y 256.

## 18. A ORILLAS DEL RÍO

- [1](#) Kemp 1, pp. 162 y 170-172.
- [2](#) Bessie 1, p. 182; Bessie 2, p. 2.
- [3](#) Bessie 1, p. 44.
- [4](#) *Ibid.*, p. 67.
- [5](#) *Ibid.*, pp. 82-83.
- [6](#) *Ibid.*, pp. 82-86.
- [7](#) *Ibid.*, pp. 89-90 y 93.
- [8](#) Bessie 1, p. 94; Bessie 2, p. 23.
- [9](#) Bessie 1, p. 108; Bessie 2, p. 21.
- [10](#) El doctor Leo Eloesser al Medical Bureau to Aid Spanish Democracy, 10 de abril de 1938, en Nelson y Hendricks, pp. 273-274.
- [11](#) Neugass, 12 de marzo de 1938 (aunque probablemente escrito más tarde), p. 277.
- [12](#) Neugass, 22 de marzo de 1938, p. 300.
- [13](#) Bowers a Hull, 2 de abril de 1938, Departamento de Estado de Estados Unidos, *Foreing Relations of the United States*, 1938, vol. 1, p. 279.
- [14](#) Edward Barsky, citado en Landis, p. 496.
- [15](#) NANA, crónica 19, 3 de abril de 1938.
- [16](#) Bessie 1, pp. 116-124.
- [17](#) *Ibid.*, p. 140.
- [18](#) *Ibid.*, p. 131.
- [19](#) Voros, pp. 413-424.
- [20](#) Entrevista del autor con David Wellman, 18 de noviembre de 2013.
- [21](#) Bessie 2, p. 63.
- [22](#) «Shattering of American Battalion Is Described to Writer by Straggling Men», *New York Times*, 5 de abril de 1938.
- [23](#) Bessie 1, pp. 135-136.
- [24](#) 7 de abril de 1938, Matthews 2, p. 34.
- [25](#) Bessie 1, pp. 137-138. Al parecer, aquel día se produjeron dos encuentros entre los dos periodistas y los supervivientes estadounidenses. Ambos en sus libros y en la entrevista con Watt en los Documentos de John Gerassi, ALBA 018, Caja 7, Carpeta 6. Watt y Gates

describen el primer encuentro, cuando los encontraron los dos escritores, solos, exhaustos y desnudos a excepción de las mantas, poco después de cruzar el Ebro a nado. La conversación más larga, descrita en Bessie 1 y por Hemingway y Matthews en sus crónicas, evidentemente se produjo más tarde aquel mismo día, después de que los seis estadounidenses supervivientes se hubieran encontrado, hubieran comido y los tres nadadores hubieran conseguido ropa. Este segundo encuentro se produjo en otro sitio, Rasquera, unos kilómetros al sur de donde al parecer cruzaron el río nadando. Bessie 1, p. 135, se refiere a una «ladera» en la que cientos de supervivientes británicos y canadienses también se habían reagrupado.

[26](#) «Shattering of American Battalion Is Described to Writer by Straggling Men», *New York Times*, 5 de abril de 1938.

[27](#) «Americans to Fight to End for Spain», *Oakland Tribune*, 10 de abril de 1938.

## 19. ¿UN CAMBIO DE PARECER?

[1](#) «Vinaroz Captured», 16 de abril de 1938.

[2](#) «Spain Won't Surrender», *The Nation*, 30 de abril de 1938.

[3](#) Bessie 1, p. 123.

[4](#) Cowles, p. 147.

[5](#) *Ibid.*, pp. 117-118.

[6](#) Lerude y Merriman, p. 226.

[7](#) «Yankee Hero's Widow Tells Story 50 Years after the Spanish Civil War», *Los Angeles Times*, 25 de abril de 1986.

[8](#) En 1963, Krock le citó a Hugh Thomas los nombres de Welles y Hull (Thomas, p. 803n) y en 1957 mencionó a James Ragland (Tierney, pp. 99-100).

[9](#) Kanawada, pp. 61-64.

[10](#) Tierney, p. 100.

[11](#) Ickes, p. 390.

[12](#) Entrevista con Martha Gellhorn, 20 de febrero de 1980, p. 20; Eleanor Roosevelt Oral History Project, Documentos de Eleanor Roosevelt, Caja 2.

[13](#) A Ida y Max Schachter, 20 de marzo y 23 de abril de 1938, Documentos de Toby Jensky y Philip Schachter, ALBA 055, Carpeta 3.

[14](#) Nathaniel P. Davis a Max Schachter, 13 de julio de 1938, Documentos de Toby Jensky y Philip Schachter, ALBA 055, Carpeta 10.

## 20. TRATANDO DE GANAR TIEMPO

[1](#) Fischer 1, pp. 494 y 500.

[2](#) Sheean, pp. 195-196.

[3](#) Álvarez Alonso, p. 11.

- [4](#) Rieber a Arvilla, 15 de febrero de 1938, Archivos de CAMPSA, Madrid, cedidos por Guillem Martínez Molinos.
- [5](#) Brewster a Arvilla, 22 de marzo de 1937, archivos de CAMPSA, Madrid, cedidos por Guillem Martínez Molinos.
- [6](#) «British Crew Bars Voyage», *New York Times*, 2 de septiembre de 1937.
- [7](#) Brewster a Arvilla, 19 de noviembre de 1937, archivos de CAMPSA, Madrid, cedidos por Guillem Martínez Molinos.
- [8](#) Angela Jakson, p. 45, entrevista con Milton Wolff.
- [9](#) Bessie 1, p. 195.
- [10](#) *Ibid.*, p. 205.
- [11](#) Preston 1, p. 137.
- [12](#) Bessie 2, p. 70.
- [13](#) Bessie 1, p. 219.
- [14](#) Bessie 1, p. 215.
- [15](#) William C. Beeching, *Canadian Volunteers: Spain, 1936-1939*, Regina, Saskatchewan, Canadian Plains Research Center, 1989, p. 152.
- [16](#) Bessie 1, pp. 221 y 176.
- [17](#) *Ibid.*, pp. 222, 257 y 264.
- [18](#) Eby, p. 405.
- [19](#) Bessie 1, pp. 243 y 293.
- [20](#) *Ibid.*, p. 268.
- [21](#) *Ibid.*, p. 337.
- [22](#) Preston 3, p. 131.
- [23](#) Cowles, pp. 155 y 171.
- [24](#) *Socialist Call*, 10 de diciembre de 1938.

## QUINTA PARTE

### 21. EL SABOR DE LAS LÁGRIMAS

- [1](#) Beevor, p. 366.
- [2](#) «Volunteers in Spain», *Times* de Londres, 29 de octubre de 1938. Katz, p. 60, cita una cantidad menor: 2.000.
- [3](#) Payne 1, p. 186.
- [4](#) Matthews 1, p. 141; Documentos de Herbert L. Matthews, Caja 21, Carpeta 4.
- [5](#) Katz, pp. 61-62; *Volunteer*, diciembre de 2008, p. 6.
- [6](#) Thomas, pp. 830-831.
- [7](#) «Barcelona Farewell to Volunteers», *Hull Daily Mail*, 29 de octubre de 1938.
- [8](#) Gates, p. 67.
- [9](#) En ninguna otra cifra difieren tanto tres de los más importantes historiadores del conflicto. Preston 1, p. 291, habla de 7.150, mientras que Thomas, p. 833, de

entre 10.000 y 15.000, y Beevor, p. 358, de 30.000.

[10](#) Thomas, p. 852.

[11](#) 15 de noviembre de 1938, Documentos de Martha Gellhorn, Caja 4, Carpeta 121.

[12](#) Preston 3, p. 423.

[13](#) Howson, pp. 242-243. Algunas historias, basándose en el relato del viaje a Moscú a finales de noviembre del jefe de la fuerza aérea republicana, el general Ignacio Hidalgo de Cisneros, y su mujer, muy emocionados por el ofrecimiento de ayuda de Stalin en aquel momento tan sombrío, exageran la cantidad de armas. Estudiando los registros soviéticos, Howson demuestra que fueron pocas las armas enviadas y que, debido a los impedimentos puestos por los franceses, llegaron a España todavía menos.

[14](#) «Planes Raid Barcelona at Night», 1 de enero de 1939; «Retreat Ordely Despite Bombing», 14 de enero de 1939; «Loyalist Defense Held Still Strong», 17 de enero de 1939; «Barcelona's Plans Upset by Apathy», 26 de enero de 1939.

[15](#) Teresa Pàmies, *Quan érem capitans: memòries d'aquella guerra*, Barcelona, DOPESA, 1974, citado en Beevor, p. 378.

[16](#) 3 de febrero de 1939, Documentos de Martha Gellhorn, Caja 4, Carpeta 122.

[17](#) Beevor, p. 378.

[18](#) Thomas, pp. 900-901.

[19](#) Beevor, p. 397.

[20](#) Martínez Molinos 1, p. 95. Traina, p. 166, citando al representante de Rieber, William M. Brewster, que «declaró en marzo de 1939 que Texaco “ya había recibido veinte millones de dólares en efectivo” de los nacionales». Si Texaco en ese momento todavía seguía ampliando el crédito, la cantidad total del valor del petróleo habría sido incluso mayor. Los historiadores a menudo citan una cantidad más baja, de 6 millones de dólares, cuyo origen es una servil semblanza de Rieber en 1940 para *Life* de Joseph J. Thorndike Jr. Pero, cuando Thorndike entrevistó a Rieber, ya había comenzado la Segunda Guerra Mundial, la hostilidad estadounidense hacia el fascismo iba en aumento y Rieber tenía serios motivos para rebajar sus relaciones con Franco.

[21](#) Sánchez Asiaín, p. 399, n. 58.

[22](#) Informe anual de CAMPSA, 1936-1937 (publicado en 1940).

[23](#) José María Doussinague, en Charles Foltz, *The Masquerade in Spain*, Boston, Houghton Mifflin, 1948, p. 52.

[24](#) Preston 3, p. 505.

[25](#) Beevor, p. 385.

[26](#) Enrique Suñer, *Los intelectuales y la tragedia española*, 2.<sup>a</sup> ed., San Sebastián, Editorial Española, 1938, pp. 166-167, citado en Preston 3, pp. 505-506.

[27](#) Graham, pp. 114 y 204.

[28](#) Bessie y Prago, p. 337.

[29](#) Preston 3, p. 503.

[30](#) *Ibid.*, p. xi. Aquí, como para otros muchos datos, sigo el magistral *El holocausto español* de Preston, la más reciente y amplia tabla. Stanley Payne cita cifras más altas (28.000, Payne 1, pp. 104 y 110) para los ejecutados después de la guerra, aunque una cifra más baja para los muertos a manos de los nacionales durante el conflicto: «al

menos 70.000 (posiblemente más)», Payne 1, p. 110. Beevor, en la p. 405, al unir las muertes del «terror franquista» durante y después de la guerra, habla de unas 200.000, un número parecido al de Preston.

[31](#) Beevor, p. 405.

[32](#) Preston 3, p. 509.

[33](#) Preston 3, pp. 509-510; Beevor, p. 404.

[34](#) Beevor, p. 406.

[35](#) Orwell, p. 171.

## 22. KADISH

[1](#) Carroll 1, p. 211.

[2](#) Eby, p. 417.

[3](#) Yates, pp. 160 y 164.

[4](#) Ernest Hemingway, «Milton Wolff» de Jo Davidson en *Spanish Portraits*, Nueva York, Georgian Press, 1938, citado en Carroll 2, p. 80.

[5](#) Preston 1, pp. 153-154.

[6](#) Beevor, p. 426. Lectores españoles del libro de Beevor descubrieron en archivos alemanes el informe al que se refería. Las fotografías que lo acompañaban fueron objeto de una exposición itinerante por España en 2012-2013 con el título «Experiments de la Legió Cóndor a l'Alt Maestrat, 1938». Mi agradecimiento a Guillem Martínez Molinos por indicármelo.

[7](#) «Premature Anti-Fascist», *Antioch Review* 57 (2), primavera de 1999, p. 148.

[8](#) Tanenhaus, p. 301.

[9](#) Para una amplia colección de documentos soviéticos en inglés, véase Radosh *et al.*

[10](#) De *My Road to Berlin*, Nueva York, Doubleday, 1960, reimpresso en Klaus Farprecht, *Willy Brandt: Portrait and Self-Portrait*, Los Ángeles, Nash, 1971, p. 89.

[11](#) Ickes, p. 569.

[12](#) 18 de mayo de 1982, Documentos de Robert Hale Merriman, ALBA 191, Caja 1, Carpeta 13.

[13](#) A pesar de que estando en España solicitó unirse al Partido Comunista, posiblemente con la idea de que ello le permitiera mejorar su posición siempre precaria de periodista por cuenta propia. Véase RGASPI 545/6/862. No sabemos si su solicitud fue aceptada o si su conocida tendencia a criticar abiertamente a la Unión Soviética hizo que el partido la rechazara.

[14](#) A Hans Amlie, sin fecha, Documentos de Milly Bennett, Caja 2, Carpeta 3.

[15](#) El manuscrito sobre China se encontró entre sus papeles y fue publicado con un título distinto más de treinta años después de su muerte; recibió críticas entusiastas. Ver bibliografía.

[16](#) Jensky a Martin y Samuel Berenberg, 14 de septiembre de 1941, y Gurney a Martin, 1949, ambos en Documentos de Fredericka Martin, ALBA 001, Caja 9,

Carpeta 21.

- 17 Entrevista con Jensky, material de investigación para *Into the Fire: American Women in the Spanish Civil War*, una película de Julia Newman, ALBA 266.
- 18 Entrevista del autor con Bernice Jensky, 13 de octubre de 2013.
- 19 La fuente era el congresista por el estado de Washington, Hugh De Lacy. «U.S. Has 1,5000 Atom Bombs Store, Representative De Lacy Says Here», *New York Times*, 31 de marzo de 1946.
- 20 Carroll 1, p. 286.
- 21 Documentos de John Gerassi, ALBA 018, Caja 6, Carpeta 3.
- 22 FBI file NY 100-90413, p. 2. Le estoy muy agradecido a Jim Neugass por cederme este y otros documentos sobre su padre.
- 23 Myra Neugass a Fredericka Martin, 23 de julio de 1968, Documentos de Fredericka Martin, ALBA 001, Caja 10, Carpeta 18.
- 24 Neugass, p. xviii, introducción de Peter N. Carroll y Peter Glazer. Los lectores estamos en deuda con estos historiadores por haber ordenado el libro para su publicación.
- 25 Por ejemplo, Thorndike. p. 57.
- 26 Entrevista del autor a Lewis Lapham, 14 de noviembre de 2014.
- 27 Sin fecha, principios de 1937, Documentos de Martha Gellhorn, sin caja.
- 28 Hemingway a Clara Spiegel, 23 de agosto de 1940, Hemingway 1, p. 511.
- 29 Bessie, «Hemingway's "For Whom the Bell Tolls"», *New Masses*, 5 de noviembre de 1940, pp. 27-29.
- 30 Bessie 2, p. 130.
- 31 *People's World*, 30 de octubre de 1940 y 12 de febrero de 1941, citados en Carroll 1, pp. 239-240.
- 32 Orwell, p. 168.
- 33 Orwell a Frank Jellinek, 20 de diciembre de 1938, Orwell p. 320.
- 34 Orwell, p. 358, «Looking Back on the Spanish War».
- 35 *Ibid.*, p. 357, «Looking Back on the Spanish War».
- 36 La historia apareció primero en *Cosmopolitan* en octubre de 1939, contrariamente a la fecha que aparece en el prefacio del editor en Hemingway 2, donde aparece en pp. 460-469. Hemingway a Perkins, c. 15 de enero de 1940, citado en Watson 1, p. 114.
- 37 Columna de «As I Please», *Tribune*, 2 de febrero de 1945.
- 38 Hemingway a Harvey Breit, abril o mayo de 1952, citado en Rodden y Rossi, p. 61; Orwell sobre Hemingway: «Wartime Britain has produced nothing of the caliber of "For Whom the Bell Tolls" or "Darkness at Noon"», crítica de *Robert Cain*, de William Russell, *Manchester Evening News*, 15 de junio de 1944, en Orwell, *I Have Tried to Tell the Truth: Complete Works*, vol. xvi, editado por Peter Davison, con la colaboración de Ian Angus y Sheila Davison, Londres, Secker & Warburg, 1998. p. 256.
- 39 Sin embargo, muy pocos, al parecer, lo dejaron debido a sus experiencias en la Guerra Civil Española. William Herrick no dejó el Partido hasta el pacto germano-soviético, aunque, al menos en retrospectiva, encontraba muchas razones por las que sentirse amargado debido a lo que vio en España. Sus demoledoras memorias, aunque no del todo fiables, describen cómo fueron obligados a presenciar a un oficial comunista matando a

tiros a tres prisioneros al parecer anarquistas o miembros del POUM. Por muy desagradable que fuera este conflicto intestino, pocos o ningún miembro de las Brigadas Internacionales se vieron directamente implicados en él, a pesar de la vívida descripción en contra que aparece en la película de Ken Loach *Tierra y libertad*.

[40](#) Carroll 1, pp. 376-377.

[41](#) Fischer 1, p. 208.

[42](#) Hyman Katz, 25 de noviembre de 1937, en Nelson y Hendricks, p. 32.

[43](#) Petrou, p. 182.

[44](#) La plena ciudadanía exigía la renuncia a la ciudadanía de cualquier otro país, pero una década más tarde ese requerimiento fue suprimido y diversos miembros supervivientes del Lincoln recibieron su pasaporte español.

[45](#) 6 de marzo de 1987. Documentos de Robert Hale Merriman, Biblioteca Bancroft, Universidad de California, Berkeley.

[46](#) Fausto Villar a Luke Hinman, 22 de enero de 1987. Documentos de Robert Hale Merriman, Biblioteca Bancroft, Universidad de California, Berkeley.

[47](#) Manuscrito de Villar Esteban, pp. 75-76. En una carta a *Volunteer*, primavera de 1998, Villar dice que sucedió a la 10 a.m. y Merriman estaba «a unos dos metros».

[48](#) John R. Gerlach, «Behind Fascist Lines», en Bessie y Pargo, p. 242. Gerlach escribió este relato años más tarde, pero resulta congruente con lo que les contó a Hemingway y Matthews cuando lo entrevistaron el 4 de abril de 1938. Leonard Lamb relata un recuerdo similar en los Documentos de John Gerassi, ALBA 018, Caja 4, Carpeta 2, como también hace Clement Markert en la Caja 4, Carpeta 13. Si ambos recuerdos y los de Villar son correctos, es posible que Merriman estuviera vivo cuando Villar lo llamó, pero permaneció en silencio para no delatar su posición a los francotiradores nacionales. El voluntario suizo Konrad Schmidt ofrece una tercera versión del destino de Merriman. Dice que vio a Merriman y a su adjunto corriendo hacia una choza para protegerse del fuego de las ametralladoras nacionales mientras descendían de la colina y que «más tarde me enteré de que había sido hecho prisionero en esa choza», Schmidt, p. 289. Pero, posiblemente, dado el relato de Villar sobre sus propias acciones aquel día, Schmidt pudo haber visto a Villar y a otro soldado refugiándose y confundirlos con Merriman.

[49](#) Martí, p. 15.

[50](#) 28 de julio de 1987. Documentos de Robert Hale Merriman, Biblioteca Bancroft, Universidad de California, Berkeley.

[51](#) Los recuentos del número de soldados que llegaron a aquella cima varían considerablemente, lo cual quizá indique que no llegaron todos a la vez. John R. Gerlach en «Behind Fascist Lines», en Bessie y Pargo, habla de 50. Martin Maki, un artillero del Lincoln, que poco después sería capturado, en Documentos de John Gerassi, ALBA 018, Caja 4, Carpeta 18, habla de «unos 100». Schmidt, p. 289, dice que eran 700.

[52](#) 17 de febrero de 1937. Sin embargo, estas líneas fueron escritas el 27 de febrero.

[53](#) En sus memorias, Gerlach dice que cruzaron la carretera, lo que resulta congruente con el relato de Rolfe, pp. 212-213, escrito en 1939, para el que este («uno de Chicago llamado Ivan») parece haber sido la fuente. Albin Ragner, en «An Unpublished Memoir», *Volunteer*, 27 de febrero de 2013, sitúa a Merriman a 13 o 15 kilómetros al este



de Gandesa, seguramente una exageración, pero en cualquier caso pasada la carretera.

[54](#) Harry Schachter a Carl Geiser, 15 de diciembre de 1992, cedido por Rebecca Schachter.

[55](#) «Honoring My Uncle Phil Schachter», *Volunteer*, 2 de julio de 2012.

\* Literalmente «liga de la hiedra». Asociación formada por ocho universidades de la Costa Este (entre ellas Harvard, Yale, Columbia y Princeton); el término se asocia al elitismo académico. (N. del T.)

\* Según la leyenda, el mariscal Potemkin construyó un decorado compuesto por las fachadas de hermosas viviendas que iba colocando a orillas del río Dniéper durante una visita de Catalina II al sur de Rusia en 1787. (N. del T.)

\* El texto original decía así: «Mothers Everlastingly Lingering Illness Likely Laryngitis Aunt Flora Ought Return Even If Goes North Later Equally Good If Only Night». Al unir las iniciales de cada palabra, se leía como: «Melilla Foreign Legion Revolted Martial Law Declared». (N. del T.)

\* «Agitación» y «propaganda». (N. del T.)

\* Huelga organizada por el Congreso de Organizaciones Industriales (CIO) en 1937 en varias empresas siderúrgicas, principalmente Republic Steel, Inland Steel y Youngstown Sheet and Tube Company. (N. del T.)

\* Probablemente se refería a la señora Gertrude Vanderbilt, una prominente figura de la alta sociedad estadounidense con mansión de veraneo en Newport. (N. del T.)

\* Childs fue una de las primeras cadenas de restaurantes estadounidense. (N. del T.)

\* En el ceremonial de muchas bodas estadounidenses, los acomodadores son los varones encargados de recibir a los invitados y dirigirlos hacia el lugar que tienen reservado. Se trata por tanto de un puesto honorífico elegido normalmente entre amigos o familiares. (N. del T.)

\* El kadish es una de las principales oraciones de la religión judía. Se trata de un panegírico a Dios en el que se le pide que acelere la redención y la venida del mesías. (N. del T.)

\* Movimiento pedagógico basado en el pensamiento de Rudolf Steiner, fundador de la antroposofía. (N. del T.)



## BIBLIOGRAFÍA

### MATERIAL DE ARCHIVO O INÉDITO

Abraham Lincoln Brigade Archives (ALBA), Biblioteca Tamiment, Universidad de Nueva York. En las notas hago referencia por separado a numerosos conjuntos concretos y numerados de páginas pertenecientes a esta colección.

Los originales de los diarios de Robert Merriman se hallan en Documentos de Robert Hale Merriman, ALBA 191, Caja 1, Carpeta 3. La biblioteca dispone también de una copia escaneada, disponible previa demanda, que puede ser agrandada y resulta más legible. Aún más accesible es una edición en línea escaneada, transcrita y exhaustivamente anotada del diario completo en <[www.merrimandiary.com](http://www.merrimandiary.com)>.

Una útil base de datos biográficos de voluntarios estadounidenses se puede encontrar en la página web del Abraham Lincoln Brigade Archives.

Aydelotte, Frank, Friends Historical Library, Swarthmore College, Swarthmore (Pensilvania).

Barsky, Dr. Edward K., en colaboración con Elizabeth Waugh, *The Surgeon Goes to War*, manuscrito inédito cedido por Peter N. Carroll. También se puede encontrar en Documentos de Edward K. Barsky, ALBA 125, Caja 5, Carpetas 4–21.

Bennett, Milly, Archivos del Instituto Hoover, Universidad de Stanford.

Cummings, Homer S., Special Collections, Biblioteca de la Universidad de Virginia.

Cusick, Lois [Orr], «Anarchist Millennium: Memories of the Spanish Revolution of 1936-1937», 1979, manuscrito inédito cedido por Elizabeth Cusick; hay una copia en la Biblioteca del Instituto Hoover, Universidad de Stanford.

—, «Spain, 1936-1937», 1961. Un borrador anterior de «Anarchist Millennium», cedido por Elizabeth Cusick; hay una copia en la Labadie Collection, Biblioteca de la Universidad de Michigan.

Documentos de Louis Fischer, Seeley G. Mudd Manuscript Library, Universidad de Princeton.

Documentos de Martha Gellhorn, Howard Gotlieb Archival Research Center, Universidad de Boston.

Documentos de Robert Gladnick, Archivos del Instituto Hoover, Universidad de Stanford.

Entrevista con Torkild Rieber, Oral History of the Texas Oil Industry, Caja 3K22, Briscoe Center for American History, Universidad de Texas en Austin. Está disponible en internet.

Huber, Peter, «Surveillance et repression dans les Brigades Internationales (1936-1938)», conferencia, Universidad de Lausana, 18-20 de diciembre de 1997.

- Mangan, Kate (a veces citada como Kate Mangan Kurzke), «The Good Comrade», manuscrito inédito, Documentos de Jan Kurzke, Instituto Internacional de Historia Social, Ámsterdam, Holanda.
- Matthews, Herbert L. , Rare Book and Manuscript Library, Universidad de Columbia.
- Merriman, Robert Hale, Biblioteca Bancroft, Universidad de California, Berkeley.
- Orr, Charles A. , Archivos del Instituto Hoover, Universidad de Stanford.
- RGASPI, Russian State Archive of Social-Political History, Moscú. Algunos microfilms de estos archivos se hallan en la Biblioteca Tamiment de la Universidad de Nueva York organizados por *fond*, *opis* y *delo*, que pueden ser traducidos como «archivo», «lista» y «carpeta». Los archivos relacionados con la Brigadas Internacionales están todos en *Fond* 545 de los archivos del Comintern y en las notas se indican con números sucesivos en referencia a los *opis* y *delo*, como en RGASPI 545/3/46.
- Roosevelt, Eleanor, Biblioteca Presidencial de Franklin D. Roosevelt, Hyde Park, Nueva York.
- Roosevelt, Franklin D. , Biblioteca Presidencial de Franklin D. Roosevelt, Hyde Park, Nueva York.
- Roosevelt, James, Biblioteca Presidencial Franklin D. Roosevelt, Hyde Park, Nueva York.
- Tyler, Hamilton A. , Biblioteca Bancroft, Universidad de California, Berkeley.
- Villar Esteban, Fausto, «Un valencianito en la Brigada Lincoln: sinfonía antibélica y antiheroica», trad. de Paul Sharkey, Special Collections, Biblioteca de la Universidad de Michigan.
- Young, Glennys, «Fashioning Spanish Culture in the Gulag and Its International Significance: The Case of the Karaganda Spaniards», conferencia, Universidad de Cambridge, 29 de junio de 2012.

## TESIS

- Althaus, Dudley Quentin, *A Correspondent's Commitment: Herbert L. Matthews' Coverage of the Spanish Civil War, 1936-1939*, Universidad de Texas, 1984.
- Bogacka-Rode, Magdalena, *Straight Record and the Paper Trail: From Depression Reporters to Foreign Correspondents*, Universidad de la Ciudad de Nueva York, 2014.
- Cooper, Sarah, *Reporting the Spanish Civil War from the Loyalist Side: The Professional and Personal Challenge for American Correspondents*, Universidad de Wisconsin, 1973.
- Johnson, Ashley, *Healing the Wounds of Fascism: The American Medical Brigade and the Spanish Civil War*, Mount Holyoke College, 2007.

## LIBROS Y ARTÍCULOS

- ALBA, Victor, y Stephen Schwartz, *Spanish Marxism versus Soviet Communism: A History of the P.O.U.M.*, New Brunswick (Nueva Jersey), Transaction, 1988.

- Alpert, Michael, *A New International History of the Spanish Civil War*, Nueva York, St. Martin's, 1994. [Hay trad. cast.: *Aguas peligrosas: nueva historia internacional de la guerra civil española*, Madrid, Akal, 1997.]
- Álvarez Alonso, José Antonio, *Notas sobre el suministro de petróleo a la España nacional en la guerra civil (1936-1939)*, Madrid, Gráficas Onofre Alonso, 1970.
- Anderson, Peter, y Miguel Ángel del Arco Blanco, *Mass Killings and Violence in Spain, 1936-1952: Grappling with the Past*, Nueva York, Routledge, 2015. [Hay trad. cast.: *Lidiando con el pasado: represión y memoria de la Guerra Civil y el franquismo*, Granada, Comares, 2014.]
- Balfour, Sebastian, *Deadly Embrace: Morocco and the Road to the Spanish Civil War*, Oxford, Oxford University Press, 2002. [Hay trad. cast.: *Abrazo mortal: de la guerra colonial a la guerra civil en España y Marruecos (1909-1939)*, Barcelona, Península, 2002.]
- Baumeister, Martin, y Stefanie Schüler-Springorum, eds., «*If You Tolerate This...: The Spanish Civil War in the Age of Total War*», Frankfurt, Campus, 2008.
- Baxell, Richard, *Unlikely Warriors: The British in the Spanish Civil War and the Struggle Against Fascism*, Londres, Aurum, 2012.
- Beevor, Antony, *The Battle for Spain: The Spanish Civil War, 1936-1939*, Nueva York, Penguin, 2006. [Hay trad. cast.: *La Guerra Civil española*, Barcelona, Crítica, 2015.]
- Bennett, Milly, *On Her Own: Journalistic Adventures from San Francisco to the Chinese Revolution, 1917-1927*, A. Tom Grunfeld, ed., Armonk (Nueva York), M. E. Sharpe, 1993.
- Bessie, Alvah, *Men in Battle: A Story of Americans in Spain*, Nueva York, Scribner's, 1939.
- , *Alvah Bessie's Spanish Civil War Notebooks*, Dan Bessie, ed., Lexington, Kentucky, University Press of Kentucky, 2002.
- Bessie, Alvah, y Albert Prago, eds., *Our Fight: Writings by Veterans of the Abraham Lincoln Brigade, Spain, 1936-1939*. Nueva York, Monthly Review Press, 1987.
- Bolloten, Burnett, *The Spanish Civil War: Revolution and Counterrevolution*, Chapel Hill (Carolina del Norte), University of North Carolina Press, 1991. [Hay trad. cast.: *La guerra civil española: revolución y contrarrevolución*, Madrid, Alianza, 2004.]
- Borkenau, Franz, *The Spanish Cockpit: An Eye-Witness Account of the Political and Social Conflicts of the Spanish Civil War*, Ann Arbor, University of Michigan Press, 1963. [Hay trad. cast.: *El reñidero español. Relato de un testigo de los conflictos sociales y políticos de la guerra civil española*, París, Ruedo Ibérico, 1971.]
- Bowker, Gordon, *Inside George Orwell*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2003.
- Breá, Juan, y Mary Low, *Red Spanish Notebook: The First Six Months of the Revolution and the Civil War*, San Francisco, City Lights, 1979.
- Brendon, Piers, *The Dark Valley: A Panorama of the 1930s*, Londres, Cape, 2000.
- Buchanan, Tom, «Three Lives of *Homage to Catalonia*», *Library Transactions* 3 (3), 2002.
- Burdick, Charles B, «The American Military Attachés in the Spanish Civil War, 1936-1939», *Militärgeschichtliche Mitteilungen* 46 (2), diciembre de 1989.
- Carroll, Peter N., *The Odyssey of the Abraham Lincoln Brigade*, Stanford (California),

- Stanford University Press, 1994. [Hay trad. cast.: *La odisea de la Brigada Abraham Lincoln: los norteamericanos en la guerra civil española*, Sevilla, Espuela de Plata, 2005.]
- , *From Guernica to Human Rights: Essays on the Spanish Civil War*, Kent (Ohio), Kent State University Press, 2015.
- Carroll, Peter N., y James D. Fernandez, *Facing Fascism: New York and the Spanish Civil War*, Nueva York, Museo de la Ciudad de Nueva York, 2007. [Hay trad. cast.: *Contra el fascismo: Nueva York y la guerra civil española*, Madrid, Instituto Cervantes, 2007.]
- Chapman, Michael E., *Arguing Americanism: Franco Lobbyists, Roosevelt's Foreign Policy, and the Spanish Civil War*, Kent (Ohio), Kent State University Press, 2011.
- Chomsky, Noam, «Objectivity and Liberal Scholarship», en *American Power and the New Mandarins*, Nueva York, New Press, 2002.
- Cowles, Virginia, *Looking for Trouble*, Nueva York, Harper & Brothers, 1941.
- Crowl, James William, *Angels in Stalin's Paradise: Western Reporters in Soviet Russia, 1917 to 1937, a Case Study of Louis Fischer and Walter Duranty*, Washington, D. C., University Press of America, 1982.
- Dallet, Joe, *Letters from Spain*, Nueva York, Workers Library, 1938.
- Delmer, Sefton, *Trail Sinister: An Autobiography*, vol. 1, Londres, Secker & Warburg, 1961.
- De Vries, Lini, *Up from the Cellar*, Minneapolis, Vanilla Press, 1979.
- Dolgoff, Sam, ed., *The Anarchist Collectives: Workers' Self-Management in the Spanish Revolution, 1936-1939*, Nueva York, Free Life Editions, 1974.
- Eby, Cecil D., *Comrades and Commissars: The Lincoln Battalion in the Spanish Civil War*, University Park (Pensilvania), Pennsylvania State University Press, 2007.
- Esenwein, George, y Adrian Shubert, *Spain at War: The Spanish Civil War in Context, 1931-1939*, Nueva York, Longman, 1995.
- Estes, Kenneth W., y Daniel Kowalsky, *The Spanish Civil War*, Detroit, St. James, 2005.
- Farago, Ladislav, *Game of the Foxes: The Untold Story of German Espionage in the United States and Great Britain during the Second World War*, Nueva York, David McKay, 1971. [Hay trad. cast.: *El juego de los zorros. La historia inédita del espionaje alemán en los Estados Unidos y la Gran Bretaña durante la Segunda Guerra Mundial*, México, Lasser Press, 1980.]
- Felsen, Milt, *The Anti-Warrior*, Iowa City, University of Iowa Press, 1989.
- Fischer, Louis, *Men and Politics: An Autobiography*, Nueva York, Duell, Sloan and Pearce, 1941.
- , *Soviet Journey*, Nueva York, H. Smith and R. Haas, 1935.
- , «Spanish Diary Sep 18-Oct 16, 1936», Documentos de Fischer, Caja 25, Carpeta 2.
- Fisher, Harry, *Comrades: Tales of a Brigadista in the Spanish Civil War*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1998. [Hay trad. cast.: *Camaradas: relatos de un brigadista*, Madrid, Laberinto, 2001.]
- Fleming, John V., «The Travails of a Fellow-Traveler», *Princeton University Library Chronicle* 71 (2), invierno de 2010.
- Frank, Willard C., Jr., «The Spanish Civil War and the Coming of the Second World

- War», *International History Review* 9 (3), agosto de 1987.
- Fraser, Ronald, *Blood of Spain: An Oral History of the Spanish Civil War*, Nueva York, Pantheon, 1979. [Hay trad. cast.: *Recuérdalo tú y recuérdalo a otros*, Barcelona, Crítica, 2016.]
- Fyrth, Jim, ed., en colaboración con Sally Alexander, *Women's Voices from the Spanish Civil War*, Londres, Lawrence & Wishart, 1991.
- Galbraith, John Kenneth, *A Life in Our Times*, Boston, Houghton Mifflin, 1981 [hay trad. cast.: *Memorias: una vida de nuestro tiempo*, Barcelona, Grijalbo, 1982].
- Gates, John, *The Story of an American Communist*, Nueva York, Thomas Nelson & Sons, 1958.
- Geiser, Carl, *Prisoners of the Good Fight: The Spanish Civil War, 1936-1939*. Westport, Connecticut, Lawrence Hill, 1986.
- Gellhorn, Martha, *Selected Letters of Martha Gellhorn*, Caroline Moorehead, ed., Nueva York, Holt, 2006.
- Graham, Helen, *The War and Its Shadow: Spain's Civil War in Europe's Long Twentieth Century*, Brighton, Reino Unido, Sussex Academic Press, 2012. [Hay trad. cast.: *La guerra y su sombra: la guerra civil española en la Europa del siglo XX*, Barcelona, Crítica, 2013.]
- Gurney, Jason, *Crusade in Spain*, Londres, Faber and Faber, 1974.
- Halstead, Charles R., «A "Somewhat Machiavellian" Face: Colonel Juan Beigbeder as High Commissioner in Spanish Morocco, 1937-1939», *Historian* 37 (1), 1de noviembre de 1974.
- Hemingway, Ernest, *Selected Letters, 1917-1961*, Carlos Baker, ed., Nueva York, Scribner's, 1981.
- , *The Complete Short Stories of Ernest Hemingway*, Nueva York, Scribner's, 1987. Las citas de las crónicas desde España de Hemingway para North American Newspaper Alliance (NANA) se basan en sus textos editados por William Braasch Watson y reproducidos en «Hemingway's Spanish Civil War Dispatches», *Hemingway Review* 7 (2), primavera de 1988.
- Herbst, Josephine, *The Starched Blue Sky of Spain and Other Memoirs*, Nueva York, HarperPerennial, 1992.
- Herrick, William, *Jumping the Line: The Adventures and Misadventures of an American Radical*, Madison, University of Wisconsin Press, 1998.
- Hopkins, James K., *Into the Heart of the Fire: The British in the Spanish Civil War*, Stanford (California), Stanford University Press, 1998.
- Howson, Gerald, *Arms for Spain: The Untold Story of the Spanish Civil War*, Nueva York, St. Martin's, 1998. [Hay trad. cast.: *Armas para España: la historia no contada de la guerra civil española*, Barcelona, Península, 2000.]
- Ickes, Harold L., *The Secret Diary of Harold L. Ickes: Volume II, The Inside Struggle, 1936-1939*, Nueva York, Simon & Schuster, 1954.
- Ivens, Joris, *The Camera and I*, Nueva York, International Publishers, 1969.
- Jackson, Angela, *At the Margins of Mayhem: Prologue and Epilogue to the Last Great Battle of the Spanish Civil War*, Torfaen (Gales), Warren & Pell, 2008. [Hay trad.



- cat.: *Preludi de l'última batalla*, Vallas, Cossentània, 2008.]
- Jackson, Gabriel, *The Spanish Republic and the Civil War, 1931-1939*, Princeton, New Jersey, Princeton University Press, 1965. [Hay trad. cast.: *La República y la guerra civil*, Barcelona, Planeta, 2013.]
- , *Juan Negrín: Spanish Republican Wartime Leader*, Eastbourne (Reino Unido), Sussex Academic Press, 2010. [Hay trad. cast.: *Juan Negrín*, Barcelona, Crítica, 2008.]
- , «Collectivist Experiences in the Spanish Civil War», *Mediterranean Studies* 2 (1990).
- Jacobs, John Kedzie, *The Stranger in the Attic: Finding a Lost Brother in His Letters Home*, edición privada, 2013.
- Jump, Jim, ed., *Looking Back at the Spanish Civil War: The International Brigade Memorial Trust's Len Crome Memorial Lectures, 2002-2010*, Londres, Lawrence & Wishart, 2010.
- Kanawada, Leo V., Jr., *Franklin D. Roosevelt's Diplomacy and American Catholics, Italians, and Jews*, Ann Arbor (Michigan), UMI Research Press, 1982.
- Katz, William, *The Lincoln Brigade: A Picture History*, Nueva York, Atheneum, 1989.
- Keene, Judith, *Fighting for Franco: International Volunteers in Nationalist Spain during the Spanish Civil War, 1936-1939*, Londres, Hambledon Continuum, 2007. [Hay trad. cast.: *Luchando por Franco: voluntarios europeos al servicio de la España franquista*, Barcelona, Salvat Editores, 2002.]
- Kemp, Peter, *Mine Were of Trouble*, Londres, Cassell, 1957. [Hay trad. cast.: *Mis reflexiones sobre el conflicto*, Astorga, Akron, 2009.]
- , *The Thorns of Memory: Memoirs*, Londres, Sinclair-Stevenson, 1990.
- Knightley, Phillip, *The First Casualty: From the Crimea to Vietnam: The War Correspondent as Hero, Propagandist, and Myth Maker*, Nueva York, Harcourt BraceJovanovich, 1975.
- Knoblauch, H. Edward, *Correspondent in Spain*, Londres, Sheed & Ward, 1937. [Hay trad. cast.: *Corresponsal en España*, Madrid, Fermín Uriarte Editor, 1967.]
- Koch, Stephen, *The Breaking Point: Hemingway, Dos Passos, and the Murder of José Robles*, Nueva York, Counterpoint, 2005. [Hay trad. cast.: *La ruptura: Hemingway, Dos Passos y el asesinato de José Robles*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2006.]
- Kowalsky, Daniel, *Stalin and the Spanish Civil War*, Nueva York, Columbia University Press, 2008. [Hay trad. cast.: *La Unión Soviética y la guerra civil española*, Barcelona, Crítica, 2003.]
- Labanyi, Jo., «Finding Emotions in the Archives», *Volunteer*, junio de 2007.
- Landis, Arthur H., *The Abraham Lincoln Brigade*, Nueva York, Citadel, 1967.
- Lash, Joseph P., *Eleanor and Franklin: The Story of Their Relationship, Based on Eleanor Roosevelt's Private Papers*, Nueva York, Norton, 1971.
- Lear, Walter J., «American Medical Support for Spanish Democracy, 1936-1938», en Anne-Emanuelle Birn y Theodore M. Brown, eds., *Comrades in Health: U.S. Health Internationalists, Abroad and at Home*, New Brunswick (New Jersey), Rutgers University Press, 2013.
- Lerude, Warren, y Marion Merriman, *American Commander in Spain: Robert Hale Merriman and the Abraham Lincoln Brigade*, Reno, University of Nevada Press, 1986.

- Little, Douglas, «Antibolshevism and Appeasement: Great Britain, the United States, and the Spanish Civil War», en David F. Schmitz y Richard D. Challener, eds., *Appeasement in Europe: A Reassessment of U.S. Policies*, Nueva York, Greenwood Press, 1990.
- Liversedge, Ronald, *Mac-Pap: Memoir of a Canadian in the Spanish Civil War*, Vancouver, New Star, 2013.
- Madariaga, María Rosa de, «The Intervention of Moroccan Troops in the Spanish Civil War: A Reconsideration», *European History Quarterly* 22 (1992).
- Martí, Anna, «In the Footsteps of the Lincolns», *Volunteer*, septiembre de 2012.
- Martínez de Pisón, Ignacio, *Enterrad a los muertos*, Barcelona, Seix Barral, 2005.
- Martínez Molinos, Guillem, «El suministro de petróleo», en *La Guerra Civil 16: La economía de guerra*, Madrid, *Historia* 16, 1986.
- , «Ríos de Petróleo. El abastecimiento de esencias y grasas durante la guerra civil», en Francisco Comín Comín y Enrique Fuentes Quintana, eds., *Economía y economistas españoles en la guerra civil I: El contexto político e internacional*, Barcelona, Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, 2008.
- Matthews, Herbert L., *The Education of a Correspondent*, Nueva York, Harcourt Brace, 1946.
- , *A World in Revolution: A Newspaperman's Memoir*, Nueva York, Scribner's, 1971.
- , *Two Wars and More to Come*, Nueva York, Carrick & Evans, 1938.
- , *Eyewitness in Abyssinia: With Marshal Badoglio's Forces to Addis Ababa*, Londres, Martin Secker & Warburg, 1937.
- Moorehead, Caroline, *Gellhorn: A Twentieth-Century Life*, Nueva York, Henry Holt, 2003. [Hay trad. cast.: *Martha Gellhorn*, Barcelona, Circe, 2004.]
- Nelson, Cary, y Jefferson Hendricks, *Madrid 1937: Letters of the Abraham Lincoln Brigade from the Spanish Civil War*, Nueva York, Routledge, 1996.
- Nelson, Steve, *The Volunteers*, Nueva York, Masses & Mainstream, 1953.
- Nelson, Steve, James R. Barrett y Rob Ruck, *Steve Nelson: American Radical*. Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 1981.
- Neugass, James, *War Is Beautiful: An American Ambulance Driver in the Spanish Civil War*, Peter N. Carroll y Peter Glazer, eds., Nueva York, New Press, 2008.
- Orr, Lois, *Letters from Barcelona: An American Woman in Revolution and Civil War*. Con algunas aportaciones de Charles Orr. Gerd-Rainer Horn, ed., Basingstoke, Hampshire (Reino Unido), Palgrave Macmillan, 2009.
- Orwell, George, *Orwell in Spain: The Full Text of Homage to Catalonia with Associated Articles, Reviews, and Letters*, procedentes de The Complete Works of George Orwell, Peter Davison, ed., Londres, Penguin, 2001. [Hay trad. cast.: *Orwell en España: homenaje a Cataluña y otros escritos sobre la Guerra Civil Española*, Barcelona, Tusquets, 2015.]
- Othen, Christopher, *Franco's International Brigades: Adventurers, Fascists, and Christian Crusaders in the Spanish Civil War*, Nueva York, Columbia University Press, 2013. [Hay trad. cast.: *Las brigadas internacionales de Franco*, Barcelona, Destino, 2007.]
- Patai, Frances, «Heroines of the Good Fight: Testimonies of U.S. Volunteer Nurses in the Spanish Civil War, 1936-1939», *Nursing History Review* 3 (1995), pp.79-104.

- Payne, Stanley, *The Spanish Civil War*, Nueva York, Cambridge University Press, 2012. [Hay trad. cast.: *La Guerra Civil Española*, Madrid, Rialp, 2014.]
- , *The Spanish Civil War, the Soviet Union, and Communism*, New Haven, Yale University Press, 2004. [Hay trad. cast.: *Unión Soviética, comunismo y revolución en España*, Barcelona, Plaza & Janés, 2003.]
- Petrou, Michael, *Renegades: Canadians in the Spanish Civil War*, Vancouver, University of British Columbia Press, 2008.
- Povedano, Manuel Aguilera, «Los hechos de mayo de 1937: Efectivos y bajas de cada bando», *Hispania* 73 (245), septiembre-diciembre de 2013.
- Preston, Paul, *The Spanish Civil War: Reaction, Revolution, and Revenge*, Nueva York, Norton, 2006. [Hay trad. cast.: *La Guerra Civil española: reacción, revolución y venganza*, Barcelona, Debolsillo, 2015.]
- , *We Saw Spain Die: Foreign Correspondents in the Spanish Civil War*, Nueva York, Skyhorse, 2009. [Hay trad. cast.: *Idealistas bajo las balas*, Barcelona, Debolsillo, 2016.]
- , *The Spanish Holocaust: Inquisition and Extermination in Twentieth-Century Spain*, Nueva York, Norton, 2012. [Hay trad. cast.: *El holocausto español: odio, exterminio en la Guerra Civil y después*, Barcelona, Debate, 2011.]
- , *Franco: A Biography*, Nueva York, Basic Books, 1994. [Hay trad. cast.: *Franco: Caudillo de España*, Barcelona, Punto de Lectura, 2017.]
- , *The Destruction of Guernica*, Londres, Harper Press, 2012. [Hay trad. cast.: *La muerte de Guernica*, Barcelona, Debate, 2012.]
- , «The Psychopathology of an Assassin: General Gonzalo Queipo de Llano», en Peter Anderson y Miguel Ángel del Arco Blanco, *Mass Killings and Violence in Spain, 1936-1952: Grappling with the Past*, Nueva York, Routledge, 2015. [Hay trad. cast.: «La forja de un asesino: el general Gonzalo Queipo de Llano», en *Lidiando con el pasado: represión y memoria de la Guerra Civil y el franquismo*, Granada, Comares, 2014.]
- Puzzo, Dante A., *Spain and the Great Powers, 1936-1941*, Nueva York, Columbia University Press, 1962.
- Radosh, Ronald, Mary R. Habeck y Grigory Sevostianov, *Spain Betrayed: The Soviet Union in the Spanish Civil War*, New Haven, Yale University Press, 2001.
- Raguer, Hilari, *Gunpowder and Incense: The Catholic Church and the Spanish Civil War*, Londres, Routledge, 2007. [Hay trad. cast.: *La pólvora y el incienso: la Iglesia y la Guerra Civil española*, Barcelona, Península, 2017.]
- Regler, Gustav, *The Owl of Minerva: The Autobiography of Gustav Regler*, trad. de Norman Denny, Nueva York, Farrar, Straus, and Giroux, 1959.
- Reynolds, Michael, *Hemingway: The 1930s*, Nueva York, Norton, 1997.
- Rhodes, Richard, *Hell and Good Company: The Spanish Civil War and the World It Made*, Nueva York, Simon & Schuster, 2015.
- Richardson, R. Dan, *Comintern Army: The International Brigades and the Spanish Civil War*, Lexington, University Press of Kentucky, 1982.
- Rodden, John, y John Rossi, «The Mysterious (Un)meeting of George Orwell and Ernest Hemingway», *Kenyon Review* 31 (4), otoño de 2009.
- Rolfe, Edwin, *The Lincoln Battalion: The Story of the Americans Who Fought in Spain in*

- the International Brigades*, Nueva York, Random House, 1939.
- Romerstein, Herbert, *Heroic Victims: Stalin's Foreign Legion in the Spanish Civil War*, Washington, D.C., Council for the Defense of Freedom, 1994.
- Rosenstone, Robert A., *Crusade of the Left: The Lincoln Battalion in the Spanish Civil War*, Nueva York, Pegasus, 1969.
- Rubin, Hank, *Spain's Cause Was Mine: A Memoir of an American Medic in the Spanish Civil War*, Carbondale, Southern Illinois University Press, 1997.
- Ruiz, Julius, *The «Red Terror» and the Spanish Civil War: Revolutionary Violence in Madrid*, Nueva York, Cambridge University Press, 2014. [Hay trad. cast.: *El terror rojo*, Barcelona, Espasa Libros, 2012.]
- Sánchez Asiaín, José Ángel, *La financiación de la Guerra Civil española: una aproximación histórica*, Barcelona, Crítica, 2012.
- Schmidt, Konrad, «In Francos Kriegsgefangenschaft», en Max Wullschleger, ed., *Schweizer kämpfen in Spanien*, Zürich, Buchhandlung Stauffacher, 1939.
- Schwartz, Stephen, «Reading the Runes: New Perspectives on the Spanish Civil War», *Arena* 2, febrero de 2011.
- Sebba, Anne, *Battling for News: The Rise of the Woman Reporter*, Londres, Hodder & Stoughton, 1994.
- Seidman, Michael, *Republic of Egos: A Social History of the Spanish Civil War*, Madison, University of Wisconsin Press, 2002.
- , «The Unorwellian Barcelona», *European History Quarterly* 20, abril de 1990.
- Sheean, Vincent, *Not Peace but a Sword*, Nueva York, Doubleday, Doran, 1939.
- Shelden, Michael, *Orwell: The Authorized Biography*, Nueva York, HarperCollins, 1992. [Hay trad. cast.: *Orwell, biografía autorizada*, Barcelona, Salamandra, 1993.]
- Smith, Page, *Redeeming the Time: A People's History of the 1920s and the New Deal*, Nueva York, McGraw-Hill, 1987.
- Sommerfield, John, *Volunteer in Spain*, Londres, Lawrence & Wishart, 1937. [Hay trad. cast.: *Voluntarios en España*, Salamanca, Amarú Ediciones, 2013.]
- Stansky, Peter, y William Abrahams, *Orwell: The Transformation*, Nueva York, Knopf, 1980.
- , *Journey to the Frontier: Julian Bell and John Cornford: Their Lives and the 1930s*, Londres, Constable, 1966.
- Stradling, Rob, «The Spies Who Loved Them: The Blairs in Barcelona, 1937», *Intelligence and National Security* 25 (5), octubre de 2010.
- Szurek, Alexander, *The Shattered Dream*, Boulder (Colorado), East European Monographs, 1989.
- Tanenhaus, Sam, «Innocents Abroad», *Vanity Fair*, septiembre de 2001.
- Taylor, D. J., *Orwell: The Life*, Nueva York, Holt, 2003.
- Thomas, Hugh, *The Spanish Civil War*, edición revisada, Nueva York, Random House, 2001. [Hay trad. cast.: *La guerra civil española*, Barcelona, Debolsillo, 2011.]
- Thorndike, Joseph J., Jr., «“Cap” Rieber: He Came Off a Tanker to Build an Oil Empire and Prove That Industrial Daring Is Not Dead», *Life*, 1 de julio de 1940.
- Tierney, Dominic, *FDR and the Spanish Civil War: Neutrality and Commitment in the*

- Struggle That Divided America*, Durham (Carolina del Norte), Duke University Press, 2007.
- Tisa, John, *Recalling the Good Fight: An Autobiography of the Spanish Civil War*, South Hadley, Massachusetts, Bergin & Garvey, 1985.
- Traina, Richard P., *American Diplomacy and the Spanish Civil War*, Bloomington, Indiana University Press, 1968.
- Tzouliadis, Tim, *The Forsaken: From the Great Depression to the Gulags: Hope and Betrayal in Stalin's Russia*, Londres, Little, Brown, 2008. [Hay trad. cast.: *Los olvidados*, Barcelona, Debate, 2010.]
- Vaill, Amanda, *Hotel Florida: Truth, Love, and Death in the Spanish Civil War*, Nueva York, Farrar, Straus and Giroux, 2014. [Hay trad. cast.: *Hotel Florida*, Madrid, Turner, 2014.]
- Valaik, J. David, «Catholics, Neutrality, and the Spanish Embargo, 1937-1939», *Journal of American History* 54 (1), junio de 1967.
- Vernon, Alex, *Hemingway's Second War: Bearing Witness to the Spanish Civil War*, Iowa City, University of Iowa Press, 2011.
- Viñas, Ángel, *Las armas y el oro: Palancas de la guerra, mitos del franquismo*, Barcelona, Pasado & Presente, 2013.
- , «September 1936: Stalin's Decision to Support the Spanish Republic», en Jump.
- Voros, Sándor, *American Commissar*, Filadelfia, Chilton, 1961.
- Watkins, T. H., *The Great Depression: America in the 1930s*, Boston, Little, Brown, 1993.
- Watson, William Braasch, «Hemingway's Attacks on the Soviets and the Communists in *For Whom the Bell Tolls*», *North Dakota Quarterly* 60 (2), primavera de 1992.
- , «Investigating Hemingway», *North Dakota Quarterly* 59 (1), invierno de 1991.
- , «Investigating Hemingway: The Trip», *North Dakota Quarterly* 59 (3), verano de 1991.
- , «Investigating Hemingway: The Scene», *North Dakota Quarterly* 62 (2), primavera de 1994-1995.
- Watt, George, *The Comet Connection: Escape from Hitler's Europe*, Lexington, University Press of Kentucky, 1990.
- Whealey, Robert H., *Hitler and Spain: The Nazi Role in the Spanish Civil War 1936-1939*, Lexington, University Press of Kentucky, 1989.
- , «How Franco Financed His War — Reconsidered», *Journal of Contemporary History* 12 (1), enero de 1977.
- , «Economic Influence of the Great Powers in the Spanish Civil War: From the Popular Front to the Second World War», *International History Review* 5 (2), mayo de 1983.
- Whitaker, John T., *We Cannot Escape History*, Nueva York, Macmillan, 1943.
- , «Prelude to World War», *Foreign Affairs* 21 (1), octubre de 1942.
- Wintringham, Tom, *English Captain*, Londres, Faber and Faber, 1939.
- Wyden, Peter, *The Passionate War: The Narrative History of the Spanish Civil War*, Nueva York, Simon & Schuster, 1983.
- Yates, James, *From Mississippi to Madrid: Memoir of a Black American in the Abraham Lincoln Brigade*, Greensboro (Carolina del Norte), Open Hand, 1989. [Hay trad. cast.: *De Misisipi a Madrid. Memorias de un afroamericano en la Brigada Lincoln*, Madrid,

Oficina de Arte y Ediciones, 2011.]

## CRÉDITOS DE LAS IMÁGENES

Agradecemos a las siguientes empresas, instituciones o personas el permiso para publicar las fotografías que aparecen en este libro. Malpaso ha hecho todo lo posible para localizar a los propietarios de las imágenes cuya procedencia no está acreditada.

Album/Oronoz/Newscom

Tamiment Library, Universidad de Nueva York.

Akg-images/Ullstein bild

Akg-images/Newscom

DeGolyer Library, Universidad Metodista del Sur

Universal History Archive/ UIG/ Getty Images

Hulton-Deutsch Collection/Corbis

Biblioteca del Congreso, Prints and Photographs Division

Ullstein bild/ Getty Images

Bettmann/Corbis

International Center of Photography, Nueva York

Hoover Institution Archives

James Neugass